





DGCL
A

EL AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID,
EN RECONOCIMIENTO DE LA CIUDAD, ENDE
PORQUE A LA MEMORIA DEL POETA JOSÉ
MARÍA PERALTA. **OBRAS COMPLETAS**
AL DECLARARLA OFICIAL, LA EDICIÓN DE
SUS OBRAS COMPLETAS, QUE SALEN A LUZ
EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE.

t. 47292 6
50 c. 1176080

OSÉ ZORRILLA

OBRAS COMPLETAS

EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID,
EN REPRESENTACIÓN DE LA CIUDAD, RINDE
HOMENAJE A LA MEMORIA DEL POETA JOSÉ
ZORRILLA, SU HIJO INSIGNE, PATROCINANDO,
AL DECLARARLA OFICIAL, LA EDICIÓN DE
SUS **OBRAS COMPLETAS**, QUE SALEN A LUZ
EN EL CINCUENTENARIO DE SU MUERTE.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL: 773-936-3200
WWW.CHICAGO.EDU

JOSÉ ZORRILLA

OBRAS COMPLETAS

ORDENACIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

DE

NARCISO ALONSO CORTÉS



JOSE ZORRILLA

OBRAS COMPLETAS

ORDENACION, PROLOGO Y NOTAS

de
NARCISO ALONSO CORTES



R. 105571

PRÓLOGO

José Zorrilla, a quien el asenso de los españoles ha dado el título de «Poeta Nacional», nació en Valladolid, el día 21 de febrero de 1817. Su padre, don José Zorrilla Caballero, era relator en la Chancillería de aquella ciudad. Nueve años después, Zorrilla Caballero fué trasladado a Sevilla, e inmediatamente a Madrid, con el importante cargo de Superintendente general de Policía.

El futuro autor de «Don Juan Tenorio» estudió en el Real Seminario de Nobles, dirigido por los Jesuitas, y allí, cuando apenas contaba doce años, escribió sus primeros versos. En 1833 ingresó en la Universidad de Toledo, para cursar los estudios de Leyes, y al siguiente año se trasladó a la de Valladolid. Pero como Dios no le llamaba por el camino de la Jurisprudencia, al finalizar el curso de 1835-36, dispuesto a libertarse de la férula paterna, huyó a Madrid en forma que se ha hecho memorable. Al regresar en una diligencia de Valladolid a Lerma, donde su padre, desterrado por los acontecimientos políticos, tenía la residencia, apeóse en Torquemada, montó sobre una yegua que libremente pacía, y volvióse a Valladolid. A la mañana siguiente tomó la galera de Madrid, y, diciéndose hijo de un artista italiano, para borrar la pista, consiguió arribar felizmente a la corte tres días después.

Graves apuros pasó Zorrilla en la corte durante algunos meses, hasta que el episodio del entierro de Larra, hoy celeberrimo, le proporcionó ocasión de darse a conocer. Larra se suicizó el día 13 de febrero de 1837; al día siguiente fué su cadáver conducido al cementerio de la Puerta de Fuencarral, y al pie del sepulcro, entre el asombro de los circunstantes, se alzó la voz del novel poeta para leer, palpitante de emoción, una poesía en memoria del desdichado «Figaro». Desde aquel momento, Zorrilla salió del anonimato y empezó a recoger los frutos de su talento. Publicó tomos de poesías, dió obras al teatro, y con todo ello se puso a la cabeza de los poetas españoles.

En 1839 contrajo matrimonio con doña Matilde O'Reilly, viuda y con un hijo. Esta unión conyugal fué muy poco afortunada.

A mediados de 1845 pasó a Francia, con el propósito de publicar su poema «Granada». Pocos meses después, sin embargo, hubo de regresar a España, con motivo del fallecimiento de su madre. A fines de 1850, muerto también su padre, tornó a Francia, y de allí, obligado por graves dificultades económicas, marchó en 1854 a Méjico.

Cerca de doce años permaneció en Méjico; pero casi todo el tiempo estuvo, no ya en la capital, sino en una hacienda de los Llanos de Apam, propiedad de don José Adalid, y en otra llamada Goicochea, situada en el pueblecito de San Ángel. En el intermedio (1858) hizo un viaje a Cuba, donde la gente de letras le recibió cariñosamente.

El Emperador Maximiliano conoció a Zorrilla en 1865 y le otorgó su protección. Encargóle, entre otras cosas, de organizar un Teatro Nacional que había de funcionar bajo su dirección. En 1866 vino Zorrilla a España, con ánimo de arreglar algunos asuntos y regresar muy pronto a Méjico; pero el fusilamiento de Maximiliano, acaecido el 19 de junio de 1867, frustró todas las esperanzas que había puesto en la generosidad de aquel desdichado Emperador, y le obligó a quedarse en España. Como algunos años antes hubiese fallecido su primera mujer, en 1869 casó en segundas nupcias con doña Juana Pacheco. Por intercesión de don Juan Valera, en 1871 le concedió don Cristino Martos, ministro de Estado, una pensión en Italia, con el encargo, simplemente formulario, de realizar algunos trabajos en los archivos de Roma, Bolonia y otras poblaciones. Privado de aquella sinicura por otro ministro, regresó a la patria, y en 1888 obtuvo de las Cortes una pensión de 7500 pesetas anuales.

En los primeros días del año 1889, la Sociedad «El Liceo», de Granada, concibió el pensamiento de ofrecer a Zorrilla el testimonio de la admiración nacional mediante su coronación en el recinto de la Alhambra. La ceremonia se celebró con inaudita solemnidad el día 22 de junio del citado año. Don Enrique Pérez de Saavedra, duque de Rivas, hijo mayor del autor de «Don Álvaro», colocó en las sienes del poeta, en nombre de la Reina Regente y de la nación española, la magnífica corona fabricada al efecto.

Murió Zorrilla en Madrid el día 23 de enero de 1893. No muchos días antes había escrito y publicado una poesía titulada «1892-1893», y unas curiosas «Declaraciones íntimas» (1).

* * *

Cuando Zorrilla, todavía estudiante, comenzaba a publicar sus primeros versos, era el preciso momento en que la lírica española, con no poca brusquedad, pasaba de «los arroyuelos murmuradores, de la tórtola triste, de la palomita de Filis, de Batilo y Menalcas», según palabras de «Figaro», esto es, de las apacibildades classicistas, a las exaltaciones románticas. Esto ocurrió justamente en el año 1835.

(1) Puede verse: Zorrilla. *Su vida y sus obras*, por Narciso Alonso Cortés. 3 volúmenes. Valladolid, 1916-1920. Segunda edición: Librería Santarén, Valladolid, 1942.

Dos años antes había impreso Martínez de la Rosa sus «Poesías», en las que, si bien hablaba de «clásicos y románticos»—que no en vano había presenciado en Francia la revolución literaria—, y hacía protestas de mantenerse alejado de unos y otros, a la verdad permanecía firme en el terreno de la poesía pastoril y anacreóntica, representada en la primera parte de su libro, y en el de la poesía «filosófica», a que pertenecía la parte segunda. Es decir, que los poetas reconocidos y por su prestigio respetados, no osaban aventurarse en nuevos derroteros.

En cambio, los jóvenes que, como Zorrilla, comenzaban entonces a gustar los favores de las Musas, no podían en modo alguno sustraerse a las seducciones del romanticismo. El día 5 de enero de 1835 comenzó a publicarse en Madrid «El Artista», revista dirigida por Eugenio de Ochoa y Federico de Madrazo, y que fué desde luego el portavoz más autorizado de los románticos españoles. «El Artista» ejerció una influencia evidente en Zorrilla. Precisamente era compañero de éste en los estudios de la Universidad valisoletana, y antes lo había sido en la de Toledo y en el Seminario de Nobles, Pedro de Madrazo, hermano de Federico, y le estimuló con su propio ejemplo. Otros condiscípulos y amigos tenía Zorrilla que sintieron parecidos entusiasmos por la nueva escuela literaria, y especialmente dos: Miguel de los Santos Álvarez, que pronto había de adquirir renombre por su poema «María» y otras obras, y Manuel de Assas, que dedicaría sus actividades al cultivo de la arqueología romántica. Todos ellos se reunían en casa de Pedro de Madrazo, y como éste, según cuenta Zorrilla en los «Recuerdos del tiempo viejo», recibía todos los periódicos que en Madrid se publicaban, dicho se está que seguían atentamente el movimiento literario.

Resulta de aquí que, por ser colaboradores de «El Artista», guiaron en parte los primeros pasos de Zorrilla algunos poetas muy inferiores a él, como Eugenio de Ochoa y el propio Pedro de Madrazo. El primero, Ochoa, fué acaso el escritor que con más eficacia y conocimiento de causa contribuyó en España a la difusión del romanticismo. De 1829 a 1834 había vivido en París, pensionado por Fernando VII para estudiar en la Escuela de Artes y Oficios, y ello le permitió estar presente a los principales acontecimientos del romanticismo francés. Fué quien, como editor de «El Artista», llevó el mayor peso de la publicación, y quien redactó el artículo que, a modo de manifiesto, proclamó las excelencias de la nueva escuela. Allí hizo Ochoa la gráfica pintura del poeta romántico, al que presentaba como «un joven cuya alma, llena de brillantes ilusiones, quisiera ver reproducidas en nuestro siglo las santas creencias, las virtudes, la poesía de los tiempos caballerescos, cuya inspiración se entusiasma, más que con las hazañas de los griegos, con las proezas de los antiguos españoles; que prefiere Jimena a Dido, el Cid a Eneas, Calderón a Voltaire y Cervantes a Boileau; para quien las cristianas catedrales encierran más poesía que los templos del paganismo; para quien los hombres del siglo XIX no son menos capaces de sentir pasiones que los del tiempo de Aristóteles. Por su parte, Pedro de Madrazo, con la discreción y la delicadeza que había más tarde de ostentar en otras manifestaciones del arte y de la literatura, sabía vestir sus ensayos líricos de cierto ropaje muy español, libre de

exageraciones y abigarramientos. Sin ser gran poeta, ni mucho menos, ponía de manifiesto lo que puede conseguir el talento bien dirigido.

A la vista de estos poetas—y, por de contado, de Espronceda, que era en la lírica el «ídolo» de Zorrilla, según frase de este mismo—, compuso sus poesías de estudiante el poeta vallisoletano; es decir, que procuró imitar los tipos de poesías que, como balbuceos del romanticismo español, habían alcanzado el más feliz suceso. Estos tipos eran los siguientes:

1. Poesías de amor melancólico, en variedad de metros, donde se lloraban los desdenes de una bella o se auguraba su triste fin (Ejemplo, «Su mirar», de Nicomedes Pastor Díaz).
2. Poesías caballescascas, sobre escenas de ambiente nacional o exótico, en tono sentimental y misterioso. (Ejemplo, «El cristiano de Oriente», de Salas y Quiroga). Dentro de esta clase de composiciones, aparecen como muy características las que encierran relatos de color sombrío, a veces patibulario, y siempre de trágico desenlace. (Ejemplo, «El Canto del Cruzado», de Espronceda, y, como más saliente y conocido, «El bulto vestido de negro capuza», de Patricio de la Escosura). Estos relatos estaban divididos en capítulos y compuestos en variedad de estrofas, entre las que casi siempre figuraban coplas a lo Jorge Manrique.
3. Serenatas y lamentaciones de trovadores y amantes caballeros a sus damas, compuestas por lo general en octavillas o romances. (Ejemplo, «El suspiro de amor» o «Suspiros de amor»—de ambos modos lo llamó su autor—, de Eugenio de Ochoa).
4. Romances moriscos y otras composiciones de la misma índole, más o menos relacionadas con las «Orientales» de Victor Hugo. (Ejemplo, «Celma y Zaida», de Pedro de Madrazo).
5. Poesías «redentoristas», encaminadas a la defensa o apología de ciertos seres tristes y desvaliados, supuestas víctimas de las injusticias sociales. (Ejemplo, «El mendigo», de Espronceda). Poesías de todas estas clases escribió Zorrilla en sus primeros días de vate romántico, y valga citar, como ejemplo respectivo, «Amor del poeta», «El Trovador», «Canción», las «Orientales»—a las que supo dar colorido especial—y «El Contrabandista».

Peró bien pronto Zorrilla logró utilizar aquéllos y otros elementos con más originalidad y más acierto. El pasado glorioso de nuestra historia, vivo y latente en los monumentos y en los muros de nuestras vetustas ciudades; los inagotables manantiales de lirismo recogidos en los misterios de la fe cristiana; la contemplación de la naturaleza, traducida en inimitables primores descriptivos... todo ello dió a su inspiración amplio desarrollo, en forma un tanto desordenada y tumultuosa, pero aureolada con los resplandores del genio. Sus mismos contemporáneos lo reconocieron así inmediatamente, y basta leer lo que sobre él escribieron las plumas más autorizadas, para advertir la rapidez de su triunfo. «Entonces —escribía Nicomedes Pastor Díaz, en el prólogo al primer tomo de sus «Poesías—, en medio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; empero su musa, antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones, sin las que no hay sociedad ni poesía, y llevarle a recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginación debía encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religión

y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento, y su pluma no pudo menos de hacer contrastar lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual, con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos. Por su parte, Enrique Gil, el delicado autor de «La gota de rocío», decía lo siguiente en un artículo del «Semanario Pintoresco Español» (1839) sobre los cuatro primeros tomos de las «Poésias» de Zorrilla: «En todos ellos se ve al poeta nacional inspirado a la vista de los lugares, verdadero, rico como nuestro cielo, desenfadado y noble como nuestros caballeros, dramático en los diálogos, y lírico y opulento en las descripciones.» Y Ferrer del Río, no obstante ciertas rencillas que entre él y Zorrilla mediaban, escribió lo siguiente en su «Galería de la Literatura Española» (1846): «Zorrilla, pues, imprime a sus obras todo lo irregular, grande, indolente, atrevido, extravagante, maravilloso, desordenado, sublime y creador del genio: se podría decir con exactitud que es el Calderón de la Barca de la edad presente. De continuo ostenta su españolismo y su fe religiosa: ese es el carácter de todas sus composiciones, y así cuanto sale de su pluma puede correr en manos del tierno infante, de la casta doncella, de la honesta esposa. Si no respiraran nacionalidad sus inspiraciones, no serían populares; si hollasen las creencias de los corazones, no lucirían portentosas. Muere la belleza donde el espiritualismo acaba: no concebimos al artista, ni al poeta, sino creyentes y como mensajeros de la divinidad sobre la tierra.»

Un paso firme y certero que dió Zorrilla en el terreno de su inspiración, esto ya después de publicado el tomo I de sus «Poésias», fué el de las leyendas de asunto tradicional. Según cuenta Zorrilla, la idea de escribir las leyendas, a lo menos en forma sistemática, se debió a que cierto día don Salustiano Olózaga le propuso componer un romancero con las hazañas de los bandidos del siglo XIX, y él, rechazando este proyecto, por parecerle indigno de su musa, resolvió en cambio emprender un legendario histórico y religioso. Añade que la primera leyenda que con tal objeto compuso, fué «A buen juez, mejor testigo»; pero la verdad es que antes que aquella leyenda había ya publicado «Para verdades el tiempo y para justicias Dios».

De todos modos, para llegar al mismo resultado Zorrilla sólo tuvo que imprimir un pequeño cambio de dirección al camino abierto por el duque de Rivas, y que ya don Nicolás Fernández de Moratín y don Juan Nicasio Gallego habían tanteado. En 1834 había dado el duque de Rivas al público los romances de «La vuelta deseada», «El sombrero», «El Conde de Villamediana», «Don Alvaro de Luna» y «El Alcázar de Sevilla», de simple narración romántica los dos primeros, de fondo histórico los otros tres. Zorrilla acudió al acervo de la tradición legendaria, y éste fué su principal acierto. Desde entonces, donde quiera que halló una tradición de interés, ya conservada en boca del pueblo, ya oculta en las páginas de viejos libros, la aprovechó para trasladarla a sus poéticos relatos, con el arte supremo que le daba su dominio de la forma y su hondo sentimiento del espíritu de raza.

Andando el tiempo, Zorrilla embelleció su inspiración con galas nuevas: las del poeta musical y colorista, que halagaba el oído con raudales de armonía y la vista con profusión

de reflejos. Así creó las que llamó «alboradas rítmicas», «serenatas» y «kásidas», y así inundó de acordes las estrofas de «Granada» y de otros poemas.

—Pero como la fecundidad de Zorrilla fué extraordinaria, todavía halló otro campo donde espaciarse. Fué el de los poemas de asunto novelesco o fantástico, y el de las divagaciones humorísticas y filosófico-sociales. Trátase por lo general de obras secundarias y de ocasión, que constituyen, por lo mismo, la parte más endeble en la producción del poeta vallisoletano.

En la poesía dramática de su tiempo, Zorrilla tiene también una representación singular y propia, que le da excepcional importancia.

Pasado el período agudo del drama romántico, o sea el de «Don Álvaro», «El Trovador» y «Los amantes de Teruel», hubo una reacción en favor de los modelos españoles del siglo de oro y del teatro histórico. Inició esta tendencia Patricio de la Escosura, con «La Corte del Buen Retiro» (1837). Pero ni él, ni otros autores que tras él fueron, acertaron a extraer de la historia patria los hechos más adecuados al interés dramático, y a darles la conveniente vestidura, sino que cifraron toda su técnica en fraguar complicadas intrigas de lances descabellados, o dieron aplicaciones políticas de actualidad a los episodios de otros tiempos. Con apariencias de originalidad, subsistía la huella de Dumas, Hugo y Delavigne, a la vez que se falseaba nuestra historia con embrollos de novela cortesana, carentes por lo general de ilación y aun de lógica.

Zorrilla, por el contrario, buscó directamente en nuestras comedias clásicas los modelos de sus primeras obras dramáticas, y se constituyó en defensor de la tradición dramática española. Al imprimir su comedia «Cada cual con su razón», estrenada en 1839, puso un prefacio en que decía: «El autor de «Cada cual con su razón» no se ha tenido jamás por poeta dramático. Pero indignado al ver nuestra escena nacional invadida por los monstruosos abortos de la elegante corte de Francia, ha buscado en Calderón, en Lope y en Tirso de Molina, recursos y personajes que en nada recuerdan a «Hernán» y «Lucrecia Borgio». Y por si de estas sus creencias literarias se les antojara a sus amigos o a sus detractores señalarle como partidario de escuela alguna, les aconseja que no se cansen en volver a sacar a plaza la ya mohosa cuestión de clasicismo y romanticismo.» Algo parecido dijo en las rondallas con que dedicó a Hartzenbusch el tomo VIII de sus «Poetas».

Sin embargo, si Zorrilla se hubiese limitado a hacer remedos del antiguo teatro español, como «Más vale llegar a tiempo que rondar un año», «Ganar perdiendo» y «Cada cual con su razón», su nombre significaría muy poco en la poesía dramática. Fué necesario que en «El zapatero y el rey» (1840) captara, no ya la forma, sino la esencia de nuestro antiguo arte dramático, para que su poderosa fantasía cobrara todo el vuelo. Desde entonces, los dramas de Zorrilla fueron leyendas escenificadas. Aquello era ya la reconstrucción de los hechos pretéritos acomodada a la expresión moderna, y sin perder su perspectiva. El valor,

la nobleza, el arrojo de siglos pasados, caldeaban las obras teatrales del poeta vallisoletano, en forma convencional, sin duda alguna, pero con una grandeza y una pasión que bastaban a despertar el interés de todos los públicos españoles. Los sentimientos que guiaban el impulso de sus personajes históricos no eran de seguro los que ellos tuvieron en la realidad, sino los del propio poeta; pero eran también los que cualquier espectador español deseaba que tuviesen. Y en los contrastes que para ello imaginaba, estriba la mayor suma de sus aciertos. ¿Podría encontrarse nada de mayor interés que presentar a don Pedro I como encarnación de la justicia, o hacer que el rey don Sebastián suplantase a Gabriel de Espinosa, en vez de suplantar éste a aquél, o que el disoluto don Juan alcanzase la salvación por intervención sublime del amor, o que el último rey godo, después de la batalla del Guadalete, se hallase de nuevo frente a frente con su mortal enemigo el conde don Julián? Si a esto se añaden las gallardías de una versificación exuberante y de un diálogo fluido y castizo, estará explicada la razón del atractivo singular que tuvieron y tienen los dramas de Zorrilla.

Aunque en Zorrilla, naturalmente, junto a la incommensurable figura del poeta nada significa la del prosista, no estará de más decir que en este punto consiguió también la perspicuidad más exquisita. Basta leer los «Recuerdos del tiempo viejo», modelo de memorias amenas e interesantes, ya que no absolutamente veraces, para advertir hasta qué punto aquel castellano puro y neto que el poeta había escuchado de niño en boca de los labriegos burgaleses de Quintanilla Somuñó, tomaba en su pluma los matices más ricos y variados.

La publicación de las obras completas de Zorrilla, era un deber de cumplimiento ineludible. Lo sorprendente es que no se hubiera puesto en ejecución hace ya mucho tiempo.

En 1847 publicó el editor Baudry, de París, las «Obras» de Zorrilla, en dos tomos. Uno de ellos, comprensivo de las leyendas y poesías líricas, estaba formado por el contenido de varios libros—catorce volúmenes en total—impresos anteriormente en Madrid. El otro contenía las obras dramáticas que hasta aquella fecha había escrito el poeta. Cinco años más tarde, en 1852, apareció la segunda edición de estas «Obras». Salta adicionada con un tomo, donde tenían cabida las obras compuestas por el poeta después de 1847, y alguna otra que había quedado traspapelada.

Pero está claro que si en 1852 podía decirse que éstas eran las «Obras» de Zorrilla, al morir éste, cuarenta años después, estaban muy lejos de serlo. Después de aquella fecha Zorrilla siguió publicando muchos tomos de poesías, y hasta poco antes de morir insertó en periódicos y revistas trabajos diversos, todo lo cual aumenta extraordinariamente el caudal de su producción.

El propio Zorrilla, en 1882, intentó publicar sus «Obras completas»; pero no pasó del primer tomo, y en él solamente incluyó trece leyendas de las de la primera época, ya coleccionadas, por tanto, en la edición de París. Después de su muerte aparecieron en cuatro tomos las que se decían «Obras completas de don José Zorrilla»; pero, lejos de ser completas, eran las mismas de París, muy mermadas.

Hoy llevamos a cabo la empresa de coleccionar todas las obras de Zorrilla, así las que dió a la estampa en Madrid antes de 1852, y quedaron incorporadas a la edición de París, como las que luego publicó en varios libros y folletos, o sueltas en periódicos diversos. Nos complacemos en manifestar que el Ayuntamiento de Valladolid, fiel guardador de una tradición ilustre, ha estimulado con sus entusiasmos esta publicación.

Nuestra labor no ha sido fácil, porque algunas de estas obras, especialmente de las impresas en América, se han hecho rarísimas. De haberse demorado algunos años la ejecución de este proyecto, acaso luego hubiera sido irrealizable. Por otra parte, Zorrilla en más de una ocasión rehizo sus poesías o trasladó de unas a otras tiradas enteras de versos, y esto, claro es, exigía una depuración.

Fueron tantas las poesías que Zorrilla dejó dispersas en los periódicos de España y América, que no hemos de negar, ni mucho menos, la posibilidad de que se encuentren algunas no incluidas en esta colección. Pero con ellas, y más aún con las que se conservan manuscritas, y en gran parte autógrafas, hay que tener mucho cuidado. En la mayor parte de los casos no serán inéditas o desconocidas, pues Zorrilla, cuando necesitaba salir de un compromiso con una poesía ocasional o de álbum, aprovechaba, mediante los cambios imprescindibles, alguna otra que anteriormente tenía escrita.

Ninguna otra advertencia es preciso hacer aquí, pues cuantas parezcan necesarias sobre las obras de Zorrilla o sus ediciones, irán expuestas en las notas. Van divididas estas Obras en tres secciones: 1, POESÍAS. 2, OBRAS DRAMÁTICAS. 3, PROSA.

NARCISO ALONSO CORTÉS.

PRÓLOGO

Es una tarde de febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid, Seguirán en silenciosa procesión. Los rostros son semblanzas melancólicas, con ojos aterrados. Sobre aquél que va en el medio los resaca de LARREA, sobre el atado una corona. Era la primera que en nuestros días se consagraba al talento; la primera vez acaso que se declaraba que el genio es en la sociedad una aristocracia, un poder. La envidia y el odio habían callado; los hombres de la moralidad dejaban para después la moral fuera de juego; los buenos de un desgraciado, y nadie disputaba a nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos alicuados en el dolor, conducíamos a nuestro poeta a su capiteño, al cementerio de la pueria de Buenavista, donde los manos de la amistad le habían preparado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios, y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de suntuosidad a todos nuestros semblantes. Causpido ya nuestro trisite deber, un eco inapreciable nos detenta en derredor de aquel fúnebre; y no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Razonase el Sr. Boca por Toponaz, levantando pensosamente de su alma el peso de dolor que le oprime, y como reviviéndose de la sombra del fúnebre difunto, alza su voz: LARREA se despide de nosotros por su boca, y nos refugio por la voz postera la historia interesante de sus botrasasas, brillantes y malogrados días. En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender a los que no le escuchan, que los mismos que le hayan sentido lo habrán ya olvidado, porque de los vuelos del alma, de los arrobos del entusiasmo, ni se forma idea, ni queda memoria; que en ellas el espíritu está en otra región, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida, el alma ve clara los misterios y cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se ve entonces

PRÓLOGO¹

Era una tarde de febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesión centenares de jóvenes con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un ataúd, en el ataúd los restos de LARRA, sobre el ataúd una corona. Era la primera que en nuestros días se consagraba al talento; la primera vez acaso que se declaraba que el genio es en la sociedad una aristocracia, un poder. La envidia y el odio habían callado; los hombres de la moralidad dejaban para después la moral tarea de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba a nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos a nuestro poeta a su capitolio, al cementerio de la puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habían preparado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios, y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras a todos nuestros semblantes. Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inexplicable nos detenía en derredor de aquel túmulo; y no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entonces el Sr. ROCA DE TOGORES, levantando penosamente de su alma el peso de dolor que la oprimía, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz: LARRA se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió por la vez postrera la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados días. En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender a los que no le sientan, que los mismos que le hayan sentido le habrán ya olvidado, porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra región, vive en otro mundo: los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida, el alma ve claros los misterios o cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se ve entonces

a sí misma, se desprende y se remonta del suelo; conoce, ve, palpa que ella no es el barro de la tierra, que otro mundo la pertenece; y se eleva a él, y desde su altura, como el águila que ve el suelo y mira al sol, sondea la inmensidad del tiempo y del espacio, y se encuentra en la presencia de la divinidad que en medio del espacio y de la eternidad preside. Entonces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno. Tal era entonces nuestra situación. No era amistad lo que sentíamos; no era la contemplación profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio, la inauguración de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubría, la voz elegante del amigo que hablaba; no era nada de esto, o más que todo esto, o todo esto reunido para elevarnos a aquel estado de inexplicable magnetismo en que en una situación vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos a sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor, y llorábamos (sábenlo el cielo y aquellas tumbas), y al querer dirigir la voz a la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiración que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra aflicción, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza; una voz donde en común concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros. Entonces, de en medio de nosotros, y como si saliera de bajo aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un joven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime; y dejando oír una voz que por primera vez sonaba en nuestros oídos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta colección y que el señor ROCA tuvo que arrancar de su mano, porque desfalleció a la fuerza de su emoción; el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fué igual a nuestro entusiasmo, y así que supimos el nombre del dichoso mortal que tan nuevas y celestiales armonías nos había hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiración religiosa de que aún estábamos poseídos, bendijimos a la Providencia que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre LARRA a la mansión de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo a otro poeta al mundo de los vivos; y proclamando con entusiasmo el nombre de ZORRILLA.

No he recordado aquí esta tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Más poética y más grande fué seguramente que mi descolorida descripción, aunque en el torrente de las escenas que a nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó a sentir hacia el ilustre poeta a quien las consagra el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida: entonces empezó el público a conocer las producciones de este ingenio; y la impresión que de ellas ha recibido es demasiado profunda para que no se marque muy distintamente en los anales

de la literatura contemporánea. Pero no ha sido ésta precisamente la razón de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas porque aquella original aparición me ha sugerido las reflexiones que voy a hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oímos los versos de que acabo de hacer mención, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiración que los había dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque también nosotros estábamos inspirados; y también nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, a la altura de su mismo genio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo más que expresar; porque entonces, como los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como PINDARO en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto: era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partían. Así que a nadie pudo ocurrírsele que aquella producción no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitación de tal autor, o los principios de tal escuela: nadie discutió si era *clásica o romántica, oriental o filosófica*. Era una composición de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y formas no se suscitaron discusiones ni críticas. Y, sin embargo, el autor la había escrito algunos momentos antes de aquella reunión a solas en su gabinete, sin auditorio que le escuchara y bajo la inspiración de su dolor y de su genio. Si a solas también la hubiera leído a cada uno de sus oyentes, ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No seguramente. Para uno hubiera sido incomprensible una frase: otro hubiera encontrado exageración o falta de verdad en un pensamiento: un oído *fino* hubiera sentido flojo, duro o arrastrado algún verso: un entendimiento metódico observaría la falta de orden, de conexión y enlace entre sus ideas: cuál la tendría por *vaga*, y haría notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija; y ¿qué más? La mayor parte tal vez no hubiera visto en ella más que una imitación de Víctor Hugo o de Lamartine. Pues lo que hubiera sucedido a aquella composición así leída, sucede todos los días no precisamente con respecto al público, sino con respecto a los inteligentes y críticos con otras que se han dado a luz. Todos ellos suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones; y sólo los corazones sensibles y no gastados que se entregan de buena fe al ímpetu del sentimiento, y que unísonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laúd, y obedecen a todos los caprichos de su inspiración, se encuentran con respecto a las demás poesías de este autor en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparición en el cementerio. Entonces su inspiración había volado sola adonde nuestro entusiasmo voló después: después su inspiración siguió siempre la misma,

tal vez más poderosa, más alta, más fuerte, más profunda; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atracción, vemos a veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, o no oímos de su lira más que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas y críticas: de ahí esas frases incomprensibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos; de ahí ese *gongorismo* para los que piensan que la poesía es sólo un modo de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser; de ahí, en fin, la pretensión de que estos versos son imitaciones de un autor o doctrinas de una escuela por parte de los que todavía están aferrados en creer que la poesía es *un arte de imitación!* y que puede ser un método de hacer exposiciones de teorías políticas o sistemas filosóficos. Empero los que tienen corazón y alma y los que saben que con el corazón y con el alma, y no con los dedos y con las palabras, se hacen los versos, saben también lo que significan estas impugnaciones y lo que hay en ellas de verdadero o inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas los primeros preludios poéticos del amigo a quien le consagra, y el entusiasmo que le arrebató no le ciega; ha querido, sin embargo, demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen a una obra pueden consistir en el modo de juzgarla, y, sobre todo, ha querido protestar contra ese tema de que es imitación y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo y como las rocas de los montes. Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono a todo aquel que los canta, principios, ideas y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que presidiendo a una época y a una generación, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entonces la analogía no es el plagio, la semejanza no es la imitación, ni la consonancia el eco: entonces, por el contrario, la conformidad es el sello de la inspiración y de la originalidad: entonces dos obras se parecen y distan entre sí un mundo entero: entonces dos autores se imitan sin conocerse: entonces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y HOMERO: entonces se copian SHAKESPEARE y CALDERÓN. Es un sol fulgurante que reverbera en todos los cuerpos que ilumina: es una luna melancólica que reproduce todos los objetos que baña con sus pálidos rayos. Sí. El siglo de BYRON, de HUGO y de CHATEAUBRIAND debe inspirar también a los vates españoles: pero su inspiración no dejará de ser de ellos, y de ser española, como del siglo, y de los objetos que canten. Póngase cada uno a mirar sus cuadros a la luz que alumbra: verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre; pero no colores prestados de ajena paleta. Fórmese para cada composición un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiración original, la naturalidad, la unción, la verdad, la belleza ideal y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron, se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció visión y quimera, les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado y hallarán por último, que lo que afectan llamar romanticismo no es más que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra serie de reflexiones ha dado además lugar en mi alma la escena de aquella tarde, reflexiones que algunos no comprenderán tampoco y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hacia lo que no es materialmente positivo y humanamente lógico, hacia todo lo que propende a hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo empero que creo en un orden de cosas superior al orden de los fenómenos que a nuestra razón y a nuestros sentidos es dado percibir y explicar; yo, que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que a nuestros ojos sucede, acostumbrado a ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer más insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que más ostensiblemente y con más solemnidad quiere como revelarse a nuestra vista. Sí, un poeta puede confesarlo, puede decir que cree en las *causas finales*, que cree en la *predestinación*, y que cree que si la humanidad toda concurre a la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y sobre todo cada especialidad, concurre a un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia, el libro del mundo es un enigma incomprensible, y el de la historia un tejido de absurdos. Fiel a esta creencia, y juzgando que LARRA era algo en la tierra, que en esta nación, en esta agregación de nulidades dond^e su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habían fijado tan vivamente la atención pública, y que su pérdida dejaba un vacío no sólo en la literatura, sino en la sociedad; cuando a orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, vi brotar el poeta que nacía, el hecho era de demasiado bulto, la aparición demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo genio una *misión* tan especial como la del primero. Los presentimientos que hasta ahora he tenido fundados en esta opinión, no han sido nunca vanos: el que aquella tarde tuve, no lo ha sido tampoco. Los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del genio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones que no pasaron efímeras como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros días, o conocidas sólo de los inteligentes como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiración, ora con extrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado, según las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leídas y releídas, decoradas y oídas y recitadas por todos, el ansia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas, ha obligado a recogerlas en la presente colección. Y no sólo en elogios y alabanza ha consistido su popularidad. También son ellas las que más críticas e inectivas han suscitado, también han sido parodiadas, y puestas en ridículo e imitadas por malos poetas, que es la más infeliz parodia; también han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algún artículo de periódico a los discursos de varios *célebres* oradores de nuestras actuales Cortes. Pues bien: esta novedad y admiración, esas sátiras e inectivas, esas imitaciones de la medianía y esas hostilidades de

la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad. Parece que nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese a su nivel y en armonía con ella, que fuese como el representante literario de la nueva generación, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias: varios jóvenes al parecer con esta esperanza y con éxito más o menos feliz, se habían presentado hasta ahora en la escena; y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero a la aparición de ZORRILLA, ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso. Tibios todavía sus primeros rayos han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesía, y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época: si su aparición ha sido fatídica, su poesía será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiración fascinado, muy trascendental y poderosa será la influencia que debe ejercer y más anchurosa de lo que se cree la esfera de acción en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será, empero, esta acción? ¿Cuál será el desarrollo de este germen? ¿Cuál será este fin? Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré a predecirlo, porque los arcanos del destino no se explican, ni los vuelos del genio se calculan. Permítasele, sin embargo, a un alma también poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idea de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan a su fantasía, permítasele entrar en explicaciones del aspecto bajo que las cosas presentes se ofrecen a sus ojos. La imaginación, la amistad, el entusiasmo, podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazón, el sentimiento, la fantasía, son el único *método analítico* aplicable a las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilización, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofía y la religión, ha perdido su tendencia unitaria y simpática, y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que a la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hacia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hacia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una región en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como a su último asilo a lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde aun a despecho de la filosofía y del egoísmo, un corazón palpita y un espíritu inmortal vive. Pero el hombre en su aislamiento es el más miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para su dicha y su perfectibilidad la asociación; asociación que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de las facultades que en común poseen, la comunión de sus ideas y de sus sentimientos, de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas tristes para la humanidad en que estos lazos se rompen, en que las ideas se dividen, y las simpatías

se absorben; en que el mundo de la inteligencia es el caos, el del sentimiento el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la duda, y no conserva su corazón sino para sentir la soledad que le rodea y el abismo de hielo en que yace. Entonces el genio puede volar aún, pero vuela como el Satanás de MILTON; solitario y por el caos: el sol le causa pena, la belleza del mundo envidia. Su poesía es solitaria como él, y como él triste y desesperada. Canta o más bien llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazón, las luchas de su inteligencia y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aún ser muy vivas; pero sólo en su presencia, si la reconoce, y sólo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia, los himnos que debían consagrarse a una religión de amor, serán solamente gritos de desesperación y de impío despecho, o extravíos de un abstracto y estéril misticismo. Tal es a mis ojos el carácter de la época presente, tal es también su poesía; la poesía dominante, la poesía elegíaca actual, poesía de vértigo, de vacilación y de duda, poesía de delirio o de duelo, poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral, ni objeto humanitario, y poesía, sin embargo, que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unísona y van a herir profunda y dolorosamente a todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo. ZORRILLA ha empezado y no podía menos de empezar por este género. Hijo del siglo, le ha pagado también su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado también a solas y ha dado al viento sus sollozos; ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba, ha forcejado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de un Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éxtasis de los bienaventurados y saludado a la reina de los ángeles, y ha lanzado gemidos de desesperación infernal y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza expansiva de la inspiración, arrancándole de su individualismo, le lanzó a más ancha esfera y le hizo recorrer a pesar suyo la sociedad que se agitaba a su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedía el oropel de la civilización, sino que intuitivamente penetrantes bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura a la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron a ver más allá bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta a cubrir la fetidez de un cuerpo presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiración le ha representado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganización y fealdad. Y arrebatado a tal vista de un vértigo de tristeza y amargura, asomó a sus labios aquella risa horriblemente sardónica con que el hombre en el último extremo de desesperación y miseria, escarceando a los demás y a sí mismo, pregunta al cielo como burlándose qué es lo que tal desorden significa, duda si se debe tomar a serio la suerte de la humanidad, mezcla re-

flexiones profundas y terribles con sátiras amargas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oír las carcajadas de una orgía. Entonces, evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos tan a su sabor (si bien con otra hiel y tristeza) como aquel genio inmortal parodiaba los suyos. Entonces, personificando en Venecia a todas las naciones degradadas y a todos los pueblos corrompidos, después de haber descrito en versos dignos de CALDERÓN y de BYRON la grandeza de su antiguo poderío y el polvo y cieno en que desde su elevación se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entre la báquica algazara de un festín, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres a desórdenes y excesos, para apurar los goces de su existencia amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y, por último, en otro momento de inspiración más poderosa y más profunda, abarcando de un solo golpe de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de LAMENNAIS y que equivalen a todo un volumen de filosofía, en que dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada más terrible que la de DANIEL sobre el convite de BALTASAR, dice que

*Unos cayeron beodos,
otros de hambre cayeron,
y todos se maldijeron,
que eran infelices todos.*

Empero, lo que más caracteriza al genio, no es ser exclusivamente órgano de la época en que vive y presentir la que nace en medio de las inspiraciones de lo que existe. Así HOMERO adivinó los tiempos de LICURGO y de SOLON, así VIRGILIO casi pertenece al cristianismo y a la Edad Media, así el DANTE apenas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII, así CERVANTES en una edad caballeresca todavía predecía y aceleraba el prosaísmo del siglo XVIII; y por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiración poética el don de la profecía. El genio actual conserva aún reconcentrado todo lo que en la humanidad debía haber y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos; para él aún puede haber creencias y virtudes, e ilusiones y amor, y abnegación, y heroísmo e interés que no sean de la tierra, y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad. Por eso nuestro poeta no tardó en conocer que la poesía a que le arrastraba su siglo era estéril y transitoria, como debe serlo esta época de desorganización y de duda, como debe serlo el egoísmo que nos disuelve, y el escepticismo que nos hiela, y parándose en su carrera y apartándose de la boca del tártaro adonde caminaba, y subiéndose a un puesto más avanzado y más digno de su misión, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada como Dios la creó, para ser-

vir de teatro a la virtud y a la inteligencia del hombre, y tiñendo su pluma de los colores del iris, y de los celajes del oriente, ha dirigido a la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendición y alabanza al Creador:

¡Bello es el mundo! ¡Sí!, ¡la vida es bella!

Dios en sus obras el placer derrama.

Entonces, en medio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; empero su musa, antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones, sin las que no hay sociedad ni poesía, y llevarle a recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginación debía encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religión y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento, y su pluma no pudo menos de hacer contrastar lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos. Y el primero entré nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigaban, y que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado, los tesoros del porvenir, ha sido también el primero a dar vida poética a nuestros olvidados monumentos religiosos, y a poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades que hacían las delicias de nuestros padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno que la cubren como un sepulcro olvidado la severa capital del imperio godo, revestida del armiño de sus reyes y de la púrpura de sus prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus Concilios: trocada después por el árabe voluptuoso en una mansión de placeres, asistimos a sus fiestas y a sus torneos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de Oriente, adornados de galas, plumas, sedas y pedrería, y respirando el aliento de las houries de Mahoma; pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias la catedral primada, símbolo arquitectural del cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas, y presenciamos los sagrados ritos de la religión más bella que ha existido sobre la tierra, oímos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *céntuple garganta de los tubos de metal* y escuchamos a la par el canto de los sacerdotes, el crujir de sus tisúes y brocados, y nos deslumbra el brillo de mil lámparas reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste a tan grandioso espectáculo, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobamiento de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan: los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa ternura y en himnos de esperanza, el desprecio de la vida y el odio a los hombres da lugar a la

idea de inmortalidad, premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que veíamos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo nos parece no tener más que un sentimiento, una voz, una *oración* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas: allí están todas las artes; allí está la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, todas concurrendo a un fin común, todas formando un concierto de los talentos del hombre: el templo abarca toda la vida; la religión completa el cuadro de la poesía como es la clave de la sociedad; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos menos de consagrar un suspiro de pesar por esos bellos tiempos que se han perdido, un ¡ay! por esos placeres de nuestros padres, por esa fe que alimentaba su vida, una lágrima por esa religión abandonada, un movimiento de sagrado respeto hacia las venerandas reliquias que de ella nos quedan.

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que este poeta sabe excitar con su maravilloso canto; tal es el cuadro que presentan a mis ojos las páginas de un libro donde algunos no verán tal vez más que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias; tal es el pensamiento unitario, trascendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones, la idea moral que preside a su redacción; y el hilo de unión que liga con una trama invisible pero fuerte los varios trozos de este mosaico precioso. Pero este pensamiento y esta moralidad la buscarán en vano los que crean hallarla en máximas y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito ZORRILLA, ni a la verdad yo tampoco. La filosofía de qué yo hablo, es una filosofía viva, animada, que traspira y brota en las cosas y no en las palabras, como un jardín delicioso inspirará ideas de placer, como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor o de melancolía, como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá, ¿ha sido el pensamiento que yo descubro el pensamiento del autor? ¿Tuvo presente el objeto que yo le asigno, al obedecer a las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armoniosos himnos? ¿Ha pensado, por ventura, en el fin social de sus versos, y ha pretendido enlazarlos en un conjunto regular y en un sistema poético, el joven genio que no ha hecho acaso más que ceder al ímpetu de su imaginación en una hora de arrebato, y en fijar con la pluma las instantáneas imágenes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordarse jamás? ¿Ha descendido a estas consideraciones filosóficas, a este análisis moral y religioso de sus obras, a este cálculo previo del plan de sus trabajos? No, sin duda, y si hubiera sido capaz de concebirlo, no lo hubiera sido de realizarlo; el genio no raciocina, y los poetas, como todas las especialidades del mundo, no tienen la conciencia de lo que son, cumplen su destino sin saberlo, e ignoran la teoría de la obra misma que son llamados a edificar, y el poder de los principios mismos que vienen a proclamar y difundir. Por eso los que viven a su inmediatez suelen juzgarlos con la mayor inexactitud,

cuando creen ufianos que sólo ellos están en el secreto del genio, y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quiméras los primos que otros ven de lejos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven más que al individuo donde debían ver al poeta, no ven más que al autor, cuando debían examinar la obra, y miden al Escorial por la estatura de HERRERA. Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría, y no saben que son los gemidos de una generación entera los que se exhalan de su pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira. Ven al mortal afortunado acaso quejarse de una sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres, y no saben que a un alma eminentemente simpática no le bastan los placeres de una existencia sola, y que la esponja de su corazón embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices. Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente e incrédulo, predicando la religión y los misterios, y no conocen la terrible personificación del siglo ateo, obligado a arrastrarse al pie de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, e implorando por gracia al cielo una creencia, un rayo de verdad que alumbré a la humanidad, y la enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. No. Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios, no ven más que al hombre uniformemente vestido del café y del paseo, del teatro y de la orgía, al hombre que se modela por los demás, y que se hace más superficial, más pequeño, más material y positivo de lo que es en el fondo de su corazón, y luego exclaman: ¡He aquí el hombre! ¡He aquí el filósofo! ¡He aquí el poeta! Pero la sociedad sólo ve el genio, sólo contempla y admira la creación de la inteligencia y de la inspiración. Él se la lanza como la Pitonisa el oráculo, como la estatua de Memnon su armonía: ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Si, poeta: la sociedad te comprenderá mejor que los sabios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue a tu gloriosa carrera: avanza de tu aurora a tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazón, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza, y el poder de la inspiración. Tú, manchado de polvo y de fango, el cuadro chillante y desentonado de una civilización anárquica y desvelada: tú has matizado con los tintes de la luz de oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue. El destino tal vez te reserva otra carrera y te prepara otra corona: tu poesía se lanzará hacia un nuevo período más brillante y más filosófico: tú conoces que lo presente no es digno de ti, pero debes saber también que lo pasado es estéril, que lo que ha muerto una vez no resucita jamás, y que es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca. El porvenir te aguarda, ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos como se sueña en la adolescencia con las gracias de una querida que se forja el corazón. Esa edad por que la juventud

suspira, esa edad invocada por los votos de nuestros corazones, esa edad, tierra de promisión en este desierto para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tuya es, y antes que nosotros debe llegar a ella esa fantasía que a velas desplegadas boga por el mar de los tiempos. A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas y rasgar a nuestros ojos el velo a cuyo través ahora ni vagamente se trasluce. Tú solo serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de reorganización y de armonía en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplica por la belleza y progresos de la civilización moderna, despojada ésta de su egoísmo, como aquéllos de su barbarie, en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reúna en una común familia las naciones ahora aisladas, y en que una religión de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino a que la humanidad es llamada. Sí, poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven a calcular; tal vez a tu canto se revele lo que a la filosofía no le es dado prever. La Providencia no te ha hecho aparecer en vano: y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple, pues, tu misión en la tierra.* No importa que los que a sí mismo se desprecian, los que no se creen nacidos con fin alguno, los que piensan que existen arrojados por el acaso como piedras en el pozo de la vida, los que niegan la previsión de la inteligencia suprema, la divinidad del espíritu humano, su imperio sobre el mundo, y los que a trueque de no reconocer los privilegios del genio nieguen también su existencia, hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú, empero, que crees en ella porque oyes dentro de ti la voz divina que te la dicta, sigue sereno a pesar de las tempestades que en el horizonte asomen la inspiración sublime que te lleva a otro mundo. Yo te he visto partir, mi querido amigo, yo también había querido lanzarme en ese océano; pero delante de tí, he recogido mis velas, y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí, yo en mis ilusiones había creído también que tenía una misión que cumplir. Has venido tú, y me queda una bien dulce, bien deliciosa: la de admirarte y de ser tu amigo.

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

Madrid, 14 de octubre de 1837. ²

a quien en rayo de luz
 y el universo
 dñia para volver
 zina del viento
 Para el mundo
 para vivir y cantar
 Águila fue la
 que con su
 andó arrojando

PRIMERA PARTE

¡Abandonar un destino
 y darle a la
 la la prueba de un
 For, si en el
 hay un recuerdo
 una vida como
 de los firmamento
 consagrando un
 como el que

A LA MEMORIA DESGRACIADA

DEL JOVEN LITERATO

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA

Ese vago clamor que rasga el viento,
 es la voz funeral de una campana;
 vano remedo del postrer lamento
 de un cadáver sombrío y macilento,
 que en sucio polvo dormiré mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,
 y dejó su existencia carcomida,
 como una virgen al placer perdida
 cueлга el profano velo en el altar.
 Miró en el tiempo el porvenir vacío,
 vacío ya de ensueños y de gloria,
 y se entregó a ese sueño sin memoria,
 ¡que nos lleva a otro mundo a despertar!

Era una flor que marchitó el estío,
 era una fuente que agotó el verano;
 ya no se siente su murmullo vano,
 ya está quemado el tallo de la flor.

A CALDERÓN

Todavía su aroma se percibe,
 y ese verde color de la llanura,
 ese manto de yerba y de frescura
 hijos son del arroyo creador.

Que el poeta, en su misión
 sobre la tierra que habita,
 es una planta maldita
 con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria
 donde no llegue a tu cegado oído—
 más que la triste y funeral plegaria
 que otro poeta cantará por ti.
 Ésta será una ofrenda de cariño
 más grata, sí, que la oración de un hombre,
 pura como la lágrima de un niño,
 memoria del poeta que perdió!

Si existe un remotó cielo
 de los poetas mansión,
 y sólo le queda al suelo
 ese retrato de hielo,
 fetidez y corrupción;
 ¡digno presente por cierto
 se deja a la amarga vidual!

¡Abandonar un desierto
y darle a la despedida
la fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el *no ser*
hay un recuerdo de ayer,
una vida como aquí
detrás de ese firmamento...
conságrame un pensamiento
como el que tengo de tí.

A CALDERÓN

«La venerable congregación de sacerdotes naturales de esta villa puso aquí esta inscripción, con permiso de don Diego Ladrón de Guevara, caballero de la Orden de Calatrava y patrón de esta capilla.»
(Capilla de San Salvador, Sepulcro de don Pedro Calderón de la Barca.)

Hay una antigua capilla
pobre por su antigüedad,
negra por su oscuridad,
revocada por *la villa*:

donde se lee en un rincón,
más que con ojos con manos:
—AQUÍ LOS RESTOS HUMANOS
DE DON PEDRO CALDERÓN.

Ave osada cuyas plumas
vistieron de cien colores
con sus matices las flores,
con su nieve las espumas;

a cuyos ojos el sol
prestó luz y atrevimiento,
y a cuyas alas dió viento
tu noble aliento español;

a quien la tierra dió sombra,
y la fortuna dió calma,

a quien un rayo dió el alma,
y el universo una alfombra;

águila para volar
reina del viento naciste,
Fénix al mundo saliste
para vivir y cantar.

Águila fué tu osadía,
que con su atrevido vuelo
subió arrebatada al cielo
a beber la luz del día.

Fénix fueron tus cantares,
pues al nacer y al morir
sólo se hicieron oír
al calor de sus hogares.

Águila tus ojos son,
y fénix es tu garganta:
es fénix la voz que canta,
águila la inspiración.

Si el águila ojos te da,
te da el fénix melodía;
para tu luz y armonía
ni ojos, ni oídos habrá.

Mas por desgracia ó fortuna
ya tu garganta está seca,
y allá en tu pupila hueca
no queda mirada alguna.

Duerme en paz en tu rincón,
donde levantó tu gloria
una cruz a la memoria
de DON PEDRO CALDERÓN.

Que si un mármol reclamó
tu grandeza y te le dieron,
según lo que le escondieron
parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí,
pero en tan bajo lugar,
que pareces aguardar
hora en que huirte de allí.

Mucho te guardan del sol, a la no-
temerán que te ennegrezca...! Co
o tal vez no le merezca...! Co
tu ingenio, y nombre español.

En vez de tan vil lugar
si fueras un potentado,
sepulcro te hubieran dado
delante del mismo altar.

Porque al magnate altanero
le dan virtud y oraciones
el oro de sus blasones,
y su fortuna primero.

Mas duerme tranquilo ahí,
En ese rincón inmundo,
para sarcasmo del mundo,
te basta tu nombre a ti.

Que imbécil o descuidada
la malignidad del hombre
dejó olvidado tu nombre
sobre el sello de tu nada.

II

Sombra ultrajada, perdona
si tu sueño interrumpí,
que mi atrevimiento abona
lo poco que soy en mí,
lo mucho que es tu corona.

Mis ojos te quieren ver,
pero cuando más te miran,
más imposible ha de ser.
¡Su lumbre van a perder
ojos que por ti deliran!

Mis ojos ven tu laurel,
y ver quisieran tu alma;
que es martirio bien cruel
desesperado al pie del
suspitar por una palma.

Mas si nada he de poder,

digno, Calderón, de ti,
si el que a llorar venga aquí
grande como tú ha de ser,
a tu vez llora por mí,
que menos no he de volver.

Pues tu osada inspiración
eterna quedó en la historia,
duerme en paz en tu rincón,
donde levantó tu gloria
una cruz... triste memoria
de DON PEDRO CALDERÓN.³

TOLEDO

Negra, ruinoso, sola y olvidada,
hundidos ya los pies entre la arena,
allí yace Toledo abandonada,
azotada del viento y del turbión.
Mal envuelta en el manto de sus reyes
aún asoma su frente carcomida;
esclava, sin soldados y sin leyes,
duerme indolente al pie de su blasón.

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
parodia con que cubre su vergüenza,
parodia vil en que adivina el hombre
lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,
dos puentes, y entre ruinas y blasones,
un aleazar sentado en una altura,
y un pueblo imbécil que vegeta al pie.

El soplo abrasador del cierzo impió
ciñó bramando sus tostados muros,
y entre las ondas pálidas de un río
una ciudad de escambres levantó.
Está Toledo allí—yace tendida
en el polvo sin armas y sin gloria,

monumento elevado a la memoria
de otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez sobre la noche umbría
de este montón de cieno y de memorias
se levanta dulcísima armonía...
cruza las sombras cenicienta luz:
se oye la voz del órgano que rueda
sobre la voz del viento y de las preces:
una hora después apenas queda
un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna
al través de los vidrios de colores
el brillo de una lámpara moruna
colgada al apagarse en un altar;
apenas entreabierta una ventana
anuncia un ser que sufre, llora o vela;
que el pueblo sin ayer y sin mañana
yace inerte dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento
ese pueblo, en la alta noche,
alza el rostro macilento
despertando con pavor;
fingiendo en la sombra oscura
la mal abierta pupila,
la trasparente figura
de un fantasma aterrador.

Entonces en su memoria
se levantan confundidas
una bruja, y una historia
de la santa religión,
mientras, en polvo la frente,
a la bruja, o a María,
dirige indistintamente
su sacrilega oración.

Y en su ignorancia grosera
mezcla acaso en un ensueño
el nombre de una hechicera

con el nombre de Jehoyah.
Con el vaticinio inmundoso
de un *salvador* infame,
el del Redentor del mundo
en torpe amalgama va.

La luna en tanto pasea
cruzando el azul tranquilo,
y los despojos blanquea
de tanta generación:
esas páginas sin nombre,
cifras de un siglo ignorado,
que alzó la mano del hombre
del hombre para baldón.

Esas santas catedrales,
cuyos pardos capiteles,
cuyos pintados cristales,
cuya bóveda ojival,
cuyo color ceniciento,
cuyo silencio solemne,
cobijan por pavimento
una losa sepulcral.

Sobre ella los vivos cantan,
a par de ruidosa orquesta,
cantares que se levantan
hasta los pies del Señor:
sobre ella flota el perfume
que la atmósfera embalsama,
y en oblación se consume
oro y mirra al Criador.

Sobre ella en noche lluviosa,
al bramar del viento bravo,
armonía misteriosa
en el templo se hace oír.
Es un cántico tremendo,
ronco, vago, agonizante,
una voz que está pidiendo
por los que van a morir.

Es la voz del himno santo,
del terrible *miserere*,

cuyo monótono canto
 miedo infunde al corazón;
 y en la bóveda rodando
 saliendo al aire flotante,
 al mundo va predicando
 una santa religión.

Y bajo la piedra helada,
 de los hombres que murieron
 se oye la voz apagada
 el triste salmo decir:
 y la campana sonora
 remediándola en el aire
 con la voz de alguna hora
 la hace en el aire morir.

II

Duerme, ¡oh Toledol, en la espumante
 [orilla
 de ese torrente que a tus pies murmura,
 que con agua pesada y amarilla
 roe y devora tu muralla oscura,
 que llora ayengonzado tu mancilla,
 tu perdida riqueza y tu hermosura,
 y calla por piedad a las naciones
 que yacen en su fondo tus blasones.

Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
 los ángeles y brujas de tus cuentos,
 las danzas de los santos con las hadas,
 los misterios ocultos en los ventis;
 duerme, sí, con tus farsas parodiadas
 prenda de tus señores opulentos:
 sepulta en barro tu diadema de oro
 y canta en derredor de tu tesoro.

Hubo unos días de gloria
 vanos recuerdos de ayer:
 apenas hoy de esa historia
 nos queda un *Zocodover*,
 u otro nombre en la memoria.

Ceñida entonces la plaza
 de ancho tapiz toledano,
 en la arena húmeda emplaza
 un moro de noble raza
 a algún capitán cristiano.

Vestidos están de flores,
 que avergüenzan un jardín,
 balcones y miradores;
 cristales son de colores
 los del Miramamolín.

Sólo abierto hay un balcón,
 y es el balcón del Sultán,
 y armados de alto lanzón
 jinetes debajo están
 por respeto a la función.

Y las musulmanas bellas
 detrás de las celosías
 muestran ocultas estrellas
 sus ojos, que en tales días
 no hubiera luces sin ellas.

¡Bellas son las orientales!
 Delicados como espumas
 sus prendidos y sus chaes,
 que mece en ondas iguales
 un abanico de plumas.

Por eso celoso el moro
 tendió en sus ojos un velo,
 que es más rico su tesoro
 que el color azul del cielo
 teñido en franjas de oro.

Derraman desde la altura
 aguas de olor en la arena,
 que dan aroma y frescura,
 y agitan el aura pura
 de aurora blanca y serena.

Y en redes de oro colgadas
 de las tres torres mayores,
 de luz y de aire embriagadas,

cantan y vuelan cerradas
aves de gayos colores.

Gala del hombre de oriente
era la altiva Toledo:
hoy conserva solamente
cieno en la caduca frente,
y dentro del alma miedo.

La árabe *Zocodover*,
solitaria y carcomida,
puede apenas sostener
la memoria de su vida,
amenazando caer.

Hoy a las cañas de moros
a lo más ha reemplazado
con una farsa de toros,
y a los adufes sonoros
con los gritos de un mercado.

Y porque consuelo alguno
quedar a Toledo pueda,
robó el tiempo importuno
hasta la alfombra de seda
del alto alcázar moruno.

III

Hoy un templo de gótica estructura,
y escombros sin historias y sin nombre,
en su deformé y colosal figura
su sentencia mortal muestran al hombre.

Y es fama que se encienden todavía
en el templo las lámparas sagradas,
y que vibrar se escuchan noche y día
del órgano las notas aceradas.

Aún existe una página de roca
en que leer deletreando apenas
la era en que una tribu noble o loca
cesó de darnos timbres y cadenas.

Aún hay mirra, hay pebetes y hay al-
[fombras

en que a través de seda y pedrería,
alcanza el pensamiento entre las sombras
lo que Toledo la árabe sería.

Esos son los suntuosos funerales
de tanta gala, pompa y hermosura:
quedan en vez de cantos orientales
himnos al Dios que mora en la altura.

Ya no hay cañas, ni torneos
ni moriscas cantilenas,
ni entre las negras almenas
moros ocultos están;
hoy se ven sin celosías
miradores y ventanas,
no hay danzas ya de sultanas
en el jardín del Sultán.

Ya no hay dorados salones
en alcázares reales,
gabinetes orientales
consagrados al placer;
ya no hay mujeres morenas
en lechos de terciopelo
prometidas en un cielo,
que los moros no han de ver.

Ya no hay pájaros de oriente
presos en redes de oro,
cuyo cántico sonoro,
cuyo pintado color,
presten al aire armonía,
mientras en baño de olores
dormita soñando amores
el opulento señor.

No hay una edad de placeres,
como fué la edad moruna:
igual a aquella ninguna,
porque no puede haber dos;
pero hay en gótica torre
de parda iglesia cristiana

una gigante campana
con el acento de un Dios.

Hay un templo sostenido
en cien góticos pilares,
y cruces en los altares,
y una santa religión.
Y hay un pueblo prosternado
que eleva a Dios su plegaria
a la llama solitaria
de la fe del corazón.

IV

Hay un Dios cuyo nombre guarda el
[viento
en los pliegues del ronco torbellino,
a cuya voz vacila el firmamento
y el hondo porvenir rasga el destino.

La cifra de ese nombre vive escrita
en el impuro corazón del hombre,
y él adora en un árabe mezquita
la misteriosa cifra de ese nombre.

EL RELÓ

Es una verdad que parece sueño.

Quando en la noche sombría
con la luna cenicienta,
de un alto reló se cuenta
la voz que dobla a compás;
si al cruzar la extensa plaza
se ve en su tarda carrera
rodar la mano en la esfera
dejando un signo detrás;
se fijan allí los ojos,
y el corazón se estremece,
que según el tiempo crece
más pequeño el tiempo es;
que va rodando la mano
y la existencia ya en ella,

y es la existencia más bella
porque se pierde después.

¡Tremenda cosa es, pasando,
oír entre el ronco viento,
cual se despliega violento
desde un negro capitel
el son triste y compasado
de el reló, que da una hora
en la campana sonora
que está colgada sobre él!

Aquel misterioso círculo
de una eternidad emblema,
que está como un anatema
colgado en una pared,
rostro de un ser invisible
en una torre asomado
del gótico cincelado
envuelto en la densa red,

parece un ángel que aguarda
la hora de romper el aguarda
que ata el orbe, y cuenta modo
las horas que ve pasar;
y avisa al mundo dormido,
con la punzante campana,
las horas que habrá mañana
de menos al despertar.

Parece el ojo del tiempo,
cuya viviente pupila
medita y marca tranquila
el paso a la eternidad;
la envió a reír de los hombres
la Omnipotencia divina,
creó el sol que la ilumina,
porque el sol es la verdad.

Así a la luz de esa hoguera
que ha suspendido en la altura,
crece la humana locura,
mengua el tiempo en el reló;
el sol alumbrá las horas

y el reló los soles cuenta,
 porque en su marcha violenta
 no vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es por cierto
 ver que un pueblo se levanta
 y se embriaga y ríe y canta
 de una plaza en derredor;
 y ver en la negra torre
 inmóvil un reló marcando
 las horas que va pasando
 en su báquico furor.

Tal vez detrás de la esfera
 algún espíritu yace
 que rápidamente hace
 ambos punzones rodar.
 Quizá al declinar el día
 para hundirse en occidente
 asoma la calva frente
 el universo a mirar.

Quizá a la luz de la luna
 allá en la noche callada,
 sobre la torre elevada
 a meditar se asentó:
 y por la abierta ventana
 angustiado el moribundo,
 al despedirse del mundo
 de horror transido le vió.

Quizá asomado a la esfera
 las noches pasa y los días,
 marcando la hora postrera
 de los que habrán de morir;
 quizá la esfera arrancando,
 asome al oscuro hueco
 el rostro nervioso y seco
 con sardónico refr.

¡Ay! que es muy duro el destino
 de nuestra existencia ver

en un misterioso círculo
 trazado en una pared.
 Ver en números escrito
 de nuestro orgulloso ser,
 la miseria... el polvo... nada,
 lo que *será* nuestro *fué*.
 Es triste oír de una péndola
 el compasado caer
 como se oyera el ruido
 de los descarnados pies
 de la muerte que viniera
 nuestra existencia a romper:
 oír su golpe acerado
 repetido una, dos, tres,
 mil veces, igual, continuo
 como la primera vez.
 Y en tanto, por el oriente
 sube el sol, vuelve a caer,
 tiende la noche su sombra,
 y vuelve el sol otra vez,
 y viene la primavera,
 y el crudo invierno también;
 pasa el ardiente verano,
 pasa el otoño, y se ven
 tostadas hojas y flores
 desde las ramas caer.
 Y el reló dando las horas
 que no habrán más de volver,
 y murmurando a compás
 una sentencia cruel,
 susurra el péndulo—*¡muncal,*
¡muncal, ¡muncal!—vuelve a ser
 lo que allá en la eternidad
 una vez contado fué.

LA LUNA DE ENERO

El prado está sin verdura,
 y los jardines sin flores,

no cantan los ruisenñores
amores en la espesura.

No se oye el dulce murmullo
del viento, que ronco brama,
no brota en la seca rama
tierno y pintado capullo.

No saltan serenas fuentes
por entre sutiles bocas
que ruedan desde las rocas
en vez de arroyos torrentes.

La luz que los aires puebla
pesada, amarilla y tarda,
se pierde en la sombra parda
de la perezosa niebla.

Se viste el color del cielo
color de los funerales,
y son del alba cristales
los carámbanos de hielo.

Brota a los rudos estragos
con que el invierno la abruma
la tierra nieblas y lagos,
el mar montañas de espuma.

Y hacinados, de ancha hoguera
los hombres en derredor,
contemplan el resplandor
que asalta la azul esfera.

Y baja amarillo el río,
y entre sus ondas pesadas
trae las ramas deshojadas
al furor del cierzo impío.

Mas la noche silenciosa
por el firmamento sube,
sin que la manche una nube,
engalanada y vistosa.

Y en vez de sombra importuna
vienen siguiendo sus huellas
mil ejércitos de estrellas
cortesananas de la luna.

Que la noche en recompensa
callando los vendavales,
enciende sus mil fanales
sobre la atmósfera inmensa.

¡Qué bella es la luz de plata
con que la noche se viste
después del día más triste
de la estación más ingrata!

Se ven en la oscuridad,
como soldados que velan,
cuál con la lluvia rielan
las torres de la ciudad.

Se sienten rodar inquietas,
lanzando un grito violento
al brusco empuje del viento
sobre el punzón las veletas.

Y en las mansiones vecinas
los vidrios de las ventanas
remedan las luces vanas
colgadas en las esquinas.

No hay sombra en que no veamos
alguna fantasma oculta,
que porque más la temamos
la noche la sombra abulta.

Pues por completa ilusión
la noche miente tan bien,
que las cosas que se ven
no son las cosas que son.

El aire cristales miente,
plata los pliegues del río,
lluvia de ámbar el rocío,
nácar y perlas la fuente.

Y alza a lo lejos el monte,
como filas de soldados,
mil peñascos apiñados
que guardan el horizonte.

¡Bello es entonces cantar
con enamorado acento

versos que cruzan el viento
para nacer y expirar!

Bello es en la sombra oscura
ver una ondulante falda,
y adivinar una espalda
sobre una esbelta cintura.

Pensar un velo sutil
ocultando un blanco cuello,
y buscar detrás de aquello
un elegante perfil.

Y alcanzar por entre el velo
dos ojos o dos centellas,
que iluminan como estrellas
el espacio de aquel cielo.

Hasta la misma amargura
es tal vez menos amarga,
que cuanto la noche alarga
adquiere más hermosura;

que en una noche tranquila
parece el cielo en verdad
ojo de la eternidad
y la luna su pupila.

Reina de los astros, ¡Luna!
Como tu luz no hay ninguna;
si el alba tiene arrebol,
si tiene rayos el sol,
su luz de fuego importuna.

Cansa por cierto ese ardor
con claridad tan extrema;
bello es del alba el color,
bello del sol el calor,
pero tanta lumbre quema.

¡Oh, de la tuya templada
es fantástico el imperio!
Tú con tu luz plateada
das de la sombra a la nada
los contornos del misterio.

¡Oh noches encantadoras,
volved con tanta riqueza!
¡Hermosas son vuestras horas
que embellecen seductoras
del ánima la tristeza!

Como aquéllas no hay alguna!
que en vez de sombra importuna
traen por orgullo con ellas
mil ejércitos de estrellas
cortesananas de la luna.

A UNA MUJER

Ayer el alba amarilla
al anunciar la mañana,
pintaba de tu ventana
el trasparente cristal;
ayer la flotante brisa
daba a la atmósfera olores,
meciendo las gayas flores
sobre el tallo desigual.

Ayer al rumor tranquilo
de la corriente vecina
en la orilla cristalina
se bañaba el ruiseñor;
y pájaros, flores, fuentes,
saludando al nuevo día,
le prestaban armonía
en cambio de su color.

Ayer eró el sol brillante,
el cielo azul y sereno,
el jardín fresco y ameno,
y delicioso el vivir;
eras tú niña y hermosa
sin rubor sobre la frente,
tu velar era inocente,
inocente tu dormir.

Tú reías y cantabas,
niña o ángel en el suelo,

y tus risas en el cielo
 eran guirnaldas tal vez;
 estrellas eran tus ojos,
 cántico vago tu acento
 blando perfume tu aliento,
 luz de la aurora tu tez.

Entonces, niña, en tu mente
 no resonaban las horas
 ni apenaban seductoras
 fantasmas al corazón;
 no te pintaba tu sueño
 entre la sombra callada
 un suspiro, una mirada
 en voluptuosa ilusión.

Para ti no había tiempo,
 todo era paz, todo flores,
 no había infierno de amores,
 ni fastidio del placer;
 un poeta te cantaba
 melancólicos cantares,
 y la voz de sus pesares
 no comprendías ayer.

¡Pobre niña! ¿Qué se han hecho
 los delirios de tu infancia?
 ¿Qué has hecho de tu fragancia,
 marchita olvidada flor?
 Tus hojas yacen quemadas,
 tu cáliz vacío y seco,
 tu tallo quebrado y hueco,
 el sol no te da color.

Niña de los negros ojos
 ¿a qué viniste a la tierra?
 Rosa nacida entre abrojos,
 ¿qué esperas del mundo, di?
 Una brisa corrompida,
 fétida, hedionda, te mece,
 tu aroma se desvanece...
 ¿quién demandará por ti?
 Ángel mío, vuelve al cielo

antes que el mundo te vea,
 que los placeres del suelo
 placeres malditos son.
 ¡Oh!, por el gozo de un día
 no compres, no, tu tormento:
 el cielo es sólo, ¡alma mfa!,
 de los ángeles mansión.

Hoy es tarde..., ¡eres mujer!
 Leo en tu frente humillada
 el porvenir de la nada
 entre las huellas de ayer.

Veo en tu rostro bulir
 ese torcedor secreto...
 Tu velar es hoy inquieto,
 ¡es inquieto tu dormir!

Lívida está tu mejilla;
 en desorden tus cabellos...
 Mujer, mal prendida en ellos
 olvidada una flor brilla.

Anoche en vez de oración,
 desesperada en el lecho,
 exhalaste de tu pecho
 sacrilega maldición.

Que en el cristal transparente
 contemplastes aterrada
 del negro erimen grabada
 la marca infame en la frente.

Que mal sujeta a tus flores
 entre tus gasas y lazos,
 rasgando van a pedazos
 tu hermosura los dolores.

¡Ay!, inútilmente lloras
 el desvanecido encanto;
 entre las ondas del llanto
 no vuelven, mujer, las horas.

Dióte el mundo oro y placeres
 cumpliendo al fin tus afanes,

ídolo de los galanes,
 envidia de las mujeres.

Y a la luz saliste ufana
 con tu hermosura, ¡oh mujer!
 ¡Sin acordarte de ayer,
 y sin pensar en mañana!

—
 ¡Ay!, en la tumba concluyen
 el gozar y el padecer
 del mundo vano.

Y los vicios nos destruyen
 y nos matan, ¡oh mujer!,
 tarde o temprano.

Y tú, caída palmera...
 porque vendiste tu amor
 a precio infame,
 has querido, vil ramera,
 que a tus puertas el dolor
 más presto llame.

.....
 Tal vez lúbrico magnate
 te inundó por un placer
 de oro y cariño,
 y mientras su rey combate
 él te cobija, mujer,
 bajo su armiño.

Tal vez coronada frente
 descansó en tu impuro pecho
 tu amor comprando,
 y hoy el mendigo indigente
 te negará el pobre lecho
 tu frente hollando.

Pasaron, niña, los días,
 con ellos las ilusiones
 infantiles,

con ellos vienen impiás
 las tormentas y aquilones
 de tus abrilés.

Con ellos llanto y dolores,
 remordimiento, amargura,
 y desengaños;
 que en sus pliegues roedores
 gala, placer y hermosura
 hundén los años.

¡Murió! La voz de la fatal campana
 apagó su memoria y su oración;
 nadie su nombre buscará mañana;
 yace su tumba en fétido rincón.

Aquel clamor fatídico y doliente
 se plegó entre las flores del jardín,
 vibró con los cristales de la fuente,
 rodó sobre los brindis del festín.

Y en oculto elegante gabinete
 brusco y agudo penetró también,
 y se estrelló entre el humo del pebete
 de alguna hermosa en la tocada sien.

Pero una sola lágrima, un gemido
 sobre sus restos a ofrecer no van,
 que es sudario de infames el olvido...
 ¡Bien con su nombre en su sepulcro están!

ORIENTAL

Dueña de la negra toca,
 la del morado monjil,
 por un beso de tu boca
 diera a Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor
 del Zenete más bizarro,
 y con su fresco verdor
 toda una orilla del Darro.

Diera las fiestas de toros,
y si fueran en sus manos,
con las zambras de los moros
el valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,
y armaduras, y pebetes,
y diera.... ¡que tanto vales!,
hasta cuarenta jinetes.

Porque tus ojos son bellos,
porque la luz de la aurora
sube al oriente desde ellos,
y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubí
partido por gala en dos...
Le arrancaron para ti
de la corona de un Dios.⁴

De tus labios, la sonrisa,
la paz, de tu lengua mana...
leve, aérea como brisa
de purpurina mañana,

¡Oh qué hermosa nazarena
para un harén oriental,
suelta la negra melena
sobre el cuello de cristal,

en lecho de terciopelo,
entre una nube de aroma,
y envuelta en el blanco velo
de las hijas de Mahoma!

Ven a Córdoba, cristiana,
Sultana serás allí,
y el sultán será, ¡oh sultana!,
un esclavo para ti.

Te dará tanta riqueza,
tanta gala tunecina,
que has de juzgar tu belleza
para pagarle, mezquina.

Dueña de la negra toca,
por un beso de tu boca

diera un reino Boabdil;
y yo, por ello, cristiana,
te diera de buena gana
mil cielos, si fueran mil.

A VENECIA

I

Allí está Venecia, la dueña opulenta
de antiguos, y nobles, y libres blasones;
Venecia la hermosa, la villa que cuenta
que a sueldo tenía soberbias naciones,
señora del mar.

Que cuenta, que un día imperios y reyes
su gala envidiaron, su nombre temieron,
y el mar y la tierra besaron sus leyes,
y enviáronla buques, soldados la dieron,
porque ella supiera batirse y triunfar.

Un día a sus ojos la tierra callaba,
un día su nombre la tierra llenaba;
pasaron los días, Venecia pasó.
Hoy es una viuda y hermosa sultana,
que tiene su corte ridícula y vana
allá en un palacio que su amo la dió.

¡Venecia la encantadora,
la de los pardos pilares,
de las ciudades señora,
la señora de los mares,
la corona de jardines
colgada sobre canales!
No son tu gala y festines
los que valen lo que vales.

Hechizo de Italia, sí,
mas del poeta la lira
no es por ti por quien suspira,
no, Venecia, no es por ti.

¿Qué valen tus gondoleros,
y tus regatas vistosas,
tus republicanos fueros,
tus máscaras revoltosas,
y tus timbres altaneros,
sin los ojos hechiceros
de tus hermosas?

¡Ay, que tus días pasaron...!
Venecia, la maravilla,
a quien monarcas doblaron
otro tiempo la rodilla,
tus timbres, ¡ay!, se borraron,
tus señores olvidaron
la hermosa villa.

Antigua reina del mar,
mal encubres tu caída
tus bodas al celebrar
con la posesión perdida.

Llora, Venecia, sí, llora,
haz duelo en amargo llanto,
que tus esclavos, señora,
escupen sobre tu manto.

Reina, tu Adriático brama
lejos ya de tus confines;
olvidale, noble dama,
entre danzas y festines.

Tu patrono ha encanecido,
tu rauda león no vuela,
sobre sus garras dormido
por tu grandeza no vela;
brioso alazán herido,
su caballero ha perdido
freno y espuela.

Un capricho que pasó,
matrona opulenta, fuiste;

tu príncipe te olvidó;
hermosa, ya envejeciste
y tu tez se marchitó;
¡no pienses, Venecia, no,
en lo que fuiste!

II

¡Reír, cantar, beber, corta es la vida!
Reír, hasta que seca la garganta
niega paso a la voz enronquecida;
cantar, hasta que el alba se levanta,
que yace en el Adriático dormida.
¡Opulenta Venecia, río y canta!

Ríe y canta, señora de los mares,
que la risa y la voz cubren el llanto;
y mientras roe el tiempo tus pilares,
y deslustra la lluvia el áureo manto,
risa y juego, y festines, y cantares...
Rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgía
la voz de un enfermo apaga,
que un suspiro de agonía
no penetra en un festín.
Canta, Venecia la bella,
para cubrir el erujido
de su poder que se estrella,
y va rodando a su fin.

Levanta una carcajada
para apagar un gemido;
fatídica campanada
preludio de un funeral;
melancólica armonía
que en la bóveda del templo
vibra al expirar el día,
y es un canto sepulcral.

Porque, pese a tus placeres,
a tu pompa y tu hermosura,

hoy, Venecia, sólo eres
una memoria de ayer,
un sepulcro cincelado
entre flores y perfumes,
donde yace abandonado
tu carcomido poder.

Un velo blanco de lino
de una virgen desgraciada,
ofrenda al verbo divino
suspendida en un altar;
barro inmundo en que grabaron,
con mano desesperada,
el nombre que te legaron
tantos siglos al pasar.

Tu ley sea el placer, ciudad gigante:
reír, cantar, beber, corta es la vida!
Que en un festín espléndido y brillante,
duerme el *pasado*, el *porvenir* se olvida.

UN RECUERDO Y UN SUSPIRO

Volvió la vida a latir,
Volvió el alma a delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir
Y el paraíso de amar.

D. NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

I

Bella es la luz de la rosada aurora
y una mañana del quemado estío,
cuando con tibia púrpura colora
las transparentes gotas del rocío.

Cuando inundan el aire de armonía
las aves en las hojas apiñadas,
cuando la tierra, saludando al día,
desata ríos, fuentes y cascadas.

Cuando se mecen las abiertas flores
al blando arrullo de la brisa errante,
y pasa el aura prodigando olores
su inmenso velo al desplegar flotante.

Cuando en sus torres, la ciudad dormida
vibra ronca la voz de la campana,
señal primera de que vuelve a vida
y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte
cuando alza ufano la radiante esfera,
gigante que trepando por el monte
del mundo el sueño a sorprender viniera.

Bella es la tarde con su parda sombra
que el ruido apaga y el espacio puebla,
cuando del mundo en la gastada alfombra
tiende su manto de azulada niebla.

Bella es la noche cuando en paz camina
entre sublime oscuridad velada,
al opaco fulgor con que ilumina
esa luna de estrellas coronada.

¡Bello es el mundo, sí, la vida es bella...!
Dios en sus obras el placer derrama:
sólo no encuentra su contento en ella
un corazón que el imposible ama.

Él solo melancólico suspira
cuando el alba purpúrea se eleva;
él solo melancólico la mira
cómo en sus pliegues su esperanza lleva.

Sólo él sabe que el sol en occidente
al sepultarse le arrebatara un día,
y la noche, al caer sobre su frente,
con su misterio aumenta su agonía.

Sus ojos ven el alba, y ven las flores,
ven la luz, y la sombra y las estrellas,
ven las horas rodar... y sus dolores
probar también para volver con ellas!

Corazón que no has amado,
tú no sabes el dolor
de un corazón acosado,
carcomido y desgarrado
por amarguras de amor!

No sabes cómo se llora
con ese llanto que quema,
con la noche y con la aurora,
con ese sol que colora
en la frente un anatema.

Se llora con el placer,
se llora con el pesar,
con el recuerdo de ayer,
y mañana... hay que llorar,
si nos ama una mujer.

Tú, velado a la tormenta
de borrascosa pasión,
no sabes cómo se aumenta,
cómo inflamada revienta
la pena en el corazón.

Cómo le devora eterno
ese esperar indeciso,
cómo abrasa el fuego interno
de tener hoy un infierno
donde estuvo un paraíso.

¡Amar y no ser amado!
¡Sentir y no consentir!
¡Morir viviendo olvidado!
¡Ay!, ¡morir de enamorado
y no poderlo decir!

Bullir en el pensamiento
el bello ser de otro ser...
y ese roedor tormento,
que hemos bebido en el viento,
¡es la voz de una mujer!

Sí, mis oídos la oyeron,
mis ojos la contemplaron;
era hermosa y la creyeron...
mis oídos me mintieron
o, sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez; descendió al suelo
para dejar sobre la tierra impía
alguna oculta maldición del cielo,
y un reguero de luz y de armonía.

La amé al pasar, y me dejó pasando,
y por único alivio en mi honda pena
«canta», me dijo, y la visión flotando
se deshizo en la atmósfera serena.

UN RECUERDO Y UN SUSPIRO

A DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ

Poeta, ven y cantemos
a una voz nuestros amores;
en una arpa los lloremos,
que bien cobijarse vemos
a un árbol dos ruseñores.

Yo tu dolor cantaré,
tú cantarás mi dolor,
que igual el de entrambos fué,
y harto yo solo lloré
una mujer, un amor.

Hagamos doliente y tierno
a nuestro canto improviso,
del mundo un recuerdo eterno,

y donde estuvo un infierno,
alcemos un paraíso.

A DON JACINTO
DE SALAS Y QUIROGA.

Es el poeta en su misión de hierro,
sobre el sucio pantano de la vida,
blanca flor, que del tallo desprendida
arrastra por el suelo el huracán.

Un ángel que pecó en el firmamento,
y el Señor en su cólera le envía
para arrostrar sobre la tierra impía,
largas horas de lágrimas y afán.

Por eso su memoria tiene un cielo,
y una sublime inspiración su alma,
por eso el corazón de triste duelo
vestido está también.

Que por único alivio en su tormento
sólo le queda una canción inútil,
y una corona que le arranca el viento
de la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
poeta del dolor, bardo sombrío,
tú, que a remotos climas has llevado
tu noble y melancólico cantar;

como los pliegues de la parda niebla
errante cruza un ave misteriosa,
y de armonía con sus cantos puebla
la corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú a la vida naciste
como pacífico arrullo
de aislada tórtola triste;
como fuente abandonada
que levanta su murmullo
sobre la peña olvidada.

Como el ósculo inocente
con que el maternal cariño
y selló la tranquila frente
de su hijo más pequeño,
como el suspiro de un niño
al despertar de su sueño.

Cumple, sí, tu misión sobre la tierra:
camina en paz, errante peregrino,
hasta leer el porvenir que encierra
el libro del destino
escrito para ti.

Hasta que expiren los revueltos días
que señaló en su mente Jehová
y en tu destierro tu delito espías,
¡ay!, porque escrito está
que has de salir de aquí.

De aquí, del hediondo suelo
donde te mandó el Señor,
detener tu raudó vuelo,
para cantar tu dolor
sin que se oyera en el cielo.

Y bien pesó tu amargura
al traerte a esta mansión
dando al hombre en su locura
una soñada ventura
que no está en tu corazón.

Que él no comprende el tormento
que tu espíritu combaté,
ese amargo sentimiento
que tu noble orgullo abate,
nacido en tu pensamiento.

—Hay una flor que embalsama
el ambiente de la vida,
y su fragancia perdida
tan sólo no se derrama
en tu alma dolorida.—

Es un privilegio impío
mirar el placer ajeno

en su loco desvarío,
y en el corazón vacío
sentir acerbo veneno.

Y con ojo avaro, ardiente,
ver tanta mujer hermosa,
con esa tez trasparente,
con esa tinta de rosa
sobre la tranquila frente.

Ver tanto feliz galán,
tanta enamorada bella,
que en plática amante van
sin curarse *el* de tu afán,
sin adivinarle *ella*.

¡Y el poeta en su misión
apurando su tormento!
sin alivio el corazón,
¡sin más que una maldición
escrita en el pensamiento!

De su sentencia mortal
con un día y otro día
llenando el cupo fatal,
cual lámpara funeral
iluminando una orgía.

FRAGMENTOS A CATALINA 5

I
Yo adoré la hermosura
de angelical doncella encantadora,
bella como la aurora,
como las flores pura.

En su labio risueño
yo contemplé mi amor con ufanía;
ella me amaba un día,
yo la llamé mi dueño.

Reclinado en su seno
entía yo su mano dulcemente

resbalar por mi frente,
de orgullo el pecho lleno.

Y la impresión ligera
sentí que por mi sien acalorada
hacia perfumada
su negra cabellera.

Y of su juramento,
que enlazando su mano con la mía,
mil veces repetía
con cariñoso acento.

Y era su voz más grata
que del aroma la flotante nube,
que en la mezquita sube
del pebete de plata.

¡Ayl, que ella fué mi orgullo
y yo la amé porque era más hermosa
que de temprana rosa
el naciente capullo.

Con pompa sus ramas al cielo elevaba
el álamo en medio del bosque frondoso,
y arroyo entre guijos al pie deslizaba
su curso penoso.

Bajó irresistible del monte cercano
furioso torrente, y el manso arroyuelo
creció, y el follaje del álamo vano
postró por el suelo.

II

¿Qué te valdrá, Catalina,
la hermosura peregrina
de ese rostro angelical,
cuando falsos amadores
se rían de tus amores
y se rían de tu mal?

Quando el álamo pomposo
 levantó tan orgulloso
 su cabeza,
 todas las aves del valle
 bajaron a celebralle
 su grandeza.

Quando por tierra caído,
 sólo el siniestro graznido
 del buho en torno se oía,
 ¿qué se hacía el ruiseñor
 con sus cantares de amor?
 Medroso del valle húa.

Quando llores los afanes
 que tus mentidos galanes
 te mostraron,
 ¿dónde estará de tu llanto
 el irresistible encanto
 que probaron?

¡Alma mía, yo te amaba
 y en amarte me gozaba
 y halagabas tú mi amor.
 ¿Qué te hice, ¡mi querida!
 que así condenas mi vida
 a la rabia del dolor?

¡Ay!, mis días se pasaron
 y un recuerdo me dejaron
 cual de un sueño,
 cual de un sueño de delicias
 que formaron tus caricias,
 dulce dueño.

Quando apenas vi malhora
 tu belleza seductora
 ¡si muriera, Catalina!...
 Viera entonces derramada
 esa copa emponzoñada
 que la suerte me destina.

Que entre el lúgubre reposo
 del sepulcro silencioso,
 no se agita
 esa sombra que nos ciega
 y abandona cuando llega
 nuestra cuita.

Quando vi tus labios rojos,
 cuando vi tan lindos ojos,
 tantas gracias, prenda mía,
 sentí un amor tan profundo
 que un arcángel en el mundo
 de ternura te creía.

¡Insensato, me engañabal
 Un espíritu adoraba
 en mi delirio.
 No vi entonces, ciego amante,
 en tu mágico semblante
 mi martirio.

Ojalá nunca te viera
 y nunca escuchar te hiciera
 mis amorosas querellas;
 que tan bella... eras mujer
 y voluble en el querer
 como sois todas las bellas.

Mas los álamos cayeron
 cuando las aguas vinieron
 más crecidas,
 y sus hojas, ¡Catalina!
 fresca rosa purpurina
 vió caídas.

Y pasarás cual pasaron
 los álamos que prestaron
 su gala y su sombra al valle;
 pasarás, y en el olvido

tu nombre una vez hundido
fuerza será el olvidalle.

Solo, yo solo en tu sepulcro helado,
elevatoré mi cántico enlutado
en noche tenebrosa.

No brillará la luna, y hará el viento
que retumba fatídico mi acento
en tu cóncava losa.

Y buscará mi cántico tu oído,
y aquel mundo hallará desconocido
do estará tu morada;
y te dará tormento inextinguible
hasta que en tu mansión incomprensible
mi alma tenga entrada.

III

Mas tú, Catalina, como eres tan bella
así veleidoso te precias de ser;
deslumbras la mente, fantástica estrella,
y pasas cual aura de vago placer.

Pluguérate un tiempo ¡feliz! prenda mía,
pluguérate un tiempo mis versos oír;
entonces tu labio falaz sonreía...
refas, traidora, de verme morir.

Y tú me jurabas de allí a eternamente
un inextinguible volcánico amor,
tu mano pasabas en torno a mi frente...
la frente, decías, de tu trovador.

Solo, con la luna, bajo tu ventana,
mil veces por verte contento esperé;

¡ay!, ¿por qué si entonces me amabas, ti-
rana,
me esquivas ahora?, responde, ¿por qué?

¿Hallastes acaso amor más cumplido?
¿Te llama su bella más fino galán?
¡Cien torres robustas al fin han caído!
¡Las iras calmaron del recio huracán!

«Que llore el poeta, dijiste; por eso
sublimes cantares le inspira un desdén;
por eso a las damas es dulce embeleso,
por eso el guerrero le aplaude también.»

¡Tirana!, que aplauda mi canto el gue-
rrero,
¡que aplauda mi canto su estúpida voz!!...
También el poeta se viste de acero,
también el poeta combate feroz.

Y vence, y su triunfo con vaga sonrisa
contempla, y la sangre con júbilo ve,
y humea; y es roja la tierra que pisa...
Respira sereno, no tiembla su pie.

Mas perdona, hermosa mía,
perdona a tu trovador.
¡Fué la pasión, fué el amor,
fué mi loca fantasía!

¡Te amo!... más que a las flores
la risueña primavera;
te amo, hermosa hechicera;
cual aman los trovadores.
Que eres linda, castellana,
como la rosa temprana
que se abre en fresca mañana
al soplo de brisa inquieta;

más que el albor de la aurora,
 más que la fuente sonora,
 más que la ilusión que adora
 en su delirio el poeta.

Mas ¡ay! que al pie de tu reja
 en vano el poeta llora.
 Tú no le escuchas, señora,
 que es importuna su queja.

Ni sus dennestos te irritan,
 ni te dueles de su llanto,
 ni los ayes de su canto
 ese corazón agitan.

Que sólo me escucha el viento,
 y con bramido violento
 arrebatá al firmamento
 mi dolorida canción...

¡Catalina!... tú serena,
 de llanto y de amor ajena,
 ni oirás mi cantilena
 ni sentirás mi pasión.

Y tal vez en tu ventana,
 ceñida la sien de flores,
 verás nuevos amadores
 venir de tierra lejana.

Y en cansado palafrén,
 mal vestido el roto acero,
 vendrá algún aventurero
 a darte obsequio también.

Mientras yo, el primer amante,
 en esta arena distante
 lloro mi bella inconstante,
 lloro mi perdido amor...

Tus caricias... ¡que pasaron
 como cierzos que bramaron,
 como soles que secaron
 una solitaria flor!

¡Que el eterno llanto mío
 mi rostro ardoroso oprima!
 ¡Que riegue en extraño clima
 algún sepulcro sombrío!

O cerca de una laguna
 moje el pie de rota cruz,
 que bañe la parda luz
 de la misteriosa luna.

Y pasen los días míos
 como espuma de los ríos,
 como allá en los montes fríos
 muere al nacer triste lirio.

Y perezca el trovador,
 y en su suelo abrasador
 que le acabe de su amor
 el fantástico delirio.

A . . . 7

Déjame oír tu misterioso canto,
 alegre voz de tus ensueños de oro;
 solo y perdido peregrino en tanto
 mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía,
 y es justo que le cantes y le adores;
 puro y tranquilo resbaló tu día,
 tu sien de niño coronó de flores.

Para ti son la risa y los festines,
 la tierra para ti tiene placeres,
 la tierra para ti tiene jardines,
 y para ti son bellas las mujeres.

Y tiene luz el cielo trasparente,
color azul y lánguidas estrellas,
y ese fanal que alumbra tristemente
cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada
quema y devora cuanto en torno nace,
arroyo que al caer de la cascada
en cristalinas trenzas se deshace;

pero llega torrente a la llanura,
y arranca frutos, árboles y flores,
y al campo roba gala y hermosura
arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa
vine a surcar las ondas de la vida,
con el alma penada y fatigosa,
con la esperanza del placer perdida.

No para mí, que busco una corona
y un nombre pido en agonía vana;
mentida luz que de verdad blasona,
pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací
hecha de fuego mi alma,
sin un momento de calma
en las horas que viví.

.....
.....
.....

¿Por qué en el lánguido aliento
de una mujer que suspira,
sólo el poeta respira
su amargura y su tormento?

¡Ayl, ¿de qué le sirve al triste
la fogosa inspiración,
si es de tierra el corazón
y su voluntad resiste?

En los góticos salones,
en las pintorescas ruinas,

canta con notas divinas
sus misteriosas canciones.

Y cree sus fábulas bellas,
y en su entusiasmo violento
su espíritu va en el viento
por cima de las estrellas.

En la tierra... pasa el hombre
y ve su miseria en calma:
¡ay, no comprende su alma
y no demanda su nombre!

Que es el poeta un bajel
que de riqueza cargado,
surca el mar alborotado
para naufragar en él.

Mas yo vi el tronco mortal
de avaro conquistador
al amarillo fulgor
de lámpara funeral.

Era de mármol su lecho,
era de mármol su frente,
doblada lánguidamente
sobre su desnudo pecho.

De mármol la mano fría
que el hierro no sujetaba;
su espalda le sustentaba;
si érase un hombre, dormía.

Vi un rey, que el trono perdió
porque al vasallo le plugo,
caminar junto al verdugo
que el cadalso levantó.

Vi una hermosa que arrastraban
sobre féretro asqueroso,
y con cántico medroso
sacerdotes la rezaban.

Vi ricos y potentados
en sus inmundos placeres,
entre orgías y mujeres
de sus hijos olvidados.

«Vivamos hoy», se decían
 en el lúbrico festín;
 y otros con ayes sin fin
 el sustento les pedían.

Y unos cayeron beodos,
 y otros de hambre cayeron,
 y todos se maldijeron,
 que eran infelices todos.

Y en mármoleo pedestal
 vi la sombra del poeta,
 a quien el tiempo respeta
 y el mundo llama inmortal.

Descansa sobre su lira,
 y alza al cielo su cabeza,
 fijos con noble fiera
 sus ojos en quien le mira.

Y al universo da leyes
 orgulloso triunfador,
 intérprete del Señor
 sobre la ley de los reyes.

.....

Oye, sublime cantor,
 si es fuerza que al fin sucumba,
 si al fin bajo a ignoble tumba
 a dormir con mi dolor;

si al fin con el viento vago
 mis versos se perderán,
 cual fuentes que a morir van
 al cieno de hediondo lago;

cuenta al mundo mi amargura,
 cuéntale mi suerte impía,
 que sepa al menos que un día
 quise volar a la altura.

Y borra, borra mi nombre
 si le han grabado en mi losa,
 que no le insulte orgullosa
 la imbecil planta de un hombre.

Sólo una flor amarilla
 que el cierzo marchitará
 entre el césped brotará
 de mi sepulcro en la orilla.

¡Pobre flor! ¿Por qué naciste
 sobre una tumba desierta?
 ¿No temes la noche yerba
 tan solitaria y tan triste?

¡Pobre flor! ¿A qué temprana
 diste al mundo tu sonrisa?
 Hoy te mece fresca brisa,
 pero morirás mañana.

¡Ay!, ¡pobre flor amarilla!
 ¿A qué tan presto brotar
 si el cierzo te ha de agostar
 de mi sepulcro en la orilla?

ORIENTAL

Corriendo van por la vega
 a las puertas de Granada
 hasta cuarenta gomeles
 y el capitán que los manda.

Al entrar en la ciudad,
 parando su yegua blanca,
 le dijo éste a una mujer
 que entre sus brazos lloraba:

—Enjuga el llanto, cristiana,
 no me atormentes así,
 que tengo yo, mi sultana,
 un nuevo Edén para ti.

Tengo un palacio en Granada,
 tengo jardines y flores,
 tengo una fuente dorada
 con más de cien surtidores.

Y en la vega del Genil
 tengo parda fortaleza;
 que será reina entre mil
 cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla
 extendiendo mi señorío;
 ni en Córdoba ni en Sevilla
 hay un parque como el mío.

Allí la altiva palmera
 y el encendido granado,
 junto a la frondosa higuera
 cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,
 allí el nópalo amarillo,
 allí el sombrío moral
 crecen al pie del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda
 que hasta el cielo se levantan,
 y en redes de plata y seda
 tengo pájaros que cantan.

Sultana serás si quieres,
 que, desiertos mis salones,
 está mi harén sin mujeres,
 mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos
 y perfumes orientales,
 de Grecia te traeré velos,
 y de Cachemira chales.

Yo te daré blancas plumas
 para que adornes tu frente,
 más blancas que las espumas
 de nuestros mares de oriente;

y perlas para el cabello,
 y baños para el calor,
 y collares para el cuello,
 para los labios... amor!

—¿Qué me valen tus riquezas,
 respondióle la cristiana,
 si me quitas a mi padre,
 mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme, moro,
 a mi padre y a mi patria,

que mis torres de León
 valen más que tu Granada.—

Escuchóla en paz el moro,
 y manoseando su barba,
 dijo, como quien medita,
 en la mejilla una lágrima:

—Si tus castillos mejores
 que nuestros jardines son,
 y son más bellas tus flores,
 por ser tuyas, en León,
 y tú diste tus amores
 a alguno de tus guerreros,
 hourí del Edén, no llores,
 vete con tus caballeros.—

Y dándola su caballo
 y la mitad de su guardia,
 el capitán de los moros
 volvió en silencio la espalda.

LA MEDITACIÓN

Sobre ignorada tumba solitaria,
 a la luz amarilla de la tarde,
 vengo a ofrecer al cielo mi plegaria
 por la mujer que amé.

Apoyada en el mármol la cabeza,
 sobre la húmeda yerba la rodilla,
 la parda flor que esmalta la maleza,
 humillo con mi pie.

Aquí, lejos del mundo y sus placeres,
 levanto mis delirios de la tierra,
 y leo en agrupados caracteres
 nombres que ya no son.

Y la dorada lámpara que brilla
 y al soplo oscila de la brisa errante,
 colgada ante el altar en la capilla
 alumbraba mi oración.

Acaso un ave su volar detiene
del fúnebre ciprés entre las ramas,
que a lamentar con sus gorjeos viene
la ausencia de la luz;

y se despide del albor del día
desde una alta ventana de la torre,
o trepa de la cúpula sombría
a la gigante cruz!

Anegados en lágrimas los ojos
yo la contemplo inmóvil desde el suelo,
hasta que el rechinar de los cerrojos
la hace medrosa huir.

La funeral sonrisa me saluda
del solo ser que con los muertos vive,
y me presta su mano áspera y ruda
que un féretro va a abrir.

¡Perdón!, ¡no escuches, Dios mío,
mi terrenal pensamiento!

¡Deja que se pierda impío
como el murmullo de un río
entre los pliegues del viento!

¿Por qué una imagen mundana
viene a manchar mi oración?

Es una sombra profana,
que tal vez será mañana
signo de mi maldición.

¿Por qué ha soñado mi mente
ese fantasma tan bello,

con esa tez trasparente
sobre la tranquila frente
y sobre el desnudo cuello?

Que en vez de aumentar su encanto
con pompa y mundano brillo,
se muestra anegado en llanto
al pie de altar sacrosanto,
o al pie de pardo castillo.

Como una ofrenda olvidada
en templo que se arruinó,

y en la piedra cincelada,
que en su caída encontró,
la mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,
con su nombre en el oído,
vengo a prostrar mi frente
ante el Dios omnipotente
en la mansión del olvido.

¡Mi crimen acaso ven
con turbios ojos inciertos,
y me abominan los muertos,
alzando la hedionda sien
de los sepuleros abiertos!

—
Cuando estas tumbas visito
no es la nada en que nací,
no es un Dios lo que medito,
es un nombre que está escrito
con fuego dentro de mí.

¡Perdón!, ¡no escuches, Dios mío,
mi terrenal pensamiento!

¡Deja que se pierda impío
como el murmullo de un río
entre los pliegues del viento!

ROMANCE ^s

Cruza el azul firmamento,
sobre cenicienta nube,
vago suspiro del viento,
preludio del huracán.

Y en los pardos botareles
susurra el musgo colgado,
y los negros capiteles
en torno velando están.

Esqueletos descarnados,
monumentos carcomidos,

sobre los aires lanzados;
 corona del fundador;
 a través de cuyos ojos
 los bravíos aguileones
 arrastran cien nubarrones
 de ceniciento color.

A la voz de la campana
 que expira en el aire vano,
 en la calada ventana
 se oyen los vidrios crujir;
 y las góticas labores,
 entre las sombras vibrando,
 mezclan confusos colores
 en tembloroso lucir.

Y en la sombría capilla,
 de la bóveda colgada,
 tibia lámpara amarilla
 arroja espirante luz;
 y su claridad perdida
 se refleja en los altares,
 tiembla en los anchos pilares,
 da movimiento a la cruz.

Y el ojo imbécil del hombre
 acaso al verla soñara
 vagos fantasmas sin nombre
 cruzando en la oscuridad;
 como en noche perezosa
 brilla en el monte una hoguera,
 y vibra la azul esfera
 a la roja claridad.

Al pie del altar calado,
 entre las sombras perdida,
 como un fétetro enlutado
 quedó olvidada una flor;
 una mujer que murmura
 una plegaria medrosa;

ostenta más su hermosura
 en la mejilla el dolor.

Se oyó en la cóncava nave
 acelerado rumor
 de alguno que fatigado
 en las tinieblas cruzó.

A poco, un hombre de Oriente,
 como flotante vapor,
 al pie del altar calado
 irreverente llegó.

Lanzó la mujer un grito,
 y el musulmán, de furor
 lanzó también un bramido
 que en las bóvedas rodó.

Y entre la suelta melena
 de la virgen del Señor,
 mano sacrilega puso
 y en la alfombra la arrastró.

«Yo te compré, nazarena,
 esclava para mi harén,
 y has de vivir con tu pena
 con mis mujeres también.

Toda una noche he corrido
 desde Sevilla hasta aquí,
 y juro al dios que he servido
 que no he de volver sin ti.»

Calló el moro, y de la lluvia
 el compasado rumor
 sobre los pintados vidrios
 en la capilla se oyó.

Se oyó el silbido del viento
 y el amarilló fulgor
 del repentino relámpago
 por los cristales miró.
 Y se oyó girar violenta,
 al soplo del aguilon,

la veleta, rechinando
sobre el agudo punzón.
Y la solitaria lámpara
en el aire se meció,
la ya moribunda llama
azotando en derredor;
y como en el mar tranquilo
ligero monstruo se hundió,
dejando en la superficie
un círculo vibrador,
así de la luz incierta
la claridad expiró,
y alzóse del musulmán
en las tinieblas la voz:
—¡Que caiga en ti del Profeta
a execrable maldición!

Nació la siguiente aurora,
derramó su lumbre el sol,
y el gótico monasterio
sus capiteles alzó
carcomidos por el tiempo,
de cenagoso color.
Dos caballeros cristianos,
al pie de tosco peñón,
recibían a una dama
que imploraba su favor,
y en la llanura a lo lejos
con ellos desapareció.

En tanto que un pasajero,
postrado en un escalón
de la ruinosa capilla,
al acabar su oración
vió pálido y abatido,
la mejilla sin color,
un musulmán abismado
en honda meditación.

A LA ESTATUA DE CERVANTES

Esa es su sombra... el alma avergonzada,
para más no volver, huyóse al cielo:
solitaria, sombría, abandonada,
esa fantasma se encontró en el suelo.

Si ese pedestal o túmulo se ignora;
mas sin duda temieron que indignado
de la piedra en que está salte a deshora,
según se ve de hierros circundado.

No bajará, que es noble y caballero,
y lidió por su patria el buen poeta;
H acaso no encontrara un compañero
al pie del pedestal que le sujeta.

Tal vez no hallara un digno castellanó
libre y valiente a quien llamar amigo,
a quien tender la cercénada mano,
a quien llevar en pos al enemigo.

Por eso eleva la tostada frente
al firmamento azul noble y tranquilo,
y no mira por eso transparente
apagada a la luz la ancha pupila.

CERVANTES le llamaron otros días,
yerta figura con ajeno nombre,
como su original arrastra impías
horas de duelo en la mansión del hombre.

Ayer cruzaba libre e ignorado
la turba ociosa y soldadesca inquietas
dentro de su armadura de soldado,
o envuelto en sus harapos de poeta.

Hoy en la inmoble colosal figura
derramada la lluvia se destrenza,
y está sombrío en pie sobre la altura,
como sacan un reo a la vergüenza.

El pueblo ve a sus pies, negro milano
que a la boca asomó de un hormiguero,

y quiere el ojo comprender en vano
cómo allí se cobija un pueblo entero.

Y siente la carroza del magnate
rodar, y se estremece a su carrera,
y soldados que marchan al combate
que equipados de farsa los creyera.

Y abajo entre los árboles perdidos
como sueños pasar contempla inquietas
las sombras de políticos caídos,
las parodias de sabios y poetas.

Y una lágrima acaso en su mejilla
alumbrá el sol bajando al occidente,
al contemplar su revocada villa
sin porvenir, alegre o indolente.

Hubo un CERVANTES cuando aquel vivía,
cuando en vez de esos hierros era un hom-
[bre;

llamáronle poeta, y poseía
una espada y un libro con su nombre.

Su espíritu brotó con la tormenta
y le escondió en su seno el torbellino,
el sepulcro su mano abrió violenta,
y hoy resuena su cántico divino.

¿Por qué no le dejaron con su sueño
en el sepulcro donde en paz dormía?

¿A qué traerle con tenaz empeño
a sufrir otra vez la luz del día?

¿A qué su sombra de la tumba alzaron
estúpidos los hombres o altaneros?

Para ahuyentar los siglos que pasaron
y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro que velas
el sueño del mundo impío,
que ves con gesto sombrío
crímenes que no revelas:
cuya negra frente calva
sufré en paz el sol que arde,

la roja luz de la tarde,
la amarilla luz del alba:

¿Qué piensas del mundo, di?
Tú que le dejaste ya,
cuya voz no se alzaría,
cuya sombra quedó aquí.

¿Qué piensas de ese magnate
que ha perdido el sol de un día
embriagado en una orgía
mientras su nación combate?

¿Qué piensas tú de esos reyes (1)
que arrastra un frenado bruto
entre vírgenes de luto
huérfanas hoy por sus leyes?

¿Qué piensas, genio inmortal,
de ese pueblo soberano
que abre paso a su tirano
sin levantar un puñal?

Dime, coloso de hierro,
a quien condena la suerte
a sufrir desde la muerte
en tu patria tu destierro,

¿no es cierto que allá en su afán
espera tu desconsuelo
que te arrastre por el suelo
un revoltoso huracán?

II

Tu nombre tiene el pedestal escrito,
jen extranjero idioma por fortuna!
Tal vez será tu nombre un *sambenito*,
que vierta infamia en tu española cuna.

¡Hora te trajo a luz desventurada!
¿Español eres...?, lo tendrán a mengua,
cuando a tu espalda yace arrinconada
tu cifra en signos de tu propia lengua.

(1) Casi inútil parece advertir que estos son pensamientos históricos, y que se refieren a géneros y no a individualidades.

¡Serás acaso un busto aparecido
entre las ruinas de la antigua Roma,
recuerdo que los tiempos han roído
que algún rico libró de la carcoma!

Maldita es tu misión sobre la tierra;
los que mueren sus males acabaron,
todos sus restos su sepulcro encierra...
los tuyos del sepulcro se robaron.

Helo allí que se levanta
como fantasma furioso,
que magulla con su planta
los que a su morada santa
van a turbar su reposo.

...Porque su nombre y su gloria
tan sólo al tiempo vendió
para dejar su memoria
grabada en oro en la historia,
que escrita en el fango, no.

Que por eso en su amargura
abortó un libro coloso,
que a su renombre asegura
en las edades reposo.

Cuando los siglos le lean
hará que los siglos vean
en su cubierta roída,
en caracteres gigantes
dos genios con una vida,
un *Quijoté* y un *Cervantes*.

Y si entre la espesa bruma
de esta edad que bulle inquieta,
de hediondo mar alba espuma,
el genio de otro poeta
despliega su blanca pluma;
si algún bardo colosal
levanta entre la tormenta
sa cántico celestial,
de una centuria sangrienta
salmodiando el funeral;

cuando el tiempo, hombre sombrío,
el orbe rompa a pedazos,
que sostenido en tus brazos
huya su cuchillo impío;
y en el día de furor,
cuando al eco atronador
de la funeral trompeta
se junte el mundo en un valle,
mándale al mundo que calle,
y dile que era un POETA.

ELLA, ÉL

ELLA

El cabello desceñido,
por las mejillas el llanto,
en su angustiado quebranto
es el ángel del dolor.

Sobre el lecho de la muerte
el triste poeta gime;
la ardiente fiebre le oprime
con fuego devorador.

Joven, lleno de ilusiones,
en su primavera expira.
Él por sus sueños delira
y ella delira por él.
¡Se muere!... y por solo alivio
de eterno dolor profundo,
quedará sola en el mundo
con un recuerdo de hiel.

Fueron sus ojos azules,
fueron sus labios de rosa,
su sonrisa voluptuosa,
su mirada angelical.
Ahora es una azucena
sin frescura y sin aroma,
una palma que desploma
el revuelto vendaval.

ÉL.

«—¿Oíste? ¿No fué el viento
que murmuró tu nombre?

Era la voz de un hombre,
era un odioso acento.

Acércate, alma mía!
He visto ya la muerte.

¡Ah!, necesito verte...

¡Acércate, María!...

Aparta de mi mente
las sombras del delirio;
consume mi martirio,
¡oh Dios omnipotente!

¡Ángel mío! ¡María!... Aquí, en mi frente,
siento un ardor horrible que me acaba.

¡Es de un volcán la abrasadora lava,
es de fuego un torrentel!

¿Me huistes, oh María,
cual un fantasma vano?

Tu delicada mano
tocar me parecía.

Créi sentir la seda
de tu cendal ligero...

María..., ¡adiós!..., yo muero;

María..., ¡en paz te queda!

No. Yo quisiera ahora
la calma de un momento...

Uno solo..., ¡oh tormento!

Tan sólo, sí, una hora...

¡Tan joven, ¡ay!, la voluptuosa aurora
no vi más de la vida... y a la oscura
tumba bajar!... ¡Sin ti, sin tu hermosura,
María encantadora!

¡Tan joven y perdetel!

Ahora que la vida me halagaba,
cuando mi gloria, ¡oh virgen!, empezaba,
¡ir a dormir el sueño de la muerte!...

¡Ay, solo, abandonado,
deja la luz el misero poeta!...

Y su mente ambiciosa, vaga, inquieta,
irá a encerrar en el sepulcro helado.

¡Morir!... ¡Oh, no, imposible!

¿Y mi lira? ¿Y mis versos?... ¿Y mi gloria?
¿Ni mi nombre siquiera en la memoria?

de un solo vivo?... ¡Idea aborrecible!
¿Ni ella tampoco, ni ella

viene a coger mi fúnebre suspiro?
¡Y me acabo!, ¡y apenas ya respiro!

¿Y yo la amaba, y la llamé mi bella?
¡Amor mío! ¡María!...

Tú me amabas también. Será el postrero:
pon en mi labio un ósculo hechicero...

¡Tranquilo bajaré a la tumba fría!

LOS DOS

En congojosa agonía
al abandonar el mundo,
con acento moribundo
así el poeta decía.

Y en medio la fiebre ardiente
por su bella demandaba,
y su llanto derramaba
la bella sobre su frente.

¡Lanzó un suspiro!—¡Su boca
guardará silencio eterno!
Tal vez con gemido interno
un nombre adorado invoca.

El labio a su labio unió
la desolada María...

¡Inútil! La muerte impía
de su dolor se rió!

ELVIRA

Con furia en el bosque luchaban los vientos,
del pino tronchado sonoro estallido
se oía crujir,

y el ave agorera sus tristes lamentos
callaba, y del trueno lejano el bramido
se hacía sentir.

Y lluvia copiosa los cielos enviaban,
que en sulcos deformes la tierra partía
de angustia colmada:

y al ver que en el monte mil rayos brillaban
el hombre dijera que el mundo se ardía
tornando a su nada.

Encina nudosa nacida entre peñas
por donde derrumba su espuma un torrente
se mira a lo lejos:

y apenas alumbraba el rayo en las breñas
el arco ruinoso de gótico puente
con tibios reflejos.

Suspenseo en la cima del árbol añoso,
de ramas tejido descendiendo un asiento:
en él aparece

fantástica bruja de aspecto asqueroso
sentada y serena.—Con ímpetu el viento
silbando la mece.

—Vi palacios magníficos un día
cuando fortuna en torno me reía;
vi donceles y dueñas,
que humildes me acataban;
los vientos no zimbaban
entre las rudas peñas.

Y oía yo cantares regalados,
y oía al par los ecos apagados
de una lira distante;
porque es grato a las bellas
escuchar las querellas
de su bizarro amante.

Gimió el clarín y se lanzó la guerra
bramando de furor—mística la tierra
lloró por su venida—,
y vestido de acero
fue al campo el caballero,
y allí perdió la vida.

Y entraron victoriosos los contrarios
respirando venganza.—¡Sanguinarios!

Mis tierras, ¿qué se hicieron?
Mis fieles servidores
en medio estos horrores
luchando, sucumbieron.—

Y el último era un héroe—y yo vagaba
allá en su mente a tiempo que expiraba;
muriendo ¡ay! me decía,
«mi Elvira encantadora,
llora tu esposo, llora
sobre mi tumba fría.

Lloré y venganza le juré a mi esposo,
y se la di, que incendio estrepitoso
consumió los salones
que vivió su asesino;
sólo halló cuando vino
denegridos terrones.

Contra su altiva frente el cielo mismo
vibró su rayo, y el ruidoso abismo
le tragó del torrente.
Yo le miré suspenseo
sobre el espacio inmenso
maldecirme demente.—

Y me gozaba, y aplaudía en tanto,
y daba al viento el desaecorde canto
de la venganza mía;
y oí sonar cercana
la lúgubre campana
al tiempo que moría.

Crece ahora, huracán—alza bramando
tu saña contra mí—yo iré cantando
mis himnos funerales;
con mis manos heladas
yo romperé selladas
las puertas infernales.—

Cantaba la vieja: con sordo mugido
los vientos llevaron su triste canción:

del rayo en un punto el árbol herido,
 con ella caía:
 su grito de muerte se oyó, y todavía
 vagó por sus labios postrer maldición.

LA TARDE DE OTOÑO

Ya viene el revuelto otoño
 recogiendo fresco y flores;
 pasó el sol con sus calores,
 y alumbró al fin otro sol;
 pasaron las alboradas
 deliciosas de la aurora,
 que el horizonte colora
 de purpurino arrebol.

Pasaron las noches claras
 de la luna y los jardines;
 las noches de los festines
 tras el otoño vendrán.
 Pasó el tiempo de las citas
 a deshora entre las rejas,
 los cuidados de las viejas,
 de las niñas el afán.

Pasaron las serenatas
 debajo de los balcones,
 las rondas y las canciones
 del mancebo emprendedor.
 Todo es ya triste: la tierra
 pierde su brillante aliño,
 y el amor, que es pobre y niño,
 alivio busca al calor.

Mas si se envuelve la noche
 entre su sombra importuna,
 si pierde su blanca luna
 y sus horas de placer;
 si pierde la fresca aurora

sus aromas y sus flores,
 sus nubes de cien colores,
 su aureola de rosicler;

le queda en cambio a la tarde
 todo el encanto del día,
 y henchida de su armonía
 sale el sol a despedir.
 Bella es la tarde que baja
 por el rosado occidente,
 y se apaga lentamente
 para volver a lucir.

Es púrpura el horizonte,
 y el firmamento una hoguera,
 es oro la ancha pradera,
 la ciudad, el río, el monte.

Rey de los astros, el sol,
 del regío trono al bajar,
 su pompa querrá ostentar
 en su manto de arrebol.

Por eso suspenso está
 de su reino a la salida,
 jurando a su despedida
 que mañana volverá.

Banda de nubes de grana,
 que con sus reflejos tiñe,
 flotando en torno le ciñe
 como turba cortesana.

Ráfagas mil que se cruzan,
 filigrana de la tarde,
 el sol que a su espalda arde
 en colores desmenuzan.

Y al hundirse en occidente
 partida en muchas la llama,
 por el cielo se derrama
 fosfórica y trasparente.

Es la postrera sonrisa
 del bello día que acaba,

que de esa luz arrancaba
su fresca ondulante brisa.

La fresca brisa que asoma
por sobre la roca calva,
remedo de la del alba,
en frescura y en aroma.

A su venida, tardías
cierran su cáliz las flores,
y trinan los ruiseñores
sus postreras armonías.

Se les ve buscar la sombra
entre las desnudas ramas,
por que sus hojas de escamas
sirven al suelo y de alfombra.

Que ya el inconstante viento,
del otoño que aparece,
en los árboles se mece
con brusco sacudimiento.

Flor, pronto inútil y sola,
en vez de la que él deshizo,
orlará el campo pajizo
la purpurina amapola.

Brezos y arbustos impuros
de la montaña en la falda,
vestirán su áspera espalda
con sus matices oscuros.

Grupos de nubes perdidos
como fantasmas deformes,
traen en sus pliegues enormes
vientos de invierno escondidos.

El árbol en largas hebras
hiende sus cortezas vanas,
y anuncian lluvias lejanas
las rastras de las culebras.

Da el cuervo al aire su vuelo,
graznidos a su garganta;
el rey del viento se levanta
entre la tierra y el cielo.

Se oye de alguna paloma

perdido el último arrullo,
de alguna fuente el murmullo
que entre los juncos asoma. Y

Queda el mundo en soledad;
y en el aire alzan su imperio,
de las sombras el misterio,
y el humo de la ciudad. Y

INDECISIÓN

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
un sol de fuego iluminando el día,
aire de aromas, flores apiñadas:

Y en medio de la noche majestuosa
esa luna de plata, esas estrellas,
lámparas de la tierra perezosa,
que se ha dormido en paz debajo de ellas.

¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
asomar el crepúsculo que nace;
y la neblina que corona el monte
en el aire flotando se deshace;

y el inmenso tapiz del firmamento
cambia su azul en franjas de colores,
y susurran las hojas en el viento,
y desatan su voz los ruiseñores.

.....

Y la noche las orlas de su manto
arrastra fugitiva en occidente;
y la tierra despierta al fuego santo
que reverbera el sol en el oriente.

¡Bello es vivir! Se siente en la memoria
el recuerdo bullir de lo pasado,
camina cada ser con una historia
de encantos y plácemes que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilón que brama,
si hay un invierno de humedad vestido,

hogueras hay a cuya roja llama
se alza un festín con su disorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera,
con su manto de luz y orla de flores,
que cubre de verdor la ancha pradera
donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,
y desierto sin fin en la llanura,
en cuya extensa y abrasada alfombra
crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,
como sombras sin luz y apariciones,
pardos y corpulentos elefantes,
amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca
duerme el tigre feroz harto y tranquilo,
y de una cueva en la entreabierta boca
solitario se arrastra el cocodrilo.

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
un sol de fuego iluminando el día,
aire de aromas, flores apiñadas...

Arranca, arranca, Dios mío,
de la mente del poeta
este pensamiento impío
que en un delirio creó;
sin un instante de calma,
en su olvido y amargura,
no puede soñar su alma
placeres que no gozó.

¡Ay del poetal, su llanto
fue la inspiración sublime
con que arrebató su canto
hasta los cielos tal vez;
solitaria voz que el viento
con impuro soplo azota,

él arrastra su tormento
escrito sobre la tez.

Porque tú, ¡oh Dios!, le robaste
cuanto los hombres adoran;
Tú en el mundo le arrojaste
para que muriera en él;
Tú le dijiste que el hombre
era en la tierra su hermano,
mas él no encuentra ese nombre
en sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que eligiera
para el viaje de la vida
una hermosa compañera
con quien partir su dolor;
mas ¡ay! que la busca en vano,
porque es para el ser que ama
como un inundo gusano
sobre el tallo de una flor.

Canta la luz y las flores,
y el amor en las mujeres,
y el placer en los amores,
y la calma en el placer;
y sin esperanza adora
una belleza escondida,
y hoy en sus cantares llora
lo que alegre cantó ayer.

Él con los siglos rodando
canta su afán a los siglos,
y los siglos van pasando
sin curarse de su afán.
¡Maldito el nombre de gloria
que en tu cólera le diste...!
Sentados en su memoria
recuerdos de hierro están.

El día alumbra su pena,
la noche alarga su duelo,
la aurora escribe en el cielo
su sentencia de vivir:
fábulas son los placeres,

no hay placeres en su alma,
no hay amor en las mujeres,
tarda la hora de morir.

Hay sol que alumbra: mas quema:
hay flores que se marchitan,
hay recuerdos que se agitan
fantasmas de maldición.

Si tiene una voz que canta,
al arrancarla del pecho
deja fuego en la garganta,
vacío en el corazón.

¡Bello es vivir! Sobre gigante roca
se mira el mundo a nuestros pies tendido,
la frente aliva con las nubes toca...
todo creado para el hombre ha sido.

¡Bello es vivir! Que el hombre descuidado
en los bordes se duerme de la vida,
y de locura y sueños embriagado
en un festín el porvenir olvida.

¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos:
el tiempo entre sus pliegues roedores
ha de llevar el bien que no gocemos,
y ha de apagar placeres y dolores.

Cantemos de nosotros olvidados,
hasta que el son de la fatal campana
toque a morir.—Cantemos descuidados,
que el sol de ayer no alumbrará mañana.

• • • • •

Eran aun los agitados días
en que mi juventud abandonada
adivinó tal vez horas impías
entre el crespón de la insondable nada;

cuando con ojo avaro y penetrante,
aun no poeta el porvenir medita
el niño, y ve pasarle por delante
árida nada que su sed irrita;

cuando el nombre del niño no es un
[nombre,
cuando la idea informe no es idea,
y en el alma del niño nace el hombre
que idea y nombre se conquista y crea;
entonces de la vida en el vacío
soñé un bello fantasma que rodaba,
gota brillante y fresca de rocío
en flor que brota entre pajiza lava.

Blanco ese sueño resbaló en mi mente
puro y tranquilo como sol que nace,
como se rompe el agua de la fuente
y rodando en la yerba se deshace.

Era la forma trasparente y vaga
de un arcángel que cruza el firmamento,
era un pliegue del viento que una maga
vibró al cantar con aromado aliento.

Era la voz del arpa que se pierde
entre el leve vapor de ancha laguna,
en cuyo fondo con las algas verde
tibia refleja amarillenta luna.

Era en la mente perdida
entre suspiros de gloria
la esperanza y la memoria
del amor de una mujer:
recuerdo en alma de niño,
amor en alma de hombre,
blanco fantasma sin nombre
y sin hora en que nacer.

—
Permite, dulce embeleso,
que mis labios en tus labios
pongan un ardiente beso
que se oiga en el corazón;
que la mente del poeta,
en su entusiasmo violento,
beba en tu mirada inquieta
la fogosa inspiración.

Que en la noche tempestuosa
será bello, jamada mial,
de la lluvia áspera y fría
al desigual susurrar,
tener contigo un poeta
sentado a la roja llama,
con un corazón que ama
y una voz para cantar.

Será bello en puro día
de fragante primavera
su fantástica armonía
escuchar en un jardín,
y que en la ruidosa fiesta
levanto robusto canto,
y que te vele tu siesta
después de largo festín.

Te diga los caballeros
que por tus favores lidian,
y las damas que te envidian,
el cantar del trovador:
y en la tibia madrugada
tus labios sobre su frente,
duermas tú tranquilamente,
soñando sueños de amor.

Y tu aliento con su aliento,
y tu mano con su mano,
con un mismo pensamiento
que os halague al despertar;
os encuentre la mañana
y resbale vuestra vida,
como parda luz lejána
de una tarde sobre el mar.

ORIENTAL

Mañana voy, nazarena,
a Córdoba la sultana;
mi amorosa cantilena
ya no sentirás mañana
al compás de mi cadena.

Quando vuelvan los cristianos
de los moros vencedores,
lee mis destinos tiranos,
la historia de mis amores
en la sangre de sus manos.

Valiera más que cautivo
en esa torre acobara
la triste vida que vivo;
que la vida que hoy recibo
me la vendas, ¡ay!, bien cara.

¡Adiós!, tu esclavo mañana
ya no ha de causarte enojos;
pero es esperanza vana:
cautivo quedo, cristiana,
en la prisión de tus ojos.

¡Maldita, hermosa, mi estrella!
¿Qué ha de valerme la vida,
si no he de hallarte con ella
ni en Granada la florida,
ni en mi Córdoba la bella?

De hoy me será el claro sol
una lámpara importuna;
hija del suelo español,
tú eres mi sol y mi luna...
la aurora y el arrebol.

Pues en ti pierdo el sol hoy
sin tu sol no he de vivir;
sultana, a Córdoba voy,
que en las tinieblas que estoy
presto, a fe, que he de morir.

Ha prometido Mahóma
un paraíso, una huri...
tú habrás de ser ángel, sí,
en esa región de aroma,
y hemos de amarnos allí.

ROMANCE

La noche no tiene ruido;
en la sombra no hay color;

no hay en los viejos cuidado,
 las dueñas no tienen voz;
 pero cuando todos duermen,
 estamos velando dos;
ella en la reja sentada,
 y al pie de la reja *yo*.

Mis ojos no ven sus ojos,
 no ven su tez trasparente,
 no ven su rosada frente,
 ni su sonrisa de amor:
 no ven el rubor de virgen
 que sus mejillas colora;
 tiene quince años ahora...
 las niñas tienen rubor.

No ven mis ojos avaros
 su casi desnuda espalda,
 ni entre la revuelta falda
 asomado el blanco pie:
 como en la orilla de un río,
 rompiendo la inquieta espuma,
 tender la flotante pluma
 nevado un cisne se ve.

Ni en su gartanta y sus hombros
 el alto pecho imagino,
 ni por su rostro adivino
 del corazón la inquietud;
 y tiene la áspera reja,
 centinela desvelado,
 delante el amor osado,
 detrás la frágil virtud.

¡Mas, pese a la densa reja,
 pese a la noche sombría,
 yo tengo, ¡paloma mía!,
 el alma bañada en ti!
 Tengo mis labios de fuego
 sobre tus labios de rosa,
 y en tu pecho late, hermosa,
 un corazón para mí.

¡Adiós!, que por el oriente

la luz importuna sube,
 y envuelto en húmeda nube
 las tinieblas rasga el sol;
 y para una niña en vela,
 y el galán que la enamora,
 mucha luz tiene la aurora
 en el brillante arbol.

Vierte el alba en su sonrisa
 su armonía y su color,
 y se columpia la brisa
 en el cáliz de la flor;
 de rosa, lirio y claveles,
 robando al fragante olor,
 cuelga en los anchos laureles
 gemido murmurador.

Y gime la fresca fuente
 bajo el manto de cristal,
 y gime lánguidamente
 la tórtola angelical;
 y enamorada paloma
 bebe la luz matinal,
 meciendo el aura de aroma
 con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo
 el ancho jardín cruzó,
 murmurando por lo bajo
 enamorada canción:
 —¡Oh!, vuelve, noche, sin ruido,
 con tu sombra sin color,
 con tus viejos sin cuidado,
 y con tus dueñas sin voz;
 porque, cuando todos duerman,
 volvamos a velar dos;
ella en la reja sentada,
 y al pie de la reja, *yo*.

A UN TORREÓN

Gigante sombrío, baldón de Castilla,
 castillo sin torres, ni almenas, ni puente,
 por cuyos salones en vez de tu gente
 reptiles arrastran su piel amarilla,
 dime, ¿qué se hicieron tus nobles señores,
 tus ricos tapices de sedas y flores,
 tu gente de guerra, tus cien trovadores
 que alzaron ufanos triunfante canción?
 Tú estás en el valle cadáver podrido,
 guerrero humillado que el tiempo ha ren-
 [dido:
 tu historia y tu nombre yaciendo en olvido,
 el mundo no sabe que existe *Muñón*.

Tus pardas ruinas me son de tormento,
 con negros recuerdos corroen mi alma...
 ¡Tú estás en mi mente, maldecida palma
 quemada del rayo, batida del viento!
 Yo errante poeta proscrito en el mundo,
 tal vez en el polvo de féretro inmundos,
 sin nombre, sin gloria para siempre hundo
 mi frente abrasada de inútil sudor;
 ¡por ti, resto infame, fantasma de duelo,
 morada maldita de un ángel del cielo
 que amé y me robaron...! ¡maldito tu suelo,
 maldito tu nombre...! maldito mi amor!

Quédate, sí, en esa altura
 a la vergüenza del llano,
 castillo sin castellano,
 matrona sin hermosura.

De ti el tiempo se rió,
 tus torres se derribaron,
 tus vasallos te ultrajaron,
 tu señor te abandonó.

Quédate, negro esqueleto,
 de fértil vega mancilla,

a esa ermita de Castilla
 sin sacerdote sujeto.

Sin pendones que ondear,
 sin blasones a la entrada,
 tu bóveda agujereada
 no has podido sustentar.

Sin un eco en los salones,
 sin un soldado en el muro,
 hoy crece el arbusto impuro
 al pie de tus torreones.

Señor muerto en tierra ajena,
 olvidado de tu gente,
 a pedazos de tu frente
 roba el viento tu melena.

Y pasa a tus pies el hombre
 sin buscarte en su memoria,
 porque no leyó tu historia,
 ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno, que en aciago día
 en tu gastada piedra escribí yo,
 y el nombre de otro y la vergüenza mía
 con la tuya quedó.

Cuando mi labio le nombró, mentía,
 cuando mi mano le grabó, mintió;
 hoy... ya no existe; en su carrera impía
 el tiempo le arrastró.

Y ese nombre celestial
 que el tiempo devoró al fin,
 una mujer por mi mal
 le arrebató a un serafín;
 el huracán de la vida
 sólo dejó, ¡oh mi querida!,
 para mi eterno tormento
 en prenda de maldición,
 tu nombre en mi pensamiento,
 tu amor en mi corazón.

LA NOCHE DE INVIERNO

A DON GENARO VILLAAMIL

Pintor, el viento se estrella
bramando en esa ventana;
en pos de su airada huella
la lluvia y la noche van;
prepara lienzo y pinceles,
yo escribiré tu pintura,
y conquistemos laureles
al través del huracán.

Agua las nubes abortan;
se ve la lumbre amarilla
de las centellas, que cortan
nubes y lluvia al caer;
se oyen girar las veletas
sobre la gigante torre,
y las pizarras sujetas
al agua y viento repeler.

Se ven oscilar tus lienzos,
del crudo viento impelidos,
que por los vidrios hendidos
penetra inquieto hasta aquí.
Esos retratos colgados,
que unos con otros se chocan,
son escudos conquistados
y blasones para ti.

Oyese el son temeroso
de campanas que, rompiendo
de los hombres el reposo,
conjuran la tempestad;
se oye en la calle azorado,
de alguno que huye la lluvia,
el paso precipitado
cruzando en la oscuridad.

Encendamos una hoguera
cuya roja llama alumbre
esos rostros en hilera

colgados en la pared;
que, mecidos por el viento
y animados por la llama,
nos darán un pensamiento
y una corona tal vez.

Tú tienes dentro la mente
galerías, catedrales,
todo el lujo del oriente,
todo un mundo que pintar;
tú tienes en tus pinceles
derruidos monasterios,
con aéreos botatales

Tienes torres con campanas
y transparentes labores,
castillos con castellanías
que aguardan a su señor;
y bóvedas horadadas,
y silenciosas capillas,
donde en marmóreas almohadas
yace el muerto fundador.

Y antiquísimas ciudades
que, por el tiempo roídas,
cuentan al tiempo verdades
que él se desdeña escuchar;
tienes en el valle fuentes,
peñascos en la montaña,
y en los peñascos torrentes
que se arrastran a la mar.

Tienes en los mares islas,
con ciudades y jardines,
y en los jardines festines,
y en los festines placer...
Prepara lienzo y pinceles,
y deja que el viento brome,
y la lluvia se derrame,
y estalle el rayo al caer.

A inspirarnos han venido
la noche con sus tinieblas,

el rayo con su estampido,
la lluvia con su rumor:
tú pintarás lo que sientas;
yo escribiré lo que siento
en el empuje violento
del huracán bramador.

Yo escribiré cómo muge
el vendaval en tus torres,
cómo entre las jarcias cruje
del buque que va a anegar:
cómo zumba en las almenas
con que ciñes tus castillos,
cómo silba en las cadenas
que el puente han de sujetar.

Escribiré cómo imita
la humana voz en las rocas,
y como el milano grita,
y ruge como el león,
y silba como la serpiente,
sorbe como la lechuga,
la voz de un incendio miente
al cruzar un torreón.

Miente el graznido del cuervo,
brama como el ronco toro,
remeda el distante lloro
de una garganta infantil;
y azotando los cristales,
finge el fantástico vuelo
de espíritus infernales
que pasan de mil en mil.

E imita el rumor confuso
de clarines y de aceros,
de carros y caballeros
que van marchando detrás,
y de un lejano combate
los alarmantes clamores,
y el ruido de los tambores
que redoblan a compás.

Tú pintarás la montaña

entré la niebla sombría,
pintarás la lluvia fría
derramada desde allí;
los alcázares morunos,
los pilares bizantinos,
monumentos peregrinos
embellecidos por ti.

Pintarás los gabinetes
cincelados de la Alhambra,
y el humo de los pebetes
y las bellas del harén.
Tú pintarás las memorias
que nos quedan por fortuna,
yo escribiré las historias
que vida a tus cuadros den.

Te diré el blando murmullo
de las aguas destrenzadas,
y el melancólico arrullo
de la tórtola que amó;
te diré cómo se mecen
las flores sobre los tallos,
cómo nacen, cómo crecen,
cómo el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre
con su choza o su palacio,
y yo te diré su nombre,
y lo que en el mundo fué:
tú al mundo darás colores,
yo le daré lengua y vida;
tú pintarás los amores,
y yo te los cantaré.

¡Pintor!, que la noche ruede
con el ronco tórbellino,
que envuelta en tormentas quede
la desvelada ciudad:
nosotros lejos del mundo
otro mundo gozaremos,
de la hoguera que encendemos
a la roja claridad.

Calderón, Murillo, Ercilla,
colgados por las paredes
con su estoque y su golilla,
forman nuestro mundo aquí.
Ahí están Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano...
con tintas para tu mano,
e inspiración para mí.

Prepara lienzo y pinceles,
desplega tu fantasía;
cuando nos sorprenda el día
que alumbré una creación.
Pintor, ese torbellino
ha venido a visitarnos:
en él nos trajo el destino
la violenta inspiración. ¹⁰

RECUERDOS DE TOLEDO

LA CATEDRAL

INTRODUCCIÓN

Ese montón de piedras hacinadas,
morenas con el sol que se desploma,
monstruo negro de escamas erizadas
que alienta luz y música y aroma;

a quien un pueblo inválido rodea
con pies de religión, frente de miedo,
que tan noble lugar mancha y afea,
es catedral de lo que fué Toledo.

Pálida y triste, pobre y abatida,
llora el favor de los hundidos años;
reina sin corte, anciana y desvalida
por sus hijos robada y los extraños.

Por vestir el espectro de su nada
hoy convoca sus hijos a las fiestas,
celebrando su mal, desesperada,
con campanas, con órganos y orquestas.

Gigante que muriendo en la llanura
a manos de contrario más valiente,
con voz tremenda su venganza jura,
y fuerza y vida en sus palabras miente.

Una tribu elegante y voluptuosa
de otro país de fuentes y de flores,
los cimientos fundó donde reposa,
para otro Dios de guerras y de amores.

Y un rey, o más piadoso o más prudente,
cambióla en templo por sellar su gloria;
y tal vez dijo al Dios omnipotente:
tuyo es el nombre, mía la memoria.

Quedóse al fin en templo consagrado
del sumo Dios bajo el excelsó nombre,
para ser a los tiempos revelado
como página histórica de un hombre.

Mas apilando el tiempo los despojos
de los mismos valientes que la hicieron,
vasto sepulcro levantó a sus ojos
donde un palacio levantar creyeron.

Y hoy al caer del templo la grandeza
muestra el coloso, al expirar su imperio,
que ha cobijado su mortal corteza
templo, historia, palacio y cementerio.

Con ceño sombrío mira
el Tajo que a sus pies corre,
y al despecho que la inspira
con las gargantas suspira
de sus campanas la torre.

Que tiene para consuelo
en su abatimiento y mengua,
la frente cerca del cielo,
y para hablar con el suelo
trece campanas por lengua.

Con tan gigante armonía
todo su cuerpo estremece,

y al oírlo se creería
que crece así su alegría
cuanto su estrépito crece.

A ese clamor tan violento,
incapaz de tanto ruido,
vibra fatigado el viento,
dejando el confuso acento
por la atmósfera perdido.

Que en su canto desigual
hay música tan liviana,
que en su murmullo infernal
canta y llora y ríe insana
con sus lenguas de metal.

Que ellas pregonando van
lo que sus clamores son,
que a veces tristes están
pidiendo por los que van
a eterna condenación.

Y en su clamor muestran bien
otras el alegre fin,
pues revoltosas se ven
cual si colgadas estén
por heraldos de un festín.

Otras en su inquieto afán
ruedan y vibran, según
con los clamores que dan
al mundo anunciando están
placer o luto común.

Y en vez de agudo esquilón,
de la tarde anuncia el fin
el doblar de la oración,
que apaga su ronco son
del horizonte al confín.

A su movimiento enorme
rueda en el cóncavo hueco
de la bóveda el informe
postrer quejido del eco
con vibración uniforme.

A su paso estremecidas

oscilan allá en las sombras
las lámparas suspendidas,
dibujando en las alfombras
sombros y luz confundidas.

Cobra entonces movimiento
todo el templo y se estremece,
cual fantasma de un momento
que alza el rostro macilento
y al punto se desvanece.

Van luego dejando ver
los vacilantes reflejos,
las sombras al repeler,
los objetos a lo lejos
sus formas desenvolver.

Se van mostrando despacio
las verjas de oro amarillas,
canceles de aquel palacio,
que dividen el espacio
de la nave y las capillas.

Se ven en turbios colores
detrás de los altos hierros,
entre marmóreas labores,
cumpliendo así sus destierros
dormidos los fundadores.

Se ven al rayar el día
en los pintados cristales,
cómo luchan a porfía
la claridad que lucía
y los rayos matinales.

Entonces el sol brillante
que a las ventanas asoma,
su fogosa luz gigante
en la llama agonizante
de las lámparas desploma.

Dejan torre y capitel,
y entran por los rosetones
las sombras huyendo dél,
plegándose en los rincones
en fantástico tropel.

La luz del templo señora,
 por el templo derramada,
 saluda al Dios que ella adora
 por las losas prosternada
 ante el ara que colora.

Ciñe la bóveda avara,
 y en los robustos pilares
 se quiebra picante y clara,
 y bulliciosa se ampara
 del oro de los altares.

Que joven y rica y bella
 en la riqueza se posa,
 y en los diamantes destella,
 y en la joya más vistosa
 para competir con ella.

Porque el astro rey la envía
 a que sus galas ostente,
 y en la bóveda sombría
 vierta la lumbré del día
 revoltosa y trasparente.

II

Se oyen después los pasos mesurados
 del sacerdote, y la crujiente seda
 del manto que, los lienzos desplegados,
 por el sonoro pavimento rueda:

cual si al cruzar se oyera el vago aliento
 con que a cumplir con su misión le incitan,
 soplando bajo el mudo pavimento,
 las osamentas que a sus pies dormitan.

Se coronan de antorchas los altares,
 se sienten rechinar las verjas de oro,
 se escuchan los católicos cantares
 vibrar sublimes desde el hondo coro.

Se ve el pueblo llegar y reverente
 postrarse humilde, y bendecir la vida,
 y alzar del suelo la humillada frente,
 de la luz de los ángeles ceñida.

Y se alza del altar la voz tremenda
 que las palabras del Señor repite,
 cantadas por que el pueblo las comprenda,
 solemnes por que el pueblo las medite.

Y el órgano despliega rebramando
 la voz robusta de las trompas de oro,
 como por la cascada caen rodando
 aguas y espumas en tropel sonoro.

Y en los aires a torrentes
 vierte la música santa
 por la céntuple garganta
 de los tubos de metal:
 y en sus cánticos remeda,
 con el prolongado acento,
 el ronco bramar del viento
 o el crujir del vendaval.

O finge en son temeroso
 la aguda lengüetería,
 la discorde gritería
 del infierno en rebelión;
 o con lamento apagado
 canta al justo moribundo
 saliendo alegre del mundo
 sin ira en el corazón.

Canta el placer de la esposa
 que inquieta al esposo aguarda,
 canta al esposo que tarda
 a sus puertas en llamar.
 O entonando del profeta
 la sacrosanta salmodia,
 sublimemente parodia
 el fuego de su cantar.

Y llora con Jeremías,
 y entona en arpa de flores
 los voluptuosos amores
 del sabio rey Salomón;
 canta los cedros del Líbano,

abla castidad de Susana, y
 y Jezabel la profana,
 y el vigoroso Sansón,
 O en tonos más desmayados
 la postrera despedida
 que dió a la penosa vida
 el Hacedor de la luz;
 o más lánguido remeda
 las lágrimas de María
 cuando en el terrible día
 lloraba al pie de la cruz.

Mas pasan las santas horas
 y cesa la voz que canta,
 y el pueblo que se levanta
 murmura a su vez también;
 se oye el rumor de sus pasos
 que por las naves se alejan,
 y las capillas que dejan
 abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote
 que sordas preces murmura,
 cruza con planta insegura
 por delante de un altar.
 Se oyen correr los cerrojos
 y las cortinas de seda,
 y hacinadas en manojos
 se oyen las llaves chocar.

No queda en el santo templo
 más que el ambiente de aroma,
 la luz del sol que se asoma,
 por el pintado cristal;
 las tumbas de las capillas
 y los pálidos reflejos
 de lámparas que a lo lejos
 penden de un arco ojival.

Pasa el sol, viene la tarde,
 y el día desaparece,
 y la negra sombra crece,
 y su imperio vuelve a ser.

Se estrella por fuera el viento
 en la calada ventana,
 y lo que ayer fué mañana,
 mañana se dice: ayer.

SEGUNDA PARTE 11

A MIS AMIGOS DON JUAN DONOSO CORTÉS

DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ

Cuando publiqué el tomo primero de mis poesías cediendo a vuestras instancias, no fué otro mi intento que el de reunir en una colección los versos que tal vez no habían desagradado al público. Escritos éstos en diferentes épocas de mi vida y en diversas circunstancias, cada composición se resiente de las que la pertenecen. El triste se querella y el alegre canta; uno gime desesperado, y otro ríe a carcajadas, y esto es muy natural; de aquí los distintos géneros de mis versos. Tuve, como todos los hombres, momentos de placer y horas de amargura; en éstas lloraba, y en aquéllas reía; por consiguiente, el conjunto de mis primeros ensayos no pudieron tener más objeto que el de trasladar al papel las inspiraciones del corazón.

Al publicar el segundo, he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací y la religión en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religión encierra más poesía que el paganismo. Español, tengo a mengua cantar himnos

a Hércules, a Leónidas, a Horacio Codes y a Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid y a don Pedro Ansúrez, a Hernán Cortés y García de Paredes. Cristiano, creo que vale más nuestra María llorando, nuestra severa Semana Santa, y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Plutón. Español, hallo cuando menos mezquino y ridículo buscar héroes en tierras remotas, en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias por las de otra religión contra cuyos errores protestamos a cada paso.

En cuanto al género de mis versos, aprovecho el momento de la inspiración, sin curarme de las formas con que los atavío, y sin seguir más escuela que mi propio capricho. Convengo en que esto puede ser muy perjudicial; pero yo pienso así, y cada cual tiene derecho a pensar lo que más le plazca, en tanto que no piense más de lo que le toca.

Y ahora, amigos míos, me queda una sola cosa que decir, y es: que como es muy probable que los poetas no poseamos nunca más que nuestros versos, os dedico los míos, porque no me ocurre otra cosa que poderos ofrecer; y (por vía de paréntesis) me llamo poeta, no porque yo me tenga presuntuosamente por tal, sino porque he escrito estas poesías.

Leedlas, si no os cansan, y acordaos siempre de vuestro amigo,

JOSÉ ZORRILLA

Madrid, 15 de junio de 1838.

EL DÍA SIN SOL

INTRODUCCIÓN

Dies irae dies illa,
Solvat seculum in favilla (1).

Hizo al hombre de Dios la propia mano, que tanto para hacerle fué preciso: hízole de la tierra soberano, y le dió por palacio el paraíso.

Ágil de miembros, la cerviz erguida orlada de flotante cabellera, los claros ojos respirando vida, luenga la barba y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos, vieron los ojos luz, gustó la boca, olió el olfato, oyeron los oídos... Todo es placer cuanto pasando toca.

La yerba perfumada en la colina dióle un lecho do yace blandamente, y derramóse en torno cristalina deshecha en perlas la sonora fuente.

Y vertieron las aves en el viento regalada y dulcísima armonía desde el follaje vasto y opulento que fácil teje la alameda umbría.

Y al dormido murmullo de la brisa que vaga suave, inquieta y juguetona, dobló la frente y con igual sonrisa el sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadasos evitaron con su ruido turbar su manso sueño, y volando las aves arrullaron el reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa, de tornarla en placer buscó manera, y una mujer bellísima, amorosa, le ofreció liberal por compañera.

(1) La paráfrasis del *Dies irae* está expresamente escrita para don Nicomedes Pastor Díaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

Era la hermosa de gentil talante,
acabada de pechos y cintura,
de enhiesto cuello, y lánguido semblante,
rebotando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
negras las cejas, blanca la mejilla,
rasgada de ojos, blanda la mirada
do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena
la blanca espalda de la luz velando,
hallóla Adán al despertar serena
sus varoniles formas contemplando.

Cifóla sorprendido en su embeleso
con brazo enamorado y reverente;
mil veces la besó, y a cada beso
trémula su cristal vibró la fuente.

El bosque susurró manso murmullo,
los peces en las ovas asomaron,
las tórtolas alzaron casto arrullo,
y amorosos los céfiros soplaron.

—«¡Alma mía, mi amor, paloma mía...!»
el hombre sollozando murmuraba;
ella muerta de amor le sonreía,
y él muriendo de amor la enamoraba.

Posábase en su labio el labio amante
aspirando con ámbares y aroma
el aire de su pecho vacilante,
la luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rojo sol, entonces si los viste
¿por qué amantes y solos los dejaste,
y la infernal serpiente no adormiste
que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¡Ay! ¡Cuánto ahorraras de miseria y
[llanto
del hombre flaco a los mortales ojos!
¡Cuánto miedo a los ángeles, y cuánto
al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un árbol no más en los jardines

vedado al paladar de los nacidos;
no anidaban en él los colorines,
ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacía Adán en brazos de su amada,
Eva miraba el prohibido fruto,
y al lado de la poma codiciada...
traidor velaba el enemigo astuto.

«¿No comerás, le dijo la serpiente,
«criatura de origen soberano?

«¿Podieras, como Dios omnipotente,
«otro mundo crear de polvo vano.

«No comerás, y quedarás sujeta
«al privilegio inútil de su hechura;
«quedará el alma entre su nada quieta,
«y a ti te llamarán la criatura.»

Sintió el orgullo de mujer curiosa
que brotaba en carmín a la mejilla,
y a la fruta tendió la mano ansiosa
vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla a los labios, y callaron
árboles, aves, céfiros y fuentes,
y en su lugar fatídicos quedaron
troncos, buitres, tormentas y torrentes.

Rugió el león crespando la melena,
lanzó el tigre su ardiente resoplido,
bufó en el bosque la traidora hiena,
el toro levantó ronco mugido.

Huyeron, azotándose las alas,
las aves por el aura agonizante,
el fresco valle marchitó sus galas,
tembló el mundo en sus ejes de diamante.

Despertó el triste Adán absorto y mudo
al desusado y bronco clamoreo;
y, avergonzado, se miró desnudo,
la carne henchida de brutal deseo.

Tembló al mirar las fieras espantadas
guarecerse en tropel de los peñascos,
y buscar sus guardias socavadas
de las montañas en los hondos cascos.

Hirióle el sol las débiles pupilas
al recio impulso de fogosa lumbre,
y halló en el cielo, en aplomadas filas,
de fría nubes torva muchedumbre.

Y sintió que perdía de improviso
la gracia de su Dios con la inocencia,
y trocóle en infierno el paraíso
el nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,
que con rubor entrambos no nacieron,
y del crimen común arrepentidos
uno del otro con vergüenza huyeron.

¡Adán!, exclamó Dios llamando al hom-
y el eco en las montañas respondía; «¡[bre.
¡Adán!, repitió Dios, y el mismo nombre
el eco mismo a repetir volvía.

¿Do estaba Adán? Llorando prosternado,
por vez primera de su Dios temblaba,
y humillado en el polvo: —¡Yo he pecado!
respondía a la voz que le llamaba.

¡Adán!, gritó el Señor, «cuenta tus horas,
porque vendrá una hora en que te veas
dando cuentas al Dios ante quien lloras;
y hasta entonces, Adán, ¡maldito seas!»

I

«Naciste, Adán, en el polvo
y en el polvo morirás,
tú, y tus hijos, y tu raza,
y cuantos hombres serán.
«Sudaréis sobre la tierra
los hijos por sustentar,
mientras los hijos rebeldes
con sus padres lidiarán.
«La tierra brotará espinas,
y el tiempo ahogará la paz,
y sinnúmero de hombres
a su Dios olvidarán.
«Entonces hambres y pestes,

»y de miserias un mar,
acosará el mundo impío
sin descanso ni solaz.

«Y habrá ejércitos y buques
que agua y tierra infestarán,
y habrá esclavos y habrá reyes,
y pueblos, y sociedad.

«Y habrá amor, y habrá amistades,
que, en vez de consuelos dar,
os darán con dulces nombres
amargas horas de afán.

«Y habrá el corazón pasiones
a cuyo impulso fatal
hermano robará a hermano
cuanto bien pudo alcanzar.

«Será la mujer voluble,
será el hombre desleal,
y amor tornarás en celos
y en envidia la amistad.

«Y en raza de un mismo origen,
todos con derecho igual,
el poder será la fuerza
y el miedo la autoridad.

«Nacerán conquistadores
de las tierras a deslindar,
y donde uno puso un trono
otro un cadalso pondrá.

«Pero YO, que os hice en polvo
y en polvo os he de tornar,
haré un día de justicias
para todos por igual:

«haré un infierno y un cielo
y una inmensa eternidad
en que grandes y pequeños
confundidos entrarán.»

Dijo así Dios reduciendo
los tiempos a cantidad,
cuando dió al primer nacido
el triste apodo de Adán.

En la horzant II saltemur et ve
 Tuba mirum spargens sonum
 Per sepulchra rotarum.
 Cogit omnes ante thronum.

Ancho panteón de gente condenada,
 condenado a morir como su gente,
 caerá el mundo en el pozo de la nada
 rota en pedazos la caduca frente.
 La impía raza en las tumbas cobijada
 otra vez se alzará mustia y doliente,
 roto el dogal que al polvo la sujeta
 al vivo son de la final trompeta.

Ya para entonces el tremendo día
 del daño universal será cumplido;
 el sol que del oriente nos venía
 apagada su luz habrá caído;
 la luna que flotando se mecía
 en el azul del cielo adormecido,
 seguirá al fin sus moribundas huellas
 llevando en pos las lánguidas estrellas.

Y la tierra sin sol que la fecunde
 seca no brotará yerba ni flores,
 y harán que reventado el mar la inunde
 los temporales de la mar señores,
 y a las manos del tiempo que confunde
 cuantos un día desplegó primores,
 la tierra que de césped se matiza
 campo será de pávida ceniza.

En sus mohosas grietas, asomados
 estarán los desnudos esqueletos
 al juicio de su Dios aparejados,
 silenciosos, estúpidos y quietos;
 y a trechos en montones apilados
 el plazo aguardarán juntos y prietos,
 con sus despojos reemplazando enjutos
 templos, palacios, árboles y frutos.

No dará luz el cielo blanquecino,
 ni hará murmullo el ondular del viento,
 ni en las rocas el eco campesino

repetirá lejano algún acento;
 noche y alba sin horas ni camino
 ahogarán su crepúsculo opulento,
 y serán presa de arrecidas nieblas
 sin aurora ni noche las tinieblas.

No habrá en este pantano dentro y fuera
 ni habrá cosa con cotos, ni lugares,
 ni tierras no hallarán mar ni ribera,
 ni hallarán playa los disueltos mares;
 barro será la agonizante esfera
 sin medidas, ni bordes, ni vallares,
 cual masa por los siglos preparada
 a tornar al origen de su nada.

Las almas volverán mudas de asombro
 los cuerpos a buscar en que vivieron,
 cuando a través del cenagoso escombros
 wayan tras el lugar do los perdieron;
 sin ayuda de mano, brazo u hombro,
 la carne vestirán con que nacieron,
 porque escuché la carne la sentencia
 que oyó el alma al pasar a otra existencia.

Y cuando nada en el silencio aliente,
 cuando nada mortal quede con vida,
 a la voz del airado Omnipotente
 de los muertos la turba estremeida
 iremos ante Dios, baja la frente,
 amedrentada el alma en su guarida,
 a obedecer sus leyes inmortales,
 y ante la santa ley, todos iguales.

III
 Desparto et...
 Index ergo cum sedebit
 Quidquid lateat apparebit
 Nihil inultum remanebit.

Y no habrá para ninguno
 privilegio ni exención;
 sin justicia no habrá alguno,
 porque iremos uno a uno
 por pena o por remisión.

Y será con todos igual,
justiciero para todos
el tremendo tribunal,
e irán de distintos modos
el justo y el criminal.

En la frente irán escritos
los secretos de la vida,
y las conciencias a gritos
apartarán los malditos
de la prole bendecida.

Que ni entonces una vez
la virtud se manchará
del vicio con la hediondez,
ni la ramera soez
junto a la virgen irá.

Allí irán los que altaneros
a los pueblos dieron leyes
a acusar sus desafueros,
sin lanza los caballeros
y sin corona los reyes.

Allí irá la hipocresía
con el disfraz en la mano,
y sabremos aquel día
qué pechero hubo hidalguía
y qué hidalgo fué villano.

Irá el pálido mendigo
en pos del rico avariento
acusador y testigo,
demandando el pan y abrigo
de su alcázar opulento.

Irá el amigo traidor
tras el amigo engañado,
el semblante sin color,
como esclavo maniatado
que llevan a su señor.

Irá el pérfido galán
tras las vendidas mujeres,
que descontándole irán

por las horas de su afán,
las horas de sus placeres.

Irá el señor sin piedad,
e irán los siervos tras él
pidiendo a su vanidad
la perdida libertad
en iracundo tropel.

Irán los conquistadores,
y asidos a sus cabellos
los vencidos vencedores,
serán allí sus señores
como aquí lo fueron ellos.

Irá la falsa mujer
que al esposo juró amor,
y el juramento de ayer
empeñó por un placer
al disoluto amador.

Irá el audaz pendenciero
con el muerto en desafío;
acuchillado el primero,
y el otro en el pecho impío
escondido el rojo acero.

¡Que el día de la verdad
el fantasma del valor
será necia ceguedad,
y no más que vanidad
el fantasma del honor!

Irá el corrompido juez
tras la víctima inocente,
y en torno suyo a la vez
clamarán en voz doliente
la orfandad y la viudez.

Irán los monjes carnales
tras las forzadas doncellas,
desgarrados los sayales,
los cordones por dogales
atados al cuello de ellas.

Los labios que un tiempo dieron
blando y sacrilego son,

con los besos que vertieron
que torpe hoguera encendieron
en el brutal corazón;

allí arderán en tal lumbre
en fuego tan infernal,
cuanto a Dios fué pesadumbre
bajar a la podredumbre
de su pecho criminal.

Y allí iremos los cantores,
falsas flores del Edén
que en vez de santos loores
cantamos himnos de amores
a las puertas de un harén.

Allí del liviano mundo
habrá fin la imbécil farsa;
todos en montón inundo
sin primero, ni segundo,
iremos en la comparsa.

¿Qué será ver hombre tanto
nacido para morir,
ciegos los ojos de llanto,
ciega el ánima de espanto,
al valle inmenso venir?

¿Qué será ver al tirano
balbuciente responder
de la sangre de su hermano
en que irá tinta la mano
sin que la pueda esconder?

¿Qué será ver tantos reyes
que por saciar su ambición
pusieron la religión
por rúbrica de unas leyes
de equívoca explicación?

¡Tantas gentes y naciones,
de tan distintas regiones,
de distintos caracteres,
y distintos pareceres
y distintas religiones!

¡Los de Judá temerosos,

los de Esparta y Macedonia,
los de Oriente voluptuosos,
los fecundos en colosos
de Menfis y Babilonia!

Los de los anchos desiertos
avezados al pillaje
de tiempo y dioses inciertos,
los que devoran sus muertos
en algazara salvaje.

Los de América indolentes,
los impuros de Sodoma,
los de Tebas penitentes,
los de Sagunto valientes,
y los triunfantes de Roma!

¡Todos muertos e inmortales
de hinojos ante su juez,
que con leyes eternas
nos hará a todos iguales
ante la ley una vez!

—
E irán las tiernas almas
de los alegres niños
en túmulos de palmas
y lechos con armiños
al pie del trono espléndido
del santo de Israel.
Ángeles sus hermanos
haránles grata sombra
con sus rosadas manos,
y les harán alfombra
con sus alas magníficas
y almohadas y dosel.

La paternal sonrisa
del Dios Omnipotente
seráles blanda brisa,
que arrulle mansamente
el contorno suavísimo
de su tranquila sien.

Y dormirán de espumas
al dulce hervir sonoro,
y de ondulantes plumas,
y de incensarios de oro
a la acordada música
del prometido Edén.

E irán las no tocadas
castísimas mujeres
que huyeron avisadas
el mundo y los placeres,
y dieron al Altísimo
intacto su pudor;
ceñida la cintura
de blancas azucenas,
radiantes de hermosura
y en dulces cantilenas,
loando en son angelico
al eternal amor.

Y todas tan hermosas
como la tibia luna,
y todas ruborosas
como al dejar la cuna,
todas ofrendas cándidas
de paz y de placer.

Purísimas palomas
que el ciego halaga y cria,
balsámicos aromas
que en prendas de alegría
entre dolor y lágrimas
da al cielo la mujer.

¿Y qué será en tal hora
de duelos y de enojos
su calma encantadora,
y de sus bellos ojos
contemplar el pacífico
brillante tornasol?

¿Y qué será en sus labios
su sonreír de amores,
cuando grandes, y sabios,

o reyes y señores,
el día verán trémulos
sin tinieblas ni sol?

IV

¿Y qué será de nuestro dulce canto,
qué será de nosotros los cantores,
los que lloramos cántigas de llanto,
los que refinos cántigas de flores?

¿Qué será de la hermosa a quien un día
himnos de amor y de placer cantamos,
que en nuestros labios el amor bebía,
y en cuyos labios el amor gozamos?

¿Qué serán de sus ojos los espejos
de nuestra imagen retratada vimos,
de al lánguido rielar de sus reflejos
de su amor el secreto sorprendimos?

¿Qué será del amigo cariñoso
que amar nos hizo la falaz fortuna,
del triste que veló nuestro reposo
al resbalar de la furtiva luna?

Acaso el corazón le desgarraba
el peligro fatal del que dormía,
y su afán compasivo nos callaba
doblando su silencio su agonía.

¡Ay!, ¿qué será del padre y del hermano,
qué será del esposo y de la esposa
cuando aparte Jehová con justa mano
del torpe vicio la virtud dichosa?

Cuando se abran las puertas eternas
al eterno gozar del paraíso,
y les sea a los tristes criminales
al duelo eterno caminar preciso!

¡Ay de mí!, con cuán hondo desconsuelo
los ojos tornarán desesperados
la postrimera vez mirando un cielo
a que también nacieron destinados!

¡Oh tristísima y larga despedida,
eterna muerte, eterna bienandanza,

donde perdiendo de una vez la vida
 se pierde de morir toda esperanza
 en el brutal sinsentido
 allí ardiera en tal laberinto
 en ¡Qué dulce será vivir,
 vivir una eternidad,
 sin pensar más en morir,
 ni pensar en reducir
 a guarismo nuestra edad!
 ¡Qué dulce será, vagando
 por la viviente mansión,
 ir al compás escuchando
 de las arpas de Sión,
 eternamente gozando
 aquella aura perfumada,
 y aquel manso susurro
 de la floresta encantada,
 y aquella luz reflejada
 de soles en un millar,
 y aquel gotear de las fuentes,
 y aquel trinar de las aves,
 y aquel hervir los torrentes,
 y aquellos mares vivientes
 sin monstruos, vientos, ni naves!
 Y si en la fresca ribera
 quien amó en vida encontrará
 la amorosa compañera
 que antes que el mundo muriéramos
 muerta en el mundo quedara;
 ¡Qué dulce fuera vivir,
 vivir una eternidad,
 sin pensar más en morir,
 ni pensar en reducir
 a guarismo nuestra edad!
 ¡Oh, ven, ven, arpa sonora,
 en las penas de mi vida
 mi tierna consoladora,
 y esperanza seductora
 de mi esperanza perdida;

tú que templas en el suelo
 nuestros dolores mandanos
 con ilusiones de cielo,
 consuela mi desconsuelo
 con tus compases livianos!
 Y déjale que delira
 con el cielo al corazón,
 y déjale que suspire,
 que el ámbar feliz aspire
 de su dulce religión,
 Porque en tanto que suspira
 por la postrimera paz,
 ¡vive Dios que no delira
 con la nada y la mentira
 de la existencia falaz!

INCONSECUENCIA

A UNA TÓRTOLA

Porque al fin la vida es sueño.

CALDERÓN.

Tórtola que solitaria
 en vez de cantar suspiras,
 ¿es tu canto una plegaria,
 o es la voz con que respiras
 a tu voluntad contraria?
 ¿Ese arrullo dolorido
 se exhala en ti a tu despecho
 sonando alegre en tu oído,
 o es en verdad un gemido
 que te se arranca del pecho?
 Triste pájaro, ¡lo sé!
 Por eso en ocultas ramas
 tu nido ondear se ve;
 tú te escondes porque amas,
 mas tu voz vende a tu fe.

Naciste, ave desdichada,
para llorar tu ternura,
por eso en selva apartada
vas a arrullar tu amargura
del campo ameno enojada.

Enojos te dan las flores,
enajos la luz del día,
enajos, ¡ay!, los amores
que en dulcísima armonía
murmuran los ruiseñores.

Te enoja el murmullo vano
de la bulliciosa fuente,
y el céfiro cortésano
que susurra mansamente
a los jardines cercano.

Te enojan las otras aves
con su inocente amistad
y con sus gorjeos suaves:
tú que llorar sólo sabes,
vives en la soledad.

Menos en el monte inculto
vivir te cansa o extraña;
porque allí despeña oculto
el torrente que le baña
sus espumas en tumulto.

Porque allí el viento perdido
que entre las malezas rueda,
con sordo y medroso ruido,
en lánguido son remeda
tu monótono gemido.

Porque allí el césped salvaje
que a pedazos ha brotado
por el agreste paisaje,
borda el terreno olvidado
con pliegues de toscos encaje.

Y a fe a los ojos del triste
no son gala los primores
con que natura se viste,

que otro placer no resiste
que pensar en sus dolores.

Y los amorosos duelos
son males antojadizos,
que se quejan a los cielos
y no admiten más consuelos
que hallar en el duelo hechizos:

Porque es tan grato saber
que nos podemos quejar,
que cuando tan ruin placer
pensamos que ha de faltar
le volvemos a querer.

Por eso, tórtola bella,
dió el cielo a tu ronco canto
el compás de una querella,
pórque al cantar tu quebranto
llorarás tu gozón en ella.

Y si es cierto que así en pos
de tu canción va tu queja,
¡ay, tórtola!, vive Dios,
que en el mal que nos aqueja
nos parecemos los dos.

Pues si abriga tu garganta
en vez de voz un lamento,
cuando mi voz se levanta,
en vez de darme contento
mis amarguras me canta.

Si nada tu voz te vale
porque en la selva escondida
nadie a escuchártela sale,
bien creo, ave dolorida,
que tu mal al mío iguale.

Y si buscas en tu anhelo
de que alguno te responda
el miserable consuelo,
yo pido en mi canto al cielo
quien a mi voz no se esconda.

Pues ambos somos cantores,
y ambos somos desdichados,

conmigo es justo que llores,
tú, tórtola tus amores,
yo mis males olvidados.

Olvidados, ¡ay de mí!
que cuando el arpa tomé
cantando ahogarlos creí;
y tantas glorias soñé,
cuantos desengaños vil

Vi el mundo tan hechicero
que no le alcancé falaz,
alcé mi canto primero,
y el alma lanzó fugaz
un suspiro lastimero.

Que es bien inútil consuelo
nuestras desdichas cantar
si por tan cercano el suelo
nuestra voz no ha de escuchar,
y por tan remoto el cielo.

II

Dime, ¿qué nos valen,
pájaro infeliz,
a ti tus lamentos,
mis cantos a mí?
Tú a selva escondida
te vas a gemir,
porque el canto alegre
te es lúgubre a ti;
porque el tuyo amarga
el canto feliz,
y las otras aves
no te le han de oír:
y yo, que angustiado
llorando nací,
si le canto al mundo
su gloria pueril,
la espalda me torna,
dice que mentí.

Si vuelvo mis duelos
de nuevo a plañir,
me dice con mofa
que es dulce vivir:
si el lloro y el canto
nos desoye así,

dime, ¿qué nos valen,
pájaro infeliz,
a ti tus lamentos,
mis cantos a mí?

El mundo ceñido
del aire sutil,
vestido de flores
con rico tapiz,
tocado con ancho
dosel de zafir,
prendido con nubes
que el alto zenit
circundan de nieblas
de azul y carmín;
sembrado de estrellas
que el turbio confín
tachonan brillantes
en montones mil
con pálidas perlas
y rojos rubís,
nos miente sin duda
vistoso jardín,
convida a cantarle
mirándole así.
Mas si esos hechizos
y gayo matiz
camino son sólo
que llevan al fin
de breves placeres
y el fin es morir;
si el que llora o canta
concluyen allí,
si el triste se mofa

del rico y feliz,
 e insulta el alegre
 del triste el sufrir,
 dime, ¿qué nos valen,
 pájaro infeliz,
 a ti tus lamentos,
 mis cantos a mí?

Que es la tierra de lágrimas camino,
 valle de tumbas que pasando vemos;
 féretro y cuna nos abrió el destino
 para entrar y salir en los extremos;
 fantástico al entrar y peregrino,
 y asqueroso al salir le comprendemos;
 que al vivir despertamos en la cuna,
 y al despertar nos ríe la fortuna.

Imperfectos traemos los sentidos
 porque a sentir no alcancen tanto duelo;
 sordos aún traemos los oídos
 porque no escuchen el clamor del suelo:
 la lengua y pensamientos obstruidos,
 porque al ánima falte ese consuelo:
 sólo abrimos al sol nuestra pupila
 porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien despertando cuando nace
 en ilusiones de esperanza crece,
 y un bello mundo de ilusiones hace
 donde loco soñando se adormece.
 Mientras que duerme y delirando yace
 la árida realidad se desvanece,
 y mientras sueña su falaz ventura
 a su camino el término apresura.

Más vale delirar lindas quimeras
 en ilusión de sueños seductores,
 que roer esperanzas pasajeras
 en este valle de ponzoña y flores,

donde aguardando dichas venideras
 lloramos sobre el pan de los dolores,
 donde al buscar el necesario aliento,
 mortal cicuta nos regala el viento.

Porque en sueños los bienes y los males
 dorados en la loca fantasía,
 al ánima dormida son iguales:
 el desdichado canta su agonía,
 y lamenta el feliz bienes mortales;
 mas ninguno en perderlos se holgaría,
 que son dulces los bienes lamentados,
 y los males lo son desesperados.

Si tan bellos son los bienes
 soñados como los males,
 ya, tórtola, no me afligen
 tus melancólicos ayes.

Que a ti te dieron lamentos
 en vez de alegres cantares,
 y tú cantando le cuentas
 tus amarguras al aire.

Las endechas y los himnos
 los mismos consuelos traen,
 que a la par nos adormecen
 las dichas y los pesares.

Tú te arrullas tristemente
 con tan lúgubres compases,
 porque tus duelos son gozos
 con el placer de contarles;

yo al mundo canto mis cuitas,
 porque cuando otros las saben
 el placer de que las sepan
 dichas de mis penas hacen;

y así cuando entrambos, tórtola,
 con lamentaciones graves
 en guisa de querellarnos
 atormentamos los aires,

pues nuestra queja es contento
 por el placer de quejarse,
 con extravíos tamaños,
 con inconsecuencias tales,
 no hacemos más que soñar
 y mentir calamidades,
 tú llorando bien de amores,
 y yo delirando males.

LA TORRE DE FUENSALDAÑA

Yo he sentido bramar al ronco viento
 del helado diciembre en noche oscura,
 remedando de un hombre el triste acento
 de roto murallón en la hendidura.

Ardía en el salón envejecido,
 purpúrea llama de sonante leña,
 y el ámbito vibraba estremecido
 al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desuado,
 sin tapices, sin armas, sin alfombra,
 hoy no cobija su recinto mudo
 más que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
 bajo el nombre sin crónica conserva,
 y en las bóvedas, torres y pilares
 brota a pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la techumbre
 y la tapiza la afanosa araña,
 y eso guarda la tosca pesadumbre
 del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,
 pasaba alguna vez bajo sus muros,
 por contemplar el desgarrado alíño
 de sus huecos recónditos y oscuros.

Allí en delirios de amistad perdida

y de infantiles pláticas sabrosas,
 adormecí las cuitas de mi vida,
 y las horas de noches pavorosas.

Allí, al calor de la humeante hoguera,
 de las cóncavas piedras al abrigo,
 oía el viento rebramando fuera,
 y a mi lado la voz de algún amigo.

Allí sobre nosotros se elevaban
 robustas torres, góticas almenas,
 que la furia del viento rechazaban
 sobre el cimiento colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada
 repetida en los aires por el eco,
 moría en sus bramidos sofocada
 de la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones,
 como estertor de agonizante pecho,
 acompañaba en compasados sonos
 sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras en melancólica armonía
 remedaban lamentos y suspiros,
 y otras en repugnante gritería
 el vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas erizadas
 al sacudir la destocada frente,
 remedaba el hervir de las cascadas,
 y el áspero silbar de la serpiente.

O en revuelto y confuso torbellino
 la ruinoso terraza estremeciendo,
 de la tendida luna el son marino
 semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos a veces a lo lejos
 cruzando el valle con airado paso,
 y crujían los árboles añejos
 como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando a veces
 le oíamos rozar el firme muro,
 como en hondo tonel hierven las heces,
 que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido
 las desiguales piedras azotando,
 y en los huecos colgar ronco mugido,
 y el seco musgo arrebatar pasando.

Le oíamos entrar y revolverse
 con espantable son en las troneras,
 y estrellarse, y crecer hasta perderse,
 barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos
 en las rejas meciéndose colgadas,
 dibujaban contornos repentinos
 de espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento
 desplomados los vidrios de colores,
 en el mal alumbrado pavimento
 reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
 rodando en torno de la mustia hoguera,
 entre la llama pálida soplabá,
 blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro
 al cruzar murmurando en las ventanas,
 nos revelaba en armonioso coro
 música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas
 que coronaban los silvestres pinos
 con el gotear entre las juncias flojas
 de los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,
 y el canto agudo del despierto gallo,
 con el inquieto y bélico alarido
 del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el ánima exaltada
 locos fantasmas de sonados cuentos,
 y sostenía apenas fatigada
 el peso de los ojos sonolientos.

Entonces a la sombra cobijados,
 los pies a par de la expirante lumbre,

cedían nuestros párpados cansados
 más que a la voluntad a la costumbre.

Y a cada chispa del tizón postrero,
 a cada empuje del turbión errante,
 a cada voz del pájaro agorero
 que velaba en el nido vacilante,
 volvíamos el gesto receloso
 en derredor del descompuesto fuego,
 levantando los ojos perezosos,
 que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
 se pintaba la sombra misteriosa
 de volubles contornos revestida,
 de cuerpo inmenso, de color medrosa.

Gozábamos al fin insomnio inquieto
 delirando festines y batallas
 con tumultos sin época ni objeto,
 con bróqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros
 en una tierra mágica y lejana,
 deleitados en cóncavos oscuros
 con cantares de sílfide liviana.

Poco a poco deshechas las visiones
 soñábamos con sombras infinitas,
 donde se oían apagados sonos
 de invisibles orquestas exquisitas.

Y más tarde las sombras vacilando
 entre el pardo crepúsculo naciente,
 fibanse luz y sombras alejando
 de la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras
 sus contornos al fin desvanecían,
 y en un salón sin lámparas ni alfombras
 sólo estaban dos locos y dormían.

II

Y era grato al son del viento
 abrir el párpado al día,

y contemplar soñoliento
su confuso resplandor,
a través de las abiertas
hondas y estrechas ventanas,
y de las hendidas puertas
de los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
con turbio cendal de niebla,
sobre los campos posada
interceptando el mirar,
y oír la ráfaga inquieta
que al vendaval sustituye,
en la acerada voleta
sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
que en la noche nos turbaron
en bóvedas y rincones
de opaca lumbre al lucir,
en escombros convertidas,
musgo y tintas con que al tiempo
las murallas carcomidas
plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes,
en vez de ricos tapices,
tender su baba y sus redes
al insecto descortés,
que entre los nombres tranquilos
las labra de los viajeros,
cubriéndolos hilo a hilo
sin envidia ni interés.

Ver a la afanosa araña
en los blasones del muro
hilar con paciente maña
sus hebras para cazar;
y en la recóndita grieta
la presa que vuela en torno,

vigilante, astuta y quieta,
a que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
hallar de rincón ruinoso
el rastro de un hormiguero
que en el verano pasó:
que en el foso nació acaso,
mas no contento en el suelo
con irreverente paso
hasta la almena trepó.

¿Quién dijera a los barones
de la torre de Saldaña
de sus techos y salones
la mengua y la soledad?
¡Tiempo!, ¡tiempo! ¡Cuánto puedes
tú que indiferente escribes
sobre cráneos y paredes
la cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
hoy trojes de rico hidalgo,
y en sus salones oscuros
ancha hoguera levanté.
Corrí llaves y cerrojos
cual si de ellos dueño fuera,
y sus tablas y despojos
para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años
ni su nombre y dueño antiguos...
Y para insultos tamaños
¿quién era en Saldaña yo?
Un niño, un triste, o un loco
que divertido en sus penas,
curaba entonces muy poco
de cuanto grande vivió.

Y a fe que libre y contento
a la lumbre de mi hoguera

en tanto bramaba el viento
tranquilamente dormí;
y al despertar con el día,
contemplé absorto y ufano
la gruesa mamposería
que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado
con la turbia húmeda niebla,
y el fulgor tornasolado
cruzaba por el salón.
El aire, en fuerzas cediendo,
brotó en ráfagas errantes,
y aun se le oía gimiendo
con menos airado son.

Miré desde las ventanas
el árido campo seco;
algunas yerbas livianas
encontré no más en él.
El aire las sacudía
y la niebla las mojaba;
escaso arbusto crecía
del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
guarecidas asomaron
en los rotos arquitrabes
su misterioso mohín.
Mirélas indiferente,
y al rumor de mis pisadas
hundieron la negra frente
del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre
el sol, rasgando la niebla,
derramóse en viva lumbre
de trémulo resplandor;
y en los pardos murallones

trazó cuadros luminosos
alumbrando los salones
de cenagoso color.

Y entonces a los reflejos
de la llama repentina,
de aquellos rincones viejos
en la antigua soledad,
bulleron miles de insectos,
asomando por las grietas,
monstruosos por lo imperfectos,
raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
del tosco templo vecino
en compases regulares
desvanecerse y crecer;
y el órgano y las campanas
al roto soplo del viento
ya perdidas, ya cercanas,
en él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
pasó la mañana inquieta,
mis años hora por hora
a contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
y lamenté su amargura,
yo vivo con mi tristura,
mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso
por llegar a Fuensaldaña
aceleraron el paso
de aquella noche después;
mas ¡ay del hombre mezquino!
¡Quién encontrará mañana
entre el polvo del camino
la huella de nuestros pies!

LA DUDA (1)

Quando al escribir en ellas
contemplo tan lindas hojas,
entre si llore, o si cante
estoy dudando, señora.
Recuerdos tenéis en ellas
que desgarran la memoria,
por más que entre tantas flores
estas espinas se escondan;
que cuando un enamorado
en himno de amores llora,
más que a cantar sus cantares
su llanto a llorar provoca;
y los versos de ese muerto
tanto en lágrimas rebosan,
que removidas las mías
a mis pupilas asoman.
Y pues donde tantos cantan
hay uno que llorar osa,

*entre si llore o si cante
estoy dudando, señora.*

Si intento escribiros versos
dentro la mente se agolpan
cuantos primores y hechizos
la naturaleza aborta.
Que en este jardín de España
las inspiraciones sobran,
pues basta mirar la lumbre
con que el sol le tornasola;
los arroyos que le cruzan,
los jazmines que le bordan,
y las bellas que le pisan,
cuantas maravillas brota,
para entonar tantos himnos,
tantas letras amorosas,

(1) Escrita en el álbum de una señora, en la hoja inmediata a la en que don M. J. de Larra escribió un bello y sentido romance.

que antes que el canto se agote
gastada el arpa se rompa.
Pero al ver lo que ese triste
grabó o lloró en estas hojas,

*entre si llore o si cante
estoy dudando, señora.*

Pluguiera que en vez de versos
mi pluma brotara rosas,
porque al menos con las flores
se pueden tejer coronas.
Pero a par de los cipreses,
si nacen flores se agostan,
y donde los muertos hablan
callar a los vivos toca.
Que el recuerdo del que muere
mucho respetar importa,
que acaso para velarnos
quedó en la tierra su sombra.
Y aunque indecisa mi pluma
tal vez dudando os enoja,
y han de hacer mis desvaríos
que de vergüenza me corra,
perdonadme si os confieso
que al contemplar estas hojas

*entre si llore o si cante
estoy dudando, señora.*

Que vos merecéis los versos
nadie en la villa lo ignora,
y es tan claro por sabido
que hasta dudarlo es lisonja.
Que *él* la memoria merece,
tampoco hay a quien se esconda,
pues por triste y por amante
le recordamos ahora.
Y así entre ambos dividida
la imaginación dudosa,
los versos son para vos

si le prestáis la memoria; *siempre es obsequioso*
 lo que en vos merece el sexo *siempre es obsequioso*
 en él merece la sombra; *siempre es obsequioso*
 y lo que en vos la hermosura, *siempre es obsequioso*
 en él la tumba lo abona. *siempre es obsequioso*
 Justo es, con los dos hablando, *siempre es obsequioso*
 el de el muerto y la hermosa *siempre es obsequioso*
si es cantar o si es lamentar
lo que les cantan o lloran.

PARA VERDADES EL TIEMPO
 Y PARA JUSTICIAS DIOS ¹²

TRADICIÓN

I

Juan Ruiz y Pedro Medina,
 dos hidalgos sin blasón,
 tan uno del otro son
 cual de una zarza una espina.

Diz que Pedro salvó a Juan
 la vida en lance sangriento;
 prendas de tanto momento
 amigos por cierto dan.

Pasan ambos por valientes
 y mañeros en la lid,
 y lo han probado en Madrid
 en apuros diferentes.

Ambos pasan por iguales
 en valor y en osadía,
 pero en fama de hidalguía
 no son lo mismo cabales.

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
 silencioso por demás,
 que no alzó noble jamás
 el gesto meditabundo.

Ancha espalda, corto cuello,
 ojo inquieto, torvas cejas,

ambas mejillas bermejas,
 y claro y rubio el cabello.
 Y aunque lleva en la cintura
 largo hierro toledano,
 dale al brillar en su mano
 de villano catadura.

Y aunque arrojado y audaz
 en la ocasión, rara vez
 carece su intrepidez
 de son de temeridad.

Ágil, astuto o traidor,
 hijo de ignorada cuna,
 debe acaso a su fortuna
 mucho más que a su valor.

Presentóse ha pocos años
 de Indias advenedizo,
 diz que con nombre postizo
 cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero
 en festines y placeres,
 aunque fué con las mujeres
 más falso que caballero.

Hoy pasa pobre y oscuro
 una existencia común,
 y medra o mengua según
 los dados le dan seguro.

Hombre de quien saben todos
 que vive de mal vivir,
 mas nadie sabrá decir
 por cuáles o de qué modos.

Modelos en amistad
 ambos para el vulgo son,
 mas con Pedro es la opinión
 menos rígida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante
 y orgulloso en demasía,
 mozo de más cortesía
 y más bizarro talante.

De ojos negros y rasgados
con que a quien mira desdenea,
y nariz corta y aguileña,
con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona
colgando la cabellera,
y alto el gesto en tal manera,
que cuando cede perdona.

Mas si sombras de matón
tales maneras le dan,
tiénela más de galán
por su noble condición.

Que no hay en Madrid mujer
que un agravio recibiera
que a su espada no tuviera
satisfacción que deber.

Ni hay ronda ni magistrado
que en revuelta popular
no le haya visto tomar
ayuda y parte a su lado.

Tales son Ruiz y Medina,
de quienes, por concluir,
fáltame sólo decir
que amaban a Catalina.

Es ella una moza oscura,
de talle y de rostro apuesta,
mas tan gentil como honesta,
y como agraciada pura.

Ámala Ruiz, pero calla,
acaso porque su amor
para mujer de su honor
palabras de amor no halla.

Él con ansia la contempla
al abrigo del embozo,
pero el ímpetu de mozo
ante su virtud se templá.

Que es tan dulce su mirar,
que su luz por no perder,

cuando se quiso atrever
sólo se atrevió a callar.

Y es tan flexible su acento
que para no interrumpirle
tener es fuerza al oírle
con los labios el aliento.

Medina, que fué soldado
sobre Flandes por Castilla,
y a los usos de la villa
de más tiempo acostumbrado,

suplicóla tan rendido,
tan cortés la enamoró,
que ella amor le prometió
como él fuere su marido.

«Eso sí, ¡por San Millán!»,
dijo Pedro con denuedo;
y la calle de Toledo
tomó en resuelto ademán.

II

Contento Pedro Medina
con su amorosa ventaja,
más a carreras que a pasos
iba cruzando la plaza.
Saltábale el corazón
a cada paso que daba,
y frotábase ambas manos
bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreían,
y los ojos le brillaban
al reflejo que en el pecho
despide la amante llama.
Las gentes le hacían sitio
porque cerca no pasara,
que según iba resuelto
que fuese audaz recelaban.
Mas él va tan divertido
en sus amores el alma,

que ni ve dónde tropieza,
ni cura de los que pasan.
Topó al volver una esquina
una vieja, y al dejarla
derribada en tierra, dijo:
«Nos casaremos mañana.»
Enredóse el estoque
en el manto de una dama,
y rasgándole una terciá
echóla un voto de a vara.
Así dando y recibiendo
enconzones y pisadas,
dió por fin con la hostería
donde su amigo jugaba.
Fué a la mesa, y preguntando
a Juan si pierde o si gana,
pidió vino y añadióle:
«cuando acabes, dos palabras.»
Recogió Juan sus monedas,
y terciándose la capa,
sentóse al lado de Pedro
diciendo bajo: «¿Qué pasa?»
«Me caso», dijo Medina.
Miróle Juan a la cara,
y frunciendo entrambas cejas
tosió, sin responder nada.
—«¿Qué piensas?», preguntó Pedro.
—«En ti y tu mujer pensaba»,
contestó Juan suspirando,
con voz ronca y apagada.
—«¿Supondrás que es Catalina?»
—«Y lo siento con el alma.»
—«¿Por qué?» —«Porque tengo celos.»
—«¡Por San Millán!» —«Yo la amaba.»
—«¿Y ella?» —«Nunca se lo dije,
pero ocurrióseme...» —«¡Acabala!»
—«Para decirle mi amor
«escribirla hoy una carta.»

Callaron ambos: Medina
remedio al caso buscaba,
el codo sobre la mesa,
sobre la mano la barba.
Al fin, como quien resuelve
negocio que aflige y cansa,
pidió papel y tintero
diciendo a Juan: —«¡Por mi alma
que en mi vida en tal apuro
«vacilar tanto pensaba;
«y a no serte tú quien eres
«metiéralo a cuchilladas;
«pero escribe, y que responda
«a cual de nosotros mata.»
Escribió Juan, mas rasgando
al mejor tiempo la carta,
—«echemos, dijo, los dados
«y al que la mayor le caiga,
«si es a mí, la escribo al punto,
«si es a ti, Pedro, te casas.»
Tiró Juan y sacó nueve;
y asiendo el vaso con rabia,
tiró Pedro y sacó doce,
con que los dos se levantan;
y atravesando la turba
que curiosa los cercaba;
parten la calle en silencio
dándose entrambos la espalda.

III

Son a mi pensar los celos
delirio, pasión o mal,
a cuyo influjo fatal
lloran los mismos cielos.
A aranos de tal pasión
el más cuerdo desespera,
pues quien con celos espera
atropella su razón.

Si con celos esperar
es importuna porfía,
ceder celoso en un día
cuanto se amó, no es amar.

De celos verse morir,
y en silencio padecer,
son celos tan de temer
cuanto duros de sufrir.

Y así con celos amar
vale casi aborrecer,
pero con celos ceder
es igual que delirar.

Si otro más favorecido
goza el bien que se perdió,
se habrá el disfavor sentido,
mas perdido el amor, no.

Porque en quien goza favor
sobra tal vez confianza,
y celos sin esperanza
suelen guardar más amor.

Si favor nunca tuvimos
aun es suerte más cruel,
porque vemos ahora en él
cuanto bien haber pudimos.

Y así pienso que son celos
delirio, pasión o mal,
a cuyo influjo fatal
lloran los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz
celoso y desesperado,
el bien que Pedro ha ganado
más galán o más feliz.

Por eso en la soledad
se mesa barba y cabellos,
sin mirar que no está en ellos
su amante fatalidad.

¡Oh!, que no fueran antojos
sus amorosos desvelos!

Que el amor que hoy le da celos
entróle ayer por los ojos.

«¿Y por qué no me atreví?»,
clama el triste en su aflicción:

«Y hoy acaso esta pasión
¿pudiera arrancar de mí

«Mas volveré, ¡vive Dios!
«¿Pero qué he de conseguir
«si la he dejado elegir
«marido de entre los dos?»

Y a su despecho tornando,
semejábase en su afán
una fiera a quien están
dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz,
cruzaba el cuarto sin tino,
pero no hallaba camino
de dar al ánima paz.

Silbaba al dejar rabioso
paso al comprimido aliento,
y hollaba con pie violento
el pavimento ruinoso.

Iba adelante y atrás
sin reflexión que le acuda,
a la par pidiendo ayuda
a Cristo y a Satanás.

Túvose un momento al fin;
y en el temblor que le aqueja
se ve bien que se aconseja
con un pensamiento ruin.

Volvió a girar otra vez,
y otra a tenerse volvió:
en esto dobló un reló
en una torre las diez.

Entonces quedando fijo,
exclamó en la oscuridad:
«Hoy se casan, es verdad,
«hace un mes que me lo dijo.»

Ciñó con esto el acero
con desdén a la cintura,
y salióse a la ventura
la vuelta del matadero.

IV

Es una noche sin luna
y un torcido callejón
donde hay en un esquinazo
agonizando un farol.
Un balcón abierto a medias
por los vidrios de color
arroja al aire en tumulto
de danza el confuso son.
Se oye el compás fugitivo
que llevan con pie veloz
los que danzan descuidados
dentro de la habitación,
y se ven cruzar sus sombras
apareadas dos a dos
en fantástica carrera
y en monótona ilusión.
La casa es la de Medina,
que en ella a fiesta juntó
sus amigos y parientes
después de traspuesto el sol.
Allí con franca algazara
festeja a la que adoró,
de quien aguarda esta noche
prendas de cumplido amor.
Está la niña galana
cual nunca el barrio la vió,
suelto en rizos el cabello
que exhala fragante olor;
la falda de raso blanco
y acuchillado el jubón,
con vueltas de terciopelo
azul de cielo el color.
Con una hebilla de plata

ajustado el cinturón,
de donde baja en mil pliegues
un encaje en derredor;
y de un lazo de corales,
que Pedro le regaló,
lleva en una cruz de oro
la imagen del Redentor.
Tanta ventura en un día
nunca Pedro imaginó,
y así anda desatentado,
girando en la confusión.
A cada vuelta se mira
en los ojos de su amor,
y en la luz de aquellos soles
se le quema el corazón.
Y en fin, para concluir,
se cantó, cenó y bailó,
como es costumbre en las bodas
desde entonces hasta hoy;
hasta que cansados unos
del baile, otros del calor,
las viejas del tardo sueño,
los músicos de su son,
los muchachos de la bulla,
y los novios del honor
que les hacen sus amigos
en tan precisa ocasión,
despidiéronse uno a uno
echando sobre los dos
más bendiciones que plagas
causó a Egipto Farón.
Quedáronse entrambos solos;
la amada y el amador;
por vez primera en la vida
a merced de su pasión.
Mirábala embelesado
el amoroso español,
trémulo el rostro de gozo
y de dicha el corazón.

Mirábale ella anhelante,
 encendida de rubor,
 húmedos los negros ojos
 con tiernísima afición.
 Él diciéndola: —¡alma mía!
 Diciéndole ella: —¡mi soll,
 entre el son de ardientes besos
 de regalado sabor.
 En esto en la estrecha calle
 temible ruido sonó
 de voces y cuchilladas
 en medrosa confusión.
 Y al angustiado lamento
 de uno que grita: —«¡Favor!,
 ¡ayudadme, que me matan!,
 Pedro a la calle bajó
 con el estoque en la diestra
 y en la siniestra el farol.
 Asomóse Catalina
 amedrentada al balcón,
 llamando a Pedro afanosa
 de algún daño por temor.
 Alzó Medina la cara
 y la luz con ella alzó,
 pero apenas el reflejo
 dió en el rostro de su amor,
 una estocada traidora
 por el costado le entró.
 Lanzó un grito el desdichado
 que partía el corazón,
 lanzó la hermosa un gemido
 de intensísimo dolor,
 y el moribundo Medina
 volviendo el gesto a un rincón,
 hacia una imagen de Cristo
 de quien devoto vivió,
 dijo expirando: —«Soy muerto,
 ¡acorredme, Santo Dios!»

Y quedó tendido en tierra
 sin movimiento y sin voz.
 Alzóse a su lado un hombre,
 y exclamando con pavor
 «¡maldita sea mi alma!,
 mató la luz y escapó.

V

Tuvieron así los años
 uno, dos tres, hasta siete,
 embozada en el misterio
 aquella impensada muerte.
 En vano acudieron pronto
 vecinos a socorrerle,
 para vengarle los hombres,
 para mentir las mujeres.
 En vano salieron unos
 casi desnudos a verle,
 y otros salieron jurando
 armados hasta los dientes.
 Nada sirvieron entonces
 ni faroles ni broqueles;
 Medina quedó sin vida,
 y sin justicia el alevé.
 En vano son las pesquisas
 de los irritados jueces,
 en vano son los testigos,
 las citas y los papeles.
 En vano el caso averiguan
 una, dos, tres, quince veces;
 cada vez más se confunden
 los golillas y corchetes.
 En vano sobre la pista
 anduvieron diligentes
 olfateando la presa
 los alanos de las leyes.
 Porque todos son testigos,
 todos declaran contestes,

todos son los agraviados, mas ninguno delincuente. Hubo alborotos por ello, y pendenias más de veinte, mas Pedro quedó sin vida, y sin justicia el avele. Catalina le lloraba desconsolada y doliente, minutos, horas y días, noches, semanas y meses. Un mes estuvo en el lecho con accesos de demente, y un mes a su cabecera veló Juan Ruiz sin moverse. Dió con la puerta en los ojos a padrinos y parientes diciendo: —Mientras yo viva, no faltaré quien la vele. Y en vano le murmuraron de tal conducta las gentes; Juan se mantuvo constante a la cabecera siempre, sin que a sondear su alma alcanzara algún viviente a través de la reserva y el misterio que mantiene. Curóse al fin Catalina, y el tiempo, que tanto puede, siendo remedio y sepulcro de los males y los bienes, volvió la luz a sus ojos, y el pudor volvió a su frente, y el talismán de la risa a sus labios transparentes; y salió ufana diciendo a cuantos por verla vienen, que la vida con que vive sólo a Juan Ruiz se la debe. Éste, a pretexto de amigo

del triste que en polvo duerme, no se aparta de su lado hasta que la noche viene. Entonces a lentos pasos la esquina inmediata tuerce, y en las revueltas del barrio como un fantasma se pierde.

VI

Pagada la Catalina de amistad tan firme y tierna, de tanto afán y desvelos, de tan rendida fineza, escuchó a Juan una tarde, los ojos fijos en tierra, dulces palabras de amores de la balbuencia lengua. Instó un día y otro día, quedó siempre sin respuesta, volvió a sus ruegos Juan Ruiz, volvió a su silencio ella. Pasóse un mes y otro mes, y tornó Ruiz a su tema, y tornó a callar la niña entre enojada y risueña. Mas tanto lidió el galán, tanto resistió la bella, que al cabo la linda viuda dijo a Juan de esta manera: «Puesto que es muerto Medina ¡(Dios en su gloria le tenga!) y por siete años cumplidos mi fe le he guardado entera, y él ha visto nuestro amor, allá de la vida eterna, me os daré, Juan Ruiz, mi mano y mi corazón con ella. Amigo de Pedro fuisteis,

«y yo os debo la existencia,
 «con que es justo, a mi entender,
 «os cobréis entrambas deudas.»
 Púsose Juan Ruiz de hinojosa
 a los pies de la doncella,
 y asiéndola las dos manos
 humildemente las besa.
 Acordáronse las bodas,
 mas Catalina aconseja
 que sean cuando él quisiese,
 pero que sin ruido sean.

Las malas mañas o antojos
 o tarde o nunca se dejan,
 y Juan en su mocedad
 gustó de bulla y de fiesta.
 Así aunque pocos convida
 para que a las bodas vengan,
 buscó unos cuantos amigos
 que le alegraran la mesa.
 Trajo vinos los mejores,
 y viandas las más frescas,
 y apuntó por hora fija
 de noche las diez y media.
 Gustaba Juan sobre todo
 de cabezas de ternera,
 y asábalas con tal maña,
 que a cualquier gusto pluguieran.
 Gozaba en esto gran nombre
 entre la gente plebeya,
 de tal modo que le daban
 el apodo de *Cabezas*.
 Ocurrióle a media tarde
 darse a luz con tal destreza
 y embozándose en la capa,
 salió en busca de una de ellas.
 Mataban aquella tarde
 en el Rastro una becerra,
 compró el testuz y cubrióle
 asido por una oreja.

Volvió ó doblar el embozo,
 y contento con la presa,
 de la calle en que vivía
 tomó rápido la vuelta.

Iba Juan Ruiz con la sangre
 dejando en pos roja huella
 que marcaba su camino
 sobre las redondas piedras.

En esto, entrando en su barrio,
 al doblar una calleja
 dos ministros de justicia
 le pasaron muy de cerca.

Él siguió y pasaron ellos,
 advirtiendo con sorpresa
 la sangre con que aquel hombre
 el sitio que anda gotea.

Él siguió y tornaron ellos
 por sobre el rastro que deja,
 hasta entrar en otra calle
 oscura, sucia y estrecha.

En un rincón embutida
 a la luz de una linterna
 de Cristo crucificado
 se ve la imagen severa.

Paróse Juan: los corchetes,
 que en el mismo punto llegan,
 viendo que duda y vacila
 en faz de preso le cercan.

—«Fuera el embozo!, gritaron:
 «muestre a la luz lo que lleva.»

Volvió los ojos al Cristo
 Juan, y helósele en las venas
 a una memoria terrible
 cuanta sangre hervía en ellas.

—«Fuera el embozo!, repiten,
 y él acongojado tiembla,
 sintiendo un cambio espantoso
 que pasa en su mano misma.

Quiso hablar, y atropellado
 un ¡dejadme!, balbucea.
 Deshiciéronle el embozo,
 y mostrando Ruiz la diestra
 sacó asida del cabello
 de Medina la cabeza.
 —«¡Acorredme, Santo Dios!»,
 grita aterrado y la suelta;
 mas la cabeza oscilando
 entre los dedos le queda.
 «¡Yo le maté!, clamó entonces,
 hoy ha siete años, por ella.»
 Y sin voz ni movimiento
 cayó desplomado en tierra.

CONCLUSIÓN

Y así fué: que aquella noche
 de sangrienta confusión,
 en que al ruido de una riña
 Pedro a la calle bajó
 con el estoque en la diestra
 y en la siniestra el farol,
 no era en ella otro que Ruiz
 quien llevaba lo mejor.
 Como un imán a una aguja
 arrastra constante en pos,
 como una serpiente a un pájaro,
 a una paloma un halcón
 entorpecen y fascinan
 sin que ala ni pie veloz
 para huírle les acudan,
 a impulsos de su pasión
 anduvo así Juan vagando
 de la fiesta en derredor.
 Y oía por las ventanas
 de danza el confuso son,
 y vía cruzar las sombras
 apareadas des a dos,

en fantástica carrera
 y en monótona ilusión.
 Así lloraba acosado
 de sus celos y su amor,
 cuando oyó de una pendencia
 vivo y cercano rumor:
 cerróse en ella a estocadas
 tan sin acuerdo y razón,
 que a cuantos hubo a las manos
 adelante se llevó.
 En esto acudió Medina,
 y Catalina al balcón
 de la suerte recelando
 acelerada salió.
 Mas al ver cuál afanosa
 euraba ella de otro amor,
 cegaron a Ruiz los celos,
 el despecho le embriagó;
 y al tiempo que alzaba Pedro
 el brazo con el farol,
 matóle a la faz de Cristo
 como villano a traición.
 De entonces, en los siete años,
 después del hecho traidor,
 ni una sola vez de miedo
 por ante el Cristo pasó.
 Llegó la primera al cabo,
 y en ella al cielo ocasión
 de mostrar que hay infalibles
 tribunales sólo dos
 de irrevocable sentencia
 sin cotos ni apelación.
*Para verdades el tiempo,
 y para justicias dios.*

LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ (1)

Stabat Mater dolorosa
Iuxta crucem lacrymosa
Dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo
su lumbré en opacas nieblas,
y, crespón de tanto duelo,
tendió la sombra en el suelo
anchos pliegues de tinieblas.

Ni un pájaro por el viento,
ni una fiera por la roca,
ni entre el musgo amarillento
asoma reptil hambriento
la desenterrada boca.

Ni el ronco mar a lo lejos
en sordo tumulto brama,
vibrando en turbios espejos
tornasolados reflejos
que por la playa derrama.

Ni una brisa, ni un gemido
el aire pesado encierra,
que doliente y abatido
yace sin fuerzas tendido,
las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras
en la alta región inmóviles
ciñen en bandas oscuras
la lumbré de las alturas
con sus cortinajes dobles.

Ráfaga de luz sangrienta,
el negro ambiente cruzando,
amaga pronta tormenta,
una natura alumbrando
dormida o calenturienta.

La rosa que el aura riza

(1) Dedicada al acreditado don José Gutiérrez, que pintó en el Liceo artístico una bellísima *Dolorosa*.

se dobla en el tallo seca,
y de la yerba pajiza
sostiene la raíz hueca
campo estéril de ceniza.

Y del desierto a la entrada
en torpe paso el Jordán
arrastra el agua pesada;
una con otra amarrada
sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales
por donde las ondas crecen,
los penachos desiguales
saludándolas no mecen
palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba;
el mundo en reposo inerme
curioso se contemplaba,
cual de despertar acaba
un hombre, y duda si duerme.

Víanse al lejos enhiestas
cerrando los horizontes,
en dobles hileras puestas
las enmarañadas crestas
de los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos
alzando las blancas losas,
los esqueletos agudos
sacaron de asombro mudos
las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar
lo que era triste saber,
ninguno acertó a dudar
lo que salió a contemplar,
y alcanzó temblando a ver.

Allí Adán el pecador
asomó el gesto confuso
mirando en su derredor;
de rodillas de pavor
sobre la piedra se puso.

—¿Es esa mi raza...?, dijo
hiriendo la calva frente,
y llorando se maldijo,
a su Dios mirando fijo
en un palo entre su gente.

Secos, vacilantes, flojos,
malditos en él también
los otros yertos despojos,
volvieron hacia Salén
los sin luz cóncavos ojos.

Allá en la vasta llanura
está la impía ciudad,
como meretriz impura
que falsa ostenta hermosura
merced a la oscuridad.

Y el Gólgota misterioso
levantado detrás de ella
entre ufano y vergonzoso,
con un suplicio horroroso
rota la frente descuella.

Estaba en honda agonía
al pie de la cruz llorosa
la Madre Virgen María,
y de la cruz afrentosa
el Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,
herido y alanceado,
y en el madero derecho
desconocido y deshecho
el cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas
de ambos pies y de ambas manos,
que cayeran divididas
a no estar tan sostenidas
en brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea
ofrenda tan santa borre,
la hirviente sangre gotea,

y en el peñasco en que corre
avaro el viento la orea.

Allí por tierra postrada,
moribunda y desolada
la castísima María,
con el suplicio abrazada
la ardiente sangre bebía.

Y parado el mundo entero
asombrado la miraba,
que sola en dolor tan fiero
a su Dios muerto lloraba
al pie del santo madero.

—¡Ella llora, y yo pequé...!
Madre amorosa, perdón,
que yo le crucifiqué,
y su sangre derramé
y manché la creación!

Yo le robé de tus brazos,
sin respeto a su deidad;
le até con estrechos lazos
para arrancarle, es verdad,
las entrañas a pedazos.

Y tú, Madre, en tu dolor
mesándote los cabellos,
al verdugo matador
tendiste los brazos bellos,
demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
pálida la faz de rosa,
te prosternaste llorosa
ante la raza maldita.

No humana, de tigres fué;
que si te vieron acaso,
los hombres en quien pequé,
cual brezo que estorba el paso,
te apartaron con el pie.

¡Tú hollada, Virgen, así...!
¡Tú, que pisas de rubí

vistosa, viviente alfombra,
y besa el ángel tu sombra
si pasa cerca de tí!

¡Tú, de estrellas coronada,
del ardiente sol vestida,
y de la luna calzada,
tan triste y tan dolorida
por raza tan condenada!

¡Tú llorando, Madre mía,
cuando una lágrima tuya
el mundo rescataría,
cuando el tiempo le concluía
en el postrimero día!

¡Tus ojos llorosos tanto
cuando al sol prestan su luz!
¡Oh, Madre, por tal quebranto,
que me salve a mí tu llanto
al pie de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo
de edad más dichosa;

Tú, Madre amorosa,
lo sabes tal vez.

Entonces alegre
de afanes segura,
soñaba ventura
mi loca niñez.

Brindábame entonces
la vida placeres,
no vi en las mujeres
el mal del amor.

Reía y cantaba
un día, otro día,
y siempre el que huía
tornaba mejor.

Que aun no me acosaban
mis débiles años
con duelos y engaños

de vana amistad;
aun no de mis horas
de paz y esperanza
rompió la balanza
la estéril verdad.

El aire era un velo
de ricos colores,
brotaban las flores
a impulso del sol;
la noche tranquila
que en paz me velaba,
del cénit colgaba
su turbio farol.

La vida era un sueño
ligero y flotante;
fingí delirante
del mundo un jardín,
creí que los días
que pasan huyendo,
felices volviendo
serían sin fin.

Entonces, ¡oh Madrel,
recuerdo que un día
tu santa agonía
contar escuché:
contábala un hombre
con voz lastimera;
tan niño como era
postréme y lloré.

El templo era oscuro:
vestidos pilares
se vían y altares
de negro crespón;
y en la alta ventana
meciéndose el viento,
mentía un lamento
de lúgubre son.

La voz piadosa
tu historia contaba;

el pueblo escuchaba
con santo pavor,
Oía yo atento,
y el hombre decía:
«Y quién pesaría
de tamaño dolor!

«El Hijo pendiente
de Cruz afrentosa,
«La Madre amorosa
llorándole al pie...»
El llanto anudóme
oído y garganta;
con lástima tanta
postréme y lloré.

La voz conmovida
seguía clamando,
el viento zumbando
seguía a la par;
el pueblo lloraba
postrado en el suelo,
contaba tu duelo
la voz sin cesar.

Mi madre a sus pechos
mi pecho oprimiendo,
posaba gimiendo
sus labios en mí;
y yo, Santa Virgen,
en son de querella,
no sé si por ella
lloraba, o por Ti.

Tu imagen estaba
doliente a mis ojos,
mi madre de hinojos
oraba a tus pies:
por quién lloró entonces
mi pecho afligido,
ya nunca he podido
saberlo después.
¡Mi madre tan joven,

tan bella y penada!
¡Mi madre adorada
llorando también!
Perdón, ¡oh María!,
soy hijo y la adoro,
su aliento y su lloro
quemaban mi sien.

Convulso, agitado,
en ámbito estrecho
latir en su pecho
sentí el corazón;
el niño creía
y oró al crucifijo...
El niño era hijo
y ahogó su oración.

Ha poco, en mis horas
de cuita y de duelo,
amparo en el cielo
con ansia busqué;
tu nombre me traje
mi fe solitaria,
y en honda plegaria
tu nombre invoqué.

Que yo también lloro
mundanos pesares,
también tengo altares,
y fe y religión;
que el gozo y la risa
que ostento en la frente,
del alma doliente
la máscara son.

¡Ay tristel, olvidado
no hallé en mi abandono
más luz que tu trono,
más paz que tu amor;
y ciego y perdido
sin lumbre y sin guía,
a Ti te pedía
llorando favor.

A Ti, que llorabas
el día tremendo
que viste muriendo
al Dios de la luz:
¡oh, Madre!, que el día
de cuentas y espanto,
me salve tu llanto
al pie de la cruz!

¡Madre mía!, si en tu cielo
se oye el murmullo mundano,
y mi cántico liviano
en su cóncavo sonó;
si la estéril armonía
llegó a Ti del arpa loca,
y los himnos que mi boca
sacrilega murmuró;

tiende los divinos ojos
¡oh, Madre!, desde la altura,
que es polvo la criatura,
cieno y nada encontrarás;
que en la senda de la vida
cada paso que adelanta,
más débil la torpe planta
se acerca a su nada más.

Acuérdate, Madre Virgen,
que allá en la niñez tranquila
por Ti la clara pupila
con mis lágrimas nublé;
que hubo un día en que escuchando
la historia de tus pesares,
delante de tus altares
acongojado lloré.

Olvidate que insensato,
sin curar de tus dolores,
canté profanos amores
del arpa lúbrica al son;
acuérdate que nacido

de flaca y terrena gente,
tengo de tierra la mente,
y de tierra el corazón.

Acuérdate, Madre mía,
que nací niño y desnudo,
y que hoy a tus pies acudo
mi nada al reconocer.
Que mi lengua irreverente
cambia en himnos inmortales
los cánticos criminales
que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza
en tu noble amparo fijo,
ruega, ¡oh Madre!, por un hijo
al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremendo día
de justicias y de espanto,
que me salve a mí tu llanto
al pie de la santa cruz.

NAPOLEÓN

«No hay más que yo; dobléguense las leyes
«Ante la ronca voz de mis lesiones:
«Romperé el áureo petro de los reyes
«En su espantada frente a las naciones.»

D. JUAN DONOSO CORTÉS.

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
los dos en el desierto se encontraron,
cuando grandes los dos se concibieron
de hito en hito los dos se contemplaron.

Sentóse el hombre al pie del monumento,
y el monumento dijo: *Este es el hombre;*
y el hombre al ver desde tan alto asiento,
ésta es, dijo, la cifra de mi nombre.

De sus cañones el discordo arrullo
su altivo ser le trajo: a a la memoria.

«Aquí debí nacer—dijo su orgullo;
«aquí debo morir—dijo su gloria.»

Con sus ojos midió la vasta mole,
y murmuró pasándolos al cielo:
«Quien allí su bandera no enarbole
una oruga no más será en el suelo.»

«No valen cien coronas una estrella,
«¡ni valemos un sol todos los reyes!
«Que el tiempo airado la cerviz nos huella,
«el sol alumbrá y quemá nuestras leyes.»

Unos grandes allí su tumba abrieron,
e intentarlo era grande solamente,
mas pensar en su orgullo no pudieron,
que era sólo a sus pies tender la frente.

Allí depositaron sus despojos
por guardarlos así de ojos humanos,
porque al mirar su tumba humanos ojos
se creyeron imbéciles o enanos.

¡Aquí está Napoleón!, dijo pasando
de la inmensa pirámide las puertas,
y las momias de Egipto despertando
miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras asombradas
el gesto inmóvil a Napoleón tornaron:
¡Aquí está Napoleón! y atrailladas
en rededor del vivo se juntaron.

Inclinaron las pardas osamentas
la seca frente y los desiertos ojos
para oírle, y cayeron macilentas
a su tremenda voz todas de hinojos.

Contó los esqueletos trasparentes
el vivo con los suyos triunfadores,
y unió a los nombres de las calvas frentes
sus vasallos, monarcas o señores.

Y no encontrando a su grandeza leyes
gritó, hiriendo los huesos con la planta:
«Yo soy emperador, ¡fuera los reyes!»
y su vibrante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada...

Nada en el ancho cóncavo vivía.
Sólo su desdeñosa carcajada
entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas
sello gigante de gigante gloria,
porque agobiado con sus hondas huellas
libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio
diciendo a los cadáveres hollados:
«Napoleón vino a visitar su imperio.»
Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron
cruzar el arenal con pie tranquilo,
y allá a lo lejos saludarle oyeron
con asombrado adiós al ronce Nilo.

II

El hombre no existe ahora,
que el tiempo al plegar las alas
de la lámpara de la vida
el aire azotando apaga.

Las moles allí quedaron,
y las osamentas calvas
en las urnas todavía
la voz del ángel aguardan.

Ellas descansan tranquilas
en su portentosa estancia,
que las cobija orgullosa
como ataúd y montaña;

y él duerme al pie de una roca
entre las ondas amargas
donde su nombre salpican
las espumas y las algas;

porque la isla compasiva
le recogió en sus entrañas,
donde con su peso abruma
la lápida hospitalaria

al que quiso alzar el cielo
sustentándole en la espalda.

¿Quién es el gigante ahora?
 ¿Quién de los dos es la página,
 las moles de aquel desierto,
 o el nombre de las batallas?
 Sobre ambos los huracanes
 mugiendo y quemando pasan,
 en ambos el mismo cielo
 su noche y su luz derrama;
 ambos yacen solitarios
 sin antorchas y sin guardas,
 en palacios de reptiles
 que en torno lentos se arrastran
 sin respeto a su grandeza,
 ni noticias de su fama.

«¡Aquí está Napoleón!», dice su nombre
 sobre las moles del desierto escrito,
 y donde alguna vez firmó aquel hombre
 todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre anonadados
 se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
 y su gloria y poder desesperados
 envidian los monarcas de la tierra.

Miró al nacer la miserable gente
 a que el destino su destino amarra,
 y viéndose león alzó la frente
 mostrando al mundo la robusta garra.

El mundo se humilló despavorido,
 y al rastro de su pie le ató altanero:
 el mundo enteró sorprendió atrevido,
 y un pueblo echó sobre él el mundo entero.

Numeró sus millones de soldados
 y trepó vencedor a la montaña;
 contó allí nuestros pueblos descuidados,
 y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre a la llanura
 como a la fiesta va galán mancebo,
 avaro de la sombra y la frescura
 de su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores
 pródiga y perfumada primavera,
 do marcan el compás los ruiseñores
 del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas
 para dar sed la fuente cristalina,
 y crece al pie de las pajizas cañas,
 rica de olor, la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día
 tiñe la tez, los ojos y el cabello
 de la altiva morena que daría
 antes que al yugo a la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas,
 y de lindas bellezas orientales,
 entre guirnaldas encontró de rosas
 hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide más dura que el desierto
 le mostró nuestro suelo en sus jardines,
 que supimos aquí doblar a muerto
 con copas de cristal en los festines.

Nó tiene, nó, el león de ambas Castillas
 la doble garra por adorno vano;
 pirámides de lanzas y cuchillas
 no admiten nombre, ni buril, ni mano.

¡Paz al coloso! Formidable sombra,
 tal vez mi lengua te insultó importuna;
 no te ladra mordaz cuando te nombra:
 sólo quien te rindió fué la fortuna.

Tú bien sabías que la inmensa mole
 que no llenan los hombres es el cielo,
 quien allí su bandera no enarbole
 una oruga y no más será en el suelo.

Él te enseñó que los colosos huella
 el tiempo al fin con iracundas leyes,
 que cien tronos no valen una estrella,
 y no valéis un sol todos los reyes.

Dijiste: «*Soy el grande de la tierra, y no tengo en ella ya digno enemigo.*» Grande mi patria, te llamó a la guerra: porque eras grande tú, lidió contigo.

LA SORPRESA DE ZAHARA (1)

ROMANCE DE 1481

I

Está Zahara en una altura entre montaña y colina sentada en la peña dura, que asoma la cresta oscura por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos de noche hogueras en ella, no distinguen los paisanos si son sus fuegos lejanos luz de atalaya o de estrella.

Y al bajar al occidente, confunde la luz del sol las lágrimas de la fuente y el arnés resplandeciente del centinela español.

Y si alguna nube errante del valle exhalada sube, parece el pendón flotante hijo de la blanca nube que va saltando delante.

Allí los moros pusieron sus atalayas un día; un foso después abrieron, y la villa concluyeron porque el invierno venía.

Tuviéronla muchos años

(1) Esta poesía se publicó en el periódico *El Español* tal como está; el autor se ha abstenido de hacer en ella algunas correcciones de que tenía por cierto grave necesidad; pero acaso corregida sería enteramente nueva.

de los cristianos guardada, y con mil modos extraños causáronles muchos daños en guerra tan prolongada.

Que a la sombra guarecidos de las huertas y olivares, bajaban como bandidos, y robaban atrevidos alquerías y lugares.

Los cristianos toleraban con rabia tales desmanes y vengarse meditaban, mientras ufanos ocupaban la villa los musulmanes.

Éstos, por cierto, valientes, eran pocos, confiados en el brío de sus gentes; los otros, que eran prudentes, les cogieron descuidados.

Con fosos y torreones guarda hoy la morisca villa en sus pardos murallones los sobrepuestos blasones de Aragón y de Castilla.

Que los nuestros la asaltaron, y guardarla no supieron los moros que la fundaron; cinco veces la ganaron y otras cinco la perdieron.

Por eso los vencedores alzaron doble muralla, y alzaron torres mayores para quedar los mejores en el sol de la batalla.

Por eso una sola senda dejaron en todo el cerro, porque más fácil se atiende la sola puerta de hierro si se empeña la contienda.

Por eso están los cristianos
malamente entretenidos,
en casa de los villanos,
en pensamientos livianos
con las mozas divertidos.

Que osados y licenciosos
son además los soldados
cuando en puestos apartados
les dejan vivir ociosos
por fuertes o por cansados.

Pero avaros de venganza,
más advertidos los moros,
hicieron punta a su lanza,
mientras ellos en holganza
jugaban zambras y toros.

«De más a esos perros ya
«la villa estuvo sujeta»,
dijeron; «vamos allá,
«que por nosotros está
«la voluntad del Profeta».

Misteriosa expedición
propusieron a tal fin;
y para aquesta ocasión
dieron gentes en unión
la Alhambra y el Albaicín.

Salió el viejo rey Hazén
con gente muy escogida,
y dicen los que le ven:
—«Alá te lleve con bien
«y vuelvas con honra y vida».

Saludóles al pasar
el musulmán con la mano,
diciendo, el arco al cruzar:
—«Le tengo de festonar
«con cabezas de cristiano.»

La tarde estaba nublada,
el viento ronco mugía
y gruesa lluvia pesada,

la noche apenas entrada,
en anchas gotas caía.

Veló medrosa la faz
la luna entre nubes pardas,
y brilló en la oscuridad
el relámpago fugaz
en broqueles y alabardas.

Caídos los martinetes
sobre las mojadas telas
revueltas en los almetes,
caminaban los jinetes
el lodo hasta las espuelas.

Mohino el rey por demás,
iba escuchando el rumor
de los pasos a compás,
después iba un atambor
y los soldados detrás.

Iban entre los peones
en vez de picos y palas
y estrepitosos cañones,
muchos moros con escalas
para entrar los torreones.

La luz del siguiente día
apenas cumplida fué,
ya Zahara se descubría
y la tocaron al pie.

Contó el rey cuidadosamente
las hogueras y señales,
consultando diligente
sus espías, y su gente
partió en dos bandas iguales.

Guardando el cerro de jó
los jinetes y escuderos;
y él mismo después repó
con algunos caballeros
y soldados que tomó.

Seguía la tempestad,
zumbaba agitado el viento

rodando en la oscuridad,
y azotando la ciudad
con temeroso concento.

Se oía caer bramando
la lluvia de las montañas
de peña en peña chocando,
a la llanura arrastrando
espinos, olmos y cañas.

Y en el alto torreón
aturdido el centinela
murmuró humilde oración,
acurrucado al rincón
de la covacha en que vela.

Y al calor de su gaban,
con el monótono arrullo
que allí las aguas le dan,
durmió rendido su afán
oyendo el vago murmullo.

Soltó la lanza su mano,
fijó el rostro en la rodilla,
y así soñó el veterano
una aurora de verano
en un lugar de Castilla.

II

Es grato en el blando lecho
oír el viento que brama,
y el agua que se derrama
sobre los techos rodar,
oír en la estrecha calle
el rumor acelerado
de las armas del soldado
que acaban de relevar.

Y en confuso remolino
circular crecer la tormenta
que cambia al pasar violenta
las veletas del metal.
Y oír zumbiar sacudida

la mal sujeta campana,
y oír en la ancha ventana
temblar hendido el cristal.

El desvelado maldice,
el tímido infante llora,
la madre le mece y ora
con religioso pavor;
el enfermo se acongoja
y el amante desespera,
que acaso vela y le espera

entre las rejas su amor.
Los de Zahara silenciosos
o velaban o dormían:
sólo en la villa se oían
en la densa oscuridad
el agua de las goteras,
el vago mugir del viento
y el ronco y medroso acento
de la negra tempestad.

Sólo en apartada torre
del mal guardado castillo,
con el fulgor amarillo
de una lámpara al morir,
velan algunos soldados
y se siente desde fuera
el rumor de una quimera
y jurar y maldecir.

Se sienten sus carcajadas,
sus apodos insolentes,
que en todo hallan tales gentes
contentamiento y placer.
Se juntan en borracheras
para acabarlas riñendo,
y vuelven en concluyendo
desde reñir a beber.

Y en el calor de las orgías
y el vapor de los licores,
disertan de sus amores
en obsceno platícar;

que su lengua irreligiosa
sin respetos y sin vallas,
sólo de sangre y batallas
o mujeres ha de hablar.

De éstas se miran algunas
con los soldados más mozos
en impúdicos retozos
y deshonesto ademán,
que osadas y descompuestas
o blasfemando o riñendo,
hasta embriagarse bebiendo,
desatinadas están.

La trémula llamarada
de una hoguera agonizante
presta a su rudo semblante
una expresión más feroz;
y recibiendo la bóveda
la algazara en su ancho hueco,
remeda con largo eco
la desentonada voz.

Harto de vino y de amores,
en dos bancos apoyado,
cantaba un viejo soldado
al son de un roto rabel,
e hiriendo a compás la mesa
con plato, copa o cuchillo,
aullaban el estribillo
ellos y ellas con él.

Brindaban, y a cada brindis
insensatos blasfemaban,
y reían y danzaban
completando la embriaguez;
y sus sombras en silencio
gigantescas agitadas,
cual fantasmas convidadas
erraban por la pared.

—¡A ellos!—gritaron voces,
y entraron el aposento
diez a diez y ciento a ciento

los moros del rey Hazén,
y apenas a las espadas
acudieron los cristianos,
les cercenaron las manos
y las cabezas también;

Lidieron acaso algunos,
pero tantos les entraron
que al fin los acuchillaron
con las hembras a la par.
A los gritos de los moros
los cristianos despertaban;
pero los tristes se hallaban
cautivos al despertar!

La soñolienta pupila
prestaba crédito apenas
a las cuerdas y cadenas
con que atados dos a dos
por los árabes se vieron,
a quienes con lengua y ojos
pedían piedad de hinojos
en el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres
de los niños los sollozos,
los esfuerzos de los mozos,
el dolor de la vejez,
son inútil resistencia,

porque a todos los infieles,
atados como lebreles
los arrastran a la vez.

En vano lucha la virgen
desesperada con ellos,
que con sus propios cabellos
mordaza o cordel le dan;
en vano niños y enfermos
yacen sin fuerzas postrados;
en tropel como ganados
todos a los hierros van.

Fueron por Dios tristes horas
las de noche tan sangrienta;

ja quien de allá pidan cuenta,
malas cuentas ha de haber!
Que si hay justicia en los cielos,
de tanta vida inocente,
una vida solamente
ha muy mal de responder.

III

Medrosa de tanto duelo
subió al oriente la aurora
entre cortinas de nubes
que la apagan o la embozan.
Lloraba el cielo por ellas
hilo a hilo, y gota a gota,
sin que el sol tornárolara
las lágrimas con que lloran.
Andaba el aire aturdido
sin hallar sitio en la atmósfera,
que asaltada por la lluvia
entre la lluvia se ahoga;
y tanta gala los cielos
ostentan cuando la acosan,
que con mundos de cristal
la bloquean y la toman.
Lloraba el cielo por Zahara,
que acaso por pecadora
la castiga, y ver no quiere
los males con que la azota.
Cerróse en agua, y con ella
cerró su misericordia;
vendó con nieblas sus ojos,
y su clemencia hizo sorda
por no ver al rey Hazén,
que en medio la gente mora
amarró dos mil cristianos
al carro de su victoria.
Cabalgaba el agareno
sobre una yegua de Córdoba,
con la crin hasta el estribo,

y hasta la tierra la cola:
y como el cielo la empapa
en las aguas que la mojan,
la cola y la crin parecen
de espumas, algas y esponjas.
La plaza cercan los moros
donde dos a dos arrojan
los cristianos que cautivan,
los cautivos que sollozan.
Allí mujeres y ancianos,
allí vírgenes y esposas,
juntan a golpes y a gritos
entre algazara y chacota.
Casi desnudos los llevan
a todos por más deshonra
hasta el centro de la plaza,
donde a la intemperie opongan
la desnudez de las carnes,
su temblor y sus congojas;
y a los ojos de los moros
los defectos de las formas
o las castas perfecciones
que con torpes ojos hozan.
El noble rostro hacia el suelo,
los tristes vencidos tornan,
por ocultar en los ojos
las lágrimas con que lloran:
que la libertad perdida
sin infamia nos agobia,
pero mata y avergüenza
perder libertad y honra.
Caiales por los hombros
el agua, porque furiosas
en su cabeza las nubes
reventadas se desploman;
que cuando al fin Dios castiga
muestra su justicia toda,
pues la maldad de los hombres
toda su clemencia agota.

Mandó Hazén que los cristianos,
guardados por buena escolta,
vayan delante a Granada
por la vereda más corta;
mas viendo que los ancianos
y los enfermos le estorban,
a su guardia de Gomeles
dijo impaciente en voz ronca:

«Llegarán los que llegaren,
los mozos a las mazmorras,
las muchachas al serrallo
y los viejos a la horca.»

Preparan los granadinos
bohordos en Vibarrambra,
torneos para los nobles,
para el pueblo luminarias,
Cuelgan de púrpura y blanco
miradores y ventanas,
y el populacho a las puertas
al rey impaciente aguarda.

En la vega están los ojos
y en la vía de Zahara,
que el rey envió corredores
a decir que está ganada.

Añfiles y atabales
por honra y por fiesta sacan,
y en corros moros y moras
gritando y riendo saltan.
«Viva el rey», dicen algunos,
y otros gritan: «muera Zahara»;
y todos a los vencidos
insultan, mofan e infaman:
que siempre quien vence grita,
porque los vencidos callan,
porque las lenguas se sueltan
donde las manos se atan:
porque la risa provoca

tal vez la ajena desgracia,
y al que nace desdichado
hasta compasión le falta;
que quien cae pone a los otros
para que pasen la espalda,
y maldición es que lloren,
algunos lo que otros cantan.

Así ondean los pendones
en las torres de la Alhambra,
así Granada la bella
se viste imbécil de gala,
cantando hoy loca las glorias
que ha de maldecir mañana.

Venir se ven los cautivos
entre la neblina parda,
a pasos descompasados,
como los cautivos andan:

que como el alma les pesa
así les tiembla la planta.
Delante y detrás los moros
y por los lados los guardan,
los alfanges en la diestra,
los broqueles a la espalda.
Siguen después los jinetes
y nobles con el monarca,
los lanzones en la cuja,
en el arzón las adargas;

mostrando bien los caballos
en su perezosa marcha
la fatiga del camino,
lo largo de la jornada;
que traen el arnés mohoso,
deslucidas las gualdrapas;
hasta las crines el lodo,
desde las crines el agua.
Cuando a la puerta de Elvira
los zahareños llegaban,
cantaba el pueblo su triunfo
con vítores y algazara.

Aplaudían con las manos, allí y allá,
 con panderos y sonajas,
 al son de los duros hierros
 que los otros arrastraban.
 Cesó de pronto el aplauso,
 susurraron en voz baja
 palabras que nadie oía;
 pero todos murmuraban.
 Y los moros
 Ojos había en la turba
 oscurecidos con lágrimas,
 y ojos que con luz sombría
 para maldecir miraban.
 Desnudos y a la intemperie
 los prisioneros entran,
 ancianos, madres y niños,
 entre broqueles y lanzas,
 sin respeto a su inocencia,
 a su sexo y a sus canas.
 Las madres sus muertos hijos
 traían desesperadas
 en los maternales brazos
 y en los brazos de su alma.
 Movidos a compasión
 los moros de pena tanta,
 sus ojos de los cautivos
 indignados apartaban.
 Las madres libres llorando,
 atropellando los guardias,
 a las cristianas cautivas
 sus propias telas regalán,
 y parten los alimentos
 que a los moros preparaban,
 entre los tristes esclavos,
 que los devoran con ansia.
 Algunos más altaneros
 acaso los rehusaban,
 que el pan de la esclavitud
 entre los labios amarga.

Alzóse Muley Hazén

en los estribos de plata
 viendo la piedad del pueblo
 y la miseria cristiana.
 Rabioso de que la plebe
 le eche su crueldad en cara,
 atropelló con su yegua
 por la turba aglomerada,
 dividiendo así los moros
 y los esclavos de Zahara.
 «¡Adelante!» gritó airado
 con la voz ronca de rabia;
 «todos son esclavos míos;
 al serrallo las muchachas,
 los mozos a las mazmorras
 donde más a luz no salgan,
 y los viejos, que los maten,
 pues no me sirven de nada».

Calló el pueblo amedrentado,
 obedecieron las guardias,
 y el rey subió con los nobles
 a toda rienda a la Alhambra.

IV

Sentado está el rey Hazén
 en un morisco almohadón,
 y muchos moros se ven
 cruzar el ancho salón
 para darle el parabién.

A las puertas, reverentes
 delante su rey se paran,
 doblando humildes las frentes;
 que al rey miran tales gentes
 como al mismo Dios miraran.

Mirra y esencias de flores
 arden en pebetes de oro,
 y el sol de los miradores
 anubla el humo de olores
 que avaro respira el moro.

El aire colman de ruido
 dos fuentes azafranadas,
 y en su murmullo perdido
 se oye el trinar dolorido
 de las aves enjauladas:

porque en nichos de cristal
 cerradas las hay tan bellas
 en la bóveda oriental,
 que el aire parece mal
 sólo porque está sin ellas.

Las miró el viejo Muley
 y viéndolas suspiró.
 «En vano me llaman rey»,
 dijo, «si como ellas yo
 esclavo soy de mi ley.

«Que penan ellas así
 en ese encierro imagino;
 mas ellas placen ahí,
 y en eso quiso el destino
 «diferenciarlas de mí».

Volvió con tal pensamiento
 a suspirar otra vez,
 bajó el rostro macilento,
 pero repuesto al momento,
 demandó con altivez:

«¿Los cristianos qué se hicieron?
 —En las mazmorras están
 en cadenas, respondieron.
 —«¿Los condenados murieron?»
 —Si no han muerto, morirán.

Volvió el rey a meditar
 de los suyos recelando,
 y siguieron a la par
 las fuentes su susurrar
 y los pájaros cantando.

—«Alá nos dió la victoria»,
 siguió el rey: «¿qué dicen de ella?»
 Todos callaron: «fué gloria

ganarles villa tan bella».
 «Tendránlo a fe en la memorias»,
 Harto el rey Hazén habló;

los cortesanos callaron,
 que el pueblo indignado vió
 que los cautivos entraron
 como perros que él ató.

Y los moros presentían
 que la tregua quebrantada,
 los cristianos entrarían
 por las vegas de Granada
 y a Zahara no olvidarían.

Por eso ante el rey estaba
 la turba sin contestar,
 que mal con su rey andaba
 desde que vido que mandaba
 a los viejos degollar.

Callaba Muley Hazén,
 sin hallar paso mejor;
 que sabe el príncipe bien
 que sangre mancha también
 el laurel del vencedor.

Corrían entrambas fuentes,
 trinaban los ruiseñores,
 y el sol en ambas corrientes
 sus rayos más transparentes
 deshacía en mil colores.

Los vidrios de las ventanas,
 contornos dando a sus sombras,
 estampan las formas vanas
 de sus historias livianas
 en las moriscas alfombras.

El silencio a interrumpir
 vino una voz de dolor:
 «Preparaos a morir»
 se oía a gritos decir
 a un hombre en un corredor.

Todos el rostro tornaron
 impacientes a la entrada,

y repetir escucharon:
 «Tus glorias se marchitaron;
 ¡ay de ti, bella Granada!»

Entró el hombre en el salón
 de musulmanes cercado:
 érase el tal un santón
 que vivía en la oración
 del tumulto retirado.

Pasó la noche corriendo,
 gritando en la oscuridad:
 «Granada, los estoy viendo:
 ¡ay de la hermosa ciudad,
 ¡tus muros están cayendo!»

Los moros viéndole entrar
 delante se le inclinaron,
 y él siguió en su predicar:
 «Los estoy viendo llegar
 y vuestros días contaron!

«¡Ay de ti! la desdichada
 ciudad reina de ciudades
 por el cimiento horadada,
 los cielos en ti, Granada,
 lloverán calamidades.

«Es en vano resistir:
 ¡ay de ti, reina de oriente!
 «Alá te manda morir;
 los estoy viendo venir;
 ¡ay ciudad! ¡ay de tu gente!»

Harto ya Hazén de escucharle,
 furioso le preguntó:
 ¿Quién eres? Sin contestarle
 gritando el santón siguió,
 y el rey volvió a preguntarle:

«Enviado soy de mi Dios,
 dijo el moro, «y dióme el cielo
 un mensaje para vos.
 Y el rey: —«Pues ve que en el suelo
 no hay más oídos que dos.»

Seguó entonces el santón,

muy loco o muy confiado,
 su doliente relación,
 con el monarca encarado
 y a guisa de inspiración.

«La tregua está quebrantada
 y a muerte al traidor sujeta.
 «¡Ay de ti, bella Granada,
 cayó en ti, desventurada,
 la maldición del Profeta!

«Borrada tu suerte hallé
 del pensamiento divino;
 por ti, ciudad, mucho oré,
 y para leer tu destino
 hasta el cielo penetré.»

Oyóle Hazén un momento,
 y enfurecido además,
 dijo, dejando su asiento:
 «¡Quién leyó en el firmamento
 no puede llegar a más!»

La turba ve estremecida
 la rabia del rey, y calla,
 y el rey dijo a su salida:
 «Quitad a ese hombre la vida
 en lo alto de la muralla.

«Cuando vengan los cristianos,
 siguió volviendo a los moros,
 lanzas tenéis en las manos;
 cerrad con ellos, villanos,
 como cerráis con los toros.»

A LOS INDIVIDUOS ARTISTAS DEL LICEO

NOVIEMBRE DE 1837.

I
 Allí está lo que el mundo llama mundo
 arrastrándose imbecil por la tierra,

ese reptil raquíutico e inundo
que en el sepulcro su ambición encierra.

Allí está con sus circos y jardines,
vano de amor y espléndido de amores,
mal envuelto entre farsas y festines,
como esqueleto entre marchitas flores.

Vestido está de alcázares y escudos;
mas torpe esclavo de egoístas leyes,
lleva sus pueblos a danzar desnudos
en derredor del lujo de sus reyes.

¡Vano placer! ¡Quimérica algazara!
¡Flor de una aurora sola y pasajera...!
De cerca un cementerio nos mostrara
al resplandor de moribunda hoguera.

Los hombres de ese mundo no son
[hombres;
las mujeres de allí no son mujeres,
ellos cubren su nada con sus nombres;
y ellas no tienen más que sus placeres.

Cuando Dios, que les dió el ánima noble,
las ánimas demande enfurecido,
su ángel de hinojos con vergüenza doble
Señor, contestará, ¡las han perdido!

Autómatas que viven porque viven,
hoy al rumor de estrepitosa orquesta
el ajeno renombre que reciben
llevan como sus padres a una fiesta.

Contentos con sus vanos oropeles,
atraillando al cuerpo el pensamiento,
de un heredero nombre hacen laureles,
gloria y valor del alto nacimiento.

Cielo es para ellos el azul que miran,
es la tierra un inmenso anfiteatro,
y ellos que en esa atmósfera respiran,
los actores tal vez de ese teatro.

Y en tanto que en sus necias pantomimas
se gozan y en estúpidos placeres,
canta el poeta en gigantescas rimas
el ser tremendo que abortó los seres.

Pinta el pintor el cielo y los colores,
arrebata la luz al mediodía,
y el músico a los vientos bramadores
a las aves y fuentes la armonía.

Hijo de rey, conquista su corona,
hijo de Dios, como su Dios concibe,
que con sus obras su nobleza abona,
y no infama su estirpe mientras vive.

Noble es el grande y grande es el valiente,
quien por ser como Dios, como Dios crea;
ese es el noble que alzará la frente
trepando al sol hasta que sol se crea.

Ese a la tumba bajará ignorado,
ese en la tierra vivirá mendigo,
a ese nada los hombres le hemos dado,
su padre, que fué Dios, será su amigo.

Y cuando él, que le dió el ánima noble,
las ánimas demande enfurecido,
dirále el ángel con orgullo doble:
hombre le hicistes, ángel le he traído.

Es grande quien nace esclavo
y baja al sepulcro rey,
cambiando altivo en diadema
los hierros que atan sus pies.
Es grande el hombre de polvo
que meditando en su ser,
del sol envidia los rayos
por brillar tanto como él.
Quien en un cuerpo mequino
un alma gigante ve,
y hacer lo que Dios pretende
porque hijo de Dios se cree.
Quien, sintiéndose con alas,
se arroja el viento a romper
y va osado a las estrellas
a preguntarlas *quién es.*
Ese es el grande y el noble,

ese es el hombre por quien
 hizo un Dios en siete días
 del cielo un ancho dosel,
 de toda la tierra un trono,
 de una existencia un placer,
 del sol una eterna hoguera,
 y apenas el hombre fué,
 tendió el mar en la llanura
 por alfombra de sus pies.
 No es noble quien pasa el día
 encerrado en un harén
 entre eunucos y mujeres
 como impúdica mujer,
 guardando del sol la frente,
 y de la arena los pies,
 con un altar y un serrallo
 y el alma estéril sin fe.
 No es noble quien cuenta ufano
 en su alcázar cinco, diez,
 veinte nombres en hilera
 colgados en la pared,
 al pie de veinte retratos
 de veinte nobles como él.
 No son la virtud y el genio
 cetro y corona de rey,
 ni se heredan como escudos,
 que el oro compra también;
 los escudos enmohecen,
 los tronos pueden caer,
 pero la virtud y el genio
 se levantan de una vez,

eternos como su estirpe,
 que sólo Dios les da el ser

II

Nobles al cielo subiréis vosotros,
 con esa gloria que buscáis inquietos,
 y aquí en la tierra dejarán los otros
 sus armas, y detrás sus esqueletos.

Que empieza en el sepulcro vuestra gloria
 que hoy el mezquino mundo menoscaba,
 porque el placer del mundo y su memoria
 llega a la tumba y en la tumba acaba.

Ellos la suya comprarán con oro,
 porque su mármol su nobleza abona;
 la vuestra en vez de mundanal decoro
 sólo un nombre tendrá y una corona.

En ella colgarán vuestros laureles
 porque duerma tranquila la cabeza,
 y al pie pondrán el arpa y los pinceles
 que al mundo contarán vuestra nobleza.

Vuestra nobleza, mágicos pintores
 que de la creación rasgando el velo,
 formáis como Jehová luz y colores
 para vestir la lobreguez del suelo.

Él ocultó la voz de la armonía
 en el torrente y en la selva en vano,
 allí, músicos, fué vuestra osadía
 a sorprenderla con robusta mano.

Alzáronse al Señor templos y altares,
 y allí fueron poetas y pintores,
 vosotros le ensalzasteis con cantares
 porque os dieron su voz los ruseñores.

Los ángeles le cantan en el cielo,
 y le cantáis vosotros en la tierra,
 mientras de hinojos en el sacro suelo
 escucha humilde el hombre, ora y se aterra

Un solo libro nuestra Iglesia tiene
 que poetas cantaron y escribieron...

O al alma Dios de los poetas viene,
o ellos un Dios en su cantar mintieron.

No importa que hoy ignorados
crucéis el desierto mundo,
sin corona y sin blasones
que doren el nombre oscuro:
que ley es morir mañana
que a todos Dios nos impuso,
y después de vuestra muerte
cercarán vuestro sepulcro:
los que aborrecen en vida,
y al grande envidian difunto.
Perros que ladran cobardes
en torno un toro robusto
que yace rendido en tierra
acogotado entre muchos.
Los que aman oro en la tierra
y de sus honras el humo,
ladran a los pies del genio
sin que sus gritos agudos
al tocar en sus oídos
turben la paz de su orgullo.
Y si a envidiar van sus rayos
en derredor de su túmulo,
no temáis, no, para entonces,
porque sus ojos confusos
si osan mirar vuestra lumbre
han de cegar a su impulso.
Pues aunque a despecho brille
del alma imbécil de muchos,
ocultarla podrán todos,
pero apagarla ninguno.

EL AMOR Y EL AGUA

EL AMOR

—Pues en ti, fuente, se mira
porque su beldad retrates,

y los rayos de sus ojos
reverberan tus cristales;
deja, fuente, que los míos
agua en tus aguas derramen,
que las aguas con las aguas
se borran o se deshacen:
porque si sueltos dejara,
entrambos a dos raudales,
pusieran fuego a la tierra
según al verterlas arden.
Y al menos, como en tus ondas
no han de quedar sus señales,
el consuelo de no verlas
hará que menos amarguen.
Como a ella, pues, la duplicas
sus contornos celestiales,
haz reflejando mi duelo
que yo mismo me acompañe.
Engaña me con mi sombra
porque yo mismo me engañe
pensando que lloran dos,
uro en mí, y otro en mi imagen.
Porque tú no sabes, fuente,
cuánto endulzan los pesares
las lágrimas de otro triste
que lora duelos iguales.

Pero ya que no me guardas,
por traición o por desaire,
sobre tus aguas sus formas
porque yo aquí no las halle,
deja que llorando en ellas
que salga al jardín aguarde,
por verla pasar de lejos
aunque indiferente pase:
pues he de ser tan humilde
y tan respetuoso amante,
que porque no la dé enojos
el disgusto de encontrarme,
he de volverme de espaldas

mirando hacia tus cristales.
Pero prométeme, fuente,
que si por fortuna sale,
cuando yo mire tus ondas
tus ondas me la retraten.

Así a tu blando murmullo
enajenadas las aves,
a compás del agua trinen
en enamorados compases;
así juguetonas vengan
en tu corriente a bañarse,
robando al alba matices
que por tus espejos cambien.
Y tantas a verte acudan,
que cuando el sol se levante,
piense que en vez de rocío
las nubes lloraron aves.
Así te arrullen las hojas
que tapizan esos árboles,
porque no sientan las flores
que si te adormeces, calles.
Así en ti las flores viertan
el bálsamo de sus cálices
brotando de hoy a porfía
en tus bordes a millares;
y así cayendo tus aguas
desde la taza de jaspes,
a gotas las tornasole
el rojo sol de la tarde;
y partiéndolas en hebras
cuando como espejos salen,
las rice, columpie y trece
suelto y revoltoso en el aire.

EL AGUA

—Bien pensé, amor, que eras loco,
mas no que tan loco fueses
que buscaras en mis ondas
tus hermosuras rebeldes.

Si las hermosas se miran
en el cristal de las fuentes,
es porque el perfil se borra
cuando el lindo rostro vuelven.
Que si en el cristal quedaran
sus imágenes perennes,
por celos de aquella copia
no se asomaran a verse.
Vano consuelo es que quieras
ver la tuya en mi corriente,
para que viendo tu sombra
con tu sombra te consuene.
Porque si tal es el fuego
que tus turbios ojos vierten,
tal hará que hierva el agua
que tu sombra no refleje.

Mas si al jardín, como dices,
por tu ventura saliere,
que le has de volver la espalda
si te lo persuades, mientes.
Que o por postrarte a sus plantas
o porque mejor te viere,
iráste loco tras ella
aunque de verte le pese:
y si te pinto su imagen,
en mis aguas transparentes,
acaso en tu desvarío
tanto por ella te ciegues,
que para abrazarla osado
por mis ondas atropelles,
confundiendo ambos retratos
con barro, algas y peces.

No extrañes que tal te diga,
amor, si oírme te ofendé,
que según lo que deliras
no es extraño que tal piense.
Y has de saber, pues en premio
de mi compasión me ofreces
que sol, aves, hojas, flores,

amorasas me requiebren,
 que aunque tú no lo mandarás
 en esto ellas te obedecen;
 pues si las aves me trinan
 es porque mis aguas beben:
 si los árboles me arrullan
 es porque yo les remede;
 si las flores me embalsaman,
 porque mis aguas las rieguen;
 y si el sol me tornasola
 es porque yo le refleje,
 y el aire es tan galán mío
 que imposible me parece
 que ondular puedan mis hebras
 sin que blando me las bese,
 y revoltoso jugando
 las ríe, columpie y trence.»

A LA MUERTE DE...

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego
 sin oír las palabras de un amigo?

Si al menos ¡ay! los días que me restan
 bajo la húmeda losa
 pasara yo contigo!

Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo
 cuando la lluvia fría penetrara
 la piedra que te oculta de mis ojos,
 y el cierzo de la noche
 tus sienes no tocara.

Y mis manos la yerba arrancarían
 que creciera en la tumba abandonada,
 y alejaría el fétido gusano

que se arrastrara hambriento,
 con su sorda pisada.

Mas tú ¡alma mía! por tus rubias trenzas
 bullir le sentirás y por tu frente

sin poder rechazarle, mientras el hombre
 contemplará tu tumba
 con ojo indiferente.

Si al fin quedaran las almas
 velando el difunto cuerpo
 en pláticas amorosas
 con las almas de otros muertos;
 si al fin así descansarás
 bajo el pabellón del cielo,
 sin que el tumulto del mundo
 turbara nunca tu sueño;
 si el amor que se hubo en vida
 muriera en el cementerio
 y no hubiera en otro mundo
 memoria del mundo nuestro...!

Mas ¡ay! que vendrán los hombres
 falsas plegarias mintiendo
 todos los años un día
 a visitar vuestro lecho.
 Vendrán con su oro peses,
 sus farsas y devaneos,
 la vanidad en el alma,
 la vida en el pensamiento!
 No a mullir vuestras almohadas,
 no a daros santos consuelos
 derramando en vuestras tumbas
 las flores de los recuerdos,
 no a reconocer su nada
 en los despojos del tiempo,
 no a ver lo que sois vosotros
 para ver lo que son ellos:
 que aunque un espejo es la tumba,
 cubrir su cristal supieron
 con velos de mármol y oro,
 cuyo cortinaje espeso,
 robando al cristal las luces
 impide que a sus reflejos

el vidrio fatal les pinte
 el polvo donde nacieron.
 No: que vendrán a decirnos
 que han mentido en otro tiempo
 cuando al daros un sepulcro
 «*Dormid en paz*», os dijeron.

—
 Mas habrá un cielo, por dicha,
 detrás de ese cielo azul,
 donde irán, paloma mía,
 los que mueren como tú;
 allí viviréis tranquilos
 en alcázares de luz,
 con los ángeles que velen
 por vuestra santa quietud
 en pabellones de estrellas
 alfombrados de tisú,
 libres de ingratos recuerdos
 de la desdicha común;
 porque al abrirse las puertas
 del misterioso ataúd
 hallan paz, vida y contento
 los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena
 halague tu casta sien,
 del bello jardín de Edén
 ¡oh purísima azucena!
 Duerme pacífica, sí,
 en un lecho de alhelí
 que te formen para ti
 los ángeles del Señor,
 y en un porvenir risueño
 duerme, duerme, dulce dueño,
 y que te vele tu sueño
 un espíritu de amor.

Y dé placer a tu oído,
 susurrando mansamente,

de alguna encubierta fuente
 el misterioso ruido.
 Y en tus ensueños de paz
 te preste grato solaz
 con su armonía fugaz
 algún lejano laúd;
 y por tu mente resbale
 aérea ilusión que iguale
 de blanca luna que sale
 a la transparente luz.

Mientras en brazos del destino
 en las tinieblas que estoy,
 a ciegas buscando voy
 de tu morada camino.
 Y pasan las horas mías
 como turbias ondas frías,
 que sus revoltosos días
 sañudo invierno formó:
 como barquilla que mece
 ruda tormenta que crece,
 cual se agosta y desaparece
 flor que en la nieve brotó.

LA ORGÍA

La sombra nos cobija
 con su tapiz de duelo:
 cansado ya del cielo
 el sol se hundió en la mar.
 El mundo duerme imbécil,
 vacilan las estrellas;
 en torno a las botellas
 venid a delirar.

Venid, niñas sedientas
 de libertad y amores,
 que fiestas y licóres
 dan libertad y amor.

Húmedos de esperanza
traed los ojos bellos,
sin trenzas los cabellos,
la frente sin rubor.

La vida es una farsa
hipócrita y demente,
y el mundo indiferente
se cansa del placer;
el mundo se ha dormido;
romped vuestros papeles,
dejad los oropeles
que vano os prestó ayer.

Dejad de esa comedia
el torpe fingimiento,
ahogad el preso aliento
con larga libación.
La sombra, si ese cielo
su luz tiende importuna,
envolverá la luna
en tocas de crespón.

¡Oh! lejos de los ojos
de la curiosa plebe,
la copa en que se bebe
nos abre un ancho Edén;
el fondo cristalino
las luces multiplica,
y de vapores rica
perfuma nuestra sien.

Los labios desfrenados,
la lengua desatada,
en larga carcajada
prorumpen sin cesar.
La lumbre de los ojos
inquieta y licenciosa,
los ojos de una hermosa
se afana en reflejar.

Venid a los festines
avaras de placeres,
que el cielo en las mujeres

atesoró el placer.
Venid, niñas, sin cuifas
desnudo el albo seno,
porque quiero el veneno
de vuestro amor beber.

Cuando la inquieta mente
con el vapor vacile
y revoltosa apile
fantasmas de vapor,
veréis cómo insensata
el ánima delira,
y voluptuosa aspira
el ámbar del amor.

Entonces en la sombra
las pardas muselinas
visiones peregrinas
flotando mostrarán,
y en cada marco de oro
cerradas las pinturas,
diabólicas figuras
al vidrio asomarán.

Entonces cada lámpara
parodiará una hoguera
que miente y reverbera
las lámparas del sol;
y en el balcón la luna
parecerá una estrella
donde arde una centella
del fúlgido farol.

Cada sonoro brindis
de la animada fiesta
nos fingirá una orquesta
de mágica ilusión:
un eco misterioso
sin canto, ni instrumento,
que irá con el aliento
a dar al corazón.

De cada ardiente beso
el lúbrico estallido

rasgará el sostenido
murmullo bacanal;
como reloj deshecho
que sin marcar las horas,
sacude las sonoras
campanas de metal.

El mundo duerme, niñas,
bebamos y cantemos,
que más no sacaremos
del mundo engañoso;
húmedos de esperanza
traed los ojos bellos,
sin trenzas los cabellos,
la frente sin rubor.

Venid, y mal prendidos
los velos y los chales,
prodiguen liberales
la luz de vuestra tez:
los ondulantes rizos
flotando por la espalda,
la mal ceñida falda
mintiendo desnudez.

Y las de negros ojos
que ostenten su mirada
altiva, enamorada,
con infernal pasión,
y las rubias ostenten
sin máscaras de tules,
las pupilas azules,
y rojo el corazón.

La noche se desliza,
su llama el sol enciende,
el día nos sorprende,
va el mundo a despertar.
¡Cantemos y bebamos,
que cuando venga el día
el sueño de la orgía
le volverá a apagar!

EL CANTO DE LOS PIRATAS

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO

Alerte! alerte! voici les pirates
d'Ochall qui traversent le détroit.

Le Capitif d'Ochall.

Con cien cautivos llevamos
fletada nuestra galera,
que en una y otra ribera
para el harén reclutamos.
¡Al mar! ¡al mar! marineros;
en Fez entramos mañana.
Somos ochenta remeros
sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos
al agua el ancla tenaz,
linda muchacha apresamos
dormida en traidora paz:
mil fantasmas hechiceros
soñaba a la mar cercana.
Somos ochenta remeros
sobre nuestra capitana.

—Forzoso es, niña, callar—.
Ea, ganemos el viento;
esto no es más que cambiar
por un harén un convento.
Os haremos mahometana
y el Sultán ha de quereros.
Somos ochenta remeros
sobre nuestra capitana.

Huir desesperada quiso.
¡Y osáis, hijos de Satán...!
Lloró, suplicó.—Es preciso,
la contestó el capitán—.
Sus clamores lastimeros,
su resistencia fué vana.

Somos ochenta remeros
sobre nuestra capitana.

En su dolor parecían
sus ojos un talismán,
mil cequies bien valían;
la hemos vendido al sultán.
Lo debe a mis compañeros,
ayer monja y hoy sultana.
Somos ochenta remeros
sobre nuestra capitana.

ORIENTAL

De la luna a los reflejos
a lo lejos
árabe torre se ve,
y el agua del Darro pura
bate oscura
del muro el lóbrego pie.

Susurra el olmo sombrío
sobre el río
dando al oído solaz,
y en los juncos y espadañas
y en las cañas
susurra el aura fugaz.

Se abre en la arena amarilla
de la orilla
vertiendo aroma la flor,
y las plumas de colores
en las flores
estremece el ruiseñor.

Vierte en gotas cristalinas
peregrinas
el rocío su cristal,
y en cada perla de plata
se retrata
el alcázar oriental.

Descorridas las sombrías
celosías
del calado torreón,
está en la árabe ventana
la sultana,
murmurando una canción.

Y en la atmósfera serena
libre suena
la melancólica voz,
y abajo en la yerba verde
al fin la pierde
con la ráfaga veloz.

Y al compás de su garganta
raudo canta
contestando el colorín,
saltando entre los galanes
tulipanes
del espléndido jardín.

Y al rumor del dulce trino
peregrino
de arpa, bella, y ruiseñor,
oído prestan atento
agua, viento,
olmo, alcázar, campo y flor.

Así la mora decía,
y respondía,
en la rama el colorín,
y esto el moro la escuchaba
que velaba
receloso en el jardín.

«Danme el ánima de un moro,
perlas y oro,
y coronas en la sien;
dime, flor, a mi ventura
y hermosura
lo que falta en el harén!
«Danme chales los califas
y alcatifas,
y guirnaldas en la sien;

«dime, huerto, a mi ventura

»y hermosura

«lo que falta en el harén!

«Danme baños y festines

»y jardines

«que me mienten el Edén;

«dime, río, a mi ventura

»y hermosura

«lo que falta en el harén!

«Transparentes como espumas

»danme plumas,

»y atan velos a mi sien;

«ruiseñor, di a mi ventura

»y hermosura

«lo que falta en el harén!

«Nada al fin que les dé enojos

»ven mis ojos,

«nada que arrugue mi sien;

«dime, luna, a mi ventura

»y hermosura

«lo que falta en el harén!»

Llegaba aquí, y una sombra

en la alfombra

la lámpara dibujó:

a su lado en la ventana

la sultana

con el sultán se topó.

«Tienes torres, dijo el moro,

»perlás y oro

»y guirnaldas en la sien;

«dime, hermosa, a tu ventura

»y hermosura

«lo que falta en el harén.

«¿Qué hay en el huerto sombrío

»y en el río,

»y en el ave y en la flor,

»que al rayar el claro día,

»vida mía!

«no te traiga tu señor?

«Di, ¿qué falta a tu belleza,

»a tu riqueza

»o a tu loca voluntad?»

—«Señor, esos ruiseñores

»en las flores

»tienen *aire y libertad.*»

LA PLEGARIA (1)

Helos al pie de la cruz
en oración reverente;
la virtud brilla en su frente
como la primera luz
del sol que alumbraba en oriente.

Niños tal vez desvalidos
que pasan desconocidos,
con la inocencia en el alma,
como en desiertos perdidos
con sus racimos la palma.

Ángeles acaso son
que el mundo sin conocer,
llevan en el corazón
una sublime oración
y las virtudes de ayer.

Sus ojos ven solamente
a través del blanco velo
que cerca el alma inocente,
vida en la tierra inclemente,
luz y armonía en el cielo.

Ven en el alba colores
y en el llano yerba y flores;
sombra, del valle en la hondura,
y en el aire ruiseñores,
y peñascos en la altura.

Para ellos música el viento
es, si las alas despliega,

(1) Publicada en el *No me olvides*, acompañada de una estampa del señor Ortega, para cuyo objeto se escribió.

si en las secas hojas juega,
o entre las flores se pliega,
con lascivo movimiento.

Y son las flotantes ramas
del sol a las rojas llamas,
del prado, verdes espumas,
de aérea serpiente, escamas,
de águila terrestre, plumas.

Y son los hombres hermanos,
y oran por ellos contentos,
hasta que los hombres vanos
pongan, leones hambrientos,
en su inocencia las manos.

Sabe ella que es virgen bella,
y él un ángel hechicero,
porque no dudan él ni ella
que *ella* es de virtud estrella,
y *él* de inocencia lucero.

Mas ¡ay! que del pedestal
a la sombra cobijado,
acaso un ojo carnal
está en la virgen posado
con una idea brutal.

Y sobre la tez de rosa,
la lágrima de dolor
que ella derrama piadosa,
el hombre la cree de amor,
y llama al ángel ¡hermosa!

Que tal vez pintarse intenta
aquella avara pupila,
de torpes formas sedienta,
mil perfecciones que aumenta
en esa virgen tranquila.

Así incompletas y vanas
las cosas del mundo son;
que a turbar vienen livianas
esa angélica oración
con imágenes mundanas!

¿Por qué, pintor, ideaste

una plegaria tan bella,
si la cruz que levantaste
luego, pintor, la ultrajaste
pintando al hombre tras ella?

¡No digas quién la creó!
¡Que en ambos culpa no arguya!
Tú fuiste quien la pintó,
mas la malicia no es tuya,
que quien la escribe soy yo,

LA JUVENTUD

Tengo ojos y no ven,
tengo oídos y no escuchan,
tengo manos y no tocan,
tengo labios y no gustan;
y en fin, sin entendimiento,
ni albedrío que me acuda,
tengo aliento que no alienta
y corazón que no pulsa.

CALDERÓN. *La vida es sueño.*

Quando a las puertas del nacer llamamos
senda de flores a los pies tenemos;
doquier que el rostro en derredor volvamos
padres y amigos cariñosos vemos;
doquier los brazos débiles tendamos
un ósculo inocente merecemos,
y así contentos a vivir salimos,
sólo porque ignoramos que vivimos.

Quando el mundo se ve desde la cuna,
flores se hallan en él, pero no espinas;
se ven en él sus mares y su luna,
sus prados y cascadas cristalinas,
sin noche el sol, sin rueda la fortuna,
poblado de fantasmas peregrinas,
tocado, en fin, con el flotante velo
del estrellado pabellón del cielo.

La paz de la niñez nos va llevando
por senda usada, fácil y tranquila,
donde rebelde nuestra edad brotando
en lechos de oro víctimas apila;

donde asombrada se dilata entrando de luz avara la infantil pupila,
do a manos llenas el placer derrama
io que *vida de amor* el hombre llama.

Cercada de fantasmas halagüeños
allí la ardiente juventud habita,
que dando lindas formas a sus sueños
el imperio del mundo solicita:
como para acabar tantos empeños
todo lo hermoso y fuerte necesita,
presenta a nuestra mente deslumbrada
todo el vano esplendor de su morada.

En tazas de cristales quebradizos
nos muestra seductora en sus plánteles
las flores sin olor de sus hechizos,
el temprano verdor de sus laureles:
y en campos de placer resbaladizos
sus palacios nos muestra de oropeles,
donde yacen en blandos almohadones,
impúdicas rameras, las pasiones.

Allí están los fantásticos espejos
que mienten la ilusión de los amores
pintando voluptuosos a lo lejos
sombras de amor entre pintadas flores;
y de engañoso sol a los reflejos,
dando al turbio cristal ricos colores,
nos muestra el mundo fuente de placeres
y manantial del mundo las mujeres.

El ánima inocente todavía,
virtud creyendo el cenagal del vicio,
se lanza en pos de tan brillante día
de la vida en el hondo precipicio,
y a par que corre por la errada vía,
comprende de la edad el artificio,
que aquel jardín de flores peregrinas
era el velo no más de las espinas.

¡Juventud! ¡fácil balanzal!
¡Qué presto arrastras vencida

el peso de la esperanza
con el pesar de la vida!
¡Qué presto se desvanecen
los fantasmas halagüeños
que nuestra infancia adormecen
con mentirosos ensueños!
¡Qué rápida te deslizas
entre las horas que hechizas
dejándonos tus cenizas
donde vamos oro a ver!
¡Juventud! ¡edad de flores!
¡Sombras son ¡ay! tus colores,
artificio tus primores,
amarguras tu placer!

Ojos nos das y no vemos,
pensamiento y no pensamos,
que es falso cuanto creemos
y falso cuanto ideamos.
Es mentida tu hermosura,
es tu fortuna liviana,
tus esperanzas locura,
tu paz y tu gloria vana.
Espejo de cien cristales,
que mientes lo que no vales,
cuyas luces desiguales
multiplican la ilusión,
tú doras tus arreboles
con lumbre de mil faroles
y llamas osada soles
a lo que pavesas son.

Sofnando a vivir venimos,
pero en tu región vacía
cuantos más días vivimos
soñamos más cada día.
Te sueña la pasión loca
y ambiciona tus laureles;
cuando la razón te toca
maldice tus oropeles.
La pasión juzga en su anhelo

que ese cristal es un cielo;
la razón le rasga el velo
hasta ver tu vanidad,
y en vez de tus clavellinas
y tus rosas purpurinas,
nos muestra al fin tus espinas,
el farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,
cuanto bien el hombre alcanza;
espinas de la memoria,
carcomas de la esperanza.

Espinas son amistades,
espinas ¡ay! son favores...
Que espinas son las verdades,
y son espinas sin flores.

Si espinas son solamente
amistad, gloria y favor,
¿dónde está, suerte inclemente,
de tanta espina la flor?

Si espinas tan sólo dan
lisonjas de juventud,
acaso espinas serán
la nobleza y la virtud.

Y espinas estudio y ciencia,
pues dejan sus vanidades
demencia nuestra demencia
y verdades las verdades.

La fe del ánima espinas,
y espina el amor del hombre:
mentiras son más divinas
con más hechicero nombre.

Y si espinas solamente
son virtud, ciencia y amor,
¿dónde está, suerte inclemente,
de tanta espina la flor?

Edad de sombras pueriles
que la verdad desvanece,

¿ni olvidada en tus pensiles,
una flor tan sólo crece!
Pues espinas son tus flores,
y espinas son tus placeres,
entre tan falsos colores,
una mientes y otra eres.
Si espinas de desconuelos
son horas tan peregrinas,
¿dónde guardaron los cielos
flores de tantas espinas?

LA AMAPOLA

Flor solitaria y silvestre
que a la luz sacas del sol
cuatro pendones de púrpura,
que guarda toscó botón;
pues en el campo te quedas
y yo del campo me voy,
tú con tus hojas de fuego
y con mis lágrimas yo;
dile al alma de mi alma
que voy muriendo de amor:
que entre tus hojas la dejo
un ósculo y un adiós.
Porque tú que habitas triste
en las soledades, flor,
los espinos por abrigo,
el césped en derredor,
por armonías del aire
la ruda y salvaje voz,
sin tallo que te sostenga
cuando a la lumbre del sol
brotando en agua las nubes
se revientan en turbión;
tú, flor, que ostentas tan sola
tan encendido color
que me pareces tostada
al calor de un corazón,

bien puedes ser mensajera
de un enamorado adiós:
que tan sola, pobre y débil,
tan sin follaje ni olor,
de pasar en amargura
tu existencia de aflicción
más razón no se me alcanza
que tu solitario amor.

Porque expuesta al rudo viento
y a la intemperie olvidada,
recuerda tu nacimiento
la soledad y el tormento
del ánima enamorada.

Porque insensible a otra idea
que al delirio de tu amor,
el zarzal que te rodea
y el vendaval que te orea
dan encanto a tu dolor.

Ni sientes del cierzo el ala
que te sacude y arruga,
ni cómo el tronco te escala
hollando la torpe oruga
tu tosca y silvestre gala.

Ni cómo el áspero espino
te rasga el manto de grana
cuando sacude sin tino
sobre tu pompa liviana
su ropaje campesino.

Y pues sé, triste Amapola,
que ese encendido color
que el rojo sol tornasola
no es más que un barniz de amor
y por amor vives sola;
pues yo parto por amores
¡oh flor! muy lejos de aquí,
y en ti no he encontrado olores
como encontré en otras flores
que por los jardines vi;

en tu cáliz deo preso
un ósculo y un adiós;
si te agobia tanto peso,
guárdale a mi amor el beso,
que para ella son los dos.

LA NOCHE Y LA INSPIRACIÓN

A MI AMIGO EL ARTISTA
DON JULIÁN ROMEA

I

La noche sobre el mundo desplomada
tendió en él de su sombra el ancho velo,
porque su sueño no turbase osada
la lumbré de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara
con tan espesa red sombra importuna,
antes que con pavor se desvelara
trepó al zenit la trasparente luna.

A la amarilla luz con que ilumina
cobíjase la sombra en los rincones;
y reflejan su llama peregrina
ríos, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño
de la virgen sonríe el labio amante,
la tierra desplegó su adusto ceño
al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,
duerme el pastor cansado en su cabaña,
éste tranquilo, el otro receloso
soñando avaro la fortuna extraña.

Duerme al pie de sus armas el soldado,
duerme el mendigo tras de larga vela,

mientras por éste vela su cuidado,
y por aquél el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,
duerme la fiera en su morada impura,
aquella por las ráfagas mecida,
ésta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,
guardan las nubes la tormenta inerme.
Todo entre sombras a la par reposa,
el viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría
al grato son del arpa melodiosa
ensayabas cantares algún día
bajo el balcón de tu adorada hermosa,

déjame que hoy en soledad delire,
y a delirar contigo me aventure,
que en tus brazos una hora en paz respire
y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores,
en insensatos himnos juveniles,
y el arpa tosca coroné de flores
al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,
y con la vida en mi ilusión luchando,
orlé el mundo de falsos olopeles
allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté: mis fábulas soñadas,
mis delirios de amor perdí en el viento,
y el viento como ramas desgajadas
las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera
más que la voz un poco enronquecida,

y el velo de la negra cabellera
sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,
y el afán de cantar mientras aliento,
mientras gravite en la vital balanza
la vanidad del corazón demente.

Quédame aún altivo y vigoroso
de noble inspiración el fuego santo;
quédasme tú, poeta generoso,
para escuchar mi desmayado canto.

Tú, que vas a las tumbas de los hombres
a buscar un disfraz y una careta
para escudar con los difuntos nombres
tus amargas creencias de poeta.

Tú, que al abrigo de ignoradas leyes
con la antifaz de un muerto, en gesto bravo
parodias los esclavos y los reyes
riéndote del rey y del esclavo.

Tú, que en la farsa del ocioso mundo
preparando otra farsa al mundo mismo,
le das a devorar su cieno inmundo
en formas de virtud y de heroísmo.

Quédasme tú y la noche silenciosa
con su turbio fanal, tocas azules;
la soledad del bosque religiosa
con su manto de pinos y abedules.

Quédame el templo con su acorde coro,
sus capillas, sus lámparas y altares,
su santa cruz, sus incensarios de oro
y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa
que en su tablado inmenso se coloca;

todo el teatro, en fin, sin la comparsa
que bulle en él desordenada y loca.

No más la cantaré sus devaneos;
ya se acabó mi cántico mundano,
que me cansan sus falsos galanteos
y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta,
expiró mi cantar, rompí mi lira;
sólo mi lengua mis caprichos canta,
sólo esa farsa compasión me inspira.

Puesto que un mundo me fingí tan bello
cuanto le encontré descompuesto y loco,
hoy por la turba impávido atropello
porque le creo a mis delirios poco.

Y hoy a la lumbre de la blanca luna
escúchame la inspiración sublime,
que me bulle en el ánima importuna
y el perezoso corazón me oprime.

Porque ese cielo azul, y esa ancha sombra
que mitiga la luz que el sol enciende,
con que la noche su palacio alfombra,
y esa brisa fugaz que el aura hiende,

y ese mudo y silencio pavoroso
que regala el cansancio del oído,
y en pabellón convierte de reposo
el mundo que a sus pies yace dormido,

son una inspiración dulce, tranquila,
vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,
en que el dudoso corazón vacila...
la que habló Calderón y agitó a Talma.

Esa no la conocen los profanos
ni revelarla osó ningún profeta:

¡Oh!, ven; que mientras duermen los mun-
[danos,
yo siento en mí la inspiración inquieta.

Óyela tú, que brota solitaria
para ti, en tu pacífico retiro,
como amorosa y lánguida plegaria,
como amistoso y postrimer suspiro

II

Pende del cenit la luna,
reverberan las estrellas,
la vida se vierte de ellas,
porque pensar es vivir.
Vacila inquieta la mente,
el pensamiento medita,
ociosa el alma se agita
y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña
cristalina y mansa fuente,
crea imágenes la mente
que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
una idea el pensamiento,
y sin gozo y sin tormento
la sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,
turbulenta, revoltosa,
un fantasma de una cosa
que no hemos visto jamás:
una fosfórica llama
que nos sigue y la seguimos,
adelante si la huimos,
si la buscamos, detrás.

Idea que brota informe
en la languidez del alma,

que nace y muere en la calma,
 del placer o del pesar;
 una idea que no estorba
 para ver lo que se mira,
 que nada en el alma inspira
 y en nada deja pensar:

No es mujer, demonio, ni ángel,
 no es esperanza ni gloria,
 pero existe en la memoria
 sin fuerza y sin voluntad:
 si el alma padece es triste,
 y si goza es lisonjera,
 y si el alma desespera
 la idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,
 se revuelve y se acrecienta
 de la noche amarillenta
 al silencioso rumor;
 y el susurro de una brisa,
 el murmullo de una fuente,
 la mantienen en la mente
 sin hacérsola mejor.

Entonces es cuando el hombre
 piensa sin saber qué piensa,
 y aborta una idea inmensa
 sin concebirla tal vez;
 entonces es cuando mira
 en la tierra un hondo foso,
 y un pabellón de reposo
 del cielo en la brillantéz.

La soledad y el silencio
 exhalan vaga armonía
 que el oído no oíría,
 y atenta el alma escuchó.
 Una música con formas

que al resbalar en la mente,
 nos deja lánguidamente
 la idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos
 en blando sueño deliran,
 y en torno al ánima giran
 ilusiones mil a mil.
 El oído oye murmullo,
 el olfato aspira olores,
 los ojos crean colores
 en delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes
 con ruinas, templos y fiestas,
 y oímos coros y orquestas
 y suspirar y reír;
 sentimos ríos que corren,
 vistosas aves que vuelan,
 manantiales que rielan
 por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura
 sotos y villas lejanas,
 y oímos de sus campanas
 el apagado doblar;
 vemos formas misteriosas
 que sonrien pasajeras,
 y lumbre de mil hogueras
 que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,
 insectos, monstruos y flores
 que nos dan ricos colores,
 y movimiento que ver;
 vemos un mundo cerrado
 en transparentes encajes,
 entre flotantes celajes
 cercano a desaparecer.

Tú. Y oímos dentro del pecho
 el uniforme latido
 del corazón abatido
 que dentro velando está,
 como un reloj cuya péndola,
 sorda, monótona y lenta,
 los pasos del tiempo cuenta,
 que a hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre,
 ni dormimos ni velamos:
 vemos lo que no miramos,
 sentimos lo que no es.
 Y a un movimiento, a un suspiro
 que olvidados exhalemos,
 todos nuestros sueños vemos
 pavesas a nuestros pies.

No es dormir y se despierta,
 no es muerte y se vuelve a vida,
 y allá en la mente escondida
 se levanta una creación.
 Entonces el pintor pinta,
 el músico escucha y toca,
 y el poeta halla en su boca
 palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado
 de fuego su pensamiento,
 de fuego el osado aliento,
 de fuego el habla mortal;
 hay un volcán en su lengua,
 y un volcán en su mirada,
 y cruza el mar de la nada
 con su mirada inmortal.

Entonces Byron escribe,
 entonces pinta Murillo,
 y el sol vierte escaso brillo

su aborto para alumbrar;
 entonces Hoffmann delira,
 y en torno de su ponchera
 como en torno de una hoguera
 ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderón llama,
 y a su vigoroso acento
 cielo, infierno, en un momento
 parecen delante de él.
 Y paseando allí sus ojos
 seres buscando inmortales,
 sus *Autos sacramentales*
 arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,
 este alcázar de ceniza
 que el alma diviniza
 por ser cárcel de los dos,
 mientras ella libre, ufana,
 hija de celeste prole,
 de su estirpe soberana
 demanda cuenta a su Dios.

El mundo ansiosa registra
 sin respetos ni barreras,
 en pos de lindas quimeras
 con que hacer mundo mejor;
 y ni templos, ni palacios,
 ni presentes, ni futuros,
 en la nada están seguros
 de su ímpetu creador.

A su voz dejan los muertos
 sus encierros funerarios,
 envolviendo en los sudarios
 lo que queda de su ser;
 santos, criminales, niños,
 esclavos, soldados, reyes,

sus caprichos como leyes
se aprestan a obedecer.

Entonces la tierra es fango
ante su origen divino,
el universo mezuquino
a su noble inmensidad:
Dios es el fin de su raza,
es la atmósfera su aliento,
su alcázar el firmamento,
su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos
el fuego febril del alma,
Lope, Schiller, Máiquez, Talma,
atan el mundo a sus pies.
Y entonces, ¡oh actor poeta!,
en tu espíritu altanero,
ni el poeta está primero
ni el actor está después.

Es el teatro tu imperio,
es el pueblo esclavo tuyo,
tus derechos el misterio
de tu osada inspiración;
y nosotros, los profanos,
asombrados te rendimos
sonoro aplauso en las manos,
respeto en el corazón.

Y en la altivez de tu orgullo
llegan a ti nuestras voces
como el escaso murmullo
que alza un insecto al volar;
y a tu vista somos sólo
nosotros, un pueblo entero,
un revoltoso hormiguero
que va tu planta a cegar.

Entonces magnates, reyes,
caudillos, conquistadores,

privados, emperadores,
son allí menos que tú;
y ante tus falsos disfraces
es tierra, harapos y talco
cuanto ostenta altivo palco
de oro, perlas y tisú.

UN RECUERDO DEL ARLANZA

Río Arlanza, si las fuentes
que en Burgos te dan el ser
no cegaron sus corrientes,
y aun en ti van a verter
sus cristales transparentes;

si tus ondas revoltosas
entre arenas amarillas
se deslizan bulliciosas,
bañando las mismas rosas
sobre las mismas orillas;

en verdad que en una altura
hay un pardo torreón
que pinta en el agua pura
su descarnada figura
como extraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,
no te acuerdes de su nombre,
porque a ti no te se alcanza
con cuánto afán compra el hombre
el placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno
entre flores susurrando,
y pasas libre y sereno
del triste que queda ajeno
en la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,
no guardas en la memoria
los lugares que dejaste;
que no te importa la historia
de los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,
lo que pesa un pensamiento,
no sabes cómo en el mío
me atosiga y da tormento
ese peñasco sombrío.

Pero, ¿qué extraño que ignores
su nombre y el de su gente,
si sus escombros traidores
desplomó sobre la frente
de sus caídos señores?

Si al tender por ese llano
los perfiles de tus olas
hallas un cerro cercano
envuelto en tapiz liviano
de silvestres amapolas;

donde tu corriente clara
entre los juncos se pliega
y en un remanso se para
que de los restos se ampara
de Celada y de Pampliega;

allí, Arlanza, has de encontrar
una torre en una altura;
mírala, ¡oh río!, al pasar,
no te avergüence el andar
arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo
verás solo un torreón,
solitario y amarillo,

que ayer se llamó castillo
y hoy *el alto de Muñón*.

Ya son presa del olvido
sus blasones y baluartes;
mírale, Arlanza, atrevido;
sus gentes cuando han huído
perdieron sus estandartes.

Mira, ¡oh río!, en caridad
si de ese fantasma al pie
una afligida beldad
llorando tal vez se ve
su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda
las resbaladizas ondas
contempla llorosa y muda,
antes, río, la saludá
que por la vega te escondas.

Y no la dejes, ¡oh río!,
por respeto o por temor
de su doliente desvío:
el llanto que vierte es mío,
que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena
que sin lluvia bienhechora
se agosta en la seca arena!
¡ay de la niña que llora
sobre las aguas su penal!

¡Ay de la angustiada hermosa
por cuyos ojos deliro,
por cuyos labios de rosa,
por cuya risa amorosa
enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí
en la margen del Arlanza...!

¿Qué aguardas, hermosa, di,
sin consuelo ni esperanza,
tan acogojada aquí?

¿Por qué tus alegres horas
vertiendo lágrimas pierdes
sobre las ondas sonoras,
que cruzan murmuradoras
por esas campiñas verdes?

Esas aguas que hallan flores
en la ribera al pasar,
por más que sobre ellas llores
nunca tus cuitas de amores
sabrán, niña, consolar.

Ni por más que tu amargura
en son de queja las cuentas,
a la falda de esa altura
movidas de tu hermosura
han de parar sus corrientes.

Porque ajenas de tu afán,
por el valle resbalando
indiferentes irán;
y nunca más volverán
aunque tú quedes llorando.

Ni pienses que han de venir
a contarme el desconsuelo
en que te vieron gemir,
que a darnos no alcanza el suelo
más placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,
nos dió luz, vida y calor,
pobló el alma de ilusiones,
mas negó a los corazones
el consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,
tantas galas y primores,
son mentira y oropel,
que el mundo alfombra con flores
los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen
y corrompidas no aroman,
los ríos furiosos crecen,
y torrentes se desploman
sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fué
hoy vemos informe ruina,
por más que el grosero pie
mirando su sombra esté
sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento
que levanta en el espacio
su esqueleto ceniciento,
demándale, niña, al viento
si fué cárcel o palacio.

Demándale al claro río
que baña el valle que habitas,
qué hizo ayer el tiempo impío
del feudo y del poderío
de esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron
los nobles de esa Castilla,
los castillos que vivieron,
los planteles que tuvieron
en su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio
encubre esa cruz que riega,
cual árbol de un cementerio,

donde tuvo un monasterio
para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas
de su bizantino muro,
oyó las amargas quejas
del rey que en su templo oscuro
lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir
al monarca en su abandono
que un puñal le hizo subir
los escalones del trono,
y un vaso se le hizo huir.

Para escoger le llamaron
entre morir o reinar;
los que ayer le coronaron
su venia no demandaron
el tósigo a preparar.

¡Triste Wamba!, por mancilla
la púrpura te vistieron
esos grandes de Castilla,
que tu sepulcro tendieron
a las puertas de esa villa.

¡Río Arlanza!, ¡río Arlanza!,
que el florido campo pules
derramándote en holganza,
tan frágil es mi esperanza
como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, río manso,
resbalando indiferente
hallar como tú descanso
cuando apilas tu corriente
en escondido remanso!

Pues pasas murmurador
bordando el campo de flores,

arrulla, ¡Arlanzal, el dolor
de esa niña sin amores
que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido
quien encontró a mis cantares
el placer que no he sentido,
que en ello gozo he fingido
por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento
al compás del arpa loca
alegre y báquico acento,
es que cierro a mi tormento
los caminos de mi boca.

¡Río Arlanza!, ¡río Arlanza,
que el florido campo pules
derramándote en holganza,
dila que está mi esperanza
cabe tus ondas azules!

A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO ¹³

TRADICIÓN DE TOLEDO

I

Entre pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,

y unas en otras las sombras
 confundidas se dibujan.
 Las almenas de las torres
 un momento se columbran
 como lanzas de soldados
 apostados en la altura.
 Reverberan los cristales
 la trémula llama turbia,
 y un instante entre las rocas
 ríela la fuente oculta.

Los álamos de la vega
 parecen en la espesura
 de fantasmagorías
 medrosa y gigante turba;
 y alguna vez desprendida
 gotea pesada lluvia,
 que no despierta a quien duerme,
 ni a quien medita importuna.
 Yace Toledo en el sueño
 entre la sombra confusa,
 y el Tajo a sus pies pasando
 con pardas ondas la arrulla.

El monótono murmullo
 sonar perdido se escucha,
 cual si por las hondas calles
 hirviera del mar la espuma.
 ¡Qué dulce es dormir en calma
 cuando a lo lejos susurran
 los álamos que se mecen,
 las aguas que se derrumban!
 Se sueñan bellos fantasmas
 que el sueño del triste endulzan,
 y en tanto que sueña el triste,
 no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
 como la noche que enluta
 la esquina en que desemboca
 una callejuela oculta,

se ve de un hombre que aguarda
 la vigilante figura,
 y tan a la sombra vela
 que entre la sombra se ofusca.
 Frente por frente a sus ojos
 un balcón a poca altura
 deja escapar por los vidrios
 la luz que dentro le alumbraba;
 mas ni en el claro aposento,
 ni en la callejuela oscura,
 el silencio de la noche
 rumor sospechoso turba.
 Pasó así tan largo tiempo
 que pudiera haberse duda
 de si es hombre, o solamente
 mentida ilusión nocturna;
 pero es hombre, y bien se ve,
 porque con planta segura
 ganando el centro a la calle
 resuelto y audaz pregunta:

—¿Quién va?—y a corta distancia
 el compás igual se escucha
 de un caballo que sacude
 las sonoras herraduras.

—¿Quién va?—repite—, y cereana
 otra voz menos robusta
 responde: —Un hidalgo: ¡calle!,
 y el paso el bruto apresura.

—Téngase el hidalgo—el hombre
 replica, y la espada empuña.

—Ved más bien si me haréis calle
 (repusieron con mesura),
 que hasta hoy a nadie se tuvo
 Ibán de Vargas y Acuña.

—Pase el Acuña y perdone:
 dijo el mozo en faz de fuga,
 pues teniéndose el embozo
 sopla un silbato, y se oculta.
 Paró el jinete a una puerta,

y con precaución difusa
 salió una niña al balcón
 que llama interior alumbrada.
 —¡Mi padre!—clamó en voz baja—
 y el viejo en la cerradura
 metió la llave, pidiendo
 a sus gentes que le acudan.
 Un negro por ambas bridas
 tomó la cabalgadura,
 cerróse detrás la puerta
 y quedó la calle muda.
 En esto desde el balcón,
 como quien tal acostumbra,
 un mancebo por las rejas
 de la calle se asegura.
 Asió el brazo al que apostado
 hizo cara a Ibán de Acuña,
 y huyeron, en el embozo
 velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
 pasa la siguiente tarde,
 y el sol tocando su ocaso
 apaga su luz gigante:
 se ve la imperial Toledo
 dorada por los remates,
 como una ciudad de grana
 coronada de cristales.
 El Tajo por entre rocas
 sus anchos cimientos lame
 dibujando en las arenas
 las ondas con que las bate.
 Y la ciudad se retrata
 en las ondas desiguales,
 como en prendas de que el río
 tan afanoso la bañe.
 A lo lejos en la vega

tiende galán por sus márgenes
 de sus álamos y huertos
 el pintoresco ropaje,
 y porque su altiva gala
 más a los ojos halague,
 la salpica con escombros
 de castillos y de alcázares.
 Un recuerdo es cada piedra
 que toda una historia vale,
 cada colina un secreto
 de príncipes o galanes.
 Aquí se bañó la hermosa
 por quien dejó un rey culpable
 amor, fama, reino y vida,
 en manos de musulmanes.
 Allí recibió Galiana
 a su receloso amante,
 en esa cuesta que entonces
 era un plantel de azahares.
 Allí por aquella torre
 que hicieron puerta los árabes,
 subió el Cid sobre Babieca
 con su gente y su estandarte.
 Más lejos se ve al castillo
 de San Servando, o Cervantes,
 donde nada se hizo nunca
 y nada al presente se hace.
 A este lado está la almena
 por do sacó vigilante
 el conde don Peranzules
 al rey, que supo una tarde
 fingir tan tenaz modorra,
 que político y constante
 tuvo siempre el brazo quedo
 las palmas al horadarle.
 Allí está el circo romano,
 gran cifra de un pueblo grande,
 y aquí la antigua Basílica
 de bizantinos pilares,

que oyó en el primer Concilio
las palabras de los Padres,
que velaron por la Iglesia
perseguida o vacilante.

La sombra en este momento
tiende sus turbios cendales
por todas esas memorias
de las pasadas edades,
y del Cambrón y Visagra
los caminos desiguales
camino a los toledanos
hacia las murallas abren.

Los labradores se acercan
al fuego de sus hogares,
cargados con sus aperos,
cansados de sus afanes.

Los ricos y sedentarios
se tornan con paso grave,
calado el ancho sombrero,
abrochados los gabanes;
y los clérigos y monjes
y los preladados y abades,
sacudiendo el leve polvo
de capelos y sayales.

Quédase solo un mancebo
de impetuosos ademanes
que se pasea ocultando
entre la capa el semblante.

Los que pasan le contemplan
con decisión de evitarle,
y él contempla a los que pasan
como si a alguno aguardase.

Los tímidos aceleran
los pasos al divisarle,
cual temiendo, de seguro,
que les proponga un combate;
y los valientes le miran
cual si sintieran dejarle

sin que libres sus estoques
en riña sonora dancen!
Una mujer también sola
se viene el llano adelante,
la luz del rostro escondida
en tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
y en lo flexible del talle,
puede a través de los velos
una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
y él al encuentro la sale
diciendo... cuanto se dicen
en las citas los amantes.
Mas ella galanterías
dejando severa aparte,
así al mancebo interrumpe
con voz decisiva y grave:

«Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
que entró un hombre en mi aposento
durante su ausencia sabe;
y así quien mancha mi honra
con la suya me la lave;
o dadme mano de esposo,
o libre de vos dejadme.»

Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,
y echando a un lado el embozo,
repuso palabras tales:
«Dentro de un mes, Inés mía,
parto a la guerra de Flandes;
al año estaré de vuelta
y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
con honra mía se lave,
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen,

—Júralo—exclamó la niña.
 —Más que mi palabra vale
 no te valdrá un juramento:
 —Diego, la palabra es aire.
 —¡Vive Dios que estás teñaz!
 Dalo por jurado y baste.
 —No me basta, que olvidar
 puedes la palabra en Flandes.
 —¡Voto a Dios!, ¿que más pretendes?
 —Que a los pies de aquella imagen
 lo jures como cristiano
 del santo Cristo delante.

Vaciló un punto Martínez,
 mas porfiando que jurase,
 llevóle Inés hacia el templo
 que en medio la vega yace.
 Enclavado en un madero,
 en duro y postrero trance,
 ceñida la sien de espinas,
 descolorido el semblante,
 víase allí un Crucifijo
 teñido de negra sangre,
 a quien Toledo devota
 acude hoy en sus azares.
 Ante sus plantas divinas
 llegaron ambos amantes,
 y haciendo Inés que Martínez
 los sagrados pies tocase,
 preguntóle:

—Diego, ¿juras
 a tu vuelta desposarme?
 Contestó el mozo:
 —¡Sí juro!
 Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
 un mes y otro mes pasó,

Así Inés debe
 mas de Flandes no volvía;
 Diego, que a Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
 su vuelta aguardando en vano:
 oraba un mes y otro mes
 del Crucifijo a los pies
 do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
 después de traspuesto el sol,
 y a Dios llorando pedía
 la vuelta del español,
 y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
 sin dueña y sin escudero,
 en un manto una mujer
 el campo salía a ver
 al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume
 su existencia en esperar!
 ¡Ay del triste que presume
 que el duelo con que él se abruma
 al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
 precioso y funesto don,
 pues los amantes desvelos
 cambian la esperanza en celos
 que abrazan el corazón.

Si es cierto lo que se espera
 es un consuelo en verdad,
 pero siendo una quimera,
 en tan fragil realidad
 quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba,
y su llanto se secaba
para volver a brotar.

En vano a su confesor
pidió remedio o consejo
para aliviar su dolor,
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano a Ibán acudía
llorosa y desconsolada;
el padre no respondía,
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
a sus tierras a vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corría;
Diego a Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena;
doraba el sol de Occidente
del Tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la yerba blanda,
sobre las aguas tendido
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
entre su fresca espesura,
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores
tornasolada la escama,
saltaba a besar las flores,
que exhalan gratos olores
a las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
el torreón se dibuja,
como el conterno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos por el llano
en confuso remolino
vió de hombres tropel lejano,
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y llegando recelosa
a las puertas del Cambrón,
sintió latir zozobrosa,
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero,
dejó ver la escasa luz
por bajo el arco primero,
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera,
y sin pluma al diestro lado
el sombrero derribado
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido
y a una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete,
sobre potros jerezanos,
de lanceros hasta siete,
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse a su estribo Inés
gritando: —¡Diego, eres tú!
Y él, viéndola de través,
dijo: —¡Voto a Belcebú,
que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
tal respuesta al escuchar,
y a poco perdió el sentido

sin que más voz ni gemido
volviera en tierra a exhalar.

Frunciendo ambas a dos cejas,
encomendóla a su gente,
diciendo: —¡Malditas viejas!
que a las mozas malamente
enloquecen con consejas!

Y aplicando el capitán
a su potro las espuelas,
el rostro a Toledo dan,
y a trote cruzando van
las oscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo,
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.

A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas
allí capitán le hicieron.

Según alzaba en honores
alzábase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,

que el mismo rey a su vuelta
le armó en Madrid caballero,
tomándole a su servicio
por capitán de lanceros.

Y otro no fué que Martínez
quien ha poco entró en Toledo,
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro a quien se dirige,

cobrado el conocimiento,
 la amorosa Inés de Vargas,
 que vive por él muriendo.
 Mas él, que olvidando todo,
 olvidó su nombre mesmo,
 puesto que Diego Martínez
 es el capitán don Diego,
 ni se ablanda a sus caricias
 ni cura de sus lamentos;
 diciendo que son locuras
 de gentes de poco seso,
 que ni él prometió casarse
 ni pensó jamás en ello.
 ¡Tanto mudan a los hombres
 fortuna, poder y tiempo!
 En vano porfiaba Inés
 con amenazas y ruegos;
 cuanto más ella importuna,
 está Martínez severo.
 Abrazada a sus rodillas,
 enmarañado el cabello,
 la hermosa niña lloraba
 prosternada por el suelo.
 Mas todo empeño es inútil,
 porque el capitán don Diego
 no ha de ser Diego Martínez,
 como lo era en otro tiempo.
 Con que llamando a su gente,
 de amor y piedad ajeno,
 mandóla que a Inés llevaran
 de grado o de valimiento.
 Mas ella, antes que la asieran
 cesando un punto en su duelo,
 así habló, el rostro lloroso
 hacia Martínez volviendo:
 «—Contigo se fué mi honra,
 guardé yo tu juramento;
 pues buenas prendas son ambas,
 en buen fiel las pesaremos.»

Y la faz descolorida
 en la mantilla envolviendo,
 a pasos desatentados
 salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo
 por el rey gobernador
 el justiciero y valiente
 don Pedro Ruiz de Alarcón.
 Muchos años por su patria
 el buen viejo peleó;
 cercenado tiene un brazo,
 mas entero el corazón.
 La mesa tiene delante,
 los jueces en derredor,
 los corchetes a la puerta
 y en la derecha el bastón.
 Está, como presidente
 del tribunal superior,
 entre un dosel y una alfombra
 reclinado en un sillón,
 escuchando con paciencia
 la casi asmática voz
 con que un tétrico escribano
 solfea una apelación.
 Los asistentes bostezan
 al murmullo arrullador
 los jueces, medio dormidos,
 hacen pliegues al ropón,
 los escribanos repasan
 sus pergaminos al sol,
 los corchetes a una moza
 guñan en un corredor,
 y abajo, en Zocodover,
 gritan en discordes son
 los que en el mercado venden
 lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto, que el casto pup
 en faz de grande aflicción, de los
 rojos de llorar los ojos,
 ronca de gemir la voz,
 suelto el cabello y el manto,
 tomó plaza en el salón
 diciendo a gritos: —¡Justicia,
 jueces: justicia, señor!
 Y a los pies se arroja humilde
 de don Pedro de Alarcón,
 en tanto que los curiosos
 se agrupan alrededor.
 Alzóla cortés don Pedro
 calmando la confusión
 y el tumultuoso murmullo
 que esta escena ocasionó,
 diciendo:
 —Mujer, ¿qué quieres?
 —Quiero justicia, señor.
 —¿De qué?
 —De una prenda hurtada.
 —¿Qué prenda?
 —Mi corazón.
 —¿Tú le diste?
 —Le presté.
 —¿Y no te le han vuelto?
 —No.
 —¿Tienes testigos?
 —Ninguno.
 —¿Y promesa?
 —Sí, ¡por Dios!
 que al partirse de Toledo
 un juramento empeñó.
 —¿Quién es él?
 —Diego Martínez.
 —¿Noble?
 —Y capitán, señor.
 —Presentadme al capitán,
 que cumplirá si juró.

Quedó en silencio la sala;
 y a poco en el corredor
 se oyó de botas y espuelas
 el acompasado son.
 Un portero, levantando
 el tapiz, en alta voz,
 dijo: —El capitán don Diego.
 Y entró luego en el salón.
 Diego Martínez, los ojos
 llenos de orgullo y furor.
 —¿Sois el capitán don Diego,
 díjole don Pedro, vos?
 Contestó altivo y sereno
 Diego Martínez:
 —Yo soy.
 —¿Conocéis a esta muchacha?
 —Ha tres años, salvo error.
 —¿Hicisteisla juramento
 de ser su marido?
 —No.
 —¿Juráis no haberlo jurado?
 —Sí juro.
 —Pues id con Dios.
 —¡Mientel—exclamó Inés llorando
 de despecho y de rubor.
 —Mujer, ¡piensa lo que dices!...
 —Digo que miente, juré.
 —¿Tienes testigos?
 —Ninguno.
 —Capitán, idos con Dios,
 y dispensad que acusado
 dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda
 con brusca satisfacción,
 e Inés, que le vió partirse,
 resuelta y firme gritó:
 —Llamadle, tengo un testigo...
 Llamadle otra vez, señor.

Volvió el capitán don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse
y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo a quien nunca
faltó verdad ni razón.

—¿Quién?

—Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó
mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No, que estaba en un suplicio
donde ha tiempo que expiró.

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—Estáis loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

—El CRISTO de la Vega,
a cuya faz perjuró.

Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.

Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.

Un instante con los jueces
don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:

«—La ley es ley para todos;
tu testigo es el mejor,
mas para tales testigos
no hay más tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
escribano, al caer el sol

al CRISTO que está en la vega
tomaréis declaración.»

VI

Es una tarde serena
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma, las flores
sus hojas plegando exhalan,
y el céfiro entre perfumes
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.

Allá por el *Miradero*
por el Cambrón y Visagra,
confuso tropel de gente
del Tajo a la vega baja.
Vienen delante don Pedro
de Alarcón, Ibán de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la vega les aguarda,
cada cual comentariando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote a la borgoñona,
melená desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,

un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme
y las mozas a la cara.

Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento
le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara;
hacia la severa imagen
un notario se adelanta,
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.

A un lado tiene a Martínez,
a otro lado a Inés de Vargas,
detrás al gobernador
con sus jueces y sus guardias.

Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario a Jesucristo
así demandó en voz alta:

«—Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas,
¿juráis ser cierto que un día
«a vuestras divinas plantas
«juró a Inés Diego Martínez
«por su mujer desposarla?»

Asida a un brazo desnudo

una mano atarazada,
vino a posar en los autos
la seca y hendida palma,
y allá en los aires:—¡SÍ JURO!
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista a la imagen santa...
Los labios tenía abiertos,
y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada año una vez,
con la mano desclavada
el Crucifijo se ve.

TERCERA PARTE ¹⁴

A ROMA

Aun niño me contaron
un no sé qué de Césares y reyes,
de alcázares que alzaron,
de imperios que asolaron
para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba
allá en mi débil pensamiento loco;
cuando en Roma pensaba,
que cuanto grande hallaba
para fingirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,
circo y templos, acueductos, fuentes,
trofeos colosales,
obeliscos triunfales,
termas, jardines, pórticos y puentes,

perfumes y oro y ruido,
y sabios, y vestales, y guerreros
soñé desvanecido;
y todo confundido
como los días de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!
No conté con las sordas tempestades
del tiempo proceloso,
que arrebató impetuoso
reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado
a impulso de mi joven fantasía
volé desatentado
a ver lo atesorado,
lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos
que al ancho Tiber las espaldas doma,
me prosterné de hinojos,
para tornar los ojos
a sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida
esa Roma, terror de las naciones,
desplomada y hundida;

ramera embrutecida,
hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante
que rabiosos los tigres dividieron,
y a su raza triunfante
la presa palpitante
de sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano
que dió su vida en prenda de mil muertes,
y el esclavo villano
con insolente mano
echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,
tus severos y nobles senadores?
Tu gente vencedora
¿en dónde oculta ahora
el sitial de tus libres dictadores?

¿Dó están los ciudadanos
que nacían señores de la tierra,
vasallos soberanos
cuyas potentes manos
daban al universo paz o guerra?

¿Dó están esas legiones
que a su placer la púrpura ofrecían
y por altas razones
a las otras naciones
enviaban nuevo rey cuando querían?

¿Dó están esos valientes
a quien seguían miles de soldados
a avasallar las gentes,
arrastrando insolentes
los vintos reyes a su triunfo atados?

¿Dó está, Roma caída,
aquella multitud que iba serena

a tus circos, servida
 con ver cómo la vida
 jugaban sus esclavos en la arena?

¡Tú sola te perdistel
 Tú sola, ¡oh Roma!, tu grandeza hollaste,
 pues la prez que te diste
 velarte no supiste,
 y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada
 a un César un puñal y una corona,
 su raza entronizada
 en tu cerviz hollada
 por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones
 tus matronas tomó por concubinas,
 por eso a sus legiones
 con tan torpes lecciones
 hizo a Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura
 contando como perros sus vasallos,
 quisiera en su locura
 esa progenie impura
 palacios levantar a sus caballos.

Y por eso de flores
 coronada la sien iban beodos
 esos emperadores,
 los crímenes mayores
 a presenciar para saberlos todos.

Por eso ardías, Roma,
 mientras Nerón al resplandor cantaba,
 y al par que se desploma
 tu grandeza, el aroma
 del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras
 morían inocentes los cristianos,
 y tus legiones fieras
 en dobladas hileras
 apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del Oriente
 tras el pendón del Redentor divino
 bravo tropel de gente
 vino, y clavó en tu frente
 el Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso más tarde
 tu hora fatal atentos esperaban
 ¡y ansiando que no tarde!
 los que en vejez cobarde
 del desierto al lindel te contemplaban.

El desierto dejaron
 los que tu fértil, opulento y rico
 Imperio devastaron,
 y en sangre se bañaron
 las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron
 los hijos de esa raza que aniquila
 cuanto pompa en ti vieron,
 y tus muros se hundieron
 bajo el caballo del sangriento Atila.

«¡Sangre!, ¡exterminio!, ¡fuego!,
 ¡cebaos ahí en carne de villanos!»,
 gritaba de ira ciego;
 «¡que no se encuentre luego
 uno con libertad de esos romanos!»

«Sangre a beber vinimos;
 ¡hartaos de sangre, mis sedientos perros!
 ¡Doquiera que estuvimos
 que muestre que vencimos
 la marca funeral de nuestros hierros!»

¡Sangrel, ¡extermiñol, ¡fuegol
 ¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo
 y hasta su templo llego,
 venid a verlos luego
 atados por los pies a mi caballo.

Y así Atila clamando
 giró en carrera rápida y violenta,
 sus tigres azuzando,
 la ancha espada mostrando
 hasta el torcido gavilán sangrienta.

¡Fiesta horrible, espantosa,
 festín de sangre en tu recinto dieron!
 ¡Oh Roma poderosa!
 La sangre generosa
 de tus hijos los bárbaros bebieron.

La compasiva luna
 requirió los cendales enlutados
 de la sombra oportuna,
 por no ver tu fortuna
 hecha presa y botín de sus soldados.

¿Qué te quedó aquel día
 ¡oh Romal, de tu espléndida grandeza?
 ¿Quién lloró tu agonía?
 ¿Quién como tú gemía
 sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

¡Otra amorosa gente,
 víctima del furor de tus tiranos,
 enjugó diligente
 el sudor de tu frente
 con maternales y dolientes manos!

Otra raza más pura,
 en vez de tus Penates y tus Lares,
 te prestó en tu amargura
 otro Dios de ventura,
 otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,
 por el antiguo vicio ya estragada,
 a tu maldad primera
 volvistes altanera,
 tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron más fieros
 con leyes de piedad otros Nerones,
 que lobos carniceros
 con pieles de corderos
 volvieron a dar sangre a las naciones.

Y tornaron profanas
 a levantarse torpes cóneubinas
 tus bellezas livianas;
 tornaron las romanas
 a aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos,
 en lugar de tus monstruos imperiales,
 otros reyes dañinos
 en faz de peregrinos
 orlados de capelos y sayales.

¡Tuya es la culpa, ¡oh Romal!
 Tuya es la culpa, y de tu suelo ardiente
 si te hundió tu carcama,
 del rojo sol que asoma
 por ese azul y voluptuoso oriente!

Culpa es de esos jardines
 que brotan fuentes y árboles y flores,
 y toldos de jazmines,
 que inspiran los festines
 y el vértigo carnal de los amores.

Ciudad de las ciudades,
 águila vieja cuya frente hollaron
 las negras tempestades
 en que tus mil edades
 sobre tu cana frente reventaron:

—¡Adiós, con tus señores! ¡Enhorabuena
Y ¡guay! ¡quién mientras tú duermes tranquila:
no tornen vencedores
los tigres vengadores
de las legiones del sangriento Atila.

¡Guay!, no vuelva azuzando
sus tigres en su cólera violenta
sin compasión clamando,
la ancha espada mostrando
hasta el torcido gavilán sangrienta:

«¡Sangre!, ¡exterminio!, ¡fuego!
«¡Sangre, lebreses! Si sus dioses hallo,
«venid a verlos luego
«atados por los pies a mi caballo.»

LA NOCHE INQUIETA 15

FANTASÍA

LA ÚLTIMA LUZ

Hay unas horas sin hora
en que nuestras horas cesan,
horas que en el alma pesan
como inmensa eternidad,
Unas horas sin oriente,
sin occidente y sin nombre,
en que atosigan al hombre
la mentira y la verdad.

Horas sin voz, en que quiere
escuchar algo el oído,
y el aire no tiene ruido
que poderle dar a oír:

en que quiere hablar la lengua
y se detiene medrosa,
porque teme alguna cosa
que la pueda interrumpir.

En que con ojos avaros
miramos lo que no vemos,
en que delirar creemos,
y deliramos creer:
horas en que duerme entero
este mundo que habitamos,
y nosotros despertamos
su descanso a sorprender.

En los pliegues de la sombra,
como antipodas del día,
estas horas de agonía
caminando amargas van:
el tiempo abortó esas horas
para el alma que medita:
que el cuerpo no necesita
horas de tan noble afán.

Pasan sobre el grato sueño
del labrador fatigado,
sobre el sueño descuidado
del indolente señor:
sobre el del tranquilo esposo,
y el del necio indiferente,
y el de la hermosa inocente
que sueña el primer amor.

Pasan sobre la sonrisa
de la madre cariñosa,
que amante, madre y esposa,
en un amor goza tres:
pasan respetando el sueño
del olvidado mendigo,
que al dar a la sien abrigo
deja desnudos los pies.

Y buscan el sueño inquieto
de algún pensador profundo,
que aguarda más ancho mundo
de este otro mundo detrás;
buscan al hombre que piensa,
y que al pensar que es eterno,
cambiara por un infierno
el posible de ser más.

Al asentarse en su lecho
a sus párpados llamando,
el ánima despertando
por el párpado miró.
Presentóse la sombra
como imagen de la nada
a la roja llamarada
que la lámpara brotó.

Escucha, y oye en silencio,
mira, y los ojos ven sombra,
habla, y el eco le asombra
sin responder a su voz:
sólo aprende que es de noche,
que su mente inquieta vaga,
que su lámpara se apaga
y que el sueño huyó precoz.

Entonces lucha afanado
el cuerpo con la costumbre,
el ojo busca la lumbré,
busca el oído rumor;
y el alma sin luz ni ruido
que su pensamiento estorbe,
vuela libre por el orbe
en pos de mundo mejor.

Pero estando condenada
a la cárcel de la tierra,
vuelve al cuerpo que la encierra
para meditar en él.

Entonces sujeta al cuerpo,
mar que en las rocas se estrella,
para sentir como aquella
sentidos le presta aquí.

Débil como el cuerpo entonces,
por ojos de carne mira,
y ve lo que ver delira
por aquel turbio cristal.
Ve que la lámpara seca
la luz postrera derrama,
y ve en la convulsa llama
un no sé qué de infernal.

Aquellas ráfagas tibias,
llamaradas de un momento,
que alumbran el aposento
para ofuscarle otra vez:
que confundiendo las formas,
dando espacio a los objetos,
pintan manchas y esqueletos
que cruzan por la pared.

Aquella lumbré oscilante
que en torno al pábilo flota,
aérea, vibrante, rota,
de indefinible color,
dibuja en los pardos vidrios
y en las blancas muselinas,
creaciones peregrinas
que nos llenan de terror.

Asoma rostros deformes
de diabólicos contornos,
que en colgaduras y adornos
nos parece ver girar;
ya son gigantes monstruosos
que desaparecen livianos,
ya ridículos enanos
que se juntan a danzar.

Ya son pájaros flotantes,
ya son repugnantes viejas,
ya son fantasmas distantes,
negras visiones *sin luz*;
ya son vivientes que pasan,
ya son antorchas que cruzan,
cuyo fulgor desmenuzan
líneas hendidas en cruz.

Ya charolado vacío
de estrellas rojas orlado,
u hondo hueco iluminado
por agonizante hachón:
ya pardos grupos de sombra,
ya misteriosos paisajes,
ya pabellones de encajes
o tapices de crespón.

La llama trémula en tanto,
de un momento a otro momento
su resplandor ceniciento
amaga inquieta matar:
flota en el aire exhalada
del pábilo desprendida,
y torna al pábilo asida
segunda vez a brotar.

O lame blanda los bordes
del vaso que la contiene,
y a recon entrarse viene
en el pábilo otra vez:
y moribunda vacila,
como vibra y pestañea
mal herido en la pupila
un ojo con rapidez.

Acaso un insecto imbécil,
de nuestro pavor objeto,
viene a revolotar inquieto
de la llama en derredor:

Y en su fantástico vuelo
cruzando la luz, pareciera
que aumenta en formas y crece
como ensueño aterrador.

Se desvanece un momento,
luego flotante aparece,
y con la llama se mece
cual si la hiciera vivir;
mil veces la hiende y cruza,
cual si un espíritu fuera
que danzara en una hoguera
donde alguno ha de morir.

Se le ve sobre la llama
volar errante zumbando,
o bien las alas plegando
la opaca lumbre heber.
Se le ve en el vidrio hueco,
sobre sus pies transparentes,
sus pasos indiferentes
de uno a otro lado mover.

Y si del fuego aturrido
la claridad evitando
y su vuelo acelerando
se le ve cerca pasar,
el rostro se hunde en las ropas,
y mientras el miedo pasa,
la luz que ilumina escasa
se acaba al fin de apagar.

II

EL SILENCIO Y LA OSCURIDAD

Quando tras vela afanosa
fatigados nos dormimos,
soñamos con lo que vimos
o lo que creímos ver.

Así en tropel misterioso
se agitan confusamente
los delirios que la mente
despreció velando ayer.

Por huir de ella tan solo
en ella se cobijaron,
y dentro de ella aguardaron
de revelarse ocasión;
que esos fantásticos sueños
que turban nuestro reposo,
del ánimo religioso
secretos abortos son.

Porque el que cree y el que duda,
por descuidado que viva,
en algo el creer escriba
y en algo estriba el dudar;
y alguna vez engañado
por las que creyó evidencias,
en sus dudas y creencias
ha por fin de vacilar.

El ruido y el movimiento,
la voz y la compañía
que nos da la luz del día,
impiden pensar tal vez;
y entonces creencias, dudas,
dentro del ánimo callan,
y en él guarecidas hallan
asilo en su timidez.

Por eso en orgía insensata
el disoluto mancebo
dice: —«En el licor que bebo
ahogo cuanto creí».—

Por eso en placer sumido
dice el embriagado amante:
—«Yo no creo en este instante
¡vida mía! más que en ti».—

Por eso ante sus monedas
el jugador avariento
dice con audaz acento:
—«Creo en el oro y no más».—
Y por eso el pendenciero
que el triunfo lidiando alcanza,
dice osado a su venganza:
—«Honra, satisfecha estás».—

Pero si en la noche umbría
tras sueño inquieto despierta,
cada sentido una puertá
a sus creencias le da;
y duda, y teme, y vacila,
y azorado el hondo pecho,
en derredor de su lecho
fantasmas fingiendo está.

Su lámpara, ya apagada,
al matar la última lumbre,
dejó sombra en la techumbre,
dejó sombra en la pared;
cerrado dentro la alcoba
el aire falto de ruido,
escucha en vano el oído
la voz de la lobreguez.

En vano miran los ojos
la sombra descolorida;
con una ilusión mentida
vienen a tocar al fin;
doquier que avaros se tornan
ven una masa uniforme,
una sombra espesa, enorme,
que no se ciñe a confín.

La mente duda medrosa,
los sentidos se adormecen,
y embriagados se estremecen
con cada nueva ilusión;

todo en la mente se agita,
 todo en la mente se embota,
 todo en torno nuestro flota
 en callada confusión.

Y a tanto mirar los ojos,
 a tanto oír los oídos,
 fatigados, aturridos,
 rumor oyen, sombras ven;

el ánimo se amedrenta,
 y brotan los pensamientos
 medrosos y antiguos cuentos
 que la atosigan también.

Entonces es cuando el eco
 de un cabello que tropieza
 nos retumba en la cabeza
 con chasquido colosal;
 entonces semeja el roce
 de la ropa mal plegada,
 la voz seca y prolongada
 de rápido vendaval.

Entonces es cuando el ruido
 de nuestro azorado aliento
 nos parece el sordo acento,
 la lejana confusión

de las invisibles alas
 de aves mil desconocidas,
 que van cruzando perdidas,
 los aires en rebelión.

Y escuchamos a lo lejos
 huellas de pies recelosos
 y vagidos vaporosos
 que se apagan al nacer,
 y crujen en las vidrieras
 confusos sacudimientos,
 y aullidos, gritos y acentos
 de rabia, espanto y placer.

Entonces fingen los ojos
 a compás de estos rumores
 mil fantásticos colores,
 las sombras y delirios mil;
 bultos que ruedan informes,
 círculos de luces bellas,
 vagas y raudas centellas,
 del miedo aborto febril.

Y fantasmas que en tumulto
 pasan, corren, flotan, vuelan,
 y se apagan y rielan,
 sin tener luz ni color;
 y parece que cruzando
 por las tinieblas oscuras,
 arrastran sus vestiduras
 con repugnante rumor.

Caprichos, menos que nada,
 de esencia desconocida,
 delirios sin voz, sin vida,
 nada pueden, nada son;
 mas sin cuerpos ni colores,
 tienen cuerpos y semblantes
 que los ojos delirantes
 les prestan en su ilusión.

Les presta voz el oído,
 y movimientos la mente,
 y vienen confusamente
 mente y oído a acosar,
 y mente y ojos y oídos,
 con tan fantástico empeño,
 alejan el blando sueño
 y empiezan a delirar.

Llenan entonces el aire
 peregrinas ilusiones
 y frágiles creaciones
 de la duda y de la fe,

donde entre iguales contornos
una en otra confundida,
la miseria de la vida
y la religión se ven

Allí entre un miedo mundano
y entre una creencia errada,
va una idea de la nada
o una olvidada verdad;

y en tan cumplidas tinieblas,
en silencio tan completo,
se trasparenta un objeto
inmenso... la eternidad.

¿Quién no cree y quién no duda
cuando a solas en su pecho
en el reló de su pecho
sus horas contando está?

¿Quién no cree y no duda entonces
en el silencio y la sombra?
¿Quién pensando no se asombra
lo que existe *más allá?*

Porque esos seres aéreos
que en redor nuestro sentimos,
el rumor que percibimos
en tornó nuestro bullir;
aquel extraño delirio
en que creemos dudando
que hay quien nos está mirando
sin podérselo impedir;

ese rumor misterioso
con que la sombra murmura,
esa luz leve, insegura,
que radia la oscuridad;
ese temor sin objeto
que la sombra nos infunde
y en la mente nos confunde
la mentira y la verdad;

ese insectillo nocturno
que nos asalta y aterra,
que con nosotros se cierra
importuno a combatir,
que en monótona algazara,
en ronco y sonoro ruido,
acosa nuestro descuido
sin dejar de ir y venir;

ese insecto a quien juzgamos
en nuestra aflicción medrosa
un ser, un soplo, una cosa
que nos dice *no sé qué;*
un *no sé qué* misterioso
que nos traspasa de miedo,
que de un labio revoltoso
se derrama y no se ve;

y aquel afanoso empeño
con que dormir procuramos
y con quien tanto porfiamos
que hace inútil nuestro afán,
son voces de nuestra nada
que soñando comprendemos,
y que a gritos—si creemos—
preguntándonos están.

Por eso si en orgía inmunda
el disoluto mancebo
dice:—«En el licor que bebo
ahogo cuanto creí»;—
por eso si en sus placeres
dice el insensato amante:
—«Yo no creo en este instante
¡vida mía! más que en ti»;

por eso si ante su oro
el jugador avariento
dice con seguro acento:
—«Creo en el oro y no más»;

por eso si el pendenciero
 que el triunfo lidiando alcanza
 dice altivo a su venganza:
 —«Honra, satisfecha estás;

en la sombra de la noche
 con su corazón a solas
 luchan con las turbias olas
 de la duda y el temor;
 el uno por sus festines,
 el otro por su dinero,
 por su honor el pendenciero,
 y el amante por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,
 ese crepúsculo vago,
 son el reflejo, el amago
 del final de nuestro ser;
 y dudar en el silencio,
 temer en la sombra oscura,
 no es ni duda ni pavora,
 es conocerse y creer.

Que la sombra y el silencio
 reflejan la eternidad
 como la luz de los cielos
 reverbera en un cristal,
 y recordando su polvo
 a la flaca humanidad,
 son clamor de nuestra nada
 que diciéndonos está

«Creed, o velad.»

Que el no atreverse a creer
 es decidirse a dudar,
 y dudar es tener miedo
 de creer una verdad;
 dudar es estar en vela,

creer es tranquilo estar,
 y es fuerza por duda o miedo,
 puesto que tan juntos van,
 Creer, o velar.»

Pues no es más el corazón
 que un indestructible altar
 de donde nuestras creencias
 no se separan jamás;
 y el jugador y el valiente,
 y el disoluto galán,
 tienen allá en la alta noche
 un momento sin solaz,
 en que sus vagos temores
 y su inquietud y su afán
 les están diciendo a voces
 en la muda oscuridad:

«Creed, o velad.»

Que ese rumor del silencio,
 y esa ráfaga fugaz
 que deliramos que alumbraba
 la callada oscuridad,
 y ese temor sin objeto,
 y ese insecto pertinaz
 que zumba, y silba, y se agita,
 sube y baja, y viene y va,
 y ese empeño, esa porfía
 con que en nuestro torpe afán
 procuramos el descanso,
 ¡vive Dios! que no son más
 que el miedo a nosotros mismos
 que nos impone tenaz

Creer, o velar.

Es la sombra incomprensible
 de ese oculto *más allá*
 tras de cuyo pensamiento
 no alcanzamos a ver más

que lo que envuelve la noche,
silencio y oscuridad.

III

EL AMANECER

Y al fin de tanto temer,
tanto soñar sin dormir,
y tanto afán,
el alba esperando ver
cerrándose sin sentir
los ojos van.

Al menor ruido que oímos
vuelven a abrirse otra vez
lentamente,
mas apenas los abrimos
tornan a su lobreguez
muellemente.

Y todavía creemos
que sentimos y miramos
desvelados,
y lo que oímos y vemos
es sólo lo que soñamos
fatigados.

Todavía en la cabeza
se agitan los pensamientos
confundidos,
y con lánguida pereza
dejamos sus movimientos
vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones
que nuestro capricho loco
nos fingía,

sus medrosas ilusiones
desvanecen poco a poco
con el día.

Una luz tibia, insegura,
el quicio de alguna reja
iluminando,
sobre la pared oscura
la luz que fuera refleja
va pintando.

Y en el rayo fugitivo
que se pierde en el flotante
polvo leve,
aquel insectillo esquivo
cruzando a su torno errante
la luz le bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,
sube, y baja, y huye, y viene
sin recelo,
y se pierde, y se retira,
y sobre la luz se tiene
en ronco vuelo.

De alguna torre cercana
el esquilón nos despierta
un momento,
y en una ilusión liviana
concibe la luz incierta
el pensamiento.

Y el rayo del sol naciente
y el insecto pertinaz
que bulle en torno,
pasan un punto en la mente
como una sombra fugaz
sin contorno.

Y en la duda vacilando
si velamos o dormimos,
nos parece

que el sueño a que nos rendimos
nos va la luz apagando
que amanece.

Y pasando del dudar
al descanso del dormir,
olvidamos

lo que nos vino a turbar,
y lo que pudo existir
o soñamos.

Y al despertar otro día
ya no guardamos memoria
ni recelo

de la inquietud y agonía,
de la fantástica historia
de aquel desvelo.

Porque así pasan sombrías
las horas de nuestros días
revoltosos,
las noches de dudas llenas,
los días llenos de penas

y azarosos.

Las noches creyendo ver
lo que habemos de creer
y dudamos;
y los días sin pensar
en lo que hemos de soñar
cuando durmamos.

¡Oh! verted blando beleño,
tardas noches, en mi sueño,
al resbalar,
y tras sueño inquieto y largo
no tenga un recuerdo amargo
al despertar.

SOLEDAD DEL CAMPO

¡Salve! fértil campiña y prado ameno,
crespo collado, y valle, y soto umbrío,
donde de cuitas é inquietud ajeno
libre vagaba el pensamiento mío.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,
y el sol te dé riquísimos colores,
y abundosas las lluvias te aseguren
tu cosecha de espigas y de flores.

¿Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra
donde tornara al que perdí reposo?
¿Quién me tornara ¡oh soto! a la frescura
de tu arbolado suelo tan frondoso?

¿Quién me diera el pacífico murmullo
de tus olmos mecidos mansamente,
de tus palomas el sentido arrullo,
y el grato son de tu escondida fuente?

Cuando en tu blanda yerba recostado,
lejos de los impúdicos festines,
en apacible trino regalado
me adormían los sueltos colorines.

Y yo les vía en las latientes plumas
sostenerse y picar la espesa grama,
y turbar del remanso las espumas,
y en el árbol saltar de rama en rama.

¡Ay, cuánto habrán los afanosos días
hollado tanta gala y donosura!
¡Cuántas tormentas al pasar bravías
habrán roto tan frágil hermosural!

¡Cuán mal sonara ya mi voz mundana
bajo ese techo de hojas campesino,



sobre esa alfombra espléndida y liviana
que reverdece arroyo cristalino!

¡Ah! ¡lejos ya de mí tan torpe empeño!
Apararé el compás del arpa loca,
y de tus aves el sabroso sueño
no turbarán los himnos de mi boca.

¡Contento quedaré con saludarte,
con ver de lejos tu silvestre pompa...!
Tal vez, ¡oh fresco soto! al contemplarte
en lágrimas de amor cansado rompa.

Que nada son los fáciles laureles
con que el mundo nos brinda lisonjero,
si al prestarnos su manto de oropelos
rasga y desnuda el corazón primero.

Cuando seguí desatentado y loco
del mundano placer las torpes huellas,
aprendí que el placer vale bien poco...
Siempre al pisarlas resbalaba en ellas.

Y siempre cuando en orgía estrepitosa
la perfumada copa levantaba,
al apartarla de la faz jugosa
en el vaso una lágrima encontraba.

Y siempre el son de la caliente fiesta,
las canciones, la báquica armonía,
me hacía apetecer la blanda siesta,
y el rumor de los olmos me traía.

Y siempre en su cantar la cortesana,
y siempre en su tañer la danza impura,
me acordaba la música villana
con que la amena soledad murmura.

Que allí la hermosa con mentidas flores
la sien tocaba y el desnudo cuello,

sin pedir a sus cálices olores
con que aromar las hebras del cabello.

Que allí los ruiseñores suspendidos
entre grillos y cárceles de oro,
con el ronco tumulto ensordecidos
no soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado
nos abrasaba al aspirarle el pecho,
y el inmenso salón entapizado
érale al corazón pobre y estrecho.

Y allí también cansado suspiraba
¡oh deleitable soledad campestre!
por el sosiego y paz que en ti gozaba
bajo tu tosco pabellón silvestre.

¡Oh, que me place, soledad sabrosa,
del fresco soto y del sombrío ameno,
la tibia luz y el aura bulliciosa
que alumbraba y riza tu enramado seno!

Allí miraba mi infantil pupila
en el fondo de lóbrega laguna
cuál resbalaba en ilusión tranquila
la turbia imagen de la blanca luna.

Allí crecían las sonantes cañas,
la verde juncia, y la amistosa yedra,
do tejen campesinas las arañas
su estrecha red entre horadada piedra.

Allí venía el silbador mosquito,
y en tanto que en los hilos se enredaba,
acechábale oculta de hito en hito
la cazadora ruin que le esperaba.

Allí vía constante en su fatiga
ir y venir por la vereda usada

a lentos pasos la afanosa hormiga
con la futura provisión cargada.

Y allí en la rama que la noche fría
con niebla moja, y con el aura enjuga,
yo al sol del alba columpiarse vía
en baba frágil la vellosa oruga.

Y allí también, sin fueros de jardines,
vía huertos con parras entoldados,
do había pabellones de jazmines
de las paredes ásperas colgados.

Y allí brotaban escondidas violas,
lirios azules, rosas purpurinas,
jacintos y sangrientas amapolas,
madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando
cruzábase un arroyo, y amarillas
el césped de la margen salpicando
le orlaban mil vistosas florecillas.

Y allí andaba la suelta mariposa
libre de flor en flor volando ufana,
su librea ostentando revoltosa
de oro y de azul, de púrpura y de grana.

Ya posaba en los altos mirabeles,
ya esquivaba al pasar las otras flores,
avergonzando lirios y claveles
sus puros y magníficos colores.

Y arrastrando su alcázar en la espalda
el perezoso caracol salía
del fresco sulco a la pintada falda
a bañarse en el sol de mediodía.

Y sobre alguna fácil eminencia

extendiendo su cuerpo trasparente,
tornaba a bendecir la Omnipotencia,
los elásticos ojos al oriente.

Y allí zumbando la oficiosa abeja
entre los frutos del jardín opimos,
la blanca miel que en sus panales deja
chupaba en los espléndidos racimos.

¡Oh silencio! ¡Oh pacífica ventura!
¡Oh soledad del campo deleitoso!
En ti de la inquietud de su locura
el fatigado corazón reposa.

¿Quién me tornara a la enramada umbría
donde ecos tuvo mi cantar primero?
¡Acaso alegre el arpa sonaría
al blando son del céfiro ligero!

Mas ¡ay! que acaso en apartados climas
por la importuna suerte arrebatado,
he de cantar en lamentosas rimas
la patria soledad que habré dejado.

¡Adiós entonces, venturoso suelo
donde libre nací, pero desnudo!
cúbrate en paz el compasivo cielo
en tanto que de lejos te saludo.

¡Salve! fértil colina y prado ameno,
crespo collado, y valle, y soto umbrío,
donde de cuitas e inquietud ajeno
libre vagaba el pensamiento mío.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,
y el sol te dé riquísimos colores,
y abundosa las lluvias te aseguren
tu cosecha de espigas y de flores.

SONETO

Con el hirviente resopido moja
el ronco toro la tostada arena,
la vista en el jinete alta y serena,
ancho espacio buscando al asta roja.

Su arranque audaz a recibir se arroja,
pálida de valor la faz morena,
e hinch a en la frente la robusta vena
el picador, a quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama;
sacude el toro la enastada frente,
la tierra escarba, sopla y desparrama;

le obliga el hombre, parte de repente,
y herido en la cerviz, húyelo y brama,
y en grito universal rompe la gente.

A BLANCA

¡Oh! que me place, Blanca,
cerca de mí tenerte
cuando la noche turban
nuestros brindis alegres.

Cuando la luz se quiebra
trémula y trasparente
de las colmadas copas
en los cristales tenues.

Cuando los ojos húmedos
de luz avaros hierven,
y en cada luz sin tino
vacilan y se hieren.

¡Si vieras cómo brillan
debajo de tu frente
tus ojos de azabache,
y hoguearas me parecen!

¡Oh! que me place Blanca
Bebe, alma mía, bebe,
y el mundo que murmure,
que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos
por los hombros de nieve
cual pabellón que guarda
del rocío las sienas.

El cuello sin cendales
el aura mansa oree,
y el calor de tu seno
vagando en torno temple.

Y los torneados dedos
entre las copas jueguen
como niños sin juicio
ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios
la roja lengua muestren,
formando las palabras
con el vino a traspieses.

Y la impetuosa risa
brotando de repente,
la blanca dentadura
y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido
veré cómo turgente
el agitado pecho
convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!
Bebe, alma mía, bebe,
y el mundo que murmure,
que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra
do habitan unas gentes
con lanzas en las manos
y cascos en la frente.

Que sin solaz ni tregua
se acechan y acometen,
velando atentos unos
mientras los otros duermen.

Que guardan las ciudades
con torres y con puentes,
y que cuando unos mandan
los otros obedecen.

¡Locuras, Blanca mía,
estar lidiando siempre
porque los unos salgan
o que los otros entren!

Sin duda que han perdido
su vino y sus mujeres,
cuando en tales manías
han dado aquellas gentes.

Bebamos, Blanca hermosa:
brindemos... Mas ¿qué tienes?
¿Por qué el cendal descifnes
de la cintura leve?

¿Por qué sobre la mano
doblas así la frente?
Acaso los licores...
¡Ay, Blanca, tú te duermes!

Besaréla en los labios;
tal vez cuando despierte
mi blando beso en ellos
acaricie y estreche.

Adiós, hermosa Blanca:
tranquila y quieta duerme,
y si despiertas pronto
a los licores vuelve.

Así se goza, Blanca:
bebe, alma mía, bebe,
y el mundo que murmure,
que el mundo es un imbécil.

ODA

Prestadme el dulce canto,
aves del valle y de la selva-umbria,
y levantad en tanto
para arrullar mi llanto,
frescas hojas, monótona armonía.

Y tú, sonoro viento,
tus alas de vapor lánguido mece,
y en blando movimiento
con perfumado aliento
las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares
de vosotros no más serán oídos,
que el duelo y los pesares
sólo en nuestros hogares
ser deben, o en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente
murmura del que llora y del que pena,
del que placer no siente;
y el triste eternamente
ha de arrastrar cantando su cadena.

Que es el mundo un tirano
que sólo da suplicios y agonía,

y exige soberano
que llame el triste humano
imperio paternal su tiranía.

¿Mas qué vale que errante
y sólo de los ecos atendido,
mis amarguras cante,
y el aire se levante
devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbrosa
¿no cantan a la par los ruiseñores?
¿No susurra armoniosa
el agua bulliciosa,
y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero,
cuando el rocío de su bosque orea
¿no suena lisonjero,
y en mormullo hechicero
las yerbas y los árboles menean?

¡Maldita mi locura!
¿No valdrá más cantar cual ellos cantan,
que acrecer mi amargura
mientras en la espesura
tan alegres rumores se levantan?

¡Oh! ven, arpa sonora;
y rompe loca en himnos bulliciosos,
cantando seductora
al son que bulle ahora
de arroyos y de vientos sonorosos.

Pues que es breve la vida,
y es el mundo no más pompa liviana,
y al fin la tierra hendida
su farsa concluida
sepulcro universal será mañana;

cantaré descuidado
lo inútil de esta mísera existencia;
ya el cielo esté nublado,
ya en calma y sossegado,
ya el huracán reviente con violencia.

Porque en verdad, ¿qué importa
el mundanal orgullo y la ventura
de esta vida tan corta,
si en igual fin aborta
tocando en fin igual nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente
Alejandro ser rey en Macedonia,
y avasallar la gente,
y pretender demente
ser adorado un Dios en Babilonia;

si por extraño modo,
sin poder apurar el hondo vaso
dió el aliento beodo,
y dió por fin de todo
desde su fiesta a su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria
cantar de Grecia al inmortal Homero,
y a su nombre en la historia
dejar alta memoria,
si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió a Rodrigo
la hermosa Caba, el cetro de los godos,
si huyendo al enemigo
dichas y amor consigo
perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve a Cervantes
que esas estatuas hoy le levantemos
de los años triunfantes,

si sus libros gigantes
a sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos
bustos dorados de los muertos reyes,
sus palacios y escudos,
si sus pueblos desnudos
ignorau por inútiles sus leyes?

¿Qué sirve a las naciones
que sus pueblos se inmolan y combatan
al pie de sus pendones,
si sus nobles legiones
han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,
la grande Roma, de su pompa y brío,
y su beldad primera...
esa vieja ramera
cuyo esqueleto duerme sobre un río?

¿Y qué han salvado apenas
de tal desorden y tamaño estrago
las de riqueza llenas
Tiro, Palmira, Atenas,
Tebas, Corinto, Menfis y Cartago?

[Escumbros y memorias...]
Humo de aromas, tumba de tiranos
que manchan las historias,
dando en cifras mortuorias
polvo a la tierra, casa a los gusanos.

Y si esto sólo resta,
si esto por fin de nuestro afán nos toca,
tonos, arpa, me apresta,
que quiero en muelle siesta
reír cantando vanidad tan loca.

Aquí a mis pies resbala
claro, inquieto y sonoro un arroyuelo
que la arenilla cala,
y su margen iguala
entre las flores con que borda el suelo.

Los sauces de su orilla
le dan manso murmullo y grata sombra,
y la caña amarilla
la alta cerviz le humilla
dándole al paso pabellón y alfombra.

Y le saltan trinando
pardos mirlos y rojos colorines,
y en su césped posando
las palomas pasando
le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora
de ese arroyuelo que en mis versos pinto,
cantar me place ahora,
y quédense en buen hora
con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre
legue a mi gente con baldón o fama
en la mansión del hombre,
y al universo asombre,
si a mí la muerte a concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero
mi voluptuosa y lánguida pereza,
pues ni pierdo, ni espero;
y otro cante altanero
la gloria de su patria y su grandeza.

Que asimismo cantaron
Taso, Homero y Cervantes, y murieron,
y sus pueblos amaron,

y los pueblos que honraron
conocerlos en vida no quisieron.

Que es la vida un camino
sin medida ni fin, coto ni valla,
do desnudo y sin tino
si encuentra el peregrino
sombra alguna o placer, eso se halla.

No estatuas algún día
cual dan a Homero y a Cervantes quiero,
si hoy en la patria mía
fortuna tan impía
como Cervantes lloraré y Homero.

Y si el plazo cumplido
en que esta vida y tierra se abandona,
libre acaso de olvido,
mi sepulcro escondido
me conserva tal vez una corona,

eso hallará mi gente
en mi sepulcro al encontrar mi nombre;
mas no dirá insolente
que me pesó en la frente
ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero
mi voluptuosa y lánguida pereza,
pues ni pierdo ni espero,
y otro cante altanero
las glorias de su patria y su grandeza,

Junto al agua sonora
de ese arroyuelo que en mis versos pinto,
cantar me place ahora,
y quédense en buen hora
con sus historias Menfis y Corinto.

LA MARGEN DEL ARROYO

¡Qué dulce es ver muellemente
de un olmo a la fresca sombra
descansando,
un arroyo trasparente
que va por la verde alfombra
murmurando!

Ver cómo la yerba blanda
en la margen se le inclina,
y cómo crece
de violas morada banda
que la linfa cristalina
salpica y mece.

Los juncos de las riberas
en haz espeso apiñados
se le encorvan,
y las raíces someras
evita por ambos lados
si le estorban.

Insectos de mil colores
con mil susurros campestres
le dan ruido,
y en vez de cuidadas flores
rueda entre lirios silvestres
escondido.

Y no han de envidiar sus olas
de cortesanos jardines
la hermosura,
porque a cientos amapolas,
jacintos brota y jazmines
su frescura.

Ni han de envidiar a los ríos
los alcázares y puentes
que sustentan,

porque esos monstruos sombríos
 más que coronar sus frentes
 las afrentan.

Ni a las fuentes y cascadas
 sus tazas de jaspé y oro,
 ni sus rocás,
 aunque se vierten hinchadas
 en estrépito sonoro,
 por cien bocas.

Que ambas le cercan orillas
 entre agudas espadañas
 cortadoras,
 esponjadas y amarillas
 altas y sonantes cañas
 cimbradoras.

Ni ha de envidiar a los mares
 de buques la excelsa pompa
 y gritería,
 ni su altos alminares,
 ni de su bélica trompa
 la voz impía.

Porque tiene en un remanso
 sauces y olmos corpulentos
 encopados,
 que le hacen murmullo manso
 al suspirar de los vientos
 perfumados.

Y en vez de roncós clarines,
 columpia trinando amores
 la ancha copa,
 de mirlos y colorines
 y vistosos ruiseñores,
 pintada tropa.

¡Oh, dulce es ver muellemente

de un olmo a la fresca sombra
 descansando,
 un arroyo transparente
 que va por la verde alfombra
 murmurando!

¡Oh qué es dulce contemplar
 el agua los pies venir
 a lamer,
 y susurrando pasar,
 y al intentarla seguir
 la perder!

Y aquel bullir sin sosiego,
 y aquel seguir siempre igual
 su camino;
 y aquel transparente juego
 que hace el voluble cristal
 tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas
 que se arrastran y se empujan,
 y se acosan,
 y aquellas redes y telas
 que en las arenas dibujan
 do se posan.

Y aquellas cintas de plata
 que en el perfil de las ondas
 finge el sol,
 donde entre gotas redondas
 duplica, aviva y retrata
 su tornasol.

Y aquella colgada oruga
 que en hilos imperceptibles
 baja a vellas,
 y al tocarlas las arruga,
 y al sentirlas tan movibles
 huye de ellas.

Y aquel insecto que nada,
 medio mosca y medio pez,
 sobre alguna,
 siempre en la misma jornada,
 y el paso más cada vez
 se importuna.

Siempre en el mismo lugar,
 en su afán sin concluir
 noche y día,
 la oruga siempre en hilar,
 siempre el insecto en seguir
 su porfia.

Y aquel entorpecimiento
 en que gozan los sentidos
 viendo tal,
 que duda el entendimiento
 si duerman al son mecidos
 del cristal.

¡Oh, dulce es ver muellemente,
 de un olmo a la fresca sombra
 descansando,
 un arroyo trasparente
 que va por la verde alfombra
 murmurando!

¡Arroyo, es muy triste
 pensar junto a ti
 que así van las vidas
 rodando a su fin!
 Hoy tiende en tu margen
 sus flores abril,
 tus ondas perfuman
 el lirio y jazmín,
 su sombra te prestan
 tus árboles mil,
 te canta armonioso

su amor desde allí
 bebiendo tus aguas
 libre el colorín,
 te arrulla sonora
 la caña gentil,
 tu orilla es un fresco
 y ameno jardín
 que el sol tornasola
 de el alto zenit...

Pero ¡ay! ¡que es muy triste
 pensar junto a ti
 que así van las vidas
 rodando a su fin!

¡Arroyo, así viven
 los que han de morir
 gozando embriagados
 el tiempo feliz!

Vendrá julio ardiente
 tu pompa a extinguir,
 y a impulso de oculto
 veneno sutil,
 secarán tus lirios
 su tallo y raíz,
 perderá tu yerba
 su verde turquí,
 las rojas violetas
 su aroma y matiz.

Iráse estrechando
 tu manso perfil,
 tus cañas y juncos
 vendrán a rendir
 encima tus aguas
 la seca cerviz,
 y al fin tu corriente
 en hilo sutil
 su curso en la arena
 vendrá a concluir...

¡Ve, arroyo, que es triste
 pensar junto a ti

que así van las vidas
rodando a su fin!

—
Arroyo, sigue corriendo
por esa silvestre calle
de verdura,
que abajo te están abriendo
los cenegales del valle
sepultura.

Arroyo, sigue bañando
mientras te preste sus flores
primavera,
que al valle irá resbalando
con sus galas y primores
la primera.

Ella nunca será más
que un mensaje del verano
fugitivo;
pero tú, arroyo en el llano,
lago en el valle serás
siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,
ni juncos, ni esbeltas cañas,
ni amapolas,
ni vendrán los colorines
a tus márgenes extrañas
siempre solas;

mas yendo y viniendo días,
tú a merced de una fortuna
siempre igual,
tendrás suelo y ondas frías,
bien sea arroyo o laguna
tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,
sigue por la verde alfombra
murmurando,

que es dulce verla correr
de un olmo a la fresca sombra
descansando.

AL ÚLTIMO REY MORO DE GRANADA

BOABDIL EL CHICO

I

Una ciudad riquísima, opulenta,
el orgullo y la prez del mediodía,
con regia pompa y majestad se asienta
en medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de España
en hebras de purísimos colores,
y brotan al calor con que la baña
en vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,
y la estremecen, sobre cien jardines,
bandadas de dulecísimas palomas,
y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas
en su verde llanura se derraman,
y a su confín en playas españolas
del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
fatiga de los fastos sus memorias,
su grandeza y tesoros son sin cuento,
y no se encuentra fin a sus historias.

Allí es el cielo azul, y trasparente,
fresca la brisa, amiga la fortuna,
fértil la tierra, y brilla eternamente
sereno el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras más remotas
vense allí como en otro paraíso
los pomposos laureles del Eurotas
y los húmedos tilos del Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto,
de Cartago los frescos arrayanes,
las cañas del Jordán en son incierto
arrullan de Estambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
las vides de Falerno allí se olean,
y los de Jericó mustios cipreses
con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
lúgubres sauces, altos mirabeles,
y olivos y granados y morales
ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
tal vez la alegre Italia envidiaría,
y por sus anchas y fragantes rosas
sus rosas la trocará Alejandría.

El jaspé, el oro, el mármol, los cristales
se ostentan en su espléndido recinto,
y ansiaran sus recuerdos orientales
los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
la voluptuosa pompa del oriente,
que entre flores y lánguida pereza
vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de oriente la robaron
para asentar en ella su morada:
los hombres a quien de ella despojaron
lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores,
en que el compás de berberisca zambra
y el son de los clarines y atambores
estremecían a la par la Alhambra.

Y era un rey exquisito en sus placeres,
y un pueblo en su molicie adormecido,
que gozaba en su paz nuestras mujeres
esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado
del brío y del poder de aquella gente,
y al postrimero rey había tocado
el sitio de las razas del oriente.

La hora fatal a la morisca luna
los sabios en su horóscopo leyeron,
y tal vez mereció mejor fortuna
de la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay, Boabdill! levántate y despierta,
apresta tu bridón y tu cuchilla,
porque mañana llamará a tu puerta
con la voz de un ejército Castilla.

Mañana de su mengua avergonzados
te cercarán los tigres españoles;
y echarán sobre ti desesperados
de siete siglos los sangrientos soles.

II

—¿Qué quieren esos cristianos
a las puertas de la villa?
¿Qué buscan esos villanos
que traen a su rey ufanos
tras el pendón de Castilla?

—¿No son reyes en su tierra?
¿Por qué pasan esa sierra
talando el solar ajeno?

¿No les basta su terreno
para sus fiestas de guerra?

«¿Por qué en confusión extraña
levantan en esos cerros
tantas tiendas de campaña?

¿Por qué ladran esos perros
a los pies de esa montaña?

«Si sus padres espiraron,
y a su muerte les dejaron
en desastres tan prolijos,
¿por qué no se contentaron
como los padres los hijos?

«Frente a sus tiendas reales
que brillen altas y ufanas
en las torres principales
las enseñas orientales
y las lunas otomanas.

«¡Al arma! ¡al campo! a cambiar
las marlotas y alquiceles
por arneses de lidiar,
los jinetes a aprestar
los caballos y broqueles.

«La sed de sangre me irrita;
que doblen los atambores;
que cierren en la mezquita
esa multitud que grita
en rejas y miradores.

«Los fuegos prontos estén,
las calles libres también,
los hombres a la muralla,
las mujeres al harén...
¡Paso y silencio, canalla!»

Tal *Muza* (1) prorrumpe airado
ante la puerta de Elvira,
entre el tumulto apiñado
del pueblo que consternado
al campo cristiano mira.

¡Ay! él es sólo el valiente
con corazón en Granada;
él solo lleva insolente
a la recia lid su gente
que se torna destrozada.

Sólo la esperanza alienta
de su humillada nación,
sólo lidia y se ensangrienta
abriéndose sin afrenta
una tumba de varón.

Mas con ojos avarientos,
en redor de su caballo
sus soldados macilentos
le están demandando hambrientos
hasta el pan de su serrallo.

Y con el llanto a los ojos,
en desmayado tropel
su pueblo, puesto de hinojos,
llora los yertos despojos
de los que lidian por él.

Guerrero, ¡ay de los valientes!
¿Qué vale que en tu despecho

(1) Jefe de la caballería granadina de Boabdil, después de haberse opuesto con toda su resolución a la entrega de su deliciosa ciudad a los Reyes Católicos, se salió despechado de ella armado de todas piezas, y nunca más pareció.

Dícese que sin respetar la tregua estipulada entre don Fernando y el rey Chico, acometió a varios caballeros cristianos en la orilla del Genil; y después de dar muerte a algunos de ellos, por no acabar a sus manos, se arrastró peleando hasta la orilla, y se dejó hundir en la corriente con el peso de la armadura y acribillado a estocadas.

a tus soldados alientes
y quieras dar a tus gentes
todo el valor de tu pecho;

si en tanto a pasos gigantes
van arrastrando a su fin
sus muy poderosos antes
alcázares elegantes
la Alhambra y el Albaicín?

¿Si allí está el triste Boabdil
sin amparo que le acorra,
llorando sobre el Genil
como una cobarde zorra
entrampada en un redil?

¿Si allá en la empinada sierra,
amancillando tu gloria,
cantan en compás de guerra
los castellanos victoria
ensordeciendo la tierra?

¡Ah! ¡su corona usurpada
tener en la sien no supo...!
Mal hiciste tu jornada,
¡pobre rey! y hora menguada
en tu horóscopo te cupo.

Los cristianos te ayudaron
para vencerte mejor,
y los tuyos que quedaron,
al hundirse te llamaron
hasta apóstata y traidor.

Las mujeres que te dieron
sus hijos y sus preseas,
al saber que se perdieron
expirando te dijeron:
—¡Cobardé, maldito seas!—

Y de tu reino señores
los cristianos vencedores,
se pagaron tus ofrendas
con agrio pan de dolores
que amasaron en sus tiendas,

Porque al fin ¿qué ha de esperar
del vencedor el vencido
sino vergüenza y pesar?
¿Qué sino burla ha de dar
el que subió al que ha caído?

¡Oh! esas torres orientales
que levantando insolentes
sus agujas desiguales
mecen las auras corrientes
en trémulas espirales;

y esas cifras misteriosas
que cual labor sin objeto
de esas cuadras ostentosas,
de crónicas amorosas
guardan el dulce secreto;

y esos anchos sicomoros
y esos arroyos sonoros
que tienen marcas y nombres,
que no entendemos los hombres
y que comprendéis los moros;

las tortuosas galerías
que se derraman sombras
por ese fresco recinto
en faz de intrincadas vías
de confuso laberinto;

y esos mágicos retretes,
y esos hondos gabinetes
donde el ánima adormida

pasó gozando la vida
al vapor de los pebetes;

con ojos desvanecidos
los cristianos gozarán
en conjeturas perdidos,
sin pensar en los vencidos
que lo que ignoran sabrán.

Y los secretos de amor
de esos alcázares bellos
no tendrán ¡ay! más valor
ni más nombre para ellos
que el *botín del vencedor*.

Llora, rey, llora sin duelo;
desespérate, Boabdil,
y ven en tu desconsuelo
a expirar bajo este cielo
que flota sobre el Genil.

Que a elegir entre acabar
y sufrir la ajena ley,
¡vive Dios! que era acertar
como hombre, a la lid bajar
para morir como rey.

III

Así estaba escrito
monarca infeliz,
que fuese tu raza
contigo a su fin.

Así estaba escrito
que libre el Genil
corriera entre flores
muy lejos de ti.

Por eso fué un día
forzoso salir

en lúgubre pompa
y en gesto servil,
tu cetro y tu fama
vencido a rendir.

Y allá se quedaron
para otro adalid
tu espléndido alcázar,
tu fresco jardín.

Y allá se quedaron
¡ay triste Boabdil!
tu muerto por siempre
falaz porvenir,

de blanca esperanza
tu sueño febril,
que fué como el humo
al viento a morir.

Y allá se quedaron
tu Alhambra gentil,
tus altas techumbres
de azul y turquí,

tus ricas alfombras
de gualda y carmín,
tus pájaros presos
en jaula sutil,

tus fuentes sonoras
que en fresco bullir
con música blanda
murmuran allí.

Y allá se quedaron
cual juego infantil,
cual copas rompidas
después del festín,

tus lechos clavados
de cedro y marfil,
tus baños que exhalan
clavel y alelí,

rosa y azucena
y azahar y jazmín.
Y allá se quedaron

¡ay triste de tí
 las cifras y motes
 que en tiempo feliz
 mandaste en los muros
 con oro escribir,
 pensando que el tiempo
 que corre sin fin
 querría en tu Alhambra
 dejarte vivir.
 Y allá se quedaron
 sin fruto, ni fin;
 que rotas y mudas
 son hoy sólo allí
 cual fleco postizo
 que afea un tapiz,
 y nada nos pueden
 valer ni decir.

¡Oh si un solo instante
 volvieras tú aquí,
 si un punto tornaras,
 vencido Boabdill!
 ¡Tú sí que leyeras
 con ansia, tú sí!
 ¡Tú sí que gozaras
 con calma pueril,
 aunque todo un pueblo
 volviera tras tí!
 ¡Mas ya sólo resta
 llorarlo y sufrir,
 que así estaba escrito,
 y cúmplese así!

Mas ya que nos tornas
 la espalda, señor,
 camina despacio
 mientras dura el sol.
 Recoge las riendas
 al suelto bridón:

tras de esa colina
 no hay luz ni color,
 no hay cielo ni vida
 tras ese peñón.
 ¡Camina despacio,
 despacio, pbr Dios!

A verse aun alcanza
 Granada, señor,
 tras esa colina,
 más lejos... ¡ya no!
 ¡Al fin la abandonas
 a fuerza mayor!
 ¡Al fin te la arrancan
 con mengua y baldón,
 tu perla más rica,
 tu joya mejor!
 ¡Oh! vuelve por ella,
 que aun tarde no es hoy:
 azuza tu ardiente
 caballo veloz,
 fulmina el alfanje,
 apresta el lanzón,
 acosa a tu gente
 con brazo y con voz:
 ¡Ah! ¡y muera tu escaso
 postrer escuadrón
 con rabia a lo menos
 si no con valor!
 ¡Oh! vuelve a Granada,
 tu cara mansión,
 no llores huyendo
 cobarde o traidor.
 Y si al fin no quieres
 lavar tu baldón,
 ¡camina despacio,
 despacio, por Dios!
 Que si aun la contemplas
 más lejos... ¡ya no!
 Granada se pierde,

y al caer ese sol,
la vez postrimera
verásla, señor.
¡Camina despacio,
despacio, por Dios!

IV

Espera, señor, espera
sólo un momento a llorarla,
sólo un instante a mirarla,
desde el cerro del Padul...
¡Oh cuán hermosa se ostenta
a los últimos reflejos
del sol que brilla a lo lejos
entre la atmósfera azul!

Espera, señor, espera,
y ante ella puestos de hinojos
volvamos los turbios ojos
para decir la un ¡adiós!
Contempla que es nuestra patria,
nuestro dulce paraíso...
Aunque el Profeta no quiso
conservárnosla con vos.

Allí está. ¡Patria querida!
¡Cuán dolientes te dejamos!
Y antes, patria, que volvamos
¡cuántos años pasarán!
¡A ti, en la opuesta ribera
de ese mar que nos divide,
al dejar la amarga vida
los ojos se tornarán!

Cuando errantes y perdidos
por el desierto vaguemos,
nuestro afán dormiremos
hablando, patria, de ti,

y los hijos que nos nazcan
guardarán en su memoria
la infausta y sangrienta historia
de los que fuimos aquí.

—Hijos míos, les diremos,
allá lejos de nosotros
¡harto lejos! viven otros
en Granada, en un Edén.
¡Y allí tuvimos un tiempo
reyes, pueblos y vasallos,
arcabuces, y caballos,
mezquitas, cañas y harén!

Allí el placer es la vida,
siempre luce en calma el cielo,
siempre hay flores en el suelo
y en el ambiente azahar.
¡Ah! si por dicha algún día
tenéis lanzas y corceles...
aprestad vuestros bajeles
y botadlos a la mar.

Si sois muchos y valientes
y ganáis la opuesta orilla,
¡oh! ¡cerrad contra Castilla
hasta arrastrar su pendón!
No dejéis en nuestra Alhambra
uno de esos castellanos;
¡arrancadles con las manos
los ojos y el corazón!

Tal diremos, cara patria,
nosotros a nuestros hijos,
cuando duelos tan prolijos
escuchándonos estén
en el desierto, a la sombra
del fardo de los camellos...
y tal se lo dirán ellos
a nuestros nietos también.

Nosotros ya, pobres viejos,
 en el umbral de la vida
 tan solo una despedida
 podremos darte, no más.
 ¡Las manos te tenderemos
 a bendecirte llorando,
 como quien va caminando
 volviendo el rostro hacia atrás!

¡Y si huyendo de noviembre
 las arrecidas neblinas
 vemos a las golondrinas
 de nuestra patria volver,
 al dintel de nuestras tiendas
 a saludarlas saldremos,
 y de gozo lloraremos
 mientras se alcancen a ver...!

Señor, besad esa tierra,
 orad un punto y partamos,
 ¡o tornemos y muramos
 de una vez junto al Genil...!
 ¡Tenéis razón! Partid presto
 antes que ondee en Granada
 la cristiana cruz clavada
 sobre el trono de Boabdil.

Mas ¡ay! ¡ya es tarde! que truena
 la cóncava artillería
 y el humo oscurece el día
 y roba a la tierra el sol.
 ¡Huid, sin tornar los ojos,
 no os detenga la fatiga,
 que os es la tierra enemiga
 en vuestro suelo español!

Que no oigan vuestros oídos
 ese triunfal campaneo,
 ese estruendo y clamoreo
 que a vuestra espalda dejáis.

¡Huid, sin contar los pasos
 que vais prófugos haciendo,
 ¡ay! y aunque lloréis huyendo,
 desdichados, no volváis!

¡Huid presto, huid proscritos
 de vuestra patria perdida!
 Y al darla la despedida
 desde el alto del Padul,
 que se pierdan a lo lejos
 los contornos vacilantes
 de vuestros blancos turbantes
 entre la atmósfera azul.

Huye, Boabdil, aunque llores
 el rigor de tu fortuna:
 basta la luz de la luna
 para quejarse y huir:
 traspón la tierra y los mares,
 no tu desdicha te asombre,
 que nunca le falta al hombre
 madre tierra en que morir.

Huye, y si al pasar huyendo
 tu camino te embaraza,
 en torvo tropel tu raza
 cercándote con afán,
 cuando ansiosos te pregunten
 por los bravos que lidiaron,
 ¡ay! díles:—¡Allá quedaron!
 ¡No esperéis, que no vendrán!—

V

Huye, rey infeliz, y huyendo borra
 de tu camino la cansada huella:
 huye do el agua del Genil no corra,
 ni tu roja ciudad refleje en ella;

donde fortuna más leal te acorra;
donde no alumbre tan fatal tu estrella,
donde fieras las huestes castellanas
no degüellen las razas africanas.

Huye el brillante sol de Andalucía,
el voluptuoso aroma de sus flores,
la sonora y dulcísima armonía
de sus libres y amantes ruiseñores,
los amenos jardines de algún día
gozaste en soledad blandos amores
de sus frescos arroyos al murmullo,
de sus palomas al sentido arrullo.

Tal vez haya otra tierra más serena
do al fin te presten cariñoso asilo,
donde aunque errante y a merced ajena
treguas te dé tu corazón tranquilo;
donde en ignota soledad amena
crezca de tu existencia el frágil hilo,
y el blando son de la campestre zambra
no te recuerde tu perdida Alhambra.

Mas ¡ay! que a cada punto más tenaces
los duelos sobre ti se atropellaron,
y fué en vano esperar; que en vano audaces
en Granada tus árabes lidiaron,
que tus cansadas y sangrientas haces
en la vega sin honra se quedaron,
y allá yacen sin tumba ni laureles
Cegriés, Bencerrajes y Gomeles.

Y ancho sepulcro a tu cadáver dieron,
del Guatisved las turbulentas olas,
y esas aguas, Boabdil, que te sorbieron
no azotan nunca playas españolas;
y ni aun sin rumbo por su faz hicieron
nuestras rojas y sueltas banderolas;
no esperes a su margen olvidada
nuevas oír de tu gentil Granada.

Duerme, rey sin vasallos ni corona,
fantástica irrisión de la fortuna,
a quien ni amigo ni enemigo abona,
ni cruz triunfante ni vencida luna:
ya que así el cielo contra ti se encona
esa estrella fatal sufre importuna,
pues quisiste, mal rey, vasallo bueno,
perder lo tuyo y defender lo ajeno.

Duerme, si aun gozas apenas
un sepulcro en que dormir;
si esas húmedas arenas
te prestan almohadas buenas
para el sueño del morir.

Duerme en paz, y si velando
estás por tu estrella aún,
consuélate, rey, pensando
que nos es vivir llorando
una maldición común.

Duerme, y dente descuidados
grato murmullo si velas
los pasos atropellados
de los pies acelerados
de las errantes gacelas.

Y en vez de las funerarias
roncas preces de los muertos,
arrullente solitarias
con sus salvajes plegarias
las aves de los desiertos.

Y si a ti tienden cercanas
sus sombras árboles bellos,
bajo sus hojas livianas
respiren las caravanas
y descansen sus camellos.

Mas que en tu huesa tu nombre
no lean los de tu ley,
no les humille y asombre
que si supiste ser hombre
no alcanzastes a ser rey.

EL VELO

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO

¿Has hecho esta tarde oración, Desdémona?

SHAKESPEARE.

LA HERMANA

¿Qué tenéis, hermanos míos?
¡Los ojos traéis sombríos
como cirios funerales...!
¡De la faja a los dobleces
han asomado tres veces
las hojas de los puñales!

EL HERMANO MAYOR

¿Has alzado tus velos virginales?

LA HERMANA

Acaso... era al medio día...
Tal vez... del baño volvía
en mi palanquín cubierto,
el calor me sofocaba,
y la brisa que pasaba
tal vez me habrá descubierto.

EL SEGUNDO

Pasaba un hombre con caftán, ¿es cierto?

LA HERMANA

¡Oh!, tal vez... un solo instante.
Yo cubrí al punto el semblante...
¿Qué decís...?, ¿qué pude hacer?
¡Habláis en secreto... hermanos!
¡Oh!, ¡pondríais vuestras manos
en una débil mujer!

EL TERCERO

¡Sangriento estaba el sol hoy al caer!

LA HERMANA

¡Perdón!, ¡perdón! ¡Oh!, ¿qué he hecho?
¡Ah!, me desgarráis el pecho.
¿En qué, hermanos, hice mal...?
¡Sostenedme... hermanos míos...!
Siento ya en los ojos fríos...
¡Siento... un velo funeral!

EL CUARTO

¡Al menos no alzarás ese cendal!

VANIDAD DE LA VIDA

FANTASÍA

Era un día de orgía y de locura,
de esos días de vértigo infernal
en que embriagados de falaz ventura
tras el placer volamos mundanal.

Uno de aquellos vergonzosos días
en que henchidos de vida y juventud
buscamos entre locas teorías
la vanidad y el polvo en la virtud.

Uno de aquellos días en que ansiosos
despertamos de crápula y de amor,

y manchamos los días más hermosos
de nuestra vida y nuestra edad mejor.

El sol estaba espléndido y sereno,
el aura mansa, diáfana y azul,
la luz doraba nuestro huerto ameno
con tornasoles de flotante tul.

Posábanse las sueltas mariposas
de flor en flor con revoltoso afán,
ya en la más ancha de las frescas rosas,
ya en el más esponjado tulipán.

La brisa murmuraba en las acacias,
tornábase al oriente el girasol,
y las violetas se doblaban lacias
cual vergonzosas ante el rojo sol.

Alguna nube blanca y trasparente
por la serena atmósfera al cruzar,
tiñendo los objetos suavemente
veníase en la yerba a dibujar.

Y en pos las aves de frescura y sombra
salpicaban en varia confusión
del blando césped la mullida alfombra,
del olmo verde el ancho pabellón.

Víanse allí las amarillas pomas
las enramadas débiles vencer,
y a la sombra bajaban las palomas
en el arrollo límpido a beber.

Y allí extendiendo las pomposas plumas
le cubrían en cándido tropel,
como si fueran trémulas espumas
que hubiesen lecho y nacimiento en él.

Nosotros, apurando los placeres,
guarecidos de oculto cenador,

buscábamos la vida en las mujeres,
la gloria y la fortuna en el amor.

Oíanse en tumulto desde fuera
los brindis de la libre bacanal,
y el rumor de una báquica quimera,
y el crujido del beso criminal.

Yo bebía el amor hasta apurarlo
de unos impuros labios de carmín,
que me enseñaron, ¡ay!, a desearle,
y me le hicieron detestar al fin.

Dentro mi mente sin cesar bullían
fantasmas que al pasar con rapidez,
ya lloraban, danzaban o reían,
como ilusión febril de la embriaguez.

Mis amigos reían y cantaban
en lúbrico desorden junto a mí,
y sin tregua los brindis resonaban...
todo sin tiempo y sin razón allí.

Y entre el murmullo de la fiesta impura
los licores, los gritos y el vapor,
alzábamos a impúdica hermosura
himnos ardientes de encendido amor.

Entre insolentes ebrias carcajadas
blasfemamos tal vez de Jehová.
«¡Virtud!, dijimos: ¡fábulas soñadas...!
»Ahora el Dios que aterra, ¿adónde está?

»¿Adónde está la sombra de su dedo
»que escribe una sentencia en la pared?
»¡Creaciones fantásticas del miedo...!
»Bebed, amigos, sin pesar bebed!»

Vino la noche, y al salir cansados
hartos ya de beber y de gozar,

una campana en golpes compasados
cerca sentimos con pavor doblar.

Era un templo alumbrado en su reposo
de diez blandones a la roja luz,
que velaban en círculo medroso
el secreto fatal de un ataúd.

Quedaba en nuestra mente todavía
el rastro de la infame bacanal,
y mal entre sus nieblas comprendía
la silenciosa paz de un funeral.

Las lúgubres salmodias empezaron,
el pueblo reverente se postró;
cuando con *paz* al muerto conjuraron
el nombre de quien fué nos aterró.

En vano los sentidos se empeñaban
en mentirnos un sueño baladí;
los blandones el círculo cerraban,
y una hermosura descansaba allí.

¡Y era hechicera, y lánguida, y liviana;
la envidia de un salón érase ayer,
y a pesar de su pompa cortesana
hoy hediondo cadáver pudo ser!

Faltónos, ¡ay!, la voz con el aliento:
temblónos el cobarde corazón;
ciertos los ojos y el oído atento
nos dijimos al fin: «¡No es ilusión!»

*¡Allí estaba la sombra de ese dedo
que escribe una sentencia en la pared...!
¡Y era fiesta también...!, llegad sin miedo,
cantad, amigos, sin pesar bebed.*

TENACIDAD

Serrana, ve si ha de ser,
porque yo t^e he de esperar
en la fuente sin ceder;
y o no tienes de beber
o te tengo de encontrar.

Y que me canse no aguardes,
que nada esperar me importa
noches, mañanas y tardes;
todo una vida que tardes
será esperándote corta.

Y a más, serrana, hay aquí
sitio tan fresco y tan blando,
que tengo yo para mí
que anhelo tardanza en ti
por sólo estarte aguardando.

Aquí las aguas sonoras
rodando en la yerba van,
y aquí las aves canoras
del bosque alegres cantoras
música dulce me dan.

Aquí las flores campestras
me dan los blandos perfumes
de sus cálices silvestres,
y gozo en que no te muestres
mucho más que tú presumes.

Pues si al fin has de salir
altiva asaz y enojada,
tarda, serrana, en venir,
que el alma te ha de fingir
más fácil y enamorada.

Ve, pues, lo que has de ganar
si más piensas en mi daño

así esquivarme y tardar,
 porque más quiero esperar
 que saber un desengaño.

Y bástame a mí saber
 que a cada punto te veo
 cuando yo te quiero ver;
 que mucho vale tener
 de centinela al deseo.

Tras cada tronco arrugado
 en que la vista repara,
 tras cada espino enredado,
 tras cada sitio enramado
 estoy buscando tu cara.

De cada hoja que se mece
 a la vibración ligera
 el alma se me estremece,
 y todo el valle parece
 que tu rostro reverbera.

Siempre estoy adivinando
 esos dos ojos crueles
 que a traición me están mirando
 tras de un haz de juncos blando,
 tras un pie de mirabeles.

Siempre a cada incierto ruido
 que hace el aura entre las ramas
 vuelvo el gesto sorprendido,
 pensando que tú me llamas
 de algún lugar escondido.

A cada vago lamento
 que los olmos azotando
 alza repentino el viento,
 me finge mi pensamiento
 que tú pasabas cantando.

Y si una tórtola bella
 suelta triste en la espesura
 su enamorada querrela,
 digo: así llegará a ella
 mi amorosa desventura.

Y todo es pensar en ti,
 todo buscarte y quererte
 en tanto que aguardo aquí,
 aunque me pesa, ¡ay de mí!,
 desearte y no tenerte.

Que si al fin de mi esperar,
 de mi amoroso gemir,
 te dejaras ablandar,
 y saliendo del lugar
 acabarás por venir;

si cual las aguas hicieras
 que aquí murmurando están,
 y entre arenillas ligeras
 bullendo en tropel parleras
 al valle rodando van;

si hicieras como esas flores
 que cierran de noche al frío
 sus toscas de cien colores
 y desplegan sus primores
 del alba al fresco rocío;

delicioso por demás
 fuera esperarte, serrana;
 mas si hoy al fin no vendrás,
 será persuadirme más
 de que tampoco mañana.

¡Pero no has de holgarte a fel,
 pues tan tenaz como soy
 al fin de buscarte, sé

que si no te encuentro hoy
mañana te encontraré.

Que he dejado mi ciudad,
serrana, y venido así
tan sólo por tu beldad,
y ya por tu terquedad
no he de volverme sin ti.

Y cuenta con lo que digo,
que he de estar eternamente
de estos olmos al abrigo;
y no te finjas que intente
partirme, sino contigo.

Haréme por el verano
un toldo con espadaña,
y haré en el invierno cano,
por burlar al viento insano,
mi hoguera en una cabaña.

Conque así, ve si ha de ser,
porque yo te he de esperar
en la fuente sin ceder;
y o no tienes de beber,
o te tengo de encontrar.

HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN

LEYENDA

INTRODUCCIÓN

En un rincón de Castilla,
allá en el fondo de un valle,
sobre tres cerros distintos
hay tres torres semejantes.

Castillos los llaman unos,
otros atalayas árabes,
mas su origen positivo
a la verdad no se sabe.

Un río humilde, el *Esgueba*,
la falda a los cerros lame,
y entre huertas y majuelos
lleva a rastra sus cristales.
Entre los olmos y vides
con que tapiza su margen,
y ambas filas de colinas
que le interrumpen el aire,
hay derramados sin orden
más de un ciento de lugares
que amasados todos ellos
un pueblo tal vez no valen.
Pues los pueblos con el río,
y las huertas de la margen,
las colinas que le cercan
en dos bandas desiguales,
y los tres cerros distintos
con tres torres semejantes,
de tal modo unos en otros
vegetan, pasan o yacen,
que todo el conjuro entero,
sin que esto lo dude nadie,
tomando nombre del río
forma sin disputa el valle.

PRIMERA PARTE

I

Está la noche expirando,
y allá en el fin de la sombra
en vacilante crepúsculo
tiñe el oriente la aurora.
La luna en el occidente
su pálida luz ahoga,

y las estrellas la siguen
luz reflejando medrosa.

Silba el cierzo entre las ramas
de los árboles sin hojas,

y con espejos de hielo
Esgueba sus aguas orla:

ostenta el campo escarchado
trémula, alumbrada alfombra,

que a veces parece el alba
y agua a veces silenciosa

que allá en la sombra confusa
humeando se evapora:

se oye el murmullo del río
que por la pesquera rota

se filtra tornando el agua
en espuma bulliciosa.

Ya en copos blancos se eleva
trenzada y murmuradca,

ya cae en hebras de plata
y se arrastra tumultuosa,

ya trepando por las piedras
se columpia de una en otra,

ya por evitar un canto
serpenteando se encorva,

y ya tornando a ser agua
susurra en la yerba tosca.

Allá en la opuesta ribera
se alcanza una torre octógona

con que la frente de un cerro
entre brezos se corona.

Un pueblo frente por frente
junto a las aguas sonoras

con casas de tierra y ramas
de hidalgo y leal blasona;

y una casa que más lejos
de la orilla y de las otras

puede pasar por alcázar
según aumenta en las formas,

yace al pie de una colina

olvidada, triste y sola,
con lienzos en las ventanas

que honores de vidrios gozan.
Entre una luz y los lienzos

cruza a veces una sombra
que sobre ellos destacada

parece bien que se asoma:
y a veces inmoble y fija

cubre la ventana toda
cual si estorbar pretendiera

paso a la vista curiosa.
A veces semeja un hombre

que, vuelto el rostro a la antorcha,
dibuja un bulto sin gesto

que descansa en una gola;
y a veces raudo pasando

de un rostro el perfil contorna
de agudo y crespo bigote

que con la gorguera toca.
Mas puede a veces dudarse

si es una, o son dos las sombras,
si pasean, o si danzan,

si luchan, o si retozan;
porque hay puntos en que cruzan

dos bultos de varia forma,
una cabeza con rizos,

con barba y bigotes otra.
Casi al pie de la colina

en que la casa se apoya,
hacia el pueblo más cercano

una senda desemboca.
Un hidalgo a pasos lentos

la vuelta del cerro toma.
Un mozo trae por delante

debajo una yegua torda,
y un largo ropón oculta

lo demás de su persona.
Tendió a la casa la vista,

tembló, paróse, y tendióla

por todo cuanto en el valle
 abarca, sombría y torva.
 Echó pie a tierra, y a poco
 la mirada escrutadora
 alcanzó la luz movable
 por entre la puerta rota:
 en faz de asombro y de duda
 o de vergüenza y de cólera,
 la planta trémula tuvo,
 y agachándose en la sombra,
 clavó en la puerta los ojos,
 y el puño en la tierra fofa.
 Se abrió la puerta: un mancebo,
 la faz envolviendo toda
 de un gabán entre las pieles,
 en apostura amorosa
 de una mujer se despide
 que a despedirle se asoma.
 Juró airado el escondido
 en voz sofocada y ronca,
 sonó en el umbral un beso,
 cerró la puerta la moza,
 y el galán pasando el vado
 hacia la torre se torna.
 Cuando él llegó al pie del puente,
 ya con mano vigorosa
 a sendas aldabonadas
 el otro a su puerta dobla.
 Abrióla al fin la mujer,
 y al cerrarla cuidadosa
 ya por oriente venía
 la tornasolada aurora.

II

El codo sobre la mesa,
 sobre la mano ambas sienes,
 entrambas cejas fruncidas,
 arrugada la ancha frente,

la otra mano en la cintura,
 los pies en un taburete,
 en un sillón de baqueta
 está meditando Pérez.
 Una lámpara de hierro
 a un lado en la mesa tiene,
 cuya luz lucha oscilando
 con el día que amanece.
 Al otro lado un tintero,
 y en el centro unos billetes
 cuya firma está abrasando
 con pupilas de serpiente.
 Desigual suelta el aliento
 por los apretados dientes,
 y mal ahogados suspiros
 dentro del pecho le hierven.
 «Mendo Abarca...!, que me place,
 un día tras otro viene,
 y honra con honra se paga,
 «vida por vida se pierde.»
 Esto en voz baja diciendo
 asió la luz de repente,
 y a voces en la escalera
 llamó a Margarita, Pérez.

Subió al punto la muchacha
 tranquila, hechicera, alegre,
 mostrando en la tez de rosa
 sus abriles diez y nueve.
 Y es la niña un embeleso,
 una hermosura de oriente,
 cogido el cabello en trenzas
 que con dos agujas prende;
 cintura escasa y flexible
 que cimbreo y se estremece,
 tez morena, negros ojos,
 paso resuelto y pie breve.
 Con la sonrisa en los labios,
 y con la paz en la frente,

rebotando amor y hechizos
que irresistibles parecen
entró por el aposento
preguntando:

—¿Qué me quieres?

Pérez bajando los ojos
contestóla:

—Que te sientes.

Sentóse, y siguió el marido:

—¿Tienes, querida, presente

cuánto tiempo ha nos casamos?

—Sí por cierto; treinta meses.

—Pues eso ha que nuestra honra
nos prestamos mutuamente.

—Y ahora, ¿a qué recordarme...?

—Dime, ¿y esto cuántas veces

si se pierde se recobra?

—¿A qué viene esto, Rui Pérez?

—¿Sabes, Margarita mía,
que cada sentido tiene

una puerta por do sale
nuestra honra y nunca vuelve?

—¡Pero!...

—¿Y sabes, Margarita,

que no sois más las mujeres

que un alcázar donde la honra
guardada los hombres tienen?

—¡Por Dios, Pérez, que no alcanzo
lo que con esto pretendes!

—¿Sabes que un alma con honra
otra alma con honra quiere,

porque es justo que se guarden
las reinas para los reyes?

—¡Pero!...

—¿Y sabes, Margarita,

que el marido que la pierde

compra una marca de infamia

que lleva en el rostro siempre?

—¡Pero!...

—¿Y sabes, Margarita,
que en tanto que no la vengue
ni de hidalgo ni de hombre
el vano nombre merece?
—¡Pero!...

—¿Y sabes, Margarita,
que si por ella no vuelve,
hasta las dueñas escupen
de su blasón los cuarteles?
—¡Mas yo!...

—¿Y sabes, Margarita,
que nació hidalgo Rui Pérez,
y no ha de vivir sin honra
aunque al mismo Dios le pese?
—¡Cielo!...

—¿Y sabes, Margarita,
que un remedio hay solamente
para dolencia tan grave...
—¡Pero escucha!...

—Y que es la muerte?

—¡Pero!...

—¡Silencio!

—Oye...

—¡Calla!

Más hablando no me afrentes,
y lee, si te queda aliento,
Margarita, esos papeles.

Y esto diciendo, a la cara
tiróla Rui los billetes,
y ella cayó de rodillas
clamando: —¡Cielos, valedme!

Pasaron unos instantes
en silencio tan solemne
que de entrambos corazones
contarse los golpes pueden.
Pérez, crispados los puños,
atenazados los dientes,

amoratados los labios,
fuego por los ojos vierte.
Margarita, de rodillas,
doblada al pecho la frente,
cruzadas las blancas manos,
pálida como la muerte,
correr por ambas mejillas
deja una lágrima ardiente,
que resbalando hasta el suelo
en vapor se desvanece.

Pérez, inmóvil de rabia
en el sillón se mantiene,
y ella de miedo y vergüenza
convulsiva se estremece.

Al cabo con voz sombría
dijo a Margarita, Pérez:

—Mujer, yo adoraba en ti;
por tu capricho más leve,
por solo un cabello tuyo
hubiera muerto mil veces.

¿Y el amor que compré un día
con vida y con alma, ¡imbécil!,
hollandando tus juramentos
así en mi ausencia me vendes?

—Perdón, clamó Margarita.
¡Oh, me detesto...!

—Detente,
que con que tú te aborrezcas
él mi honra no me vuelve.

Pero ¡por Dios! que no es tarde...
—Cielo santo, ¿qué pretendes?

¡Perdón!, ¡perdón!, ¡a tus plantas
me arrastraré eternamente!

—Y el polvo en que tú te arrastres
¿podrá mi honra volverme?

—¡Lloraré al pie de tu lecho
velando mientras tú duermes!

—¡Y qué sueño ha de acudir
a quien sin honra se acueste?

—¡Seré menos que tu esclava!
¡Besaré el polvo que huelles!
—¿Y qué harás con esas manos
que toman estos billetes?

—¡Perdón!
—Pídesele al Cielo,
que él solo dártele puede.

III

Es un salón cuadrilongo,
dentro de la antigua torre
en que desterrado habita
don Mendo Abarca y Quiñones.

Sobre un tapiz toledano
bordado en torno de flores,
hay una imagen de Cristo
colgada de dos cordones.

De la alta bóveda ojiva
por medio una argolla, corre
otro cordón que sustenta
una lámpara de cobre.

En una de las paredes
hay un nicho y dos balcones,
y el sol pasa macilento
por los vidrios de colores.

Allá en el opuesto lado,
gigantesca en dimensiones,
hay, a guisa de herrería,
una chimenea, en donde

se exhala en llamas y en humo,
tendido en seis pies de bronce,
amenazando un incendio,
muy cerca del medio roble.

Y de cara hacia la llama
magro, silencioso, inmóvil,
entre enterrado y tendido
dentro de un sillón, un hombre.

Una mujer no muy lejos

en silencio borda o cose una alfombrilla de sedas que sobre un cojín recoge. Entre ellos el ruido sordo de la chimenea se oye, y afuera el cierzo que zumba en los ángulos del norte.

En cuanto a ambos personajes, siguen sus meditaciones sin que al parecer al uno nada del otro le importe. Cada cual en su trabajo su atención entera pone, ella contando sus hebras, él contando sus tizones.

Al fin rompiendo el silencio dijo la mujer al hombre:

—¡Estás triste!

—No; cansado de velar toda la noche.

Y como volviendo en sí el que respondió, turbóse.

Rápida, mas de hito en hito, ella un punto contemplóle, mas él siguió:

—¿No lo sabes? Volveremos a la corte.

Soltó la alfombra Leonor, y acariciando a Quiñones, le dijo:

—¡Y me lo ocultabas!

—Quise sorprenderte; el conde me escribe ayer que a mi antojo la vuelta de Madrid tome.

—¿Y será pronto?

—Muy pronto, que ya me cansa esta torre, donde hemos estado un año escondidos como hurones.

—¡Cuánto he rezado a ese Cristo porque a este día nos torne!

Don Mendo se puso en pie al escuchar este nombre, y llorando de contento ella del cuarto salióse.

En esto por otra puerta entró el paje Diego López, y ante su señor llegando cortésmente saludóle.

—¿Qué tenemos?—en voz baja preguntó al mozo Quiñones.

—Nada, señor; ha seis días que Huyeron ambos.

—¿Adónde?

—Imposible adivinarlo; la casa registré anoche.

—¿De quién hubiste las llaves?

—La escalé por los balcones.

—¿Y qué?

—La casa desierta, las camas hechas, los cofres cerrados, no falta nada; todo en silencio y en orden.

—¿Y nadie responde de ellos?

—¡Imposible!; unos pastores dicen que le vieron solo pasar el puente ha dos noches,

pero que al ponerse el sol iban los dos por el bosque.

—¿Los dos, y volvía Pérez?

—Solo.

—¡Es bien extraño...! López, dentro de muy pocos días volveremos a la corte.

—Está bien, señor.

—Escucha; para lo de ayer disponte.

—¿Dos caballos?

—Por supuesto.

—¿A qué hora será?

—A las doce.

Dejó el aposento el paje,
y entre sí mismo Quiñones
murmuró:

—¡Si volvió Pérez,

y sospechando...!, ¡oh!, entonces
mañana mismo a Madrid,
y ahí se las haya el buen hombre.

Y al color de la fogata
sobre la mano durmióse.

IV

Está la torre que habita
don Mendo junto al Esgueba,
en una colina oscura
sin árboles y sin yerba;
sin foso que la circunde,
sin torres que la defiendan,
desmantelados los muros,
derribadas las almenas.
Asido con dos argollas
entre dos postes de piedra,
tiene un puente levadizo
suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente
otra torre más pequeña,
en cuyo centro macizo
hay torcida una escalera,
y alzado el puente de noche
aislada la torre deja,
de modo que a un tiempo mismo
sirve de puente y de puerta.
Por inútiles sin duda
sus ventanas y lucernas

hanse tornado en balcones
y suprimido las rejas;
y es justo, a nuestro entender,
que tal mudanza sufrieran,
pues sirven de algo en la paz
y eran estorbo en la guerra.

Era la noche siguiente,
y la media noche apenas;
el cierzo airado zumbaba
del olmo en las ramas secas,
y murmuraban las aguas
azotando las riberas,
atropellando sonoras
raíces, algas y piedras,
haciendo con sus espumas
espejos, lazos y trenzas.
El cielo entre opacas nubes
velando luna y estrellas,
el valle, el río y la torre
encapotaba en tinieblas.
No brillaba en los linderos
la luciérnaga rastrera,
no había parleras aves
que cantaran en la selva,
ni insectos que susurraran
entre la flexible yerba;
no había pajizas flores
que en los céspedes crecieran,
ni pastores que velaran,
ni silbadoras culebras,
ni lobos que con la luna
cruzarán por la pradera.
Que es la noche, sobre oscura
de diciembre, opaca y negra,
y húmeda, gruesa y pesada
acosa al aire la niebla.
Bajóse en la torre el puente,
y trasponiendo la cuesta

dos hombres hacia los vados
echaron por una senda.

—¿Traes las llaves?—dijo el uno.

—Sí, señor.

—¿Y allá quién queda?

—Martín Muñoz en la escala,
durmiendo la camarera;

y Lucas con los caballos

aguarda junto al Esgueba.

Los demás hacia la corte

irán ya lejos, y apenas...

Una ráfaga silbando

el resto arrastró con ella.

Entonces, de entre la sombra
alzóse callada y lenta

una figura embozada

que mucho a un hombre semeja.

Tanto guarda de fantasma

como de humano conserva,

porque ella anda, o se desliza,

sin que al moverse se sientan

el compás de sus pisadas

o el rumor de sus espuelas;

y el murmullo que se escucha

dentro de su boca misma,

no se sabe si es que gime,

conjura, amenaza o reza.

Pero hombre, ilusión o duende,

al pie de la torre llega,

y sin vacilar un punto

con una escala de cuerdas

asiendo el balcón más bajo,

desembozándose trepa,

y de un corredor desierto

se pierde por las revueltas.

En una apartada alcoba,

a la luz de una linterna,

la esposa de Mendo Abarca
sola y destocada sueña.

Y los labios la sonríen,

y la lengua balbucea,

y toda la paz del alma

la faz dormida refleja.

Con el fin de su destierro

descuidada devanea,

y la pasan por la mente

viajes, luminarias, fiestas,

y con sus mil armonías

de campanas y pendencias,

obras, caballos y carros

se finge una corte entera.

Los nobles que la visitan,

las damas que la contemplan,

los lacayos que la aguardan,

y los pajes, y las dueñas,

los billetes de convite,

las joyas y las preseas,

todo la pasa en tumulto

en ilusión halagüeña.

En esto el mismo fantasma,

asomó osado en la puerta,

corrió por dentro el cerrojo,

contempló un punto a la bella,

y luego ahogando la luz

dejó la estancia en tinieblas.

Se oyó en la sombra un suspiro...

y en faz de rauda tormenta

siguió estrellándole el cerzo

en las pintadas vidrieras.

Las puertas estremecidas

sobre los quicios retiemblan,

y silba y cruje y se rasga

con ímpetu en las troneras;

y ni gemidos ni pasos

tornan a oírse, ni quejas;

todo el viento lo devora,
lo mata, sofoca o lleva.

A poco, don Mendo y López
tornaron la misma senda,
y tornó a oirse del puente
rechinando la cadena,
y oyóse que el uno hablaba
y el otro daba respuesta.
—¡Cogió las cartas!

—Sin duda.

—Más vale así.

—Que no vuelvan;

pasado mañana, López,
a Madrid damos la vuelta.

Cruzaron ambos el puente,
volvió a sonar la cadena,
y siguió el viento zumbando
por los ángulos y rejas.
Y en esto en el balcón mismo
la misma escala de cuerdas
cayó al campo, y el mismo hombre
bajó embozado por ella.

Llegó al suelo, y percibióse
de Pérez la voz severa
que a lo lejos murmuraba
como quien conjura o reza:
«Quien a hierro mata, es justo
que igualmente a hierro muera;
»HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
»NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.»

V

Vino un día y otro día,
y vino un mes y otro mes,
y año tras año venía;
el segundo concluía
y pasaron hasta tres.

Pérez desapareció,
su casa quedó en escombros,
don Mendo a Madrid volvió,
y con estruendo y asombro
la torre se desplomó.

Contaron de ello medrosas
las gentes varias consejas
y fábulas espantosas,
de amoríos las hermosas,
y de visiones las viejas.

Quién dijo (y a tal contar
el más valiente se pasma)
que vió el alba al despuntar
junto a la torre vagar
blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que atravesando
de noche por la pradera,
la colina coruando
vió hasta cien almas danzando
en derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo
un hidalgo de lugar
que, arrugando el entrecejo,
contara que un moro viejo
huyó de verle pasar.

Ni un muchacho revoltoso
a quien por calmar el llanto
contaran en son medroso
aquel cuento tan famoso,
y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella
con un espectro galán,
y que una devota bella

le alcanzó a ver después de ella
en casulla o balandrán.

Todo eran apariciones,
raros acontecimientos,
secretas conversaciones,
todo ruidos y visiones
y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,
otros toparon enanos,
otros hogueras volantes,
otros mágicos errantes,
y otros brujas y gitanos.

Y alguno más entendido,
más ducho y más suspicaz,
creyó allí haber sorprendido
algún amor protegido
con el murmullo falaz.

Vino un día y otro día,
y vino un mes y otro mes,
y el tercer año corría;
el segundo concluía
y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
y olvidadas las consejas,
los mozos las despreciaron,
las muchachas se casaron,
y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó
y el valle quedó en calma;
Mendo Abarca no volvió,
ni a nadie se apareció
Pérez ni en cuerpo ni en alma.

SEGUNDA PARTE

VI

En un salón adornado
con alfombras toledanas,
con pabellones de sedas,
con mecheros y con lámparas,
vestido de terciopelos
festionados de oro y plata,
cercado de taburetes
y de cojines de grana,
hay hasta cuatro personas
en plática sosegada,
que esperan como en familia
alguna cosa que tarda.
Una es don Mendo Quiñones,
otra es una antigua dama,
otra es doña Leonor,
y otra un clérigo, que calla.
Está Leonor cual lo exige
la ceremoniosa usanza
de aquellos revueltos tiempos
de fiestas y de batallas.
Corpiño y falda turquí
bordados de seda blanca,
con dos filas de botones
de costosa filigrana.
Desnudo el cuello y los hombros
bajo un collar de esmeraldas
con un lazo de brillantes
que por una cruz remata.
Los cabellos divididos
en dos trenzas derribadas
que a ambos lados se recogen
en dos agujas de plata;
y en la mano un abanico
con que la faz del sol guarda,
tras de cuyo varillaje
mira a salvo y no es mirada.

Con igual lujo y riqueza
 está engalanado Abarca,
 el jubón de terciopelo,
 acuchilladas las mangas,
 capotillo carmesí,
 calzón negro y gola blanca,
 y en un cinturón de seda
 colgados estoque y daga.
 De aquestos tres personajes,
 Quiñones y las dos damas,
 el cuarto los atavíos
 está contemplando en calma.

Empieza en una corona
 y en un acicate acaba,
 tanto conserva de monje
 como de soldado guarda.
 El gesto tiene severo
 y la frente despejada,
 empinados los bigotes,
 espesa y luenga la barba.
 El jubón negro y sin cuello,
 el ropón tocando en capa,
 la gola negra y sencilla,
 botas, espuelas y espada.
 Si fija en otros sus ojos,
 no pueden con sus miradas,
 si habla le escuchan atentos,
 no le importunan si calla.
 Mas su mirada es modesta,
 contenidas sus palabras,
 si reconviene no ofende,
 y si aconseja no cansa.
 Los valientes le saludan,
 los pordioseros le aguardan,
 las damas le reverencian,
 los cortesanos le halagan.
 Y algunas lenguas mordaces
 sólo un defecto le achacan,

ser celoso en demasía
 de la honra y buena fama.
 Es capellán de Quiñones,
 con quien tiene mesa y casa,
 y a quien salvó vida y honra
 dicen que en una batalla.
 De entonces él y don Mendo
 un punto no se separan;
 son un cuerpo y una sombra,
 cuerpo y sombra con un alma.
 Es a un tiempo secretario,
 consejero, amigo y guarda;
 Don Mendo sin su presencia
 ni come, ni abre las cartas:
 a un sermón y a un desafío
 igualmente le acompaña:
 procura evitar contiendas,
 pero una vez empeñadas
 el cáliz por el estoque,
 por la malla el ropón cambia;
 y a pretexto de padrino
 da la postrer cuchillada.

Ni es de extrañar que esto sea,
 porque en los tiempos que alcanza
 los obispos son alcaides
 y sus palacios son plazas;
 no pagan pecho a sus reyes,
 mantienen a sueldo lanzas,
 antes de prestarle ayuda
 juzgan despacio su causa,
 y como más les va en ello
 le acuden o se desmandan;
 y viven entre placeres
 con familiares y damas.

Así como es el espejo,
 es la imagen que retrata,
 y así como andan los reyes
 la corte y vasallos andan.

Tales son los personajes
 que en plática sosegada
 esperan como en familia
 alguna cosa que tarda.
 Al fin, al doblar sonoro
 de una ligera campana,
 abriéronse los balcones,
 entró el sol de la mañana,
 y de galanes y hermosas
 fuese llenando la sala.
 Oyóse el rumor del pueblo
 que abajo se agita y pasa,
 y el capellán y Quinones,
 haciendo venia a las damas,
 salieron hacia la iglesia
 donde doblan las campanas,
 porque es el día del Corpus
 y está la corte de gala.

VII

Al doble y revuelto son
 de campanas y atabales,
 hierve y bulle un pueblo entero
 en plazas, rejas y calles.
 Es un bello sol de junio
 que derramado se esparce
 por techos, plazas y torres,
 gran farol de fiesta grande.
 Sus rayos de grana y oro
 se quiebran y se deshacen,
 se estremecen y reflejan
 en pizarras y cristales.
 De los sueltos pabellones,
 de los tapices brillantes
 que orlan, visten y coronan
 los balcones desiguales,
 en cada hebra de oro y plata
 y en cada lazo ondulante

reverberan mil colores
 que tornasolan el aire.
 Entre guirnaldas de flores,
 entre velos y cendales,
 entre abanicos de plumas,
 entre dueñas y entre pajes,
 decoran las celosías
 que recorren fiestas tales,
 cuantas damas de Castilla
 dentro de la villa caben.
 La luz de un sol tan alegre,
 la interposición del aire,
 los suntuosos atavíos,
 y el placer de los semblantes
 hacen que de cada hermosa
 finjan en ensueño, un ángel
 los enamorados ojos
 de los felices galanes.
 ¡Cuántos hidalgos osados
 deteniendo el paso errante
 al pie de unos miradores
 contemplan un gesto grave!
 ¡Cuánto celoso mancebo,
 al revolver de una calle,
 el sombrero hasta los ojos
 aguarda amoroso trance!
 ¡Cuánta dueña en una reja
 en tanto la dama se le
 espera en faz compungida
 que el audaz citado pase!
 ¡Cuántos suspiros se ahogan
 entre el son interminable
 con que el gentío murmura
 cuando del pecho se parten!
 ¡Cuánto ardorosa mirada
 intercepta el velo frágil
 de una pluma que un tercero
 cruzó entre ambos un instante!
 ¡Cuántos ojos arrobados

en otros del cielo imagen,
se topan detrás de aquéllos
otros ojos centellantes!
¡Cuántas citas amorosas
camino a escondidas se abren
entre aquel rumor confuso
que un millón de bocas hace!

Calmando al fin del gentío
la voz sorda y susurrante,
diez maceros a caballo
la gante por medio parten.
Bajáronse los sombreros,
y tornáronse anhelantes,
impacientes y curiosos
mil rostros hacia una calle.
Pasaron lanzas y cruces,
alabardas y estandartes,
cirios, clérigos, soldados,
mangas y comunidades.
Pasaron urnas, reliquias,
chirimías y ciriales,
congregaciones y escuelas,
nobles, juntas y hermandades.
Hasta que al fin, de improviso,
levantó su voz gigante
el pueblo, que vió a lo lejos
la engalanada falange
de hidalgos, condes y duques,
obispos y cardenales
que en torno del rey Enrique
traen a su Dios por delante.

Quedábale a Enrique Cuarto
por don de sus mocedades
el fastidio y la osadía
de placeres y desmanes;
que aun niño, rompiendo el yugo
del respeto al rey su padre,
tuvo en Segovia una corte

con pueblo y leyes aparte.
Y allí, anegado en deleites,
sin conocer vasallaje,
pasó los años primeros
siempre en faz de rebelarse.
Hoy ya rey, abrió su corte
a cuanto ilusorio y grande
quiso con sus reales culpas
de las suyas escudarse.
Vinieron aventureros
sin más haber que su sable,
y vinieron cortesanas
que allá en países distantes
fueron nobles y duquesas
de real solar y real sangre,
a quien echan de su patria
opiniones populares.
Vinieron monjes robustos,
todos rectores y abades,
de costumbres de gran peso
y profesión impalable.
Y entre discordia y licencia,
entre amores y combates,
andando allí confundidos
los soldados y los frailes,
logróse sin gran trabajo
que fuesen en tiempos tales
las audiencias galanteos,
los amores liviandades,
y las damas cortesanas
y los clérigos galanes.
Que así como es el espejo,
es la retratada imagen,
y hacen, si andan mal los reyes,
que mal los vasallos anden.
Los monjes a par alternan
las mallas y los sayales,
y el que ayer era prelado
mañana a campaña sale.

Tales gentes y tal fiesta
bajan la calle adelante,
y hasta doscientos jinetes
dan a la función remate.

Entre las gentes que al rey
prestan honra y homenaje,
ni cerca de su persona,
ni lejos del Condestable,
van dos nobles caballeros
que en severos ademanes
entre secretas palabras
secretas razones traen.
Tan por lo bajo las cruzan,
que en verdad no fuera fácil
que pudiera algún curioso
alcanzar de lo que traten.
Mas que es cosa de importancia
bien pudiera asegurarse,
pues a veces hace el uno
que el otro los ojos baje,
y a veces levantando éste
la mirada penetrante,
torna a bajarla irritado
cual devorando un ultraje
que el otro le recordara
y mucho a su honra tocase.
Cuanto más uno se turba
sigue el otro imperturbable,
y ambos miran de continuo
a un balcón, luego a la calle.
Es el uno Mendo Abarca,
que inclinado hacia adelante,
con su capellán conversa
en razones semejantes:

—¡Pero, padre, eternamente
la misma conversación!
—Señor, siempre esta ocasión
me está en el alma presente.

—¡Maldita ocasión la vuestra,
que en todas partes la veis!
—Señor, que fué bien sabéis
la experiencia mi maestra.

—¿Y lo que os sucede a vos
ha de acontecerme a mí?
—¡La honra, señor, que perdí
no basta a dármela Dios!

—Y cuando vos la perdáis...
—Yo mismo la cobraré.
—Yo también me lo pensé,
pero como yo la erráis.

Que es la mujer un cristal
que si se empaña una vez,
la mancha o la palidez
se lavan luego muy mal.

—Mirad, don Mendo, al balcón
y a la calle atentamente.
—¡Padre, Padre, eternamente
la misma conversación!

—Si os salvé, señor, la vida,
la honra os he de salvar;
yo por ella he de velar,
si vuestra merced la olvida.

—Ved que vos podéis muy bien
dar camino a una sospecha.
—Ved que en cuenta tan estrecha
podéis vos errar también.

—¡Ved que soy yo su marido!
—¡Ved que ella es vuestra mujer!
—Sé que me ama.
—Puede ser.

—¡Y pudiera...

—Haber mentido.

—Mas, Padre, vos...

—Vedla allí,

y aunque así a vos no os ofende,
pensad que a todos atiende
menos a vos...

—¡Eso sí!

—Pues si os ama, ¿cómo a vos
es a quien busca el postrero?

—¡Ay triste del que altanero
me compita, ¡vive Dios!

Así en voz baja platican
aquellos dos personajes
al ir de su propia casa
avistando los umbrales;
y saludando a Leonor
que al balcón a verlos sale,
con la procesión siguieron
toda la plaza adelante.

VIII

En un estrecho aposento,
al amarillo fulgor
que por entre seis cristales
despide un turbio farol,
el capellán y don Mendo
en tenue y secreta voz
tienen de alta consecuencia
trabada conversación.
Don Mendo está pensativo,
encendido de color,
la mano puesta en la frente,
mal sentado en un sillón,
los cabellos en desorden,

luchando con su interior
y retratando en el gesto
la inquietud del corazón.

El capellán tiene el rostro
entre hipócrita y feroz,
y contempla el de Quiñones
con ojo escudriñador.

Al abrigo guarda el suyo
de la sombra del farol,
cuidando de que a don Mendo
ilumine el resplandor.

Entre ambos hay extendido
un macizo velador

en que para estar más cerca
se apoyar tal vez los dos.

A una pregunta de Abarca
de extremada concisión,
con otra pregunta idéntica
el capellán contestó.

—Y su tristeza y despego
¿no veis de entonces, señor?

—Mas ved, Padre...

—¿Y no decís
que al saber vuestro perdón
casi loca de alegría

vuestra vuelta aceleró?

—Es verdad.

—¿Y no decís
que advertisteis variación
desde la misma mañana
en que en la corte se vió?

—¿Y eso, Padre...

—¿Y no decís
que un ensueño aterrador
la atosiga desde entonces
y la pone en aflicción?

—Es verdad.

—¿Y no decís

que de aquesto torcedor
nunca la secreta causa
vuestra esposa os reveló?

—Y eso prueba...

—Que en su pecho
hay secretos para vos,
y las mujeres no tienen
más secretos que el amor.

Don Mendo apretó los puños
cuando tal respuesta oyó,
y en la inquietud de sus ojos,
que revuelve en derredor,
se ve bien que busca el triste
otra disculpa o razón.

En tanto el cura le atiende
con sonrisa de traidor
y rebosan sus pupilas
sangrienta satisfacción.

Por fin, como quien despliega
todo el último valor,
con hondo y trémulo acento

Mendo Abarca replicó:

—Tal vez de mujeres, Padre,
secretos caprichos son
que sólo consultar deben
allá con su confesor.

—Los caprichos mujeriles
ya os dije, don Mendo, yo,
que si al marido se celan
no son más que otra pasión.

—Callad, Padre, porque me hacen
vuestras palabras pavor,
y es tan profunda esta herida
que me duele, ¡vive Dios!

—Pues buscad presto remedio,
don Mendo, porque si no
la herida se os hará cáncer
que gangrene vuestro honor.

Mañana tal vez...

—¡Por cierto
que es tremenda precisión!
Dejadme, que bien pensado
el tiempo...

—¡Tiempo veloz,
tiempo rápido!, que el tiempo
carcome la reflexión.

—Pero, Padre, ¿ved que errarlo
no fuera...?

—Nunca peor,
que en cuidar mucho su honra
jamás hidalgo pecó.

Ved que yo he perdido el mío,
y aunque hice venganza atroz,
ni le he cobrado, ni el tiempo
me ha quitado este borrón.

—Pues bien, si es cierto, a impedirlo
o a vengarlo pronto estoy.

—Pues el remedio, o venganza:
ved que urge.

—Tenéis razón;
y pues sabéis la dolencia,
buscadme el remedio vos.

Guardaron ambos silencio
en torva meditación:

don Mendo, fijos los codos
sobre el ancho velador,
las sienes entre las manos,
y el cabello en confusión,

como quien devora y siente
secreto afán interior.

Su sombrío compañero,
de espaldas en el sillón,
es un hombre a quien se puede
partir la figura en dos.

Unas veces es un monje,
ministro santo de Dios,

cuya presencia es consuelo
 a mundanal aflicción,
 cuyo rostro da franqueza,
 cuya majestuosa voz
 aconseja dulcemente
 dando calma al corazón.
 Otras es un hombre osado,
 duro, hipócrita o traidor,
 que aguarda en faz misteriosa
 una pensada ocasión:
 un tigre que acecha oculto
 la presa que descubrió,
 y hace que duerme tranquilo
 para asaltarla mejor.
 Si baja al suelo los ojos,
 dirían que hace oración,
 mas arden cuando los alza
 en fuego fascinador;
 y al fijarlos en don Mendo
 tan horrible es su expresión,
 que más que monje, dijera
 que semeja un salteador.
 A veces pintan la ira
 y a veces la compasión,
 y a veces pintan los celos
 y otras veces el furor;
 y el orgullo y la vergüenza,
 y el duelo y la confusión,
 y la venganza y la rabia,
 la constancia y el valor,
 a un tiempo brillaba en ellos...
 Mas todo cambió veloz
 cuando don Mendo la frente
 de entre las manos alzó.
 Fué otra vez el mismo monje
 amigo y consolador
 que la existencia de Abarca
 en el combate salvó.
 La mirada que Quiñones

tendió angustiado en redor,
 a la del monje pedía
 más que justicia, perdón.
 Mas el clérigo inflexible,
 Mas el clérigo inflexible,
 en sorda y siniestra voz
 así dijo, entre los dedos
 deshilachando el ropón:
 —Escuchadme, Mendo Abarca;
 en negocios como el de hoy
 hasta que todo se aclara
 disimular es mejor.
 Sólo un medio se me alcanza:
 pues que capellán soy yo,
 disponed que a vuestra esposa
 oiga un día en confesión.

Y esto diciendo, brillaban
 sus ojos con tal fulgor,
 que semejaron la lumbre
 de enrojecido carbón.
 El marido, que turbado
 tal vez no le comprendió,
 replicóle:

—¡Entonces, Padre,
 lo alcanzaréis sólo vos!
 A lo que el clérigo dijo:
 —Muy torpe, don Mendo, sois,
 pues se oye desde una alcoba
 lo que se habla en un salón.
 —Cierto, Padre; pero... hay puntos
 que en ofensa son de Dios.
 —Cierto, Abarca, mas hay prendas
 que encierran tanto valor.
 —¡No os comprendo!

—Concluámos
 tan necia conversación;
 si sois hidalgo, don Mendo,
 curad bien de vuestro honor,
 o sufrid que el pueblo ría
 a vuestra faz...

—¡Eso, no!

¿Decís que el pueblo se ríe?

—¿Quién lo duda?

—¿Y tal baldón

llevará junto mi nombre...?

—El de marido, señor.

—¿Y mi esposa...?

—Ha de infamaros si es cierto que os engaño.

Iréis con ella a la corte, y han de mofarse de vos.

El rey os hablará de ella, y ha de mofarse de vos.

La verán al lado vuestro, y han de mofarse de vos, y os tendrán, a no vengaros, por necio o encubridor.

—¡Basta, Padre, o con la lengua os arranco el corazón, que verdades tan amargas las tolera sólo Dios!

¡Basta a fe...! Fingiré un voto de una peregrinación; su confesión en voz alta la tomaréis, Padre, vos; pero dentro de la alcoba la he de escuchar también yo.

Y alzándose del asiento tomó don Mendo el farol, dirigiéndose a una puerta que da paso a un callejón. El clérigo le seguía en ademán triunfador, y al trasponer los umbrales entre dientes murmuró:

«Este mes hace tres años, mañana al salir el sol, un crimen y un duelo mismo tendremos que llorar dos.»

Tornóse Mendo, y pensando, que dudaba, preguntó:

—¿Qué decís, Padre?

—Rezaba: id adelante, señor.

IX

En una sala cuadrada con tres tapices cubierta, al pie de un reclinatorio de cincelada madera, ante un monje de rodillas con un velo en la cabeza, doña Leonor de Quiñones cristianamente confiesa.

El rojo sol de occidente reflejando en las vidrieras, por las entornadas hojas con trémula luz penetra.

Y en los tapices tendiendo una ráfaga postrera, con paso incierto al huírsele pasa de una en otra hebra.

Hay a un lado de la sala con un cerrojo una puerta, y en el otro un gabineté con una cortina negra.

La mujer en faz humilde, el monje en faz altanera, seguían la confesión en preguntas y respuestas.

Pregunta el monje en voz alta, responde en voz débil ella;

él pregunta: —¿No es así?

y ella: —*Si, Padre*—contesta.

Parece, según lo exacto con que pregunta y acierta,

que está el confesor leyendo
la pregunta en la conciencia.

Decía el monje:

—¿Una noche?

—Sí, Padre.

—¿Las doce eran?

—Sí, Padre.

—¿Zumbaba airada

en las torres la tormenta?

—Sí, Padre.

—¿Amáis a don Mendo?

—Sí, Padre.

—¿Y sabéis que es fuerza

guardar entera la honra

que un hombre a su esposa entrega?

—Ved, Padre, que yo dormía.

—¿Y quién guardaba las puertas,

que así osó llegar un hombre

hasta la cámara vuestra?

¿Sabéis que no bastan llaves,

murallas, ni centinelas,

para guardar dignamente

la fama y la honra ajena?

¿Sabéis que son las mujeres

sólo un arca donde cierran

todo su honor los maridos

con candados de vergüenza?

¿Sabéis que mujer sin honra

es sólo un padrón de afrenta

que eternamente en el rostro

el vendido esposo lleva?

—Ved, Padre, que yo dormía:

¡no fué crimen, sino fuerza!

—¿Y no no pedisteis a Mendo

vinganza horrorosa y presta?

—Fáltóme, Padre, el valor.

—¡Luego fué traición completa,

pues que lanzasteis el dardo

y escondisteis la ballesta!

Trémula, medrosa, ahogada,
la frente contra la tierra,
el rostro entre las dos manos,
clamó acelerada ella:

—¡Callad, Padre, y si pequé
imponedme penitencial!

En esto alzó la cortina
don Mendo que tal oyera,
y asiéndola del cabello
la dijo:

—¡Pues que confiesas
que cometiste la culpa,
sufre, traidora, la pena.

Y escondiéndola la daga
dentro la garganta misma,
luchando con la agonía
sobre la alfombra la suelta.

A su espalda en este punto
horrible, insultante, hueca,
oyóse una carcajada,
y el capellán con violencia
poniendo mano al estoque
gritó a don Mendo en voz recia:

«Yo asesiné a Margarita,
y lavé mi honra en la vuestra.
Don Mendo, yo soy *Ruá Pérez*,
que ha tres años que os acecha,
que os acosa y os persigue,
porque sabe, aunque le pesa,
QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.»

SONETO

Cólmame, Juana, el cincelado vaso
hasta que por los bordes se derrame,

y un vaso inmenso y corpulento dame
que el supremo licor no encierre escaso.

Deja que afuera por siniestro caso
en son medroso la tormenta brame,
y el peregrino a nuestra puerta llame
treguas cediendo al fatigado paso.

Deja que espere, o desespere, o pase;
deja que el recio vendaval sin tino
con rauda inundación tale y arrase;

que si viaja con agua el peregrino,
a mí, con tu perdón cambiando frase,
no me acomoda caminar sin vino.

TEMPESTAD DE VERANO

Toledo, 23 de Julio de 1834.

FRAGMENTOS

I

Por entre moradas nubes
derrama su lumbré el sol,
y el valle, el monte y el llano
ascuas a su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas
abrigó consolador,
y al pie del robusto tronco
dormita el toro feroz.

La lengua tinta de espuma
tiene de turbio color,
secas las fauces que tragan
abrasada aspiración.

Tardos vagan los reptiles
de sus grutas en redor,

entre la tostada yerba
huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste
con lastimero clamor
entre el follaje sombrío
su enamorada aflicción;

ni estremeciendo las plumas
al dar arranque a la voz,
en dulces trinos gorjea
armonioso ruiseñor.

Ni se oye de los insectos
el ronco y cansado son,
ni los olmos se columpian
con susurrante rumor;

ni las espigas se doblan
en vistosa confusión,
ni entona groseras letras
allá en el valle el pastor;

ni trepa la suelta cabra
por el agudo peñón,
de una vana yerbecilla
libre y caprichosa en pos.

Ni ladra el mastín atento,
ni aúlla el lobo traidor,
ni cruza por la vereda
de hormigas largo cordón.

Ni en la ciudad ni en el llano,
ocioso ni reñidor,
aguarda en peña, o esquina,
amigo, dueña o matón.

Ni asoman dos ojos negros
velando en un mirador

la estrecha y oscura calle
con diligente atención.

Todo calla inmoble y mustio
de Toledo en derredor,
bajo la choza pajiza,
bajo el calado artesón.

Que al lejos, como la sombra
del brazo airado de Dios,
avanza con dobles alas
nublado amenazador;

y con él nubes y nubes
en apiñado escuadrón,
que encapotando los cielos
van a atropellar al sol.

Allá en su cóncavo seno
brama oculto el aquilón,
el trueno encerrado muge,
hierva el rayo asolador,

y todo en informe masa,
en espantoso montón,
sin fuerzas ni ley que basten
a detener su furor,

rueda en la atmósfera a ciegas
como buque sin timón,
como peñasco gigante
que ancho volcán vomitó.

Doblan roncacas las campanas,
y a su colosal clamor
se estremece el aura densa
con rápida vibración.

El firmamento desploma
en hábito abrasador

cuanto fuego en sus entrañas
el Altísimo encerró.

Sólo el monje fatigado
cruza tardo el callejón
hacia el silencioso templo
a alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca
el importuno reló,
y va acongojado y lento
murmurando una oración,

en imperceptibles voces
y murmurante rumor,
que entre el son de las campanas
al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,
y apostado en el portón
el mendigo le saluda
con desfallecida voz.

¡He aquí ya el negro nublado,
que como hambriento dragón
toda la lumbré del día
de un solo empuje sorbió!

¿Quién sabe al flotante monstruo
la fuerza que ha dado Dios?
¿Quién sabe las maldiciones
con que su vientre preñó?

¿Quién sabe después que pase
lo que ha de dejar en pos?
¿Quién de los que ora le vemos
podrá decir que le vió?

Cuando rasgue sus tinieblas,
cuando derrame su voz,

¿qué luz brillará en el polvo?
¿Qué garganta hará rumor?

II

Quedaron en calma un punto
ambos a par aire y tierra,
del imponente nublado
bajo las alas espesas,

y a la luz de aquel crepúsculo
que más que ilumina ciega
en la horrible incertidumbre
de la luz y las tinieblas.

El aire que se respira
la avara garganta seca,
y en el sudor de la frente
húmedo el rostro gotea.

Relincha el caballo inquieto
en la cuadra que le encierra,
el perro espantado aúlla
y receloso olfatea.

El pájaro de su jaula
contra el alambre se estrecha,
y al abrigo de sus plumas
escucha, mira y recela.

Sólo la afanosa araña
su red y su caza deja,
e inmóvil y pegada al muro
el trueno y la lluvia espera.

Ancha, redonda, abrasada,
bajó una gota que apenas
mojando el sitio en que posa
desvaneciéndose humea.

Dobla el calor; y la calma
y la fatiga se aumentan,
y en trémula expectativa
todo tralla y todo vela,

y el mundo semeja un río
que mira desde una reja
cómo en la plaza su cómplice
al pie del cadalso llega,

y duda y vacila y teme
que se salve y que perezca,
porque una palabra suya
o le salva o le condena.

III

¡Un relámpago!—al punto desatadas
el arrenal las ráfagas barrieron,
y en espeso tumulto aglomeradas
las nubes el crepúsculo sobrieron.

En tinieblas cerróse el aire impuro;
el hombre amedrentado y temeroso
el recio temporal llamó a conjuro
de las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado
la lluvia y el granizo se desploman,
y allá en su centro, en círculo abrasado
los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad, ni freno,
agua, granizo y viento se esparraman,
y al hondo son del prolongado trueno
talan, devoran, y en tumulto braman.

Hierve el turbión, cegáronse las fuentes;
los arroyos, hinchados y bravíos,

bajaron convertidos en torrentes
a desgarrar los diques de los ríos.

Sus altaneras ondas vencedoras
los campos adelante se llevaron,
y envueltos en las hondas bramadoras
mieses, cabañas y árboles bajaron.

Peñas, casas, ganados y pastores,
todos siguieron el fatal destino;
presa de sus esfuerzos vengadores
no quedó senda, ruta, ni camino.

Y oran allí a los pies de los altares
en humilde tropel las criaturas
al Dios que las tormentas y los mares
humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje
del templo gime el colosal cimiento,
estremecida la techumbre cruje,
y en sus esquinas se desgarran el viento.

Crece el turbión: las sombras del nublado
ancha guarida por el templo toman,
y en el cristal del rosetón pintado
rápidos los relámpagos asoman.

A veces como grupos encendidos
de espectros y diabólicas figuras,
vacilan en los vidrios sacudidos
variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota,
y al darles luz la exhalación por fuera,
cada en los vidrios suspendida gota
un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire murmullo indefinible
donde sin leyes, ni prisión, ni valla,
los espíritus dan en ronda horrible
zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival cóncava y hueca,
entre su red de góticas labores
una osamenta descarnada y seca
dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja una hilera de esqueletos,
cada capilla un antro de vampiros
que columpian y doblan los objetos,
que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana una abrasada boca
que, abierta en espantosa carcajada,
apenas el relámpago la toca
respira una sulfúrea llamarada.

Hoguera horrible, a cuya luz errante
en rauda confusión saltan y flotan
las figuras que el vidrio vacilante
con cuerpos de color manchan y embotan.

Y a la par, en un punto, en todas partes,
en cada vidrio que la lumbre hiere,
gestos, hachones, cruces, estandartes...
Y el relámpago pasa, y todo muere.

¡Tropa infernal de sombras vaporosas!
¡Abortos estrambóticos del miedo,
a quien da faz y formas religiosas
crédula y fácil la oriental Toledo!

IV

Y entre nubes purpurinas
peregrinas
de azulado tornasol,

tendió el iris a lo lejos
 los reflejos
 de los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas
 siete randas
 sobre el invisible tul,
 con que tan falaz nos miente
 el manso ambiente
 ese firmamento azul.

¡Salve! ilusión de consuelo
 con que el cielo
 cierra el paso al vendaval,
 levantando en su alegría
 al claro día
 arco espléndido triunfal.

¡Salve! luz tornasolada
 delicada,
 prenda mágica de paz
 en que el cielo jura al alma
 dulce calma
 tras la negra tempestad.

¡Salve! ¡oh iris pasajero,
 mensajero
 del supremo Criador,
 en cuyos colores siete
 nos promete
 solaz y treguas y amor!

Por ti en el rojo occidente
 trasparente
 vuelve el sol a levantar
 la faz pura, esplendorosa,
 y luminosa
 al acostarse en el mar.

Por ti con cánticos suaves
 van las aves
 surcando el aura otra vez,
 loando en dulces rumores
 los primores
 de tu excelsa brillantez.

Por ti en delicadas tocas
 de las rocas
 se desprende virginal
 la melancólica niebla,
 cuando puebla
 el ámbito celestial.

Por ti, a través de su velo,
 luz da al cielo
 la luna en turbio crespón,
 como reina macilenta
 que se ostenta
 en magnífica ilusión.

Por ti dejan las estrellas
 blancas huellas
 de su opaca reina en pos,
 como lámparas dudosas
 ostentosas
 en el alcázar de Dios.

¡Salve! ilusión de consuelo
 con que el cielo
 cierra el paso al vendaval,
 levantando en su alegría
 al claro día
 arco espléndido triunfal.

RECUERDO A N. P. D.

Bajad del monte al escondido valle,
 frescos arroyos, cristalinas fuentes,

que en esas rocas anchurosa calle
 buscáis a vuestras rápidas corrientes,
 y en un remanso recogido acalle
 vuestra linfa sus ondas maldicientes,
 porque sorbiendo el valle su frescura
 cargue su espalda de eternal verdura.

Bajad, aguas, del monte susurrando
 sobre las calvas peñas destrenzadas,
 los colores del sol reverberando
 en gotas con el sol tornasoladas,
 que manantiales os irán prestando
 esas agudas cumbres escarchadas
 donde se está filtrando en hilos leves
 la eterna plata de las limpias nieves.

Claros, sonoros, libres arroyuelos
 que vais de piedra en piedra juguetones
 césped brotando y derritiendo hielos
 en curso inquieto y deleitables sonos,
 felices sois, pues que mundanos duelos
 no adormís, ni raquílicas pasiones,
 al compás con que os suelta y desparrama
 desde sus canas cumbres Guadarrama.

Pues naciendo en recónditos asilos
 rodáis por esas mudas soledades,
 en anchas ondas, o en delgados hilos,
 por altas rocas, u hondas cavidades,
 ya os arrullen los céfiros tranquilos,
 ya el soplo de revueltas tempestades;
 ¡felices vuestras aguas trasparentes,
 libres arroyos y perdidas fuentes!

Bajad del monte, y si en el valle umbroso
 bajo su tosco pabellón de pinos
 la soledad os cansa y el reposo
 de sus antrós y sotos peregrinos,
 orced el suave paso rumoroso,

trasponed puentes, y cruzad caminos
 ganando tierra y conquistando calle
 hasta los bordes del postrero valle.

Cual solitaria y lánguida palmera
 que el sol marchita y aquilón azota,
 veréis allí a Segoyia la altanera
 ya por el tiempo consumida y rota;
 tal vez caduca, pero hidalga y fiera
 con su pujante antigüedad remota,
 que aún la ofrecen sus claros mantiales
 sobre torres sin tiempo arcos triunfales.

Bajad, arroyos, la veréis ufana
 raudos al deslizar vuestra corriente
 sobre esa enorme creación romana
 que al par la sirve de obelisco y puente;
 noble corona que sustenta vana
 sobre la apenas poderosa frente;
 yugo gigante que la abrumba el cuello,
 de su antigua grandeza último sello.

Dejad, arroyos, la empinada cumbre,
 el verde soto y soledad amena,
 y cruzaréis la inmensa pesadumbre
 de la alta puente de hendiduras llena:
 de veinte siglos la continua humbre
 su tez ha puesto pálida y morena,
 pero aún se tiene colosal y erguida
 vertiendo fuerza y ostentando vida.

Bajad, arroyos, y veréis cuán vanos
 junto a ese eterno y portentoso escombros
 parecen los escombros cortesanos
 de otra más flaca edad timbre y asombros.
 Ellos al fin hundiéronse livianos,
 mas ese aún presta infatigable el hombros
 mostrando audaz a la flaqueza humana
 el vigor de su estirpe soberana.

¡Oh! esos mezquinos restos solitarios
que yacen por los llanos extendidos,
negras torres, desiertos campanarios,
solares sin señor, templos hundidos,
en eriales y cuevas y calvarios
y en olvidado polvo convertidos,
no pudieron guardar en la memoria
ni aun de sus dueños la vecina historia.

Ahí están esas góticas capillas
orladas de magníficos relieves,
cargadas de sutiles maravillas
en sus aéreos arabescos leyes;
ven, y en esas ruinas amarillas,
escrutadora edad, lee si te atreves
por más que rompas al pensar los diques
más que confusos Alvaros y Enriques.

Avanza un siglo más en tu camino
y un poco más tu huella profundiza,
y de Alvaros y Enriques el destino
se hundirá con la tierra quebradiza,
y mañana pasando el peregrino
al topar de sus huesos la ceniza,
dirá por conjeturas: *¡aquí fueron!*,
pero podrá jurar que *aquí murieron*.

Ahí queda en ese alcázar mutilado,
bajo los opulentos artesones,
de reyes un espléndido senado
con sus cetros, coronas y blasones;
y hoy en su puente roto y derribado
y en sus pintarrajeados murallones,
acaso en vano el pensador profundo
las huellas buscará de Juan Segundo.

Que aun tres siglos su faz surcan apenas,
y tres veces tal vez le apuntalaron;
el uno vació en lanzas sus cadenas,
y las lluvias del otro le minaron.

Cegó el otro de adobes sus almenas,
y los tres al pasar le profanaron,
cual copa así que en el festín rompieron
y por juguete a los muchachos dieron.

Doquier se tiendan los avaros ojos
escombros hallan, débiles memorias
que apenas en estériles despojos
rastros dudosos dan de sus historias:
donde quiera en fatídicos manojos
huesos se hacinan y se esconden glorias,
sin que sepan decir tantos osarios
si eran romanos, godos o templarios.

Mas id a demandar a ese coloso
el nombre de la patria y la alta cuna
de la raza del pueblo poderoso
que ató a sus pies el tiempo y la fortuna:
y en ese laudaz esfuerzo prodigioso
con que a la edad fatiga e importuna,
con que de veinte siglos la carcoma
se atreve a rechazar, veréis a Roma.

En vano airado le sacude el viento,
y en vano el ronco temporal le moja,
y en vano sobre el monstruo macilento
tan larga edad su pesadumbre arroja;
que siempre altivo y grande y opulento
ni el vendaval ni la vejez le enoja;
y siempre rico en su ciudad derrama
los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,
aguas puras de fuentes cristalinas
que holláis el césped y chupáis los hielos
en esas cumbres a la luz vecinas;
bajad del monte si abrigáis desvelos
en vuestras soledades peregrinas,
cansados ya de la desierta sierra
de ver más ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda,
 donde entre brezos de color pajizo
 tiende la yerba trenzas de esmeralda
 con que a sus solas sus alfombras hizo;
 donde con flores de carmín y gualda
 corona vuestro espejo movedido,
 hay una puerta en el hendido casco
 de los doblados lomos de un peñasco.

No hay a su paso impertinente estorbo
 ni crece a su dintel adelfa amarga,
 ni fiero alguna de talante torvo
 la linfa turba en su carrera larga;
 torced por ella vuestro curso corvo
 sobre el peñasco que el camino alarga,
 hasta que vuestros rápidos cristales
 rueden sobre los arcos imperiales.

Surquen; oh fuentes!, en tropel sonoro
 por la ancha espalda del excelso puente
 reverberando las madejas de oro
 vuestras gotas, del sol resplandeciente.
 Bajad del monte en susurrante coro
 agitando la límpida corriente;
 veréis el sello con que el hombro doma
 de veinte siglos la opulenta Roma.

Y si pasando, desde el alto lecho
 do el puente os presta soledad y abrigo,
 veis por las grietas del canal estrecho
 tal vez llorando a mi amoroso amigo;
 si es que las llagas de su herido pecho
 consuelo admiten o a su mal testigo,
 decidle que hay quien su pesar agora
 del Manzanares a la margen llora.

Frescas, puras, corrientes, cristalinas
 fuentes sonoras, limpios arroyuelos
 que de esas cumbres a la luz vecinas
 holláis el césped y bebéis los hielos,

Si halláis en tantas flores las espinas
 de sus antiguos y cansados duelos,
 dadle de vuestra fugitiva randa
 con el claro compás música blanda.

Y así reviente en matizadas flores
 y en madreSelva vuestra verde orilla,
 y os preste sombra, arroyos bullidores,
 la caña cimbradora y amarilla;
 y así bajen los lindos ruisseñores,
 la suelta garza y triste tortolilla
 a hundir en vuestras frágiles espumas
 los tiernos picos y esponjadas plumas.

A LA NIÑA C. D. E.

Niña que creces ufana,
 flor temprana,
 de la vida en el vergel,
 ostentando primorosa,
 flor pomposa,
 tus mil matices en él;

ríe y canta mientras dura
 la frescura
 y la pompa de tu abril,
 mientras luce claro el día
 ¡vida mía!
 de tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno
 hoy sereno
 brilla espléndido tu sol,
 y con vivo lampo dora
 de tu aurora
 el purísimo arrebol.

Ríe y canta, que este yerto
 gran desierto

que llamamos mundo aquí,
aún guarda blandos olores,
ricas flores,
y regalo para ti.

Aún en él para tu infancia
hay fragancia,
calma, sombra, fresco y paz,
sin que viento revoltoso
tempestuoso
interrumpa tu solaz.

Aún podrás colgar tu cuna
de la luna
al tranquilo resplandor,
mientras el aura la mece
y te adormece
con su canto el ruseñor.

Aún podrás con tu sonrisa
blanda brisa
conjurar para dormir,
sin que turbe tu contento
un pensamiento
del dudoso porvenir.

Aún podrás en deliciosos
vaporosos
blancos sueños delirar,
sin temer que el desengaño
vele huraña
a tu lado al despertar.

Que los niños mientras os dura
la ventura
de la cándida niñez,
siempre halláis un seno amigo
que os da abrigo,
calma y defensa a la vez.

Ramas de amorosa yedra
que a la piedra
que os ampara os acogéis,
pagándola en fortaleza
y en belleza
el favor que la debéis.

¡Ah! y podéis tornar los ojos
sin enojos
ni zozobra criminal,
a buscar un tierno abrazo
en el regazo
que os sustenta maternal.

Que sois ángeles los niños,
como armiños
en pureza y en candor;
dulces prendas de consuelo
que en su duelo
da a los hombres el Criador.

Ríe y canta, niña hermosa,
flor pomposa,
de la vida en el verjel;
ríe y canta mientras dura
la ventura
y la paz que hallas en él.

Ríe y canta tu alegre primavera,
mariposa de cándido color,
que te meces inquieta y pasajera
de árbol en árbol, y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;
mientras en este yermo baladí
la ráfaga que abrasa al que la aspira
brisa te da consoladora a ti.

Goza, niña, tranquila y descuidada,
 las dulces horas que de amor te dan,
 sin acordarte de la edad pasada,
 ni del dudoso y venidero afán.

Goza, niña, en tan mágico embeleso
 el puro halago del materno amor,
 el labio atento al regalado beso,
 la frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,
 vivir amando, y para ti no hay más,
 en el regazo maternal dormida
 sin ver delante, y sin mirar atrás.

¡Oh! ven, hermosa, a mis cansados brazos,
 yo quiero amarte y delirar también;
 quiero gozar tus débiles abrazos,
 besar tus labios y tu blanca sien.

¡Si tú alcanzaras a saber de un niño
 los mimos inocentes lo que son,
 y cuánto calma un infantil cariño
 la amargura y pesar del corazón...!

Ven; sentada en mis rodillas
 tus mejillas

amoroso besaré,
 beberé en tus ojos bellos
 cuanta vida encuentre en ellos,
 y en su luz me miraré.

Si en mis brazos arrullada
 fatigada

te pluguiera dormirar,
 porque duermas muellemente
 alzaré confusamente
 algún lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida,
 estás, ¡mi vida!,
 escuchándome decir,
 te contaré lindos cuentos
 de hadas y encantamientos
 que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas
 que con ellas
 sueñes, niña, sin cesar;
 te diré cosas tan suaves
 como el canto de las aves,
 y del aura el susurrar.

Ríe, niña, y canta ufana;
 flor temprana
 de la vida en el verjel;
 ríe y canta mientras dura
 el regalo y la ventura
 y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta
 la tormenta
 desgarré de una pasión,
 ríe y canta mientras inerte
 en la paz del tiempo duerme
 encerrado el aquilón.

Mientras lejos de ti braman
 y esparraman
 las venturas del vivir
 los mundanos vendavales,
 tú las dichas terrenales
 apresúrate a reír.

Ríe y canta, niña hermosa,
 flor pomposa,
 de la vida en el verjel;
 ríe y canta mientras dura

el regalo y la ventura
y la paz que hallas en él.

A UNA CALAVERA

FANTASÍA

—¿Conoces a ese hombre?

—No, por cierto.

—Mírale bien, y tómale las señas.

—Imposible. Lleva una máscara tan impenetrable como las tinieblas.

F. COOPER.

¡Ahí estás tú, secreto de la vida,
espantosa memoria de la muerte!
Cifra cuanto fatal desconocida,
¿quién alcanzó jamás a comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encierra,
jeroglífico audaz, testigo mudo
que incrustó en los dinteles de la tierra
quien sostenerse a su dintel no pudo.

Ahí estás con tu irónica sonrisa,
tus huecos ojos y tu calva frente,
aguardando tal vez la última brisa
que al puerto del morir lleve la gente.

¿Qué miran, di, tus cóncavos vacíos?
¿Qué escuchan tus oídos sin orejas?
¿Ríen de los humancos desvaríos
con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, di, desnuda calavera,
crédito del que fué, prenda de alguno,
que por ser una prenda de cualquiera
no como suya te querrá ninguno?

¿Fuíste hermosa y joven y adorada,
fuiste grande, feliz, rica y temida,
o cruzastes el mundo despreciada
mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, ¿qué se hizo tu corona?
Si grande, ¿qué se hicieron tus blasones?
¿Quién tu nobleza y tu poder abona
del callado sepulcro en las regiones?

¿Oyes alguna vez esa campana
que dobla por los vivos que murieron?
¿Al eco de su voz triste y lejana
sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,
si acaso algunos monjes te llevaron
a un templo, donde en pompa lastimera
sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada oscura
¿sin duda que gozaras cuando vieras
tantas cabezas que la tierra impura
ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,
¿no te halagaba en la mortuoria fiesta
en recinto común tener contigo
un pueblo, un trono, un ara y una orquesta?

Quando a la roja luz de los blandones
en el metal del ara te veías,
al contemplar tus cóncavas facciones,
tu espantoso mohín, ¿no te reías?

Al revolver tus viejos pensamientos,
si acaso pensamientos te dejaron
las lluvias, los gusanos y los vientos,
¿no te excitó a reír lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondía
los dedos de marfil torneados, puros,
entre los rizos que en la sien mecía
en confusión, como la sombra oscuros,

En sus ojos de azabache que espiaban
 los ojos del mancebo irreverente
 a cuyo fuego criminal brotaban
 las rosas del pudor sobre su frente,

aquella niña bulliciosa, inquieta,
 la sien ceñida de crespón y flores,
 que por ajeno parecer sujeta
 a los pies del altar soñaba amores:

tú la veías seca y descarnada,
 sin cuanto bello en la hermosura hechiza,
 calva la frente, huera la mirada,
 los labios de coral vueltos ceniza.

¡Oh! ¡Gran cosa ha de ser sobre una tumba
 contemplar en el polvo reunida
 la loca multitud que se derrumba
 por el gran precipicio de la vida!

Gran cosa ¡vive Dios! llamar a fiesta
 con la gigante voz de las campanas,
 y encender cirios y aprestar orquesta
 y alzar altares y entoldar ventanas.

Y convidar a celebrar su nada
 a cuanta juventud, pompa y belleza
 vegeta en una tierra condenada
 a acabar en la nada donde empieza.

¡Oh! ¡Gran cosa tener en una farsa
 el principal papel, la voz primeral!
 Y ver alrededor pueblo y comparsa
 siendo en un funeral la calavera,

tener un rey y un pueblo prosternado,
 cabizbajo y sin voz, humilde y quedado,
 todo el poder del mundo arrodillado,
 lleno el cobarde corazón de miedo.

¡Oh! ¡Gran cosa tener reyes y hermosas
 descubierta y doblada la cabeza,
 sin poder en las manos poderosas,
 sin encantos ni gracia en la belleza,

y en un sitial de muerte y podredumbre
 sentirle bajo el pie como un juguete,
 y reír de la esclava muchedumbre
 a la sombra de sórdido bonete!

¡Gran corona imperial! ¡Grave tocado!
 En un harapo inútil e irrisorio
 un esqueleto seco y cercenado
 presidiendo en un túmulo mortuario.

¡Grave fiesta terrena! ¡Regia pompa!
 ¡Donde vamos los míseros mortales
 al ronco son de la funesta trompa
 a cantar nuestros propios funerales!

¡Donde a la entrada del fatal recinto
 suenan los brindis, la algarazara y grita
 que dentro del mundano laberinto
 al insensato populacho irrita!

¡Oh! tú puedes decirle al mundo entero:
 «Ríete y bebe, miserable, y danza,
 mientras en el lecho funeral te espero,
 porque yo soy tu fin y tu esperanza.»

¿Y no ríes, sombría calavera?
 ¿No te se antoja descender al llano,
 y entrar en el festín como cualquiera
 y a una hermosa ofrecer la seca mano?

¿Agitar tu esqueleto en danza loca,
 con tus huesos ceñir una cintura,
 y preparar en la desierta boca
 un ósculo a la gracia y la hermosura?

Porque si fuiste bella en otros días,
con ojos negros, labios de corales,
alguna vez sin duda gustarías
la dulce hiel de halagos criminales.

Porque si fuiste grande y poderoso,
sin duda que en ensayos seductores
sondaras el secreto vergonzoso
de trastornar en duelos los amores.

Porque si esclavo fuistes o mendigo,
ansiarias de grandes y de dueños
los que no dividieron ¡ay! contigo
torpes placeres y nefandos sueños.

Porque si fuiste austero solitario,
allá en la soledad de tu retiro
alguna vez lanzaras temerario
en pos de otro placer algún suspiro.

¿No te se antoja descender al llano
engalanada, y fácil, y ligera,
y en la fiesta mostrar al mundo insano
de repente tu calva calavera?

¡Oh! ¿qué te falta para bien tamaño?
¿Una piel trasparente y delicada
que cubra el espantoso desengaño
del secreto fatal de nuestra nada?

¿Y qué importa la piel, manto gastado
que nos presta al nacer la tierra ruda?
Serás una beldad que han convidado,
y por mostrarla más viene desnuda.

¡Oh! ven a delirar donde deliren,
y serás la verdad a quien adoren,
y el espejo serás en que se miren
cuando al tocar su fin clamen y lloren.

Y ven a murmurar donde murmuren,
a cantar donde canten, las botellas
a apurar donde en orgia las apuren
en ebria confusión ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,
y con todos también jura y blasfema,
hasta que doblen la cerviz beodos
para alzarla a la voz de tu anatomía.

Harapo que deja el hombre
porque su raza al pasar
el suelo en su viaje alfombró;
firma fatal cuyo nombre
no se alcanza a deletrear;

¿Y es cierto, cráneo pajizo,
que aunque pese al corazón
eres tú para quien se hizo
tanta gala y tanto hechizo,
tanta y tanta creación?

¿Es cierto que en otros días
con otra faz y otra tez
como yo vivo, vivías,
como yo río, reías,
ajeno de tu hediondez?

¿Que en esos cóncavos hondos
dos ojos aposentabas
vivos, inquietos, redondos,
y que esos dientes hediondos
en dos labios encerrabas?

¿Que en tu roída mejilla
brillaron matices bellos
en tu tierna edad sencilla,
y que en tu sien amarilla
se arraigaron los cabellos?

¿Es cierto, di, que esa boca
sin contornos ni calor
que hoy sólo la muerte evoca,
manó en tu esperanza loca
dulces palabras de amor?

¿Que acaso el labio amoroso
en suavísimo embeleso
a un amante cariñoso
demandaba voluptuoso
regaladísimo beso?

¿Que tal vez, sabio profundo,
pasabas tus largas horas
sombrio y meditabundo
buscando avaro en el mundo
venturas engañosoras?

¿Que tal vez el ojo atento
sobre un libro amarillento
en tu amarga soledad,
se agotó tu pensamiento
pensando tu eternidad?

¿Que tal vez, señor mundano
de alcázares y jardines,
viviste torpe y liviano
entre tropel cortesano
en impúdicos festines?

Y ese mundo baladif
sabio, amante, loco, o rey,
te trajo con mofa aquí
diciéndote: «Esta es la ley,
cadáver, descansa ahí.»

¡Oh! ¡Nada nos deja ver
de tus historias de ayer
tras de tu faz deleznable,
tu máscara impenetrable
imposible de romper!

Todo lo envuelve esa muda,
vaga, insondable verdad
que tu inmoble gesto escuda,
esa verdad que desnuda
la invisible eternidad.

Y el pensamiento altanero
viene a estrellarse ¡ay de mí!
en ese gesto severo
que es un centinela fiero
de lo que hay detrás de ti.

En vano dentro la mente
se rebelan revoltosas
las ideas locamente,
creándose de repente
teorías mentirosas.

Todas vienen a expirar
en tus cóncavos vacíos,
cual las fuentes van a dar
sus arroyos a los ríos,
y los ríos a la mar.

En vano la vida entera
contra tu verdad conspira,
desdenosa calavera,
que todo en tu faz severa
se desvanece o expira;

en esa cerviz curada
al soplo de la tormenta,
por el tiempo descarnada,
cuya vida inanimada
ni el tiempo ni el sol calienta.

Y en tu mirada indecisa,
y en tu irónica sonrisa,
y en esa hendida y entera,
seca y solitaria hilera
de tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena
como una cosa caída,
como inútil prenda ajena
a quien nadie juzga buena
sólo porque está perdida.

Y, ¡por Dios!, que si los hombros
que un día te sustentaran
volvieran a estos escombros
a buscarte, ¡con qué asombros
de placer te acariciarán!

¡Oh!, si alzándote una vez
aun te pluguiera ostentar
la perdida esplendidez,
y quisieras tu hediondez
con tu vida engalanar;

y prendieras en tu frente
unos cabellos postizos
que en madeja reluciente
cayeran confusamente
en mil perfumados rizos;

y el esqueleto sonoro
velaras altiva tú
con minucioso decoro,
entre nácar, perlas y oro
y entre crujiente tisú;

cubrieras el seco cuello
entre las flotantes plumas,
los collares y el cabello,
velos echando sobre ello
tan sutiles como espumas;

y el repugnante mohín
de tu inmoble rostro viejo
con esa risa sin fin

asomaras a un festín
tomándole por espejo!

Si acaso rey destronado,
te se antojara salir
para ver do está enterrado
el ejército arrojado
que llevaste a combatir,

y allá en el campo desierto
do fué tu postrer batalla
de aquel mausuleo abierto,
tu pueblo evocarás muerto
de entre el polvo en que se halla,

y si a tu voz poderosa
despertando con asombro
tu nación volviera ansiosa
trayendo el arnés al hombro
en faz de guerra espantosa...

¡Oh!, ¡diabólico senado,
medrosa, horrible ilusión,
ver tanto esqueleto armado
en torno un rey convocado
al dintel del panteón!

Y si vagaran errantes
ensordeciendo la tierra
combatiéndose pujantes,
con clamores insultantes
pregonando su impía guerra...

¡Ah!, ¡delirios son del alma
que no te alcanza, Señor,
en los terribles secretos
de tu infinita creación.

En los tormentosos días
de mi mundanal dolor
medité desesperado
sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas a tumbas
de mi porvenir en pos,
y en todas encontré polvo,
en todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia
que cae sobre quien nació
desde esos gestos inmóviles
sin miradas y sin voz.

En todas esos despojos,
en cuya horrible atención,
en cuya eterna sonrisa
de complacencia feroz,

en cuyo todo espantoso
deletrea el corazón
la triste palabra NADA,
confundido de pavor.

¿Y es ese, Señor, el hombre
que de tu mano salió,
hecho a semejanza tuya
aborto digno de un Dios?

¿Es esta, Señor, la vida,
que como una maldición
nos carcome cuanto bello
tu bondad nos regaló?

Entonces, ¡ay!, ¿qué nos vale
que alumbré tan puro el sol
y en la noche se refleje
la luna en su resplandor?

¿Qué sirve que allá en los bosques
en pintada confusión
canten en bandos alegres
el mirlo y el ruiseñor?

¿Que los árboles murmuren
en melancólico son,
y esponje a su blanda sombra
su dulce cáliz la flor?

¿Qué sirve que en blanda arena
tienda su curso veloz
el arroyuelo que viste
la pradera de verdor,

y con sus líquidas perlas
los jazmines juguetón
salpique con que la pródiga
primavera le alfombró?

¿Que el mar se encorve bramando
de las playas en redor;
y le azote y le sacuda
revoltoso el aquilón?

¿Qué sirve ese cielo azul
en cuyo centro adunó
mil nubes tornasoladas
en caprichoso montón;

si todo no es más al cabo
este universo, Señor,
que de una inmensa familia
el inmenso panteón?

¿Qué sirve a esa calavera
una existencia de honor,
una vida de virtudes,
de crimen o de aflicción?

¿Qué le vale todo un siglo
de penitencia o de amor,
la corona o la cadena
que en este mundo arrastró,

si el hombre que la llevaba
al salir de esta mansión
como una máscara inútil
despechado la arrojó?

En vano la he demandado
por la infamia o el blasón
del dueño que en ese osario
entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,
su sonrisa me hace horror,
y su boca tiene ahogada
en su garganta la voz.

«¿Qué espera?» Tal vez lo ignora.
Ahí está al aire y al sol,
eternamente riendo
de cuanto pasa y pasó,

al borde de la vereda
que conduce al panteón,
diciendo a cada viajero
con eterna risa: «¡Adiós!»

CUARTA PARTE 16

LAS HOJAS SECAS

A MI MADRE

Dicen que todo al fin se desvanece,
todo pasa, se olvida, pierde y borra...
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,
y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pa-
[sando
cruza en el viento descarriada y sola,
prensan mi corazón, y a mis pupilas
solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver un claro riachuelo
lamer su orilla con azules ondas,
y al resplandor del trémulo crepúsculo
sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver tras el opuesto monte
hundir al sol su faz esplendorosa
y despedirle desde el hondo valle
al compás de las aguas y las hojas.

Y pláceme en paseos solitarios,
en dulces sueños delirando sombras
perderme en la floresta sin camino,
ideando quiméricas historias.

La mía es triste; cansa y no interesa,
sin aventuras intrincadas, corta:
es una historia solamente mía
como otras muchas que a la vez se ignoran.

Es la historia de un sueño fatigoso
en que nada sucede, nada importa;
no se comprende, pero no se olvida,
y sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre,
temo profundizarla, y sus memorias
como gotas de mágico veneno
caen en mi corazón una tras otra.

¿Qué os hicisteis, dulcísimos instantes
de mi infancia gentil? ¿Do están ahora
los labios de coral que me colmaron
de blandos besos que mis ojos lloran?

¿Do está la mano amiga que trenzaba
las hebras mil de mi melena blonda,
tejiéndome coronas en la frente
de azucenas silvestres y amapolas?

Era, ¡ay de mí!, mi madre: alegre en-
[tonces,
tranquila, amante, como el alba hermosa;
jamás me ha parecido otra hermosura
tan digna de vivir en mi memoria.

Apartaos, impúdicas quimeras,
más os detesto cuanto más vosotras
tenaces me seguís; ya no sois nada,
cesó el festín, rompieron las copas.

Ella es mi madre, sus ardientes besos
con vuestra vil presencia se inficianan:
idos en paz, que el llanto de sus ojos
del alma impura vuestra imagen borra.

¡Madre, te encuentro llorando!

¡Ah, no atiendes a mis voces!

Mírame, ¿no me conoces?

¿Tan mudado, madre, estoy?

¿Tan pronto borrar pudieron

mi rostro las desventuras...?

¡Bebí tantas amarguras!

Pero al fin, madre, yo soy.

¡Cuán trémula está tu mano!

¡Tu corazón cuán opreso!

Madre, ¿no tienes un beso

ni una queja para mí?

¡Lloras! Beberé tu llanto...

Mas abrasan tus mejillas...

Heme, madre, de rodillas

avergonzado ante ti.

Apartas de mí los ojos,
sufres viéndome, lo veo;
mas estoy como está el reo
humillado ante su Dios.
Tornadme el rostro, señora,
y aunque lo tornéis severo,
aunque sea el favor postrero
porque me ausente de vos.

Lo sé; receláis acaso
que vendí vuestro cariño
por el impúdico aliño
de otro amor más terrenal.
Este color de mi frente
tal vez os parece impuro...
¡Oh!, madre mía, os lo juro,
me habéis comprendido mal.

Soñé y me desvanecieron
mis fatales ilusiones,
sentí mis locas pasiones
dentro de mi pecho arder.
La tempestad era horrible,
la noche lóbrega, densa,
la mar tormentosa, inmensa,
mi barca débil... ¿qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,
dejéme llevar del viento,
sacóme el mar turbulento
a otra playa de ilusión;
yo a lo lejos la miraba,
y era una tierra tan bella
que el pasar, madre, por ella
fué terrible tentación.

Bebí el agua de sus fuentes,
gocé el aura de sus flores,
embriagado en sus amores
en sus bosques me adorné;

Allí el placer me esperaba,
vos en la opuesta ribera...
Horrible tentación era,
mas luché, madre, y venef.

Tal vez en mi sien soñaba
glorioso laurel naciente;
yo le arranqué de mi frente,
pensaba en vos, y le hollé.
Allí quedó entre la arena,
y al lanzarle, dije: crece,
que si mi sien te mereco
más ansioso volveré.

En vano mis ilusiones
me acosaron tumultuosas;
a las ondas procelosas
me arrojé audaz y volví.
Sin fuerza, sin esperanza,
madre, en mi congoja fiera
tu imagen fué la postrera
que guardé mientras viví.

¡Mas tú inconsolable lloras
sin atender a mis voces!
¡Mi vida! ¿No me conoces?
¿Tan mudado, madre, estoy?
¿Tan pronto borrar pudieron
mi rostro las desventuras?
¡Bebí tantas amarguras...!
Pero al fin, madre, yo soy.

¡Mas no me escuchas! ¡Llorando
la faz amorosa escondes!
Te llamo y no me respondes:
¡tanto, madre, te ultrajé!
Te entiendo, por fin; yo solo
no basto ya a consolarte;

me será fuerza dejarte,
y a la mar me volveré.

Mas oye. Es el otoño; rebramando
el ábrego los árboles sacude,
de roncós cuervos el siniestro bando
a los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en occidente,
y allá en la falda de espinoso risco
guía el pastor con paso indiferente
las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbría,
de sus verdes doseles se despoja,
y al empuje de ráfaga bravía
el bosque se desnuda hoja por hoja.

El ábrego las huella y arrebatá,
las arrastra en revuelto torbellino,
ciega en la fuente la serena plata,
borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del vergel ameno
y esqueleto fantástico semeja
cada desnudo tronco, un día lleno
de la sombra magnífica que deja.

Flores, ¿en dónde estáis?, ¿y do se es-
conden [conden
los céspedes que amenos os cercaban?
¿Cómo los ruiseñores no responden
al son de las alondras que pasaban?

¿Qué es del arrullo de la mansa fuente
donde a beber bajaban las palomas?
¿Qué es del aura que erraba suavemente
cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del abril se marchitaron,
 los céfiros errantes se extinguieron,
 en ayes los murmullos se tornaron,
 y anchos arroyos las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso
 hay en vez de una fuente una laguna,
 y en las ramas del álamo pomposo
 las hojas se desprenden una a una.

Así, madre, van mis días
 con las hojas de consuno
 desprendiéndose uno a uno,
 al vaivén de la pasión.
 Y así van las ilusiones
 de mi esperanza importuna
 desprendiéndose una a una
 de mi seco corazón.

Como esas hojas marchitas,
 no volverán a su rama:
 el cierzo las desparrama,
 la lluvia las pudrirá.
 Como el bosque queda triste,
 y silencioso y desnudo,
 seco y solitario y mudo
 mi corazón siento ya.

Esas hojas amarillas
 que ayer nos prestaron sombra
 ni aun las querrá por alfombra
 el tornaşolado abril;
 míralas, madre, cual ruedan
 entre la arena perdidas,
 holladas y sacudidas
 por el aura más sutil.

Eso son nuestras creencias,
 nuestras miserables ficciones:

eso son nuestras pasiones,
 nuestra vida terrenal:
 nacen, dan sombra un instante,
 suenan, se mecen, se cruzan,
 caen, ruedan, se desmenuzan,
 y las lleva el vendaval.

Si ellas al rápido soplo
 del cierzo desaparecen,
 otras en el árbol crecen
 y se apiñan otra vez;
 mas yo iré cual hoja seca,
 por el viento desprendida,
 arrastrando de mi vida
 la juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento
 irá por doquier conmigo
 como verdugo y testigo
 de mi perdurable afán.
 Y cuando a su vieja llama
 encanezcan mis cabellos,
 madre, debajo de aquellos
 jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes
 que por mi memoria vagan,
 estos recuerdos que amagan
 no dejarme hasta morir,
 hojas secas de mí mismo,
 que arrancadas de mi centro
 a mí pegadas encuentro
 sin poderlas desasir;

no pasarán como pasan
 esas hojas del otoño,
 no tienen otro retoño,
 mas tampoco tendrán fin:
 sopla el viento y no las lleva,

cae la lluvia y las perdona,
igualmente las abona
el desierto y el jardín.

Dicen que todo al fin se desvanece,
todo pasa, se olvida, pierde o borra...
¿Soy infeliz? No sé. Mas vivo triste
y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, ¿creerás también que todo pasa
como en alas del árbol las hojas,
como del vago céfiro los ayes,
como del mar las fugitivas ondas?

¿Crees tú que pasarán para tu hijo,
como del bosque la agostada pompa,
tus recuerdos, tu amor, tu sacra imagen,
que todo el corazón le ocupe sola?

¿Crees, madre, que al huir desesperado
a playas extranjeras y remotas,
corre tras la molicie y los placeres,
busca una libertad cínica y loca?

¿Crees tú que anhela en climas apartados
libre gozar su juventud fogosa?
¿Crees que olvidado de su madre viva...?
Quien lo dijo mintió, madre y señora.

Do quier que arrastre su existencia inútil,
suerte feliz, o mísera, le acorra,
ya duerma en los harapos del mendigo,
ya en blanda pluma de opulenta alcoba,

ya espere un porvenir sin esperanza,
ya circunde su sien verde corona,
en la mazmorra, en el alcázar..., madre,
donde quiera que aliente, allí te adora.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu
imagen
nunca pasa, se olvida, pierde o borra,
como pasan, al aire del otoño,
del bosque umbrío las marchitas hojas.

RECUERDOS DE VALLADOLID.¹⁷

TRADICIÓN

I

DON TELLO

Señora, por vida mía
que os di siete meses más,
y es un plazo que quizás
concederos no debía.

¿Parécenos aun poco?

DOÑA ANA

No.

DON TELLO

Pedisteis un año.

DOÑA ANA

Sí.

DON TELLO

Si año y medio os concedí,
¿qué más hacer pude yo?

Don Juan de Vargas no viene.

DOÑA ANA

Harto por mí mal lo sé.

Y DON TELLO:

Pues que tanto os aguardé,
no esperar más me conviene.

Que fuera lance fatal
que mi imprudencia pudiera
dejar que don Juan volviera
con derecho al mío igual.

DOÑA ANA

Tenéis, don Tello, razón,
Pedí por término un año,
pues tan fiero desengaño
no aguardó mi corazón.

Prometí que si en todo él
el de Vargas no volvía,
con vos me desposaría;
¡erefle menos infiel!

Año y medio me esperó,
don Tello, vuestra nobleza,
y en tan hidalga grandeza
no habré menos de ser yo.

A mi padre responded
lo que os dije, vuestra soy;
mas si don Juan vuelve hoy...

DON TELLO

Doña Ana, el labio tened,
o mirad lo que decís.

DOÑA ANA

Si acabar no me dejáis...

DON TELLO

No, que o todo lo negáis
o todo lo consentís.

Vuestra fe daréis entera,
como os la pide, a don Tello,
que si Vargas vuelve, en ello
yo sé bien lo que me hiciera.

DOÑA ANA

¿Qué decís, Tello?

DON TELLO

Doña Ana,
yo os pedí para mujer;
mirad si lo habéis de ser,
y vuelva Vargas mañana.

DOÑA ANA

Que sí os dije; pero si hoy
viniera Vargas, ya no.

DON TELLO

Ya en eso me veré yo,
pues vuestro marido soy.

DOÑA ANA

Pues, don Tello: si vinierais...

DON TELLO

¡Vive Dios! que le matara,
pues porque yo os esperara
no era justo que os perdiera.

DOÑA ANA

¡Don Tello!

DON TELLO

Miradlo bien,
que, pues más no he de esperar,
conmigo habéis de casar
si viene, y si no también.

DOÑA ANA

Don Tello, pues ha de ser,
no haré en ello oposición;
ya que tenéis la razón
mirad lo que habéis de hacer.

Esto hablaban una tarde,
ya muy cercana la noche,
doña Ana Bustos Mendoza
y don Tello Arcos de Aponte.

Iguales en lustre ostentan
sus heredados blasones,
ella envidia de las damas,
él galán entre los hombres.

Y ella hermosa y él valiente,
por especiales razones
unirles en casamiento
sus parientes se proponen.

Don Tello adora a doña Ana,
mas como valiente noble,
ha más de un año que espera
que su afán se le malogre;

porque ha tanto que la niña
tiene asentado en otro hombre
el pensamiento amoroso,
y ni sosiega ni come.

Es su amor don Juan de Vargas,
que a Italia oculto fugóse
por no sé qué muerte oculta
en las sombras de la noche.

Mas don Juan desde aquel día

tan de veras ocultóse,
que de su estado y persona
cartas ni amigos responden.

En vano tras nuevas suyas
se rastrearon en la corte
mil exquisitas pesquisas,
mil cortesanos favores;

La justicia dióle libre,
el mismo rey perdonóle,
pidieron a todas partes
cartas y noticias dobles;
mas en todas fueron vanos
al misterio que le esconde
los parabienes presentes,
las antiguas precauciones.

De todas partes los pliegos
vuelven bajo el mismo sobre,
porque en ninguna parece,
ni en ninguna le conocen.

Cansado por fin don Tello
de plazos y condiciones,
y recelando que al cabo
parezca don Juan y torné,

resuelto y tenaz decide
que, pues año y medio corre
de grado o de valimiento
se cumpla cuanto pactósele.

Y, la verdad, que doña Ana,
más tibia ya en sus amores,
no con enojos escucha
de don Tello las razones.

Ni estorba que la festeje,
ni que vista sus colores,
ni entre en su casa de día,
ni que sus rejas la ronde.

Porque en esto dé firmezas
en ausencias y en amores,
era sin duda lo mismo
que en nuestros tiempos, entonces.

Quedó, pues, dicho y jurado
que, excusadas dilaciones,
la boda se concluyera
dentro de la misma noche.

Y en todo Valladolid,
cuantos hay vecinos nobles,
a dar sus enhorabuenas
a los novios se disponen.

Mas es preciso advertir
que mientras en los salones
danza y festejos preparan
juntos Mendozas y Apontes,
las puertas del Campo Grande
cruza a resuelto galope,
embozado en una capa,
sobre un petro negro, un hombre.

Es una noche de octubre
que la atmósfera encapota
entre las dobles cortinas
de la niebla y de la sombra.

En ráfagas desiguales
el cierzo a intervalos sopla,
quebrándose en las esquinas
con voz destemplada y bronca.

Lucen en ellas apenas,
como sombras vaporosas,
mal esparcidos faroles
que entre la niebla se ahogan.

Y a su vacilante luz,
por las calles tortuosas
apenas a ver se alcanzan
de los que pasan la forma.

Que no es tan tarde que en sueño
la ciudad repose toda,
ni tan pronto que aun excusen
los rondadores su ronda.

Óyese el sordo murmullo

de las fugitivas ondas
con que el revuelto Pisuerga
ambas orillas azota;

y entre su son temeroso
la voz compasada y ronca
con que las huecas campanas
al toque de ánimas doblan.

Allá por sobre las cercas
que el Campo Grande aprisionan,
turbias luces se perciben
por entre ventanas rotas,
a cuya opaca lumbrera
algún penitente ora,
y con el llanto del monje
las culpas del hombre borra;
o algún sabio solitario
en meditación más honda,
del vano mundo desprecia
la mal olvidada pompa.

Cuán grato es ir sin camino
con el corazón a solas
en la deliciosa calma
de la noche silenciosa;
sin testigos que sorprendan
sobre la faz melancólica
las lágrimas que se escapan
de los ojos gota a gota.

Noche, consuelo del triste,
¡bendita tu amiga sombra,
entre cuyos densos pliegues
no se avergüenza quien llora!

Yo también, triste poeta,
al compás del arpa ronca
te rindo tributo en lágrimas,
plegarias de mis memorias.

Y una y mil veces bendigo
tu espesa tiniebla lóbrega,
deseñando las guirnaldas
que el arpa cansada adorna.

Noche, consuelo del triste,
 ¡bien haya tu amiga sombra,
 entre cuyos densos pliegues
 no se avergüenza quien lloral

—
 Cruzando del Campo extenso
 la soledad misteriosa,
 a lentos pasos camina
 un hombre de cuya forma
 se distingue solamente
 la pluma que en alto flota,
 las espuelas en que acaba
 y la espada que le abona.

Lo demás de su figura
 lo velan, guardan y embozan
 los secretos de una capa
 en que envuelve la persona.

Ganó la vuelta a la plaza
 por una calleja corva,
 de casa en casa pasando,
 señas tomando de todas.

Delante de una al tenerse
 que de palacio blasona,
 ésta es, dijo, y en la puerta
 la mano atrevida posa.

Mas no bien dentro del patio
 el son de la aldaba dobla,
 corriendo dentro un cerrojo
 un hombre al dintel asoma.

Haciendo paso al que sale
 el que iba a entrar se reporta,
 y al tiempo mismo en su rostro
 reflejó la luz dudosa.

«—¡Don Juan! —¡Don Tello!, exclama-
 en voz descompuesta y bronca
 ambos a dos personajes

como quien duda y se asombra.
 «—¿A don Juan mirando estoy?

—¿A quien veo es a don Tello?
 —Por Dios que no erráis en ello.
 —Ni vos en mí; don Juan soy.
 —Seguidme.

—¿Adónde?

—A reñir.

—Vamos; mas reñir, ¿por qué?
 —Seguidme, don Juan, que a fe
 que os lo tengo de decir.»

Calló don Juan, y don Tello
 en faz decidida y torva,
 «por aquí», dijo, y airado
 la vuelta del Campo toma.

Los estoques en la mano,
 sueltas en tierra las capas,
 están dos hombres a punto
 de cerrarse a cuchilladas.

DON TELLO

Reñid, don Juan, o vos mato.

DON JUAN

Grande será vuestra causa,
 don Tello, mas ¡vive Dios!
 que yo en saberla me holgara!

DON TELLO

Reñid, don Juan.

DON JUAN

Vos, parece
 venís a reñir con rabia,
 mas yo que ignoro...

DON TELLO

O reñid,

u os asesina a estocadas.

DON JUAN

¡Tello!

DON TELLO

¡Reñid, voto a Cristo!

DON JUAN

Mas decid una palabra,
una razón, un pretexto,
y riño.

DON TELLO

¡Pese a mi alma!

¿En Valladolid no estáis?

DON JUAN

Bien se ve.

DON TELLO

¿Y a quién buscabais?

DON JUAN

A doña Ana de Mendoza.

DON TELLO

Reñid, pues, que esa es la causa.

DON JUAN

¡Doña Ana!, ¿qué...

DON TELLO

Esposa mía...

DON JUAN

¿Es?

DON TELLO

Será.

DON JUAN

¿Cuándo?

DON TELLO

Mañana.

DON JUAN

Defendeos bien, don Tello,
que la razón es sobrada.

Cruzáronse los estoques,
adelantaron las dagas,
y empezaron los aceros.
do acabaron las palabras.

El ruido de entrambas hojas
en la oscuridad sonaba,
sin que en la sombra se alcance
cuál es más feliz de entrambas.

El aliento a resoplidos
ambos fatigados lanzan,
mortales golpes se tiran,
mortales golpes se paran.

Sin duda que corre sangre,
sin duda el brazo se cansa,
porque los golpes son menos,
la respiración más tarda.

Y sin duda que es temible,
la contienda solitaria;
don Tello no cede un paso,
don Juan un paso no avanza.

No suena un golpe que a fondo
recto al corazón no vaya,
no hay un quité que no pare
la postrimera estocada.

Es el brazo que defiende
tan fuerte como el que ataca,
que a acertar un solo golpe
con él la lid acabara.

Jurá el uno, calla el otro;
ni uno cede, ni otro avanza;
con más arrojo don Tello,
don Juan con mejor constancia.

Y en vano son los ardidés,
los esfuerzos y las mañas,
los amagos engañosos,
las embestidas trocadas.

Siempre un golpe encuentra un quité,
siempre un estoque una daga,
y un esfuerzo inesperado
una defensa impensada.

Entrambos desfallecidos
pierden tierra, y tierra ganan,
mas en ganar y en perder
siempre es igual la ventaja.

Desesperado don Tello,
don Juan en siniestra calma,
así igualmente se estrechan,
e igualmente se rechazan.

Y está la muerte dudosa
en ambos aposentada,
la mano en entrambas vidas
sin atreverse con ambas.

Abrasado al fin don Tello,
en el volcán de su rabia,

no mirando ya su honra,
sino sólo su venganza,

viendo que don Juan no cede,
y que él tampoco adelanta,
pensó en ganar por traidor
lo que por audaz no gana.

Y cerrando más brioso
con tan traidora esperanza,
como si alguno amagase
a don Juan por las espaldas,
gritó: ¡Tente! ¡No le mates!
y al volver don Juan la cara,
hasta la cruz escondióle
dentro del pecho la espada.

Cayó don Juan, y don Tello,
ganando apenas su casa,
guardó en la vaina su estoque,
y su secreto en el alma.

III

Lejos del mundo y de su pompa vana,
harto de juveniles devaneos,
el polvo hollando que la raza humana
encierra en sus placeres y deseos,
renunciando su gala cortesana
y de su clara estirpe los trofeos,
en celda estrecha y solitaria habitaba
un austero y humilde cenobita.

Pasó su juventud en ardua guerra
derramando su sangre generosa
por ensanchar los lindes de su tierra,
y engrandecer su patria poderosa.
En el valle acampó, saltó la sierra,
y tremolando la enseña victoriosa,
y los vencidos le debieron leyes,
conquistas su nación, oro sus reyes.

Hoy, porque al mundo su valor asombre,
o porque su valor ponga en olvido,

vela en el claustro el opulento nombre
con que ha valiente capitán vivido:
y olvida con lo mísero de hombre
cuanto de grande e inclito ha tenido;
curando en santa y religiosa calma
las hondas cicatrices de su alma.

Que entre ásperas y crudas penitencias
buscó a su Dios el alma atormentada
por el revuelto golfo de las ciencias,
por el desierto de la inmensa nada;
así avivó su fe con sus creencias,
así acalló su carne macerada,
mas en lucha tenaz consigo mismo
en sus creencias encontró un abismo.

Creó y dudó; y en duda irreverente
tornó a creer, y recayó en la duda;
hundió en el polvo la humillada frente
en su cuita a su Dios pidiendo ayuda;
creó segunda vez, pero igualmente
dudó segunda vez el alma ruda;
oró su pertinacia castigando,
mas creyendo dudó, y creyó dudando.

Doquier su incertidumbre y su impericia
el orden de las cosas reprochaba;
la virtud presa, impune la malicia,
do quier de sus creencias recelaba;
mal segura y torcida la justicia,
de la justicia celestial dudaba,
y de los males del viciado suelo
culpa argüía en el dormido cielo.

Con sus dudas así y con sus creencias,
arrastraba el severo capuchino
su vida entre recónditas dolencias,
y dudaba tal vez de su destino.
En vano con austeras penitencias
pedía al cielo su favor divino;
siempre acosaba al pensamiento adusto
la duda de lo justo y de lo injusto.

Siempre sus penitentes oraciones,

y su estudio, y sus horas solitarias,
turbaban sus incrédulas ficciones,
siempre con causas o con hechos varias;
ni el turbulento mar de sus razones
sosegaban su llanto y sus plegarias,
que cuanto más oraba penitente
se rebelaba el corazón demente.

El pueblo, al contemplar su faz severa,
que con el toso capuchón ceñía,
el paso grave, la mirada austera,
la barba que a los pechos le caía,
su misteriosa forma pasajera,
que tan sólo en el templo aparecía,
reputación de justo le otorgaba,
y por justo varón le respetaba.

El sabio que en su cámara medita
en un confuso libro amarillento
las ideas que el sabio cenobita
creó en la soledad de su convento,
viendo que su honda creación gravita
sobre su aventajado pensamiento,
ambas razones balanceando, cede,
y el renombre del sabio le concede.

Mas tal es la mundana inconsecuencia
y el frágil peso del consejo humano,
que yerra el corazón, yerra la ciencia
en el juicio más fácil y liviano:
en medio de su airada penitencia,
presa a su vez del pensamiento vano,
bajo el sayal del hombre penitente
el incrédulo habita impunemente.

Do quiera le mantiene arrebatado
honda meditación que le divierte
por el gran laberinto en que obeccado
razones busca a la insensata suerte;
y el mundano do quier cura engañado
de que en su arrobo el justo no despierte
y la sagrada inspiración no acuda;
mas el sabio no adora, sino duda.

Es una mañana clara
de una fresca primavera;
la brisa arruga ligera
la yerba, el agua y la flor.
El sol asoma al oriente
su cabellera inflamada,
y alza el ave en la enramada
dulces himnos al Criador.

Orlan el campo las perlas
que ha derramado el rocío,
murmura allá abajo el río
la orilla al acariciar;
y en niebla azulada y tenue
que remeda el limpio cielo,
vapores exhala el suelo
de jazmines y azahar.

Las inquietas mariposas
despogan sus cien colores,
columpiándose en las flores
con revoltoso bullir.
Posando en todas livianas,
sólo al lindel dejan sola
sin sus besos la amapola
el tosco vaso al abrir.

Ostenta cuantos primores
en su ancho tapiz encierra
a la luz del sol, la tierra
respirando juventud;
todo es calma, luz y vida
en la dulce primavera;
mas, ¡ay!, ¡cuánto es pasajera
su belleza y su quietud!

También gozó de su infancia,
su vigor y su opulencia
esa ciudad, de existencia
más remota y más feliz;
mas sino alcázar de reyes,
aun conserva la nobleza

en que muestra su grandeza
lo que fué Valle-de-Olvid.
.....
.....

A un lado del Campo Grande
en un balconcillo estrecho,
el codo en el antepecho,
sobre la mano la sien,
un austero capuchino
el campo está contemplando,
la baja tierra mirando
con religioso desdén.

Si sufre, goza o medita,
si bien ríe, o males llora,
si desespera, o si ora,
es difícil de atinar.
Los ojos fijos en tierra,
la tez rugosa, amarilla,
en la palma la mejilla,
siempre en el mismo lugar;

siempre en la misma postura,
en el mismo arrobamiento,
sin voz y sin movimiento,
sin aparente razón,
insondable el alma viva
tras aquella estampa muda,
una cifra es de la duda
de imposible comprensión.

Al pie del mismo convento,
en paseo solitario,
desde la iglesia al osario,
vagar un hombre se ve.
Ambos brazos a la espalda,
hasta la ceja el sombrero,
larga daga, agudo acero,
y espuela dorada al pie.

Su pensamiento no aclaran
su talante ni su paso,

tal vez estará al acaso
y sin voluntad allí:
creeráse que reconoce
el lugar en que se mira,
se tiene, calla, suspira,
viene y va, y espera así.

Del cementerio a la iglesia,
de la iglesia al cementerio,
siempre en el mismo misterio,
siempre en el mismo vagar,
ni él ve al monje que a su reja
asomado ora o medita,
ni se cura el cenobita
su ocupación de acechar.

Semójase el capuchino
a un ilustre prisionero,
y semeja el caballero
al vencedor capitán;
mas el uno en su ventana
en imperturbable vela,
y el otro en su centinela
indiferentes están.

En esto, del fin del Campo,
que ambos a espalda tenían,
uno tras otro venían
dos hidalgos a la vez.
La del primero era fuga,
la del otro seguimiento;
y viase bien su intento
en su tenaz rapidez.

Desarmado el de delante
y la faz desencajada,
en la derecha la espada,
ya cerca el perseguidor,
ambos a par se empeñaban
en su fuga y su denuedo;
el de delante era miedo,
el de atrás era furor.

—¡Detenerlos!—gritó el monje.

Tornó el caballero el gesto,
y un punto en el mismo puesto,
viéronse iguales los tres.
Mas antes que el más cercano
detuviera al homicida,
el otro cayó sin vida
bañado en sangre a sus pies.

Seguir al vivo era en vano,
como una sombra fugóse,
al desplomado tornóse,
mas era inútil también.
Y antes que reconociese
de la herida la malicia,
llegó a punto la justicia
gritándoles que se den.

Prestó atención exquisita
desde lo alto el capuchino,
¡Éste es, éste, el asesino!,
a la ronda oyó decir:
requirió el preso su espada
para dar final respuesta,
pero otra mano más presta
vino su intento a impedir.
«Déjese sin fuerza, hidalgo,
y hacia la cárcel se apronte.
¿Quién es?

—Don Tello de Aponte.

—Préndanle y vengan en pos.»
Cerró el monje la ventana
la prisión injusta viendo,
con voz cóncava diciendo:
«¡Si no hay justicia, no hay Dios!»

III

Tras una mesa cubierta
con un terciopelo verde,
en tres sillones de brazos
están sentados tres jueces.

En más infimo lugar,
y de ellos frente por frente,
espera en silencio un hombre
sentado en un taburete.

Serenos tiene los ojos,
alta y tranquila la frente,
el rostro descolorido,
y ambos pies en un grillete.

Mas nada hay en su persona
que a imparciales ojos muestre
que tan orgulloso porte
acompañe a un delincuente.

Que es noble se ve en su nombre,
que es criminal en las leyes,
que no es traidor en su rostro,
y en su talle que es valiente.

Mas que importa su custodia,
se ve bien en los mosquetes
que esparcidos por la sala
las entradas la defienden.

Por las puertas y tapices
se alcanzan confusamente
las cabezas apiñadas
de la multitud que atiende;

y en el inquieto murmullo
que discurre entre la gente,
se ve que todos escuchan,
pero que pocos entienden.

Confusas, distantes, rotas,
concebirse apenas pueden
de preguntas y respuestas
las razones diferentes.

El juez pregunta, y el reo
responde; los escribientes
escriben; los guardias guardan,
y el pueblo murmura siempre.

EL JUEZ

¿Quién sois?

EL REO

Un hombre.

EL JUEZ

¿Su nombre?

EL REO

Don Tello de Aponte soy.

EL JUEZ

Levantaos.

DON TELLO

Bien estoy.

EL JUEZ

Ved que soy el juez.

DON TELLO

Yo el hombre.

EL JUEZ

Ved que es fuerza obedecer.

DON TELLO

Que me desaten decid,
o en preguntar proseguid,
que así os he de responder.

EL JUEZ

¿Matasteis a un hombre...?

DON TELLO

No.

EL JUEZ

Con el muerto os sorprendieron,
y os acusan.

DON TELLO

Pues mintieron.

EL JUEZ

Fué la justicia.

DON TELLO

Mintió.

EL JUEZ

¿Esta espada, de quién es?

DON TELLO

Si en esta mano estuviera
mejor ella lo dijera.

EL JUEZ

¿No os la hallaron?

DON TELLO

Sí, a los pies.

EL JUEZ

Bañada en sangre!

DON TELLO

Es así.

EL JUEZ

Y un hombre tenáis muerto
junto a vos.

DON TELLO

También es cierto.

EL JUEZ

Luego fuisteis...

DON TELLO

Yo no fui.

EL JUEZ

Decid, pues, ¿quién le mató?

DON TELLO

Un hombre que le seguía.

EL JUEZ

¿Cuyo nombre?

DON TELLO

Él lo sabría,
y si no se huyera, yo.

EL JUEZ

¿Luego huyó?

DON TELLO

Dije que sí.

EL JUEZ

¿Le conoceréis al verle?

DON TELLO

Mal pudiera conocerle
si nunca el rostro le ví.

EL JUEZ

¡Bien lo fingís!

DON TELLO

Bien lo cuento,
que esto sólo aconteció.

EL JUEZ

¿Confesáis el crimen?

DON TELLO

No.

EL JUEZ

Pues ponerle en el tormento.

DON TELLO

Vedlo bien.

EL JUEZ

Lo ví.

DON TELLO

Pues voy;
pero mirad que inocente.

EL JUEZ

Vos nombraréis delincuente.

DON TELLO

Puede ser, pues hombre soy.
Mas si el dolor da por mí
alguna declaración,
anulo mi confesión,
y en cuanto diga, mentí.

Sacáronle de la sala,
y en sus sillones los jueces
callaron mientras susurra
en son siniestro la plebe.

A verse en la puerta alcanza,
que en el fondo el salón tiene,
una alfombra de cabezas
que bullen eternamente,
un montón desordenado
de ojos de hombres y mujeres
que giran en muchos gestos,
ya curiosos, ya impacientes.

Acá y allá algunas damas,
que en los tupidos dobleces
de un velo en que acaba un manto
la faz ruborosa envuelven.

Y esta multitud inquieta
cuchicheando sordamente,
esperando alguna cosa
de otra cosa que sucede;
ya de parte de don Tello,
ya de parte de los jueces,
y ya bien como en comedia
aguardando lo siguiente,

dispuesta del mismo modo
a escuchar lo que dijeren,
a partir cuando se acabe,
y a esperar mientras la dejen,
forma un susurro monótono
que por el aire se extiende,
y un acento sin palabras
en la atmósfera mantiene.

Los centinelas pasean,
el escribano se duerme
con la barba sobre el puño,
y el puño entre los papeles.

Los galanes rostro a rostro
plática entablada tienen,
que amantes serán amantes
donde quiera que se encuentren.

Los muchachos la paciencia
con aquel silencio pierden,
y hacen los viejos a solas
comentarios de las leyes
en favor de la justicia
que andaba allá en sus niñeces,
pues siempre se da por bueno
lo malo cuando se pierde.

Así en paciencia o enojo
mantuviéronse igualmente
en son confuso de muchos
jueces, soldados y plebe.

Alzóse al fin la cortina;
impusieron los corchetes
silencio, y todos los ojos
tornáronse de repente.

Retratada en el semblante
la agonía de la muerte,
salió el primero don Tello,
que apenas basta a tenerse.

Alzáronse en el salón
vagos murmullos al verle,

que más que a satisfacciones
a amenazas se parecen.

Mas a una señal airada
de los irritados jueces,
y a la vista de vecinas
alabardas y mosquetes,
reinó el silencio en la sala
capitulando la plebe,
que cuanto más atrevida
es tanto menos valiente.

EL JUEZ

(¿Confesó?)

UNO

(Confeso está.)

EL JUEZ

Decid, pues, ¿quién le mató?

DON TELLO

El asesino soy yo,
si no estáis cansados ya.

EL JUEZ

Hablad más claro.

DON TELLO

El tormento
dejó menos fuerza en mí;
a todo digo que sí,
pero en cuanto digo miento.

EL JUEZ

¿Le matasteis?

DON TELLO

Le maté.

EL JUEZ

¿Por acaso, o por razón?

DON TELLO

Por intento y a traición.

EL JUEZ

¿La razón?

DON TELLO

Yo me la sé.

EL JUEZ

Decidla si la tenéis.

DON TELLO

¿No basta que le matara?

EL JUEZ

Sí por cierto que bastara.

DON TELLO

Ruégoos, pues, que despachéis.

EL JUEZ

Sobre ese libro jurad
que por traición le habéis muerto.

DON TELLO

Dadme el libro; todo es cierto;
jurado está, y despachad.

Entró en esto, atropellando
por los guardias y la gente,
sin que curiosos ni guardias
bastasen a detenerle,

un capuchino severo,
de lengua barba, ancha frente,
claros ojos, talle erguido,
grave paso y voz solemne.

Sin duda por sus virtudes
alto respeto merece,
porque todos en silencio
aparentan conocerle.

Díjole el juez: «Perdonadnos,
porque en vela de las leyes
somos por nuestro destino
hombres afuera, aquí jueces.»

Y con acento más firme
al capuchino volviéndose,
en ademán imperioso
díjole: «Padre, ¿qué quiere?»

El religioso sereno,
en faz y gesto imponente
contestó: «Apoyo del justo,
que la justicia no yerre.»

EL JUEZ

Si erró la justicia acaso,
nos fuera ayudarla en gozo
Decid, dónde.

EL MONJE

En este mozo,
que ya con ánimo escaso
habló a impulsos del dolor,
y en cuanto dijo ha mentido.

DON TELLO

Padre, tarde habéis venido,
y que os volváis es mejor.

EL MONJE

Escuchadme.

EL JUEZ

Ya es en vano.

EL MONJE

Oídme.

EL JUEZ

Dije que no.

Como reo confesó,
y juró como cristiano.

EL MONJE

Ved que ha de saberlo el rey,
y que en ello soy testigo.

EL JUEZ

Yo no soy quien le castigo,
que escrita me dan la ley.

EL MONJE

Mirad que él no le mató,
que desde el balcón lo vi;
no es el reo.

EL JUEZ

Será así.

EL MONJE

¿Condenáisle?

EL JUEZ

Confesó.

EL MONJE

Ha mentido.

EL JUEZ

No lo sé.

Don Tello, otra vez jurad.

DON TELLO

¿Queréis matarme? Acabad;
juro que a un hombre maté.

EL JUEZ

Pues veis que otorga el delito,
dejadle sufrir la pena.

EL MONJE

¡Ved que el miedo le condena!

EL JUEZ

Padre, en la ley está escrito.

Quedó el monje meditando
del reo la confesión,
inmóvil en el salón,
de lo que mira dudando.

Firmó la sentencia el juez,
y del estrado al bajar
en voz alta a preguntar
volvióle el monje otra vez:

«¿Conque muere?

—Vedlo vos,
contestó el juez: y aun dudando
fué el monje murmurando:

«Si no hay justicia, no hay Dios!»

El sol en trémulas hebras
tornasolando los aires,
tranquilo, radiante y puro
en colores se deshace.

Doquier el pueblo se agolpa,
doquier los balcones abren
en faz de ver o esperar
lo que pasa, o lo que pase.

Doquier bellas en las rejas,
doquier hidalgos galanes,
doquier desenvueltas mozas,
clérigos y militares.

Todo es turba y movimiento,
tropezar y atropellarse,
todos van hacia la plaza,
ganando esquinas y calles.

Todos por bajo platican
cual si una historia contasen
que preguntándola todos,
todos a la par la saben.

Comprenderse apenas pueden
en razones desiguales
la razón de lo que a todos
tan afanosos los trae.

Óyense palabras sueltas,
entre otras mil estas frases:

«Es justicia. —Son las doce.

—¡Quién tal hace, que tal pague!

—Del rey aguardan indulto.

—Ya daban vuelta a la cárcel.

—Hace ocho días. —Es noble.

—¡Sálvele Dios! —¡Pobre fraile!

Y a veces allá a lo lejos
en lastimosos compases
otra voz reza o pregona
con acento suplicante.

Hierve en la plaza la gente,
puertas cierran, rejas abren,
y a un tiempo todos los ojos
se vuelven hacia una calle.

Por ella en orden siniestro,
muchos soldados delante,
de dos en dos muchos hombres
a otro hombre a la plaza traen.

Atadas tiene las manos,
descolorido el semblante,
descubierta la cabeza,
desaliñado en el traje,

sin valona y sin espada,
capotillo, ni acicates,
sobre una enlutada mula,
y acompañado de un fraile.

Van detrás algunos monjes
de varias Comunidades
con cirios que al sol del día
aunque no le alumbren, arden.

Los ministros de justicia,
el reo y el pueblo parten,

y el pregonero decía
en lúgubre son delante:

«Esta es la final sentencia
que hoy debe de ejecutarse
en don Tello Arcos y Aponte
por mano de Luis Hernández,
ejecutor por el rey...»

Y al trasponer una calle
perdióse con el bullicio
la sentencia con la frase.

Abrióse la muchedumbre,
y entraron con paso grave
dentro de la plaza juntos
los que vienen y el que traen.

Llegados a una escalera
con que unos maderos hacen
ancha subida a un cadalso,
dijo una voz: Que le bajen.

Bajó el reo, y en la escala
el religioso sentándose,
díjole con voz inquieta
que de hinojos se postrase.

Así fué, y ambos quedaron
en posición semejante
sin que sus tenues palabras
alcanzara osado nadie.

Mas sobre el hombro del reo
algún ojo penetrante,
a saberlo, ver pudiera
el ojo atento del fraile.

Y en su inquietud confiada,
más bien que reconciliarle,
viáse que era dar tiempo
a que tiempo se ganase.

Avisóle la justicia;
se alzó el reo, calló el Padre;
llegaron hasta el cadalso,
y tornaron a postrarse.

Tornó a avisar la justicia

y a la confesión el fraile,
y más de las doce y media
señalaba ya el cuadrante.

«—Don Tello (decía el monje),
dad tiempo a que el tiempo pase,
que fuera mengua en el rey,
que su perdón os negare.

—¡Pluguiera, buen monje, al cielo
que así tan ciego no errarais!

—Siendo testigo...—¿Qué importa?

—Fuera otro crimen.—¡Quién sabe!

—Yo sé que sois inocente
puesto que no le matásteis.
—Secretos del cielo son
como el cielo impenetrables.

—¡Imposible...!

—Padre, pronto.

—¡Que tanto el indulto tarde!
—¡Padre, es vano!

—¡Oh, no habrá Dios
cuando acudiros no sabe!

Y el capuchino azorado,
las miradas suplicantes
desesperado tendía,
sin aliento, a todas partes.

Por vez postrera volvieron
con más empeño a avisarle,
y el reo dijo: «—¡Es inútil!
¡Padre, que muera dejadme!

—No, don Tello, por mi vida.
Y volviéndose anhelante
el monje a la multitud,
así rompió a voces grandes:

«¡Está inocente...!» En tumulto
impidió que terminase
la turba que por oírle
gritaba a su vez: «¡Dejarle!»

«¡Está inocente!», decía el monje, y en voz pujante decía el pueblo en tumulto, sofocándole: «¡Dejarle!»

Gritaba el pueblo; y el monje gritaba, y palabras tales se le oían: «¡Dios... testigo... Indulto... el rey!» ¡Todo en baldel!

Unos decían: «¡Oírle...!» Otros decían: «¡Salvarle...!» Pero cuando todos hablan es cuando no escucha nadie.

Arrodillado don Tello, y el ejecutor delante, hizo la justicia seña, y el verdugo hizo su parte.

Calló el pueblo, calló el monje; y al ver la cabeza en sangre bañada, desesperado se perdió en la turba el fraile.

Y allá en el fin de la plaza volviendo el rostro un instante, «¡si no hay justicia, no hay Dios!», dijo, y traspuso la calle.

IV

CONCLUSIÓN

Coronada de juncos y espadañas hay en un soto cristalina fuente, donde al abrigo de sonantes cañas, en arroyo se cambia mansamente.

Espérala el Pisuerga, y de sus olas la abre amoroso el trasparente seno, con silvestres espigas y amapolas de su margen bordando el cerco ameno.

A su amoroso halago nunca ingrata, la fresca y sonora fuentequilla mezcla constante su raudal de plata con la del padre río, agua amarilla.

Y allá a lo lejos, por la angosta calle que la abren en dos bandas cien colinas, Valladolid dibújase en el valle, velada entre las pálidas neblinas,

Y la vieja Simancas más ufana alza a su espalda la torreada frente, que pintan a la par en la onda vana los tres ríos que abarca con su puente;

do empiezan a tender los arenales su enmarañado pabellón de pinos, por donde abren en grietas desiguales sus engañosos lindes los caminos.

Era la hora en que, cansado acaso de su rauda y magnífica carrera, el moribundo sol hunde en ocaso su universal espléndida lumbrera.

Dábale el ruiseñor su despedida desde el olmo sombrío que le oculta alegre a Dios a la gloriosa vida del astro rey que en sombra se sepulta;

despídenle las aguas y las hojas, y las sutiles auras que estremecen, y las coronas de los pinos, rojas a su luz, despidiéndole se mecen.

Todo era paz y lánguido sosiego en la fresca pradera y soto umbrío, todo aspiraba el esplendente fuego en derredor de fuente, soto y río.

La luz tendiendo de los ojos vagos
sobre el rápido arroyo campesino,
del llanto preso resistiendo amagos
velaba el solitario capuchino.

Y allí con él su exasperada duda
revolviéndose audaz dentro del pecho,
hondo tormento daba al alma ruda
sitio en el corazón hallando estrecho.

Continuo presentábase su mente
la ensangrentada imagen de don Tello,
a quien de un crimen defendió inocente,
y a quien la injusta ley mató por ello.

Y allá en su alma, a quien vicia
de lo humano la miseria,
así la ruda materia
luchaba con su impericia.
«No hay Dios donde no hay justicia,
porque a ser de otra manera,
o Tello no pereciera
con tan clara sinrazón,
u oyera el rey mi razón
o el matador pareciera.

Que Tello al cabo murió,
ojalá no fuera cierto;
que no es reo en lo del muerto
por mis ojos lo vi yo.
Si la ley le condenó
con ignorancia o malicia,
manifiesta la injusticia
en entrambos casos fué,
que si Dios existe a fe
no está Dios do no hay justicia.

Porque hacer el bien y el mal
y negar al mal el bien,

arguyera error también
en la justicia eternal.
Que amparar al criminal
e ir del inocente en pos
contra el gusto de los dos,
fuera en Dios ley bien tirana;
luego en consecuencia llana
do no hay justicia no hay Dios.

Y puesto que si es, no es justo,
siendo así Dios no cabal,
en obrar el bien o el mal
cuerdo es no forzar el gusto.
Pues no es Dios un Dios injusto,
no quiero por mi impericia
tener un Dios de injusticia
de sus hechuras ajeno;
que en este mundo ferreno
no está Dios, pues no hay justicia.

Y si niegas, Dios, aquí
tu justicia, aquí no estás,
y donde no estés de hoy más
quiero vivir para mí;
que si hijo tuyo nació
es bueno y justo a los dos
que el hijo te vaya en pos,
y que tú acudas al hijo,
o mintió quien tal nos dijo,
pues sin justicia no hay Dios.»

Así pensaba el monje vacilando
sin razón ni creencia que le acuda,
cuanto más convencido más errando
por entre el laberinto de la duda;

Y triste y macilento y sin destino,
sin fe en el mismo Dios que a par confiesa.

sentóse a las orillas del camino
como fardo a posar que mucho pesa.

Miserable reptil, busca en la tierra
lo que la misma tierra no merece,
y el ciego pensamiento se le cierra,
y el atrevido pensamiento crece.

Acosado de amargos pensamientos,
de negras dudas entre turbias nieblas,
nave presa de ciegos elementos,
hasta en su propia luz halla tinieblas.

Y así al dulce rumor del agua mansa,
son de las hojas, trino de las aves,
el fatigado corazón descansa
a los murmullos lánguidos y suaves.

Tal vez abriendo los cansados ojos
la moribunda luz goza un momento,
y la imagen de Tello le da enojos,
y el sueño se la roba al pensamiento.

Tal vez aún en duda congojosa
razones sueña y vanidad delira,
la claridad fingiendo misteriosa
de lo que huye más cuanto más mira.

Que así lo muestra el fatigado aliento
que el pecho en sueño atosigado lanza,
revuelto mar que el torvo movimiento
del gran volcán del pensamiento alcanza.

Sorbió el falaz crepúsculo la noche,
ganó el espacio la callada sombra,
la flor cerró su perfumado broche,
veló la tierra su pintada alfombra.

Allá a lo lejos tras el negro monte
a tardos pasos asomó la luna,

tibia alumbrando el lóbrego horizonte,
rasgando el velo que la sombra aduna.

Vagaba el aura y susurraba el río,
murmuraba la fuente que corría,
y de ella al pie con ademán sombrío
el capuchino su pesar dormía.

Iba la parlera fuente
resbalando entre la yerba,
en son acordé lamiendo
la parda y menuda arena:

y a la fugitiva lumbre
que en sus ondas reverbera
la luna en su espejo errante
la pálida faz refleja.

Brotaba espumas de plata
el ronco y turbio Pisuerga,
bañando en corvos cristales
entrambas a dos riberas.

Y al compasado murmullo
de aguas, hojas, aura y presas,
en insomnio inquieto el monje
tendido a la orilla sueña.

Alzando a veces los párpados
como quien duerme y le pesa,
la luz se pinta en sus ojos
entre cendales de niebla.

Siente el agua que murmura
y el aura que bulle apenas,
y en vago adormecimiento
oye, ve, respira y piensa.

A través del agua mansa
que el límpido arroyo lleva,
algún objeto confuso
la luna blanca le muestra.

Duda y mira, y fatigoso
otra vez los ojos cierra,
y anda el torpe pensamiento
en lucha con una idea.

Tornó a descorrer los párpados,
y allá en el agua serena
entre las sombras del sueño
un rostro a mirar acierta

Tornó a dudar acosado
entre si duerme o si vela,
contemplando aquel semblante
de igual color que la tierra.

Fantasma, ilusión o ensueño
que minucioso semeja
al muerto don Tello Aponte
que finó la tarde mesma.

Tornó a dudar mal despierto
y mal dormido en su vela,
al ver detenida el agua
y apilada en las riberas,

y en el lecho del arroyo,
al nivel de las arenas,
todo el cadáver de un hombre
asido con su cabeza.

Alzóse despavorido
el monje: mas teme y tiembla
cuando el cuerpo de don Tello
le dice así en voz severa:

«—¿Conocéisme, Padre?

—Sí.
—A que me siente ayudada,
y tras mi cuerpo mirad
lo que hay debajo de mí.»

Miró el monje, y con asombro
halló la faz macilenta
de otro a quien Tello cubría
pie a pie, y cabeza a cabeza.

Temblaba el monje aterrado
de rodillas en la yerba,
y don Tello en voz solemne
díjole de esta manera:

«En duelo injusto los dos
a traición le asesiné;
no preguntéis el por qué
de la justicia de Dios.»

A BLANCA

Despierta, Blanca mía,
que ya brillante y clara
a largo andar se viene
riendo la mañana.

Despierta, que ya alegres
los ruiseñores cantan
sus amorosas letras,
saltando entre las ramas.

Despierta, Blanca hermosa,
y al bosque ameno baja
a dar al campo enojos
y avergonzar al alba.

Y baja sin recelo,
que quien aquí te aguarda

no ha de cansarte, hermosa,
contándote batallas.

No de su noble estirpe
los títulos y hazañas
te contará altanero,
ni necias antiguallas.

Ni te dirá en prolijas
razones estudiadas
costumbres y opulencias
de tierras más lejanas.

Ni en versos lastimeros
al ronco son del arpa
lamentará fanático
desastres de su patria.

No, lejos de nosotros
creencias tan livianas,
estúpidos ensueños
que son al cabo *nada*.

Despierta, y ven al bosque,
donde te espero, Blanca,
por verte más hermosa
que el sol que se levanta.

Aquí hay sombríos lechos
con que la yerba blanda
convida, al son acorde
de fuentecilla mansa.

Aquí las mariposas
sobre la fuente vagan,
y las pintadas flores
reventan en fragancia.

Y bullen los arroyos,
y murmuran las ramas
al compasado impulso
de las sonantes auras.

El sol tiñe las cimas
de las rotas lejanas,
cubiertas de rocío,
sus asperezas calvas.

Aquí todo es contento,
seguridad y calma.
¡Oh!, ven, paloma mía,
a la floresta baja.

¡Oh!, ¡cuán hermosa viene!
¡Qué bella estás, mi Blanca!
Cantad, parleras aves,
cantad y saludadla.

Te tengo entre mis brazos,
¿Qué espero? ¿Qué me falta?
La dicha de mirarte
me enajena y me embriaga.

Y... lejos de nosotros
los mundanos fantasmas,
la gloria y el renombre,
la grandeza y la patria.

Locuras, Blanca mía,
ridículas palabras;
la gloria y la grandeza
son ilusiones vanas.

¿Te ríes, vida mía?
¿Recuerdas aún las lágrimas
que un día por la gloria
vertí sin esperanza?

¡Oh, Blanca!, era otro tiempo;
ya más segura el alma,
no soy más que un poeta
que ocio y placeres canta.

¿Aún ríes...? ¡Cómo brillan
tus pupilas...!, me abraza

no sé que fuego en ellas...
¡Oh, dame un beso, Blanca!

La gloria es un ensueño,
todo en la tierra pasa;
dame un beso, y si quieres
rompe mi lira, Blanca.

CANCIÓN

Triste canta el prisionero
encerrado en su prisión,
y a sus lamentos responde
su cadena en triste son.

Ábrele, ¡oh viento!, camino a la voz.

Van mis horas, van mis días
mi esperanza carcomiendo,
el valor va sucumbiendo,
vase helando el corazón.
Cuanto espero, desespero,
que en destierro tan tirano
sólo escucha el viento vano
mi cantar y mi aflicción.

Ábreme, ¡oh viento!, camino a la voz.

Si a tu oído, vida mía,
mi canción llegar pudiera,
yo sé bien que no muriera
al rigor de mi prisión.
Mas tu gozas descuidada,
de mis cuitas bien ajena,
mientras ronca mi cadena
me acompaña en triste son.

Ábreme, ¡oh viento!, camino a la voz.

¡Cuántas veces despertando
por el cristal del deseo,
me imagino que te veo
en amorosa ilusión!

Yo te llamo y te acaricio,
los brazos audaz te tiendo;
mas tú me huyes, y yo entiendo
jay de mí!, que sueños son.
Ábreme, ¡oh viento!, camino a la voz.

Ríe y canta, y goza y vive,
mientras sueño y canto y lloro,
los hechizos que en ti adoro,
vida y sol del corazón.
Aquí en tanto, hermosa mía,
¡morte y faro de mis ojos!,
al rigor de tus enojos
y al dolor de su pasión,

triste canta el prisionero
encerrado en su prisión,
y a sus lamentos responde
su cadena en ronco son.

Ábrele, viento, camino a la voz.

QUINTA PARTE 18

EL CREPÚSCULO DE LA TARDE

Sentado en una peña de este monte
tapizado de enebros y maleza;
estoy viendo en el cárdeno horizonte
reverberar el sol en su grandeza.

Y allá esconde su luz tras la colina,
y se cree que su sombra nos oculta
otra región luciente y cristalina
do airado el sol su púrpura sepulta.

Arde la cima; el horizonte extenso
trémulo brilla con purpúrea lumbre;
un mar de grana le circunda inmenso,
y un piélago de sol flota en la cumbre.

El sol se va; su rastro luminoso
ha quedado un instante en su camino:
¿quién seguirá en su curso misterioso
la infinita inquietud de su destino?

El sol se va; la sombra se amontona;
las nubes en opacos escuadrones
avanzan al ocaso, y se abandona
la atmósfera a sus rápidas visiones.

Si es que despiden a la luz del día,
si atropellan la luz porque se acabe,
si son cifras de paz o de agonía,
desde el Sumo Hacedor nadie lo sabe.

El sol se va; las nieblas se levantan;
los fuegos del crepúsculo se alejan;
murmura el árbol y las aves cantan;
¿y quién sabe si aplauden o se quejan?

Gime la fuente, y silban los reptiles
que guarda entre sus algas la laguna,
y las estrellas por oriente a miles
trepan en pos de la inocente luna.

El sol se va; ya en ilusión tranquila,
de aérea nube entre el celaje gayo
que tras su lumbré con afán se apila,
desmayado pintó su último rayo.

Adiós, fúlgido sol, gloria del día,
duerme en tu rico pabellón de grana;
ora nos dejas en la noche umbría,
pero radiante volverás mañana.

Húndete en paz, ¡oh sol!, que yo te espero;
yo sé que volverás de esas regiones
do allende el mar como a inmortal viajero
te esperan otro mar y otras naciones.

Y te esperan allá, porque allá saben
que al hundirte en la playa más lejana,
les dejas en tinieblas porque alaben
la nueva luz que les darás mañana.

Yo sé que volverás, ¡luz de los cielos!
y ese volcán con que tu ocaso llenas,
del alba al desgarrar los tenues velos
cinta será de blancas azucenas.

Vé en paz, y allá te encuentres bulliciosa
otra feliz desconocida gente,
que ora tal vez pacífica reposa
a la luz de la luna trasparente.

Vé en paz, ¡oh rojo sol!, si allí te esperan,
que allí tras otros mares y otros montes
derramados tus rayos reverberan
en otros infinitos horizontes.

Tú alumbras las recónditas riberas,
donde una gente indócil y atezada
alza en medio de bosques de palmeras
las tiendas en que duerme descuidada.

Tú alumbras las medrosas soledades
donde no crecen árboles ni flores,
donde ruedan las roncadas tempestades
sobre un vasto arenal sin moradores.

Tú alumbras en sus márgenes cercanas
un pueblo infiel que de tu ley vasallo,
te muestra sus bellísimas sultanas
en el secreto harén de su serrallo.

Tú ves el blanco y voluptuoso seno
de la europea en su niñez cautiva,
el rojo labio de suspiros lleno,
la frente avergonzada, pero altiva.

Tú ves la indiana de ébano orgullosa
con su tostada y vívida hermosura,
que entre dos labios de encendida rosa
asoma de marfil su dentadura.

Tú alumbras esas danzas y festines
en que negras y blancas confundidas
unas de otras se ven en los jardines
cual sombras de sus cuerpos desprendidas.

Tú alumbras los recuerdos portentosos
de Atenas, de Palmira y Babilonia,
y a par te esperan de tu lumbre ansiosos
monstruos de Egipto y cisnes de Meonia.

Te esperan las cenizas de Corinto,
las playas olvidadas de Cartago,
y del Chino el recóndito recinto,
y el salvaje arenal del Indio vago.

Te esperan de Salén los rotos muros,
del Muerto mar los ponzoñosos riscos,
que de los pueblos de Gomorra impuros
son a la par sepulcros y obeliscos.

Tú sabes dónde están las calvas peñas
en donde los primeros cenobitas
de Cristo tremolaron las enseñas,
alcázares tornando sus ermitas.

Tú sabes el origen de las fuentes,
los mares que no surcan raudas velas,
en qué arenas se arrastran las serpientes,
y en qué desierto vagan las gacelas.

Tú sabes dónde airado se desata
el ronco y polvoroso torbellino,
dónde muge la excelsa catarata,
por dónde el hondo mar se abre camino.

Mas ya en tu ocaso tocas y te alejas;
ante ese inmenso pabellón de grana
cuán ciego sin tu luz, ¡oh soll, me dejas.
Mas vete en paz, que volverás mañana.

¡Mañana!, ¡y en tanto crecen
esos fantasmas de niebla
con que el ambiente se puebla
en fantástico tropell
Y se agolpan esas nubes
que acaso al sol atropellan,
se confunden y se estrellan
despeñándose tras él.

¡Mañana!, y de aquesta sombra
entre el denso opaco velo,
no veo el azul del cielo,
valles, ni montes, ni mar.
¡Mañana!, y ora encerrado
en esta atmósfera oscura,
sé que existe la hermosura
sin poderla contemplar.

¡Mañana...!, y en esta noche
tan tenebrósa en que quedo,
me acongojan y dan miedo
la noche y la soledad;
do quier que vuelvo los ojos,
do quier que tiendo una mano,
miro y toco el ser liviano
de la negra oscuridad,

Siento que a mi lado vagan
fantasmas que no conozco;
veo luces que se apagan
al intentarlas seguir;
percibo voces medrosas
que entre la niebla se pierden,

sin saber lo que recuerden
ni lo que intenten decir.

Siento herirme la mejilla
un soplo vago y errante,
como un suspiro distante
de alguien que pasa por mí.
Tiemblo entonces, temo y dudo;
mis años y mis momentos
me tienen mis pensamientos
en estrecha cuenta allí.

¿Qué negro sueño es aqueste,
qué delirio el que padezco?
Esta sombra que aborrezco
¿cuándo pasa?, ¿adónde va?
La siento sobre mi frente
que en masa gigante rueda,
y siempre sobre mí queda,
siempre ante mi vista está.

En la sombra, me dijeron,
se delira y se descansa,
el pesar duerme y se amansa,
la aflicción toca en placer:
en la sombra estamos solos,
no nos oyen ni nos miran,
todos los ecos conspiran
nuestro mal a dormecer.

Mas yo aquí conmigo mismo
oigo y veo, y toco y siento
a mi propio pensamiento
y a mi propio corazón:
no estoy solo, no descanso,
me oyen, me ven, no deliro...
Y estos fantasmas que miro,
¿qué me quieren?, ¿quiénes son?

Oigo el agua que murmura,
siento el aura que se mueve,
miro y toco, y sombra leve
hallo sólo en derredor;
busco afanoso, y no encuentro;
pregunto y no me responden;
¡ay!, ¿do están?, ¿y do se esconden
los consuelos del dolor?

No sé, que el cielo encapotan
esas nubes cenicientas
que se arrastran turbulentas
por la atmósfera sutil;
no sé... más siento que todos
los recuerdos de mi vida
en tropa descolorida
me asaltan de mil en mil.

No sé...; ¡porque no es reposo
este nocturno tormento
que el escuadrón macilento
de mis recuerdos me da!
¡Tantas imágenes bellas
que giran en mi memorial,
¡Tantas creencias de gloria
que son ilusiones ya!

Flores marchitas del tiempo
de olor exquisito y sumo,
que pasaron como el humo,
que no volverán jamás...
Sol, tú has hundido tu frente
tras la espalda de ese monte,
mañana en el horizonte
otra vez te elevarás.

Sol, ¡mañana más radiante
en los brazos de la aurora

tornará tu encantadora
soberana esplendidez!
Sol, tú ruedas por los cielos;
mas por el cielo que pueblas,
no tropiezas con las nieblas
de esta vaga lobreguez.

Sol, tú vuelves más sereno
de tu viaje cuotidiano;
sol, tú no esperas en vano
que volverás desde allí.
Sí, tú volverás mañana;
mas al tocar en tu oriente,
¿sabes tú, sol refulgente,
si mañana estaré aquí?

Mas vete en paz, ¡oh sol!, baja tranquilo
por este rastro de esplendente grana.
Yo en esta roca buscaré un asilo
hasta que vuelvas otra vez mañana.

Me han dicho que en la noche silenciosa
los espíritus vagan en el viento,
que flotan en la niebla misteriosa
sífides blancas de aromado aliento.

Que las aéreas sombras bienhadadas
de los que eran aquí nuestros amigos,
vienen sobre las brisas desatadas
del nocturno reposo a ser testigos.

Me han dicho que en los bosques apar-
[tados,
en las márgenes frescas de los ríos,
por el agua y las hojas arrullados,
en torno de los árboles sombríos,

danzan alegres de su paz gozando;
y a los que en vida con afán querían

desde la turba de su alegre bando
ilusiones dulcísimas envían.

Y dicen que esos son los halagüeños
fantasmas que en la noche nos embriagan,
esos los blancos y amorosos sueños
que en nuestra mente adormecida vagan.

Tal vez será verdad; vendrán acaso
nuestra vida a endulzar esas visiones,
y de una estrella al resplandor escaso
entonarán sus mágicas canciones.

Sí, tal vez a sus madres amorosas
colmarán de purísimos cariños
las trasparentes sombras vaporosas
de los risueños inocentes niños.

Tal vez venga el esposo enamorado
al triste lecho de la esposa viuda,
a darla en paz el beso regalado
que en su labio agostó la muerte ruda.

Tal vez sean su voz esos suspiros
con que la oscura soledad resuena,
y su aliento esa brisa a cuyos giros
mansa murmura la floresta amena.

Tal vez será verdad... pero a mí, triste,
que no me vela amante y cuidadosa
esa sombra que a alguno en paz asiste,
amigo, hermano, idolatrada esposa;

a mí, que no me cercan esos vagos
benéficos fantasmas de la noche,
que en las ondas se mecen de los lagos
o de la flor en el cerrado broche;

a mí, ¡triste de mí!, no me acompañan
esas sombras de amor, blancas y bellas,

porque mi adusta soledad extrañan,
porque yo velo mientras vagan ellas.

Yo no tengo una madre, ni un amigo
que deje los alcázares del cielo,
y en nocturna visión vengan conmigo
a prestarme en mi afán calma o consuelo.

Yo, a quien los suyos ofendidos lloran,
a quien no deben más que su amargura,
recelo de los mismos que me adoran,
temo el misterio de la sombra oscura.

No hallo en ella ni sílfides, ni magas,
que en esas solitarias ilusiones
sólo siento en redor torvas y vagas
las memorias de hiel de mis pasiones

No quiero sombra, ¡oh noche!, te abo-
[rezco.
Odio la luz de tu tranquila luna,
ante tus bellas sombras me estremezco,
porque no tienes para mí ninguna.

Yo espero al sol que baja refulgente
revestido de pompa soberana;
yo espero al sol que por el rojo oriente
vuelve a nacer espléndido mañana.

Yo amo la luz, y el cielo, y los colores,
detesto las tinieblas, amo el día,
todas en él las auras son olores,
todos en él los ruidos armonía.

Entonces reverbera el manso río,
abren su cáliz rosas y azucenas,
y las lágrimas puras del rocío
bordan sus hojas de perfume llenas.

Yo espero al sol; entonces se levanta
la tierra a saludarle perezosa,
y el ruiseñor entre los olmos canta,
y llena blando son la selva umbrosa.

Yo espero al sol porque su luz gigante
me deslumbra y embriaga y enloquece,
y al seguirle en su curso rutilante
mi pesar en el pecho se adormece.

Sol... ¡inmortal y espléndido viajero!
Yo como tú me perderé sin tino,
iré, desconocido pasajero,
sin término vagando y sin camino.

Ya bramen los revueltos temporales,
ya murmuren las brisas perfumadas,
ya cruce por desiertos arenales,
ya me pierda en florestas encantadas,

En los mullidos lechos de un serrallo,
en la triste mansión de una mazmorra,
altivo triunfador, servil vasallo,
negra fortuna o liberal me acorra,

te buscaré a través de las cadenas
bajo los ostentosos pabellones,
del río por las márgenes amenas
y a través de los rotos murallones.

Yo buscaré tu lumbré soberana
del mar tras los cristales movedizos,
y soñando a los pies de una sultana
en la espiral de sus flotantes rizos.

Y tal vez de un proscrito los cantares
desde unas costas lúgubres y solas,
lleguen cruzando los inmensos mares
a sus queridas playas españolas.

¡Feliz entonces si a la fin pasados
mis locos, criminales extravíos,
de mis fúnebres cánticos tocados,
les merezco una lágrima a los míos!

Conjuraré a los céfiros ligeros
de aquellas selvas a la mar vecinas,
y a los rápidos bandos pasajeros
de las sueltas y pardas golondrinas.

Que ingrato a cuanto amé, solo y perdido,
un verdugo alimento en mi memoria;
y para hundirla entera en el olvido,
oco deliro un porvenir de gloria.

Gloria o sepulcro, ¡oh soll, busco anhe-
[lante;
gloria o tumba tendrá mi audacia insana.
Si buscas mi destino, ¡oh sol radiante!,
yo estaré aquí; levántate mañana.

A UN ÁGUILA

ODA

Sube, pájaro audaz, sube sediento
a beber en el viento
del rojo sol la esplendorosa lumbre;
sube, batiendo las sonantes alas,
de las etéreas salas
a sorprender la luminosa cumbre.

Bien hayas tú, que ves osadamente
los cielos frente a frente,
y de cerca a tu Dios, ave altanera;
y que si el ronco torbellino crece,
vigoroso te mece
siendo un impulso más a tu carrera.

¿Qué te importa que el sol ni el torbellino
cruzen por tu camino,
si en vuelo altivo y temerario arrojo
la tormenta te riza mansamente,
y el sol resplandeciente
como precisa luz vibra en tu ojo?

¿Qué te importa de pájaros la ansiosa
confusión tumultuosa,
que se ufana en subir cuando tú subes,
si a su impotente y torpe movimiento,
fuerza le falta y viento,
cuando tu vuelo real hiende las nubes?

Salve, ¡oh tú de la atmósfera señora,
águila voladora
que abandonando nuestra tierra oscura,
emperatriz del viento te levantas,
y solitaria cantas
de los lucientes astros la hermosura!
Tal vez escuches en tropel sonoro
las cítaras de oro
de los santos y célicos festines;
y tal vez mires en distancias sumas
las espléndidas plumas
de los blancos y errantes serafines.

Tal vez oyes, ¡oh reina soberana!,
el infinito *Hosanna*
y en torno al cielo respetuosa giras,
y en el cóncavo ambiente solitario
del místico incensario
el ámbar celestial libre respiras.

Y tal vez los espíritus errantes
que arrastran rutilantes
esos soles que ruedan en la esfera,
en cariñosa voz y amago blando,
te acarician pasando
al encontrarte siempre en su carrera.

¡Bien hayas tú, del sol y el viento amiga,
del esfuerzo y fatiga,
de arcángeles tal vez acariciada!
Bien hayas tú, que despreciando el suelo
pidés osada al cielo
libre, tranquila y liberal morada.

Bien hayas tú, que lejos del inmundo
pantano de este mundo,
no sientes el dolor de los que lloran,
ni el vergonzoso son de las cadenas,
ni las de angustias llenas
quejas sin fin de los que ayuda imploran.

Ni oyes la ronca voz de la impía guerra
que ensordece la tierra
y escribe en lanzas sus sangrientas leyes;
ni del vasallo el desvalido lloro
en derredor del oro
que brilla en el alcázar de sus reyes.

Bien haces en quedarte en esa altura,
recinto de ventura,
águila emperatriz, hija del viento,
y dejarnos aquí, ya que no osamos,
pues cobardes lloramos,
gozar tu libertad por tu ardimiento.

Déjanos, sí, que esclavos de otros dueños
en indignos empeños
las ajenas hazañas aplaudamos,
y al ajustar nuestras contiendas fieras,
las ajenas banderas
y el extranjero pabellón sigamos.

Mientras cruzando la región vacía,
tú en infinito día
la farsa ríes de la humana gente,
y al son de sus dementes alaridos
registras los perdidos
vaporosos espacios del oriente.

Tú desde allí en las ráfagas mecida,
segura y atrevida
contemplas la mezquina y baja tierra,
la miseria del hombre, y su inmundicia,
su orgullo y su injusticia,
sus vanos triunfos y ominosa guerra.

Tú, ave de libertad y de victoria,
del aire y del sol gloria,
desde la calva inmensurable peña
ves cómo se abre trabajosa calle
por el angosto valle
la armada gente tras la rota enseña.

Césares, Alejandro, Napoleones,
dieron a sus legiones
tu vencedora imagen por bandera;
y tú en el viento sin temor ni vallas,
al son de sus batallas
te adormistes ufana y altanera.

Y en vano con tu sombra se escudaron,
que a la fin tropezaron
en Roma y Babilonia, y Santa Elena;
y allí vencidos, la cerviz hundieron
mientras al morir te vieron
rasgar el viento a ti libre y serena.

¡Salve, reina del viento generosa,
águila poderosa,
ave del sol y de la luz querida!
Salve, y pluguiera que en tu rauda vuelo
trepar pudiera al cielo
una esperanza de mi amarga vida.

¡Oh si alcanzara, cándida María,
perdida gloria mía,
a enviarte con esa águila un suspiro!
¡Si alcanzara esa osada mensajera
a decirte siquiera
que aun por tu solo amor canto y respiro!

¡Ay, fresca rosa que abrasó el estío,
perdido encanto mío,
tierna, amorosa y muerta ya María,
¿en qué aura vaga tu fragante aroma?
¿En qué escondida loma
me velas hoy tu cáliz, vida mía?

Tórname, hermosa, el rostro soberano,
y tiéndeme tu mano,
y dime dónde estás para mirarte;
para que tengan luz los ojos míos,
y se acallen bravíos
los duelos de mi vida al adorarte.

Vuela, pájaro audaz, águila erguida,
por la región perdida
donde espléndido el sol alza su oriente;
y si aun es dado a tu gigante vuelo
escudriñar del cielo
la ignorada mansión resplandeciente,

busca a mi vida y dila que aún la adoro,
y dila que aún la lloro
al ronco son de la cansada lira;
pregúntala si lejos de esta tierra,
en ese que la encierra
alcázar celestial por mí suspira.

Los Césares así y los Napoleones
leguen a sus legiones
tu vencedora imagen por bandera,
y tú en el viento sin temor ni vallas,
al son de sus batallas
duermas ufana, libre y altanera.

Sube, pájaro audaz, sube sediento
a beber en el viento
del rojo sol la esplendorosa lumbré;
sube, batiendo las sonantes alas,
de las etéreas salas
a sorprender la luminosa cumbre.

No te importe que el sol y el torbellino
crucen por tu camino;
sigue tu vuelo en temerario arrojó,
que el huracán te riza mansamente,
y el sol resplandeciente
como precisa luz vibra en tu ojo.

Y si por caso encuentras en el viento
mi lastimero acento,
sigue cruzando a las etéreas salas,
que los roncós preludios de mi canto
son los ayes del llanto
que me arranca la envidia de tus alas.

ORIENTAL

Larga y pesada es la noche
si de un cerrado balcón
al pie se aguarda la lumbré
de un enamorado sol.

Si a oscuras en una calle
no se siente en derredor
más que del aura perdida
el interrumpido son.

Larga y pesada es la noche
para el despierto amador
que acecha una blanca mano
que tal vez le hace traición.

Mientras la diestra al estóque,
ebria el ánima de amor,
de rival desconocido
recela la condición.

Larga y pesada es la noche
para quien tanto aguardó,
que el alba por el oriente
viene a ahuyentar su pasión.

Muy larga para el mancebo
que en Córdoba penetró
de los ojos de una mora
enredado en la prisión.

Está el cristiano apoyado
en las rejas donde vió
mientras que lloró cautivo
a la prenda de su amor.

Y en vano a su doble seña
una respuesta aguardó:
las celosías tuvieron
siempre velado el balcón.

Mas viendo que a largos pasos
veníase alzando el sol,
entre amorosos suspiros
así dijo a media voz:

—
«He llamado a tu ventana,
mi sultana,
siempre fiel a mi pasión,
y enojado me despido,
pues dormido
encontré tu corazón.

Adiós, mi dulce señora,
ingrata mora,
que pues más no he de venir,
bien harás de mi olvidada,
descuidada,
en largo sueño dormir.

No esperes, no, que tu mano
vuelva ufano
enamorado a buscar,
clavando del foso oscuro,
sobre el muro,
una escala en que bajar.

No esperes que en larga vela,
centinela
de tu cerrado balcón,
aguarde ya entretenido,
si dormido
he de hallar tu corazón.

No esperes, no, que combata,
mora ingrata,
de tu celosía al pie,
mientras en otros amores
tus favores
gozando un rival esté.

Que si a mi voz no respondes,
porque escondes
otro amor para mi amor,
guarda los lances y cuitas
de tus citas
para quien ha tu favor.

Quédate, aunque yo te amaba,
por esclava
de un señor y de un harén,
y muera con tu hermosura
la ventura
de tu existencia también.

Adiós; duerme, mi sultana,
y tu ventana,
testigo de mi pasión,
te diga si he conocido
cuán dormido
estaba tu corazón.

Y así el mancebo diciendo,
de sus celos al furor
de un tajo las celosías
con la espada derribó.

Saltó del lecho la mora
a tan descompuesto son,
y asomándose a la reja,
quién era le preguntó.

Mas él a larga distancia,
revolviendo un callejón,
tornó la espalda diciendo:
dormid en paz, que soy yo.

CANCIÓN

MÚSICA DEL SEÑOR DON S. IRADIER

CORO

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
y el mundo un festín.

El tiempo nos roba
las horas más bellas,
romped las botellas
y al baile venid.
Que al son que murmura
la danza insegura,
sueño es de ventura
la vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
y el mundo un festín.

Soñemos gozando
fortuna tan vana,
y el sol de mañana
que vea al salir

que al son de la orquesta
danzando en la fiesta,
no es carga funesta
la vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
y el mundo un festín.

Diránnos mañana
que somos ceniza,
que es dicha postiza
la de este vivir;
mas hoy gozaremos,
dichosos seremos;
en tanto olvidemos
origen tan vil.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
y el mundo un festín.

Bailemos, bebamos,
la vida es muy corta;
tal vez nos importa
pasarla feliz;
y si al fin perdida
se llora la vida,
gozando se olvida
tan lúgubre fin.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
y el mundo un festín.

Venid a mí, brillantes ilusiones,
que engalanáis la juventud ardiente.
Dadme, dadme fantásticas visiones
con que embriagar la mente.

Suéñelas yo en mi necio desvarío,
y en vistoso tropel pasen risueñas,
como la espuma de sonante río
resbala entre las peñas.

Dejadme, aunque ficción, ver a lo lejos
esa radiante luz de la esperanza
a cuyos ricos trémulos reflejos
un porvenir se alcanza.

Y apartad de mi mente esos crespones
que enlutan cuanto sueño y cuanto miro,
que tornan el compás de mis canciones
en lúgubre suspiro.

Yo que cruzo feliz, libre y contento,
de la existencia el áspero camino,
que ayudado tal vez de noble aliento
cantar es mi destino;

¿por qué al herir ufano el arpa de oro
en amoroso son, lanza perdido,
en vez de canto espléndido y sonoro
fatídico gemido?

Y es en vano buscar cuanto risueño
natura por doquier pródiga brota;
de su ventura a mi tenaz empeño
todo el raudal se agota.

He querido cantar radiante y puro
al esplendente sol, y apelmazado,
sorbiento el día nubarrón oscuro,
su disco me ha robado.

Quise cantar las danzas inocentes,
los cándidos placeres campesinos,
y de muertas naciones insolentes
lamenté los destinos.

Quise cantar del águila altanera
el imperial y soberano vuelo,
y profano llegué tras su carrera
a llamar en el cielo.

Quise cantar cascadas y jardines,
los brindis y el placer, y ensangrentado
hice girar en torno a los festines
el féréetro enlutado.

Quise cantar de púrpura y de flores
la senda del vivir entapizada,
y caminé entre abrojos punzadores
hasta el mar de la nada.

Mis cántigas de amor lamentos fueron,
y ningún amador se holgó con ellas;
blasfemias mis plegarias se volvieron,
y mis himnos querellas.

Embriagado canté la amistad santa,
soñé fraternidad y huyó el amigo,
¡que lleva al fin quien desventuras canta
la soledad consigo!

¿Dónde tornar los desolados ojos?
¿Dónde tender las alas del deseo?
Truécanseme las flores en abrojos,
y es niebla cuanto veo.

Me dijeron acaso que el bullicio
del loco mundo las tristezas cura...
Cada sonrisa me costó un suplicio
doblando mi amargura.

Tal vez la calma el corazón consuela
de la sombría noche misteriosa...
Las noches he pasado en larga vela,
en lucha congijosa.

Flores, ¿en dónde estáis que no os en-
[cuentro?
Vago por el jardín y nunca os hallo;
las raíces tal vez estarán dentro,
mas no asoman el tallo.

¡Fúlgido sol, espléndidas estrellas,
melancólica luna, yo os adoro!
y al bendecir vuestras antorchas bellas
mudo os contemplo y lloro.

No importa que la tierra brote flores,
el mar corales, y los ríos peces,
yo bendigo sus senos creadores,
los adoro mil veces:

pero al volver al Dios que los ha hecho,
jamás me pareció ni mar ni tierra
más que un sepulcro cuyo borde estrecho
nuestra miseria encierra.

A MARIANA

CANCIÓN

Limpia es la noche y callada,
la luna en el cenit brilla
como lámpara colgada
en recóndita capilla.
La brisa errante y serena
mansa suena
meciendo árbol, yerba y flor,
y el mundo en descuido inerte
goza o duerme
sus pesares o su amor.

Yo constante en mi porfía,
paso la noche sombría
suspirando a tu ventana,
¡Mariana mía!
Mas si han de expirar mis quejas
en tus rejas,
no me las abras, Mariana,
noche ni día.

¡Porque me es tan delicioso
saber cuándo al fin te roba
al necio mundo curioso
la oscuridad de tu alcoba...!
Tan grato espiar atento
el momento
en que tu luz expiró,
por poder decir ufano
¿ora qué vano

favorito es como yo?
Me es tan dulce en mi agonía
saber que en la noche umbría
suspiro yo a tu ventana,
¡Mariana mía...!
Mas si han de expirar mis quejas
en tus rejas,
¡oh!, no me las abras, Mariana,
noche ni día.

Yo bien pudiera mentirte
palacios, buques, caballos,
en luengas tierras decirte
que me respetan vasallos;
porque de tierras ignotas
y remotas
fuera muy fácil mentir;
mas decirte, aunque quisiera,
no supiera
si me lo hubieras de oír,
sino que en tenaz porfía

paso la noche sombría
 suspirando a tu ventana,
 ¡Mariana mía!
 Mas si han de expirar mis quejas
 en tus rejjas,
 no me las abras, Mariana,
 noche ni día.

Yo no soy más que un poeta,
 sin otro bien que mi lira,
 un alma al amor sujeta
 y un corazón que suspira:
 y aunque es verdad que hay algunos
 importunos

que me aplauden mi canción,
 yo nunca he de hacerles caso,
 porque acaso
 hablillas del vulgo son.
 Yo paso cantando el día,
 pero la noche sombría
 paso al pie de tu ventana,
 ¡Mariana mía!
 Mas si han de expirar mis quejas
 en tus rejjas,
 no me las abras, Mariana,
 noche ni día.

Cuando en tus cándidos sueños
 oír tal vez te parece
 de compases halagüeños
 el son que se desvanece,
 no son los tenues lamentos
 de los vientos
 que murmuran al pasar,
 no es el ruido de la fuente
 trasparente,
 sino el son de mi cantar.
 Porque siempre en mi porfía

paso la noche sombría
 suspirando a tu ventana,
 ¡Mariana mía!
 Mas si han de expirar mis quejas
 en tus rejjas,
 no me las abras, Mariana,
 noche ni día.

¿Oyes la lluvia que cae,
 y el aura en sus hilos rota
 que una voz triste te trae
 mientras tus vidrios azota?
 No es la voz de la tormenta
 turbulenta

que muge con el turbión;
 es el arpa que yo toco
 cuando evoco
 tu sueño con mi canción:
 porque siempre en mi porfía
 yo velo en la noche umbría
 suspirando a tu ventana,
 ¡Mariana mía!
 Mas si han de expirar mis quejas
 en tus rejjas,
 no me las abras, Mariana,
 noche ni día.

Y si al fin de duelo tanto,
 de tan amorosas cuitas,
 te cansa el son de mi canto
 y te cansan mis visitas;
 si tu sueño o tus placeres
 ya no quieres
 que turbe importuno más,
 manda que rompa la lira
 que suspira
 tan amoroso compás;
 mas si has de salir impía
 a maldecir mi porfía

cuando lloro a tu ventana,
 ¡Mariana mía!
 deja que estrelle mis quejas
 en tus rejas,
 y no las abras, Mariana,
 noche ni día.

SEXTA PARTE 19

PRÍNCIPE Y REY

ROMANCE HISTÓRICO

Está la noche serena,
 la luna sin pardas nubes
 que la empañen, limpia y clara
 en el firmamento luce.
 En derredor las estrellas
 con multiplicadas lumbres
 tachonan del aire vano
 los pabellones azules.
 Eresma por entre peñas
 su escaso raudal conduce
 a las plantas de un alcázar
 que en sus arenas las hunde;
 y ya en montones de espuma
 revoltoso se derrumbe,
 ya con trasparentes ondas
 manso y humilde murmure,
 nunca es más que un corto espejo
 que adula la excelsa cumbre,
 porque permita al palacio
 que en su cristal se dibuje.

Está la noche serena
 y a pasos rápidos huye
 sobre la choza pajiza
 y la espléndida techumbre.
 Calla el viento; el aura apenas

suelta ráfaga que ondule,
 Eresma hace que sus ondas
 no desvelen, sino arrullen,
 y si algún pájaro errante
 hay que el silencio interrumpe,
 avergonzado se duerme
 por no tener quién le escuche.

Mas no es tan hondo el silencio
 que el aura a veces no crucen
 los incompletos compases
 que danza vecina arguyen.
 Oyese el rumor lejano
 de contenta muchedumbre
 que entre cánticos y brindis
 el sueño tenaz sacude.
 La danza es en el alcázar,
 que el príncipe Enrique cumple
 hoy años, y a malgastarlos
 junta los más que le ayuden.
 La copa de los placeres
 para que ansiosos apuren
 cuantas damas y galanes
 hay en Castilla, reúne.
 La vida es corta; los días
 se menguan y disminuyen,
 la molicie es cortesana,
 y los placeres son dulces.
 ¿Qué importa que el rey don Juan
 contra los rebeldes luche?
 El príncipe vive y goza,
 que como a quien es le cumple.
 ¡Fiestas y danzas! Los reyes
 no son hidalgos comunes
 en cuya frente se ostentan
 el valor y las virtudes.
 Una frente coronada
 radia sola tantas luces,
 que los ojos atrevidos
 a sus destellos sucumben.

Por eso suenan alegres
 las chirimías y adufes
 haciendo que sus compases
 de sala en sala retumben;
 por eso amoroso abrazo,
 despertador de inquietudes,
 los talles de las hermosas
 al ceñidor sustituyen.
 Por eso el cendal flotante
 gira en círculo voluble
 revelando lo escondido
 tras lo que traidor descubre.
 ¡Oh!, hermosas son las hermosas
 cuando aspirando perfumes,
 mal ocultos sus hechizos
 entre transparentes tules,
 sueltos los cabellos de ébano
 en espirales y en bucles,
 de amar y gozar sedientas
 a los salones acuden.
 Aquel aliento que envía
 un suspiro a que se cruce
 con un suspiro que deja
 que aquél su lugar ocupe;
 aquel murmullo continuo
 que hace que el aura susurre
 con mil acentos sin forma
 que entre sus pliegues confunde;
 aquella blanda sonrisa
 que vida en un alma influye
 mientras aguarda favores
 en penada incertidumbre:
 aquellos húmedos ojos
 a cuya luz se destruyen
 los hielos del corazón
 cuando de esquivo presume:
 tantos acasos pensados
 que en rodeos mil conducen
 al revuelto laberinto

de amantes solicitudes;
 y todo ello en un palacio
 donde tormentosa bulle
 cuanto pompa, intriga y gala,
 la faz de un príncipe influye,
 hacen que los corazones
 tan embriagados se ofusquen,
 que deliren paraísos
 bajo el cielo que les cubre.
 Espléndido está el salón,
 y aunque mucho disimulen,
 las damas están contentas
 cuando los maridos sufren.
 El príncipe galantea,
 y las damas de más lustre
 le deben hoy tantas flores
 cuanto algunos pesadumbres.
 Porque él con una en los brazos
 toda una danza interrumpe,
 haciendo que en raudos círculos
 mil veces el salón cruce.
 Pie con pie, mano con mano,
 al muelle lánguido empuje
 la lleva en pos blandamente,
 la suspende y la sacude.
 Ella adormecida, suelta
 sobre brazo tan ilustre,
 más se abandona y descuida
 porque más él la asegure.
 Flotan los rizos de entrambos,
 los alientos se confunden,
 crúzanse los pies veloces,
 vagan los mantos volubles,
 el labio pide a los ojos
 osadía, amor y lumbre,
 y los labios a los ojos
 suplican que no pronuncien.
 Los ojos suplen las voces,
 la sonrisa el fuego encubre,

y así al amor y al placer
 todo sirve y todo suple.
 Espléndido está el salón,
 todo el aire son perfumes,
 música, citas, suspiros,
 murmullo, plumas y luces.

Mas hay un hombre sombrío
 a quien todos llaman duque,
 y a quien ninguno aventaja
 en la gala que le cubre,
 cuyos dos ojos tenaces
 sin que se aparten o muden
 en el príncipe están fijos
 cual si temiera que le hurten;
 si algún importuno acaso
 su tenacidad reduce,
 siempre a su objeto ambiciosos
 rápidos se restituyen.

Al acero se parecen,
 que por más que se procure
 doblarle contra el imán,
 siempre hacia el imán resurte:
 mientras descuidado el príncipe
 sin que su gozo perturben,
 con una dama en los brazos
 por el salón baja y sube.
 Es cierto que alguna vez
 mira de reojo al duque;
 mas éste, firme y tranquilo,
 ni le busca ni le huye.
 Es verdad que alguna vez
 el primogénito ilustre
 su voluptuosa pareja
 por delante dél conduce;
 y tal vez, aunque no altivo
 de distinguirse se excusa,
 no se alcanza a comprender
 si es que le honra o que le injurie;
 mas el duque no por ello

en desmán alguno incurre:
 siempre el respeto le sobra,
 ya le responda o le escuche.

Cesó la danza y la música,
 que ya el albor se descubre
 del alba que por los vidrios
 asoma sus turbias luces.
 Quedó el alcázar tranquilo,
 despejó la muchedumbre,
 sonó un beso, y don Enrique
 entregó su dama al duque.
 Aquél dijo: «Hasta mañana.»
 Contestó éste: «Si a Dios cumple.»
 Y don Enrique volviéndose
 siguióle la servidumbre.

LA CORTINA VERDE

Son unas horas después,
 y vense en su gabinete
 Inés en un taburete
 y don Enrique a sus pies.

Testigos de sus deslices
 en aquel retrete oscuro,
 están colgados del muro
 de Flandes cinco tapices.

Toda sorpresa exterior
 previenen las celosías,
 y dos dueñas de vigías
 que están en el corredor.

Lucha la luz con la sombra,
 el rojo sol de occidente
 colora confusamente
 las labores de la alfombra.

Las flores desde el jardín
 prestan al aura perfume,
 y otro al fuego se consume
 en el mismo camarín.

Todo es paz, calma y quietud
en el retrete oriental;
mas si no es paz criminal,
no es la paz de la virtud.

Don Enrique está hechicero;
doña Inés como una estrella;
voluptuosa está la bella,
y galán el caballero.

En los ojos de la hermosa
se está mirando el galán,
y ambos atizando están
hoguera tan peligrosa.

Ella en recreo infantil
destréznale los cabellos,
bucles haciéndole de ellos
con sus manos de marfil.

Él, con sonrisa liviana,
en acento adulator
dulces palabras de amor
le dice a la cortesana.

Ella de orgullo suspira
gozando el favor real,
aunque él interpreta mal
la vanidad que le inspira.

Él, mancebo y sin consejo
en su amor se está abrasando;
pero ella está contemplando
su contorno en un espejo.

Él la dice: «Hermosa estás»,
y en silencioso desdén
dice ella: «Lo sé tan bien,
que advertirlo está de más.»

Él con el dulce reclamo
del silencio engañador,
traduciéndolo mejor
añade: «Inés, yo te amo.»

Ella, culpando su exceso,
cuando más cerca la estrecha,

le da de sí satisfecha
por cada palabra un beso.

Y en larga conversación,
ella altiva, él importuno,
demuestra bien cada uno
el afán del corazón.

Así el príncipe decía
enajenado a la hermosa;
y astuta y voluptuosa
ella así le respondía,

DON ENRIQUE

Un reino me aguarda, sí;
con él media vida diera
por gozar, Inés, siquiera
la otra media junto a ti.

DOÑA INÉS

Siendo príncipe, señor,
dierais, existiendo un año,
cada mes un desengaño
a vuestro constante amor.

DON ENRIQUE

Pasiones fueran livianas,
pasatiempos nada más;
que no encontrara quizás
sino amor de cortesanas.

Mas, Inés, viéndote a ti
esquivarte fuera en vano.

DOÑA INÉS

¡Hoy me aduláis cortesano,
que estáis delante de mí

DON ENRIQUE

Te lo juro, hermosa Inés;
 diera mis reales palacios,
 mis coronas de topacios,
 por vivir siempre a tus pies.

DOÑA INÉS

¿Tan bella, Enrique, os parezco?

DON ENRIQUE

Como tú no nacen dos.
 Y por ello, ¡vive Dios!,
 sufro mal que no merezco.

DOÑA INÉS

¿Vos por mí males?

DON ENRIQUE

Sí a fe.

DOÑA INÉS

No os entiendo.

DON ENRIQUE

¿Me amas, di?

DOÑA INÉS

En mi alma de vos a mí
 si hay diferencia no sé.
 Mas...

DON ENRIQUE

¿Qué, Inés?

DOÑA INÉS

¿Habéis oído?

Jurara que algo sonó.

DON ENRIQUE

Nada he percibido yo...

Ilusión tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pie
 escuchando perspicas,
 y asíóla el príncipe audaz
 repitiendo: «Nada fué.»

Y a fe que era la quietud
 de aquel ansioso momento
 tan honda en el aposento
 como en desierto ataúd.

Ningún rumor la turbaba,
 ningún susurro se oía
 si alguna vez se eximia
 la brisa que murmuraba.

Los vapores de perfume
 que exhala el ancho pebete
 aroman el gabinete
 y el aire que los consume.

La rica tapicería
 inmoble en el muro está,
 y a sitio seguro da
 cada puerta y celosía.

Hay en el fondo una alcoba
 que, aunque en la sombra se pierde,
 espesa cortina verde
 al ojo su interior roba.

Tal vez el aura sutil
 un instante la movió,

y eso sin duda causó
a Inés un terror pueril.

Mas respuesta y sosegada
junto al príncipe otra vez,
dijole con candidez:
«Tenéis razón: no fué nada.

Mas perdonad que haya sido
tan fácil para el temor,
que aunque os tengo mucho amor
tengo miedo a mi marido.»

DON ENRIQUE

No me le nombres, Inés,
que hasta su nombre me irrita.

DOÑA INÉS

La vida, señor, me quita
con tan celoso como es.

DON ENRIQUE

¡Ah, Inés mía, ese es el mal
que lamentaba hace poco!...
Tengo de volverme loco
con un hombre tan cabal.

No hay cortesano mejor
ni más puntual caballero,
en la obediencia el primero
y el primero en el valor.

No hay medio de hallarle infiel
ni falta que acriminar,
ni encuentro qué castigar
por más que lo busco en él.

En la primera excepción
en que incurra ha de morir.

DOÑA INÉS

Señor, ¿eso osáis decir?

DON ENRIQUE

Alma mía, celos son.

No puedo pensar en paz
que él goza de tu hermosura,
cuando por igual ventura
me lamento sin solaz.

¿Te parece digna traza
de un príncipe que osa amarte
esperar por sólo hablarte
a que él se salga de caza?

¿Es digno de mi ambición
que cuando él parte tu lecho
me dé yo por satisfecho
con verte por un balcón?

DOÑA INÉS

Pero yo, Enrique, os adoro.

DON ENRIQUE

Sí, ¡y en ese amor sobrante
me arrebatas el diamante
dándome el arillo de oro!

DOÑA INÉS

Os doy cuanto puedo dar.
No podéis más exigir.

DON ENRIQUE

Aunque él haya de morir
tu amor sólo he de alcanzar.

Ronco, ahogado, comprimido,
sonó un fugitivo acento
como el rumor del aliento
largo tiempo detenido.

Perdió la dama el color,
púsose el príncipe en pie,
recelando ambos que esté
alguno en el corredor.

Mas por el mismo lugar
con muy recatada seña,
oyóse a la astuta dueña
por el corredor llamar.

Adiós, señor, dijo Inés,
que de partiros es hora.

—¿Hasta cuándo?

—Por ahora.

Si gustáis, hasta después.

—¿Tanta ventura es verdad?

—Os lo había prometido.

De caza está mi marido:
válganos la oscuridad.

—¿Vendréis?

—¿Cómo no?

—Atended;

no hagáis confianza vana;
abierta está la ventana
y es áspera la pared.

—Os entiendo, vendré solo.

—Sí, que la noche es oscura.

—¡Oh!, y por tamaña ventura
fuera yo de polo a polo.

Salió el príncipe, y la bella,
orgullosa por su amor,
saliendo hasta el corredor,
dejó el camarín tras ella.

Todo en él fué soledad,
y la cortina arrugando
vióse al duque murmurando
inmóvil en la oscuridad:

«He aquí que todo lo pierde
»por no pensar mi mujer
»que yo me puedo esconder
»tras esta cortina verde.»

JUSTOS POR PECADORES

Es Clara una hermosa niña
que en la faz muestra gentiles
de sus diez y siete abriles
los encantos a la vez.
Sencilla, mas sin que el mundo
la sobrecoja ni empache,
las pupilas de azabache
y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura,
como la noche el cabello,
transparentes en el cuello
venas de virgen azul.
Pie breve y aéreo paso,
más inquieta y más ligera
que en la fértil primavera
las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce
la llamó un árabe errante,
sol, azucena y diamante
las gitanas que la ven.
El árabe en sus desiertos
con su memoria camina,
Egipto la vaticina
infinito amor y bien.

Sus ojos brillan tranquilos
como una noche serena,
su alma en ellos se ve ajena
de temor y de inquietud.
El duque la dice—amiga,
doña Inés la dice—hermana,
los mancebos—soberana
y hermosa—la multitud.

Si se reclina cansada
junto a la fuente sonora,
la náyade protectora
parece de su cristal;
si corre de los jardines

por las sendas desiguales,
semeja entre los rosales
una sílfide ideal.

Si sonrío, es su sonrisa
tan pura y tan hechicera
cual la blanca luz primera
del alba limpia de abril.
Su voz es a quien la escucha
red amante, oculta vira,
y el aliento, si suspira,
aura olorosa y sutil.

El duque parte con ella
todo el amor de su esposa,
doña Inés procura ansiosa
con ella olvidarse dél.
Y es Clara, partiendo entrambos
su purísimo cariño,
para aquélla un tierno niño
y un serafín para aquél.

Pasó toda aquella tarde
en el huerto entretenida
con una dueña que cuida
sus caprichos de cumplir.
Cayó el sol: enlutó el cielo
la impalpable sombra inmensa,
la noche lóbrega y densa
amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos
con un velo, del rocío;
cruzando el jardín umbrío
hacia el camarín tornó:
y asida a un ramo de flores
que robó a la primavera,
por una oscura escalera
hasta el corredor llegó.

Allí doña Inés, posada
la mano en el antepecho,
miraba un camino estrecho
que oculto a la calle da;

y en el jardín, tras la dueña
que recatada le guía,
por la misteriosa vía,
rápido el príncipe va.

Clara entonces silenciosa,
viendo a Inés tan distraída,
de su estancia la salida
ganó a su espalda veloz:
cayó la puerta de golpe
con estrépito violento,
y oyóse en el aposento
del duque ronca la voz.

Tornóse Inés aterrada;
oyóse dentro un gemido;
aplicó atenta el oído
y dijo temblando: —Él es.
Rápida, desalentada,
por el corredor saltando,
dió al jardín, encomendando
su salvación a sus pies.

Trémulo, descolorido,
el duque de allí a un momento
saliendo del aposento
embozado apareció.
Caló el sombrero a los ojos,
y dando vuelta a la llave,
con paso callado y grave
la escalerilla bajó.

UN APÉNDICE

A LAS

VENTANAS DE LA DUQUESA

Triste y lóbrega es la noche;
no está en el cielo la luna
colgada como una antorcha
entre la niebla nocturna.
No es azul el firmamento,

que le encapotan y enlutan
informes masas de nubes,
que a paso tardo le cruzan.
Todo es silencio en Segovia,
las ráfagas no murmuran,
que el aire denso y pesado
vecina tormenta anuncia.
Triste y lóbrega es la noche;
yace la ciudad a oscuras
en brazos del primer sueño,
inmóvil, opaca y muda.

Con precaución cautelosa
que intento secreto anuncia,
corrió una mano el cerrojo
de un postigo que se ofusca
en un lado del alcázar,
entre prolijas molduras.
Por ella dos embozados
salieron: y a la que alumbraba
débil luz de una linterna,
por de fuera la aseguran.
Como mucho se recatan
y es la sombra tan confusa,
no se percibe a lo lejos
ni su faz, ni su figura.

Porque es la sombra un cristal
que los recelos enturbian,
y el objeto que se mira
se disminuye o se abulta.
Tan velozmente caminan,
que pueden dejar en duda
si su acelerada marcha
es persecución o fuga.
Doblan esquinas y calles,
plazuelas; y plazas cruzan,
dijeran que van perdidos
sin encontrar lo que buscan.
Mas tan decididos siguen
la dificultosa ruta,

que bien se ve que no yerran
ni se desorientan nunca.

El ferreruero cruzado,
a los ojos la capucha,
la barba sobre los pechos,
el morterete sin pluma,
van su camino en silencio,
con planta firme y segura,
y el uno delante el otro
ni se paran ni se juntan.

Debajo de unas ventanas
que con labores difusas,
cercan muchos arabescos
de primorosa escultura,
detúvose el de delante

diciendo: «Vela y escucha;
esperando que yo vuelva
sin que nadie me descubra.»

Replicó el otro en voz baja,
saludando con mesura:
«—Y si una ronda...»

«—Que pase.
Que mi grandeza te escuda.
—¿Y si un curioso?»

«—Que vuelva
atrás.

«—¿Y si me importuna?
—Requiere, si no eres manco,
la razón de tu cintura.»

Siguió adelante, esto dicho, obstruyendo
y primero que él acudado
a dar, prevenido y cauto,
o noticia, o seña suya,
abriéndose una ventana
lanzó de su sombra muda
con una escala de seda
una voz que dijo: «Suba.»
Subió el galán; mas llegando
veloz a la cuerda última,

un brazo que sacó un hombre
que esconde la catadura,
dándole aprisa un saquillo,
dijo: «Tome lo que busca».
Y cerrando la ventana,
mano, voz y hombre se ocultan.
A tal momento en la calle,
con voz de duelo y angustia,
un ¡ay! lanzando una dama
de la escala se asigura.

Bajó el caballero, y ella
hijadeando le pregunta:

«¿Vivís?, y asiendo el estoque»

él replicó: «¿Quién lo duda?»

Llegó en esto el apostado

con la linterna, y a una

dama y galán prorrumpieron:

«—¡Don Enrique! —¡Inés! —Alumbra.»

Abrió el príncipe el saquillo,

y sintiendo la tela húmeda,

metió la mano, y asiendo

con asombro lo que oculta,

sacó de la hermosa Clara

la cabeza infantil, mustia.

—«¡Santos del cielo! ¡mi hermana!»

—Su sentencia era la tuya;

(dijo a doña Inés el príncipe):

válgate, pues, tu fortuna.»

Y dando a la dama el brazo,

tomando su antigua ruta,

entraron en el alcázar

por la puertecilla oculta.

A LUENGAS EDADES

LUENGAS NOVEDADES

I

El príncipe pasó a rey,
y como era de esperar,

todo debió de cambiar
sujeto a distinta ley.

Era la reina muy bella;

mas como bella, celosa,

y otra alguna por hermosa

no tiene igualdad con ella.

Así que el rey don Enrique,

si no adquirió más virtud,

de su ociosa juventud

puso a los vicios un dique.

De sus amigas livianas

mucho el número menguó,

y a la reina encomendó

sus más lindas cortesanas.

Es verdad que a las dos leguas

doña Guiomar cada día,

entretenerla solía

dando al matrimonio treguas.

Y es cierto que tan leal

a su príncipe como ella,

de su amor le hace querella

Catalina Sandoval.

Mas pecados reales son

que tachar fuera imprudencia;

son del cetro una exigencia,

excesos del corazón.

Que es mezquino, a nuestro ver,

que mandando tanta gente,

un monarca se contente

con tan sólo una mujer.

Si Dios condena el amor

a la mujer del vecino,

no habla el precepto divino

con él con tanto rigor;

y sin duda alguna es bien

que, pues, la ley dan los reyes,

sean ellos con las leyes

privilegiados también.

Por eso en una alta torre

que al Campo del Moro cae,
por do Manzanares trae
sus corrientes, cuando corre,

se oye en la noche callada
sobre las alas del viento,
un dulcísimo lamento
y un arpa bien acordada.

Por eso en la noche oscura
dice el negro centinela
que en aquella parte vela
la bruja que el rey conjura.

Pues de tiempo inmemorial
por entre el vulgo se suena
que allí encontró el de Villena
un colega espiritual.

Distinto habitante mora
hoy en la torre precita,
mas quién es o quién la habita
a la verdad que se ignora.

Porque aunque a veces en ella,
se oye que en trova confusa,
la voz de quien canta acusa
los rigores de su estrella;

se oye también que suspira
tan amantes cantilenas,
que si canta entre cadenas
no canta, sino delira.

A veces una voz blanda
en estribillo amoroso
de un amador licencioso
nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible
y tan tierna en su cantar,
que intentarla remedar
fuera a otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
ya trémula, ya segura,
como la fuente murmura,
como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago,
sin tema sobre que acuerde,
como un aura que se pierde
entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
una voz tan infantil,
que no envidia en lo sutil
tonos a la golondrina.

Y a veces en la alta, oscura,
larga noche allí resuena,
varonil, pujante y llena
otra voz sin su dulzura.

Mas también con su vigor
la voz dulce se amalgama,
que el aire las desparrama
en dobles himnos de amor.

Una de amor se querella,
y otra canta sus victorias;
ésta adora sus memorias
y las diviniza aquélla.

Quien de lejos las escucha
en la negra oscuridad,
duda si sueña en verdad
y consigo mismo lucha.

Teme la superstición
maleficio en el cantar,
pero se mueve a escuchar
temerario el corazón.

Es una noche tranquila,
de esas azules, serenas,
en que de la luna apenas
la pálida luz vacila.

Dentro de aquel torreón
que cae al campo del moro,
se escucha el compás sonoro
de la femenil canción.

Envuelta en oscuro velo,
emblema claro del luto,

torna el rostro mal enjuto
una mujer hacia el cielo.

Y brilla más la tristeza
de su encantadora faz,
con el llanto que tenaz
destila de su tristeza.

Y en su angustia solitaria
demandársela pudiera
si canción tan lastimera
es cántico o es plegaria.

En un sitial a su lado
con un laúd la acompaña
Enrique cuarto de España,
de su corona olvidado.

Pero ella ensaya tan mal
la endecha triste que canta,
que mohino el rey agnanta
mal sentado en su sitial.

Viendo la poca virtud
que su canto ejerce en ella,
pues los tonos de la bella
no aciertan con su laúd,

soltando al fin de la mano
el inútil instrumento,
dijo con severo acento
entre brusco y cortesano:

«Para tal torpeza, Inés,
que no cantes es mejor.»

DOÑA INÉS

Cuanto pude hice, señor,
y os lo ofrezco tal cual es.

Dos meses ha que venís
a gozaros en mi afán
con el nombre de galán;
mas como señor pedís.

Sin curar de mi dolor
mandáisme cantar y canto,

no llorar y enjugo el llanto;
no amar... y muero de amor.

DON ENRIQUE

Inés, importuna estás.

DOÑA INÉS

Y vos por demás severo.

DON ENRIQUE

Que estáis muy celosa infiero.

DOÑA INÉS

Yo infiero que no me amáis.

DON ENRIQUE

¡Siempre dudas de mujer!
¡Siempre igual reconvección!

DOÑA INÉS

Amando de corazón,
amar es obedecer.

Todas las noches traéis
la desazón en el gesto,
siempre a enojaros dispuesto,
y no hay de qué os enojéis.

El tiempo os parece largo
que pasáis siempre conmigo;
nunca, señor, os lo digo
y lo lloro sin embargo.

DON ENRIQUE

Mas todas las noches vengo,
Inés, y no te se oculta

que siempre lo dificulta
el grave cargo que tengo:

DOÑA INÉS

Mas yo, señor, noche y día
en esta torre encerrada,
os espero enamorada
sin tener otra alegría.

Veo la noche importuna,
de la aurora el arrebol,
nacer y morir el sol,
nacer y morir la luna.

Y todo el tiempo se va
en inútiles querellas,
demandando a sol y estrellas
que me digan «¿dónde está?».

Veo todas las mañanas,
así que el sol reverbera,
partirse en fuga ligera
lasavecillas livianas.

Todas las noches las veo
al crepúsculo volver,
fatigadas puede ser,
mas cumplido su deseo.

Y a mí el tiempo se me va
en esas rejas vecinas,
pidiendo a las golondrinas
que me digan dónde está.

Callaba el rey, interés
prestando a sus voces poco,
y en delirio amante y loco
lloraba a su lado Inés.

Él la barba sobre el pecho,
cruzadas ambas rodillas,
sus querellas sin oíllas,
distráido o satisfecho.

Ella en más bajo lugar,

mal prendido el luengo velo;
las mangas de terciopelo
deshilando sin cesar.

El rey, como quien tolera
algo que le mortifica;
ella como quien suplica
algún favor que no espera.

Al fin, como quien despierta
de un sueño que le acosó,
así don Enrique habló
con trémula voz incierta:

«Mucho te amé, bella Inés,
mucho te amo, mas perdona
que no pueda mi corona
rendir amante a tus pies.

Casado estoy en verdad,
y de mi cetro en honor
no cuidaré de tu amor,
sí de tu seguridad.

El duque no sé qué es dél;
y pues se habla de ello mal,
partirás a Portugal
con un mensajero fiel.

Calló el rey, e Inés transida
de dolor tan impensado,
de espalda cayó a su lado
cercana al fin de la vida.

En sus brazos la sostuvo,
y a merced de un elixir,
la vida volvió a latir,
camino el aliento tuvo.

Volvió a herir su corazón
su altivez o su mancilla,
y dijo al rey de Castilla
con la voz de la aflicción:

«Fué amarus orgullo en mí;
hízolo amor la porfía,
mas, pues la culpa fué mía,
castigada quedo así.»

Y tornándola a faltar
segunda vez el aliento,
salió el rey del aposento
tras quien la venga a ayudar.

II

Allá por do Manzanares
en humildosas corrientes,
antes de entrar cortésano
en Madrid sus aguas vierte,
hay un sitio en que fundaron
un alcázar otros reyes,
Pardo en el nombre, y perdido
en verdad entre placeres.
En un despejado campo
que a su entrada el lugar tiene,
con grande rumor levantan
a toda prisa un palenque.
Dispónense aparadores,
aparéjanse banquetes;
doquier se aprestan vajillas,
y se despitan toneles.
Guirnaldas en los balcones,
tapices en las paredes,
pabellones en los techos
y en las alfombras pebetes.
Doquiera en el campo tiendas
con banderas diferentes,
andamios para la corte,
y andamios para los jueces,
y en el palacio tumulto,
y tumulto en el palenque,
y en las calles y en las plazas
los que van y los que vienen.
Por allá suben literas,
por acullá palafrenes;
por allí de real mandato
de la real guardia jinetes:

por un lado arcabuceros,
por otro lado donceles,
que ganando tiempo y tierra,
buscando aposentos vienen.
Músicos, dueñas, rateros,
saltimbanquis y corchetes,
tamboriles y danzantes,
curiosos e impertinentes.
Aquí una moza devota,
que el brazo a una vieja tiene,
se ajusta en son de maitines
con un majo matasiete.
Allí un dominico obeso
abultado de mofletes,
en una niña de quince
posa los ojos ardientes,
sin duda alguna admirando
al Dios que hace aquellos seres
de ojos negros, manos blancas,
cintura escasa y pie breve.
Más allá, bajo un sombrero,
que en la oreja se mantiene,
alto y torcido el bigote,
larga espada, y entre el leve
rizado de ancha valona
escondido hasta los dientes,
de pie derecho, y la mano
sobre la cintura siempre,
está a través escupiendo
apercibido un valiente,
de esos que dicen: amiradme,
que hay indulgencias en verme:
y sobre todo el murmullo
que tan sin término hierve,
en cóncavo estruendo ronco
por pueblo y campo, se sienten
los mazos de los peones
que levantan el palenque,

y el martillo del armero
sobre golas y broqueles.

Grandes fiestas se preparan,
y según dice la gente,
son por los embajadores
que de la Bretaña vienen.
Así también lo confirma
la conversación siguiente
de dos judíos, que aromas,
joyas y armaduras venden.

—Buen agosto os habéis hecho,
Rubén, a lo que parece.

—No estoy quejoso, en verdad.

—Y aun contento.

—Ciertamente.

—Sed franco.

—¿Más he de ser?

—Y por nuestros intereses,
vayamos ambos a una
que espero que no nos pese.

—Sea así, hermano Daniel,
y escuchadme atentamente.
El rey me compró en secreto,
para lujo en sus valientes,
las armaduras mejores
del torneo.

—¿Cuántas?

—Trece.

—¡Santos del cielo! ¿En monedas
os pagó?

—Al punto y corrientes.

—Feliz sois, Rubén.
—Veamos
vuestra fortuna.

—Yo siempre

por enemiga la tuve.

—Pero yo sé que igualmente
el rey, Daniel, os buscaba.

—Sí, mas fué ganancia leve;

aplazóme los caballos
de mejor sangre que hubiese,
y dile blancos y negros
los mejores.

—¿Cuántos?

—Trece.

—¿Y os quejáis?

—¡Santa Sión!

Pagó dos: los once debe.

Callaron ambos un punto,
y a Rubén, Daniel volviéndose,
dijole: mas ya hay quien cubre
lo que pierdo en los corceles.

Don Beltrán armó los suyos
pródigo con mis arneses.

—¡Oiga!, ¿también don Beltrán
campo en el cerco mantiene?

—No por cierto; mas levanta
en Madrid otro palenque
para una segunda fiesta
a la vuelta de los reyes.

A la parte de Alcalá
tiene apostada su gente,
para tomar de las damas
la brida a los palafrenes.

—¡Atrevido es el pagano!
¡Y ardua causa la que emprende!

Los galanes victoriosos
se le opondrán reciamente.

—Pues don Beltrán de la Cueva
aun se está tan en sus trece,
que diz que hasta el mismo rey
le hará campo aunque le pese.

—Mucho puja.

—Es conde y rico.

—Y el rey es rey.

—Y el valiente.

Y tiene consigo un hombre
que recata el rostro adrede,

que es capaz de armar batalla
 él solo con diez y siete.

—¿Un soldado?

—Un caballero.

—¿Que es quien paga?

—Lo parece.

Que es un extranjero dicen
 que de aventurero viene.

—¿Trae gente en su compañía?

—Lanzas hasta veinte y nueve.

—¿Es francés?

—Flamenco.

—¿Amigo

de las botellas?

—No bebe.

—¿Cómo!

—Dél se cuentan cosas

bien extrañas cabalmente.

Dicen que en vela continua,

no se sabe cuándo duerme

Que es sobrio como una monja.

—¿Mas su nombre?

—No le tiene.

Sólo el flamenco le llaman;

siempre anda solo y le temen.

—¿Mas no se conoce de él?...

—Nada más que lo que él quiere;

y que es alto, recio, osado,

y a lidiar dispuesto siempre.

Callaron ambos judíos,

y en raudo tropel la gente

se agolpó sobre el camino

a victorear a sus reyes.

III

Como seis días después,

y hacia las dos de la tarde,

en el prado que en Madrid

por San Jerónimo sale,

armados hasta los dientes

y cubiertos los semblantes,

estaban dos caballeros

de una ancha tienda delante.

Detrás de ellos, apostados

en hilera formidable,

hay de hasta treinta jinetes

potentísima falange:

y otros treinta caballeros,

cuanto valientes galanes,

en varios grupos conversan

de su pompa haciendo alarde.

Donceles tienen sus lanzas,

sus caballos tienen pajes,

siendo a la par todos ellos

soldados y capitanes.

Detrás hay una barrera

que guardan con antifaces,

otros doce caballeros

sobre doce yeguas árabes.

A los lados dos andamios,

uno con las armas reales

y otro con las de Bretaña,

coronados de sitiales.

Otro andamio casi enfrente,

y en él los jueces y grandes

que han de pesar la justicia

y la ley de los combates:

y el resto cerca una valla,

hasta dos arcos triunfales,

en que remata una liza

que por la barrera se abre.

Banderas de mil colores

se estremecen en el aire,

que embalsaman ramilletes

de jazmines y azahares.

Lindísimas cortesanas

de cabellos de azabache,
 tez pálida y ojos negros,
 bajan el prado adelante;
 porque ¿qué son los jardines
 en que las flores no salen,
 sino lo que son las fiestas
 en que las damas no caben?
 De ambas las tropas que aguardan
 el duro y próximo trance,
 hablan en voces secretas;
 ambos los jefes audaces;
 uno es Beltrán de la Cueva,
 del otro nada se sabe,
 sino que con treinta lanzas
 con don Beltrán hizo parte.
 Es de talla aventajada;
 de nunca visto semblante;
 vigoroso azas de miembros
 y de fuerzas sin iguales;
 una hacha de armas esgrime
 y una espada formidable,
 que los arneses más recios
 desencajan y deshacen.
 Cabalga un potro normando
 como sufrido pujante,
 que obedece a los impulsos
 de dos largos acicates;
 y acostumbrado a la guerra,
 en que ha tiempo que le traen,
 mal le reprime el jinete
 al oír los atabales.
 A su vez el caballero
 le acosa con voz tonante,
 como si el mismo caballo
 a la misma par lidiase;
 y dicen que tan a tiempo
 de la segunda, vuelve y parte,
 que un solo cuerpo lidiando
 jinete y caballo hacen.

Así Beltrán de la Cueva
 hablaba a este personaje,
 y el flamenco respondía
 con razones semejantes:

DON BELTRÁN

¿Seréis firme?

FLAMENCO

Como un roble.

DON BELTRÁN

¿Lidiaréis?

FLAMENCO

A toda sangre.

DON BELTRÁN

¿Nadie pasará?

FLAMENCO

Ninguno.

con espada ni con guante.

DON BELTRÁN

¿Y si el mismo rey se empeña?

FLAMENCO

Al rey, ¡vive Dios!, que mate
 y lleve su guantelete
 en una pica hasta Flandes.

DON BELTRÁN

Si como decís obráis,
 temo que el campo no os baste.

FLAMENCO

Al tiempo lo recomiendo,
y si la suerte me vale,
veréis que mejor amigo
no hallaréis para este trance.

DON BELTRÁN

¿Qué mote sacáis?

FLAMENCO

Ninguno.

DON BELTRÁN

Pues he visto a vuestro paje
un broquel con una letra.

FLAMENCO

Esa letra dice: «Nadie.»

DON BELTRÁN

¿Es orgullo?

FLAMENCO

Es una historia.

DON BELTRÁN

¿De amoríos?

FLAMENCO

Y de sangre.

DON BELTRÁN

¿Sois príncipe?

FLAMENCO

No por cierto.

DON BELTRÁN

¿Sois huérfano?

FLAMENCO

Lo acertasteis,
porque a ninguno sujeto,
y el orden al que soy libre y la tierra grande.

Oyóse en esto el tumulto
de pifanos y atabales,
y vióse la polvareda
que por el campo adelante
envuelve a los que se acercan

tras los pendones reales,
que acabados los torneos
a Madrid vuelven triunfantes.

Cabalgó al punto Beltrán,
y cabalgando el de Flandes,
asíó broquel, lanza y brida,
diciendo con voz pujante:

«¡A caballo! ¡Voto a Dios!
Y en torneo o en combate,
no hay que dejar con espada
desde San Miguel a nadie.»

EL PASO DE ARMAS

DE BELTRÁN DE LA CUEVA

I

¡Espléndida cabalgada!
¡Caballeresco tropel!

La reina viene montada,
y el rey la brida dorada
asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas
las cortesanas más bellas,
y a su vez los caballeros
sirven de palafreneros
a los palafranes de ellas.

Detrás las literas vienen
sobre esclavos orientales;
los pajes detrás se tienen,
y el orden al fin mantienen
mil arcabuceros reales.

Todo es luego en derredor
y detrás pueblo y tumulto;
en el centro va el valor,
y en la fiesta mal oculto
el orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan
las cotas hechas pedazos;
orgullosos todos van,
y el amor probando están
las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes
asidos a las cimeras
de los ufanos jinetes,
y usurpan tocas ligeras
el lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas
y de rojas banderolas,
flotan en suelto equipaje
los velos blancos de encaje
de las damas españolas.

Y de las sillas de guerra
ferradas de limpio acero,
hasta tocar con la tierra,
cuelga el que de amor encierra
misterios cendal ligero.

No aprisionan los corceles

guanteletes ni escarceolas,
sí terciopelos y pieles,
y ellos van libres y fieles
sin temor a las espuelas.

Solamente más severos,
aunque no siendo mejores,
tras el rey van altaneros
pacíficos caballeros
los nobles embajadores.

Y a sus personas prestando
las atenciones reales,
en rico y vistoso bando,
sobre mulas van pasando
obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,
todo es oro cuanto brilla,
y osténtanse allí a la vez
los hidalgos de más prez
de León y de Castilla.

Todas las mejores lanzas
de ambos reinos acudieron,
y descuidando sus danzas,
osados en esperanzas
diz que hasta moros vinieron.

Que para ostentar valor
cualesquiera liza es buena;
y el moro batallador
sabe siempre que es mejor
lidiar en cristiana arena.

Allí en los andamios miran
sin máscaras las hermosas;
sus alientos se respiran,
y a sus miradas aspiran
las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros
sobre sus negros corceles
diez árabes caballeros,
silenciosos y severos,
envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto,
la negra barba crecida,
el corcel de oro cubierto,
todo muestra la atrevida
generación del desierto.

Y aunque cuanto audaz cortés,
culto en usos y lenguaje,
siempre se alcanza a través
de su magnífico arnés
algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla
rey, pueblo y embajadores,
y al son del clarín que estalla,
van a ofrecer la batalla
al rey los mantenedores.

Llegó a sus pies don Beltrán,
y díjole audaz: «Señor,
aquí mis nobles están,
que sus lanzas medirán
con vuestra lanza mejor.

«Y, pues, por encarecellos
vuestra real esplendidez,
fiestas quiso concedellos,
para no ser menos que ellos,
he aquí campo a nuestra vez.

«Como tan buenos vasallos,
de las damas requerimos
las bridas de los caballos;
y, pues a aquesto venimos,
no combatir o soltallos.»

Y echando el guante en la arena,
brida volviendo a su gente,
el campo en torno resuena,
con largo aplauso que llena
cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el rey; y los vientos
rasgando los atabales,
fueron ocupando atentos

la multitud sus asientos,
y los reyes sus sitaliaes.

Puestos los embajadores
a un lado y a otro los jueces,
al son de los atambores
a los nuevos lidiadores
requirieron por tres veces.

Lanzáronse hacia la liza
hasta cuarenta jinetes,
y en su línea movediza
el aura estremece y riza
crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno
impacientes los bridones,
henchir queriendo su seno
con los belicosos sonos
de que el aire tragan lleno.

Entonces desde una tienda
de los que el campo mantienen,
al lugar de la contienda
un caballo por la rienda
dos pajes bajando vienen.

Por si quisiera lidiar
al rey le ofrecen cortesjes;
advirtiéndole a la par,
que mejor no le ha de hallar
ni con mejores arneses.

Partieron los lidiadores
el sol de la liza igual,
y al son de los atambores
retados y retadores
aguardaron la señal.

II

Con la visera calada
y los lanzones en ristre,
los broqueles ante el pecho,
sobre los estribos firmes,

cerráronse a toda brida
 los lidiadores insignes
 los unos contra los otros
 a la voz de los clarines.
 Todo fué polvo un instante;
 no se oye ni se distingue
 más que el son que los aceros
 en fiero compás despiden.
 En honda y ansiosa duda,
 en angustia indefinible,
 almas con ojos esperan
 a que el polvo se disipe.
 Es en vano que las damas
 al turbio palenque miren;
 todo entre el espeso polvo
 está en el campo invisible.
 En vano sobre su escaño
 se levanta don Enrique;
 el polvo oculta a sus ojos
 los que vencen o se rinden.
 Se oye que abajo en la liza
 la recia contienda sigue
 porque los gritos no cesan,
 y los golpes se reciben.
 Unos gritan: «Flandes. Nadie.»
 «Al rey, al rey», otros dicen;
 y las lanzadas se doblan
 y los tajos se repiten.
 Ayes, lamentos, insultos,
 maldiciones, lelilíes,
 relinchos y cuchilladas,
 todo a un tiempo se concibe;
 todo en tumulto espantable,
 todo en confusión horrible.
 Todos los gritos se mezclan,
 y a gran pena se distinguen
 los de: —«Cierral! —¡Hierel! —¡A ellos!
 —¡Alá! —¡Flandes! —¡Don Enrique!
 Creyéndose al mismo tiempo

por los *cierra* y los *lelilíes*,
 que flamencos y cristianos
 contra sarracenos riñen.

Rodó al fin el polvo denso
 con las ráfagas sutiles,
 descubriendo la vergüenza
 de los que la arena miden.
 Pocos pudieron bizarros
 al encuentro resistirse;
 su mismo impulso fué causa
 del azar que les aflige.
 Quedaron de entrambas partes
 tan sólo trece que lidien:
 son los seis mantenedores,
 los otros siete del príncipe.
 De ellos hasta tres son moros
 que a los del rey bien asisten,
 con los alfanjes sangrientos
 y los palafrenes libres.
 Donde una espada se rompe,
 donde un yelmo se divide,
 doquier que un palmo se pierde,
 o un caballo se reprime,
 allí la lanza de un moro,
 allí un alfanje invisible
 hiere, acosa, rompe, vence,
 antes que se le adivine.
 Algunos de entrambos bandos
 que levantarse consiguen,
 con los pomos y los puños
 en el combate persisten.
 Dan, eñan, avanzan, vuelven,
 y ligeros como tigres,
 soltando el inútil hierro
 con los brazos se reciben.
 Se abrazan y se sacuden,
 y se cruzan y se oprimen,
 quedando un momento inmóviles,
 en duda de si respiren.

Y al fin de afanosa lucha,
 sin vencer y sin rendirse,
 ruedan abrazados ambos
 y cuartel ninguno pide.
 Perdidos entre el tumulto
 tal vez aún se distinguen
 sus desesperados esfuerzos,
 sus convulsiones horribles.
 Hasta que el tropel sangriento
 de los jinetes que viven,
 a los envuelve enteramente,
 los separa o los persigue.
 Tocó el sol en occidente;
 y a la voz de don Enrique
 pajes entran en la liza,
 que los heridos retiren.
 Despejado un poco el campo,
 la liza de estorbos libre,
 quedaron lidiando siete
 sobre los estribos firmes.
 Don Beltrán con el de Flandes
 y un flamenco que le sigue
 con un hacha a cuyos filos
 mal los broqueles resisten.
 Lidian por el rey valientes,
 los ventajados en lides,
 el marqués de Santillana
 que negra armadura viste,
 don Juan Pacheco, que el mando
 lleva a medias con el príncipe,
 y el buen conde de Treviño,
 del solar de los Manriques.
 Con ellos guerra un moro,
 de cuya opulenta stirpe
 dan testimonio y no escaso
 el negro corcel que rige,
 el corvo alfanje que empuña
 y el arnés con que se ciñe.
 Mas todo está deslucido

sin que oro ni acero brillen,
 que todo en polvo y en sangre
 a puro lidiar se tiñe.
 Don Beltrán, rota una brida,
 con esfuerzos increíbles,
 contra el moro y Santillana
 ve su salvación difícil.
 Las damas le vitorean
 mostrando bien cuánto es triste
 que caballero tan bravo
 con tal desventaja lidie.
 Los jueces están inquietos,
 e indeciso don Enrique,
 duda si el bastón de mando
 a tiempo en la arena tire.
 Mas antes que esto suceda
 se oyó pujante y terrible
 el grito con que el flamenco
 «Flandes y nadiel», repite.
 Y revolviendo el caballo,
 con ímpetu se dirige
 hacia el noble Santillana,
 que el campo a su empuje mide.
 Entonces al de Treviño
 volviendo—«Aquí Flandes—dice;
 y alzándose en los estribos
 de entrambas manos se sirve.
 Cayó del caballo el conde;
 y volviendo el que le rinde
 al soldado que le ayuda,
 le manda que se retire.
 Quedaron, pues, dos a dos,
 cuatro valientes que piden
 una corona los cuatro,
 para los cuatro difícil.
 Y bien merecen que en ellos
 su honor sus partidos cifren,
 porque no hay mejores brazos
 para que le depositen.

Pacheco y Beltrán cayeron;
Pacheco asido a las crines,
debajo está del caballo
incapaz de desasirse.

Vino don Beltrán sobre él;
mas los jueces que presiden
dan por vencido a Pacheco
y escuderos le permiten.

Mientras, agotando esfuerzos
que parecen imposibles,
el árabe y el de Flandes
la lucha tenaces siguen.

Grita el flamenco: —«Aquí Flandes.»
y el árabe a cada quite
entra y sale huyendo y dando
siempre en duda y siempre libre.

En vano el flamenco acude
a cuanta fuerza le asiste;
el moro hace que el caballo
pase, cruce, salte y gire.

Mas cansada su fortuna
a tiempo que ambos se embisten,
al dar una huída el moro
hace que el caballo pise
tan en vago, que aunque diestro
le levanta y le reprime,
dobló las manos en tierra
tocándola con las crines.

Esto que viera el flamenco,
con empuje irresistible
para adelante se viene
sin que el moro alcance a herirle.

Cayó el de Flandes encima
y aunque el caballo le oprime,
asió con tal fuerza al moro
que le acogota y le rinde.

Tiró su bastón el rey;
y al son de los añafles

mandó que por los del campo
la victoria se publique.

III

Mientras a los pies del rey
de hinojos Beltrán se pone,
y el rey le tiende la mano
porque con ella se honre,
a las puertas de la liza
la multitud agolpóse,
para ver la cabalgada
cuando a palacio se torne.

Bajaron de sus andamios
el rey, la reina y la corte,
damas, caballeros, pajes,
obispos y embajadores.

De manos de los donceles
recibiendo los bridones,
conducir de allí a las damas
como enantes se proponen.

Asidos brida y estribo
porque más fáciles monten,
por las hermosas esperan
los caballeros mejores.

Púsose el primero el rey,
y ya cortés se dispone
a dar la mano a la reina,
cuando con audacia un hombre
cejar haciendo al caballo,
sin respeto se la coge.

«¿Quién se atreve?...», dijo el rey;
y en el rostro los colores
tornando el gesto alterado,
delante su vista hallóse
la brida asiendo al flamenco,
que así osado le responde:
«Si pasáis sin combatir
eserá sin guante ni estoque,

«que he lidiado en el palenque
bajo de estas condiciones.»

El rey Enrique, indeciso,
de arriba abajo miróle,
dudando si por quien sea
se lo tolere o se enoje;
pero por más que a sus solas
su pensamiento recorre,
como él su rostro recata,
no sabe si le conoce.

Al fin, fingiendo respetos
por sus derechos, cedióle,
ya su razón otorgando,
ya por secretas razones.

Tendióle la mano y dijo:

—¡Loor a los vencedores!

Tomad lo que habéis ganado,

que en efecto anduve torpe.

¿Quién sois?

—*Nadie*: esa es mi empresa.

—¿Es vuestra cifra?

—Es mi nombre.

—Sois valiente, y no os atañe,

por vida mía, ese mote.

—Ya dije que es nombre propio,

y no le merezco noble.

—¿Cómo, pues?

—Porque he vendido

mi honra y mi nobleza a un hombre.

Tornóle a mirar el rey,

y tras cortas reflexiones,

con sonrisa ambigua dijo:

«Id adelante», y siguióle.

RECUERDOS

Es una noche tranquila,
de esas azules serenas,

en que de la luna apenas
la pálida luz vacila.

Algunas nubes errantes
por medio el espacio flotan,
que así de la luna embotan
los resplandores brillantes.

La brisa fresca que vaga
los árboles estremece,
y según se extingue o crece,
crece el murmullo o se apaga.

Noche espléndida y serena
que al hombre a pensar convida,
y en que resbala la vida
de gozo y pesar ajena.

En que absorbo el pensamiento
en vaga meditación,
halla una blanca ilusión
en cada arruga del viento.

Nada ve el ojo aunque mira,
oye el oído y no escucha,
y consigo en débil lucha
triste el corazón suspira.

Una noche clara y pura
en que, contemplando el cielo,
crece en el alma el consuelo
y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve a lo lejos
con el fulgor de la luna,
la ilusión de la laguna
en argentinos espejos.

En que se ve el bosque umbrío,
cual un escuadrón gigante,
y cual rastro centellante
la cinta blanca de un río.

Noche en que prestan a una
blanco perfume las flores,
música los ruiseñores
y resplandores la luna.

De esas noches que una vez

todos los hombres gozaron,
y a cuya luz recordaron
los sueños de la niñez.

De esas noches, cuya historia
dura en el alma escondida,
página de nuestra vida
pegada a nuestra memoria.

Oyendo el tropel sonoro,
con que en murmullos suaves
aduermen hojas y aves
y aguas, el Campo del Moro,
un hombre sobre una peña
se alcanza en la oscuridad;
mas no se alcanza en verdad
si aguarda, medita o sueña.

Se percibe allá en la oscura
sombra negra alguna vez,
la movible brillantez
de su límpida armadura.

Se oye entre las yerbezuclas,
a cada sacudimiento,
el brusco estremecimiento
de sus ásperas espuelas.

Dolientes suspiros lanza
del ánima dolorida,
tal vez por la antigua vida,
o acaso por su esperanza.

En esto en una alta torre
que al Campo del Moro cae,
por do Manzanares trae
sus corrientes, cuando corre,

vagó sobre el aura leve
voz tan dulce y lastimera,
que atenta el aura ligera
por oílla no se mueve.

A aquel suavísimo son,
el caballero escondido
ansioso prestó el oído,
hízose todo atención.

La voz que oye limpia y blanda
en estribillo amoroso,
de un amador licencioso
nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,
y tan tierna en su cantar,
que intentarla remedar
fuera a otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
ya trémula, ya segura,
como la fuente murmura,
como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago
sin tema sobre que acuerde,
como un aura que se pierde
entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
una voz tan infantil,
que no envidia en lo sutil
tonos a la golondrina.

¿Es ilusión mentirosa,
o es tremenda realidad,
ese sueño de otra edad
más bella y más dolorosa?

¿Por qué estremecido miras
esa torre solitaria,
y al rumor de esa plegaria
con pesadumbre suspiras?

¿Qué oyes, caballero, di,
en ese son misterioso,
que el céfiro vagoroso
arrastra ufano hasta ti?

¿Ese que gime en el viento
sonido despertador,
es un recuerdo de amor,
o es tenaz remordimiento?

¡Ah!, el pensamiento perdido
incapaz de decidir,

vacila entre el porvenir
y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se exima
de más cercana inspección,
bien sabe su corazón
que aquella voz le lastima.

¿Quién vivirá en esa torre
que canta tan dulcemente,
mientras suena mansamente
el Manzanares que corre?

Porque aunque a veces en ella
oyó que en trova confusa,
la voz de quien canta acusa
los rigores de su estrella;

aunque a veces triste canta
lastimado son de duelo,
qual queriendo enviar consuelo
al corazón, la garganta,

oyó también que suspira
tan amantes cantilenas,
que si canta entre cadenas
no canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,
y sobre el césped mullido
oyóse un pie contenido
que va cautelosamente.

Cada vez más cerca está...
Púsose en pie el caballero,
y requiriendo el acero
preguntó firme: —¿Quién va?

A sus rayos argentinos
la luna dejóle ver
un paje que echó a correr
dando vuelta a unos espinos.

—¿Sois vos (le dijo llegando),
Nadie en Flandes, mucho aquí?

—Mucho te han dicho de mí.

—Pues a vos vengo buscando,
seguidme.

—¿A dónde? —¿Teméis?

Dijeron que érais valiente.
—Mas fiarse no es prudente
del primero...

—Bien hacéis.
Dios os guarde: a decir voy
que os propuse una aventura,
y desechó por mesura
vuestra prudencia la de hoy.

—Mucho sabes, pajecillo.
Ve delante.

—Pues de mí
no os separéis, por aquí.
—¿Dónde vamos?

—Al castillo.
Y de un torreón en el centro
postigo oculto buscando,
entraron ambos cerrando
la portezuela por dentro.

FAVOR DE REY

En medio de un aposento
que el rey Enrique eligió
para secreto teatro
de sus comedias de amor,
él y Beltrán de la Cueva,
a quien con prisa llamó,
están, don Beltrán en pie
y él tendido en un sillón.

Decora del gabinete
el magnífico interior
cuanto de rico y espléndido
monarca jamás juntó.
Cuelga una lámpara de oro
del cincelado artesón;
forrados en terciopelo
los muros en derredor;

el pavimento de alfombras
exquisitas se vistió,
y sobre el rey pendió inquieto
de plumas un pabellón.

Delante tiene a una fiesta
preparado un velador,
cual le anhelaran cubierto
la codicia y la ambición.
Copas y cubiertos de oro;
vajilla que cinceló
diestro artista, a quien por ella
dieron riquezas y honor;
y a su lado, entre perfumes
en pródiga ostentación,
doble y superior servicio
sobre un ancho aparador.

Siguiendo el rey y el privado
su rota conversación,
el vasallo respondía,
preguntándole el señor.
—¿Conque lloraba?

—Doliente
en mis brazos se arrojó
diciendo: «¿Es él quien lo manda?»
—¿Y qué respondisteis vos?
—Que en ello vuestros mandatos
no admitían dilación.

—Muy bien dicho. Y a esa orden,
¿jella qué dijo?

—Señor...
—Sin escrúpulos decid,
Beltrán, que en esta ocasión
si alguien debiera tenerlos,
vos cabalmente no sois.
Mas os juro por mi vida
que no me acosa el menor;
por el bien de mis vasallos
tengo en esto obligación.
Conque, ¿qué dijo?

—En injurias
su lengua se desató.

—¡Hola, hola!

—Lamentando
vuestra inconstancia en amor.
—No fué mucho, don Beltrán;
pero ya, gracias a Dios,
tenemos algo de mundo
y ha tiempo uso de razón.

Y ¿qué más?
—Roja de rabia
mal caballero os llamó,
indigno de vuestra stirpe,
hipócrita y seductor.

—Ese ya es otro cantar,
buen Beltrán, mas tengo yo
para mí que el injuriarme
era pedirme perdón.

—A vuestro real pensamiento
sin oponer la menor
contradicción, yo os dijera
que me asiste otra opinión.
—Cómo decid.

—Doña Inés
por ultrajada se dió,
y serenándose al punto:
«Bien, caballero; ¿sois vos
(me dijo con voz resuelta)

mi guarda o mi conductor?»
—¿Y vos?

—Señora, la dije,
otro el rey os preparó.
—¿Y ella?

—Añadió: Pues decidles
de mi parte a ambos a dos,
que apresuren nuestro viaje,
que estoy pronta y noble soy;
y al rey en particular,
que excuse toda ocasión

de sincerarse, que siento
tal desprecio por su amor,
que si al paso se me pone
ni aun he de mirarle yo.»

—Bravamente lo ha pensado;
no lo hiciera yo mejor.

¡Pobre muchacha! En las redes
que la he tendido cayó.

Callaron por un instante
el privado y el señor,
en consulta cada cual
con su propia reflexión.
En esto confusamente
del muro en el interior,
con misteriosa cautela
llamada o seña sonó.

—¿Han llamado? —Sí por cierto.

—Ellos serán. —Sí, señor.

—Abrid, y en mis conjeturas
ayúdeme el vino y Dios.

Con un oculto resorte
don Beltrán la puerta abrió,
y entraron por ella un paje
y el flamenco vencedor.

Tendió el flamenco la vista
sin señal de turbación,
por todo cuanto le alumbran
las luces en derredor,
y sereno, altivo, inmóvil,
en la misma posición,
con la visera calada
callando se conservó.

—Venid, le dijo dejando
el monarca su sillón,
venid al igual conmigo,
ilustre batallador.
Aliviaos de esos hierros,

ocupad ese sillón,
y tendedme vuestras manos,
que a fe que me harán honor.

Beltrán, que sirvan la cena;
y en tan dichosa ocasión
Chipre, el Vesubio y Falerno
nos presten gozo y valor.
—¿No os sentáis?—El caballero
sin moverse respondió:

—Yo soy un aventurero
que por mis desgracias voy
cumpliendo una penitencia
que me han impuesto, señor.
No puedo mostrar mi rostro,
mi nombre, ni mi blasón,
sino al hombre que me venza
en las armas superior;

y entonces será pidiéndole
en nombre del sumo Dios,
que me pase compasivo
con la daga el corazón.

—Caballero, pues que todo
me convence que lo sois,
díjole el rey, ¿no pudieran
alzar ese voto en vos
la voluntad de los reyes—

ni aun por haceros honor?
Porque en verdad que me aflige,
al daros por galardón
mi amistad y mi palacio,
a no saber a quién los doy.

—Por respeto a mi rey sólo
voy sin ventura, señor;
ved si estimo vuestras dádivas
como de quien ellas son.
Miró al caballero el rey
con ojo escudriñador,
y comprimiendo los labios

a don Beltrán los volvió

diciendo: —¡Cómo ha de ser! La voluntad es de Dios. Mas ya, señor caballero, que la suerte me privó del placer que me esperaba, pediros quiero un favor.

—Será mandato, y cumplirlo en mí será obligación.

—Jurad que lo cumpliréis.

—Jamás he jurado yo; que tengo en más mi palabra que el juramento mejor.

—Dispensad, que anduve torpe; concededme por perdón un brindis.

—Eso más bien, con mil amores, señor.

Llenó don Beltrán las copas; una cada cual tomó, y alzándose la visera y el flamenco lidiador, encubiertas las mejillas con un antifaz mostró.

—Engañasteis mi esperanza, díjole el rey.

—¡Ah, señor! Para encubrir mi desdicha es doble mi precaución.

—¿Y quién tanta penitencia a imponeros alcanzó?

—Mi vergüenza.

—Y, ¿por qué trazas?..

—De una mujer se valió.

—Basta y brindad, caballero; el que buscaba sois vos.

Bebieron ambos: la mano el monarca le tendió.

—Y ahora, le dijo, escuchadme, si os place, con atención.

¿Queréis llevar en secreto una dama de alto honor a Portugal?

—¡A la misma Constantinopla, señor!, centellándole los ojos, el hidalgo respondió.

—Está bien, Beltrán, mis órdenes llevad a esa dama vos; que al punto partan. Tomad. En ese pliego que os doy encontraréis, caballero, mi voluntad superior.

En pasando la frontera le abriréis; y en tanto no, ni vos ni nadie a la dama mantenga conversación.

Ved que en ello os va la vida, pues gentes os daré yo que os velen y os acompañen por mi reino.

—Eso, señor, más es castigo que premio.

—Negocios de corte son, en que a par necesitamos yo prudencia y vos valor.

De vuestros treinta jinetes hasta diez irán con vos;

los demás a la frontera los enviaré luego yo.

¿Comprendisteis?

—Comprendí.

—¿Prometéis?..

—Delante a Dios

os aseguro que nunca mi ventura fué mayor.

—Ah, mirad, se me olvidaba: este pequeño cajón

llevaréis a su destino.

—Decidme su dueño.
 —Vos.
 Es un presente que os hago,
 que os probará, salvo error,
 que es mi memoria tan larga
 cuanto la vida en los dos.
 Con que si os cumple, brindemos
 a vuestra vuelta.

—Señor,
 nadie cuenta con su suerte.
 —No me la aseguro yo;
 mas si a mi España volvéis
 tal vez halléis lidiador
 que os arranque vuestro nombre,
 y sin ver vuestro corazón.
 A vuestra salud, hidalgo,
 y a que nos ayude Dios.

El rey apuró su copa,
 y apartando el pabellón,
 por una puerta secreta
 del gabinete salió.

CONCLUSIÓN

Es una tarde nublada
 que espléndido el sol no alumbrá,
 velado entre las neblinas
 que el cielo cóncavo enlutan.
 Recio y norte sopla el viento,
 e interceptada y confusa
 la vista a distancia corta
 los objetos no columbra.
 Es un estrecho camino
 do entre la arena menuda
 brota a pedazos un césped
 que la marcha dificulta;
 y por entrambos sus lindes
 mecen sus ásperas puntas
 zarzas que guardan con ellas

frutos que nunca maduran;
 Por él a rápidos pasos,
 temiendo la noche oscura,
 las fronteras españolas
 en triste silencio cruzan
 una dama en su litera
 a la merced de dos mulas,
 un caballero que el rostro
 bajo el capacete oculta,
 y hasta cuarenta jinetes
 que les custodian la ruta.
 Apenas en Portugal
 fijaron planta segura,
 oyóse del caballero
 la pujante voz robusta.
 «Alto, dijo; nadie pase.
 Cada cual consigo cumpla;
 los españoles a España,
 y mis gentes aquí juntas.»

A este mandato obedientes,
 como cosa en que no hay duda,
 los de España saludando
 tornan a su España grupas,
 y a la espalda los flamencos
 de su capitán se agrupan.
 Éste, entonces, con la risa
 en sus labios insegura,
 exclamó: «Ya está en mis manos
 su secreto y su fortuna.
 Enrique, si en esta dama,
 que en verdad lo será tuya,
 a aclararme tu vergüenza
 no sirve cuanto discurra,
 me libro de mi palabra,
 pues mi razón me disculpa
 y a recibir te prepara
 por tus injurias, injurias.»
 Y rasgando el sello real
 que el pergamino le oculta,

leyó estas negras palabras
escritas de la real pluma:

«Mi valiente aventurero,
don Rui Pero Sandoval;
pues según me son testigos
las justas de don Beltrán,
tanto os place los corceles
de nuestras damas guiar,
ahí lleváis a doña Inés,
a quien en Dios y en verdad
podéis a donde os contente
desde este punto llevar.
Y porque memoria mía
no os falte desde hoy jamás,
el regalo que me hicisteis
en ese cajón lleváis.
Mas os prevengo que cuanto
no entréis en Castilla más,
que en ella os espera una horca
más alta que la de Amán.»

Los ojos desencajados,
la lengua en la boca muda,
contemplando el pergamino
que entre las manos estruja,
quedó el duque don Rui Pero
sin intención que le acuda.
Volviendo al fin en su acuerdo
víctima de interna lucha,
con que le acosan a un tiempo
los recuerdos y las dudas,
a la litera lanzóse,
y haciendo las vestiduras
de la dama, a viva fuerza
sacándola la pregunta:
—¿Quién sois? Por Cristo bendito
que lo diga y se descubra.
Ella, de dolor transida,

a tales voces se turba,
y el duque la arranca el velo
cogiéndole de las puntas.
Blasfemó el duque; y asiendo
con mano audaz e iracunda
el cajón que le dió el rey,
le estrella en la tierra dura.

Rodó por el campo estéril
una cabeza insepulta.—
Desmayóse doña Inés,
corrió una lágrima turbia
por los párpados del duque,
más amarga que cicuta;
y en el solemne silencio
de aquella tragedia muda,
de entre un pabellón de nubes
pálida asomó la luna.

LAS DOS ROSAS ²⁰

En un escondido valle
hay todavía una torre
vecina al Carrión, que corre
de chopos entre una calle.

Castillo dicen que fué
poderoso, mas ya apenas,
a través de dos almenas,
su ilustre origen se ve.

Tendidos sobre una altura
vense un torreón y un muro,
pero en montón tan oscuro
que medrosa es su figura.

Brota a sus pies sin respeto
espeso zarzal salvaje,
cuyo espinoso ramaje
vegeta al peñón sujeto.

Ya no hay ni mojón ni senda
que a su rastrillo conduzca,

ni puerta en que se deduzca
que hay dentro quien le defienda.

Allá por algunos trigos
que crecen en derredor,
de su ruina y su dolor
imperturbables testigos,

hay paredes que a pedazos
están mostrando que ayer
podrían bien mantener
un pueblo sus rotos brazos.

Hoy en pajiza cabaña
vela un pastor el misterio
de aquel corto cementerio
que el agua del Carrión baña.

Allí una generación
duerme tal vez escondida...
¡Así de la amarga vida
las cosas frágiles son!

Sin curar de historias viejas
al son de toscó estribillo,
él encierra en el castillo
por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa
y él no pasa de pastor;
pues no ha de ser su señor,
poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué
la techumbre a que se acoge,
hombros y labios encoge,
la mira y dice: «no sé».

Los días que van pasando
la colina gastarán,
y al cabo concluirán
el castillejo enterrando.

Entonces ya de la historia
del edificio primero,
ni el pastor ni el pasajero
tendrán confusa memoria.

Apiñada en un hogar

en derredor de la lumbre,
desvelada muchedumbre
acaso la oirá contar.

Contará un peregrino
a quien tal vez por su cuento
darán escaso alimento
para seguir su camino.

Y yo, que siempre miré
como un viaje nuestra vida,
por historia entretenida
del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba
mal que pese a vuestro empeño
os ahuyenta el blando sueño,
yo voy a entonar mi trova.

Escuchadla; y si al calor
os dormís de vuestra almohada,
de una noche sosegada
sois deudores al cantor.

El sol del medio del cielo
brillantes rayos despide,
que del Carrión reverberan
entre las ondas humildes.

Engrosadas van ahora
con las nieves que derrite
en las crestas de las sierras
con que Castilla se ciñe;

y entrambas riberas bordan
con duros hielos que oprimen
los restos que dejó mayo
de sus céspedes sutiles.

Altos y desnudos chopos
las orillas le dividen
que al agua las ramas tienden
porque en el agua se miren,

y ellas ufanas pasando
por la sombra que reciben,

con blanco murmullo lamen
los troncos y las raíces.

Es un día puro y diáfano:
cuanto diciembre permite
que en su mustia presidencia
el sol del invierno brille.

Alegre, cuanto alegrarse
es permitido a los tristes,
diáfano cuanto la niebla
a un sol sin fuerza se rinde.

Y es un pueblecillo oculto
tras una peña, en que firme
estriba un alto castillo
que de protector le sirve.

Dos esquilones agudos
en disonante repique
el toque de mediodía
al aire en calma despiden:

y en medio están de la plaza
cuantos hidalgos la viven,
los sombreros en la mano,
inclinadas las cervices.

Las mujeres, apartadas
sus labores femeniles,
esperan devotamente
que los hombres se santigüen.

Los muchachos impacientes
a hurtadillas se sonríen,
por más que les amonestan
los viejos que les imiten.

En un balcón de una casa
que más alto nombre pide,
por los roídos escudos
con que sus paredes viste,

por los vidrios que al sol dejan
que su interior ilumine,
y los calados de un arco
que mal al tiempo resiste,

hay dos personas que, vueltas

de espaldas al sol, impiden
que se alcance desde abajo
si recen o si platiquen.

Una es (con soles por ojos
y por labios alelfes)

la más hermosa villana
que con hidalgas compite;

Rosa nacida en el campo
entre zarzales y mimbres,

pero a quien ceden vencidas
las rosas de los jardines.

Ufanos la engalanaron
a porfía los abriles,

con cuantas gracias juntaron
uno tras otro hasta quince.

Diéronla negros cabellos,
cutis que afrenta a los cisnes,

dentadura igual y enana,
cuello torneado y flexible.

Orlan sus párpados blancos
largas pestañas sutiles

coronadas por dos cejas,
arcos que enojan al iris.

Cintura escasa, alto pecho,
pie breve, resuelto y libre,

y dos manos que semejan
ramilletes de jazmines.

Bellísima es la tal Rosa
por más que el pueblo critique

el orgullo con que ostenta
sus encantos juveniles.

Las mozas que se recata
de sus amistades dicen:

que es la inconstancia excesiva
con que desprecia a quien rinde.

Las viudas, que es demasiada
la libertad con que vive,

y muchos los forasteros
cuyas visitas admite;

y las viejas, de su madre
 murmuran que las recibe
 con audacia escandalosa
 y confianza reprehensible.
 Mas Rosa y Brígida en ellas
 con tan poca envidia siguen,
 que si estos murmullos oyen
 se deleitan en oírlos.

Por eso tan cortésano
 baja don Bustos Ramírez
 diariamente a su casa
 del castillo en que reside,
 Barón altanero y mozo
 afortunado en las lides,
 cuyas riquezas exceden
 a lo ilustre de sus timbres,
 dejó a poco de la corte
 la perezosa molición,
 las damas voluptuosas
 y los ruidosos festines
 por la calma de sus tierras,
 donde su presencia exigen
 los negros ojos de Rosa
 que diz que en los suyos vive.

Es cierto que se susurra
 que un mancebo que la escribe,
 palabra de casamiento
 tiene de ella, y que es difícil
 que la renuncie si vuelve,
 lo que es tal vez muy posible.

Mas don Bustos es mancebo
 de nobilísima estirpe,
 barón que manda vasallos,
 a quien escuderos sirven,
 a quien pajes acompañan,
 y a quien mucho el rey distingue.

Es señor de horea y cuchillo,
 rey en aquellos confines,
 y a quien plebeyos e hidalgos

pecho y homenaje rinden.
 Y no es otro el que con Rosa
 sobre el balconcillo sigue,
 dando a la plaza la espalda
 mientras que dura el repique.

Al fin, santiguado el monje
 que el templo del lugar sirve,
 cada cual tornó a su espera,
 y a sus requiebros Ramírez.

Apoyado sobre el codo
 deja que el cuerpo se incline,
 guardando tras una mano
 una mejilla invisible;
 y a favor de esta postura
 al pueblo curioso impide
 que le aceche las palabras
 que a la muchacha dirige.

En la expresión inefable
 con que Rosa le sonríe,
 bien se ve que en vez de enojos
 satisfacciones recibe.

Ni menos de sus palabras
 el castellano se aflige,
 pues cuanto ella más tolera
 mas él confiado insiste.

Él platica: ella le escucha
 sin que altanera le esquivé,
 y él más se la acerca osado
 cuanto ella oyéndole sigue.

Hubo un instante de aquellos
 que el amor llama felices,
 que con el alma se sienten
 y con el alma se miden,
 en que los ojos de Rosa
 tomaron indefinible
 una expresión que imitaba
 el gozo en los serafines.

Brotáronle de ambos ojos
 sobre los puros matices

de ambas mejillas, dos lágrimas
ardientes, irresistibles.

Y apenas aparecieron,
cuando rápido Ramírez,
secando una con sus labios,
así imprudente la dice:

«—Mañana serás mi esposa.

—¡Señor!

—Mañana.

—¿Es posible?

—Aquí mi palabra empeño.

Mañana es fuerza que brille
mi castillo con tus ojos,
con tu hermosura mi estirpe.»

Bajó, esto dicho, a la plaza
el impetuoso Ramírez,
y al monje y al pueblo atento
estas palabras dirige:

«Esta noche pueblo y valle
con hogueras se iluminen:
que redoblen los panderos

y las campanas repiquen;
que se remedien los pobres,
que se consuelen los tristes,

y todos a mis festejos
desde ahora se conviden.

Mis aparadores cerquen,
mis anchas cubas despitén,
mis tesoros se repartan

y se embriaguen con mis brindis.
Vasallos, de hoy por tres años
quedáis de tributos libres,

y de este modo mis bodas
se dispongan y publiquen.»

Rompió en aplausos la gente
que su largueza bendice,
y los vivas se redoblan
y las gracias se repiten.
«Dádselas a la hermosura»,

dijo don Bustos Ramírez,
señalando a las ventanas
de donde ella le despide;
y aplicando las espuelas
al negro potro que rige,
hace que en rápido escape
al parque se precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe
agradecida y humilde,
y Rosa aun en sus ventanas
muy mal su orgullo reprime.

Algunas horas después,
ya bien entrada la tarde,
la tierra entregada en brazos
de las nieblas impalpables,
de una lámpara de cobre
a los rayos desiguales,
lee Rosa unos pergaminos
que acaba de darla un paje.
Pasaban sus negros ojos
de orgullo y placer radiantes
de un renglón a otro renglón
sin apenas descifrarles.

Los labios la sonreían,
y trémulos dilatándose
por lo bajo murmuraban
sonidos de cada frase.

Una caja de olorosa
madera tiene delante,
y de un cordoncillo de oro
pende en su diestra una llave.

Dobló alegre el pergamino,
y agradeciendo el mensaje,
despidió al buen mensajero

y a voces llamó a su madre.
Subió la vieja asustada,
recelosa de algún lance

que en parientes o en amigos
la fatal carta anunciase.
Mas apenas en el cuarto
puso los pies vacilantes,
Rosa, cerrando la puerta,
dijola palabras tales:

—Entrad. Nuestra es la fortuna;
de contento no me cabe
en el pecho el corazón,

ni atino cómo explicarme.»
Brígida exclamó angustiada:

—Por Dios, muchacha, que acabes,
que tengo el alma en un hilo.

—Esta llavecita la abre.

—¿Pero qué se abre?

—Esa caja.

—¡Válgame el cielo! ¡diamantes!

—Sí por cierto.

—¿Y quién...?

—Es mía.

—¿Quién te la ha dado?

—Ese paje.

—¿De don Bustos?

—De don Bustos.

—Y tomarla es...

—Indudable.

Es el regalo de bodas

que el de Ramírez me hace.

—¡De bodas!

—¡Pues si me caso!

—¡Muchacha! Vas a matarme

con tanto rodeo. Acaba.

—Por Dios que sois torpe, madre.

Si la caja es de don Bustos,

¿con quién queréis que me case

sino con él?

—¿Con tan alto

barón piensas enlazarte?

—¿Qué me falta para ello?

¿No son mis ojos bastante
para que pueda mi frente
con su corona igualarse?

¿No soy hermosa?

—Eso sí.

—¡Oh! y no porque yo me alabe,
pero si encuentra otra Rosa,

no digo yo en todo el valle,
sino en la corte, en España,
si la encuentra... que se case.»

Y así diciendo, a un espejo
de reajo contemplándose,
desplegaba una sonrisa

que diera envidia a los ángeles.

Veíala la pobre vieja
sin que apenas la bastasen

para darla entero crédito
ni su acción ni su lenguaje.

Rosa en tanto, alta la frente,
a los ojos de una a otra parte

inquietos y desdeñosos,
altivos los ademanes,

despreciando hosca y soberbia
cuanto en torno suyo trae,

la majestad ensayaba
que es forzoso que acompañe

a quien ha de ver un día
sus vasallos humillarse.

y hacer a la plebe grupos
para verla cuando pase.

Después de largo silencio
que duró por ambas partes

cuanto bastó a su esperanza
para alzar torres al aire,

y amasar en sus adentros
tan rápidas novedades,

a Rosa para engreirse,
a la otra para asombrarse,
asiéronse de la caja,

y dando vuelta a la llave,
atónitas empezaron
a gustar las realidades.

Allí ricos brazaletes
y diademas y collares,

allí amatistas y perlas,
cornalinas y corales;

probáronse los anillos,
las pulseras de diamantes:

no quedó nada por verse
ni nada por admirarse;

todo pareció a propósito
hecho para aquel instante;

todo era espléndido y rico,
nada pequeño ni grande.

«Esta guirnalda, decían,
para el día en que te cases.

—Sí, el collar por la mañana,
la diadema por la tarde.

—¡Linda estarás!
—Ya veréis!

la vez primera que bajó
a visitar a mi pueblo.

—¡Hechicera!
—¡Oh, admirable!

—¿Y qué dirán esas moñas
de hidalguillas?

—Dejad que hablen.
Ya me besarán la mano.

—Eso sí, por más que rabien.
—Se arañaran por un dije

si yo se le regalase.
—Mal hicieras.

—¡Ah, ni un hilo
para esas villanas, madre!

Aquí llegaban gozosas,
cuando oyeron en la calle:

un caballo que en la plaza
entraba a resuelto escape:

paróse a su misma puerta,
sintiéndose después el grave

rechinar de los portones
y volver luego a cerrarse.

—¡Él es!
—¿Quién?

—Don Bustos.
—¡Vaya!

—¡Pronto! Salid a alumbrarle.
Mandad que el potro le tengan,

que le piensen y descansen.
Y asiendo la lamparilla

temiendo que el tiempo falte,
fué hacia la puerta Rosa

que hasta la escalera sale;
pero antes que al picaporte

la linda mano llegase,
abriéronla por de fuera,

y con pena de hija y madre
entró cubierto de lodo,

sangrientos los acicates
y armado hasta los bigotes,

su pariente Pedro Ibáñez.
Quedó estúpida la vieja;

tornóle Rosa el semblante,
y él, tendiéndolas los brazos,

dijo: «Yo soy, abrazadme.»
Dejó la luz la muchacha,

y del mozo retirándose,
replicóle: «Bien venido:

pero has llegado muy tarde.»
Asentados en silencio

en derredor de la mesa
están Ibáñez y Rosa,

él triste, y mohina ella.
Rosa los ojos clavados

en el techo, airada muestra
en el techo, airada muestra

el disgusto con que a Ibáñez
 en aquel punto contempla;
 y en vano del bello mozo
 la vaga mirada inquieta
 las miradas de la ingrata
 porque se encuentren acecha.
 En vano tras de la lámpara
 se ampara en la sombra negra,
 y la ocasión esperando
 los ojos le reverberan.
 En vano sobre el asiento
 se revuelve y se impacienta,
 haciendo a cada postura
 que rechine la madera;
 en vano desenlazando
 del almete las correas,
 sacudido como al descuido
 de la gola entrambas piezas;
 en vano al asir la espada
 tropezó con las espuelas,
 y retumbó el aposento
 en rápido son de guerra.
 Rosa, ni por reprenderle
 ni por saludarle atenta,
 sobre el mancebo los ojos
 bajó un instante siquiera.
 De la habitación en torno
 de uno a otro objeto los lleva,
 cual si fuese inventariando
 todos cuantos hay en ella.
 Viga a viga midió el techo,
 listón a listón la estera,
 contó al parecer los vidrios
 de la alcoba y de las puertas,
 los pliegues de su cintura,
 las rayas que hay en la mesa
 y las líneas que sus manos
 por ambos lados presentan.
 Escuchó el silbar del cerzo

que revuelve la veleta,
 el rumor de los que pasan,
 la bulla de las hogueras.
 Todo lo que no es Ibáñez
 parece que la interesa,
 hasta el son con que la lámpara
 húmeda chisporrotea.
 Pero el mozo allí se está
 y arrobado la contempla,
 y dos lágrimas de fuego
 por las mejillas le ruedan.
 Cansado ya de esperar,
 y desesperado de ella,
 díjola con voz tan blanda
 que contestaran las piedras:
 «¿Qué es aquesto, vida mía?»
 Rosa, ¿qué mudanza es esta?
 Tú al partirme me llorabas
 ¿y te enojas con mi vuelta?»

Rosa callando seguía,
 y él siguió de esta manera:
 «Heme aquí que vuelvo honrado,
 más tal vez que lo merezca,
 amigo de los valientes,
 querido en la corte mesma.
 Pensé merecerte ahora,
 y he conseguido licencias
 para casarme contigo
 y alejarme de la guerra.»
 Rosa callando seguía
 como a quien oír le pesa,
 dando entre las blancas manos
 a los ceñidores vueltas.
 Ibáñez, apenas dueño
 de su rebelde paciencia,
 entre ofendido y colérico
 aguardaba una respuesta,
 hasta que viendo que Rosa
 toda agotársela intenta,

con sordo acento la dijo
celosos ojos tendiéndola:
«Si las nuevas que hube tuyas
cuerdo estimase por ciertas,
¡vive Dios!, que no tornara,
Rosa ingrata, para verlas.
Si pensara yo que imbécil
el oro te enloqueciera,
trajera cuanto mi lanza
para los cobardes deja:
y si que ansiabas supiese
honras de vana nobleza,
prendiera yo al condestable,
y conde o marqués volviera.
Pero yo te quise, Rosa,
aunque altiva no opulenta,
y pensé que por valiente
simple hidalgo me quisieras.»

Rosa a este punto dejando
el sillón en que se asienta,
dijole: «Ibáñez, dejemos
semejantes controversias:
si te quise y no te quiero...
—¡Por Dios vivo!...

—Ten la lengua.

Mañana mismo me caso;
y por súplica postrera
espero que de este pueblo
partas esta noche mesma.
Seré inconstante, traidora,
liviana..., cuanto tú quieras.
Pero lo tengo pensado
y estoy, Ibáñez, resuelta.
—Pero...

—Tu empeño es inútil.

Mi voluntad es aquesta.

—Y tus votos...

—Fueron falsos.

—Y tus caricias...

—Quimeras.

—¡Y tantos años perdidos
en ilusiones risueñas!
¡Tantos sudores y afanes,
tantos peligros por ella!
¡Virgen santa!, yo deliro.
¿Qué infernal visión es ésta?
Porque a juzgarla posible
tanto tiempo no viviera.»

Y así Ibáñez exclamando,
se asía de las melenas
desencajando los ojos
como a quien sueños aquejan.
Rosa, la luz en la mano,
caminando hacia la puerta,
miraba el dolor de Ibáñez
con expresiva impaciencia.

En esto en el aposento,
la faz amante risueña,
el ferreruelo forrado
de blanca y crujiente seda,
dorado estoque, y de plumas
linda gorra en la cabeza,
entró don Bustos Ramírez
en apostura altanera:
«Linda Rosa...», dijo: y viendo
a Ibáñez que le contempla
con ojos entumecidos,
tornó la vista severa.
Rosa apresurada dijo:
«Es un pariente que llega
de la ciudad.» Y don Bustos
prosiguió así: «Norabuena.
Seáis, hidalgo, bien venido:
asistiréis a la fiesta,
y recibirán mis bodas
honra con vuestra presencia.»
Tendió al soldado la mano,
y él sin mirar lo que hiciera,

con el recio guantelete
 la suya al barón presenta.
 La asió don Bustos y dijo:
 «A no saberlo, creyera
 que fuera en vez de amistad
 de reto esta mano prenda.»
 Miróle Ibáñez un punto
 y en insondable reserva
 velando el gesto repuso:
 «Tomadla como os convenga.»
 Y tornando las espaldas
 tomó a oscuras la escalera.

De brindis y carcajadas
 estrepitoso rumor
 se levanta de don Bustos
 en un inmenso salón.
 Alúmbranse mil bujías
 suspensas en derredor
 entre guirnaldas de flores
 que hábil mano entrelazó.
 Vistiéronle de tapices
 exquisitos en valor,
 y cubriéronle de alfombras,
 de un califa regio don.
 En ricos aparadores
 remeda la luz del sol
 vajilla espléndida de oro
 de magnífico primor.
 Rueda el cristal por la mesa,
 y en no interrumpido son
 gotea de vaso en vaso
 dulce y sabroso licor.
 La fiesta es libre, opulenta,
 porque pródigo el barón
 a todo el pueblo de Rosa
 bodega y festín abrió.
 Es cierto que a los principios

el respeto a su señor
 conteniendo a los vasallos,
 las lenguas les refrenó.
 Mas al fin, de los manjares
 el succulento vapor
 la libertad y la audacia
 a los villanos volvió.
 Alzaron desordenados
 una voz sobre otra voz,
 un brindis sobre otro brindis:
 crecía la confusión,
 aumentábase el tumulto,
 y con discorde clamor
 cruzaban de una a otra punta
 osada conversación.
 Ocupaban los hidalgos
 en la parte superior
 escaños de terciopelo,
 casi a los pies del barón.
 Y éste más alto con Rosa
 usaba otro aparador
 bajo un dosel de brocado,
 do se ostenta su blasón.
 Pajes les sirven: doncellas
 les escancian el licor
 y el contento les atiza
 la insolencia del bufón.
 Al testero de la mesa,
 y en preferente sillón,
 está el capellán sentado
 y síguele luego en pos
 el ilustre ayuntamiento
 en gregüescos y en jubón.
 Enfrente, entre otros hidalgos,
 en ademán pensador,
 se ve al serio Pedro Ibáñez,
 que bocado no gustó.
 Hinchados tiene los ojos,
 los cabellos sin olor,

la espada y la daga al cinto,
 y el duelo en el corazón.
 El resto ocupan sin orden
 los que de Busto a la voz
 el mejor sitio encontraron
 al entrar en el salón.
 Los que en aquél no cupieron
 acomodarlos mandó
 en otra mesa tendida
 en un largo corredor,
 y allí gritan y disputan,
 harta apenas su ambición
 con los sabrosos manjares,
 que devoran sin temor.
 Toda la fiesta es tumulto,
 todo murmullo el salón,
 todo embriaguez y locura
 los vasallos y el señor,
 y a pesar de los secretos
 con que a la conversación
 dan impulso las mujeres
 murmurando a media voz,
 Rosa está linda, hechicera,
 como jamás se mostró
 caprichosa su hermosura
 vertiendo gracias y amor.
 Mirándose está en sus ojos
 el fortunado barón,
 olvidando ante su amada
 cuanto hasta entonces gozó.
 Y ella radiante de orgullo
 alimenta en su ilusión
 los hechizos que le embriagan
 con estudiado primor.
 Con lujosos atavíos
 astuta se engalanó,
 que acrecientan el deseo
 del turbado corazón.
 Guirnalda de blancas perlas

a sus cabellos ciñó;
 escotado hasta los pechos,
 bordado de oro, el jubón;
 el cuello de marfil orla,
 collar de bajo color,
 del que pende de diamantes
 la señal de redención;
 y están sus brazos desnudos,
 cuyo brillo tentador
 ostenta en sus movimientos
 exquisita perfección.
 Don Bustos, a quien anima
 la eficacia del licor,
 decía en son de mandato,
 fuerza añadiendo a la voz:
 «Agotadme las bodegas,
 que si dejáis, ¡vive Dios!
 una gota, habéis de hacermela
 de todo restitución.
 A eso os llamé a mi castillo
 y a mis fiestas, que sino
 conforme me casó solo
 gozara solo.»

Al rumor de aplausos
 de estrepitosos aplausos
 estremeciéndose el salón,
 y por sobre el ronco ruido
 así don Bustos siguió:
 «Eh! Don Pedro, mi pariente,
 capitán, ¿qué os hacéis vos?
 ¿Estáis enfermo, o acaso
 os dijo algún impostor
 que el mayordomo envidioso
 mis cubas envenenó?
 Si tal pensáis, os ofrezco
 completa satisfacción.
 Y a propósito...»
 Así hablando
 su inmensa copaapuró.

Tornaron las carcajadas,
los aplausos, y el barón
encarado aún con Ibáñez,
en voz de mofa siguió:

«Puesto que vos no habéis hecho
a mis venenos honor,

os encargo que si muero
me enterréis como a quien soy.»

Volvieron a los aplausos,
y a tan tumultuoso son

asomaron por la sala
las gentes del corredor,

que aumentaron el desorden
preguntando en pelotón:

«—¿Qué es aquesto?»
—«Entrad, amigos»

don Bustos ronco clamó.
«Veréis un anacoreta...

Por la cruz del Redentor,
capitán, brindad conmigo

a mi venturosa unión...»
Ibáñez la inmensa copa

levantándose tomó,
mostrando el sombrío gesto

más que contento furor;
y afectando complacerse,

«brindemos, dijo, barón.»
Mas don Bustos atajándole,

el brindis le interrumpió:
«A mi embriaguez de esta noche,

que me emborracho por dos.»
A estas palabras de Bustos,

de empozoñada alusión,
Ibáñez soltando el vaso

cayó vertiendo el licor.
«Bravo!, sin haber bebido

el sueño le acogotó!
Capitán, voto a mi sangre

que sois un mal bebedor.»

Seguía Ibáñez tendido
de espaldas en el sillón,

cogidos todos sus miembros
de congajoso temblor.

Mofáronle los villanos,
el gesto Bustos frunció,

palidicieron las mozas,
y en visible turbación,

Rosa sobre el blanco pecho
pálida la faz dobló.

Don Bustos, rompiendo un vaso,
alzó iracundo la voz:

«¿Os pesa, por vida mía,
capitán, mi dicha a vos?»

Alzóse sobre su asiento,
y el pueblo entero calló;

porque los ojos de Bustos
centelleaban de furor,

temblaba en su escaño Rosa,
y así decía el barón:

«Brindad, capitán, conmigo,
a mi boda, o, ¡vive Dios!

que esta noche mis lebreles
os desgarran el jubón.»

A tan brusco llamamiento
Pedro Ibáñez requirió,

poniéndose en pie, su espada,
con semblante tan feroz,

que oyóse entre las mujeres
un ¡ay! sordo de pavor,

y a sus espaldas la turba
cobarde retrocedió.

Don Bustos Ramírez, puestos
ambos pies en su sillón,

la izquierda sobre la mesa
que al recibirle crujió,

mirábase de hito en hito;
y el áspero ahogado son

que le hervía dentro el pecho,

el borrascoso color
de sus ojos, la melena,
que le cuelga en confusión
uniéndose con la barba
que le cerca en derredor
todo el rostro, le semejan
a un formidable león
que acecha sobre una roca
la vida del cazador.

Pedro Ibáñez frente a frente,
sin muestras de turbación,
fijó en sus ojos los ojos
y a la lid se apercebíó.

Pasó un momento angustiado
en que nadie de los dos
con movimiento o palabra
la contienda provocó.

La turba tenía ahogado
el aliento de terror,
y de ambos podía oírse
el latir del corazón.

Al fin don Bustos en hondo
gemido, torvo exclamó:

«Brindad, hidalgo, a mis bodas,
u os juro a mi salvación
que en la escarpia de una almena
os ahorco como a un traidor.»

Ibáñez a estas palabras,
como un tigre veloz,
saltando sobre la mesa
ligero una copa asíó,
de un paso salvando el trecho
que le aparta del barón.

«—Brindemos, dijo.

—A esta noche,
Bustos repuso, a mi amor.
—A mi cabeza, don Bustos,
que clavada en un lanzón

os recuerde a todas horas
toda una noche de amor.

—¿Es un insulto?

—Es un brindis.

¿No le aceptáis?

—¡Sí, por Dios!

Bebed, y a que esa cabeza
sea la última ilusión

que alcancen a ver mis ojos
de mi féretro en redor.

—¡Sea!

—¡Sea!

Y afirmando
tan sacrilega intención,
todo el licor se sorbieron
de un solo trago los dos.

Está la noche serena,
melancólica la luna
reverbera en la laguna
y manso el aire resuena.

Murmura en la parda sombra
inquieto el Carrión pasando,
con limpios hielos orlando
del campo la árida alfombra.

No se alcanza en la ribera
ni césped, ni flor, ni espiga,
que brote a la sombra amiga
de alguna cima altanera.

Todo el campo es soledad,
silencio y vapor confuso,
que en todo el invierno puso
viudez y esterilidad.

Vese a lo lejos la sierra
como aparición extraña,
que en la escarpada montaña
la nieve esconde la tierra.

Y entre las breñas se escucha

la ronca voz del torrente,
cuyo ancho raudal rugiente
conquistando espacio lucha.

Tal vez del mastín atento
resuena el tenaz ladrido,
olviendo al lobo escondido
que acecha el redil hambriento.

Al pie de la alta colina
yace el lugar solitario,
acogido el vecindario
al corro que le domina.

Sobre él el negro castillo
de don Bustos se columbra,
del astro de paz que alumbra
al resplandor amarillo.

Y aún vomitan sus ventanas
en confusión infernal,
las cántigas que profanas
respira la bacanal.

Aún puede oírse por ellas,
con el brindis del barón,
el seco y discordante son
del vino y de las querellas.

Viénense allí a dibujar
con la luz de las bujías,
mil medrosas fantasías
espantosas de mirar.

Y los vidrios de colores
radian en la lobreguez
la movable brillantéz
de fugaces resplandores.

Al pie del áspero muro
inmóvil en la sombra está,
contemplando las ventanas
con desesperado afán,
torvo el semblante y lloroso
sin apenas alentar,
el triste y burlado Ibáñez
en insufrible ansiedad.

Crispados tiene los puños,
desencajada la faz,
y el cuerpo todo acosado
de una convulsión mortal:
vese en el húmedo ambiente
su aliento a veces vagar,
como sombras que brotando
viven un punto no más.

Por los espesos bigotes
filtrando el rocío va,
y mojándolas, sus ropas
azota el aire fugaz.
Amante desventurado
y desdenado galán,
está en su mente midiendo
la infinita eternidad.

Porque, ¿qué vida le aguarda,
ni qué vida ha de esperar
quien no halla en sus negros días
más que tedio y soledad?

Tantos sueños de ventura,
tanta ilusión celestial,
tanta esperanza engañosa
perdida en la realidad.

Tantos afanes por ella,
tanto sufrir y lidiar,
mirando la luz lejana
de un mentiroso fanal,
que fué tan sólo el reclamo
que anunció un puerto falaz,
para mirarle más cerca
engañado zozobrar!

¿Do están las fragantes flores,
las bendiciones do están,
con que el amor deliraba
en la juvenil edad?

Él fué a la sangrienta guerra
como valiente, a buscar

premio y fortuna de hidalgo,
 de que se sintió capaz.
 Pródigo vertió su sangre
 de su vida sin piedad,
 por volver ante su Rosa
 digno de su amor fatal;
 y ella en tanto deslumbrada
 o acaso liviana asaz,
 en los brazos de otro dueño
 se dispone a reposar.
 ¡Oh, que esas risas confusas
 que oye a través del cristal
 desde el infame castillo
 a la atmósfera brotar,
 le parecen los aullidos
 con que una turba infernal
 aplaude atroz los tormentos
 que alambica Satanás!
 Ellos celebrando alegres
 en ruidosa bacanal
 el bien que en despecho eterno
 infeliz él llorará.
 Ellos brindis y cantares,
 y amor y felicidad,
 y él lágrimas y dolores
 que nunca se acabarán.
 ¡Oh, y cobarde, aunque ofendido,
 resignado dejará,
 aunque él su ofensa no olvide,
 que la olviden los demás!
 Mas, ¿qué escucha el desdichado
 con esa atención tenaz,
 que hacia adelante tendido
 al borde del foso está?
 Los ojos le brotan fuego,
 creciendo al aliento va,
 y atenzados los dientes
 déjanle apenas lugar.
 Calmado el rumor lejano

de la impura bacanal,
 oyóse un canto dulcísimo
 en el salón murmurar.
 Era una voz amorosa
 y de enloquecer capaz
 al corazón más hundido
 en torpe incredulidad.
 Del arpa del trovador
 al misterioso compás,
 suena a pedazos, perdido
 en la distancia, el cantar.

«Mi vida, Busto, y mi alma
 no tengo en mi mano yo;
 no tengo que darte, Busto,
 sino cuanto guarda de fe el corazón.
 Yo te le doy todo entero,
 vuelvan vida y alma a Dios
 cuando le plazca, y tú, Busto,
 hasta a mi sepulcro disputa mi amor.»

Cesó el cántico y se oyeron
 largos aplausos sonar,
 que estremecieron el aire
 en prolongada espiral.
 Ibáñez, como viajero
 que hartó ya de caminar
 se sienta a buscar reposo
 donde ha de abrirse un volcán,
 retrocedió de aquel canto
 al desgarrador compás,
 despierto a la voz de Rosa
 su mal adormido afán.
 «Dale, ya que está en tu mano,
 jingratal ese corazón
 (dijo), y el alma y la vida
 que vuelvan torpes a Dios.
 Dásele, que por un soplo
 con que tornaros carbón

toda el alma y media vida,
 a Satanás diera yo.»
 Y aquesto diciendo, Ibáñez
 en agonía mortal,
 revolcábase en la arena
 hiriéndose sin piedad.
 Lanzaba del hondo pecho
 bramido tan gutural,
 tan feroz, que aun a las fieras
 alcanzara a amedrentar.
 Y dijeran, escuchando
 el ruido que haciendo está,
 que luchaba alguna de ellas
 con otra en la oscuridad.

Rueda entretanto la argentina luna
 del vago cielo en el espacio azul,
 sombra dejando y niebla que importuna,
 mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja
 deshaciéndose en gotas de cristal,
 y cada espino que Aquilón rebaja,
 perlas por fruto transparentes da.

En confusa ilusión todo se ostenta
 en la estéril llanura del país,
 entre el velo de nieblas que se aumenta
 cual pabellón colgado del zenit.

Allá en un valle do la niebla impura
 tarda se posa, el rápido Carrión
 frágil rodando en soledad murmura
 con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salón se mengua
 la báquica algazara del festín,

torpe tal vez con el licor la lengua,
 cuyo peso no alcanza a resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido
 el brindis tumultuoso del barón,
 con el cantar de Rosa entretenido,
 y el arpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja
 de alguna sombra la ilusión fugaz,
 como al conjuro de andrajosa bruja
 el diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibáñez todavía,
 lanza celoso en iracunda voz
 los ayes portrimeros de agonía,
 con que se extingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama
 sanguinosa, alumbrándole al morir,
 su negra antorcha vigorosa inflama
 la venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida
 mil fantasmas de impúdico placer,
 que embellecen sin fin la ajena vida,
 la cuya desgarrándole a la vez.

La imagen del altivo castellano
 entre sus sueños por doquiera está.
 Doquier del sueño entre el tumulto vano
 amor se juran, ósculos se dan.

Doquier en ellos de su ingrata Rosa
 la blanca sombra que le esquiva ve,
 a otra fantasma presentando ansiosa
 los labios que arden de amorosa sed.

«¡Maldita!, entonces desolado exclama,
maldita seas, infernal visión.»
Y el llanto que en su cólera derrama,
la hoguera apaga del antiguo amor.

«¡Oh!, ¿qué me importa, el infeliz decía,
tarda opulencia y mentirosa prez,
si la mitad de la existencia mía
nunca con ella dividir podré?»

Venga el infierno y por la vida y alma
mi venganza me dé, sino mi amor.
Por ese instante de sangrienta calma
lleve el infierno cuanto fué de Dios.»

Más se espesaba cada vez la niebla,
menos radiaba en derredor la luz;
el aura de honda oscuridad se puebla,
nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,
cual rayo de relámpago fugaz,
ver Ibáñez creyó de él por delante
la sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,
sensible solamente a la visión,
como reflejo que sombrío lago
de un fuego fatuo a la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida
no necesita luz para nacer,
cual nube que en el éter va perdida
sin auxilio de plumas ni de pies.

Los ojos no conciben su contorno,
no reducido a forma aquel vapor,
tal vez en él deformidad y adorno,
galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido
por el húmedo suelo al resbalar,
mas sintió el corazón, sino el oído,
del triste ser la inmediación fatal.

Tocóse Ibáñez la ardorosa frente
y la ancha mano se inundó en sudor.
Razón y ayuda demandó a su mente,
y no estaba en su mente su razón.

Tendió la mano a la segura tierra,
el cuerpo que vacila a sostener,
y en vez del césped en sus dedos cierra
áspero hierro que se aprieta a él.

En vano, abierta la medrosa mano,
le abandona a su propia gravedad,
las palmas hacia sí retira en vano,
siempre tras ellas el objeto va.

Ásele al fin: le oprime: es una llave.
¿Quién en aquellos sitios la perdió?
Un peregrino; un trovador: ¿quién sabe?
Tal vez del cinto la perdió el barón.

Ibáñez la guardó. Siniestro y lento
era su paso y tardo el caminar;
parecía que el solo pensamiento
empujaba a la muerta voluntad.

Él tenía un secreto repentino
que jamás hasta entonces comprendió,
sólo en la mente le abortó el destino,
no lo supo jamás el corazón.

Ibáñez ni se acuerda ni lo sabe,
que con su mente su intención no va;
sólo percibe que al llevar la llave
crece en el pecho vengativo afán.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,
 ignora acaso su intención cuál es,
 mas ni duda a la par ni se arrepiente
 de lo que llegue a consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso oscuro
 en una grieta de la peña está,
 metió la llave, y recediendo el muro,
 postigo oculto le convida a entrar.

Hundióse Ibáñez por el muro hendido,
 silencioso, sombrío, audaz, traidor,
 como un remordimiento mal dormido
 entra en el descuidado corazón.

Quedóse en soledad el campo mudo,
 y entre la lobreguez tornóse a oír
 la voz del Aquilón salvaje y rudo
 y el murmullo apagado del festín.

Quien mirara a Pedro Ibáñez
 ir caminando a deshora
 por las cuevas del castillo
 al resplandor de una antorcha,
 erizados los cabellos,
 la faz amenazadora,
 los pasos desatentados,
 creyérale alguna sombra,
 que alzando de su sepulcro
 la fría y maciza losa,
 de Dios a los vivos trae
 sentencia exterminadora.
 Sus lentos pasos retumban
 por las olvidadas bóvedas,
 y de una en otra perdidas
 cual gemidos se prolongan.
 En las grietas de las piedras
 las arañas hiladoras,

al resplandor de la luz
 los negros cuerpos asoman,
 y a la inflexión de la llama
 que vacilante y dudosa
 reverbera por los muros
 que viste tiniebla lóbrega,
 fantasmas de luz se pintan,
 cuya aparición diabólica
 en el punto que se muestra
 vuelve a perderse en la sombra.
 En cada rincón oscuro
 en que la vista se posa,
 parece que amedrentadas
 quimeras le desalojan:
 y a cada puerta o esquina
 que se pasa o que se dobla,
 parece que allá a lo lejos
 vuelan en fúnebre tropa.
 Todas las manchas y bultos
 rostro y movimiento toman,
 y ya miran, ya amenazan,
 ya ríen, temen o mofan.
 Visiones descoloridas
 que el alma crédula aborta
 en la niñez, descarriada
 con fábulas mentirosas.
 A pasos lentos Ibáñez
 caminando incierto, topa
 ancho salón embutido
 de madera hasta la bóveda.
 Allí de pez y de plomo
 y materias resinosas,
 inmenso almacén juntaron,
 que para defensa propia
 en tiempos tan turbulentos
 precaución ninguna sobra.
 Como obediendo Ibáñez
 a oculta causa imperiosa,
 o de antiguo pensamiento

a la fuerza tentadora,
debajo los combustibles
metió resuelto la antorcha,
y Brotó la seca madera
espesa, turbia y sonora
nube de volátil humo
con que el fuego se corona.
Cerrando entónces la puerta,
Ibáñez a tientas toma
la ruta por donde vino
hasta una escalera rota.
Y en lucha áspera y difícil,
asaltando una tras otra,
llegó a la torre en que Bustos,
señor del castillo, mora.

Era una torre capaz,
circundada a la redonda
de un terrado que rematan
las almenas protectoras.
A su amparo, y defendidas
de exterior ofensa, toman
la luz dos anchas ventanas
que rejas robustas orlan.
Corrió Ibáñez a una puerta
una barra poderosa
que impide abrirla por dentro,
y la faz pálida y torva,
asiéndose de una reja,
por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas
de la multitud curiosa,
que grosera e imprudente
hasta cuando aplaude estorba,
en delicioso retiro
Rosa y don Bustos a solas
de sus amores platican
en su cámara ostentosa.
Ella aparece cual nunca

halagüeña y seductora,
suelto el cabello y los lazos,
aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
en ilusión amorosa,
más que nunca embebecido
en las gracias que la adornan.
Ella en silencio le mira,
y las lágrimas le borra
que de amor y de esperanza
de los párpados le brotan.
Él los labios encendidos,
la mirada borrascosa,
que aun torna el licor ardiente
cuyos vapores le embotan;
y ella con ósculos tiernos
templando la abrasadora
sed de sus labios, le besa
entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
que enteramente cubre la alcoba,
vela a los profanos ojos
la escena voluptuosa:
aunque la luz de una lámpara
cuanto olvidada, traidora,
trémula dibuja en ella
si no los gestos, las sombras.
Si los ojos de un celoso,
cuando las dudas le acosan,
pudieran salvar los muros
en las alas de su cólera,
bien pudieran los de Ibáñez
hacer jirones ahora
la impertinente cortina
en donde atento los posa.
Dos barras de la ancha reja
ase, que casi las dobla,
y los ojos de serpiente
se le saltan de las órbitas.

Sin perder línea ni pliegue
de la tela tembladora,
sigue el movimiento fácil
de las proyectadas sombras.
Y ajenos de aquel testigo,
Busto Ramírez y Rosa
sus amorosas caricias
en la soledad redoblan.
Crujían los blandos besos
en la morada recóndita,
y afuera del triste Ibáñez
las aspiraciones roncás.
A cada amante palabra
que en el aposento brota,
responde en la oculta reja
una blasfemia espantosa.
Y entre tanto que uno sufre,
y libres los otros gozan,
doblar se oyó la campana
que a fuego y rebato toca.
Interrúmpese el placer
y el sufrimiento se corta,
y el que antes gozaba sufre,
y el que antes sufría goza.
Al ronco empuje del cierzo
que con dobles alas sopla,
cece el incendio y revolta
las llamas devastadoras.
Caen las techumbres de cedro,
las almenas se desploman,
estremécense las torres,
y se derrumban las bóvedas.
Cada sala es una hoguera,
cada ventana una boca
que humo y resplandor vomita
y brama en tormenta sorda.
En vano piden de dentro
que en su angustia les socorran,
en vano aterrados gritan,

gimen, blasfeman u oran,
Sordos están cielo y tierra;
denso el humo les ahoga,
y con el son del incendio
sus lamentos se sofocan.

De aquella terrible hoguera
a la trémula luz roja,
se ve de los campesinos
la turba triste y medrosa,
y como viajeros curiosos
que contemplando se asombran
una erupción del volcán
que fuego y peñascos brota;
y allá del Carrión humilde
a la margen de las ondas,
Ibáñez también lo mira
con indiferencia torva.
Apoyado está en un tronco,
asida una mano a otra,
y en una almena los ojos
que ruina amenaza pronta.
Al fin de afanosa lucha
desesperada y dudosa,
cayó en el foso la almena;
y tras de la piedra rota
quedó una ventana, en donde,
como ilusión dolorosa,
los brazos al cielo tienden
por la reja dos personas.
No se sienten sus lamentos,
ni se alcanza de su forma
más que la expresión horrible
de su profunda congoja.
Llamas voraces les cercan
en irrisistible tropa,
de cuya rabia es inútil
implorar misericordia.
La inmensa torre rodean,
puertas y muros devoran,

y ¿cómo esperar perdón
de quien ni piedras perdona?
Una llamarada inmensa
la cerró en sus pliegues toda
y se borró para siempre
la aparición congojosa.

Dejó la ribera Ibáñez,
y al despuntar de la aurora,
a todo escape en un potrero
valle y castillo abandona.

Del espléndido palacio
que ocupa en Valladolid
el rey don Juan el segundo,
ya de su reinado al fin,
están recordando alegres
su antigua amistad pueril
dos bizarros cortesanos
en oculto camarín.

Y en el continuo abrazarse,
y en el continuo reír,
se ve que en hallarse tienen
satisfacción infantil;
y que cada cual se goza
la ajena historia en oír,
como en recordar la suya
tal vez triste para sí.
Están en el propio punto
en que de entrambas al fin
tornan a identificarse
y su gozo a repetir.

DON RODRIGO

¿Conque, ¡voto a Belcebú!,
aquel antiguo soldado
que tanto lidió a mi lado
por mejor causa, eres tú?

IBÁÑEZ

Yo mismo, sin duda alguna:
aquel Ibáñez soy yo.

DON RODRIGO

Mucho a entrambos acudió
compasiva la fortuna.

IBÁÑEZ

Compáranla a una veleta
por tan inconstante ser.

DON RODRIGO

Dejara de ser mujer
fortuna a no ser inquieta.

Mas otro abrazo me da,
que aun dudo si estoy soñando.

IBÁÑEZ

Abrazos te iré yo dando
si esto te despertara.

DON RODRIGO

Mas, por Dios, que rico te hallo,
Ibáñez, y a lo que veo
no ayudó mal tu deseo
tu lanza con tu caballo;

pues si no me acuerdo mal,
era tu única riqueza.

IBÁÑEZ

Expatrióse mi pobreza
merced al favor real.

Dijeron de mi valor
no sé qué, y conde me hicieron,

DON RODRIGO

Bien con tu valor cumplieron.

IBÁÑEZ

No, sino con mi favor.

Debióme la vida el rey
en Navarra, y no fué más.

DON RODRIGO

¡Oh!, pues voto a Barrabás
que fueron hombres de ley.

Y ¿qué hacen, viéndote rico,
esos parientes hambrientos?

IBÁÑEZ

Don Pedro llaman atentos
al que llamaban Perico.

Yo les dispenso el cumplido
y les abrazo cortés:

pídenme, niego, y después
se van por donde han venido.

Pero a ti, por vida mía,
que tampoco mal te fué.

DON RODRIGO

Tanto, Ibáñez, porfié
que salí con mi porfía.

No me tocó como a ti
condado, ni valimiento;
pero en oro puro cuento
cuanto basta para mí.

IBÁÑEZ

Y a bien que si la memoria
de tu ambición no me engaña,
no te basta toda España.

DON RODRIGO

Aquí paz y después gloria.

Poseo lo que me basta
para tener envidiosos,
amigos menesterosos
y una numerosa casta.

Aturdido me dejaron
a mi vuelta tales gentes;
no sé cuándo mis parientes
así se multiplicaron.

IBÁÑEZ

¿Y consiguen de su afán?...?

DON RODRIGO

Lo que los tuyos de ti:
pídenme, niego, y así
por donde vienen se van.

IBÁÑEZ

¡Justo! Así, beso por beso
y puñada por puñada.

DON RODRIGO

Cual ella me fué obligada
por mi gente me intereso.

Pero bien está, y responde.
¿En qué tu amor se quedó?
¿En humo se disolvió
con el resplandor de conde?

IBÁÑEZ

El antiguo hace seis años
humo es, como bien has dicho;

que viene tras un capricho
un millón de desengaños.

Pero hoy...

DON RODRIGO

Oyéndote estoy.

Concluye. ¿Por de contado
que estarás enamorado?

IBÁÑEZ

Rodrigo, nunca como hoy.

DON RODRIGO

¿Será hermosa?

IBÁÑEZ

Como un oro.

DON RODRIGO

¿Niña?

IBÁÑEZ

Diez y ocho quizás.

DON RODRIGO

Pues ya no la falta más
que ser rica como un moro.

IBÁÑEZ

Lo cierto en ello no sé:
pero en la corte introdujo
su llegada tanto lujo
que casi escándalo fué.

DON RODRIGO

Pues por Dios que la fortuna
no se cansa en tu favor;
pero tendrás de su amor
prendas que...

IBÁÑEZ

Indignas, ninguna.

DON RODRIGO

¿Pero rivales un ciento?

IBÁÑEZ

No por cierto, mi Rodrigo.

Yo sólo soy quien consigo
finezas y valimiento.

Es cierto que no hay barón,
hidalgo, conde o marqués,
que no rindiera a sus pies
su fortuna y su blasón.

No hay trovador ni galán
que en cantares y torneos
no se exceda en galanteos
a Rosa de Montalván.

Todos los ojos en ella
detiene la multitud,
porque tiene de virtud
cuanto de rica y de bella.

Mas ella por importunos
acredita sus festejos:
todos los ojos de lejos
la gozan, cerca ningunos.

Y te aseguro en verdad
que, aunque la amo como un loco,
no estimo, Rodrigo, en poco
por ella mi vanidad.

DON RODRIGO

De tu fortuna me admiro,
Pedro Ibáñez, envidioso,
y más estoy de orgulloso
cuanto más feliz te miro.

¿Mas quién es esa hermosa
tan sin tacha de mujer?

IBÁÑEZ

No pude tanto saber.

DON RODRIGO

Pues a fe que es aventura.

IBÁÑEZ

Porque nada se concilia
de haber nacido en la Galia,
y en Aragón y en Italia
tener hacienda y familia.

Su apellido es castellano,
Rodrigo, como tú ves.

DON RODRIGO

Y pienso que también es
hasta francés e italiano.

Pero, pues es rica y bella
y os amáis los dos así,
tanto es ella para ti
como eres tú para ella.

Quando estemos más a espacio,
Pedro, me la mostrarás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás,
que ha de venir a palacio.

Por mujer la he de pedir,

y esta noche he de saber
si puede y cómo ha de ser,
que ella me lo ha de decir.

DON RODRIGO

¿Tan pronto?

IBÁÑEZ

Estoy decidido.

Tanto en sus ojos me abraso,
que este mismo mes me caso
si consiente en lo que pido.

DON RODRIGO

Prodigio será en lo bello,
según de perdido estás.

IBÁÑEZ

Esta noche la verás
y decidirás en ello.

Entretanto hasta después,
que el rey sale.

DON RODRIGO

Vete en paz.

Y que en verla habré solaz
no te olvides.

IBÁÑEZ

Adiós, pues.

Tomó Ibáñez la escalera
que daba al cuarto del rey,
sin que Rodrigo los ojos
un punto apartara de él.

Doblóse detrás de Ibáñez
 la mampara en la pared;
 el ruido de sus pisadas
 se acabó al fin de perder,
 y aun le parece que le oye,
 que le abraza y que le ve;
 tanto el encuentro de Ibáñez
 fué a don Rodrigo placer.
 Pasaron unos momentos
 en que, perdido tal vez
 en recuerdos deliciosos,
 quedó distraído en pie,
 los ojos en la mampara
 que cerró al salir aquél,
 y una sonrisa en los labios
 de verdad y sencillez.
 Al fin, soltando un suspiro,
 exclamó el rostro al volver:
 ¡Por la Virgen que me alegro!
 ¿Quién lo imaginara de él?

Por la plaza de San Pablo,
 ya bien entrada la noche,
 del palacio real volviéndose
 van platicando dos hombres;
 y a la luz que reverberan
 dos moribundos faroles,
 aunque no se ven sus rostros,
 sus figuras se conocen.
 A corto trecho delante
 y a lentos pasos, recorre
 vía igual una litera
 seguida de dos hachones;
 y entre las verdes cortinas
 a los rojos resplandores
 se divisan dos mujeres
 sentadas en los sillones.
 Atravesaba todo ello

por la oscuridad informe
 como de los sueños pasan
 fantásticas las visiones.
 Y en los criados que alumbran
 y en los oscuros colores
 que viste la comitiva
 de las cortesanas nobles,
 un no sé qué se trasluce
 de rápidas precauciones,
 que todo parece envuelto
 en invisibles vapores.
 Al reflejo de las luces
 se ven los rostros inmóviles,
 los ojos cristalizados
 de los negros servidores.
 Y algún crédulo dijera
 que en tal misterio se esconde
 un cumplimento severo
 de las celestiales órdenes.
 Mas fuera vano temor
 de la ilusión de la noche,
 porque entrados en un patio
 los hidalgos se disponen
 a recibir a las damas
 a quien parece que rondan,
 según del alcázar fueron
 detrás de ellas hasta entonces.
 «Rosa mía!, exclamó el uno,
 prestando en los escalones
 primeros el brazo a una,
 al parecer la más joven.
 —Estáis, don Pedro, servido,
 ella pronta respondióle,
 abandonando en las suyas
 una mano que él recoge.
 «Mi madre consiente en ello,
 y excusando dilaciones
 en vos está la tardanza.
 —Porque tal dicha se logre

perdiera cuanto poseo.
Sueño parece esta noche
que no he de olvidar jamás.

Aquí a los anchos salones
llegaban de su palacio,
en cuyos ricos primores
es bien que audaces los ojos
se admiren cuando se posean.
De finísimos tapices
toda la sala vistióse,
mullida en el pavimento
alfombra de vivas flores,
candelabros de oro y plata
por las mesas y rincones,
y vajillas y preseas
dequiera en aparadores.
Rosa y don Pedro sentados
esperaron a que torne
don Rodrigo, que acompaña
a la madre desde el coche,
delante una chimenea,
cuyos morillos de bronce
teniendo están disolviéndose
en ceniza medio roble.
Entre las llamas volubles
lanzan los rojos tizones
chispas que naciendo espléndidas
desaparecen veloces.
El humo elástico asciende
en espirales deformes,
despedido por las llamas
que brotan a borbotones.
Y por dequiera que el tronco
lentas o voraces orlen,
hierva la savia que mana
resistiendo sus furorés.
Entró por fin don Rodrigo,
y apenas Ibáñez vióle,
tomándole de la mano,

delante Rosa le pone:
«Esta es mi esposa», le dijo.
Alzó Rodrigo la noble
frente, y la beldad de Rosa
viendo, en verdad asombróse.
Saliéronse del salón,
y al cruzar por los portones
a Rodrigo que le sigue

Pedro Ibáñez preguntóle:

«—¿Qué te parece de Rosa?»

¿Otra más linda conoces?

—¡Por Dios (contestó Rodrigo)

que no la hay entre los hombres!

Y así permitan los cielos
que tantos años la goces
como ella tiene de deudas
a los cielos de favores.»

Era Rosa de célica hermosura,
rica de gracias, rebosando amor,
trasunto de la esbelta criatura
que hizo en el fértil Paraíso Dios.

Soles los ojos, rosas la mejilla,
risa los labios y marfil la tez,
donde la calma de la infancia brilla,
rica a pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala
a género, ni siglo, ni país,
ni terrena beldad llega ni iguala
de la alma Rosa a la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra
la leve huella del enano pie,
y tiene más de vaporosa sombra,
de inefable visión que de mujer.

Flota el cabello en perfumados rizos
al impulso de céfiro fugaz,

velando de la espalda los hechizos
su voluble y espléndida espiral.

Cáenla de la mórbida cintura
en grupos que sujeta el cinturón,
los pliegues de la blanca vestidura
que agita ligerísima en redor;

como las aguas de elevada fuente
caen en hebras de líquido cristal
y el aura con mansísima corriente
las mece confundidas al bajar.

Do quier que está la delicada Rosa
en la corte, en el baile, en el festín,
no hay ojos ni atención para otra hermosa;
toda la absorbe poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida
en medio de ruidosa sociedad,
de las damas sin duda aborrecida
y respetada del amante audaz.

Y por eso a los pies de sus balcones,
guardias perennes, embozados son,
y óyese de estocadas y canciones
en la alta noche desigual rumor.

Siempre a sus puertas en misión de amo-
[res
dueñas y pajes aguardar se ven,
ya ramilletes de tempranas flores,
ya amorosos billetes a traer.

Pero nunca se abrió puerta o ventana
ni billete ni flor a recibir:
del palacio jamás la soberana
canto pagó del trovador gentil.

Jamás oído de varón dichoso
el eco suave de su acento oyó;
ni una mirada por su afán penoso
gozó de Rosa parecido a amor.

Ninguno supo su pasada historia:
nadie el solar en que nació cuál es,
nadie de su beldad tiene memoria,
nadie pudo a su gente conocer.

Si algún osado su familia y tierra
de sus esclavos a inquirir llegó,
el secreto tenaz en que se encierra
no supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos,
corren de ello tal vez en la ciudad;
mas posan en tan vanos fundamentos
que apenas nacen cuando en tierra dan.

Un hombre solo su palacio abierto,
libres sus salas encontró tal vez,
y de su audacia y su fortuna incierto
pasó el umbral con receloso pie.

Ibáñez sólo de la linda maga
tocó la mano y escuchó la voz;
Ibáñez sólo de placer se embriaga
cediendo irresistible a la pasión.

No exhaló en vano sus amantes quejas
velado en la nocturna oscuridad,
que cuando ronda sus doradas rejás
ella amorosa a responderle va.

Nunca enojada de su amante exceso
por un cariño la volvió un desdén,
porque con fácil y abrasado beso
una mirada le pagó tal vez.

Sólo testigo de su amor demente
 fué don Rodrigo y admiró su amor,
 sólo con él su mercenaria gente
 la fortuna de Ibáñez defendió.

Mas que a despecho de la corte fuera
 él la idolatra a cada instante más,
 y por desprecio de la corte entera
 su boda Ibáñez preparando está.

Era una noche de aterida niebla:
 el cielo enturbia tan dudosa luz,
 que entre la sombra que el espacio puebla
 nada se ve del firmamento azul.

En un salón henchido de riqueza
 y ornado con inmenso aparador
 los vasallos que halló de más nobleza
 el rey don Juan para cenar juntó.

Acogotando allí su ruin envidia ²¹
 damas e hidalgos en el real festín
 brindan y cantan a la ansiada boda,
 mal recatando su despecho así.

Suenan las copas y las arpas suenan
 con largo y libre interminable son,
 y el aire denso y perfumado llenan
 de blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibáñez de su linda esposa
 ebrio de amor y de ventura está,
 y cuanto admira la beldad de Rosa
 crece en el pecho su amoroso afán.

Toda su vida le parece un sueño,
 entre cuyos vapores nada ve
 más que el camino que tras largo empeño
 le trajo de esta noche hasta el edén.

Rosa se muestra como nunca bella,
 como jamás Ibáñez la admiró,
 y su amor halla perspicaz en ella
 dotes y gracias que jamás la vió.

Halla en su rostro la expresión incierta
 de una vaga ilusión de otra mujer,
 con cuya oculta realidad no acierta
 y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa
 de otra se trucea en la olvidada faz,
 y aún le parece que su frente hermosa
 muestra a intervalos palidez mortal.

Pero es un sueño; de la alegre fiesta
 y de los brindis los efectos son:
 mas su cariño a su ilusión se presta
 crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza
 más le contenta y satisface más;
 y aunque ebrio acaso la razón no alcanza,
 hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta: libre el aposento
 todo en desorden por final quedó,
 y ambos a paso vacilante y lento
 van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla
 cruzaba apenas tan dudosa luz,
 que entre la sombra que el espacio puebla
 nada se ve del firmamento azul.

CONCLUSIÓN

Ya libres de las miradas
 de la multitud curiosa,

que envidiosa o imprudente
 hasta cuando apande estorba,
 en delicioso retiro
 don Pedro Ibáñez y Rosa
 enamorados platican
 en el altar de su alcoba.

Ella parece cual nunca
 halagüeña y seductora,
 suelto el cabello y los lazos,
 y aliviada de las joyas.

Él en sus brazos la aduerme
 en ilusión amorosa,
 más que nunca embebecido
 en los encantos que adora.

Ella en silencio le mira
 y las lágrimas le borra,
 que de amor y de esperanza
 de los párpados le brotan.

Él, los labios encendidos,
 la mirada borrascosa

que aún turba el licor ardiente
 cuyos vapores le embotan;
 y ella con ósculos tiernos
 templando la abrasadora
 sed de sus labios, le besa
 entre osada y ruborosa.

Una cortina de seda
 que entera cubre la alcoba,
 vela a los profanos ojos
 la escena voluptuosa:

aunqu e la luz de una lámpara
 cuanto olvidada, traidora,
 trémula dibuja en ella
 sino los gestos, las sombras.

¡Noche de amor y esperanza
 que de la modesta esposa
 queda como blanco sueño
 para siempre en la memoria!
 La de Ib anez, ¡vive Dios!

que olvidó su vida toda,
 sus placeres y sus cuitas,
 su deshonor y su gloria.

No hay más pasado en su mente,
 más porvenir no ambiciona:
 vendiera por esa noche
 toda su existencia a Rosa;
 aunque un frío involuntario
 todo su cuerpo aprisiona,
 cual si en sepulcro pudiera
 convertirse la alcoba.

Algunas veces, mirando
 los ojos de la que adora,
 creyó alcanzar dentro de ellos
 alguna imagen diabólica.

Alguna vez embriagado
 en su risa encantadora,
 creyó que los labios puros
 tomando distinta forma,
 mostraban por un momento
 en negra ilusión dudosa
 de un monstruo desconocido
 la áspera y sangrienta boca.

« Qu  piensas, Ib anez m o?
  Qu  mal, dime, te acongoja,
 que vas el color perdiendo?»,
 dijo al esposo la esposa.

Al contemplarla el semblante
 su espanto y asombro doblan;
 e Ib anez con ambas manos
 entrambos ojos se frota.

Ella tornó a su pregunta,
 y él a su silencio torna,
 como quien tiene delante
 un espectro que le acosa.

«— Qu  sientes?

—Oh!, nada, nada;
 mas la vista se me borra,
 los objetos me vacilan;

¡Cielos!, ¿qué es aquesto, Rosa?

—¿Qué dices, que no te entiendo?

—¡Ah!, ¿eres tú, niña?, perdona:

mas ¡tal vez mi fantasía

se me está volviendo local!

No sé por qué, mas el miedo

que de mí se posesiona...

¡Oh!, ciégame con tus labios,

ven a mis brazos, ¡oh Rosa!

Echóse en ellos la niña,

ansioso Pedro abrazóla,

mas al tocarla dió un grito,

como quien espinas toca.

«¡Quemas!», la dijo espantado;

y soltándola en la alfombra,

se miró el triste los dedos

con que sostuvo su forma.

Ella seguía diciéndole

con sonrisa seductora:

«¿Qué tienes, Ibáñez mío,

que cuanto dices me asombra?»

Y él, con ojos aterrados,

continuaba en su congoja,

contemplándola sin habla

en convulsión espantosa.

Al fin, con hondo cariño

ella las manos le toma,

diciendo con voz más suave

que el murmullo de las hojas:

«Amor mío, vuelve en ti;

yo soy, mírame, tu Rosa,

tú me lo has dicho, ¡alma mía!

soy tu amor, tu Dios, tu gloria.»

Sonrió apenas Ibáñez

y medroso preguntóla:

«—¿He soñado, no es verdad?

Tú me despiertas ahora.

—Sí por cierto, esposo mío:

tú me has dicho tantas cosas...

tantos delirios..., que casi

temí contigo estar sola.

—¡Oh, sigue, sigue!..., ¡qué dulce

me suena tu voz hermosa!

Sigue.

—¿Quieres que te cuente

para adormirte una historia?

—Sí, sí, dime cuanto quieras

con tal que tu acento oiga.

—Pues escucha, que tal vez

se disipe tu congoja.»

Ibáñez, como quien sale

de pesadilla penosa,

su voz escuchaba atento,

suave, argentina, sonora,

sin acertar a entender

la sensación dolorosa

que un momento antes le hacía

su presencia encantadora.

Él, recostado en el lecho,

ella a su lado en la sombra,

esto a Ibáñez le decía

risueña y voluptuosa:

En un toso pueblecillo
aunque no recuerdo dónde,
vivía un barón o un conde,
que es igual, en su castillo.

En este pueblo vivía
una villana, ¡oh hermosa!
La reina más orgullosa
por ella se trocaría.

Rosa, como yo me llamo,
la villana se llamaba,
y un pobre hidalgo la amaba
tanto como yo te amo.

Ibáñez en su embeleso

dulcemente sonrióla,

y besándola en los labios

siguió la niña su historia.

Vióla el barón cierto día,
y al contemplarla tan bella,
ciego de amores por ella
sólo por su amor vivía.

Pródigo la regaló,
y tal su cariño fue,
que por prenda de su fe
su mano la prometió.

Ella, avara o inconstante,
casóse al cabo con él,
¡Fué una noche bien cruel
para el olvidado amante!

Este llegó de la boda
el mismo día anterior;
alas le prestó el amor...
¡Vana diligencia toda!

De su ventura testigo,
solo él llorando su duelo,
no halló para su consuelo
un pariente ni un amigo.

A estas palabras Ibáñez
embebido interrumpióla:

—Tu voz me encanta, mas pienso
que es triste ese cuento, Rosa.

—Oísele a un peregrino
en una sentida trova;
mas deja que te le cuente,
porque es muy linda la historia.

Despechado en su aflicción,
maldiciendo su fortuna,
dejó la fiesta importuna,
y abandonando el salón,
en que los brindis doblaban,
bajó en su afán amoroso
a llorar al pie del foso
lo que en la torre cantaban.

Era una noche serena,
en que la brillante luna
reflejaba en la laguna
con la luz de enero llena.

Todo estaba en soledad
velado en vapor confuso,
que en todo el invierno puso
huellas de esterilidad.

Hervía el río a lo lejos,
medroso el viento sonaba,
y el aire espeso vibraba
del agua con los reflejos.

El negro y alto castillo
allá en la sombra se vía
del blanco fanal que huía
al resplandor amarillilo.

Y aun en murmullo infernal
lanzaban sus rojas ventanas
las cantigas que profanas
respira la bucanal.

Aún puede oírse por ellas,
con el brindis del barón,
el ronco y discordo son
del vino y de las querellas.

Y sus vidrios de colores
radían en la lobreguez
la movable brillantez
de fugaces resplandores.

El amante desdeñado,
sin poder con su dolor,
pensó en su amargo furor
en verse al menos vengado.

«Por ese breve placer,
exclamó, diera al infierno
cuanto Dios puso de eterno
y en mí despreciable ser.»

Tembló pavoroso Ibáñez
a estas palabras de Rosa,
palideciendo al impulso
de una sangrienta memoria.

Y ella con triste sonrisa,
entre doliente y sardónica
siguió, a los ojos de Ibáñez
cambiando su imagen propia.

A su sacrilego ruego
diz que el infierno le dio
por la alma que le vendió
una venganza de fuego.

La torre a poco altanera
brotó llamas de su centro;
quedó la venganza dentro,
mas el vengador afuera.

Años esta noche hará
que el castillo se incendió,
media vida al galán dio,
y ahora mediándose está.

«¡Cielo santo!», clamó Ibáñez
con voz despechada y ronca,
arrancándose del lecho

y de los brazos de Rosa,
«¿Qué es esto?», ¡la luz me falta,
el ambiente me sofoca...!»

Y asiendo de la ventana
abrió a un tiempo las dos hojas.
Entró a tal punto por ellas

flamante, devoradora,
una llamarada inmensa
que lamió el suelo y la bóveda.

Corrió a la puerta y en vano
con ímpetu sacudióla;

por fuera la sujetaba
 resistencia poderosa.
 Tendió desolado y triste
 los ojos, y allá en la alcoba
 vió sentada sobre el lecho,
 prendiendo fuego a las ropas,
 una aparición horrible
 que en su vacilante forma
 mostraba al par su contorno,
 mitad monstruo y mitad Rosa:
 y al son de la ardiente llama
 en voz le decía cóncava:
 «¡Alma entera y vida media!
 El alma la tengo toda,
 diez años eran de vida,
 y están mediándose ahora.»

EL NIÑO Y LA MAGA

FANTASÍA

¡Cuán risueña es el alba de la vida,
 esa mágica edad de la ilusión,
 en que vegeta el alma adormecida,
 ajena de inquietud y de ambición!

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,
 cuánto se goza lejos del pesar,
 llevando nuestro débil barquichuelo
 de la existencia por el negro mar!

Entonces, sin pensar en quien nos hizo
 ni el vano mundo y su placer traidor,
 gozamos por el día tanto hechizo
 y dormimos la noche sin temor.

Que es el niño atrevido marinero
 que al mar se lanza si inexperto; audaz,
 satisfecho con ver cómo ligero
 va por las ondas su batel fogaz.

¿Qué le importa el murmullo de la brisa
 a quien sigue tal vez el aquilón?
 Navegaré, se dice, más aprisa
 del blando viento al compasado son.

¿Qué le importa que el agua se alborote,
 tormentosas alzando olas sin fin?
 Irá, se dice, mi extraviado bote
 a dar como el que dejó a otro jardín.

¿Qué le importa que bajen las tinieblas
 la noche desplomando sobre el mar?
 Él dice: cuando pasen estas nieblas,
 ya me vendrá otro sol a despertar.

¿Qué importa que en espejos quebradi-
 [zos

hiervan los lomos del gigante azul?
 Él mira en ellos sus flotantes rizos
 de la neblina entre el espeso tul.

¡Cuánto es alegre la niñez sencilla
 que en el bajel de su inocencia va,
 libre y segura sin perder la orilla
 del mar que al lejos rebramando está!

Duelos, dejadme que los lindos sueños
 loco recuerde de la edad pueril,
 que mire de la vida los empeños
 desde su verde y delicioso abril.

Dejad que vaguen mis cansados ojos
 de árbol en árbol y de flor en flor,
 del sol brillante a los destellos rojos
 que al universo dan vida y color.

¡Vidal Blanco y risueño panorama
 para ei que nace en virgen ilusión;
 desierto do eternal el cierzo brama
 para el que lanza en él su corazón.

Vida! Fantasma bello y mentiroso,
cuanto halagüeño en tu ilusión, fatal,
yo miraré con ojo receloso
la luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,
y entre tus flores escondida red
la lenta tentación de tus mujeres,
corrientes que no templan nuestra sed.

Que si nacemos a la amarga vida
riendo lo que habemos de llorar,
yo quiero mi existencia dolorida
gozar llorando y mi dolor cantar.

Es una bella aurora
fresca, purpúrea y clara,
en que va murmurando
por la floresta el aura.
Las hojas estremece
con las sonantes alas,
cruzando fugitiva
por una y otra rama.
Ya por el blando césped
silenciosa se arrastra,
robando sus perfumes
al tomillo y la grama.
Ya en torno de los troncos
de las encinas altas,
columpia en sus cortezas
las ramitas enanas.
Ya de la limpia fuente
en la repleta taza
arruga, trenza y riza,
los hilos con que mana.
Es un jardín florido
henchido de fragancia,

que a par enriquecieron
con su afanosa maña
naturaleza fértil
con su silvestre gala,
y la incansable industria
con su rica elegancia.
Aquí por los linderos
las violetas moradas
matizan de los céspedes
la vívida esmeralda.

Allí de clavellinas
entumecida mata
sus infinitos hijos
a sostener no basta.
Allí las anchas rosas
su pabellón de grana
extienden, afrentando
las azucenas blancas.
Allá el cárdeno lirio
se eleva con audacia
de azules pensamientos
su raíz tapizada.

Mas lejos un geráneo
que aroma al aura mansa,
envidia a los renúnculos
las tintas soberanas.
Y allá entre sauces verdes
que humedecen las aguas,
entre sonantes hojas
y retorcidas varas,
en cargados racimos
madreselva olvidada,
convida con sus flores
amarillas y blancas.
Ni faltan en macetas
y transparentes jarras
pomposos tulipanes
que sus capullos rasgan.
Sobre ellos cuidadosos

tienden sus hojas anchas
los fértiles naranjos,
las corpulentas hayas.

Hay en su bosquecillo
de mirtos y de acacias,
en una placetuela
de rosales cercada,
una anchurosa fuente
que en torno se derrama.
Está el pilón colmado,
y en medio se levanta
sobre dos pies de jaspe
de alabastro una taza;
y mil vistosos peces
en su remanso nadan,
que asoman atrevidos
la fugitiva espalda.

Se escucha desde lejos
la música liviana
con que murmuran leves
las revoltosas aguas;
y en su cristal inquieto
el sol que alumbraba el alba,
saliendo reverbera
con luz tornasolada.

Sentado en las orillas
por do la linfa clara
desde la limpia fuente
bullendo se derrama,
deshojando unas flores
que el arroyuelo arrastra,
miraba el niño Adolfo
cómo las lleva el agua.
Su imagen la corriente
trémula le retrata
los ojuelos alegres,
las manitas nevadas,
la blonda cabellera
tendida por la espalda,

la frente ruborosa
y la sonrisa cándida.
Soñaba desvelado
inocentes fantasmas
que a la niñez tranquila
espléndidos halagan;
de esos delirios puros
que fugitivos pasan
y aduermen los sentidos
sin que los sienta el alma.
Ilusiones magníficas
con cuyas sombras mágicas
los gozos se deshacen
de nuestra breve infancia.

Ceñida de una nube
de vaporosa gasa,
que el aire llena en torno
de suavísimo ámbar,
de rosas y azucenas
la frente coronada,
prendida en ricos pliegues
la vestidura blanca,
salió de entre los mirtos
con cautelosa planta
una ilusión dichosa
de paz y bienandanza.
Las flores en sus tallos
por donde aérea pasa
se esponjan y enderezan
y doble aroma exhalan.
La brisa en torno suyo
murmuradora vaga,
y entre las hojas verdes
se enreda y esparrama.
Colúmpianse las copas,
los ríseñores cantan,
las tórtolas arrullan
en amorosas cláusulas,
y todo en los jardines

al paso de la maga,
respira la ventura
de juventud colmada.

Tomó la mano de Adolfo
que sobre el césped descansa,
quien al verla tan hermosa
entre sus brazos se lanza.
Los negros rizos la coge,
la besa la frente casta,
en sus pupilas se mira
y en su sonrisa se embriaga.
Ella en su seno le estrecha,
le acaricia y le regala,
no como madre afanosa,
sino como amante hermana;
no como en signo de albricias
de un hijo perdido que halla,
como quien se alegra hallando
con quien dividir sus galas.
Adolfo se la sonríe
y el blanco cuello la abraza,
admirando su hermosura
con infantil confianza.

«Óyeme, Adolfo, le dijo,
halagándole la maga:
Si tú quisieras conmigo
vivir... tengo una morada
llena de fuentes y flores
y de deleites y galas:
tengo palacios de oro
suspendedos en montañas,
en un país no lejano,
a quien *Existencia* llaman.

—¡Oh, por cierto que eres rico!

—Lo que imaginas es nada;
todo el universo es mío.

—Pues ¿quién eres? —La Esperanza.

—¿Y estarás siempre conmigo?
—Iré siempre donde vayas.
—Pues vamos donde quisieres.
—Sígueme, pues, que ya tardas.

Siguióla contento Adolfo,
y a una señal de la maga
de aquella anchurosa fuente
dividiéndose la taza,
tornóse en un canastillo
que se columpia y resbala
de un claro y tranquilo río
por sobre las ondas mansas,
y entrándose confiados
en tan vacilante barca,
dejáronse ir sin recelo
a los caprichos del agua.

II

Andaces surcando las aguas serenas
al lánguido impulso del aire sutil,
tocaron opuestas las limpias arenas
que el río aprisionan al otro confin.

Posaron la planta donde ancho camino
el paso les abre de vasta región,
que pródigo y rico regala el destino
y espléndido viste de ocioso primor.

Allí en los linderos, vistosos jardines
de cuyas florestas el fin no se ve,
empiezan, y orlados de azahar y jazmines
alfombras de flores encuentran los pies.

La luz es continua, de un alba rosada
que presta al ambiente purísimo azul,
y un céfiro el aire cuya ala aromada
refresca la tibia ilusión de la luz.

Doquiera en las hojas del árbol florido,
se siente escondido
al mirlo trinar;

doquiera en la yerba menuda se siente
la rápida fuente
saltando brotar.

Doquiera volando sutil mariposa
columpia una rosa,
sacude un clavel,

las alas ufana mostrando a las flores
de ricos colores
pintadas también.

Doquiera arrastrando su casa con pena,
sobre una azucena
se ve al caracol,

que tiende los ojos al sol generoso,
pidiéndole ansioso
consuelo y calor.

Doquiera en las ramas colgada la oruga,
sacude y arruga el sonoro cristal,
que en claros espejos, o en líquidos hilos,
en lagos tranquilos posándose va.

Doquiera en las ramas del álamo verde
a lo alto se pierde en movible ilusión,
meciendo la bella oropéndola el nido
que anima tendido benéfico el sol.

Desplega pomposa a la luz con que brilla
la pluma amarilla,
que ostenta fugaz,
abriendo esponjado y en círculo rico
el triple abanico
que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces llorones,
ni en lúgubres sonos
agita el ciprés

la fúnebre punta, cual hacha mortuoria
que alumbra la historia
pasada de ayer.

La espléndida lumbré del sol no se apaga;
sin término vaga
la brisa sutil;

la noche carece de sombra importuna,
ni deja la luna
jamás de lucir.

Del mar a lo lejos se siente el murmullo
cual lánguido arrullo
del aura no más,

cual banda de plata que el puro horizonte
tendió sobre el monte,
tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas,
a do pasajeras
se van a perder

las ondas sonoras, en tiendas de armiños
tan sólo los niños
alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmín y claveles,
bajo almos doseles
de plumas de luz,

reposan tranquilos sin noche ni día,
sin miedo a la impía
desdicha común.

No acosa su mente recuerdo pasado,
que sólo han gustado
la dicha y placer,

porque es la ribera del mar de la vida
la casta, florida,
tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino
do puso el destino,
tras linde feliz,
de nuestra existencia tristísimo, aciago,
el árido y vago
desierto país.

¡Oh!, cuando dormimos al pie de la cuna
es todo fortuna,
deleites y paz;
el día es tranquilo, la noche serena,
la selva es amena,
frondoso el erial.

Las lágrimas puras que entonces se vierten,
acaso divierten
en vez de doler...

¡Vereda dichosa! ¡Portada florida
por do entra en la vida
la dulce niñez!

Adolfo y la maga cruzaban por ella,
y el niño tan bella,
tan llana la halló,
que andaba embebido de un lado a otro
gustando la fruta, [lado,
doblando la flor.

Ya el vuelo seguía de pájaro errante,
ya el ala brillante de insecto sutil,
ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo
que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reía sin pena ni enojos,
gozaban sus ojos
la alegre visión,
sus tiernos sentidos la suave frescura,
y el son que murmura
del aura veloz.

Vagaba contento: ¿qué importa por dónde?
Su infancia le esconde
la negra verdad.

¿A qué preguntarla? Si es plácido el sueño,
¿a qué con empeño
querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,
la luz, los jardines
llegaban allí;
ya el sol es ardiente, más duro el camino,
no hay ya peregrino
plantel ni jardín.

Al paso que avanza por otra vereda,
detrás de quien queda
la alegre región,
sentía en el pecho que audaz caminando
cobraba ganando
firmeza y vigor.

La maga amorosa seguía ligera,
fantasma hechicera
vagando tras él;
más joven y hermosa conforme adelanta,
dejando su planta
detrás la niñez.

III

ADOLFO

¿Qué sitio es éste, señora?
¿Dónde estamos?, que si no
mienten mis ojos, ya es ésta
otra distinta región.

LA MAGA

Estamos, al fin, Adolfo,
en un país superior,

en donde nada caduco,
nunca estéril vegetó.

ADOLFO

Y esos alcázares de oro
que se ven en derredor,
esos pensiles colgados,
esos bosques, ¿cuyos son?

MAGA

De una emperatriz hermosa
tan alegre como el sol,
en cuyos vastos dominios
no hay lágrimas ni dolor.
Vive en ociosos festines
de blanda música al son,
en brazos de los placeres,
de la gloria y del amor.

Tan poderosa y tan rica,
que a su audacia y su ambición
ni los mares ponen coto
ni los peligros pavor.

Tan bella y tan cortesana,
pues que como ella no hay *dos*,
ni hay fuerza a quien no atropelle,
ni grandeza la asombró.

Poco a sus delirios fueron
ambos mundos en redor:
«todo o nada», dijo ansiosa,
y sobre ambos se asentó.

Y celebrando insensata
su destino triunfador,
llamó al placer y la vida
y con ellas le partió.

Trajo a sí cuantas hermosas
les siguen a ambos en pos,
cuantos galanes y ociosos
en ambos mundos halló.

Dióles galas y palacios,
campos de inmensa extensión,
trovadores que les canten,
baños de exquisito olor:
y al hacer de tanto lujo
desigual repartición,
dijo: —«Goza y pedídmelo,
que si hay dioses, yo soy dios.»

ADOLFO

¿Y quién es tan atrevido
espíritu protector,
a quien nada se resiste
y a quien nada se igualó?

MAGA

La JUVENTUD.

ADOLFO

¡Dama ilustre!
Envidiable en su favor.

MAGA

¿La sirvieras?

ADOLFO

La adorara.

MAGA

¿Fueras su amigo?

ADOLFO

El mejor.

MAGA
 Pues alguien hay que pudiera
 concedértelo.

ADOLFO

¿Quién?

MAGA

Yo.

ADOLFO

¿Quién eres que tal poder
 alcanzas?

MAGA

Su hermana soy:
 que JUVENTUD y ESPERANZA
 nacidas a un tiempo son.

ADOLFO

Pues lleguemos al palacio,
 porque ya siento, por Dios,
 por sus ilustres favores
 perdido mi corazón.

MAGA

¿Esperas vencer?

ADOLFO

Espero
 que he de conquistar su amor.

MAGA

Bien haces en esperar,
 puesto que contigo voy.

Dió Adolfo el brazo a la maga,
 y ambos con paso veloz
 doblaron hacia el palacio
 en coloquios de ambición.

Doquiera en su sacro recinto se oía
 la ronca alegría
 del loco festín;
 los besos y brindis que en torno se exhalan,
 al alma regalan
 con música dulce, esperanza feliz.

Las bóvedas altas de perlas vestidas,
 do están suspendidas
 centellas de sol,
 duplican del día la luz trasparente
 en ancho torrente,
 vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros,
 remedan los puros
 espejos del mar,
 sutiles dejando a través de sus hilos
 mirar los tranquilos
 reflejos del muro de limpio cristal.

Doquiera la rosa, el clavel, los jacintos,
 en lazos distintos,
 en cifras de amor,
 anuncian orlando las bandadas alfombras,
 las mágicas sombras
 que al hombre adulando, le siguen en pos.

Amor dice en ésta, en aquélla *Fortuna*,
 Valor dice en una
 y en otra *Amistad*;
Placer, dice aquélla, y esotra *Riqueza*,
 más lejos *Belleza*,
Ventura en aquesta, *Virtud* más allá.

Doquiera repiten los anchos salones
 ardientes canciones
 de gloria y de amor;
 y allí en los clarines, allá en las botellas,
 con cláusulas bellas
 acaso acompañan el báquico son.

Allá en los secretos de oculto retrete,
 del ancho pebete
 al humo fugaz,
 de lindas mujeres que están voluptuosas
 sonando amorosas,
 las notas se escuchan de amante cantar.

Los labios hierven en besos,
 quemándose están de sed;
 venid a templar su hoguera,
 no hay más recompensa ni Dios que el placer.

¿Y a qué Dios más poderoso
 acudiréis que el Amor?
 Apurad, pues, sus delectes,
 que fuera de ellos no hay Dios.

¿Cómo resistir la herida
 de su ballesta sutil?
 Venid a beber delectes
 hasta embriagaros, venid.

Los labios hierven en besos,
 quemándose están de sed;
 venid a templar su hoguera,
 no hay más recompensa ni Dios que el placer.

Al son de las lanzas y trompas de guerra
 que asordan la tierra,
 en extenso salón
 se sienten los himnos ardientes de gloria,
 de noble victoria
 que entona el soldado con áspera voz.

Bajad al campo sangriento,
 sólo la gloria está allí,
 y sin gloria y sin laureles,
 ¿quién es el imbécil que acierta a vivir?

A amar y a lidiar nacimos,
 y sin triunfos, ¿cómo amar?
 ¿Qué llevar sino en ofrenda
 a los pies de una beldad?

Si amor corona la frente,
 nuestras batallas también;
 sus coronas son de rosas,
 y las nuestras de laurel.

Bajad al campo sangriento,
 sólo la gloria está allí,
 y sin gloria y sin laureles,
 ¿quién es el imbécil que acierta a vivir?

Más lejos en otra morada hechicera,
 do el sol reverbera
 con lumbre tenaz,
 do llenan las perlas los largos espacios,
 los ricos topacios,
 el jaspé y el oro, la seda y cristal;

se siente el tumulto de báquica orgía,
 que en cántiga impía,
 discorde clamor,
 la mesa en desorden, manchadas las ropas,
 al son de las copas
 ramerás levantan, sin alma y sin Dios.

Venid: la gloria es un sueño,
 amor sin fiestas, ¿qué es?
 Mirado a través de un vaso,
 el mundo desierto parece un Edén.

Vamos la tierra con vino
 embriagados a amasar,
 vamos al templo de Baco
 en lúbrica bacanal.

No hay más altar que la mesa,
 no hay más Dios que la embriaguez;
 el vino confunde el tiempo,
 el morir con el nacer.

Cuando cemos beodos,
 mendigo o rey, ¿qué más da?
 Todos bebermos sedientos
 arroyos de libertad.

¡Qué dulces son nuestros pechos
empapados de licor!
¡Qué sabrosos nuestros labios,
y qué inmenso el corazón!

Venid: la gloria es un sueño,
amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado a través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.

Allá en otra estancia do en torno murmura
lejana, insegura,
la voz popular,
cantor instigado del Dios que le inspira,
de cóncava lira
la suya levanta al acorde compás.

Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz,
sólo los cantos no mueren
hallando en el ciego sepulcro común.

Venid a beber sedientos
los raudales del saber,
en sus márgenes se cogen
las coronas de laurel.

El pueblo escucha al poeta,
venid, venid al cantar:
¿qué es el amor ni la gloria
sin la ciencia y la razón?

¿De qué os vale de placeres
ese miserable afán?
Si no los canta mi lira,
¿quién os los ha de envidiar?

Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz,
sólo los cantos no mueren,
hallando en el ciego sepulcro común.

Adolfo indeciso consigo luchaba,
sin tino vagaba
detrás del placer;
do quiera anhelante y ansioso corría
cruzando la orgía,
la gloria gustando, el amor, la embriaguez.

Y en voz afanosa: «¿Do estás, di, murmura,
saltiva hermosa,
falaz juventud?

«Doquiera te veo, siguiéndote avanzo,
mas nunca te alcanzo...

«Yo siempre en tu busca, y huyéndome tál

«¡Oh dime, Esperanza, mi fiel compañera,
¿dó está esa altanera
«cobarde mujer!»

La maga le sigue, mas no le responde:
«¿Por qué se me esconde?

¿Lo sabes?» —La maga repuso: «No sé.

«¿No sabes? Mentira. ¿Me engañas, traidora,
«me mientes ahora
«que la amo por fin?

«¡Oh! ciego por ella tras ella camino...
«¡Fantasma divino,

«te adoro insensato, después que te vil»

IV

Cansado de su rápida carrera,
siguiendo la fantástica visión,
de un verde montecillo en la ladera
Adolfo sollozando se sentó.

Iba el camino por estrecha calle
una suave colina a trasponer,
partiendo por mitad un triste valle
do la estéril colina sienta el pie.

A su lado la maga todavía,
blanca, risueña y cariñosa está,
cual viva estrella que al piloto guía
y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura
del aura de la tarde a la merced,
y derramaba su mirada pura
por la campiña que delante ve,

Al lejos, entre pálida neblina,
alcánzase tal vez a distinguir
torres y muros en informe ruina,
y escombros que salpican el país.

Hay do quiera ciudades desoladas,
cuyo hendido esqueleto humea aún,
manchando con espesas bocanadas
la claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni verjeles,
ni cantan en amena soledad
saltando entre jacintos y claveles
aves que gozan con alegre afán.

Hay algunas estériles palmeras
nacidas al azar aquí y allí,
y águilas surcan libres y altaneras
el hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos a lo lejos,
los himnos de la alegre juventud,
cuyo alcázar se ofusca en los reflejos
de una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad allí, todo se ostenta
sin ilusorio engañador cristal:
por todas partes sin temor se asienta
la rebelde y desnuda realidad.

«Las fuerzas, dijo Adolfo, me abandonan,
llena de sombras mi memoria está;
dame el brazo, Esperanza: en mis oídos
esos cantares tentadores van.»

Y era así que a pedazos por el viento
llegaban en sonora confusión
ya el mentiroso o el blasfemo acento
del placer, de la gloria, o del amor.

—Los labios hierven en besos,
quemándose están de sed;
venid a templar su hoguera,
no hay más recompensa ni Dios que el placer.

—Bajad al campo sangriento,
sólo la gloria está allí,
y sin gloria y sin laureles,
¿quién es el imbécil que acierta a vivir?

—Venid; la gloria es un sueño,
amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado a través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.

—Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz;
sólo los cantos no mueren
hallando en el ciego sepulcro común.

«Oh cuán felices son en sus placeres,
ellos cantando, y sin aliento yo!
»Fiestas allí, cristal, oro y mujeres,
»y aquí conmigo soledad y error.»

V

ADOLFO

¿Dónde estamos, Esperanza?

MAGA

Selva es aquesta que ves
de razón y de recuerdos.

ADOLFO

¿Tiene nombre?

MAGA

La Vejez.

ADOLFO

¿Y aquellas alegres damas,
y aquel palacio, y aquel

festín espléndido y cánticos
de ventura y de placer?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿Y la hermosa

de que un instante gocé
y tras quien corro insensato?

MAGA

Allá se queda también.

ADOLFO

¿Conque por fin la he perdido?

¿Conque en verdad la soñé?

MAGA

El perseguirla es perderla,
que es verdad, e ilusión es.

ADOLFO

¿Mis amigos?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿De mis soldados qué fué?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿Y mi gloria,
mis timbres?

MAGA

Allá también.

ADOLFO

¿Conque todos me dejaron?

¿Qué resta en la vida, pues?

MAGA

Tu Esperanza está contigo,
siempre acudiéndote fiel.

ADOLFO

Tú sola no me abandonas.

MAGA

A tu lado siempre iré.
alumbrándote el camino
que tomastes al nacer.

Reposa y vamos.

ADOLFO

Me canso.

MAGA

Yo la mano te daré.

ADOLFO

Dame un manto, tengo frío;
agua dame, tengo sed.

MAGA
Vamos a buscar la fuente.

ADOLFO
¿Está muy lejos?

MAGA
Tal vez.

ADOLFO
¿No tiene fin el camino?

MAGA
Sí.

ADOLFO
Pues vamos.

MAGA
Tras mí ven.

ADOLFO
¡Oh, cuán distinto, Esperanza,
este camino es de aquél
por donde yo te tendía
mi brazo ligero ayer!

MAGA
Lo que pasó no recuerdes,
mirando adelante ve.

ADOLFO
Sólo de recuerdos vivo.

MAGA
Olvida.

ADOLFO
No puede ser.

ADOLFO
Así con cansado paso,
va caminando tal vez
el hombre, con su esperanza,
eterno sol de su fe.

ADOLFO
Y así, la maga y Adolfo,
ya el día al oscurecer,
caminan hacia el desierto
de la arrugada Vejez.

ADOLFO
Tristes y a espacio caminan,
al crepúsculo del sol,
por medio de un campo estéril,
sin ave, fuente, ni flor.

ADOLFO
Las cumbres están nevadas,
y en espantoso turbión
se oyen bramar los torrentes
con honda y cóncava voz.

ADOLFO
Silba el cierzo entre las peñas
que ostentan en pedregal,
entre la nieve a pedazos
en lastimosa ilusión.

ADOLFO
Allí una choza arruinada,
allá un templo que se hundió,
más allá un puente abrasado
o un hendido murallón.

ADOLFO
Rastro del peso del tiempo
que fué pasando veloz,
descabezando en sus crestas
cuantas puntas encontró.

Áspera y postrer jornada,
dura peregrinación,
por donde nada se encuentra
amigo o consolador.

Apenas en los escombros
de arruinada población
algunos pobres ancianos
dan a la vida un adiós.

Apenas entre los brezos
se topa un viejo pastor,
que apacienta unos ganados
que sólo esqueletos son.

Mas nadie sabe la historia
de lo que allí vegetó;
todos lloran los recuerdos
de su propio corazón.

Todos miran al risueño
alcázar encantador,
que al pasar por sus dominios
la Juventud les mostró.

¿Qué dejan? (Sus ilusiones.
¿Qué lamentan? Su valor.
Nada de cuanto gozaron
al desierto les siguió.

Alguna vez aun deliran
con la halagüeña visión
de aquel palacio encantado
que falaz les hospedó;
pero al pensar en los cantos
que el deleite seductor
les murmuró en los oídos
en soñada predicción,

doblan al suelo la frente
con incrédulo dolor,
diciendo al ir su camino:
Mentira! todo pasó.

Así por entre la nieve
cruzando el desierto van

Adolfo y la maga en lento
paso, por quebrado erial.

Cada vez más se avecinan
a las riberas de un mar,
que al confín de aquella tierra
tendido en silencio está.

Es el agua turbia, inmoble,
cuyo fin se pierde allá
en un caos de profunda
insondable oscuridad.

Ni el viento al pasar la arruga,
ni en espumas de cristal
en las húmedas arenas
se viene a desmenuzar.

Ni escupé conchas de nácar,
ni en su extensa soledad
saltan avaros los peces
el ambiente a respirar.

No se alcanza de la playa
por el perdido arenal
más que una choza mezquina
de estrecha concavidad,

cuya puerta desquiciada,
ya mohosa y desigual,
como párpado sin ojo
mirando hacia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:
«No puedo, Esperanza, más;
entremos en esa choza
un momento a descansar.»

Entraron en la cabaña,
y a la débil claridad
con que alumbraba todavía
un crepúsculo fugaz,

hallaron un ancho espejo,
en cuyo limpio cristai
Adolfo vió con espanto
una sombra reflejar.

«¿De quién es aquella imagen?»

preguntó, en duda tenaz
con su memoria luchando,
recelando la verdad.

—Esa imagen es la tuya.

—Pues ¿cómo mi frente ya
calva y arrugada miro
y tan gastada mi faz?

¿No era ayer niño y hermoso
contigo, Esperanza, al dar,
cuando a despertar viniste
mi infantil curiosidad?

—Entonces naciste al mundo,
y el canastillo en que audaz
conmigo bogastes, era
tu cuna, Adolfo, no más.

Las brisas de mis promesas
llevarónte a desear,
y entraste por el camino
de la loca vanidad.

Así el valle de la vida
has venido a atravesar
entre pensiles de flores
y palacios de cristal.

—¡Ay! clamó Adolfo llorando,
que no los puedo olvidar,
ni a aquella reina orgullosa
a quien ya no veré más.

—Así se pasa la vida
en gemir y en esperar
lo que buscamos en ella,
o lo que perdimos ya.

Esta choza es una puerta
de la oscura eternidad,
ese espejo es la razón,
y la nada es ese mar.

Todo aquí se desvanece;
nada hay delante y detrás,
allá se queda la vida,
y los deleites allá.

Este es el punto por donde
se descubre la verdad,
y aquí sólo la Esperanza
aun con nosotros está.

SEPTIMA PARTE

PLEGARIA

¡Blanca ilusión! ¡Benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazón,
a cuyo tibio resplandor se alcanza
un más allá en el hondo panteón;

tú sola nos alivias el camino
en que entramos al tiempo de nacer;
y nuestro amargo destino
siempre amiga te hallamos por doquier.

Delante de ese espejo misterioso,
de nuestra nada ante el extenso mar,
aún vienes con semblante cariñoso
nuestra seca razón a consolar.

¡Oh! tú nos doras la niñez tranquila,
enciendes nuestra ardiente juventud,
la vejez nos sostienes que vacila,
y aún ardes en el cóncavo ataúd.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
siempre nos vienes asistiendo en pös;
y amiga fiel, nos dejas al perderte
al pie del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! Sin cesar conmigo
mis lentas horas alumbrando ven,
no apagues, no, tu resplandor amigo
mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!
Baja conmigo al negro panteón,
y séanme los pliegues del sudario
de sueño eterno santo pabellón.

SÉPTIMA PARTE ²²

DEDICATORIA

A MI AMIGO

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Mi querido Juan Eugenio,
mi octavo tomo publico,
y al cabo te le dedico
en holocausto a tu ingenio.

Ve si contigo me porto:
un cuento te he prometido
y un tomo te doy cumplido;
no me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra
destinos o protección;
yo no gravo a la nación,
conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor
versos y libros pidiendo,
iré libros escribiendo,
que lo tengo por mejor

que pedir al poderoso,
mendigar del ignorante,
y rogar al arrogante:
que soy yo muy orgulloso.

Buscar un crítico enfático
que alabe mi obra no quiero,
que tan bien como el primero
puedo ser yo catedrático.

Y a más, para entre los dos,

los criticones de hogano
no nos harán mucho daño:
saben poco ¡vive Dios!

No se echan muchas viglias
hoy en críticos estudios;
tras poquísimos preludios
hoy de crítico te filias.

Con ir un mes a París
y almorzar con Víctor Hugo,
vuelves y pones el yugo
literario a tu país.

«*Las letras están fatales,*»
vienen diciendo de allá.
«*Las artes... ¡lástima da!*»
¡No están en el Congo tales!

¿Pues los teatros? ¡*Da grima!*
¡Ni de talento hay destellos...!»
Y escriben comedias ellos
como maestros de esgrima.

Tajo aquí, cercen allá,
ora a la regla, ora al gusto,
cada escena nos da un susto,
si calambre no nos da.

Y viendo al fin que no atinan
por medio ninguno humano,
por cortar el nudo gordiano
ex cathedra determinan.

Con nuevas nomenclaturas
sus disparates bautizan...
Y tanto la luz atizan
que nos dejarán a oscuras.

Quien de la *escuela moderna*
genio innovador se llama,
barba, galán, paje y dama,
despacha a la vida eterna.

Quien se dice *de la antigua*,
en cánticos pobrecitos
de la otra cambia los gritos,
y que da sueño averigua.

Yo que tal veo, me digo:
 ¡tanto valen a fe mía!
 Con que firme en mi manía
 de andar con entrambas sigo.

En lo que no hago, por Dios,
 más que con maña oportuna
 tentar a la par fortuna
 por cualquiera de las dos.

A veces de sangre un río
 vierto, en situación acerba,
 y a veces con una yerba
 como un tonto me extasio.

Y en esto sin duda alguna,
 con sesudo estoicismo,
 pruebo que me da lo mismo
 por las dos, que por ninguna.

Sin embargo, de mi afán
 me daré por satisfecho
 si no te enfada lo hecho
 en *Montoya el capitán*.

El pueblo me lo contó
 sin notas ni aclaraciones;
 con sus mismas expresiones
 se le cuento al pueblo yo.

Inútil es que me pidas
 para medirle compás;
 el pueblo tiene no más
 el compás con que le midas.

La gente crítica y docta
 que por decidir se muere,
 califquele, si quiere,
 de milagro o de anedocta.²³

Se me da, Eugenio, un ardite
 que lo juzgue bien o mal,
 que lo llame obra inmortal
 o de necia la acredite.

Porque según lo que vemos,
 no hay obra, y más siendo ajena,

que sea a su juicio buena...
 Con que pregunto, ¿y qué hacemos?

Escucha los silogismos
 con que vengo a deducir
 que debemos escribir
 sin miedo a nosotros mismos.

Si apenas entre unos y otros
 hay un buen libro que hojear,
 fácil es de remediar:
 escribímosle nosotros.

Tal vez en el *ítem* demos,
 y si no damos, peores
 que los demás escritores
 a fe que no quedaremos.

Y además, si es el placer
 de los sabios *mal-decir*,
 ¿si damos en no escribir
 qué mil diablos han de hacer?

Yo soy terco, y lo confieso,
 pues lo que escribo critican,
 escribo porque se pican
 y ambos roemos el hueso.

Que al cabo va convenciéndome
 la experiencia por de pronto,
 de que no faltará un tonto
 que se divierta leyéndome.

Y concebirse no puede
 que no tenga un solo amigo
 que aplauda lo que yo digo,
 como a muchos les sucede.

Yo sé que en ambas escuelas
 habrá quien haga a este prólogo
 allá a solas un monólogo
 como a una fluxión de muelas.

Mas yo vivo, por fortuna,
 en tan dulce escepticismo,
 que se me importa lo mismo
 por las dos, que por ninguna.

EL CAPITÁN MONTOYA.²⁴

LA CRUZ DEL OLIVAR

Muerta la lumbre solar,
iba la noche cerrando,
y dos jinetes cruzando
a buen paso un olivar.

Crujen sus largas espadas
al trotar de los bridones,
y véñse por los arzones
las pistolas asomadas.

Calados anchos sombreros,
en sendas capas ocultos,
alguien tomara los bultos
lo menos por bandoleros.

Llevan, porque se presume
cuál de los dos vale más,
castor con cinta el de atrás,
y el de adelante con pluma.

Llegaron donde el camino
en dos les divide un cerro,
y presta una cruz de hierro
algo al uno de divino.

Y es así, que si los ojos
por el izquierdo se tienden,
sotos se ven que se extienden
enmarañados de abrojos.

Mas vese por la derecha
un convento solitario,
en campo de frutos vario
y de abundante cosecha.

Echóse a tierra el primero,
y al dar la brida al de atrás,
aquí, dijo, esperarás;
y el otro dijo: aquí espero.

Y hacia el convento avanzando

del caballero, en la oscura
sombra, se fué la figura
hasta perderse menguando,
Quedó el otro en soledad,
y al pie de la cruz sentado
siguió inmoble y embozado
en la densa oscuridad.

Mugía en las cañas huecas
en son temeroso el viento,
rasgándose turbulento
por entre las ramas secas.

Y en los desiguales hoyos
con las lluvias socavados,
hervían encenagados
sin cauce ya los arroyos.

Ni había una turbia estrella
que el monte alumbrara acaso,
ni alcanzaba a más de un paso
ciega la vista sin ella.

Ni señal se apercibía
de vida en el olivar,
ni más voz que el rebramar
del vendaval que crecía.

Al hierro santo amarrados
ambos caballos estaban,
y allí quietos aguardaban
a esperar acostumbrados.

Ni de la áspera maleza
pisada al agrío rumor
les volvió su guardador
sólo una vez la cabeza.

Un pie sobre el otro pie,
embozado hasta las cejas,
metido hasta las orejas
el sombrero, se le ve

como un entallado busto
de alguno que allí murió,
y allí ponerse mandó
por escarmiento o por susto.

Ni incrédulo faltaría
que si cerca dél pasara,
medroso se santiguará
dudando lo que sería.

Que a quien suele con la luz
y en compañía blasfemar,
bueno es hacerle pasar
de noche junto a una cruz.

Mas esto se quede aquí,
y volviendo yo a mi cuento,
digo, que dudoso y lento
gran rato se pasó así.

Y ya se estaba una hora
de espera a expirar cercana,
cuando sonó una campana
de lengua aguda y sonora.

Y aún duraba por el viento
su vibración, cuando el guía
alguien notó que venía
por el lado del convento.

Sacó la faz del embozo,
y oyendo el son más distinto,
echóse la mano al cinto
y «¿quién va?», el amo y el mozo

preguntaron a la par;
mas conocidos los sonos,
asieron de los bridones
y volvieron a montar.

Y es fama que menos fiero
el señor con el criado,
dejóle andar a su lado
como digno compañero.

Y éste, al ver cuán satisfecho
volvió de su expedición,
así la conversación
introdujo de lo hecho.

—Señor, ¿cómo está la monja?
—¿Y cómo ha de estar, Ginés?

Atortolada a mis pies,
y más blanda que una esponja.

—¿Y pensáis dejarla así?
—Dejarla! ni por asomo:
no sé todavía cómo,
mas la sacaré de allí.

Que según lo que yo he visto,
más quiere la tortolilla
a volar libre por Castilla
que estar en jaula con Cristo.

Y aquí el recio vendaval,
en voz y empuje creciendo,
puso lo que iban diciendo
para escucharse muy mal.

Y ellos, temiendo que acaso
les cogiera la tormenta,
sacaron por buena cuenta
los caballos a buen paso.

II

UCHILLADAS EN LA CALLE

En una noche de octubre
que las nieblas encapotan,
ahogando de las estrellas
la escasa lumbre dudosa,

de la ciudad de Toledo
en una calleja corva,
que el paso desde el alcázar
a Zocodover acorta

es fama que se apostaron
seis hombres, que grupo forman
de una de las dos esquinas
de la prolongada sombra.

Murmuraron por lo bajo
algunas palabras cortas,
cortas, porque a ellos les bastan,
bajas, por si hay quien las oiga.

Repartieronse sus puestos
 con precaución previsora,
 favorable a los que esperan
 y a los que lleguen dañosa;
 y quedaron en silencio
 casi por un cuarto de hora,
 tan ocultos y pegados
 a la tapia en que se apoyan,
 tan hundidas en la niebla
 sus desvanecidas formas,
 que hubo quien pasando entre ellos,
 juzgó la calle muy sola.
 Caía desde las tejas
 desprendida gota a gota
 la niebla, que do halla sitio,
 calladamente se posa:
 y alguna ráfaga errante
 con tenue voz melancólica
 cruzaba de alguna reja
 las hendiduras angostas.
 Se oían de cuando en cuando
 sonar por la calle próxima
 puertas y aldabas de casas,
 pasos y voz de personas.
 Mas nada a los apostados
 mueve, anima o impresiona,
 ni voces, ni transeúntes
 parece que les importan.
 Inmóviles permanecen,
 y las sospechas se agotan
 al ver que por ellos pasan
 tanta gente y tantas horas;
 y es imposible atinar
 con qué intento o razón obran,
 cogiendo la calle a espacios
 por ambas aceras toda.
 Marcó las once un reloj,
 sonaron tardas y cóncavas
 de las once campanadas

las once pesadas notas,
 y al par que en la callejuela
 los cinco se desembozan,
 alumbrándola por dentro
 luz a una puerta se asoma.
 Corrieronse los cerrojos,
 rechinó la llave sorda,
 y un cuadro de luz voluble
 vaciló en piedras y losas.
 Traspusieron los umbrales
 tres bultos, y una tras otra
 se oyeron tres despedidas
 que murmuraron tres bocas.
 Quitó la luz el de dentro,
 dobló a la puerta la hoja,
 quedó en tinieblas la calle,
 y dijeron fuera: «¡Ahora!»
 «¡Viles!» gritó el que salía.
 Los que esperaban: «¡La moza
 dijeron, cuenta con ella!»
 Y a esta palabra traidora,
 en dos pedazos la calle
 partida, en música ronca
 crujieron y en lid confusa
 de las espadas las hojas.
 «Asirla», dicen los unos.
 «¡Hija, a mi espalda!, en voz torva
 decía el recién salido,
 que las cuchilladas dobla.
 «¡Cómo, decían los otros,
 son dos y tenemos osan!»
 «¡Cómo, murmuraba el otro,
 villanos tientan mi honra!»
 «¡Mueran!» dicen de una parte.
 «¡Vengan!» dicen de la otra;
 y crece de la contienda
 la confusión temerosa.
 Llueven los tajos sin tino,
 y aunque se tiran con cólera,

como tirados a ciegas
 la mayor parte malogran.
 Pero valientes parecen,
 porque se buscan y acosan
 con terquedad tan resuelta,
 que unos de otros se asombran.
 Dan, hieren, cubren, atajan,
 tierra ganan, tierra cortan,
 y al ruido de los aceros
 la vecindad se alborota,
 Sacaron luces por alto,
 gritaron «fuego! ¡La ronda!
 ¡La guardia! ¡Mas todo inútil!
 porque los tajos redoblan.
 Las mismas luces que sacan
 son de los menos en contra,
 y por doquiera cercados
 en sus postrimeras tocan.
 En esto la calle arriba
 llegó un mozo a quien abona
 por noble la larga pluma
 con que su sombrero adorna,
 que excusándose palabras
 y revelándose en obras,
 echó la capa por tierra
 y por aire la tizona.
 Púsose en pro de la dama
 como quien hidalgos goza
 pensamientos, y ha nacido
 de noble sangre española;
 y anuncióse con tal furia
 de cuchilladas, que a pocas
 tendió en la calle dos hombres
 en las postreras congojas:
 y tan rápido revuelve
 contra los cuatro que afronta
 que con una sola espada
 para los cuatro le sobra.
 Con tiempo y valor apenas

para su defensa propia,
 dijo uno de ellos: «¡A tanto
 sólo el demonio se arroja!»
 Y al escucharle el mancebo
 dijo con voz poderosa:
 «Con una legión no basta
 para el capitán Montoya.»
 Y haciendo el último esfuerzo;
 al grupo traidor arrolla,
 cuando ya entraba en la calle
 a todo correr la ronda.

III

OFERTAS

Quando llegó la justicia
 de la contienda al lugar,
 halló asido de la mano
 con un hombre al capitán.
 Desmayada una doncella
 de él se veía detrás,
 por otro hombre sostenida
 con intensísimo afán;
 y cuando ufanos quisieron
 meter su tardía paz,
 oyeron en esta guisa
 al desconocido hablar.
 «Fadrique soy de Toledo;
 Montoya, no os digo más:
 mi honor os debo y mi hija;
 si tienen precio mirad.
 Y vedlo bien, que aunque entramos
 me demandéis a la par,
 os juro a Dios desde ahora
 que son vuestros, capitán,
 —Lo hecho, dijo Montoya,
 pagado en exceso está
 con la amistad de un Toledo;

esta es mi mano, tomad;
 hice lo que debe un noble;
 no hablemos en ello más.
 Y asíéndola don Fadrique
 dijo: Montoya, apretad.
 Tornóse después a su hija,
 y volviéndose a nombrar,
 paso le dieron y gente
 con que ir en seguridad.
 Tomó cartas la justicia,
 y empezando a justiciar,
 llevóse en prenda los muertos,
 y citó ante el tribunal
 a los testigos que hubiere,
 incluyendo al capitán;
 quien calándose el sombrero
 replicóles: «¡Bien está!
 Póngame, seor corchete,
 esa capa en caridad,
 y tome esa friolera
 con que entierren a ese par.
 Y echando un bolsillo de oro
 de la justicia en mitad,
 fuése, dejando en la turba
 admiración general.

Y justamente admirado
 merece ser en verdad
 quien da tales cuchilladas
 y tales bolsillos da.

IV

EL CAPITÁN DON CÉSAR

«¡Esa gente es un tesoro!
 Él generoso y valiente,
 ella hermosa, ¡y juntamente
 la ofrecen pesada en oro!

¿Qué te parece, Ginés?
 Cuatro millones la dan,

—¡Gran presa, mi capitán!
 ¿La aceptaréis?

—¡Fácil es!
 —¿Y la monja?

—¡Eso te aflige!
 ¡Buenas son ambas por Dios!

Y quien de dos toma dos,
 como hombre avisado elige.

Dicen que parece mal
 que hombre de mi condición
 viva siempre solterón
 derrochando su caudal.

Y a mí también me parece
 que quien tanto tiene y vale,
 pues de lo vulgar se sale
 más de lo vulgar merece.

La consecuencia te toca;
 si una me dan y otra quito,
 que con dos puedo acreditar;
 conquie Ginés, punto en boca.

Esto dijo el capitán,
 y pidiendo de vestir,
 anunció que iba a salir
 a cierto asunto galán.

Colgóse al cinto la espada
 de plata en doble cadena,
 tendió la negra melena
 sobre la gola plegada:

caló el chambergo de lado,
 y retirando el espejo,
 tornó su postrer consejo
 a repetir al criado.

Doblóse este siervo fiel
 en presencia del señor,
 y ganando un corredor
 cruzóle delante de él.

Abrióle de par en par,

una tras otra tres puertas,
que se quedaron abiertas
mucho después de pasar.

Venia le hicieron gran pieza
siervos que al paso topó,
y un paje tras él salió
descubierta la cabeza.

Y a fe que se colegía
mirando tal homenaje,
que era mucho personaje
quien con tal pompa vivía.

Mas ya es tiempo, vive Dios,
de que dé el lector discreto
con quién es este sujeto
que anda ha rato entre los dos.

Sepa, pues, que el capitán
don César Gil de Montoya
es de las armas la joya,
y de las hembras imán.

Nadie se atreve a afrontallo,
ni hay quien resista su lanza;
nadie su poder alcanza,
sea a pie, sea a caballo.

En liza donde él se mete
por empeño o por favor,
nunca falta justador
para el último jinete.

En fiesta o lance que él entra
toda opulencia es escasa;
nadie en lo galán le pasa,
ni más bizarro se encuentra.

Favorece a quien pregunta;
obliga a quien aconseja,
enloquece a quien corteja,
y avasalla a quien se junta.

Audaz con quien enamora,
manda, cela, acosa, exige,

y al cabo del mes elige
nuevo amor, nueva señora.

Un filtro lleva en los ojos,
que fanatiza a quien ama:
deleite su voz derrama,
y fuego sus labios rojos.

Mujer que cayó en su red
su corazón dejó preso,
que sorbe con cada beso
un corazón cada vez.

No hay puerta que le resista
ni reja que le desaire,
que entra su amor como el aire:
con sólo mirar conquista.

Como un sultán opulento,
como un Adonis hermoso,
sin par en lo generoso,
sin igual en lo ardimiento:

Sol que mata las estrellas,
la fama arrebató toda;
y es siempre el galán de moda
entre las damas más bellas.

Resuena desde Toledo
su nombre por toda España;
los nobles le tienen saña,
los bravos le tienen miedo.

Los goliillas le desdoran,
los clérigos le aborrecen,
los soldados le apetecen,
y los villanos le adoran.

Mas a él le importa un ardite
de tan varia voluntad,
y toma por la ciudad
donde le encuentra desquite.

Y no hallando ningún Cid
ni topando una Lucrecia,
cuantas conquista desprecia,
mata cuantos vence en lid.

Tiene un palacio por casa,

da fiestas por afrentar,
que no hay quien sepa igualar
sus profusiones sin tasa.

Sin amigos y sin deudos,
vive sólo para sí;
y le mantienen así
sus herencias y sus feudos.

Tan rico y gran bebedor,
no hay medida a sus deseos,
y pasa entre devaneos
una existencia de amor.

Y para ahogar su indolencia
y ocultar que se fastidia,
juega sin afán ni envidia
pedazos de su opulencia.

Si gana, sin ver recoge;
si pierde, paga sin ver;
y ni en ganar ni en perder
hay medio de que se enoje.

Y según derrama el oro
cuando pierde o cuando presta,
parece que tiene puesta
cada mano en un tesoro.

Hay quien de impío le trata,
y juzga que es mal ejemplo
que un paje le lleve al templo
cojín con borlas de plata;

y que es audacia inaudita
hincarse al pie de la grada
y esperar a una tapada
para darla agua bendita.

Y aún corren de sus amores
susurros por la ciudad,
que a ser ciertos en verdad
pueden tornarse clamores;

que anda entre ellos una llave
con que se abre un presbiterio...
Mas el caso es un misterio
y la verdad no se sabe.

Él sigue ufano y galán,
y los rumores de que hablo
si los sabe los da al diablo
satisfecho el capitán.

Tal es, amigo lector,
el don César de mi cuento;
si le crees malo, lo siento;
mas no fué mucho mejor.

INSUFICIENCIA DEL POETA

Casa don Fadrique a Diana,
y en su palacio reúne
cuanto hay en Castilla entera
en armas y amor ilustre.
Que es don Fadrique muy rico
y a origen de reyes sube,
y sólo el rey le aventaja
cuando sus empeños cumple.
Ofreció una noche su hija
en lance que aún hoy encubre
el misterio de las sombras,
a un hombre, a quien atribuye
tantos misterios el vulgo
como al lance que produce
el repentino consorcio
que amor y razones une.
Pero aunque pasa la noche
y ya su presencia urge,
el novio no está en Toledo,
lo que a sospechas induce.
Mas buenas tiene sin duda
razones que le disculpen,
porque aunque le echan de menos
nadie de falso le arguye.
Todos aguardan que llegue,
y no hay un alma que dude

que se hallará al dar las diez
 en los salones del duque.
 Que él ha marcado esa hora,
 y tal confianza infunde
 su palabra, que no hay prenda
 que más valga ni asegure.
 Prosiguen, pues, de la boda
 las fiestas, los brindis crujen,
 y suenan los instrumentos
 voluptuosos y dulces.
 Nunca tal gala ostentaron
 los que de grandes presumen,
 ni vió jamás tanta pompa
 la asombrada muchedumbre.
 Inútil es ponderarla,
 y querer pintarla inútil,
 que fiestas como esta mña
 contándolas se desluen.
 Harto lo llora el poeta,
 mas ¡ay, que por más que luche
 con su voz y con su lira,
 la realidad no le suplen!
 Hará que sus creaciones
 en bellos versos murmuren,
 que canten báquicos himnos
 cuando su festín concluyen;
 podrá cuando más se afane,
 de quien su cuento le escuche,
 lograr que se finja apenas
 el rostro, las actitudes,
 la situación o el carácter
 de los seres que dibuje,
 todo ello pesado y débil
 aunque a lo vano renuncie.
 Podrá trazar en un cuadro,
 aunque sombras se le enturbien,
 las principales figuras
 de que su historia se ocupe;
 mas la luz, y el movimiento,

y el todo que las circuye,
 la multitud, las comparsas,
 que en torno de ellas agrupe;
 que giran, hablan, murmuran,
 van, vienen, bajan y suben,
 las cercan o las desvian,
 y con ellas se confunden,
 y respiran con su aliento,
 y con impulsos comunes
 con ellas gozan, esperan,
 ríen, cantan, lloran, sufren...
 ¡imposible que lo pinte
 y en sus versos lo acumule
 con voz, movimiento y vida
 fácil, palpable, voluble!
 ¿Cómo contar el tumulto
 que en un momento produce
 en un salón donde danzan
 un lance que lo interrumpe?
 La voz de—¡ahí está, señores,
 ahí está!—que brota y bulle
 de boca en boca rodando,
 en derredor se difunde;
 y el son de las herraduras
 del bridón que le conduce,
 que al detenerse en el patio
 hace que el patio retumbe,
 que en las puertas y ventanas
 los que bailaban se agrupan,
 y por ver mejor se empuñen,
 se encaramen y se empujen;
 los muchos que prodigando
 serviles solicitudes
 bajan a asirle el estribo
 porque les mire o salude,
 y el salón que dejan solo
 con la alfombra y con las luces,
 y la chimenea, en donde
 chisporrotea la lumbre,

¿con qué voz, ni con qué lira
 se pinta o se reproduce,
 de modo que quien escucha
 lo conciba y no se ofusque?
 ¿Cómo el satisfecho porte
 contar con que se descubre
 al apetecido novio
 que por la escalera sube,
 mientras se agolpa por ella
 la aturdira servidumbre,
 y al peso de los curiosos
 por ambas barandas cruje?
 Avanza, pues; por la sala
 la gente se distribuye,
 y este es el lance más crítico
 que en toda la noche ocurre.
 Corre confuso murmullo
 y ancho movimiento cunde,
 mientras asiendo un instante
 a sí cada cual acude.
 Quién se compone la gola,
 quién los vuelillos se sube,
 quién desencaja una hebilla
 porque el cinturón le ajuste,
 quién se revienta unos guantes,
 y del placer en la cumbre
 las hermosas se sourien,
 y o aunque astutas disimulen,
 la vista a un espejo tienden,
 la mano a la flor o al bucle.
 La que gracias o riquezas,
 bien que la pesa, no luce,
 busca a una bella la espalda
 que aunque la humille, la oculte.
 Aquí asoma un pie pequeño,
 allí unos ojos azules,
 acá una falda de encaje,
 allá un airón de tisúes,
 aquí un cuello alabastrino,

y allí una mano que pule
 un centenar de brillantes
 que por mano y dueño arguyen;
 Todo esto en viviente masa,
 con movimientos comunes,
 con existencia uniforme
 que en todo fermenta y bulle,
 que gira o que vaga a un tiempo,
 se dispersa o se reúne,
 danza o se asoma, y el ruido
 cesa, aumenta o disminuye;
 este momento de atenta
 y afanosa incertidumbre,
 ¿quién lo cuenta, o quién lo canta,
 por más que a la par se juntan
 la voz y el arpa; sin ver
 que es fuerza al fin que renuncien
 la voz y el arpa humilladas
 a empresa donde sucumben?

Desisto, pues, de mi empeño,
 y aunque me da pesadumbre,
 el salón de don Fadrique
 quien pueda que se figure.

VI

EL NOVIO

Todos los ojos clavados
 en la puerta del salón,
 toda la gente del baile
 agolpada en derredor,
 en impaciente y atenta
 duda un instante quedó,
 esperando la llegada
 del venturoso amador.
 Don Fadrique, Diana y todos
 los parientes que juntó

en su fiesta el noble duque,
 de sus huéspedes en pos
 están al dintel parados,
 que el danzar se interrumpió,
 y ahogaron los instrumentos
 su ya no escuchado son.
 Todos inciertos callaban,
 y allá en confuso rumor
 del novio por la escalera
 se percibía la voz;
 como si alguno a su paso
 demandándole atención,
 recibiera una respuesta
 de superior a inferior.
 «¿Comprendistes?» dijo al fin
 en voz clara. «Sí, señor»,
 repuso otra voz humilde,
 y él a replicar volvió:
 «La hora las dos en punto,
 la gente nosotros dos.»
 Y de sus anchas espuelas
 áspero compás se oyó.
 Cundió general murmullo
 de gente por el montón,
 la masa de mil cabezas
 adelantándose hirvió,
 moviéndose a un tiempo todas
 para ver y oír mejor;
 y a tal punto por la sala
 con paso resuelto entró
 el buen capitán don César,
 cual siempre fascinador.
 Echó los brazos al cuello
 de don Fadrique, tomó
 la mano a Diana, y besóla
 con acendrada pasión.
 Y por la estancia avanzando
 en tal guisa les habló:
 «Señor duque, hermosa Diana,

si tardé, mirad que estoy
 pronto desde este momento
 a demandaros perdón.

—Capitán, en vuestra casa
 nadie exige sino vos.
 Id, venid cuando os pluguiere
 sin pena y sin restricción,
 que en todo lo que gustareis
 nos daréis gusto y honor.

—Pues cuando os venga en agrado,
 señor duque, la ocasión
 del notario aprovechemos,
 con la ley cumplamos hoy,
 y atendiendo a ambos mandatos,
 de justicia y religión,
 hoy nos casarán las leyes,
 mañana temprano Dios.
 ¿Os place?

—Sí, por mi vida.
 —¿Y a vos, Diana?

—¿Tengo yo
 más voluntad que la vuestra,
 mi esposo y libertador?
 —Pues de ese modo abreviemos,
 que aunque por ello aflicción
 siento en el alma, esta noche
 aún mi ausencia no acabó.

Volvióse a tales palabras
 el duque, y conversación
 siguieron de esta manera
 por lo bajo ambos a dos.

«Don César, ¿lleváis espada?»
 —Solamente a precaución,
 —Sabéis, capitán, que os debo...
 —Gracias, duque; aunque de honor,
 no es asunto de estocadas,
 sino de tiempo.

—¡Por Dios
 que tomara por agravio

que en caso de exposición
reclamaréis el auxilio
de otro que no fuera yo!

—Dormid sin cuidado, duque,
que en todo evento hombre soy
y os despertaré mañana.

Volved esta noche vos
al baile desde la mesa,
danzad, duque, sin temor,
y no os acordéis de mí
hasta que despunte el sol.

Y así el capitán diciendo
la mano de Diana asíó,
y a otro aposento pasaron
con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente
los contratos en unión,
volvióse a la danza luego
y a la mesa se volvió!

El duque estuvo gozoso,
el capitán decidor,
y Diana hermosa y radiante
y hechicera como el sol.

Y aunque no faltó un misántropo
que admirado se mostró
y auguró mal de esta boda,
cenando como un león,
desde la cena, la danza
tercera vez empezó,
más que nunca bullicioso
y magnífico el salón.

Mas justo será añadir
como fiel historiador,
que mientras seguía el baile
y de los brindis el son,
el capitán y Ginés
salían al dar las dos

de la empinada Toledo
por las puertas del Cambrón.

DOÑA INÉS

Cerraron en un convento
a doña Inés de Alvarado
y obraron con poco tiento,
porque jamás fué su intento
tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa
de noble estirpe nacida,
pensó, libre mariposa,
en volar de rosa en rosa
por el jardín de la vida.

Con dos ojos que hallan poca
la luz del brillante sol
y una mente inquieta y loca,
¿quién puso bajo una toca
corazón tan español?

¿Qué valen las celosías
que la aprisionan al ver,
si en sus bellas fantasías
adora todos los días
sus delirios de mujer?

¿Qué importa pese a su estrella!
que algunos doctores viejos
nieguen el mundo para ella,
si presintiéndose bella
se encuentra con los espejos?

¿Y qué la importan los sonos
del salterio sacrosanto,

si las lindas tentaciones
de otro dios y otras canciones
se la acuerdan entretanto?

¿Cómo abrazar las espinas
del ayuno y la oración
como exigencias divinas,
si hay otras que están ladinas
punzándola el corazón?

¿Para qué son sus sentidos
si de nada han de gozar?

¿Qué fué para los nacidos
el mundo a que son venidos
si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos
los mal mutilados rizos,
si no ha de prender en ellos
una flor que haga más bellos
sus ojos antojadizos?

Doquier que su sombra alcanza,
curiosa va tras su sombra
con afanosa esperanza,
y el pie se ensaya en la danza
doquiera que halla una alfombra.

Doquier que hablan de virtud,
la causa secreta estudia
de su secreta inquietud:
doquier que encuentra un laúd
un himno de amor preludia.

Tal vez a solas mirando
de su mansión los cerrojos,
las horas pasó soñando
y se encontró despertando
con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana
al ver la inmensa campiña
donde cruza una aldeana,
trocar su sayal de lana
quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja
y al bordar un santo nombre
la santa labor estruja;
que audaz tentación la empuja
a delinear el de un hombre.

Y así se la van los días
en suspirar y gemir,
por las bóvedas sombrías
de las largas galerías
que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,
y sus labios palidecen,
y sus pies se debilitan,
y sus delirios la irritan
y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento
a doña Inés de Alvarado
obraron con poco tiento,
que bien se ve que su intento
no la llamaba a su estado.

¿Pero qué han visto sus ojos,
que serenos y radiantes
ha días que sin enojos
moderaron los antojos,
tras de que corrieron antes?

Ella que ayer esquivaba
del templo el cantar sonoro

y la oración la cansaba,
hoy de rodillas se clavaba
ante las rejas del coro.

Ella que ayer distraída
asistía al gran misterio
del Redentor de la vida,
hoy no quita embebecida
los ojos del presbiterio.

Ella que ayer con el son
del importuno esquílon
dejaba el lecho tardía,
hoy madruga con el día
y adora la creación.

Ella que ayer descuidada
olvidaba sus labores,
hoy noche y día afanada
multiplica delicada
sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento,
ofrendas del sentimiento
bajo formas infinitas,
sus labores exquisitas
que orgullo son del convento.

Mutación inesperada
que a sus hermanas admira,
Y «la oveja descarriada
(dicen) del pastor llamada
ya a su redil se retira.

«Ya vuelve al dulce reclamo
de la dulce compañía
y a los cuidados de su amo,
la blanca oveja que huía
tan salvaje como el gamo
nacido en la selva umbría.»

Y en secretas reuniones
dándose la enhorabuena,
doblaban las oraciones
pidiendo a estas intenciones
perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!
¡Oh necias, sin duda alguna,
las pobres siervas de Dios,
si no alcanzasteis ninguna
lo que va de Inés a vos!

Tras recogimiento tanto
su tez la color recobra,
sus ojos brillo y encanto...
¿Y pensáis que el fuego santo
tales maravillas obra?

¿Pensáis que el alma prensada
en la seca soledad,
vuelve a una niña apenada
la pura tez sonrosada
y el contento y la humildad?

¡Oh! necias, que sin recelos
cubris el mundo y los ojos
con vuestros benditos velos,
cuando a la luz de los cielos
se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! La blanca ovejuela
que se vuela a su pastor,
y cuya vuelta os consuela,
es tórtola que se vuela
al reclamo de su amor.

Quando sus ojos estaban
clavados en el altar,
el altar no contemplaban,

que otros ojos no cesaban
sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,
pero pese a los cerrojos
lenguas en ojos residen,
y los espacios se miden
con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,
y un hombre la devoraba
con sus ardientes pupilas,
y doña Inés se abrasaba,
y vosotras... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su exceso,
ni de la reja a una esquina,
visteis que, perdido el seso,
tendió la mano y que un beso
crujió en la mansión divina.

Ni visteis que en vez de andar
al toque de los maitines
desde su celda al altar,
solía más tarde entrar
al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una
que del paseo celosa
abriese ventana alguna,
y viese huir con la luna
una sombra sospechosa.

Ni hubo ningún jardinero
que al primer canto del gallo
viese acercarse rastrero
un rondador caballero
que atrás dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,
sus vistosos ramilletes
que encontraban compradores,
pudieron de sus amores
guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiando
el sueño de la tornera,
las llaves manoseando
y abierta afición mostrando
del manajo a la tercera.

¡Oh! que al abrir un convento
a doña Inés de Alvarado
obraron con poco tiento,
pues no han mirado su intento,
ni en el capitán pensado.

VIII

AVENTURA INEXPLICABLE

Tras grave asunto, a juzgar
por lo que van espoleando,
corren dos hombres cruzando
a caballo un olivar.

No está la noche muy clara,
mas bien se ve al pie de un cerrojo
una cruz grande de hierro
que dos caminos separa.
Y de advertir fácil es
aún a los ojos peores,
que son dos los corredores,
y los caballos son tres.

Echó pie a tierra el primero,
y al dar la brida al de atrás
le dijo: —Aquí esperarás;—
y el otro dijo: —Aquí espero—
Y hacia el convento avanzando,

del caballero en la oscura
sombra, se fué la figura
hasta perderse menguando.

Y aquí, ¡oh mi lector amigo!
fuerza será que convengas
en que es preciso que vengas
hacia el convento conmigo.

Sigue mi camino, pues,
y de una verja detrás
un atrio angosto hallarás
a pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes
da un paso más, y con él
tocarás en el cancel,
donde es fuerza que te quedés.

¿Ves un hombre que embozado,
encorvando la figura,
por la estrecha cerradura
en mirar está ocupado?

Acércate sin temor,
que lo que alcanza por dentro
no hace temible el encuentro
del capitán reñidor.

Tú, lector, preguntarás:
¿conque el capitán es ese?
Él mismo, más que te pese,
pero hazte un poquito atrás,

porque levantando el brazo
empuja a espacio la puerta.
Entró, y dejándola abierta
sopló el aire y dió un portazo.

Mas veo, lector, que dices,
sin que pueda replicarte,
que esto es, llamándote, darte,
con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega;
todo lo presenciarás,
que del poeta a eso y más
el poder mágico llega.

Está el capitán en pie
en medio de la ancha nave,
y a la verdad que no sabe
ni qué pasa, ni qué ve.

El templo mira enlutado
con lúgubre terciopelo,
muchas gente haciendo duelo,
y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo
entrelazados blasones,
y a la luz de los blandones
un cadáver en su cúmulo.

Monjes le rezan en coro
tristísimos funerales,
y le alumbran con ciriales
pajes de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,
y que la tumba rodea,
dado que bien no se vea,
se ve que de noble viste.

Y parece que al bajar
el que ha finado a su nicho,
memoria tuvo capricho
de su opulencia en dejar.

Y al par que su eterna calma
las oraciones consuman,
mirras y esencias perfuman
la despedida del alma.

Música triste le aduerme,
salmodias le santifican,
e hisopos le purifican
el cuerpo que yace inermé.

Mas aquellas oraciones
y responsorios precisos,
llevan de anatema visos
y planta de maldiciones.

A veces son sus compases
hondos, siniestros, horribles,

murmurando incomprensibles, y en tonos y negras e incógnitas frases.

En son lento, ronco y quedo, se hacen oír otras veces, y entonces aquellas preces hielan los huesos de miedo.

Otras semejan aullidos discordes, desesperados, lamentos de condenados, de los infiernos salidos.

Otras, lejanas rumores de tormentas se escuchan, o de ejércitos que luchan los espantosos clamores.

Y siempre, siendo los mismos los sones que se levantan, y respuestas a un tiempo cantan, y murmuran exorcismos.

Atónito de la escena extraña y aterradora que encuentra tan a deshora y le asombra y enajena,

don César con paso lento, entre la turba mezclado, dirigióse a un enlutado que oraba en aquel momento.

«¿Quién es el muerto, sabéis, (dijo) a quien rezando están?» Y él respondió: «El capitán Montoya: ¿le conocéis?»

Mudo quedó de sorpresa don César oyendo tal, mas no lo tomó tan mal como tal vez le interesa.

Volvióle la espalda, pues, diciendo: «Me ha conocido, y burlárseme ha querido, mas luego verá quién es.»

Siguió la iglesia adelante,

y una capilla al cruzar, vió un sepulcro preparar entre otros varios vacante.

Y a un personaje que halló de luto, y que parecía que el trabajo dirigía, el capitán se acercó.

«¿Para quién abren la hoya?» le dijo; y el enlutado le contestó decontado: «Para el capitán Montoya.»

Mudósele la color a don César; mas repuesta su calma, al de la respuesta volvió entre risa y furor.

Miróle de arriba abajo, pero no le conoció; segunda vez le miró, pero fué inútil trabajo.

Ni recordó que quizás le hubiese visto la cara, ni imaginó que la hallara tan repugnante jamás.

Que encontró en ella tal gesto de aterradora hediondez, que por no verla otra vez dejó caviloso el puesto.

Fuése a otro punto a situar diciendo: «¡Ese hombre estremece! De aquel sepulcro parece que le acaban de sacar.»

Uno tras otro se puso a contémplos los que veía, mas a nadie conocía, de lo que andaba confuso.

Tenían todos las caras descoloridas y secas, y dijeron que eran huecas, a más de antiguas y raras.

Cansado de fiesta tal,
y a impulso de una aprensión,
llegóse a un noble varón
que oraba con un cirial.

Cabe él la rodilla apoya,
y dícele ya con miedo:
«¿Quién es el muerto?» y muy quedo
contestó el otro: «Montoya».

Del catafalco a los pies
llegó entonces decidido,
de aquella duda impelido,
a ver el muerto quién es.

Por los monjes-atropella,
trepa al túmulo, la caja
descubre, ase la mortaja,
y él mismo se encuentra en ella.

Miró y remiró, y palpó
con afán hondo y prolijo,
y al fin consternado dijo:
«Cielo santo, y quién soy yo!»

Miró la visión horrenda
una y otra y otra vez,
y nunca más que a sí mismo
en aquel féretro ve.

Aquel es su mismo entierro,
su mismo semblante aquí:
no puede quedarle duda,
su mismo cadáver es.

En vano se tienta ansioso;
los ojos cierra, por ver
si la ilusión se deshace,
si obra de sus ojos fué.

Ase su doble figura,
la agita, ansiando creer
que es máscara puesta en otro
que se le parece a él.

Vuelve y revuelve el cadáver
y le torna a revolver;

crece que sueña, y se sacude
porque despertarse cree,
y tiende el triste los ojos
desencajados doquier.

Mas ¡nuevo prodigio! mira
a las puertas, y al dintel
ve que despiden el duelo
de duelo henchidos también.

don Fadrique y doña Diana,
que arrastran luto por él.
Baja, les tiende los brazos,
les nombra, cae a sus pies;

«Miradme, les dice atónito,
Montoya soy, vedme bien.»
Y ellos le miran estúpidos
sin poderle conocer.

e inclinando las cabezas
replican: —*Montoya fué!*
Entonces, desesperado
con angustia tan cruel,

vase otra vez hacia el muerto
demandándole quién es.
«¿No hay quién sepa aquí quién soy?»
«¿No hay a salvarme poder?»

Y allá desde el presbiterio
de las rejas al través,
oyó una voz que decía:
«Sí, te conozco, mi bien:

abre ¿qué tardas? ¡por tantos:
yo soy tu amor, soy tu Inés.»
Y los brazos le tendía
la de Alvarado también.

de la reja tentadora
tras el cuádruple cancel.
Mas viéndola cual espectro
que lo persigue a su vez,

gritaba él: «Aparta, aparta,
¿que soy cadáver no ves?»

Y apenas palabras tales pronunció, cuando tras él vio llegar aquel fantasma cuyo gesto de hediondez le hizo miedo, y no le pudo recordar ni conocer.

Contemplóle de hito en hito, le asió del brazo después, y así con voz espantosa le oyó decirle:—*¡Pardiez! Tú eres quien cambia conmigo, a mi sepultura ven.*

Y a esta horrorosa sentencia ya sin poderse valer, cayó en el suelo. Montoya, falto de aliento y de pies.

«¿Dónde estoy? ¿Qué es de mi vida?»

«Respiro aún?»—exclamó Montoya abriendo los ojos con desfallecida voz.

«Señor, estáis en mis brazos.»

«¿Eres tú, Ginés?»

«Yo soy.»

«¿Dónde estamos?»

«En la cruz.»

«¿Del olivar?»

«Sí, señor.»

«¿No estuve yo en el convento?»

«Pues, quién de allí me sacó?»

«Yo fui, señor.»

«¿Tú, Ginés!»

«Perdonad, temí por vos, y viendo que el tiempo andaba y ni seña ni rumor de esperanza me infundían, tras vos eché.»

«¿Santo Dios!»

«¿Y llegastes...?»

«A la iglesia.»

«¿Atraído por el son?»

«Señor, no he oído nada; no os lo dije?»

«¿Cómo no?»

«Dentro la iglesia no vistes los enlutados en pos de mi cadáver?»

«Miróle absorto de admiración el mozo, y dijo:

«Soñamos, o vos, don César, o yo.»

Ni vi, ni oí cosa alguna.

«¿Conque es mía esa visión?»

«A mis ojos solamente horrenda se presentó!»

«No vistes conmigo a nadie?»

«Os juro a mi salvación que sólo os hallé, tendido al pie del altar mayor, y viendo el peligro doble del sitio y la situación, ni me detuve a pensar si estabais herido o no; cargué con vos, y me vine.»

«¿Ni de ni vi más, señor?»

«Calló Ginés, y don César a estas palabras quedó distraído y abismado en honda meditación.»

«Miráble de hito en hito Ginés, que aterrado de la faz del capitán la extraña transformación. Desenajados los ojos, palidecido el color, torvo el mirar, parecía

más que vivo, aparición.
Sentado en el pedestal
de la cruz, do él le posó,
inmóvil permanecía
sin fuerza y sin intención,
amarrado a un pensamiento
que bullía en su interior,
y que se veía que todas
las potencias le absorbió,
como quien mira aterrado
negra y horrible visión
que le borra de los ojos
lo cuanto existe en derredor.

Temeroso el buen criado
por su juicio y su razón,
dirigióle atentas frases
con afán consolador.
Mas él ni tornó los ojos
ni a sus voces respondió,
ni agradeció sus cuidados,
que en nada puso atención;
y al cabo de largo trecho,
con repentino vigor,
levantándose en silencio
en su corcel cabalgó.
Hincóle los acicates,
y el poderoso bridón
tras un peligroso brinco
a todo escape salió.

Santiguóse el buen Ginés,
y en su ruín superstición
dijo: «¿Si tendrá los malos?»
Y a escape tras él echó.

IX

Por una puerta secreta
que de los salones sale
a un secreto gabinete

puede a estas horas mirarse
a don Fadrique y don César
que, pálidos los semblantes,
plática tienen trabada
de asunto en verdad muy grave,
Demanda con vehemencia
don Fadrique, y contestarle
resiste el otro, en su empeño
ambos por demás tenaces.
El capitán asentado
en un sillón torvo yace
guardando, pésele al otro,
un silencio inalterable.
Y don Fadrique colérico,
en pie a su lado, las frases
le dirige más violentas
que halló para provocarle.

Dejábale el capitán
que la ira desahogase,
como si con él no hablara
ni pudieran escucharles.
Y al fin, de calma en su cólera
aprovechando un instante,
dirigióle la palabra
con razones semejantes:

«Todo es inútil, denuestos,
súplicas, amagos, ayes;
el mundo entero no puede
a que os lo diga obligarme.
Un secreto es que conmigo
quiero que al sepulcro baje,
y no ha de saberlo nunca,
desde el sol abajo, nadie.
Si es sueño o delirio mío,
quiero de él aprovecharme;
si es un aviso del cielo,
es imposible excusarle.»

Tornó al silencio don César,
y el duque, que aunque no alcance

la razón, sospecha alguna, díjole sin ira casi: «Don César, noble he nacido, y por mucho que yo os ame, llevar no puedo en paciencia sin una excusa un desaire. Por misterioso o fatal, por precioso o repugnante que el secreto sea, ¿creéis que no sabré yo guardarle? —Sabéis quién soy, don Fadrique, y por excusa esto baste, que no hablaré más en ello si santos me lo rogasen.» Y aquí ya de don Fadrique la cólera desbordándose, dijo al capitán Montoya con voz resuelta y pujante: «Vive Dios, señor don César, que esto no es más que un ultraje que hacer queréis a mi casa, y que está pidiendo sangre! Si no podéis el motivo descubrirme que deshace vuestra boda, satisfecho de un modo o de otro dejadme. —Señor duque, ya está dicho. Si lo dejo de cobarde, pues que me debéis la vida, nadie como vos lo sabe. Pero os juro que aunque osado lleguéis hasta abofetearme, no haréis que por causa alguna la espada más desenvaine. Ni más me la he de ceñir, ni más me harán que la saque cuantas honras y razones en el universo caben. Mirad, señor don Fadrique,

si el secreto será grande, y pues veis a lo que obliga, si hidalgo sois, respetadle.» Callaron ambos a dos, y continuaron mirándose como hombres en sus propósitos igualmente pertinaces. Al fin dijo don Fadrique por la estancia paseándose, como quien duda si debe satisfacerse o vengarse: «Señor capitán Montoya, la vida y honor me salvasteis una noche, y aunque en esta me los habéis vuelto tales que no será mucho tiempo a restablecerlos fácil, váyase lo uno por lo otro, de nada quiero acordarme. Estamos en paz, don César.» Y continuó paseándose, y atarazándose un labio hasta revocar la sangre. Entonces el capitán, con paso medido y grave en mitad del aposento fué decidido a encontrarle; tendióle la mano y dijo: «Pensad, duque, si es bastante a dejaros satisfecho de este misterioso ultraje, mi resolución postrera: tomad, señor, esas llaves; de mis inmensos tesoros haced con justicia partes: una a Ginés por servirme, con cuantos muebles hallare, un hospital o convento fundad con otra, si os place,

y otra a don Luis de Alvarado,
 que gana la apuesta infame
 que hice de robar a Dios
 la mejor prenda al casarme.
 ¿Me comprendéis, señor duque?
 Obedecedme y dejadme.
 Entregad al de Alvarado
 lo que hoy de perder me place,
 pero cuidado, don Fadrique,
 que no sepa el miserable,
 que era Inés, su propia hermana,
 la prenda que iba a jugarse.
 Y así el capitán diciendo,
 un pliego sin letras ase,
 escribe algunas palabras,
 lo firma, lo sella y parte.

Quedó don Fadrique atónito,
 Ginés rompió en voces y ayes,
 y en llanto amargo, que al punto
 cambió en lágrimas el baile.
 Cundió la noticia rápida,
 y el escándalo fué grande,
 y aunque al culpar los efectos
 no acierta la causa nadie.

X

HECHOS Y CONJETURAS

Todo era habilllas Toledo,
 y todo interpretaciones.
 Cada cual forjó un enredo,
 y hablaron todos con miedo
 de espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
 por Toledo al capitán,
 mil fábulas le colgaron,

y los que las inventaron
 por hechos las creen y dan.

Quién dijo que anocheciendo
 le vió desde un corredor,
 allá en los aires cerniendo
 un cuerpo alado y horrendo,
 cual fué bello el anterior.

Quién dijo que un día oraba
 ante un devoto retablo,
 y vió al capitán que daba
 ayuda y defensa brava
 contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que don Fadrique
 a su escribano mandó
 que en su nombre ratifique,
 firme, selle y testifique
 lo que don César firmó.

Que se partió su tesoro
 algunos días después,
 que se dió a los pobres oro,
 y que rico como un moro
 partió a la corte Ginés.

Ni más descubrirse pudo,
 ni puede decirse más,
 y este es el hecho desnudo,
 pábulo, origen y escudo
 de las mentiras de atrás.

Mas hay entre todas una
 que, fábula o tradición,
 en escritura oportuna
 encontrarla fué fortuna
 separada del montón.

El vulgo a su vez la cuenta
como innegable verdad,
y de quien dudarla intenta
dice que de Dios atenta
al poder y majestad.

Yo, trovador vagabundo,
la oí contar en Toledo,
y de aquel pueblo me fundo
en la razón, y así al mundo
contarla a mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;
como a mí me la contaron
fielmente la contaré,
y a ser falso, juro a fe
que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
cada cual lleno a su vez
de azares y desengaños,
mas a nuestro cuento extraños
no hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
de hervir en la muchedumbre;
Diana y otras se casaron;
y en fin, según es costumbre,
al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino
ya pronto a romper el dique,
diz que al linde del camino
de la vida, don Fadrique
pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable,
con la faz descolorida,
vino un varón venerable

al duque a hacer tolerable
la tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
y cuando a solas quedó
con el noble moribundo,
la religión con el mundo
así plática entabló.

MONJE

¿Don Fadrique?

DON FADRIQUE

Bien venido,
Padre; concluyendo estoy.

MONJE

A ayudaros he venido
a ir en paz; prestad oído
a lo que deciros voy.

«Ha diez años que, arrastrado
por intención criminal,
hollé de un templo el sagrado
y a Dios me sentí llamado
por visión providencial.

Los muertos ví que salían
de las urnas sepulcrales
y blandones me encendían,
y con gran pompa me hacían
en vida los funerales.

Visión de los cielos fué;
¿mas quién creyera mi historia?
A contarla me negué,

y haberla determiné
encerrada en mi memoria.

Tan sólo existía un hombre
a saberla con derecho;
porfió, porfió; y no os asombre,
no me la arrancó del pecho;
don Fadrique era su nombre.

Mas lo que excusar no pude
al noble a quien ofendía
vengo, y ¡así Dios me ayude!
a que mi razón escude
la fe de vuestra agonía.»

Y esto el buen monje diciendo,
cayó ante el lecho de hinojos,
las manos del duque asiendo,
quien sus palabras oyendo
al monje tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito
con acongojado afán,
y exclamó al fin con un grito:
«¡Sois vos! ¡Dios santo y bendito!
Abrazadme, capitán.»

Y los brazos enlazaron,
y a solas ambos a dos
por largo tiempo quedaron,
y largo tiempo lloraron
ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesión,
henchido el duque de fe,
dijole: «A aquella visión
debéis vuestra salvación,
que aviso del cielo fué.»

En cuyo punto sintiendo
llegar el trance fatal:

del paso duro y tremendo,
«adiós, don César», diciendo,
lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada
del buen monje la misión
y el ánima encomendada,
con voz exclamó mudada
al darle la absolución:

*«¡Ve en paz! y si como espero
el llanto ante Dios apoya
la fe de un hombre sincero,
¡ruega a Dios, buen caballero,
por el capitán Montoya!»*

Y dando al mundo un momento,
al muerto besó en la frente,
y a paso medido y lento
triste volvió a su convento
el capitán penitente.

Y ha poco había en sepultura humilde
de la maleza oculta entre las hojas,
una inscripción borrada por los años,
que todo al fin sin compasión lo borran.
Único resto de opulenta estirpe,
único fin de la mundana pompa,
montón de polvo en soledad yacía
quien hizo al mundo con su audacia sombra,
Y apenas pueden los avaros ojos
leer en medio de la antigua losa:
«AQUÍ YACE FRAY DIEGO DE SIMANCAS,
QUE FUÉ EN EL SIGLO EL CAPITÁN
MONTOYA.»

NOTA DE CONCLUSIÓN

Y por si alguno pregunta
curioso por doña Inés,

y opina que queda el cuento
incompleto, le diré:
que doña Inés murió monja
cuando la tocó su vez,
sin su amor, si pudo ahogarle,
y si no pudo, con él.
Porque destino de todos
vivir de esperanzas es;
quien las logra muere en ellas,
quien no las logra también.

Conque ya sabe el curioso
de mis héroes lo que fué,
y sólo añadir me resta
dos palabras de Ginés.
Hizo en la corte fortuna,
casóse al cabo muy bien
con una dama muy rica
y hermosa como un clavel.
Y aunque dieron malas lenguas
en alzarla *no sé qué*,
ella no alzó las pestañas
para al vulgo responder.
Dió a Ginés un hijo zurdo,
y dijo su padre de él
que había nacido en casa,
y en esto sólo habló bien.

VIGILIA

Misterios del alma son.
MORERO.

Pasad, fantasmas de la noche umbría,
de negros sueños multitud liviana,
que columpiados en la niebla fría
fugitivos llamáis a mi ventana.

Pasad y no llaméis. Dejadme al menos
que en la nocturna soledad dormido,

los lentos días de amargura llenos
calme y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llaméis. La sombra oscura
vuestro contorno sin color me vela;
ni sé quién sois, ni vuestra faz impura
el más leve recuerdo me revela.

Mil veces, al oír vuestros gemidos,
mis ventanas abrí por consolaros,
os busqué en las tinieblas, ¡y érais idos...!
¿A qué llamar si nunca he de encontraros?

Id a turbar el sueño indiferente
del que entre plumas sin afán reposa,
del que la vida en su risueña mente
ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venís con rostros halagüeños,
mensajeros de rápidos placeres,
avaras hallaréis de vuestros sueños
por doquiera bellísimas mujeres.

Llamad donde a la lumbre vacilante
de alguna tibia y oportuna estrella,
puedan al fin gozaros un instante,
y ver un punto vuestra blanca huella.

No a mí, que en vano por la sombra
[tiendo
los turbios ojos, me invoquéis perdidos;
no a mí, que acudo, vuestra voz oyendo,
y al registrar la sombra, ya sois idos.]

No a mí, que presa de secretos males,
tal vez la triste soledad me inspira
tiernas endechas y amorosos valés;
que ensayo a solas en mi pobre lira.

No a mí, que al son de vuestras vagas
siento otra voz que me repite insana
dentro del corazón esos veloces
ecos que murmuráis a mi ventana.

¡Ah! yo os respondo y suspiráis pasando,
sin que baste a entender vuestro suspiro;
os llamo a mí, y os alejáis volando,
gemís si duermo, y os veláis si os miro.

Si a vuestras tristes misteriosas quejas
mis rejas abro y vuestro bien deseo,
sólo a través de mis macizas rejas
cruzar las nubes en silencio veo.

¡Oh de la noche incomprensibles ruidos!
Ayes que hervís en la tiniebla oscura...
¿Quién sois? ¿do váis? ¿de dónde sois ve-
[nidos?
¿Qué voz ajena en vuestra voz murmura?

¿Sois el rumor del agitado viento,
los ayes de las almas sin reposo,
o la voz del tenaz remordimiento,
del descanso enemigo y envidioso?

Quien quiera que seáis, almas o nieblas,
pasad, y en vuestra confusión liviana,
seguid vuestro camino en las tinieblas
y no llaméis jamás a mi ventana.

Porque es triste ¡muy triste! un aposento
donde a la luz de lámpara que expira,
se oye el crujir del tumultuoso viento
que fuera en torno de las torres girá.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,
velar sobre un volumen carcomido,

la frente ardiendo, el alentar penoso,
las llamaradas aumentando el ruido;

viendo las letras en las turbias hojas
a su dudosa vibración mezclarse,
negras, azules, amarillas, rojas,
a la afanosa comprensión negarse.

Y leer en vez de religiosas voces
o de amorosa y métrica armonía,
cifras que borran cifras más veloces,
de sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,
quien quiera que seáis, almas o nieblas,
pasad, y en mis vigiliadas de amargura
no llaméis a mi reja en las tinieblas.

No llaméis, que enemigo de la sombra
odia el cantor vuestra armonía vana;
dejad al trovador a quien asombra
el oír llamar a su ventana.

¡Pasad, sombras sin cuerpos, aires vanos,
pobres de luz, de voz desconocida,
esquivos a los ojos y las manos,
extraños a la fe de nuestra vida!

Pasad, y no turbéis de mi sosiego,
la dulce calma o la nocturna vela:
no creo en vuestro ser; pasad, os ruego
seguid al aire que os arrastra y vuela.

¿Pensáis que a esos aúlos y suspiros
con que llenáis la oscuridad tranquila,
como a silbos de brujas o vampiros
mi amedrentado corazón vacila?

¿Pensáis ¡oh! que por miedo de escu-
[charos
con voz pujante entonaré canciones,

y al arpa acudiré para ahuyentaros
con dulces trovos de amorosos sonos?

¡Mentís, abortos de la sombra vana!
Yo sé bien que, si fuérais más que viento,
holgarais en montón en mi ventana
al blando son de mi amoroso acento.

Mentís, hijos del aire y de las nieblas,
mentís: yo tengo sin cesar conmigo
un talismán que alumbra las tinieblas,
del desdichado protector y amigo.

Mirad cuál radia en mi tugurio estrecho
la limpia luz de la esperanza mía:
mirad cuál vela en mi desierto lecho
con su cariño maternal MARÍA.

Todas las noches mi dolor la implora,
y amiga de mi llanto solitario,
todas las noches mis engaños llora
con el raudal que reventó el Calvario.

Pasad, remordimientos tentadores;
ya sé quién gime mi falaz desvío,
ya sé quién riega las marchitas flores
con tierno llanto, del recuerdo mío.

¡Ya sé quién «hijo!» en soledad me llama
e «hijo» a su voz la soledad responde...!
¡Ah! cuanto más tras la ovejuela clama,
más a sus quejas y a su afán se esconde.

Tierna, amorosa, celestial MARÍA,
rosa inmortal del Gólgota sangriento,
faro infalible que mi rumbo guía
entre la furia de la mar y el viento;

librame de esos ecos misteriosos
que me atormentan en la sombra vana,

aleja esos fantasmas vaporosos
que vienen a llamar a mi ventana.

¡Y tú, perdida y bella,
fugaz y última estrella
que viertes a deshora
delante de la aurora
con perezosa huella
dudoso resplandor!
¡Oh! ¡tráeme la hermosura,
la calma y la frescura
del alba transparente,
que este tropel ahuyente
con que la sombra oscura
me cerca en derredor!

Ven, estrella matutina,
y a tu blanca y argentina,
silenciosa aparición,
huirá de mi ventana
esa confusión liviana
que despierta mi aflicción,

¡Lámpara de consuelo
a cuya lumbre velo,
que escuchas solitaria
mi tímida plegaria,
si acaso llega al cielo
mi súplica mortal!
Tráeme la luz del día
que calme la agonía
de esos remordimientos
que bogan turbulentos
sobre la niebla umbría
en ilusión fatal.

Ven, estrella matutina,
y tu blanca y argentina

silenciosa aparición,
 ahuyente de mi ventana
 esa infernal caravana
 que huella mi corazón.

Recuerdos son dañinos
 que cruzan peregrinos
 el arenal desierto
 del corazón incierto,
 buscándole caminos
 que acaso no hay en él.
 Que nunca ven tranquilo
 recóndito un asilo,
 y que jamás se amansan,
 y que jamás descansan,
 corrientes que hilo a hilo
 desbordan su nivel.

Ven, estrella matutina,
 y a tu blanca y argentina
 luminosa aparición,
 huyan las sombras livianas
 que llaman a las ventanas
 de mi triste corazón.

Dejadme, negros sueños,
 de aterradores ceños,
 de fuerza irresistible,
 ya sé que es imposible
 vencer nuestros empeños...
 Ya vuestro nombre sé.
 Dejadme que respire,
 que viva y que delire;
 pues mis errores lloro,
 dejadme, yo os imploro;
 ¡dejad que en paz suspire
 lo que insensato hollé!

Ven, estrella matutina,
 y a tu blanca y argentina

silenciosa aparición,
 huyan las sombras livianas
 que llaman a las ventanas
 de mi triste corazón.

GLORIA Y ORGULLO

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
 fábulas sin color, sombra, ni nombre,
 a quien un nicho miserable encierra
 cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,
 sin un sueño de gloria y de esperanza?
 Una carrera larga e importuna,
 más fatigosa cuanto más se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,
 que velas el harén de las mujeres,
 opio letal que el sueño facilitas
 al ebrio de raquíticos placeres:

lejos de mí. —No basta a mi reposo
 el rumor de una fuente que murmura,
 la sombra de un moral verde y pomposo,
 ni de un castillo la quietud segura.

No basta a mi placer la inmensa copa
 del báquico festín, libre y sonoro,
 de esclavos viles la menguada tropa
 ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
 tengo aliento de estirpe soberana;
 por llegar a gigante enano vivo;
 no sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto a decir «la vida es bella»,
 y descender estúpido al olvido;
 amo la vida porque sé por ella
 al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasión que llaman gloria
brota en mi corazón ardiente llama;
luz de mi ser me abrasa la memoria,
voz de mi ser inextinguible clama.

Gloria, ilusión magnífica y suprema,
ambición de los grandes en quien quiso
velar Dios esa mística diadema
que nos dará derecho al paraíso.

nada es sin ti la despreciable vida,
nada hay sin ti ni dulce ni halagüeño;
sólo en aquesta soledad perdida
la sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo al murmullo de la excelsa palma
que el noble orgullo con su aliento agita;
en blando insomnio se adormece el alma;
y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleón y Atila fiero
bajo ese pabellón se despertaron.

Por ti el delirio del honor se adora,
por ti el hinchado mar hiende el marino,
por ti en su gruta el penitente llora,
y empuña su bordón el peregrino.

Por ti el soldado se vendió a sus reyes,
y lidia agora con porfía insana,
no por esas que ignora pobres leyes,
por comprar una lágrima mañana.

Por ti le canta el orgulloso amante
dulces trovas de amor a una querida;
porque tal vez un venturoso instante
tenga en su canto prolongada vida.

Por ti del negro túmulo en la piedra
ambicioso el mortal graba su nombre,
porque tal vez entre la tosca hiedra
otro día al pasar le lea un hombre.

Por ti acaso el cansado centinela
que incendió una ciudad en la batalla,
su cifra indiferente mientras vela
pinta con un tizón en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma
por ti con templos y palacios pisa;
por ti su gesto satisfecho asoma
tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por ti vencida se incendió a Corinto,
por ti la sangre en Maratón se orea,
por ti una noche con aliento extinto
tumba Leonidas demandó a Platea.

Por ti trofeos el cincel aborta,
y álzanse torres con tenaz porfía;
porque es la vida deleznable y corta,
y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura
sobre un volumen carcomido y roto,
y un mañana me sueño de ventura,
y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
el blando son del agna me adormece,
y entre pardos y errantes nubarrones
de la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
del aura que los árboles menea,
de la tórtola triste el ronco arrullo,
y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
 los antiguos y góticos castillos,
 y el granizo se estrella en sus cristales,
 o azota sus escombros amarillos.

¡Oh! si sentís esa ilusión tranquila,
 si creéis que en mis cánticos murmura
 ya el aura que en los árboles vacila,
 ya el mar que ruge en la tormenta oscura;

si al son gozáis de mi canción que miente
 ya el bronco empuje del errante trueno,
 ya el blando ruido de la mansa fuente
 lamiendo el césped que la cerca ameno;

si cuando llamo a las cerradas rejas
 de una hermosura, a cuyos pies suspiro,
 sentís tal vez mis amorosas quejas,
 y os sonreís cuando de amor deliro;

si cuando en negra aparición nocturna
 la raza evoco que en las tumbas mora,
 os estremece en la entreabierta urna
 respondiendo el espíritu a deshora;

si lloráis cuando en cántico doliente,
 hijo extraviado, ante mi madre lloro,
 o al cruzar por el templo reverente
 la voz escucho del solemne coro;

si alcanzáis en mi pálida mejilla,
 cuando os entono lastimosa endecha,
 una perdida lágrima que brilla
 al brotar en mis párpados deshecha:

todo es una ilusión, todo mentira,
 todo en mi mente delirante pasa,
 no es esa la verdad que honda me inspira;
 que esa lágrima ardiente que me abrasa

no me la arranca ni el temor ni el duelo,
 no los recuerdos de olvidada historia;
 ¡es un raudal que inunda de consuelo
 este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! madre feliz de la esperanza,
 mágico alcázar de dorados sueños,
 lago que ondula en eternal bonanza
 cercado de paisajes halagüeños,

¡dame ilusiones!, dame una armonía
 que arrulle el corazón con el oído,
 para que viva la memoria mía
 cuando yo duerma en eternal olvido.

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
 fábulas sin color, forma, ni nombre,
 a quien un nicho miserable encierra
 cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! Sin cesar conmigo
 templo en mi corazón alzaros quiero,
 que no importa vivir como el mendigo
 por morir como Píndaro y Homero.

PEREZA

¡Cuán descansadamente
 lejos del vano mundo se reposa
 a la orilla de límpida corriente
 o de un moral bajo la sombra hojosa!

En el césped mullido,
 sin luz los ojos, sin vigor los brazos,
 de la tranquila soledad el ruido
 se pierde por la atmósfera a pedazos.

El ánima descansa
 de la ciega pasión, y su braveza,

y el cuerpo, presa de indolencia mansa,
se goza en su pacífica pereza;

Entonces no el tesoro
ni la sed del placer el alma aviva;
el más rico licor en copa de oro
entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta
por pensamientos de dolor cercada,
que a su honda languidez yace sujeta
y a su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,
sin un sonido sobre el labio abierto,
pasa la vida, cual por hondo lago
de incierta luz el resplandor incierto.

Así vuelan las horas,
y así pasan pacíficas y bellas,
cual las aves del viento voladoras,
cual la cobarde luz de las estrellas.

Así el pesar se aduerme,
y al grato son de una aura que murmura,
tal vez se goza del reposo inerme
que confunde el pesar con la ventura.

Así mis horas quiero
que pasen sin valor y sin fortuna,
ya al manso son del céfiro ligero,
ya al resplandor de la amarilla luna.

Ven, amorosa Elvira,
ven a mis brazos, que de amor sediento
el perezoso corazón suspira
por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño;
sepa que estás, en mi descanso inerte,

cerca de mí para velar mi sueño,
cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo en la yerba tendido,
a la sombra de un álamo frondoso,
entreveré con ojo adormecido
cuál velas mi descanso silencioso.

El sol a lento paso
hundió en el mar su faz esplendorosa,
marcando su camino en el ocaso,
vivo arrebol de púrpura y de rosa.

El agua mansamente
con monótono arrullo le despide,
y arrastrando sus ondas lentamente
el ancho espacio de sus ondas mide.

Sólo queda en la tierra
el vapor del crepúsculo dudoso,
y el vago aroma que la flor encierra
se esparce por el aire vagaroso.

Y las fuentes corriendo,
y las brisas volando se estremecen,
y su soplo en los árboles creciendo,
a su soplo los árboles se mecen.

Trémulas van las olas
bajo sus alas mansas y ligeras,
reflejando las sueltas banderolas
de las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina,
la bóveda al cruzar del firmamento,
la inmensidad del Bósforo ilumina,
color prestando al invisible viento.

Y al son del mar vecino,
y al murmullo del viento caluroso,
y al reflejo del éter cristalino,
se aduerme el cuerpo en lánguido reposo.

En la quietud amiga
de la callada noche macilenta,
hasta la misma languidez fatiga,
y el ánimo se rinde soñolienta.

¡Oh! bien haya el estío
con su tranquila y bochornosa calma,
que roba al corazón su ardiente brío,
y en blanda inercia nos aduerme el alma.

Ya de ese insomnio presa,
me faltan voluntad y pensamiento,
y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,
y el son me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme,
henchidme de placeres los sentidos;
venid, eunucos, y al harén llevadme
en vuestros brazos al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,
dadme a beber el aura de la noche,
y a saborear las ráfagas livianas,
que a la flor rasgan su aromado broche.

Quiero al son de las olas
secar un corazón en solo un beso;
traedme mis esclavas españolas,
que el mío tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas,
divertidme con danzas y cancioñes,
venid en lechos de fragantes rosas,
venid, blancas y espléndidas visiones.

Quemad en mis pebetes
cuanto aroma encontréis en mi palacio,
y respiren sus anchos gabinetes
ámbar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,
trénzame con tu mano mis cabellos,
y tú, Inés, por quien Málaga suspira,
nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme a esos esclavos
que aportan mis bajeles viento en popa,
presa que hicieron mis piratas bravos
en un rincón de la dormida Europa.

Vengan a mi presencia,
y al son de sus extraños instrumentos
sirvan a mi poder y a mi opulencia,
si no con su canción, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;
cúbremé, Elvira, con tu schal de espumas,
y las tostadas sienes refrescadme
con abanicos de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oído
su suave son como murmullo blando,
de arroyo que a la mar baja perdido
de peña en peña juguetón rodando.

Cual tórtola que llama
con lento arrullo que en el viento pierde
la descarriada tórtola a quien ama,
de árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,
cantad en derredor mientras descanso,
y no sienta en mi sueño voluptuoso
más que murmullo lisonjero y manso.

MI CADENA

I

Nace la rosa y su botón despliega
 orlada en torno de punzante espina,
 y sobre el agua que los pies la riega
 fresca se inclina.

Más altanera cuanto más hermosa,
 su imagen mira en el tranquilo espejo,
 y el sol del agua sobre el haz dudosa
 pinta el reflejo.

El aura errante que al pasar murmura;
 el dulce aroma de su cáliz bebe;
 la sorda abeja que su esencia apura
 néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,
 del césped brilla sobre el verde manto;
 libre a su sombra el colorín exhala
 rústico canto.

No hay flor más bella... ¿mas a qué su or-
 gullo,
 si el cierzo helado su botón despoja
 y el agua arrastra su infeliz capullo
 hoja tras hoja?

II

Huye la fuente al manantial ingrata,
 el verde musgo en derredor lamiendo,
 y el agua limpia en su cristal retrata
 cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja,
 do mil caprichos al pasar dibuja,

y ola tras ola murmurando arroja,
 riza y empuja.

Lecho mullido la presenta el valle,
 fresco abanicó el abedul pomposo,
 cañas y juncos retirada calle,
 sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente;
 ¿y a qué su empeño, si al bajar la cuesta
 halla del río en el raudal rugiente
 tumba funesta?

III

Lánzase el río en el desierto mudo,
 la orilla orlando de vuelta espuma,
 y al eco evoca cuyo acento rudo
 hierve en su bruma.

Su imagen ciñe pabellón espeso
 de áspera zarza y poderoso pino,
 y entre las rocas divididas preso
 busca camino.

Lecho sombrío el rústico ramaje
 que riega en torno misterioso ofrece,
 y el pardo lobo, y el chacal salvaje
 dél se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido,
 la sed apaga en su raudal corriente,
 y el arco cierra que sobre él partido
 cuelga del puente.

¿Mas qué la sombra, el ruido y el perfume
 valen del cauce que recorre extenso,
 si el mar le cava, cuando en él se sume,
 túmulo inmenso?

IV

¡El mar, el mar!—Remedo tenebroso
de la insondable eternidad, espera
de la trompa final el son medroso
para romper hambriento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables
jamás encuentra su avaricia llenos,
de misterios conserva inmensurables
siempre preñados sus gigantes senos.

¡Eso es el mar!—Gemelo de la nada,
cinto que el globo por doquier rodea,
centinela fatal que encadenada
la tierra guarda que sorber desea.

¡El mar!—Como él hondísimo y oscuro
el misterioso porvenir se extiende,
y tras su negro impenetrable muro
nada mezquina la razón comprende.

El cerco de un sepulcro es su portada,
tras él se baja un escalón de tierra:
pasado el escalón, la puerta hollada
se abre, sorbe la víctima, y se cierra.

Y allá van sin cesar conforme nacen
a morir uno y otro pensamiento;
brotan unos donde otros se deshacen,
bullen, caen, y se hunden al momento.

V

Rosas la fuente en la montaña brota,
sécanse, caen, y bajan con la fuente
al río que se va gota tras gota
al hondo mar que sorbe su corriente.

EN UN ÁLBUM

No sé si por el valle de la vida
cruzaré, fatigado peregrino,
acabando cual flor que consumida
se seca entre los brezos de un camino:

no sé si en pos de inspiración ardiente,
rico y sediento el corazón de gloria,
le cruzaré cual rápido torrente,
rastro dejando de inmortal memoria.

Mas ya ruedé cual hoja que arrebatada
sonante y revoltoso torbellino;
ya baje como excelsa catarata
ufano con mi espléndido destino;

cuando al borde de tumba solitaria
desparrame mis pobres pensamientos,
de mustias flores muchedumbre varia
secas entre mis últimos alientos,

fiad, señora, que en tan triste lecho,
siempre leal y generoso amigo,
al ocupar mi cabezal estrecho
vuestra memoria dormirá conmigo.

MISTERIO

A MI AMIGO

DON ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

¡Ay! aparta, falaz pensamiento,
que eterno en el alma bulléndome estás,
falsa luz que al impulso del viento
en vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de ti por las sombras camino,
ni noche ni día descanso tras ti;
es seguirte tal vez mi destino,
y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa visión de mi vida,
 más vaga que el caos en forma y color,
 te comprendo en mí mismo perdida,
 cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa
 me presta esperanza, me aviva la fe;
 cual flor eres que aroma la brisa
 y en seco desierto olvidada se ve.

Ya tu imagen sombría y medrosa
 me ciega y me arrastra en su curso veloz,
 como nube que rueda espantosa
 en brazos del viento al compás de su voz.

Ya cual ángel de paz te contemplo,
 y ya cual fantasma sangrienta y tenaz;
 en el valle, en la roca, en el templo
 te alcanzo a lo lejos hermosa y fugaz.

Por doquiera te encuentran mis ojos,
 no miro ni tengo más rumbo doquier,
 ya te muestres preñada de enojos,
 fantasma enemiga o risueña mujer.

Yo no sé de tu esencia el misterio,
 tu nombre y tu vago destino no sé,
 ni cuál es tu ignorado hemisferio,
 ni adónde perdido siguiéndote iré.

Más no encuentro otro fin a mi vida,
 más paz, ni reposo, ni gloria que tú,
 que en el cóncavo espacio perdida
 tu alcázar es su ancho dosel de tisú.

Por su rica región las estrellas
 a veces brillante camino te dan;
 y otras veces tus místicas huellas
 por mares de sombras perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando
 que dice tu nombre imagino tal vez,
 y un relámpago raudo pasando
 tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo, postrado al mirarte de hinojos,
 doquier que apareces levanto un altar,
 y arrasados en llanto los ojos,
 tal vez insensato te voy a adorar.

Mas al ir a empezar mi conjuro,
 mi torpe blasfemia o mi casta oración,
 el oriente en su cóncavo impuro
 me sorbe irritado mi blanca visión.

Y tu imagen me queda en la mente
 informe, insensible, cual bulto sin luz
 que se crea el temor de un demente
 de lóbrega noche entre el negro capuz.

Sueño, estrella o espectro, ¿quién eres?
 ¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?
 ¿No hay sin ti ni dolor ni placeres?
 ¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin tí?

¿No hay un hueco do esconda mi frente?
 ¿No hay venda que pueda mis ojos cegar?
 ¿No hay beleño que aduerma mi mente,
 que hierve encerrada de sombra en un
 [mar...?

¡Oh! si gozas de voz y de vida,
 si tienes un cuerpo palpable y real,
 deja al menos, fantasma querida,
 que goce un instante tu vista inmortal.

Dame al menos un sí de esperanza,
 alguna sonrisa, fugaz serafín,
 con que espere algún día bonanza
 el golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es sólo ilusión peregrina
que el ánima ardiente soñando creó,
¡ay! deshaz esa sombra divina,
que viene conmigo doquier que voy yo.

Sí, deshazla, que en vano la miró
en torno a mis ojos errante vagar,
si cual débil y triste suspiro
se pierde en los vientos al ir a abrazar.

Sí, deshazla, que torpe mi mano
su mano en la sombra jamás encontró,
ni el más flébil lamento liviano
avaro en mi oído su labio posó.

Muere al fin, ¡oh visión de mi vida!
más vaga que el caos en forma o color,
a quien siento en mí mismo perdida,
cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Mas ¿qué fuera del triste peregrino
que cruzando sediento el arenal
no encontrara jamás en su camino
mansa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa
¿qué rumbo ni qué término seguir?
Sin tu vaga presencia misteriosa,
sin tu blanca ilusión ¿cómo vivir?

Abriéranse mis ojos a mirarte,
mis oídos tus pasos escuchar,
y al fin, desesperados de encontrarte,
tornáranse en tinieblas a cerrar.

Despertara en la noche solitaria
de tus palabras al fingido son,
y sólo respondiera a mi plegaria
el latido del triste corazón.

¡Sombra querida, sin cesar conmigo
mis lentas horas hechizando voy,
y el desierto arenal será contigo
huerto frondoso y perfumado Edén!

No espíres, misterioso pensamiento,
que dentro oculto de mi mente vas,
aunque no alcance el corazón sediento
tu santa esencia a comprender jamás.

No sepa nunca tu verdad dudosa;
vélame, si lo quieres, tu razón;
disípate a lo lejos vagarosa,
mas sé siempre mi cándida ilusión.

Al fin sabré que junto a ti respiró,
que estás velando junto a mí sabré,
y que aún brilla oscilando en lento giro
la consumida antorcha de mi fe.

¿Qué me importa tu esencia ni tu nombre,
genio hermoso, o quimérica ilusión,
si en esta soledad, cárcel del hombre,
dentro de ti te guarda el corazón?

¿Qué me importa jamás saber quién eres,
astro de cuya luz gozando voy,
término de mi afán y mis placeres,
dios que sin fin idolatrando estoy?

Quien quier que seas, vano pensamiento,
mujer hermosa que soñando vi,
o recuerdo o tenaz remordimiento,
ni un sólo instante viviré sin ti.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida,
si eres remordimiento te ahogaré,
si eres visión te seguiré perdida,
si eres una mujer, yo te amaré.

JUSTICIAS DEL REY D. PEDRO

—Piénselo bien, y no pase sin contar lo que va de él a don Juan de Colmenares.

—Señor, replicó el anciano, en tiempos tan deplorables ya sé que lo pueden todo los ricos y los audaces.

—Pues mire lo que le importa, que rico y audaz señales son con que marca la fama a los que en mi casa nacen.

Callaron por un momento, y continuando mirándose, dijo el viejo tristemente, aunque en tono irrevocable: «Nunca lo esperé de vos, mas tampoco vos ni nadie puede esperar más de mí.»

—Pues entonces adelante; idos, buen viejo, con Dios, que estoy deprisa y es tarde.

Cerró la puerta de golpe, a escuchar sin esperarse una respuesta que el viejo tuvo tentación de darle; y acaso por su fortuna quedó a tal punto en la calle para dársela a la puerta, donde la deshizo el aire.

Volvió el anciano la espalda, y en dos golpes desiguales sus pasos descompasados pueden de lejos contarse; porque sus pies impedidos deben a su edad y achaques una muleta que marcha un pie que los suyos antes.

La esquina a espacio traspuso, y a poco otro hombre más ágil,

—Cuando su luz y su sombra mezclan la noche y la tarde, y los objetos se sumen en la sombra impenetrable, en un postigo excusado que a una callejuela sale de una casa, cuya puerta principal da a la otra calle, dos hombres que se despiden se ven, aunque no se sabe ni cuál de los dos se queda, ni cuál de los dos se parte.

Ambos mirándose atentos, y ambos un pie hacia adelante, parados en el dintel están, y entrambos iguales.

—Por fin el más viejo de ellos, hundiendo el mustio semblante entre el sombrero y la capucha, en además de marcharse, torció la cabeza a un lado, pronunciando un *no* tan grave, que bien se vió que era el fin de las pláticas de enantes.

Sin duda el otro, entendido, no encontró qué replicarle, pues bajando la cabeza callóse por un instante.

«Buenas noches», dijo el viejo; tartamudeó un «Dios le guarde» el otro, mas decidiéndose hizo hacia el viejo un avance: «Mírelo bien, y cuidado no se arrepienta, compadre.

—Nunca eché más que una cuenta.

—Piénselo bien, y no pase sin contar lo que va de él a don Juan de Colmenares.

—Señor, replicó el anciano, en tiempos tan deplorables ya sé que lo pueden todo los ricos y los audaces.

—Pues mire lo que le importa, que rico y audaz señales son con que marca la fama a los que en mi casa nacen.

Callaron por un momento, y continuando mirándose, dijo el viejo tristemente, aunque en tono irrevocable: «Nunca lo esperé de vos, mas tampoco vos ni nadie puede esperar más de mí.»

—Pues entonces adelante; idos, buen viejo, con Dios, que estoy deprisa y es tarde.

Cerró la puerta de golpe, a escuchar sin esperarse una respuesta que el viejo tuvo tentación de darle; y acaso por su fortuna quedó a tal punto en la calle para dársela a la puerta, donde la deshizo el aire.

Volvió el anciano la espalda, y en dos golpes desiguales sus pasos descompasados pueden de lejos contarse; porque sus pies impedidos deben a su edad y achaques una muleta que marcha un pie que los suyos antes.

La esquina a espacio traspuso, y a poco otro hombre más ágil,

saliendo por el postigo —Pienso bien—
siguió en silencio su alcance;
túvose al volver la esquina,
tendió los ojos sagaces,
y enderezó los oídos
atento por todas partes;
mas no oyendo ni escuchando
de qué poder recelarse,
tomando el rastro del viejo,
echó por la misma calle.

II
Gallaron por un momento, y cuando
y continuando mirándose, aún se ve

En un aposento ambiguo,
medio portal, medio tienda,
que hace asimismo las veces
de cocina y de despensa,
pues da su entrada a la calle,
y en confuso ajuar ostenta
camas, hormas y un caldero
colgado en la chimenea,
hay seis personas distintas

que hacen al pie de la letra
(salvo el padre, que está ausente)
una raza verdadera.

Un mozo de veinte abriles,
y una muchacha risueña,
de diez y seis, tres muchachos,
y una anciana de sesenta.
Y aunque a las veces nos turban
engañosas apariencias,
zapateros son de oficio,
si a espacio se considera
que está la estancia aromada
con vapores de pez negra,
que ribetea la moza,
y que el mozo maja suela.
Mucho tarda, dijo el último,
padre esta noche, Teresa.

—Ya ha tiempo que ha anochecido,
—Muchacho, atiza esa vela,
y deja quieto ese bote.»
Y esto diciendo en voz recia
el mozo, siguió en silencio
cada cual en su tarea,
el chico sitiando al bote,
ribeteando la doncella,
majando el mozo a compás,
y dormitando la vieja.

Con monótonos murmullos
arrullaban esta escena

el son de la escasa lluvia
de un aguacero que empieza,
el no interrumpido son
con que hierve la caldera,
y el tumultuoso chasquido
con que la luz chisporrea.

—Las nueve son?—dijo el mozo.
—Eso, las ánimas sueñan
con sus campanas; repuso
santiguándose Teresa.

—¡Las ánimas, y aún no vienen!
Y echando atrás la silleta,
se puso el mancebo en pie,
y encaminóse a la puerta.

Al ruido que hizo en el cuarto,
despertándose la vieja,
dijo: «¿Rezáis a las ánimas?»

—Sí, señora, estése queda.
Asió el mancebo la aldaba,
mas la había alzado apenas
cuando un espantoso golpe
venció la puerta por fuera.
¡Muerto soy!, dijo una voz;
cayó un embozado en tierra,
y vióse un hombre que huía
al fin de la callejuela.
En derredor del caído

se agolparon, que aún conserva algún resto de la vida que le arrancan a la fuerza; mas no bien le desenvuelven por ver piadosos si alienta, a un grito descompasado lanzó... la familia entera. Blasfemó el mozo con ira, y la anciana y los muchachos en llanto a la par revientan «Padre, ¿quién fué?» preguntaba, sosteniendo la cabeza del anciano moribundo el hijo, que llora y tiembla. Echóle triste mirada su padre, como quien lega su razón y su justicia en quien se fija con ella.

«Juan...

—¿Qué Juan?

—De Colmenares, balbuceó con torpe lengua, y sobre el brazo del hijo dobló la faz macilenta.

Reinó un silencio solemne por un instante en la escena, y a reunirse empezaron vecinos de ambas aceras.

Llegó la justicia al punto, y mientras *justicia* ella, partió por la turba el mozo en faz de intención siniestra.

«¿Dónde va?»—dijo un corchete.

—Siendo yo su sangre misma ¿a dónde sino al culpable?

—Soy con vos.

—Enhorabuena.

—Por si acaso, va seguro»

dijo para sí el de presa, mientras el mozo resuelto ganó a una esquina la vuelta.

III

Son treinta días después, y el mismo lugar y hora, la misma vieja y los chicos con mesa, mancebo y moza.

Cada cual en su tarea sigue en paz, aunque se nota que todos tienen los ojos

del mancebo en la faz torva. Él, sin embargo, en silencio prosigue atento su obra

sin levantar la cabeza, que sobre el pecho se apoya. Tan doblada la mantiene,

que apenas la llama roja que da la luz, alumbrarle las cejas fruncidas logra;

y alguna vez que el reflejo las negras pupilas toca, tan viva luz réverberan

que chispas parece brotan. La verdad es, que una lágrima que a sus párpados asoma,

viene anunciando un torrente en que el corazón se ahoga. Y el mozo, por no aumentar

de los suyos la congoja, a duras penas le tiene dentro el pecho y le sofoca.

Largo rato así estuvieron en atención afanosa,

todos mirando al mancebo, y éste mirando a sus hormas, hasta que al cabo Teresa,

más sentida o más curiosa, le dijo: «¿Estás malo, Blas?» Y a su voz limpia y sonora siguió otro largo intervalo de larga atención dudosa. Nada el hermano responde, mas ella su afán redobla, que no hay temor que la tenga la yalla de una vez rota.

«¿Cómo estás tan cabizbajo...!» Y aquí Blas interrumpiéndola. «¿Y qué tengo que decir a quien sin padre y sin honra debe vivir para siempre?» Y aquí la familia toda rompió en ahogados sollozos a tan infausta memoria. Sosegóse, y siguió Blas en voz lamentable y honda: «Él rico, y nosotros pobres; débil la justicia, y poca, y el rey en caza y en guerra, ¿qué puede alcanzar quien llora?» —¿Qué, por libre se atrevieron...? —Poco menos, pues sus doblas pudieron más con los jueces que las leyes.

—¡Las ignoran!» dijo indignada Teresa. «¡No, hermana; las acogotan!», contestó Blas, sacudiendo su mazo con ciega cólera.

Siguió en silencio otro espacio, y otra vez Teresa torna: «¿Mas la sentencia cuál fué?» dijo, y calló vergonzosa. «¿La sentencia?», gritó Blas revolviendo por las órbitas los negros y ardientes ojos,

«¿la sentencia pides? ¡yela.» Todos se echaron de golpe sobre la mesilla coja, que vaciló al recibirles, a oír lo que tanto importa. «Sabéis que el de Colmenares hoy pingüe prebenda goza en la iglesia, y que a Dios gracias, y a mi diligencia propia, se le probó que dió muerte a padre (que en paz reposa). Pues bien, no sé por qué diablos de maldita jerigonza de conspiración que dicen que con su muerte malogra, dieron por bien muerto a padre, y al clérigo...

—¿Le perdonan?

—No, vive Dios, le condenan; ¡mas ved qué dogal le ahoga! Condénanle a que en un año no asista a coro, mas cobra su renta, es decir, le mandan que no trabaje, y qué coma.

Tornó a su silencio Blas, y a sus sollozos la moza, ella cosiendo sus cintas, y él machacando sus hormas.

IV

Está la mañana limpia, azul, transparente, clara, y el sol de entre nubes rojas espléndida luz derrama. Toda es tumulto Sevilla, músicas, vivas y danzas; todo movimiento el suelo, toda murmullos el aura.

Cruzan literas y pajes,
 monjes, caballeros, guardías,
 vendedores, alguaciles,
 penachos, pendones, mangas,
 Flota el damasco y las plumas
 en balcones y ventanas,
 y atraviesan besamanos
 donde no caben palabras.
 Descórrense celosías,
 tapices visten las tapias,
 los abanicos ondulan,
 y los velos se levantan.
 Cuantas hermosas encierra
 Sevilla a su gloria saca,
 cuantos buenos caballeros
 en sus fortalezas guarda,
 ellos porque son galanes,
 y ellas porque son bizarras,
 las unas porque lá adornen,
 los otros para admirarlas,
 Óyense al lejos clarines,
 y chirimías y cajas,
 y a lengua suelta repican
 esquilones y campanas.
 Mas no vienen los hidalgos
 armados hasta las barbas,
 ni el pálido rostro asoman
 las bellas amedrentadas;
 que no doblan los tambores
 en son agudo de alarma,
 ni las campanas repican
 a rebato arrebatadas:
 que es *la procesión del Corpus*
 que ya traspone las gradas
 del atrio, y el rey don Pedro
 acompañándola baja,
 Padillas y Coroneles,
 y Alburquerque se adelantan
 con Osorios y Guzmanes,

pompa ostentando sobrada.
 Y bajo un palio don Pedro
 de ocho punzones de plata,
 descubierta la cabeza,
 y armado hasta el cuello, marcha.

En torno suyo, el cabildo
 diez individuos encarga
 que de escuderos le sirvan
 en comisión poco santa;
 mas tiempos son tan ambiguos
 los que estos monjes alcanzan,
 que tanto arrastran ropones
 como broqueles embrazan.
 Entre ellos se ve a don Juan
 de Colmenares y Vargas,
 que deja por vez primera
 la reclusión de su casa.

No porque el año ha cumplido,
 sino porque el año paga,
 y doblas redimen culpas
 si se confiesan doradas.

Rosas deshojan sobre ellos
 las hermosísimas damas,
 y toda es flores la calle
 por donde la corte pasa.
 Envidia de las más bellas
 salió a un balcón del alcázar
 la hermosísima Padilla,
 origen de culpas tantas.
 Hízola venia don Pedro,
 y al responderle la dama,
 soltó sin querer un guante,
 y ojalá no le soltara.
 Lanzóse a tomar la prenda
 muchedumbre cortesana:
 muchos llegaron a un tiempo,
 mas nadie tomarla osaba,
 que fuera acción peligrosa
 aparte de lo profana.

Partiendo la diferencia,
salió de la fila santa
el bizarro Colmenares
con intención de tomarla.
Mas no bien dejó su mano
del palio el punzón de plata,
y puso desde él al rey
cuatro pasos de distancia,
cuando un mancebo iracundo
con irresistible audacia
se echó sobre él, y en el pecho
le asentó dos puñaladas.

Cayó don Juan, quedó el mozo
sereno en pie entre los guardias,
que le asieron, y don Pedro
se halló con él cara a cara.
La procesión se deshizo,
volvió gigante la fama
el caso de boca en boca,
y ya prodigios contaban.
Juntáronse los soldados
recelando una asonada,
cercaron al rey algunos,
y llenó al punto la plaza
la multitud codiciosa,
de ver la lucha empezada
entre el sacrilego mozo
y el sanguinario monarca.
Duró un instante el silencio,
mientras el rey deyoraba
con sus ojos de serpiente
los ojos del que le ultraja.

«¿Quién eres?» dijo por fin,
dando en tierra una patada.
«Blas Pérez», contestó el mozo
con voz decidida y clara.
Pálido el rey de coraje,
asióle por la garganta,

y así en voz ronca le dijo:
que la cólera le ahogaba:
«¿Y yendo tu rey aquí,
voto a Dios, por qué no hablaste,
si con ocasión te hallaste
para obrar con él así?»

Soltóse Blas de la mano
con que el rey le sujetaba,
y señalando al difunto
repuso tras breve pausa:
«Mató a mi padre, señor,
y el tribunal por su oro
privóle un año del coro,
que en vez de pena, es favor.
—Y si vende el tribunal
la justicia encomendada,
¿no es mi justicia abonada
para quien justicia mal?»

—Cuando el miedo o la malicia
(dijo Blas) tuercen la ley,
nadie se fía en el rey,
medido por su justicia.

Calló Blas, y calló el rey
a respuesta tan osada,
y los ojos de don Pedro
bajo las cejas chispeaban.
Tendiólos por todas partes,
y al fuego de sus miradas,
de aquellos en quien las puso
palidecieron las caras.
Temblaron los más audaces,
y el pueblo ansioso esperaba
una explosión en don Pedro,
más recia que sus palabras.
Rompió el silencio por fin,
y en voz amistosa y blanda
el interrumpido diálogo
así con el mozo entabla:

«¿Qué es tu oficio? —Zapatero.

—No han de decir, vive Dios, que a ninguno de los dos en mi sentencia prefiero.»

Y encarándose don Pedro con los jueces allí que estaban, dando un bolsillo a Blas Pérez, dijo en voz resuelta y alta: «Pesando ambos desacatos, si con no rezar cumple él en un año, cumples fiel no haciendo en otro zapatos.»

Tornóse don Pedro al punto, y brotó la turba osada murmullos de la nobleza y aplausos de la canalla. Mas viendo el rey que la fiesta mucho en ordenarse tarda, echando mano al estoque dijo así ronco de rabia: «La procesión adelante, o meto cuarenta lanzas y acaban, voto a los cielos, los salmos a cuchilladas.»

Y como consta a la iglesia que es hombre el rey de palabra, siguieron calle adelante palio, pendones y mangas.

LEÍDOS POR LOS ACTORES

EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE

en los días 6 de septiembre y 11 de octubre de 1839.

HERMANOS COMO ESPAÑOLES

Hartas, ¡oh patria! lágrimas corrieron,
de sangre fraternal hartos arroyos,

de hartos valientes el sepulero fueron
charcas extensas, y profundos hoyos.

Hoy, que calmada la sangrienta lucha
tremolan a la par ambas banderas,
blando suspiro en derredor se escucha,
corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, sí, los párpados preñados
ha largo tiempo reventar querían,
mas en la lid los ojos ocupados
a vista de la sangre no podían.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,
y ya amigos y libres ciudadanos,
la sangre de esas lizas olvidemos
que quema el corazón, mancha las manos.

LIBRES COMO ESPAÑOLES

Libres también como nosotros eran;
no más su mengua tolerar pudieron,
y helos aquí que con orgullo esperan
bajo la enseña a que contrarios fueron.

Tended los brazos de matar dolidos,
libres tended las callecidas manos,
que no hallaréis traidores escondidos
tras el disraz de libres y de hermanos.

Aquí está el trono que amparar debemos,
aquí la patria y religión y leyes;
que aquí igualmente repartir sabemos
Libertad a los pueblos y a los reyes.

GENEROSOS COMO ESPAÑOLES

No hay más que un tabellón y una
[bandera;
un sol alumbra, un ídolo se adora;

la frente ante él humillan altanera
ambas huestes, vencida y vencedora.

De ambas la sangre en la montaña hu-
[mea,
tumba a entrambas común dió la montaña,
de ambas la sangre con honor se orea,
que a ambas dió sangre la orgullosa Es-
[paña.

Ambas al fin de libertad reciben
sin mengua ni mancilla el blando yugo; a
ambas con leyes fraternales viven,
y donde no hay traición sobra el verdugo.

Venid, hermanos, a la par nacimos;
al par dejamos la contienda fiera:
¿queréis más...?, olvidamos que vencimos.
No hay más que un pabellón, y una ban-
[dera.

Aquella antigua raza de valientes
cuyo brío español sembró el espanto,
por medio de las huestes insolentes
que atropelló en Clavijo y en Lepanto;

los que a Roma absoluta dieron leyes,
los que sus velas por la mar tendieron,
dando a otro mundo religión y reyes,
hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos a error, como nacidos,
en contienda civil se desgarraron,
ellos solos en bandos divididos
después que se batieron, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;
por arreglar nuestras contendas fieras,

harto como valientes combatimos;
pleguemos de una vez nuestras banderas.

A ello nos brindan con tranquila sombra
de nuestras flores las silvestres calles,
de nuestras mieses la pajiza alfombra,
y el verde pabellón de nuestros valles.

Que vale más gozar en la pobreza
paz que a fuerza de sangre nos comparamos,
que a otro pedir con criminal pereza
la libertad que conquistar podemos.

¡Sí, ciudadanos!, raza de valientes
cuyo brío español sembró el espanto
por medio de las huestes insolentes
que huyeron en Clavijo y en Lepanto:

no olvidéis que por premio merecido
esos extraños, de la paz carcoma,
querrán lo que salvar hemos podido
de las garras hipócritas de Roma.

No más de sangre bajarán teñidos
los manantiales que la cumbre brota
a contar a los pueblos afligidos
en cada infausto triunfo una derrota.

No más, luchando con el rudo viento,
de cuervos roncos agorero bando,
vendrá a mecerse donde el son violento
del cóncavo cañón le esté llamando.

No más al rayo de amarilla luna
vagarán por la noche en la montaña
las sombras de los héroes sin fortuna
que gloria piden y sepulcro a España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron
cuando la vida por su patria dieron;

la gloria y el sepulcro que compraron
cuando a los pies de su pendón cayeron.

¡Victimas santas! Sombras doloridas
que insepultas dormís en la llanura,
ya a través dejan ver vuestras heridas
un sol de libertad y de ventura!

Ya podéis sin temor a la vergüenza
alzar los ojos del sangriento caos;
no queda ya quien huya ni quien venza:
¡Fantasmas de los héroes, levantaos!

No receléis que al levantar la frente,
tras rota Peña o desplomado muro
quede algún campesino irreverente
que os aseste traidor plomo seguro.

Alzaos, sí: la paz de que gozamos
nosotros solamente nos la dimos,
no de extranjera grey la mendigamos,
que a nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,
nuestra es la santa ley que obedecemos;
grande o mezquina nuestra gloria sea,
obra fué nuestra, y nuestra la queremos.

¡Atrás las lises de la intrusa Francia!
¡Atrás los mercaderes de Inglaterra!
Mientras valor nos quede y arrogancia,
no ha de faltarnos libertad, ni tierra (1).

A LA LUNA

Bendita mil veces la luz desmayada
que avaro te presta magnífico el sol;

(1) Esta última composición fué prohibida por el Ayuntamiento antes de ser leida. *¡Es que somos hoy muy españoles y muy atrevidos!*

bendita mil veces, ¡oh luna callada!
tu luz que no enturbia dudoso arrebol.

En buen hora vengas, viajera nocturna,
que el mundo en silencio visitando vas,
esposa que viene constante a la urna
que guarda los restos del bien que amó más.

En buen hora vengas, amante Lucina,
en pos de tu bello dormido Endimión,
celosa asomando la faz argentina
por ese estrellado y azul pabellón.

¡Oh!, miente quien dice que velas traí-
[dora
cubriendo del crimen el réprobo afán,
que aguardan inquietos tu luz bienhechora
los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres, ¡oh luna!, la lámpara opaca
que trémula vierte siniestra su luz
en bóveda impura do nunca se aplaca
el alma a quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tea que alumbrá maldita
las manchas de sangre de regio panteón,
a cuyos reflejos soñando se agita
aun de ella sedienta rabiosa visión.

No, no eres la hoguera del gran cemen-
[terio
que guarda el del mundo secreto final,
que en esa morada de sombra y misterio
sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas
que hierven, y turban la sombra doquier;
no vienen contigo las nieblas odiosas
que doblan el ruido, y nos roban el ver;

no vienen contigo los vagos ensueños
que acosan y hieren el ruin corazón,
las torvas fantasmas de tétricos ceños
que cruzan los aires en pos del turbión.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,
cual blanca creencia de casta niñez,
cual ángel que espía la triste plegaria
que eleva al empuje llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,
fanal de consuelo, de paz y de amor,
en alas de suave balsámico viento,
que arruga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,
las lindas quimeras de antiguo placer,
las sombras queridas que alegre retrata
la mente olvidada del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,
los besos que expiran del labio al salir,
las bellas historias de efímeras cuitas,
dichas a una reja que temen abrir.

Y vienen contigo los himnos errantes,
la enseña embozada con una canción
que atrae a los ojos osados y amantes
un rostro que aguarda la seña a un balcón.

Y vienen contigo las dulces memorias,
la audaz esperanza, la gloria inmortal,
fantásticas luces que van ilusorias
al soplo expirando de ráfaga real.

¡Ah, todo es consuelo, regalo y ventura,
fanal misterioso, delante de tí
Suspiran las fuentes, el río murmura,
aquí te gorjean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,
el bosque se puebla de sombras de paz,
y el aire sonidos dulcísimos llenan
que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna!, cuántas veces tu luz ha alum-
brado
mi larga vigilia, mi breve ilusión;
¡Luna!, cuántas veces con ella ha sonado
perdida en el viento mi triste canción.

Y aún cuántas veces allá todavía
en playas remotas tal vez sonará,
Entonces, ¡oh luna!, la cítara mía
¿qué oído en sus ayes o risas tendrá?

Tal vez entre el recio menudo ramaje
que ciñe del ancho desierto el lindal,
responda a mis voces un ave salvaje
huyendo a lo largo del seco arenal.

Tal vez a la orilla del mar tempestuoso
tu pálida imagen por él seguiré;
tal vez con las ondas del mar proceloso
mis lágrimas turbias mezclarse verá.

Y acaso mis ojos, del agua que broten
por entre el ardiente confuso cristal,
verán sin que nunca sus fuentes se agoten
huir por los cielos tu errante fanal.

¡Luna!, si esa noche de angustia llegara,
si huyera esquivando mi pueblo español,
¡luna!, más valiera que el sol te prestara
un rayo que apague mi gloria y mi sol.

Mas no, clara y celeste peregrina
luz de los bosques, de los tristes luz,

a cuyos rayos el amor camina
e invoca el justo al que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,
amiga del cantar del trovador,
tú que refrescas el modesto broche
que a tu luz plega la silvestre flor;

tú me darás magníficos cantares,
grandes como tu Dios y como tú,
como esos que del cielo luminares
orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás a mi sonante lira
el fuego del profeta que lloró
el peligro de Pérgamo y Thyatira,
la rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,
cuya rápida y trémula ilusión
pinta el mar, y el arroyo y la laguna
en vistosa y flotante aparición:

de cuya imagen en redor tranquila
allá en bosques de conchas y coral
de errantes peces multitud se apila
que te besan tu imagen de cristal;

tú a quien un ángel invisible guía
y millares de estrellas van en pos,
tú me darás palabras de armonía
con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana
que, del bosque en la oscura soledad,
en brazos de un mortal buscó profana
misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros
de ese bello y perdido cazador

que los valles audaz cerró seguros
con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera,
tan sólo por tu tibia brillantez,
y no veo en tu espléndida carrera
más que la mano del eterno juez.

Surca, ¡oh lunar!, esos techos de topacio
que él te señala por camino a ti,
mientras que preso en reducido espacio
su voz espero cuando venga a mí.

A mí, que ingrato y prófugo poeta,
creo en el Dios a cuyo soplo fué
cuanto en la tierra y en la mar vegeta,
cuanto no he visto ni jamás veré.

¡Ah!, cuando el mundo en su erial de-
[sierto
me dé un lecho de tierra en que dormir,
y vayan presa del destino incierto
conmigo mis cantares a morir,

¡oh lunar!, si en mi túmulo no brilla
de humana gloria la extinguida luz,
euelga al menos tu lámpara amarilla
sobre su rota y olvidada cruz.

HORIZONTES.

I

Lanzó al mundo en mitad de las tinieblas
el soplo del Señor, y empezó el mundo
a rodar en un piélago de nieblas
cercado del silencio más profundo.
Miró la creación el que la hizo,
mas no le satisfizo;

y rasgando sus negras colgaduras
sacudió con su planta el firmamento;
brotó una chispa, se inflamó en el viento,
y el sol se derramó por las alturas.

II

«Tú girarás, le dijo, eternamente;
cuatro estaciones marcarás iguales,
y será tu fanal resplandeciente
la sombra de mis ojos inmortales.»

Giró el sol, y a su vista alborozado
el mundo iluminado
en himno universal rompió sonoro,
y cuanto tuvo un soplo de existencia
exhaló sonoro en su presencia
música dulce en acordado coro.

III

Mecióse el mar con colosal murmullo,
el viento resonó por las montañas,
murmuró el bosque soñoliento arrullo,
e hirió el arroyo sus sonantes cañas.
Ensayaron sus cánticos las aves,
armoniosos y graves
los acentos del hombre resonaron,
y con notas más roncás y severas
su voz alzaron sin compás las fieras,
y los ecos salvajes la imitaron.

IV

Fuente de luz y manantial de vida,
el sol fecunda nuestra madre tierra,
y en arroyos al llano convertida
vierte la nieve que apiló en la sierra.
Mil
Brotan a su calor yerbas y flores,

sus manchas y colores
da a cuanto dora con su lumbre pura,
y mil insectos que las auras hieden
a separar solfichitos atienden
del semen virgen la semilla impura.

V

Mas o vacilan mis cansados ojos,
o yo he visto en oriente y en ocaso
lagos de sangre cuyos pliegues rojos
al sol alfombran el gigante paso.
Y jamás comprendió mi entendimiento
el misterio sangriento
que ese color del horizonte vela:
y por más que lo pienso y lo medito,
nada el arcano que conserva escrito
ese renglón de sangre me revela.

VI

He visto al sol posarse en el oriente
al derramar su esplendorosa lumbre,
y le he visto posar en occidente
al trasponer la postrimera cumbre.
Magnífico a su vuelta y su partida,
su marcha y su venida
mudo y absorto cada vez contemplo:
él recogé sus rayos o los suelta,
y siempre a su venida y a su vuelta
de Dios concibo al universo templo.

VII

Sí, siempre posa un punto en el oriente
y otro punto al doblar la última cumbre,
mas siempre ciñe en su alba y su occidente
banda sangrienta su radiante lumbre.

Entramos los crepúsculos clarean
mientras al sol rodean
ráfagas anchas de color sangriento,
y al irse y al venir, su última tinta
ese triste color siniestro pinta
en el confín del azulado viento.

VIII

¿Qué guarda ese rojizo cortinaje
en los remates de la luz prendido?
¿Un torbellino no hay que le desgaje
si a alcance de los vientos va prendido?
Si es un vapor que se desprende lento,
espeso y turbulento
de la esencia del sol, ¿en su camino
no hay solfeito un ángel cuyo brazo
arranque de la luz ese pedazo
que mancha al sol su resplandor divino?

IX

Si es de los aires ilusión dudosa
que la distancia en el azul suspende,
¿por qué no pinta su ilusión de rosa,
y no ese rojo pabellón que ofende?
¡Necio de mí, gusano de la tierra,
que quiero lo que encierra
saber el mundo en su invisible centro,
y demando a su autor omnipotente,
cuando nací a adorarle solamente,
y para amarle por doquier le encuentre!

X

Al hundirse la luz detrás del monte
sorbida entre las nubes y las breñas,
lumbre vomita el trémulo horizonte
que en sangre tiñe las enormes peñas.

Faja de sangre, inmensa banderola
que en su alcázar tremola
el que hizo el mundo de ceniza vana,
cual rojo lienzo que pirata osado
desplega ante el bajel atribulado
que a todo trapo por huir se afana.

XI

Que era el sol un espejo trasparente
donde el Señor su creación veía,
y desde él derramaba omnipotente
dulce vida de amor y de armonía.
Y hubo un instante en que amoroso quiso
al hombre abrir su santo paraíso
tras aquella existencia de ventura;
mas a Dios usurpando su derecho
de deshacer lo hecho,
sangre vertió la necia criatura.

XII

La tierra se manchó: Dios indignado
quitóse del cristal, y su reflejo
con los ojos de Dios iluminado,
pintó la mancha y sombreó el espejo.
Volvió asimismo Dios al sol mandando:
«Tú seguirás rodando;
su raza alumbrada, y que lidiando crezca,
la tierra empape con su sangre impura,
mas cuando quede con la sangre oscura
no la reflejes más, y que perezca.»

XIII

Dijo Dios, y cerróse en su santuario,
y al rudo golpe que sus puertas dieron,
la madre tierra con impulso vario
monstruos sedientos de matar cubrieron.

XIV

Nino, Nembrot, Sesóstris y Cambises
de sangre a Egipto con furor regaron;
Alejandro, Conón, Jerjes y Ulises
en sangre a Grecia sin piedad bañaron;
Grecia tragó al Egipto, a Grecia Roma,
y en Roma, que desploma
sus legiones doquier, y ansiosa apila
montones de coronas sin cabezas,
metió a pisar su gloria y sus grandezas
su negro palafren el torvo Atila.

XV

¡Y eso es la gloria y las hazañas eso!
Los héroes nacen, y la tierra tinta
por do queda su pie con sangre impreso
la negra mancha en el espejo pinta.
Venid, guerreros, degollad sin tino,
que el sol va su camino
la luz menguando sin cesar siguiendo,
y cada estatua a vuestra gloria alzada
es una sombra que la luz menguada
del moribundo sol va carcomiendo.

IMPRESIONES DE LA NOCHE

Hay pensamientos que en la mente viven
en un rincón de la memoria echados,
cual los insectos que su ser reciben
de los arbustos a que están pegados.

Duermen al parecer, mas como aquéllos
al soplo de una brisa se levantan,
crecen, vuelan, y al fin toman cual ellos
formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fe contrarias,
vagas visiones de la noche umbría,
bullir las vemos en la noche fría,
nada en la esencia y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la me-
[moria
silenciosa mansión] gracias postizas,
y que reciben faz, cuerpo e historia,
en los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,
y con murmullos infinitos suenan,
en las alas del viento van livianas,
y el alma, el viento y el espacio llenan.

¡Paso, de cieno fábulas impuras!
Paso dejad al noble pensamiento,
que anhela respirar auras más puras
en el cóncavo azul del firmamento.

¿Piensas, turba de sueños impostora,
hacerle por el miedo tu vasallo,
como al son de la fusta cimbradora
jinete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:
si el corazón cobarde os dió aposento,
hoy necesita, imbéciles visiones,
todo mi corazón mi grande aliento.

Con la noche venís, y osáis con ella
turbar al corazón que en paz reposa;
mas de la noche en el poder se estrella
vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso! mis ojos en su azul tendidos
la paz que le robáis otra vez hallan,
y en los misterios de la fe perdidos
vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impía
a la influencia celestial acudo,
y de la noche silenciosa, umbría,
la solitaria inmensidad saludo.

I

¡Salve!, tienda magnífica colgada
de polo a polo sobre el aire manso
del caduco universo destinada
a proteger el funeral descanso.
¡Salve a quien mora en la escondida altura
detrás de esa estrellada colgadura!
¡Salve a quien vela el agitado sueño
de esos gusanos que, a sus pies tendidos,
manchan con sus alientos corrompidos
la orla imperial del manto de su dueño!

II

Sí, que a mis ojos se resiste en vano
de la insondable eternidad el velo,
y yo veo, Señor, tu inmensa mano
tras el azul del trasparente cielo.
Infinita, Señor, tu omnipotencia,
infinito el abismo de tu ciencia,
infinito tu ser, y Tú infinito,
NO HAY MÁS QUE TÚ; y tu soplo poderoso
que anima el mundo, presta generoso
vida a la alma virtud, vida al delito.

III

Que Tú, amasando el polvo de la nada
con tu suprema voluntad un día,
diste al hombre esta espléndida morada,
igual para el que fué y el que sería.
«¿Quieres vivir?—tu aliento es el espacio.
¿Quieres tener?—el orbe es tu palacio.

¿Quieres mandar?—al señalarlo nombre
puedes gozarlo e invadirlo todo.
Yo, que a mi gloria te saqué del lodo,
fe y libertad te doy», dijiste al hombre.

IV

Y el hombre fué; y el hombre envane-
ciéndose, olvidando al Señor que le formara,
no partió por igual lo recibido,
se armó insolente y le volvió la cara,
Oídos dando al corazón villano,
el hermano lidió con el hermano,
el hijo con el padre en torpe guerra,
el alma en las entrañas se buscaron,
y uno de otro en la sangre se bañaron
por un pie más de la heredada tierra.

V

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,
ingrata viendo a tu mejor hechura,
sobre el mundo tendistes ofendido
la espesa sombra de la noche oscura.
Volviéndote a tu carro rutilante,
empuñaste las bridas de diamante,
tus caballos de fuego se lanzaron
por el espacio, y caminando a oscuras,
el choque de sus recias herraduras
miles de estrellas en su azul brotaron.

VI

Al ceño de tu cólera divina
los mundos con pavor se estremecieron:
confundióse su esencia peregrina,
y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado

las ondas de la mar, y desbocado,
 en hombros cabalgando de las nieblas,
 su pedrisco doquier vertió sin tino,
 y borrando las lindes del camino,
 tierra y mar embozó con las tinieblas.

VI

VII

¿Quién osará, Señor, en la memoria
 la idea renovar de tu honda ira?
 El mundo sabe la tremenda historia,
 y aun al mentarla de terror suspira:
 La obra de tu poder atropellando
 seguías tú la creación cruzando,
 sin término, ni objeto, ni vereda,
 y tus ojos, Señor, relampagueaban,
 y las nubes errantes reventaban
 de tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII

Todo cayó a tus pies; todo en pedazos
 a volver se aprestó a su antigua nada;
 pero su polvo tropezó en tus brazos,
 y a ser tornó la fábrica empezada.
 Te volviste a mirar sobre tus huellas,
 y al ver que de tus ojos las centellas
 lo iban todo a incendiar, compadecido
 la noche hicistes, que tendió en el cielo
 su pabellón azul de terciopelo,
 que en medio del zenit quedó prendido.

IX

Tras él está velando tu pupila:
 mansa tras él la creación pasea,
 y el universo de terror vacila
 a su gran resplandor si pestañea.
 Las nubes con su luz se tornasolan,

el oriente y ocaso se arrebolan
 con sus puros y espléndidos colores,
 y a su dulce calor se alza indecisa
 la perfumada y soñolienta brisa
 que susurra en la yerba y en las flores.

X

¡Salve otra vez, magnífica cortina,
 que ante los ojos de tu Dios colgada,
 la lumbre de sus ojos te ilumina
 sobre el desierto del dolor plegada!
 Yo sé en mi corazón, noche sombría,
 que es tu manto de rica argentería
 prenda de que nacimos sus vasallos,
 que al salpicarte Dios con tus estrellas,
 nuestro orgullo alumbró con las centellas
 que brotan de los pies de sus caballos.

FE

«En manos del placer adormecido,
 sin otro porvenir que los placeres,
 el oro y las mujeres
 mi solo Dios y mi esperanza han sido.
 ¡Lindas quimeras de mi edad pasada
 que me dejáis el alma emponzoñada!
 Decid, ¿dónde habéis ido?»

III

«Lancéme a los deleites avariento,
 gocé con ansia y apuré su hartura;
 mi Dios y mi ventura
 asentó en el placer mi pensamiento.
 Otro esperar mi corazón no quiso;
 y hoy, ¿dónde hallar el dulce paraíso
 que edificué en el viento?»

«En dónde estás, riquísimo tesoro
de placer y de amor, lánguida Elvira,
con cuyo amor respira
mi corazón, y cuya sombra adoro?
Elena, Inés... bellisimas traidoras,
¡ay!, ¿qué habéis hecho de mis dulces horas
y mis montones de oro?»

«¿Qué he de hacer sin vosotras y sin ellos,
sólo afán, ¡ay de mí!, con que he vivido,
sólo Dios que he creído?
Fe de mi juventud, delirios bellos,
¿qué he de creer ni de esperar ahora
que tornándose van hora por hora
más blancos mis cabellos?»

«Y do encender la lámpara apagada
de mi dudosa fe, do ir por consuelo,
si yo del santo cielo
en el escrito azul no sé leer nada?
¡Si en su vieja impiedad endurecida
no ve tras dél el alma envilecida
su fin y su morada!»

«Imposible creer!, pero, ¡ay!, cuán duro
en duda pertinaz ir caminando
sin creencia esperando
un negro más allá nunca seguro.
¡Ay del que nada cree y en nada espera,
y no encuentra una luz que alumbre fuera
de caos tan oscuro!»

«No, no me sé amparar del cielo santo,
que perdón no tendrá tanto delito:
del castigo infinito
si me le atrevo a imaginar me espanto.
¡Mejor es no creer! Triste es la duda,
mas no hay puerto mejor adonde acuda
por entre escollo tanto.»

Así pensó el ateo, ¡y cuán en vano!,
que al olvidar su celestial esencia,
de la tenaz conciencia
dentro del corazón sintió el gusano.
Tornóse al cielo en su árida agonía,
mas nada en él delectar sabía
su corazón profano,

Ciego que sabe que la luz existe,
que oye elogiar el resplandor del cielo
y no le es dado desgarrar el velo
que ante sus ojos a la luz resiste,
¡mira!, le dicen, y en su audaz deseo
tórname a ver y exclama: ¡nada veo!,
desesperado y triste,

¡Mejor es no creer! Y abandonado
sin esperanza en brazos de sí mismo,
por el oscuro abismo
de la duda fatal va despeñado:
¡Mejor es no creer! Y en su agonía
siente que llega el postrimero día;
y ¡ay del si se ha engañado!

¡Ay del jardín donde las zarzas crecen!
¡Ay del palacio que las aves moran!
Y ¡ay de los siervos que piedad imploran
cuando en presencia del Señor parecen!
Y ¡ay!, ¡ay de los que cruzan el desierto,
y no conocen el camino cierto,
y en la mitad del arrenal perecen!

II

Espíritu blanco y puro
que con tu fanal seguro,
por el lóbrego recinto
del mundano laberinto
mis pasos guiando vas;

ángel que invisible velas
mi existencia y me consuelas,
y en la noche sosegada
a la orilla de mi almohada
mi sueño guardando estás;

tú que con alas de rosa
de mi mente calurosa
benigno apartas y atento
el mundano pensamiento
y la torpe tentación:
¡ay!, ¡nunca de mí te alejes,
nunca en soledad me dejes
sin que tu fanal me alumbré,
y esa ruin incertidumbre
no me roa el corazón!

Espíritu soberano,
tiéndeme siempre tu mano,
y mi afán, mi pensamiento
enderezá al firmamento,
¡oh espíritu tutelar!
Y en la noche silenciosa
si brota mi fe dudosa
alguna plegaria impía,
con tu aliento de ambrosía
purifícala al pasar.

Ángel cuya sombra adoro,
cuyo nombre santo ignoro,
cuyo semblante no veo,
y en cuya presencia creo,
y cuya existencia sé,
muéstrame el camino cierto
de este mundo en el desierto,
y ¡guay, que sin fin no vague
y con los vientos se apague
la lámpara de mi fe!

A ESPAÑA ARTÍSTICA

SONETO

Torpe, mezquina y miserable España;
cuyo suelo alfombrado de memorias
se va sorbiendo de sus propias glorias
lo poco que ha de cada ilustre hazaña,
traidor y amigo sin pudor te engaña,
se compran tus tesoros con escorias,
tus monumentos, ¡ay!, y tus historias
vendidos llevan a la tierra extraña.
¡Maldita seas, patria de valientes,
que por premio te das a quien más pueda
por no mover los brazos indolentes.
¡Sí, venid, ¡voto a Dios!, por lo que queda
extranjeros rapaces, que insolentes
habéis hecho de España una almoneda!

IRA DE DIOS

EL ÁNGEL EXTERMINADOR

En un confin recóndito del cielo,
de una selva viviente circundado,
denso y confuso y misterioso velo
que le tiene del orbe separado,
hay un alcázar de azabache, oscuro,
que en un hondo torrente ensangrentado
la sombra pinta de su inmenso muro
en contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
que en los jardines del Edén murmurara,
en tal lugar estremeció perdida
del rudo bosque la hojarasca dura;
ni el sol radió con fugitiva lumbre,
ni sonó por la lóbrega espesura,

ni retumbó la cóncava techumbre
más que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color e inmóvil,
que aquel recinto por doquier rodea,
hace el pavor de quien se acerca doble,
y doble el caos a quien ver desea;
sólo se alcanza entre las altas puntas
que el recio vendaval nunca cimbréa,
entre dos torres del alcázar juntas
un faro que en la sombra centellea.

Ni ser alguno penetró el misterio
que guarda allí la ciencia omnipotente,
ni se sabe cómo es aquel imperio
donde nunca se oyó rumor de gente;
ni arcángel sabio, ni profeta diestro
de este sitio alcanzó confusamente
más que la lumbre del fanal siniestro
y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
en este alcázar negro y escondido,
donde nunca llegó pie temerario,
ni descansó jamás ojo atrevido,
ni más sol alumbró que el rayo rojo
del fanal en sus torres suspendido,
tiene el Señor las áreas de su enojo
y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
que al son de aquellas aguas se adormece,
y a los ojos de Dios sólo visible
al acento de Dios sólo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
cuando deja el lugar do se guarece,
el rayo ardiendo y el carcaj al hombro
pronto a la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento,
la eternidad existe en su memoria;
él solo del sagrado firmamento
entera sabé la infinita historia;
y al solo ruido de sus negras alas,
a su sola presencia transitoria,
del firmamento en las eternas salas
se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
arcángel torvo que las vidas cuenta,
vela de Dios el arsenal ardiente
y los ultrajes del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
relincha con la voz de la tormenta,
y allí está con su lanza y su loriga
la copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible
el ancho vaso hasta los bordes lleno,
el tremendo licor incorruptible
de las iras de Dios; y en su hondo seno
se fermenta la esencia del granizo,
y de la peste el infernal veneno,
y el germen del relámpago pajizo,
y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
el zumo allí de la cicuta hendida,
la sed del tigre que la sangre huele,
y de la hiena la intención torcida.
Y allí bulle en el fondo envenenado
la única de furor lágrima hervida
con que lloró Luzbel desesperado
su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inexpugnable,
instrumentos de la ira omnipotente,
germinan en rebaño formidable

las mil desdichas de la humana gente.
Y los vicios en torpe muchedumbre
se apiñan a beber la luz caliente
de aquel fanal de cuya viva lumbre
es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
a ejecutar la voluntad divina,
el misterioso espíritu tremendo
que en este alcázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
ase la copa, y por doquier camina
el aire inflaman sus airados ojos
y las estrellas con los pies calcina.

Con él va la tormenta; el trueno rónico
bajo sus alas cruje; desgrenada
de armas y quejas con estruendo bronco
la guerra detrás de él va despeñada;
y asidas a las orlas de su manto,
van tras él con la muerte descarnada,
la peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
y la ambición de crímenes preñada.

El espacio a su vista palidece
y entolda su magnífica apariencia;
el disco de la luna se enrojece,
y mancha el sol su fulgurante esencia.
Doquier las nubes que su sombra evitan
se chocan y se rompen con violencia,
y cometas doquier se precipitan
présgaos, ¡ay!, de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,
y con gigante voz muge y atruena,
la planta de sus pies torna en ceniza
la limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina;
pisa en el valle y de fetor le llena;

y en la ciudad que a perecer destina
vierte el licor fatal y la envenena;

Y ese el arcángel fué que inexorable
lanzó al desnudo Adán del paraíso,
y de su raza en él junta y culpable
fijó a la vida término preciso.
Él arrancó en el Gólgota empinado
el ¡ay! postrero que exhaló sumiso
el Dios que de la mancha del pecado
borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
del pueblo santo ante el becerro impuro;
sentenció a Baltasar y a Babilonia
con tres palabras que pintó en el muro;
inspiró al receloso Ascalonita
el degüello fatal, y abrió seguro
el nicho a Faraón, que con su gente habita
del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alaricó a Roma,
llevó a Jerusalén a Vespasiano,
en una noche convirtió a Sodoma
en lago impuro y en vapor insano.
Rompió las cataratas del diluvio
cegadas al impulso soberano,
y encendió las entrañas del Vesubio
que buscó sin cesar otro Herculanó.

Y ese será el espíritu tremendo
cuya gigante voz sonará un día,
y a su voz de la tierra irá saliendo
la triste raza que en su faz vivía.
La creación se romperá en sus brazos,
y cuando toque el orbe en su agonía,
cuando a su soplo el sol caiga en pedazos
¿qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.

EL ESCULTOR Y EL DUQUE 25

CUENTO

DEDICADO A LA SEÑORA DOÑA MATILDE
O-REILLY DE ZORRILLA

Nota del autor a su mujer. Empecé la publicación de mis poesías conociéndote, y las concluyo con tu nombre.

Madrid, octubre 10 de 1840.

Año de más o de menos,
si no miente mi memoria,
mil quinientos veinte y dos
corren, y una tras de otra
por la preferencia luchan
las muy exquisitas obras
con que un escultor de Italia
admira a Sevilla toda.
Sin dar tiempo a que se olvide
la fama que uno le cobra,
reputación y caudales
siempre la última le dobla.
Siempre dél espera el vulgo,
y siempre el vulgo se asombra
al ver el nuevo prodigio
de su mano creadora.
No hay rico que no le encargue,
ni comunidad, por corta
o pobre que sea, a quien
una efigie no se rompa:
y habiendo por precisión
de buscar quien la componga,
más vale hacer otra nueva,
siquiera por la mejora.
Aquí tienen una Virgen,
pero es de mano muy tosca;
allí un crucifijo, y bueno,

pero la cruz es muy corta.
Acá un San Juan de rodillas,
¡cosa estupendal, más sobran
dos líneas de la peana
y nunca bien se acomoda.
Allá hay una Magdalena,
¡soberbia estatual, ¡gran cosal,
mas dicen que por desnuda
no es imagen muy devota.
Y así cada cual encuentra
pretextos que le ocasionan
del taller del Florentino
la visita rigurosa;
y así su fecunda mano
sin darse descanso brota
para uno un San Aquilino,
para otro una Dolorosa.
Y no es que maña o agrado
emplee, pues fama goza
que dar crédito pudiera
al pirata Barbarroja.
Alto, vigoroso, altivo,
aire audaz, mirada torva,
barba crecida hasta el pecho,
aliento recio y voz ronca,
mejor que artista parece
bandolero, y más importa
guardarse de él, que guardar
sus estatuas primorosas.
Alcanza fuerzas hereúleas,
cólera mucha y muy pronta,
y son de largos sus hechos
lo que sus frases de cortas.
No se acompaña con nadie,
ni a nadie contó su historia;
ni los valientes le arredran,
ni a los que callan provoca.
Es con las damas cortés,
y aunque frío con las mozas,

no es con ninguna grosero
 y retrata a las hermosas.
 Es largo con los soldados;
 que las armas le enamoran;
 que la salud siempre que alcanza
 las banderas españolas;
 y aunque con todos severo,
 jamás los chicos le enojan,
 aplaude a los revoltosos
 y acaricia a los que lloran.
 Lo mismo el sayo se ciñe
 que se revuelve la cota,
 lo mismo sacude el mazo
 que sacude la tizona,
 y sin que aperciba grande
 diferencia de uno a otra,
 lo mismo sierra un madero
 como una cabeza corta.
 Extranjero, y sin su gente
 que en su lengua le responda,
 que le recuerde sus gustos
 o le llore sus zozobras,
 ni conoce jerarquías,
 ni distingue de personas;
 jamás su trabajo lleva
 quien pródigo no le compra.
 Ni tiene ni quiere amigos,
 que por experiencia propia
 sabe que muy raras veces
 los que no cansan, no estorban.
 Y si los negros recuerdos
 de sus pesares le acosan,
 oscureciéndole el alma
 como tempestades torvas,
 que con negros nubarrones
 al son del viento se agolpan,
 con la fatiga del cuerpo
 los duelos del alma ahoga.
 Y el pensamiento en Florencia,

la ambición puesta en su gloria,
 para vivir solo y triste
 todo lo demás le sobra.

II

En un claustro de un convento,
 como a las tres de una tarde,
 hay gran reunión de gente,
 toda atenta y toda grave.
 Tornados tienen los ojos
 todos a la misma parte,
 los nobles y el populacho,
 los soldados y los frailes.
 De cuando en cuando se escucha
 murmullo y cortadas frases
 de los que no han visto y llegan,
 y de los que ven y parten.
 Unos dicen: ¡brava pieza!
 dicen otros: ¡cosa grande!
 Y se empujan y encaraman
 los de atrás en los de adelante.
 Uno alaba los contornos,
 lo leve otro del ropaje,
 otra las manos del niño
 otro el rostro de la madre.
 Quién, dice que la cabeza
 es un prodigio; admirable
 dice otro que es la invención;
 citando reglas del arte;
 y todos al par confiesan
 que ella es de las más cabales
 obras, que a pública vista
 se han puesto cien años hace.
 El que no entiende, ve y calla,
 y en ver hace lo bastante,
 que al buen callar llaman Sancho,
 y sobre ver esto baste.
 Lo más que a alguno le ocurre

de los muchos que *no saben*,
 es volviéndose, a algún monje
 preguntar: *¿Quién lo hizo, Padre?*
 A lo que con voz sonora
 dice satisfecho el fraile:
 «Se le encargó a un italiano,
 ¡y es gran cosa! Bien lo vale.»
 Como quien dice: *¡Se compra*
porque no habrá quién lo pague!
 Y el vulgo que atento le oye,
 se queda a oscuras como antes.
 Fué al fin disminuyendo
 la concurrencia, y la imagen
 quedó cercada en el claustro
 de unos cuantos personajes,
 todos ellos gente hidalga,
 si se exceptúan los Padres
 del convento, que les ríen,
 y lo que dicen aplauden.
 Mas entre todos hay uno
 cuyo exterior respetable
 decoran altas insignias
 civiles y militares,
 que con mirada severa
 y desabrido semblante,
 mirando estuvo gran trecho
 la escultura venerable.
 Y recogidos los párpados,
 frunció el ceño, fugándose
 las miradas de los ojos
 cual si mucho le pesase
 que sospechen de la estatua
 lo que piensa o lo que sabe,
 está en situación confusa,
 difícil, e inexplicable.
 Mostráronle una tras otra
 las bellezas y bondades
 de la estatua, lo armonioso
 de la escultura y lo fácil;

la expresión y el movimiento
 del conjunto; y de las partes
 el desempeño y estudio,
 todo a cual más estimable.
 Mas él a las advertencias
 contestando con señales
 de atención poco expresivas,
 contemplábala el semblante.
 Y a fe que el de la Madona
 era cosa de admirarse,
 rostro peregrino y bello,
 en efigie cuanto cabe.
 Representóla el artista,
 sonriendo al tierno infante
 que la colocó en los brazos
 a su pecho alimentándose.
 Reía el niño y mirábala,
 sonreía ella mirándole,
 y revelaban entrambos
 el placer más entrañable;
 él libando de sus pechos
 néctar dulcísimo y suave,
 ella dándole la esencia
 de su purísima sangre: —
 y en situación tan sencilla,
 verdadera, e inefable,
 que era imposible sin lágrimas
 a sangre fría mirarles.
 Por último, añocheciendo
 y necesaria faltándoles
 luz, se apartaron del claustro
 los hidalgos y los frailes.
 Cerraron cuidadosamente
 la puerta con dobles llaves,
 y hasta el pörtico salieron
 tras el frío personaje,
 que devolvió sus saludos
 con atentos ademanes,
 como quien tal los merecía

y harto en recibirlos hace.
 Quedaron en pie los monjes
 hasta que volvió la calle,
 y él dió el brazo a un caballero
 que deja que le acompañe.

III

Cerraba espesa la noche
 fría, y amagando lluvia,
 por lo que aprietan el paso
 y los embozos se cruzan.
 Y entre el rumor de sus huellas,
 entrecortada y confusa
 de los dos nobles a trozos
 la conversación se escucha.

«—¿Qué os ha parecido, duque?

—Exquisita es la escultura.

—Mucha atención la pusisteis.

—¿Lo echasteis de ver?

—Sin duda.

—Más de una hora habéis estado
 delante de ella.

—Me gusta;

y os lo confieso, marqués,
 a estar hoy en venta pública...

—¿Eso os detiene?, pedidla.

Vos sois en Sevilla...

—Nunca;

eso fuera prevalerme
 de mi posición, segura
 mi ganancia, y pues los monjes
 la obra encargaron, ya es suya.»
 Siguiéron cruzando calles,
 tomando señas en unas,
 equivocándose en otras,
 como quien camino busca;
 y al cabo de muchos pasos
 y equivocaciones muchas,

llegaron frente una casa
 de una callejuela oscura.

«—Aquí vive, dijo el duque.

—¿Quién?

—Alabo la pregunta.

—¿Me habéis dicho adónde vamos?

—¿No?

—No.

—Pues muy oportuna

es la ocasión para verlo.»

Y a una violenta y ruda

aldabonada, la puerta

estremecida retumba.

Oyéronse en la escalera

pasos, y por las junturas

penetró la luz movable

con que por dentro se alumbran.

—¿Quién es?—preguntó dulcísima

una voz suave que anuncia

a una mujer, cuya forma

aun a la vista se oculta.

—Hidalgos—dijo el de fuera.

—¿Y a quién los hidalgos buscan?

—Al escultor Torrigiano.

¿No es quien vive aquí?

—Sin duda.

Se abrió la puerta, y entrando

los dos hidalgos a una,

sus dos ánimas quedaron

estupefactas y mudas.

Y aunque expresión muy diversa

muestran sus rostros, acusan

los dos el asombro interno

con que sus afectos luchan,

y a fe que asombro merece

lo que a contemplar se agrupan,

lo que aun a creer no aciertan

pasmados de la aventura.

Porque asida al picaporte

y a la luz trémula y turbia
de una bujía, que al soplo
del aire brilla insegura,
delante sus ojos tienen,
bella aparición nocturna,
de la Madona del claustro
la exactísima figura.

Aquel peregrino rostro,
aquella trenzada y rubia
cabellera, aquellos ojos
que al cielo el color anublan,
aquella sonrisa de ángel
tan celestial y tan pura,
aquellos brazos tornátiles
y aquellas manos menudas,
son, ¡vive Cristo!, las mismas
de la divina escultura,
y ello será brujería,
pero ambas a dos son una.
Mirábanse el uno al otro
los hidalgos, y confusa
mostrábase ella, su espanto
sin saber a qué atribuya;
hasta que el duque el embozo
bajando, la faz ceñuda

mostró a la luz, y la niña
conociéndola se turba.

«—¡Hola! (dijo aquél subiendo)
mucho de casas te mudas.»

Y ella contestó cerrando:

«—Ya veis, don Juan, que era mucha
la exposición de vivir
a solas con mi fortuna.»

—¡Hem!, dijo el duque, lanzando

una tos seca y profunda,
*no es nada tu compañía
si mucho tiempo te dura.*

Y mascullando otra tos
que la garganta le anuda,

llegó a una sala cuadrada
donde el florentino estudia.

Púsose en pie el escultor,
y arrimando dos sitaliaes,
excusó ceremoniales
hablando en este tenor.

TORRIGIANO

¿A qué fortuna merezco
el honor de esta visita?

DUQUE

A un señor que necesita
una obra, y os la ofrezco.

TORRIGIANO

Acepto, si la sé hacer
a gusto de esa persona.

DUQUE

Es copia de una Madona
que habéis concluido ayer.

TORRIGIANO

¿El tamaño?

DUQUE

A vuestro gusto,
como me la hagáis igual,
la semejanza cabal
es en ella lo que ajusto.
¿Aceptáis la condición?

TORRIGIANO
 Si no es como la prometo,

a dáosla me someto
 sin gozar retribución.
 Pero si igual ha de ser,
 francamente os quiero hablar,
 tengo allí que retratar
 a mi hijo y mi mujer.

DUQUE
 ¡Cómo!

TORRIGIANO
 Tuve ese capricho
 en la que ayer concluí,
 y a no ser la estatua así
 es imposible lo dicho.

DUQUE
 ¿Y ese amante desvarío
 puedo yo culparos? No.
 Haré vuestro gusto yo,
 si vos me cumplís el mío.

Callaron por un momento
 como quien recela o duda,
 y un punto consigo mismo
 su resolución consulta.
 Y el hidalgo y el artista,
 que uno de otro se aseguran,
 al mismo tiempo dejando
 su actitud meditabunda,
 cambiaron como por prendas
 de la confianza última,
 esta respuesta el hidalgo
 y el artista esta pregunta.

TORRIGIANO
 Pues que no anduvimos parcos
 de explicaciones los dos,
 ¿me diréis si es para vos?

DUQUE
 Llevádsela al duque de Arcos,
 ¡que no os pesará, por Dios!

IV

Y yendo y viniendo días,
 y sin tregua el escultor
 trabajando, a los cuarenta
 la Madona se acabó.
 Copia completa y exacta
 de la Madona anterior,
 hija de la misma mano
 y la misma inspiración,
 Cifra en que el fogoso artista
 su cariño formuló,
 fué el suspiro postrimero
 que exhaló su corazón.
 Porque el arte es un amigo
 benigno y consolador
 que paga con un instante
 muchos años de aflicción.
 Es un suave y encantado
 y aromático licor
 que el brío rejuvenece
 de la perdida ilusión;
 que provoca el entusiasmo,
 la esperanza y el amor,
 y vuelve a encender el fuego
 de la fe que se apagó.
 Es un bálsamo escondido
 del ánima en un rincón,

que cicatriza las llagas
que la desventura abrió.

Y hay un sacro y absoluto
momento de bendición

en que el placer del artista
conciben sólo él y Dios;

pues no halla la mariposa
con tanto gusto una flor,

ni halla una floresta el ave
que de la jaula escapó,

ni halla afanada la abeja
la miel de que vaga en pos,

ni halla el mísero cautivo
la luz que ver no esperó,

con tan intensa y tan pura
celestial satisfacción

como halla el cansado artista
lo que él a solas creó.

Es un sueño venturoso
que en alas de la ilusión

muestra al alma un ignorado
paraíso encantador.

Es el beso de una madre
al hijo que le nació,

por cuya vista ha sufrido
largas horas de dolor;

que le ama más, cuanto más
la cuesta su posesión;

y... no hay símil de ambas cosas
más exacto ni mejor.

Y pues su linda Madona
Torrignano concluyó,

en ese cielo del arte
dejemos al escultor.

A la mañana siguiente,
la preciosísima efigie

esperaba al duque de Arcos
que acabara de vestirse;

y mientras miran y admiran
lacayos y ministriles

la verdad y la hermosura
de la inanimada Virgen,

en la retirada calle
donde el Torrigiano vive,

está pasando otra escena
que no es justo que se olvide.

Dejemos al noble duque,
en armas y amor insigne,

que la divina escultura
enamorado acaricie:

dejemos al florentino,
que de su mano recibe

repleto saco, que angure
horas tras su afán felices;

y entrémonos en su casa,
donde su amorosa Tisbe

está a la reja esperando
que dé la vuelta el artífice.

No se sintió por su ausencia
la esposa nunca tan triste,

ni de su inquietud secreta
la extraña razón concibe;

mas su ardiente pensamiento
mil sobresaltos la finge,

y el corazón con mil ansias
no acierta qué vaticine;

y ello es un hondo misterio
y un arcano incomprensible,

mas tiene presentimientos
el corazón infalibles.

Mirando estaba impaciente
de la calle los confines

por ver si llega más pronto
o más pronto le apercibe,

cuando un hombre que se acerca

rápido, con mano firme tira un papel por la reja y contestación la pide. En vano tal osadía querido hubiera impedirle, y en vano algunas palabras de justo enojo le dice. El hombre pasa y no escucha; le llama..., le grita y sigue y allá hacia el fin de la calle vuelve a pararse impasible.

A poco rato el mismo hombre paso a paso se dirige otra vez a la ventana; y esto que advierte la Tisbe toma la carta del suelo y aguarda que se aproxime, y con desprecio tirandosela

que despeje le repite. Cerró los vidrios de golpe pero ni tiempo consigue para encajar la falleba, porque el hombre, que se sirve de ambas manos, deteniéndolos con vigor irresistible volvió la carta diciendo:

Sin respuesta no he de irme. Y al ir palabras más duras colérica a dirigirle, apareció el Torrigiano

y palideció la Tisbe.

TORRIGIANO

¿Qué es eso, Tisbe?

TISBE

Un infame cuando un hombre

y ese papel ha tirado por la reja.

TORRIGIANO

El papel dame, que a lo que veo él ha huído: mas ¿qué tiembblas, alma mía, no ves que de su osadía tú la culpa no has tenido?

TISBE

¡Ay, Pedro!, que ese papel me da recelos fatales, y me parecen puñales cuantas letras hay en él.

TORRIGIANO

¡Calla, inocentel!

TISBE

No le abras, Pedro.

TORRIGIANO

¿Saber no es mejor de qué mal es portador?

Y al fin son cuatro palabras.

(Abriendo la carta, a Tisbe.)

Pero, Tisbe, es para ti; tu nombre al principio viene... Veamos lo que contiene, y escucha, que dice así.

(Lee.)

«Tisbe, elige: está en tu mano

mi ventura y tu sentencia;
un día de resistencia
da la muerte al Torriano.

TISBE

¡Ay, Torriano!, ¡ay de mí,
 que con mi negra hermosa
 te traje la desventura,
 y acaso muerte te di.

TORRIGIANO

¿Mas qué misterio penetras
 en ese papel, que a voces
 mi muerte auguras? ¿Conoces
 quién hizo, Tisbe, esas letras?

TISBE

No, lo adivino no más:
 de un villano que en tu ausencia
 con inaudita insolencia
 me enamoró, son quizás.
 Toda Sevilla corrí,
 de casas mudé esquivándole,
 y logré desorientándole
 vivir escondida aquí.

Cobré un horror intenso
 desde el momento de verle,
 y sólo supe temerle,
 mas no lo bastante pienso.

TORRIGIANO

¿Y por qué no me has mostrado
 a ese traidor cara a cara,
 y en mis brazos acabara,
 que era morir muy honrado?

TISBE

A verte una noche vino
 y en mi cuarto me encerré,
 como quien siente y no ve
 los pasos de un asesino.
 Y ni escucharos osaba,
 porque tal horror sentía,
 que aun de su voz, si la oía,
 no sé qué me recelaba.

TORRIGIANO (*Desesperado*)

¡Y yo, necio, se la di,
 se la llevé yo, en persona...!
 (*A Tisbe.*)

Y viendo aquella Madona
 que se parecía a ti,
 ¿no lo adivinabas tú?

TISBE

Temí, Pedro, que tus celos...

TORRIGIANO

¡Cargue, voto va a los cielos,
 con tu miedo Belcebú!
 ¡Ira de Dios, y qué a punto
 con mi maldita escultura
 yo mismo de tu hermosura
 fui a presentarle el trasunto!
 ¡Por ella su lengua fatua
 me hará de irrisión objeto...!
 ¡Maldito si no le meto
 en el cerebro la estatua!

Y esto el escultor diciendo
 la espada en el cinto pone,
 y desatinadamente
 la mano en el picaporte.

No basta que de rodillas
 ante él la hermosa se postre,
 ni que las suyas abrace,
 pues sus intentos supone;
 que ni advertencias admite,
 ni fríos consejos oye,
 ni lo que intenta concibe,
 ni ve lo que se propone.
 El hombre en aquel momento
 sólo necesita un hombre,
 y pues encontrarle es fuerza,
 sin duda que sabe en dónde.
 Quedóse la Tisbe sola
 y a los vidrios asomóse,
 los ojos llenos de lágrimas,
 y el corazón de temores.
 Así estuvo largo tiempo,
 sin que distraerla logren
 de sus pensamientos tristes
 y negras cavilaciones,
 ni de la luz reflejada
 por el cristal los colores
 brillantes, ni las figuras
 de la calle, ni las voces.
 Hasta que vuelta a sí misma
 de los cristales quitóse,
 y viendo aún en el suelo
 el papel infausto asíóle.
 Tendió sin ver lo que hacía
 los ojos por sus renglones,
 y helóse al ver estos cuatro,
 no leídos hasta entonces.

«Esta profana escultura
 »diviniza una pasión,
 »y enviada a la Inquisición
 »os abre la sepultura.»

Lanzó la infeliz un grito,
 y como el tiro conoce,

hacia el palacio del duque
 desatentada corre.

V

El sombrero hasta las cejas,
 fiera y sombría la cara,
 atenazados los dientes
 y echada al hombro la capa,
 como una sombra fatídica
 de algún panteón escapada,
 por la escalera del duque
 audaz Torrigiano avanza.

De cuatro en cuatro las sube,
 y un tramo tras otro gana,
 en cual si en trepar con tal brío
 alguna apuesta ganara.
 Las salas resuelto cruza,
 y a detenerle no bastan
 las señas de los porteros
 y las voces de los guardas.
 Al uno con un bufido
 de ira o desprecio le espanta,
 al otro de una embestida
 derriba en tierra de espaldas.
 Y así sin más miramientos
 llegó de una en otra estancia,
 del gabinete del duque
 hasta tocar la mampara.
 Asíola del picaporte,
 y por si en abrirse tarda,
 con sacudida violenta
 del quicio la desencaja.

Sintió el estrépito el duque,
 y al ir a volver la cara,
 ya el Torrigiano tenía
 la mano en su hombro posada.

«—¿Qué me queréis, señor mío?
 —Mi escultura.

—Está comprada.

—Ahí tenéis vuestro dinero, y no quiero venderla, dádmela. Y el Torrigiano en la mesa tiró el saquillo de plata que en precio de la escultura recibió por la mañana. Rióse el duque, y le dijo:

—¿Sabe, buen hombre, a quién habla?

¿Sabe que sólo mi voz para aniquilarle basta?

Rugió el Torrigiano de ira, y dijo con voz ahogada:

—Será si la dejo yo

que pase por la garganta;

y no piense que eso es sólo

lo que a mi cólera basta.

Ahora venga la escultura,

y luego, pues dagas y espadas

tenemos, y hombres nacimos,

saldrá de aquí lo que salga.

Y abalanzándose rápido

a las puertas que la estancia

tras de la mampara cierran,

con resolución exclama:

«O defendeos, u os mato,

que os juro que vuestra carta

otra respuesta no tiene

que un párrafo de estocadas.»

Y ya sin otro remedio

así el duque espada y daga,

y trabóse la contienda,

que por Dios que fué empeñada.

El artista, que se sirve

del cincel de su arma,

del pecho de su contrario

a cada momento amaga.

Y aunque de audaz y valiente

con reputación sobrada,

no se dió por muy seguro

el duque, que ya pensaba

en ganar tiempo, aunque acaso

toda la honra costara;

mas la rapidez del otro

hasta la voz le embargaba,

y se perdían sus ojos

y sus manos no bastaban

a parar tan recios golpes

y tan recias cuchilladas;

y aunque muy bien se defiende,

que al fin le van vida y fama,

ya en el rincón de una puerta

el escultor le acorralla;

y ya el feroz Torrigiano,

que ve cerca su venganza,

en coserle contra el quicio

con negra intención pensaba,

cuando tremendo tumulto

que por defuera se alcanza

llegó en confuso desorden

hasta la pieza inmediata.

Crujía asida la puerta

y caer amenazaba,

y miedo el duque perdía

y el Torrigiano esperanza.

Aquel ganaba terreno,

y así la lid comenzada,

cambió de aspecto en un punto,

de consecuencia y de causa;

porque al dar el Torrigiano

en una pared de espalda,

se abrió al empuje, de lienzo

una puertecilla falsa.

Cayó en aquel aposento,

cerró el duque, y en la estancia

donde quedó el escultor

topó con su efigie infausta.

Y reboando despecho

y de otro enemigo a falta,
 «¡maldita seas!, la dijo,
 y dióla una cuchillada;
 a cuyo momento entrando
 pajes, corchétes y guardias,
 dijo señalando el duque
 los pedazos que rodaban:
 «A la inquisición llevadlos,
 las imágenes maltrata;
 si se resiste unos grillos,
 y si grita una mordaza.»
 Lanzáronse al Torrigiano,
 que en la triunfante mirada
 que le lanzó su enemigo
 vió bien lo que le restaba.
 Tomaron, pues, los pedazos
 de la destruída estatua,
 y desgarrado el vestido,
 las manos atrás atadas,
 sacáronle del palacio
 entre broqueles y lanzas,
 y echaron al Santo Oficio
 atravesando la plaza.

CONCLUSIÓN

¿Qué te valió, buen soldado,
 con noble empeño lidiar
 para comprar con tu sangre
 el santo honor de tu hogar,
 si Pisa y el Garigliano
 sólo en tu memoria están
 como bajeles perdidos
 en la llanura del mar?
 ¿Qué te valieron, artista,
 tus largos días de afán,
 tus largas noches de vela
 y de esperanza tenaz,
 si en tus cadenas traidoras

tu gloria se va a estrellar,
 y no habrá en tu sepultura
 de tu nombre una señal?
 ¡Sueños de la juventud,
 sueños de gloria fugaz
 que en un negro calabozo
 fuisteis al fin a parar!
 cifras con que fulminaron
 una sentencia fatal,
 su acongojada memoria
 no tiranicéis jamás!
 Delirios de amor dichoso
 que vinisteis a alumbrar
 de su tormentosa vida
 el continuo vendaval,
 id a vuestras alas viento
 en otra ánima a buscar,
 y en sus cadenas dormido
 al pobre artista dejad.
 Dejad que duerma un instante,
 y ese instante pueda hallar
 entre sus sueños febriles
 de triste felicidad.
 ¡Ay, cuán duro, Torrigiano,
 te va a ser el despertar
 al rumor de los cerros
 y a la odiosa realidad!
 Duerme tranquilo, soldado;
 reposa un momento más,
 que al cabo así no es tan duro
 con el castillo volar.
 Duerme sin temor, artista,
 que los nudos del dogal
 el laurel de tu corona
 no han de poder deshojar.
 Duerme, despechado amante
 que a morir por tu amor vas,
 y no temas de tu Tisbe
 un olvido criminal.

Duerme, mientras sollozando
 bajo tus rejas está,
 y sus suspiros te roba
 al airecillo fugaz.
 En vano a tus carceleros
 ansiosa fué a preguntar;
 en vano oró largas horas
 en la santa catedral;
 en vano quiso a tus jueces
 con lágrimas conquistar,
 que ni la tierra ni el cielo
 oído a sus penas dan.
 Sí; mientras tú te resuelves
 a morir en soledad
 y a darles muerte la carne
 que quieren ver palpitar,
 ella resuelve contigo
 llegar a la eternidad,
 y al pie de tu calabozo
 cuando expires, expirar.
 Que está segura que su alma
 saldrá tu alma a buscar,
 y cuando aliento te falte,
 aliento la hablará:
 tierna paloma que el grano
 no sabe sola encontrar,
 y expira cuando la falta
 quien alimento la da.
 Duerme, Torrigiano, duerme,
 que es muy duro despertar
 al rumor de los cerrojos
 y a la odiosa realidad.
 Oyéronse por defuera
 rudamente rechinar,
 y abrió el escultor los ojos
 a la negra oscuridad.
 Y aun de los lazos del sueño
 sin poderse desatar,
 el ruido oyó, y el soldado

preguntó altivo: *¿Quién va?*
 Pero al ver con sus linternas
 la gente del tribunal,
 la noble cerviz al pecho
 tornó el mísero a doblar.
 Y para oír su sentencia,
 dada sin juicio quizás,
 aguardó en muestio silencio
 a que quisiesen hablar.
 «¿Cómo os llamáis?»
 —Torrigiano.
 —¿Sois de Florencia?
 —Es verdad.
 —¿Soldado?
 —Con una espada,
 no lo pudiérais dudar.
 —¿Tenéis amor a las armas?
 ¿Si os dieran una...?
 —Ojalá.»
 Y a esta idea el escultor
 como quien la puede usar,
 echó mano a su cintura,
 de donde faltaba ya.
 Lanzó el artista un suspiro,
 y tornándose a sentar
 dijo en derredor mirando:
 «Es inútil, despachad.»
 Siguió preguntando el hombre,
 detreando a la par:
 «¿Habéis hecho aquesta imagen?»
 Y el triste a pregunta tal
 volvió los ojos a su obra
 y al cabo... rompió a llorar;
 y echando al busto los brazos
 con desesperado afán,
 pidió que antes de romperla
 se la dejaran besar.
 Lo cual demencia juzgado,
 y deseando abreviar,

por respuesta le leyeron
el pergamino fatal,
donde sin apelación
al grito del verdugo
con tres palabras no más,
al fuego le condenaba
por hereje el tribunal.
Volviéronle, pues, el rostro,
y uno, o compasivo asaz,
o no alcanzando en qué uso
aquel madero ocupar,
dijole con befa estúpida:

«*Vaya, buen hombre, toma!*»
Y el busto de su Madona
le echó a los pies al cerrar.

Quando a la fin de tres días
llegó la hora tremenda
de cumplir en Torrigiano
el rigor de su sentencia,
llegaron hasta su encierro
los que debían ponerla
por obra, y los seis cerrojos
descorrieron de su puerta.
A voces y por su nombre
le llamaron desde fuera,
mas sus voces se perdían
en lo hondo de la caverna.
Tornaron a llamarle ellos,
y a faltarles la respuesta,
hasta que asiendo una antorcha
penetraron en la cueva.
«*Vamos, dijeron, hereje,
que está ya ardiendo la hoguera.*»
Y en faz amenazadora
avanzaron a su presa.
Mas Torrigiano yacía
inmóvil, y sentado en tierra,
las manos en las rodillas,

y en las manos la cabeza,
que asidas convulsamente
y enclavijadas con fuerza,
guardaban algún objeto
que se adivinaba apenas.
«*¡Arriba!*» a gritar tornaron;
pero mirando su inercia,
empujáronle con ira
y dió de rostro en la tierra:
rodó por el pavimento
aquel busto de madera,
que el rostro de una Madona
en su Tisbe representa,
y a sus pies quedó tendido
el escultor, que les deja
su gloria con su cadáver
de su ejecución en prenda.
Que quien nace hidalgo y fiero
no puede con la vergüenza
de acabar con ignominia
una patria extranjera.
¡Pobre Tisbe! ¡Cuán en vano
en ese dintel le esperas
pasando noches y días
del santo oficio a la puerta!
Resuelta estás a morir
sobre esas heladas piedras,
o a ver otra vez al alma
de tu marchita existencia;
mas como ese tribunal
jamás su víctima suelta,
colige de ambos a dos
cuál es, Tisbe, la sentencia.

Y pues sólo el Torrigiano
en su desventura fiera
aguardó para morir
a poder delante de ella;

y Tisbe amor tan inmenso
para el Torrigiano encierra
que ser no sabe sin él
ni alentar donde él no alienta,
aquellas dos nobles almas
la una de la otra existencia
al cielo a la par volaron,
y ¡por Dios!... ¡dichosas ellas! ²⁶

OFRENDA POÉTICA
AL LICEO ARTÍSTICO
Y LITERARIO DE MADRID

(6 DE NOVIEMBRE DE 1848)

Sueños hermosos de la infancia mía,
¿a qué sobre las alas de oro y rosa,
volvéis a mi exaltada fantasía?
¿Qué buscáis?, ¿vuestro hogar? Ceniza fría
guarda no más vuestra mansión dichosa.

Pasó la edad de la sencilla infancia;
las delicadas flores que dejaron
vuestras manos, ornando vuestra estancia,
perdieron su frescura y su fragancia
y marchitas al fin se deshojaron.

El fecundo jardín, que cultivasteis
es hoy salvaje selva enmarañada;
nada hallaréis de lo que aquí dejasteis.
Sueños de mi niñez, ¿a qué tornasteis?
Idos: de lo que fué no existe nada.

Idos: vuestra presencia es importuna;
la edad os arrojó de vuestro asilo.
Lecho de la ambición es vuestra cuna,
y ha levantado en vuestro hogar tranquilo
un altar a la gloria la fortuna.

Genios, que del Pisuerga en la ribera,
al rumor soñoliento de sus olas,
a oír llegasteis mi canción primera:
tejed para mi negra cabellera
fresca diadema de tempranas violas.

¿Recordáis, fabulosos geniecillos,
aquel pálido niño, que corría
vuestras lomas cubiertas de tomillos,
probando en vuestros toscos caramillos
su mal seguro aliento? ¿Qué os decía?

«Por la gloria excusad que os abandone;
yo espero en Dios y de mi aliento fio
que oiga mi patria, cuando yo le entone,
un cántico en su honor, y que me abone
por buen hijo con ella el canto mío.»

Y os dejé: y cuanto débil atrevido,
el premio a disputar entré en la lucha.
«Óyeme», dije al mundo, y, el oído
prestando, el mundo mi canción escucha.
Sueños de mi niñez, ¿seré vencido?

Fe de mi corazón, sosténme ahora:
luz de mi inspiración, no te consumas;
voz de mi pecho, exháláte sonora:
pensamiento veloz, he aquí la hora
de tender al volar todas las plumas.

Tiéndelas, pues, ¡oh pensamiento mío!,
por la región divina y encantada
de la imaginación, y el dulce pio
róbale al ruiseñor, que al son del río
da al viento su canción enamorada.

Róbale al mar, que con desdén se mece
en su lecho de arena, su murmullo:

y a la brisa que el árbol estremece,
y a las tórtolas tiernas, que guarece,
con su ondulante pabellón, su arrullo.

Pide a una blanca y vaporosa nube
que en sus brazos de gasa te levante,
y a la región del firmamento sube
y por favor demándale al querube
su arpa de oro y su voz por un instante.

Lánzate: cruza el éter infinito:
búscame cual mi aliento les ansía
el vigor y la fe que necesito,
para ahogar en torrentes de armonía
al mundo, que me mira de hito en hito.

Ve que me espera ya; tu vuelo afana,
pensamiento veloz. En tal momento,
mortal mi corazón, mi voz humana,
temo que he de pedir con ansia vana
fuego a mi inspiración, aire a mi aliento.

No: le veo que el límite traspasa
de la bóveda azul: un rayo quita
al sol, y el aura transparente y rasa
volviendo a atravesar, se precipita
sobre mi corazón y me le abraza.

Suelta tu voz, ¡oh corazón!, al viento:
de tu humilde temor desecha el pánico;
gracias da al mundo que te escucha atento:
lo que falta a tu ruín merecimiento
llenen la gratitud y el entusiasmo.

Benigna sociedad, amigos fieles,
y vosotros de Fidias y de Apeles
y de Homero y de Píndaro rivales,

excusadme estas glorias terrenales,
apartad de mi frente los laureles (1).

Las vuestras, en verdad, que no la mía
merecen reposar bajo su sombra:
vosotros me cedéis con hidalguía
un honor, que me embriaga de alegría,
pero que me avergüenza y que me asombra.

¿De la pompa del triunfo soberana,
cuál virtud me hizo digno? ¿La armonía
de mis cantos tal vez? ¡Jamás profana
mi lengua de ella mentirá! No es mía
mi noble inspiración: Dios me la envía.

Dios, que da voz al viento y a las aves
y ecos al mar, que en tumbos se levanta,
roncos en su ira y en su calma suaves,
es quien presta a mi voz sus ecos graves
para cantar su omnipotencia santa.

Por eso audaz entre vosotros canto
y mi humilde cantar con fe levanto:
porque el poeta, del Señor recibe
fe y voz, para ensalzar con estro santo
la tierra en que nació, la fe en que vive.

Por eso indigno de tan noble empleo,
para tan suma dignidad pigmeo,
el templo de la excelsa poesía
tal vez profano: porque iluso creo
que Dios inspira la impotencia mía.

Por eso en ella por cantar me afano
la gloria y prez con que la edad pasada

(1) El Liceo de Madrid ofreció al autor, en una sesión pública dedicada a él, una corona y un magnífico álbum; el autor leyó esta composición en aquella noche, regalando al Liceo mil ejemplares impresos de ella.

vió tremolar el pabellón hispano
 en el remoto mundo americano,
 y en las mezquitas moras de Granada.

Por eso alguna vez vuestros oídos
 ofende el rudo son del arpa mía:
 mas de sus cuerdas roneas desprendidos,
 exhálense los bárbaros sonidos
 ricos de fe, si pobres de armonía.

Vosotros, cuya fe potentes halla
 plumas, para cernirse sobre el suelo
 donde preso mi espíritu batalla,
 profesores ilustres, vuestro vuelo
 tendido: del siglo quebrantad la valla.

Dios es la inspiración: la fe del arte
 es hija de la fe de la creencia:
 no la busquéis jamás en otra parte;
 la cruz es de la gloria en el estandarte:
 Dios es la luz: Dios es la inteligencia.

Si colores queréis, mirad al cielo:
 si llenar los espacios de armonía,
 si animar de los mármoles el hielo,
 de las obras de Dios alzad el velo,
 que Dios perfectas las produce y cria.

Mas perdonad a mi saber profano
 de ilustraros las necias pretensiones.
 ¿Qué puedo a vuestro genio soberano
 enseñar con mis ruines concepciones,
 yo, del jardín del arte ruin gusano?

Y vosotros también, ¡hijos del canto!,
 sobre el cieno del siglo en que vivimos
 enalteceos: vuestro origen santo

testificad al enjugar el llanto
 de la raza mortal de quien nacimos.

Cantad. Ni el hombre de su vieja historia
 sin vuestros cantos la verdad supiera,
 ni el justo digno de alabanza y gloria
 de sus nietos vivir en la memoria
 más allá de su tánulo pudiera.

Bálsamo saludable que en el suelo
 derrama la esperanza y el consuelo
 la poesía es. ¡Cantad, poetas!
 ¡Volad como volaron los profetas
 en alas de sus cánticos al cielo!

¡Volad! De envidia vil sin la manchilla,
 surcar el océano de la gloria
 os veré yo contento, y en la orilla,
 descubierto y en tierra la rodilla,
 bendeciré al morir vuestra memoria.

EL BAUTISMO DE JESÚS

(CUADRO ORIGINAL DEL ALBANO)

I

Ante el trono de Dios el cielo abierto,
 suspendido el dolor en el abismo,
 la absorta creación con ojo incierto
 se tornó a contemplar en el desierto
 el sublime misterio del BAUTISMO.

Juan, el derramador de la semilla
 de la palabra santa, de fe lleno
 avanzó del Jordán hasta la orilla;
 humilde y con el agua a la rodilla
 dobló ante él la cerviz el Nazareno.

Juan, llenando una concha de agua pura,
 la derramó sobre Jesús entera.

La voz de Jehová tronó en la altura,
y la raza de Adán la mancha impura
perdió de su fatal culpa primera.

II

¡Hostia de expiación, blanco Cordero
jamás contaminado de impureza!
Tú, purificación del orbe entero,
Tú, de limpieza virginal venero,
¿al agua ofreces la inmortal cabeza?

¿Quién se enaltece cuando Tú te inclinas?
¿Quién se cree limpio cuando Tú te bañas?
¿Quién llegará a esas márgenes divinas
qué, al beber de sus aguas cristalinas,
no reciba la vida en sus entrañas?

Juez de los mundos, rey del firmamento,
la ribera erial que holló tu planta,
el río amargo cuyo curso lento
bañó tu cuerpo, desde aquel momento
fué dulce manantial, fué tierra santa.

III

Venturoso Jordán, por tu ribera
trasciende aún el incorrupto aroma
que exhaló de Jesús la cabellera;
aún le recibe la gentil palmera
del aura errante que de Ti le toma.

Del cuerpo de Jesús aún te embalsama
el ámbar celestial: aun le respira
el desierto con ansia, y en la llama
del sol, por cuanto de él en torno gira,
el soplo del Señor se desparra.

El olor de la selva humedecida
por la lluvia, el perfume campesino

de los valles, la esencia desprendida
de las flores, ¿qué son sino perdida
emanación del hálito divino?

IV

PLEGARIA

Jesús, que limpio del borron infanto
de la culpa mortal del primer hombre,
al viejo mundo de esperanza exhausto,
te viniste a ofrecer en holocausto
de su maldita descendencia en nombre:

Jesús, Hijo de Dios y de María,
lluvia del campo, aroma de las flores,
vida del universo y luz del día,
oye las preces que mi fe te envía
desde la tierra, lecho de dolores.

Lava mi corazón de inclinaciones
torpes, a Ti mi espíritu levanta,
para que no me cierren mis pasiones
las puertas de las célicas mansiones
que me abrió del bautismo el agua santa.

RECUERDOS

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON ÁNGEL DE SAAVEDRA
DUQUE DE RIVAS

Bien vengas, pálida luna,
a iluminar con tu lumbre
la tranquila muchedumbre
que bulle en mi derredor.
Bien vengas en las serenas
noches de julio abrasado,
a derramar sobre el prado
tu misterioso fulgor.

Al confuso movimiento
 con que en la nocturna niebla
 la multitud que le puebla
 se agita en redor de mí,
 paréceme esta alameda
 selva de sombras poblada,
 como la selva encantada
 que al Dante leyendo vi.

Este vago son de pasos,
 estas palabras perdidas,
 a pedazos recogidas
 de labios que huyendo van;
 estas mil vagas figuras
 que, con giro infatigable,
 en círculo interminable
 ante mí vagando están.

Esas bellezas veladas
 en blanquísimos encajes
 que en elegantes carruajes
 se deslizan más allá:
 esos jinetes veloces
 que cruzando por entre ellas
 buscan en vano las huellas
 de algún ausente quizá:

esa armonía que elevan
 con murmullos diferentes,
 los árboles y las fuentes
 y la inquieta multitud:
 las sombras con que su suelo
 entapizan por doquiera
 los hombres en su carrera,
 los olmos en su quietud.

Ese obelisco que se alza
 sobre su enramada oscura,
 la gloria y la desventura

divinizando a la par:
 ese silencioso Tiboli
 que a su enverjado se asoma
 a derramar el aroma
 de su abundoso azahar:

y ese purísimo cielo
 tras cuyo azul cortinaje
 alumbrase este paisaje
 tu lámpara colosal,
 me hacen, ¡oh luna!, tan bello
 en estas noches el prado,
 como el jardín encantado
 de una leyenda oriental.

¡Santo fanal de la noche,
 bien vengas! Yo te bendigo:
 porque a par vienen contigo
 los misterios del placer.
 Tú traes en tus tibios rayos
 a esta baja tierra umbría,
 la religiosa armonía
 que se exhala por doquier.

Tú elevas de entre las flores
 perfumadas auras suaves;
 tú das trinos a las aves
 que despiertan con tu albor:
 tú traes, de las sueltas ráfagas
 en las alas invisibles,
 los ruidos incomprensibles
 del eco murmurador.

Tú traes en tu luz templada
 que los álamos platea,
 la palidez que hermosea
 la beldad de la mujer.
 Sí, sí: tu mágica lumbre
 rodea cuanto ilumina

de una aureola divina
que regenera su ser.

Pálida antorcha nocturna,
tu luz infunde en el alma
la melancólica calma
que aduerme nuestro dolor:
lámpara de los recuerdos,
las memorias seductoras
de dulces pasadas horas
retoñan con tu fulgor.

Nunca olvidaré las noches
en que a tu luz argentina,
sobre el agua cristalina
del rico Guadalquivir,
tendido en un barquichuelo
contemplándote a mis solas,
a la merced de las olas
dejaba los remos ir.

Y a su lento
movimiento
columpiada
mi barquilla,
apartada
de la orilla
y arrastrada
libremente
por el viento
y el azar,
me llevaba
dormitando,
escuchando
vagamente
bajo el bote
mansamente,
la corriente
murmurar.

Y a lo lejos
se alcanzaban
los reflejos
que radiaban
las hogueras,
que en las anchas
rastrójeras
y en las lanchas
y riberas
alimentan
sin cesar
los cansados
labradores,
los mojados
pescadores
que, olvidados
sus pesares
y sudores,
sus azares
arrostrados,
sus amores
desdichados,
se reúnen
a cantar;
mientras en olla nada escasa
hierve su cena a la brasa
del improvisado hogar.

Nunca olvidaré las noches
que en la encantada Sevilla
en grata amistad sencilla
franca sociedad gocé,
en un jardín que entoldaban
mil fragantes limoneros,
y en cuyos frescos senderos
sobre flores iba el pie.

Siempre, ¡oh Angell, la memoria
de aquellos serenos días

embellecerá las mías
recordando tu jardín,
más bello con el silencio
de su soledad tranquila,
que el gran salón que vacila
con el rumor del festín.

Siempre que miro la luna
brillar en el firmamento,
recuerdo tu apartamiento,
tu familia y tu amistad;
y a las leves auras ruego
que te lleven, Angel mío,
un suspiro que te envió
en fe de fraternidad.

Cuando en el golfo azulado
que en esas playas ondea
la lámpara que plataea
la noche, veas brillar,
piensa, ¡oh Ángel!, que hay un hombre
que su esplendor contemplando,
está en Nápoles pensando
para volverte a abrazar.

HOSANNA

Al derramar su lumbre soberana
hoy el radiante sol desde la Sierra,
tornando el cielo en pabellón de grana
y en alfombra de púrpura la tierra,
sonó en el cielo el inmortal Hosanna,
y estremecido cuanto el orbe enciería,
al eco santo se postró sumiso
ante la Hostia que alumbraba el paraíso.

¡Gloria al Señor! ¡Hosanna en las alturas
al Dios que sobre el Gólgota sangriento,

redimiendo al morir las criaturas,
su cuerpo les dejó por alimento!
¡Gloria al Señor en cuya fe seguras
sus almas tornarán al firmamento,
donde se ofrece en celestial comida
germen de luz y manantial de vida!

Regocíjate, sí, con santo anhelo
Tú deliciosos cármenes despoja
de cuanta flor les dió pródigo el cielo,
sus capullos balsámicos deshoja,
y de fresco tapiz vistiendo el suelo
viértelas en Bib-Rambla hoja por hoja,
porque velado en sacramento viene
quien cielo y tierra en su palgar mantiene.

¡Hosanna! ¡Hosanna! Con eternas flores
cogidas de Salem en los jardines,
ciñéndose la sien, dignos loores
te cantan los ardientes querubines.
Espléndido dosel de mil colores
con sus alas le dan los serafines,
y el sumo Dios por quien el orbe alienta,
le da su trono y a sus pies se asienta.

Eterno Dios cuya palabra sola
formó la creación: cuya mirada
serena el mar y el alba tornasola,
tiéndela piadoso hacia Granada.
Alcázar sea de la fe española,
y a sombra de tu trono cobijada,
guarde, Señor, tu religión segura
si te olvida tal vez la edad futura.

¡ALLÁH AKBÁR!

Noche azul ciñe la tierra:
ilumina el firmamento

blanca luna; manso viento
mece el bosque en lento son,
y las torres de la Alhambra
que a sus copas sobrepujan,
en los pliegues se dibujan
de su verde pabellón.

En los fértiles collados
extendida está Granada,
que respira embalsamada
los perfumes del abril
adorada de las aves,
favorita de las flores,
adormida en los amores,
y en poder de Boabdil.

Todo en torno en paz reposa:
solamente allá en la hondura
se oye el Darro que murmura
entré guijos al pasar;
y al murmullo de sus ondas,
desvelada entre la amena
soledad, a Filomena
amorosa gorjear.

Todo yace en sueño y sombra,
a la luz de las estrellas:
sólo lucha con la de ellas
la que alumbraba un ajimez
de la torre de los Picos,
y a través de cuya espesa
celosía, brilla presa
su rojiza brillantez.

¿Quién allí tan a deshora
en aquella torre vela,
mientras guarda un centinela
su almenado murallón?
¿Quién allí por dicha o duelo

el reposo dulce esquivaba?
¡Alláh akbár! es la cautiva
que perdió su corazón.

Garza joven, sorprendida
en las lomas de Antequera
al tender la vez primera
tiernas alas hacia el sol,
no ha podido libre al viento
al cruzar verde paisaje,
ostentar de su plumaje
el brillante tornasol.

Blanco lirio, que entre nieve
consiguió brotar apenas,
trasplantado a las amenas
praderías del Genil,
en sus cármenes fecundos
con su riego nutritivo,
perfumado, fresco, altivo,
desplegó su flor gentil.

Pobre niña, entrada apenas
en sus quince abriles bellos,
sin saber apreciar de ellos
la belleza ni el valor,
fué en el campo cautivada
por un noble Abencerraje
y ofrecida en homenaje
por traición a su señor.

Acusaron de ocultarla
los Gomeles a su dueño;
mostró el rey en verla empeño,
y mandóse la entregar.
«¡Alláh akbár! (dijo llorando
el amante Abencerraje),
¡no pensé cuando la traje
que me la iban a robar!

Arranquéla con mi lanza
del harén del castellano;
no es esclava a quien mi mano
y mi nombre voy a dar;
mas si el rey contra justicia,
y a la fuerza me la toma,
él dé cuentas a Mahoma
de su crimen. ¡Alláh akbár!

Los Gomeles la llevaron
ante el rey: amóla al verla
y en su harén quiso tenerla
el injusto Boabdil.
Mas en vano; la cautiva
guarda firme allá en su pecho
el santuario que tiene hecho
para el árabe gentil.

Y en la torre de los Picos
do el tirano la encarcela,
por la noche vive en vela,
e ilumina su ajimez,
porque sabe que del Darro
en la margen a tal hora
la contempla quien la adora,
quien la hará libre tal vez.

Y los nobles granadinos
que lamentan este ultraje,
y del buen Abencerraje
ven la pena y la razón,
dicen, viendo en la alta torre
mantenerse la luz viva:
«¡Alláh akbár!, es la cautiva
que le dió su corazón.»

EN LA MUERTE DE ***

FUSILADO EN...

No de sentido llanto
raudal ardiente verterán mis ojos

ante el túmulo santo
que guarda tus despojos:
sonoro, altivo, triunfador acento
del arpa mía brotará, y mi canto
no exhalará a tus manes ni un lamento.

En la región eterna
presentóse tu espíritu tranquilo,
y de Dios la paterna
mano en el firmamento le dió asilo.
Mártir triunfaste al sucumbir: prefiero,
pues, a llorarte en elegía tierna
tu muerte celebrar, buen caballero.

El laurel de la gloria
sombreará estremeciéndose sonoro
tu lápida mortuoria,
do radiará tu nombre en letras de oro.
Bardos le cantarán: un pueblo atento
le oirá conmovido, y tu memoria
durará cuanto dure el firmamento.

Águila vigilante
en tu laurel anidará, cuidando
que tu dormir no espante
de aves siniestras agorero bando.
Y cuando en noche azul tu alma dichosa
vague invisible con el aura errante
bajando a visitar su térrica fosa,

el ave no vencida,
tendiendo ante ella sus potentes alas,
la volverá atrevida
hasta el dintel de las empíreas salas:
y allí, de Dios la bendición tomando,
descenderá trayendo a tu dormida
sombra paz sempiterna, y sueño blando.

A ADELAIDA

DESPEDIDA

De mi sueño arrebatado
por el raudal torbellino,
parto. ¡Adiós! ¿En mi camino
volveré a hallarte? No sé.
Mas te juro que tu imagen
y de tu voz el sonido,
en mi alma y en mi oído
por do vaya llevará.

Niña hermosa, enamorada
de lo bello y lo sublime,
¿cuando yo esté lejos, dime,
pensarás tal vez en mí?
Tortolilla de ojos dulces,
casta flor de aroma henchida.
¿De mi estancia y mi partida
quedará un recuerdo en ti?

Amistad tierna y sincera,
hija de honda simpatía,
germinó en el alma mía
y me avasalló tenaz:
amistad, pasión más fuerte
que el amor tempestuoso,
enemigo del reposo,
turbador de toda paz.

Amistad nunca mudable
por el tiempo o la distancia,
no sujeta a la inconstancia
del capricho o del azar:
sino afecto siempre lleno
de tiernísimo cariño,
tan puro como el de un niño,
tan inmenso como el mar.

Cuanto a ti te da contento,
cuanto a ti te pertenece,
mi cariño al par merece,
me contenta al par a mí.
Yo amaré lo que tú ames,
yo odiaré lo que aborrezcas,
yo vendré cuando me llames
aun que esté lejos de ti.

Y en el duelo, en la ventura,
en la corte, en el desierto
siempre, siempre estará abierto
para ti mi corazón;
y tu casa y tu familia
con las mías mi fe uniendo,
viviré en las dos, no haciendo
nunca entre ambas distinción.

El recuerdo de las horas
que pasé en tu compañía,
de la inquieta vida mía
el cansancio aliviará;
mi espíritu vagabundo
en la noche solitaria
de tu casa hospitalaria
por en torno vagará.

Cuando ensalce en mis cantares
el valor de algún guerrero
o la preza de un caballero,
en tu padre pensaré.
Cuando pinte en mis leyendas
una dama ilustre, altiva,
generosa, compasiva,
a tu madre copiaré.

Cuando leas en mis versos
la pintura de palacios,
que del aire en los espacios

vierten luz y alegre son,
 di: «El recuerdo de las noches
 que ha pasado en mis salones,
 ha prestado a estos renglones
 su halagüeña inspiración.»

Y cuando en noche apacible
 tu caballo a escape Heves,
 y entre los átomos leves
 del polvo que elevará,
 veas tu sombra móvil
 que al lado tuyo camina,
 que va mi sombra imagina
 en la que contigo va.

Y ¡quién sabe si algún genio
 de la excelsa poesía
 podrá a hacerte compañía
 mi vaga sombra evocar?
 ¿Quién sabe si en la fe pura
 de tu corazón amigo
 podrás ver que voy contigo
 y con mi espíritu hablar?

¿Quién sabe si un aura vaga
 por los vientos peregrina
 o una errante golondrina
 te traerán nuevas de mí?
 ¡Oh Adelaida!, nunca dejes
 de velar en torno tuyo.
 Parto: ¡adiós!... pero no huyo,
 no me pierdo para tí.

Mas tú partes también; hondos pesares
 te arrebatan también a tierra extraña,
 y de las vegas que el Pisuerga baña
 nos alejamos ambos a la par.
 París a tí con la salud te brinda:

Madrid a mí con el afán y el duelo.
 ¡De allá te traiga con salud el cielo!
 Yo... me arrojo en los brazos del azar.

¡Adiós!... y por si a vernos no volvemos,
 Adelaida gentil, sobre la tierra,
 este papel en que mi fe se encierra
 sirva de nudo santo entre los dos.
 Partamos, pues: ya siento los carruajes.
 ¡Adiós, oh flor de virginal fragancia!
 Dios por tí vele en la revuelta Francia:
 ¡Ruega tú en Francia por tu amigo a Dios!

A LA

SEÑORITA D.^a LUISA LARIOS

SERENATA

Niña hermosa y modesta,
 pálida y grave,
 tu alabanza en mi boca
 sé que no cabe.
 ¿Qué ser encierra
 tu belleza? Se ignora
 sobre la tierra.

Por tus mil me pareces
 raros primores,
 hermana de las aves
 y de las flores.
 Serán antojos:
 mas al verte ven flores
 y aves mis ojos.

Al verte en movimiento
 y al verte en calma,
 en poética duda
 vacila el alma.
 Dudo (¿quién sabe?)

si eres flor por lo pura,
por lo hermosa ave.

Si entre flores hallara
tu faz serena,
la creyera el capullo
de una azucena;
porque en ti hallo
lo gentil de su esbelto
florido tallo.

Si al andar movimiento
tu cuerpo toma,
tu paso creo el vuelo
de una paloma;
porque resbalas
sobre tus pies, como ella
sobre sus alas.

Niña hermosa y modesta,
pálida y grave,
tu alabanza en mi boca
ves que no cabe;
porque la tierra
ignora en tu hermosura
lo que se encierra.

Del color de los cielos
son tus pupilas:
como ellos tus miradas
puras, tranquilas.
Tu forma entera
como la de los ángeles,
casta y ligera.

Las palabras que brotan
de tu garganta,
dulces son como trinos
de ave que canta:

y de tu aliento
con el vapor fragante
se aroma el viento.

Caminar por la tierra
los que te miran
con respeto y asombro
mudos te admiran.
No sé qué tienes
de los cielos, que de ellos
juzgan que vienes.

Criatura más pura
que las humanas,
las pasiones que inspiras
no son mundanas.
Cual de las flores
de tu virtud se exhalan
puros vapores.

La planta que tu nombre
llevó hasta ahora,
es a tu lado, ¡oh Luisa!
yerba inodora.
Sólo podría
competirte la rosa
de Alejandría.

Adiós, niña modesta,
pálida y grave,
tu alabanza en mi canto
ves que no cabe.
Mi voz expira
y a seguirla se niega
ruda mi lira.

Luisa, a quien el poeta
cantar no sabe,
como a hermana te miren
la flor y el ave.

Como ellas seas:
cual los de ellas hermosos
tus días veas.

Cruza, flor o paloma,
por nuestra esfera
como la flor y el ave,
pura y ligera;
y ¡ojalá ignores
que encierra más el mundo
que aves y flores!

A TERESA

SERENATA

Hanme dicho que dices
que te holgarías
escuchando, Teresa,
canciones mías.
Si tal has dicho
¡bien hayan los antojos
de tal capricho!

Al desear mis versos
tal vez ignoras
que son rumor de brisas
murmuradoras:
pues hay quien prueba
que mis versos son ruido
que el aire lleva.

Mas si el eco te halaga
de mis canciones,
abre las celosías
de tus balcones;
abre, y el viento
llevará mis cantares
a tu aposento.

Sólo al aire mi canto
fiarse puede.

¡Quiera Dios que en aire
no se me quede,
y que los sonos
de mi voz no se estrellen
en tus balcones!

Te le envío de noche,
porque en el sueño
te parezca mi canto
más halagüeño.

Su poesía
la noche misteriosa
dará a la mía.

Llegará a ti en la sombra
mi cantilena
al son de los gorjeos
de Filomena:
y mis primores
suplirán con sus trinos
losruiseñores.

Porque arome las notas
del canto mío,
con el aura de mayo
te las envío:
y mensajera
será así de mis versos
la primavera.

Anhelara, Teresa,
mi ambición loca
que aplaudiera mis versos
tu dulce boca:
mas van perdidos,
mas felices si llegan
a tus oídos.

De noche te los canto;
 si dante enojos
 no lo verán al menos
 mis propios ojos:
 y tu desaire
 con mi cántico inútil
 llevará el aire.

Al enviarte estas rimas
 menesterosas,
 bien quisiera que fuesen
 perlas o rosas,
 aunque concibo
 que en tu labio sean perlas
 las que te escribo.

El aliento que exhala
 tu linda boca,
 trueca en flores la esencia
 de cuanto toca:
 por eso fio
 en que se tornen flores
 las que te envío.

EN UN ÁLBUM

ORIENTAL

Cuentan los magos, gentil señora,
 que hay una fuente junto a Basora,
 bajo cuya agua tal vez se cria
 fecundizada por su onda pura,
 una flor solitaria e inodora,
 esquiva al sol del día,
 que se llama *la flor de la ventura*.

Cuando algún mago, gentil señora,
 de aquellos sabios que hay en Basora
 coge esta planta desconocida

y la da en prenda de amistad pura,
 esta flor solitaria e inodora,
 a quien es ofrecida
 lleva el amor, la paz y la *ventura*.

El que posee, gentil señora,
 esta sagrada flor de Basora,
 el campo estéril de nuestra vida
 cruza con planta firme y segura:
 y cuanta hiel y mal en sí atesora
 la terrenal guarida,
 se torna para él miel y *ventura*.

¡Ahl, si yo fuera, gentil señora,
 un mago de esos que hay en Basora,
 su flor sagrada recogería
 y en prenda santa de amistad pura
 te la ofreciera en el lugar que ahora
 esta ruin poesía
 que busca en tu acogida su *ventura*.

Benigna admítela, gentil señora,
 y plegue al cielo que desde ahora,
 esta sencilla memoria mía
 bálsamo sea de tu amargura,
 cual la flor de los magos de Basora,
 y que esta poesía
 sea la evocación de tu *ventura*.

LA GUIRNALDA

SERENATA ORIENTAL

A LA GUY STEPHAN

Mariposa
 revoltosa,
 tiende tus alas de oro y de gualda;
 bella ondina
 nacarina,

desplega al viento tu suelta falda;
 voluptuosa
 bailarina,

de ojos de cielo y nevada espalda,
 deja que bese tus pies de rosa,
 y que a tu nombre, Guy peregrina,
 tejan mis versos una guirnalda.

Hija ligera del aura leve,
 hada querida de los amores,
 cuando tu cuerpo gentil se mueve,
 cual mariposa rica en colores,
 tus pies no quitan su ampo a la nieve
 ni sobre el tallo doblan las flores.

¿Quién de tu gracia no se enamora?
 Hija del aire, ¿quién no te adora?

En sus giros airosos
 tu cuerpo toma
 los contornos graciosos
 de la paloma.
 Tu cuello esbelto
 va como el de los cisnes
 flexible y suelto.

Voluptuosa
 bailarina, etc.

Cuando a la escena tu cuerpo asoma
 y ante mis ojos girando pasas,
 vapor de lago o humo de aroma
 de tu ropaje creo las gasas,
 y a las huries que vió Mahoma
 juzgo a par tuyo de gracia escasas.
 ¿Quién de las tuyas no se enamora?
 Hija del aire, ¿quién no te adora?

Tu cintura se cimbra
 como las palmas:
 tu sonrisa se lleva
 presas las almas.

Donde tú pisas
 nacen matas de aloes
 y minutisas.

Mariposa
 revoltosa,

tiende tus alas de oro y de gualda,
 bella ondina

nacarina,
 despliega al viento tu suelta falda;

voluptuosa
 bailarina

de ojos de cielo y nevada espalda,
 cuando a otros climas vuelas dichosa,
 no olvides nunca, Guy peregrina,
 que mis cantares son tu guirnalda.

EL WALS

CORO

*El wals es sin duda
 del diablo invención.*

¡Qué horrible volteo!
 ¿Do va con tal prisa
 sin ver dónde pisa
 de incógnita gente
 tan rauda alubión?

¡Qué son!, ¡qué mareo!,
 aturde el sentido,
 el paso y el ruido
 que lleva insolente
 cruzando el salón.

CORO

El wals, etc.

¡Qué impura amalgama,
 de gente y colores,

de tocas y flores,
del claustro y el siglo,
fatal confección!

El monje a la dama
se lleva volteando,
va Vesta abrazando
a un fiero vestiglo
que espanta el salón.

CORO

El wals, etc.

Con mil impresiones
risueñas, funestas,
tan varias y opuestas,
vacila y se embriaga
la fe y la razón.

Parecen visiones
con qué horrida niebla
la atmósfera puebla
en noche que amaga
borrasca y turbión.

CORO

El wals, etc.

¡Cuán rápida avanza
la turba inconstante!
Ninguno delante
señala la pista
que sigue el montón.

¡Diabólica danza!
¡Horrible volteo
que causa mareo,
que anubla la vista,
que aturde el salón!

CORO

El wals, etc.

No existen figuras
en ese volteo:
no hay trenza, paseo,
saludo, balanza...
Les lleva el turbión;
cual va por las puras
regiones del viento
cometa violento
que en círculo avanza
región a región.

CORO

El wals, etc.

Diabólica rueda
que fin no halla nunca,
que en nadie se trunca
ni nadie hace en ella
cabeza o rincón.

Redonda vereda
que en círculo eterno
encierra un infierno
que sigue una huella
de pies en montón.

CORO

El wals, etc.

¡Girad, criaturas!
¡Sin término tijo!
Girad con prolijo
audaz insaciable
y ardiente tesón.

Cual va por las puras
regiones del viento
cometa violento
que avanza incansable
región a región.

CORO

El wals, etc.

DESDE EL MIRADOR DE LA SULTANA

(GRANADA, MAYO, 1846)

¿Quién no te cree, Señor, quién no te

[adora,

cuando a la luz del sol en que amaneces
ve esta rica ciudad de raza mora
salir de entre los lóbregos dobles
de la nocturna sombra, y a la aurora
abriendo sus moriscos ajimeces,
ostentar a tus pies lozana y pura
perfumada y radiante su hermosura?

Yo te adoro, Señor, cuando la admiro
dormida en el tapiz de su ancha vega;
yo te adoro, Señor, cuando respiro
su aura salubre que entre flores juega;
yo te adoro, Señor, desde el retiro
de esta torre oriental que el Dauró riega;
y aquí tu omnipotencia revelada
yo te adoro, Señor, sobre Granada.

Bendita sea la potente mano
que llenó sus colinas de verdura,
de agua, los valles, de arboleda el llano,
de amantes ruiseñores la espesura,
de campesino aroma el aire sano,
de nieve su alta sierra, de frescura
sus noches pardas, de placer sus días,
y todo su recinto de armonías.

Yo te conozco, ¡oh Dios!, en los rumores
que a este árabe balcón nos trae el viento,
perfumado entre pámpanos y flores
y armonizado con el grato acento
de las aves de abril! Tantos primores
producto son de tu divino aliento,

porque a tu aliento creador se alía
con sus mejores galas la campiña.

Tú soplas, ¡oh Señor!, desde la altura,
y saltan los collados de alegría,
y se cubre de flores la llanura,
y se llenan los bosques de armonía,
y se aduermen las aguas en la hondura,
y sin nublados resplandece el día:
que en tus ojos la vida reverbera
y es tu aliento, Señor, la primavera.

Y no hay región recóndita en el mundo
en donde más tu majestad se ostente,
donde sea tu aliento más fecundo,
ni la tierra tu prez más diligente.
Señor, Tú estás aquí; Tú en lo profundo
del corazón de su cristiana gente;
Tú estás aquí; tu trono y tu morada,
tras este cielo azul, sobre Granada.

Dame, ¡oh Señor!, de querubín aliento
porque pueda esta vida transitoria
empear en cantar con digno acento
en medio de este edén tu inmensa gloria:
y al lanzar desde aquí mi voz al viento
dando a Granada su oriental historia,
purifique, Señor, mi arpa cristiana
el impúdico harén de una sultana.

AL RENACIMIENTO DEL LICEO

HIMNO

MÚSICA DEL SR. DON EMILIO ARRIETA

CORO

*La aurora apetecida
anuncia un nuevo sol:*

*recobra nueva vida
el numen español.*

Templo del arte espléndido,
alcázar de la gloria,
comienza nueva gloria
para el Liceo ya.

Fénix, renace fúlgido,
de su mortal ceniza:
rosal, aromatiza
la tierra donde está.

Brilló cual sol vivífico
en nuestra España un día,
le dió la poesía
su noble inspiración.

Dióle su acento armónico
el canto, y su dulzura;
su magia la pintura,
el arpa real su son.

La juventud, que unánime
le congregó en su templo,
tomó del justo ejemplo,
del sabio ilustración:
y al acatar el código
de sus prudentes leyes,
diéronle honor sus reyes,
su pueblo admiración.

Más tarde... el loco vértigo
de la civil discordia,
su fraternal concordia
desniveló por fin:

y en vez del dulce cántico
con que admiró la tierra,
tronó llamando a guerra
desgarrador clarín.

Pero en la noche lóbrega
de lid tan fratricida,

brilló con luz de vida
su faro salvador:
y de Isabel al hábito,
que vida y luz derrama,
brotó con nueva llama,
y claridad mayor.

De oro las puertas ábrense,
del templo solitario:
abierto está el santuario:
ven, pues, ¡oh juventud!

La fe, la ciencia altísima
ilustren nuestra historia:
ven, sí, que nunca hay gloria
en donde no hay virtud.

CORO

La aurora, etc.

CANCIÓN CARNAVALESCA

MÚSICA DEL MAESTRO IRADIER

CORO

*La noche es corta, gocemos
de la máscara a favor;
audaces profundicemos
los misterios del amor.*

—¿Me conoces? —No. —¿Qué importa?
dame el brazo y ven conmigo:
mas mira que no me obligo
ni un día a guardarte fe.
Si algún placer verdadero
gozamos aquí, ¡oh sultana!,
olvidalo tú mañana,
que yo no me acordaré.

CORO

La noche, etc.

Si tienes de luz los ojos,
de nieve el tornátil cuello,
y de azabache el cabello,
y palabras de pasión;
y si es blanca tu linda mano
y es esbelta tu cintura,
adoraré tu hermosura
aunque esté sin corazón.

CORO

La noche, etc.

El amor es una farsa,
y el capricho que le inspira
es tal vez una mentira
hija de nuestra ilusión.
Seas quien quieras, esta noche
yo te idolatro, sultana,
aunque no llegue a mañana
la fe de tu corazón.

CORO

La noche, etc.

JEREZ Y BORGÑO

WALS COREADO

MÚSICA DEL MAESTRO IRADIER

Venid y enterremos los viejos pesares
debajo la alfombra, y entremos después
bailando sobre ella sin cuitas vulgares,
cual gente que lleva la vida en los pies.
Si acaso sin fuerzas el frío os mantiene,
Jerez y Borgoña calor nos darán;
bebamos, cantemos, que el alba se viene,
y es corta la noche según nos la dan.

¡Jerez y Borgoña!, con estos aliados
que venga si quiere rastrero el dolor.
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
mirar que no sea contento y amor?

La falsa careta que cubre el semblante,
que turban los celos o alegra el placer,
la tierna mirada, la lumbre brillante,
que radian los ojos no puede esconder.

Si dar con un rostro nos es imposible,
los ojos al menos huir no podrán;
¡bebamos, cantemos!, que al fin es creíble
que en noche tan larga milagros se harán.

¡Jerez y Borgoña!, con estos aliados
no hay miedo a engañoso disfraz ni color.
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
hallar que no sea contento y amor?

Las bellas visiones que vagan errantes,
que todas parecen la nuestra al pasar,
harán que olvidados al fin los semblantes
podamos a cuenta cualquiera tomar.

Si el nuestro se pierde, que vaya en
[buen hora.

¡Por Dios que la noche no se ha de perder!
¡Bebamos, cantemos! ¿Quién hoy se ena-
[mora,
por bello que sea, del rostro de ayer?

¡Jerez y Borgoña!, con estos aliados
no importa semblante, disfraz ni color.
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
mirar que no sea contento y amor?

EPITAFIO

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO

Nada queda de mí sobre la tierra:
el leve polvo que mi tumba encierra

convertirá el abril en frescas flores
 y el cielo dió a mi alma eterno asilo.
 Cristiano corazón, pásate tranquilo
 junto a mi tumba: pasa, y no me llores.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORA DOÑA ADELAIDA O-DENA

Te tengo comparada,
 rubia señora,
 con montaña nevada
 que el alba dora.
 Tu blanca frente
 tu cabellera ciñe
 resplandeciente;
 como la cumbre de los montes tiñe
 el oro de la luz del sol de oriente.

Humana criatura
 te cree la tierra:
 mas algo tu hermosura
 de ángel encierra;
 porque tu frente,
 coronada de rizos
 de oro lucente,
 va, cual la de los ángeles orlada
 con aureola de luz del sol de oriente.

A MI MUJER

¿Qué sin ti fuera de la vida mía
 la enojosa y larguísima carrera?
 ¿Sin ti, de mi pesar y mi alegría
 compartidora siempre y compañera?
 ¿Qué ha sido sin tu amor, ni qué sería
 mi existencia pasada y venidera,
 sin ti, mitad de mi alma, esencia pura
 que derrama el consuelo en mi amargura?

Oye, Matilde mía. Tu cariño
 santo, tranquilo, indisoluble, tierno,
 me es necesario al alma como al niño
 la leche maternal; vive en lo interno
 del corazón sin falsedad ni alifio,
 dominador, inextinguible, eterno,
 solo, como señor, en su palacio
 ocupando tenaz todo su espacio.

En el bien y en el mal, en la distancia,
 lo mismo que en tu dulce compañía,
 tu amor, flor de suavísima fragancia,
 embriaga con su aroma el alma mía.
 Del corazón humano la inconstancia
 en vano por ahogarle pugnaría:
 y si tal vez contra tu amor batalla
 siempre vence tu amor y le avasalla.

No hay para mí imposible si lo pide
 tu amor; no hay bien por él que no aban-
 done:
 no hay ofensa por tí que yo no olvide,
 no hay injuria por tí que no perdone:
 no hallo placer como en tu amor no anide,
 ni amor concibo si a tu amor se opone:
 más quiero vivir solo en tu memoria
 que henchir el mundo de brillante gloria.

A MADEMOISELLE DE N.

Dios puso en su garganta
 la misma voz que inspira
 al pájaro que canta
 y al aura que suspira.
 El eco de su acento
 remeda el son suave
 del susurrar del viento
 y del cantar del ave.
 Si Dios privado hubiera
 de claridad mis ojos

y verte al escucharte no pudiera,
los dulces ecos de tu voz creyera
de una ilusión quiméricos antojos.

¿Oís ese murmullo
que llega a nuestro oído
cual amoroso arrullo
de tórtola que llama
desde el suspenso nido
al pájaro que ama?
Pues es su dulce acento:
su voz que es más suave
que el susurrar del viento
y que el cantar del ave.

¿Oís esa armonía
que el ánimo embebece
y cuyo son parece
mejor que voz humana, melodía
de ruiseñor que en la floresta mora
y cuyo canto al despuntar la aurora
la luz bendice del naciente día?

Pues es su dulce acento,
su voz mucho más suave
que el susurrar del viento
y que el cantar del ave.

¿Oís ese sonoro
encantador susurro que semeja
al de las alas de oro
de la afanosa abeja,
que de la miel buscando
el virginal tesoro
de una en otra flor pasa volando
y ya las acaricia, ya las deja?

¿De dónde se os figura
que nace ese sonido,
ese rumor de armónica dulzura
que encanta nuestro oído?
Pues nace de su acento,

de su voz que es más suave
que el susurrar del viento
y que el cantar del ave.

LA VIUDA DE MANASÉS

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA BÍBLICA

HOLOFERNES, *general de los asirios.*

AMIRIS

Delante de su ejército ganaron
largo trecho los dos, y la llanura
del campo de Esdrelón atravesaron,
y en la silvestre y fértil espesura
de las montañas ásperas tocaron,
en cuya amena soledad oscura
de esta manera a platicar tornaron:

HOLOFERNES

¿Con que ya de Israel pisamos tierra?

AMIRIS

Ésta es de Dotaín la gran campiña,
en cuyo seno pródigo se encierra
la doble mies y la fecunda viña.

HOLOFERNES

¿Y aquí nace aquella uva prodigiosa
que alguna vez en Nínive gustamos
del rey en los festines?

AMIRIS

Aquí nace.
Tiende la vista ansiosa
en rededor de ti y míralo. Estamos

donde con cinto de montañas hace
sus límites Judá, y aquellos muros
que levantarse ves sobre la sierra
los de Betulia son.

HOLOFERNES

¿Betulia dices?

¡Oh! ¡Mil veces soñé con esta tierra!
¿Que ésta es Betulia?

AMIRIS

Sí.

HOLOFERNES

Nuevas felices
me das, y el corazón dentro del pecho
me salta de alegría,
centro a tanto placer hallando estrecho.
¡Salve, Betulia mía!
¡Salve, ciudad hermosa del Oriente;
blanca perla escondida en la montaña
tras cuya erguida y torreada frente
nace la luz que al universo baña!
¡Salve!, y no temas de mi armada gente
las armas nuevas, y la lengua extraña,
que todo este aparato de pelea
sólo guerra de amor trae a Judea.

AMIRIS

¡Señor!

HOLOFERNES

Silencio, Amiris: de mi labio
saltaron indiscretas las palabras,

mas ábrelas sepulcro si eres sabio
dentro del corazón ó te le labras.

AMIRIS

¡Que así me hables, señor, cuando en mi
[pecho
solamente amistad franca y sincera
para ti guardé siempre!

HOLOFERNES

No sospecho
de ti; perdona, Amiris, esta fiera
pasión que me devora
y que dentro de mí vivió hasta ahora.

AMIRIS

¡Pasión!

HOLOFERNES

No, dije mal; voraz hoguera,
fuego que oculto en mis entrañas vive,
que calma ni frescor jamás recibe,
y a cuya llama mi vivir consumo,
pues ni aun puedo dejar que lance fuera
en suspiros y lágrimas el humo.

AMIRIS

¡Tú amas!

HOLOFERNES

Con amor tan impetuoso
que las riquezas, el honor, la gloria,
no tuvieron aliento poderoso
a echar a una mujer de mi memoria.

AMIRIS

¡A una mujer!

HOLOFERNES

De este país.

AMIRIS

¿Hebrea?

HOLOFERNES

Sí, pero más hermosa y peregrina
que el sol que en el Oriente centellea
y cuanto con sus rayos ilumina.

AMIRIS

Jamás aquí moraste.

HOLOFERNES

Mi destino

a Nínive la echó. Parientes suyos
a rescatar del cautiverio vino,
y al rey habló y la habló: respetuosa
mi poder invocó; servíla luego:
sus parientes salvó por ser hermosa,
mas por mirarla yo sentíme ciego.
La busqué, la seguí, la hablé amoroso;
rigurosa la hallé más cada día:
ídolo la erigí del alma mía;
pero el tiempo perdí, perdí el reposo:
de Nínive partió con cauta huella,
mi corazón llevándose tras ella.
Dulce recuerdo de agradable sueño,
su imagen vive en mi memoria, ilesa;

mas otra sombra de terrible ceño
entre ambos enojada se atraviesa.
Nabucho-Donosor con necio empeño
por esposa me ofrece una princesa,
y éste, que un día ambicionar me plugo,
hoy me parece insoportable yugo.

AMIRIS

¿Y en la misma balanza
una loca pasión pones osado
con la sacra privanza
del monarca de Asiria? ¿Has olvidado
que de todo su ejército caudillo
vienes a estos lugares
sólo a su gloria a levantar altares,
y con paz o con guerra,
a ley de la razón o del cuchillo,
a proclamarle Dios, rey en la tierra?
¿Has olvidado que si tal secreto
se huyera de tu labio en Babilonia,
por él quedaras a morir sujeto
en horca vil y torpe ceremonia?

HOLOFERNES

Por eso le oculté tan cuidadoso
mientras en la corte ninivita anduve:
por eso me empecé tan afanoso
mi cargo en obtener, y al fin le obtuve:
mas hoy lejos de Nínive, seguro
puedo ya respirar: franco mi aliento,
no en alta noche entre doblado muro,
sino a la luz del sol y al aire puro
puede manifestar mi pensamiento.
Sí, yo amo a una mujer israelita
y es su amor para mí mayor tesoro
que la sacra princesa ninivita
que el rey me ofrece con palacios de oro.

AMIRIS

Te oigo y apenas lo que dices creo;
 el rey te trata como a igual; te brinda
 la mano de hermosísima princesa,
 su ejército te da, te da su mesa,
 y no concibo bien que éste no rinda.
 Cuanto ha la vida para ser preciada
 no vale de tu rey una mirada.

HOLOPERNES

Y una mirada de la hermosa hebreo
 vale más para mí que el mundo todo;
 y esa pompa imperial que le rodea,
 puesta a su lado me parece lodo.
 ¿Me ves cuando en mi carro rutilante,
 arrebatado de veloz cuadriga,
 no hallo enemigo que me esté delante
 ni esforzado varón, que me mi pie siga?
 ¿Quién piensas, di, que es fuerza mi bravura
 que las contrarias huestes atropella?
 ¿Por quién crees que mi vida se aventura?
 ¿Por el honor de Asiria? No: por ella.
 ¿Me ves cuando de pie sobre un escudo,
 de toda una nación al clamoreo,
 de cien clarines entre el son agudo
 después del triunfo conducir me veo?
 ¿Por quién entonces mi cerviz erguida
 con noble orgullo militar descuella?
 ¿Por quién aprecio mi gloriosa vida?
 ¿Por el honor de Asiria? No: por ella.
 ¿Me ves cuando ceñido de áurea ropa,
 en el festín de mi señor tendido,
 asida con los labios la ancha copa
 mantengo largo trecho distraído?
 ¿Crees que me arroba el cortesano in-
 [cienso?
 ¿Que el pisar me enloquece donde él
 [huella?

¿Creíste que es en lo que entonces pienso
 Nabuco-Donosor? No: pienso en ella.
 Y por ella de Nínive me alejo,
 por ella multiplico mis hazañas,
 por ella el fausto y las grandezas dejo,
 porque ella es el amor de mis entrañas.

AMIRIS

Indigna es de un guerrero tal flaqueza,
 ajena tal pasión de un cortesano,
 y es fácil que te cueste la cabeza
 si llega hasta el oído soberano.

HOLOPERNES

Llegará cuando llegue con tal ruido,
 que al comprender la temeraria idea
 ya encontrará su imperio dividido,
 y enfrente de su Asiria mi Judea.

AMIRIS

¡Dioses!

HOLOPERNES

En tu alma mi secreto encierra:
 yo sus estatuas alzaré a millares,
 yo lo proclamaré rey en la tierra,
 mas justo es que a mi amor preste su guerra
 una corona entre sus mil altares.
 Te ofrezco mi amistad; y piensa al cabo
 que yo te llamo en mi poder amigo
 y en su real poder te llama esclavo.
 Séme fiel, y oye bien lo que te digo:
 escudo de mi rey, en mí se fia
 ídolo de su ejército, me adora
 alentado de amor, la fuerza es mía:
 yo abarco al real poder en este día,
 yo soy Nabuco-Donosor ahora.
 Alcense, pues, aquí los blancos linos!

de las asirias tiendas; y prudentes
franqueemos desde aquí nuestros caminos
y el intento sepamos de esas gentes.
Esto quise decirte, y para esto
quise sólo avanzar aquí contigo;
elige, pues: mi víctima o mi amigo.

AMIRIS

Nací contigo, junto a ti es mi puesto.

POESÍAS ITALIANAS

(TRADUCIDAS EN CASTELLANO)

IL PELLEGRINO, IL CAVALLIERE,
ED IL TROVATORE

IL PELLEGRINO

Era mite come il cielo
cui sorride il sol di maggio!
Era bella come il raggio
che circonda un cherubín!
Oh sventura! il sacro velo
l'ha per sempre a me rapita!
Or deserta è la mia vita,
senza luce il mio cammín.

IL CAVALIERE

Combattei due lustri intieri
colla rabbia saracina;
il mio nome in Palestina
fa le madri impallidir.
Fanti io vinsi e cavalieri,
ma non vinsi il primo amore:
alla donna del mio core
sempre vola il mio sospir!

HOLOFERNES

Y no te ha de pesar cuando se vea
enfrente de su Asiria mi Judea.

Dijo: y a una señal de su áurea trompa
los ecos de los montes despertaron:
y con soberbia y belicosa pompa
sus tiendas los asirios levantaron.

EL PEREGRINO, EL CABALLERO
Y EL TROVADOR

EL PEREGRINO

Era pura como el cielo
que ilumina el sol de mayo:
era bella como un rayo
que corona a un querubín.
¡Ay!, ante ella para siempre
su cancel un claustro ha abierto,
y mi vida es un desierto
sin camino, luz ni fin.

EL CABALLERO

Combatí diez años largos
con las huestes sarracenas.
¡Cuántas madres agarenas
mis victorias llorarán!
He vencido sus legiones:
mas me vence un amor fiero
y tras esté amor primero
mis suspiros siempre van.

IL TROVATORE

Io cantai le imprese e l'arme
 di Riccardo e di Buglione,
 e l'Orebbe e l'Erimone
 del mio canto risonâr:
 ma più dolce e mesto il carne
 a quell' angelo correâ
 dal cui sen mi dividea
 tanto cielo e tanto mar.

A TRE

Senza amore il pellegrino
 va perduto in un deserto.
 Senz' amore è grave il serto
 sulle chiome al vincitor.
 Senz' amore il fior divino
 si scolorà alla bellezza;
 nè le corde han più dolcezza
 nella man del trovator.

A. MAFFEL.

SONETTI 27

SULLA MORTE DEL REDENTORE

Quando Gesù nell' ultimo lamento
 schiuse le tombe e le montagne scosse,
 Adamo, sbigottito e sonnolento,
 alzò la testa, e sovra i piè rizzosse.

Le torbide pupille intorno mosse
 pieno di meraviglia e di spavento,
 e palpitando addimandò chi fosse
 lui che pendeva insanguinato e spento.

Come lo seppe, alla rugosa fronte,
 al erin canuto, ed alle guancie smorte
 colla pentita man fè danni ed onte.

Si volse lagrimando alla consorte
 e gridò sì, che rimbombò nel monte:
 «Io per te diedi al mio Signor la morte!»

EL TROVADOR

De Ricardo y Godofredo
 canté al mundo las hazañas:
 de Sión en las montañas
 aun recuerdan mi cantar;
 mas mis trovas solamente
 a la hermosa consagraba
 de quien cruel me separaba
 tanto cielo, tanto mar.

TRÍO

Sin amor el peregrino
 vaga errante en un desierto:
 sin amor es zarzo yerto
 el laurel del vencedor:
 la hermosura se marchita
 sin amor como azucena;
 sin amor lúgubre suena
 el laúd del trovador.

SONETOS

A LA MUERTE DEL REDENTOR

Quando la voz de Cristo postrimera
 peñas y tumbas con fragor violento
 hendió, medroso Adán y soñoliento
 el cuerpo del sepulero sacó fuera.

Tendió los turbios ojos por doquiera
 sin concebir absorto tal portento,
 y balbuciente preguntó quién era
 quien moría en suplicio tan sangriento.

Al saberlo, con mano arrepentida
 mesó iracundo su mejilla inerte,
 frente arrugada y calva encanecida.

Y volviéndose a Eva, con voz fuerte
 que dejó la montaña ensordecida,
 dijo: «¡A mi Dios por ti traje a la muerte!»

SULLA MORTE DI GIUDA

I

Gittò l' infame prezzo, e disperato
l'albero ascese il venditor di Cristo;
strinse il laccio, e col corpo abbandonato
dall' irto ramo penzolar fu visto.

Cigolava lo spirito serrato
dentro la strozza in suon rabbioso e tristo,
e Gesù bestemmiava, e il suo peccato
ch' empiea l' Averno di cotanto acquisto.

Sboccò dal varco al fin con un ruggito.
Allor Giustizia l'afferrò, e sul monte
nel sangue di Gesù tingendo il dito,
scrisse con quello al maledetto in fronte
sentenza d'immortal pianto infinito,
e lo piombò sdegnosa in Acheronte.

II

Piombò quell' alma all' infernal riviera
e si fè gran tremuoto in quel momento.
Balzava il monte, ed ondeggiava al vento
la salma in alto strangolata e nera.

Gli angeli dal Calvario in su la sera
partendo a volo taciturno e lento,
la videro da lunge, e per spavento
si fer dell' ale a gli occhi una visiera.

I demoni frattanto a l'aer tetro
calar l' appeso, e l' infocate spalle
all' esecrato incarco eran feretro.

Così ululando e bestemmiando, il calle
preser di Stige, e al vagabondo spettro
resero il corpo ne la morta valle.

III

Poiché ripresa avea l' alma digiuna
l' antica gravità di polpe e d'ossa,

LA MUERTE DE JUDAS

I

Su oro arrojó, y al árbol despechado
el apóstol trepó, traidor a Cristo;
ató el cordel, y el cuerpo abandonado
fué con horror balanceando visto.

Lanzó el alma en su pecho acongojado
ronco estertor: y con lamento mixto
de miedo e ira blasfemó el malvado:
«¡Cuesta un Dios el infierno que conquistó!

El alma impía vomitó rugiendo,
la Justicia divina asíóle airada,
y el dedo en sangre de Jesús tiñendo
su sentencia en la frente amoratada
le escribió, y desdeñosa sonriendo
hundió su espectro en la infernal morada.

II

Cayó aquella alma en la mansión precita,
y del golpe al estrépito violento
la montaña tembló: mientras el viento
su despojo mortal en lo alto agita.

De la cumbre del Gólgota bendita
su vuelo alzando silencioso y lento,
la vista horrible de su fin sangriento
el coro de los ángeles evita.

Los demonios, saliendo del profundo,
juntáronse en tropel a descolgalle,
y en sus hombros cargando el tronco in-

[mundo,

al infierno otra vez se abrieron calle,
arrojando al espectro vagabundo
el cuerpo vil en el maldito valle.

III

Al recobrar el alma condenada
el cuerpo en que habitara antiguamente,

la gran sentenza su la fronte bruna
in riga apparve trasparente e rossa.

A quella vista di terror percossa
va la gente perduta; altri s'aduna
dietro le piante che Cocito ingrossa,
altri si tuffa nella rea laguna.

Vergognoso egli pur del suo delitto
fuggia quel crudo, e stretta la mascella,
forte graffiava con la man lo scritto.

Ma più terso il rendea l'anima fella.
Dio fra le tempie gliel' avea confitto;
nè sillaba di Dio mai si cancella.

IV

Uno strepito intanto si sentía,
che Dite introna in suon profondo e rotto;
era Gesù, che in suo poter condotto
d'Averno i regni a debellar venía.

Il bieco peccator per quella via
lo scontrò, lo guatò senza far motto;
pianse al fine, e da' cavi occhi dritto
come lava di foco il pianto uscia.

Folgoreggiò sul nero corpo osceno
l'eterea luce, e d'inferral rugiada
fumarono le membra in quel baleno.

Fra il fumo allor la rubiconda spada
interpose Giustizia: e il Nazareno
volse lo sguardo, e seguìto la strada.

DEL PETRARCA

To amai sempre ed amo forte ancora
e son per amar più di giorno in giorno
quel dolce loco, ove piangendo torno
spesse fiate quando amor m'accora.

E son fermo d'amare il tempo e l'ora
ch'ogni vil cura mi levar d'intorno:

de sangre en caracteres señalada
su sentencia inmortal brotó a su frente.

A semejante vista huyó espantada
del vil apóstol la precita gente,
y del infierno le dejó a la entrada
del odio universal blanco viviente.

Pugnaba el miserable avengonzado
la marca por borrar de su delito,
y arañaba su frente despechado
sin lograr de su tez borrar lo escrito:
que con sangre de Dios fué allí marcado
y el rastro de su sangre es infinito.

IV

En esto un grande estruendo se sentía
por la infernal mansión jamás oído.
Era Jesús, que en gloria conducido
a hollar los reinos de Luzbel venía.

Se halló en la senda que Jesús traía
Judas; callado le miró y corrido:
lloró al fin, mas el párpado oprimido,
lava ardiente, no lágrimas vertía.

Sobre el semblante del traïdor, de lleno
reverberó su resplandor divino,
y humo impuro brotó su inundo seno.

Justicia entonces al tremendo sino
infernal le lanzó: y el Nazareno
tornó la faz, y prosiguió el camino.

DEL PETRARCA

Siempre amé, y amo aún y desde ahora
amar espero más de día en día,
aquel dulce lugar donde me guía
el triste amor que mi ánima atesora:

y en amar estoy siempre el tiempo y hora
en que olvidé cuanto cuidado había

e più colei, lo di cui viso adorno
di ben far co' suoi esempi m'innamora.

Ma chi pensò veder mai tutti insieme
per assalirmi il cor or quindi or quinci
questi dolci nemici ch' i'tant' amo?

Amor, con quanto sforzo oggi mi vinci!
E se non ch'al desio cresce la speme,
i'cadrei morto, ove più viver bramo.

terrenal, y amaré más todavía
aquella cuya imagen me enamora.

Mas ¿quién pudiera haber jamás creído
que el tiempo en amarguras me volviera
memorias a quien yo tanto he querido?

¡Oh amor, cómo has rendido mi alma fiera!
¡A no estar de esperanzas mantenido,
do anhelo más vivir muerto cayera!

RECUERDOS Y FANTASÍAS

la gran salvador del mundo y del mundo
 la gran salvador del mundo y del mundo
 Ma gran salvador del mundo y del mundo
 Ma gran salvador del mundo y del mundo
 Ma gran salvador del mundo y del mundo
 Ma gran salvador del mundo y del mundo
 Ma gran salvador del mundo y del mundo
 Ma gran salvador del mundo y del mundo
 Ma gran salvador del mundo y del mundo
 Ma gran salvador del mundo y del mundo

Ma gran salvador del mundo y del mundo,
 Ma gran salvador del mundo y del mundo,
 Ma gran salvador del mundo y del mundo,
 Ma gran salvador del mundo y del mundo.

IV

Uno stupido intento, a un fin,
 che Dio inspira in ogni profeta e in ogni
 un Gesù, che in suo poter condutto
 d'Assisi i reghi a debellar venia,
 Il sacro precetto per questo fin
 lo mostrò, lo disse, e come far questo
 punto al fine, e da quel punto dritto
 come lava di fiesi il giorno noia.
 Fugliostro il suo sacro corpo ostentò
 Polvere loro, e d'asini al mondo
 l'ammantò le chiesole, e per il mondo
 Fra il fumo alfin la crociata venne
 intersepe Giustizia e il Nazareno,
 volse lo sguardo, e seguì la crociata.

DEL PIRRARCA

La senti, senti il suo, la senti, senti
 e non per un giorno di giorno in giorno,
 quel detto loro, non per un giorno in giorno,
 e non per un giorno di giorno in giorno,
 e non per un giorno di giorno in giorno,
 e non per un giorno di giorno in giorno,
 e non per un giorno di giorno in giorno,
 e non per un giorno di giorno in giorno,

de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,

de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,
 de un giorno di giorno in giorno,

IV

En esse un grande estranità venia
 per la ispirata sua, che in ogni
 Era inspirata in ogni condutto
 a hallar la reghi a debellar venia,
 Il sacro precetto per questo fin
 lo mostrò, lo disse, e come far questo
 punto al fine, e da quel punto dritto
 come lava di fiesi il giorno noia.
 Fugliostro il suo sacro corpo ostentò
 Polvere loro, e d'asini al mondo
 l'ammantò le chiesole, e per il mondo
 Fra il fumo alfin la crociata venne
 intersepe Giustizia e il Nazareno,
 volse lo sguardo, e seguì la crociata.

DEL PIRRARCA

La senti, senti il suo, la senti, senti
 e non per un giorno di giorno in giorno,
 quel detto loro, non per un giorno in giorno,
 e non per un giorno di giorno in giorno,
 e non per un giorno di giorno in giorno,
 e non per un giorno di giorno in giorno,
 e non per un giorno di giorno in giorno,
 e non per un giorno di giorno in giorno,

RECUERDOS Y FANTASÍAS

RECUERDOS Y FANTASÍAS

Broté como una yerba corrompida
al borde de la falda de un malvado,
y mi primer cantar fué a un anciano:
¡caguero! fué por Dios lo que deseché.

Al ego de este cántico gesticulé,
dijo el mundo: ¡escucha! ¡escucha!
y santos a mirarme de hito en hito;
y el mundo y yo por mi primer delite
desde entonces mirándonos estúpidos.

Dejamos a los muertos en sepulcro
y que durmieran en paz, si es su destino;
harto haremos en esta tan prosaica
como es la vida en arroyos camino.

Yo el río me busqué por las turbadas
ondas de agosto mar, y mi barquilla
por medio de otras muchas que extravíasadas
bogan sin rumbo vi desamparadas,
procuré conducir hacia la orilla.

¡Vale, gamf, con abigarrado libro
volvime al cielo y acudí a la ciencia:

ese al que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,
y a impulso de recóndito misterio
dile la soledad con infinito,
y fué, tornado en cántico maldito,
a expirar en mitad de un conventorio.

Yo sentí que la tierra me apedregaba
y anzo de gloria al corazón hallando,
dijo, dentro de mí, de tierra es ruba:
Y son mayor aún según cantando.

¡Ciel de Dios mi soberbio aliento,
de arráncame mi poder; mi alma añalera
me arrebató hasta el alto firmamento,
y la regístrate así del vago viento
convencí con mi canción primera.

¡Arás deff las agujas que miran
con ojo nudo al sol, cómo quedan a
las hubes que rotospagos respiran,
los toles mí que por equitades gran
donde mortales ojos no llegaron.

RECUERDOS Y FANTASÍAS

RECUERDOS Y FANTASÍAS 28

INTRODUCCIÓN

Broté como una yerba corrompida
al borde de la tumba de un malvado,
y mi primer cantar fué a un suicida;
jagüero fué por Dios bien desdichado!

Al eco de este cántico precito,
dijo el mundo escuchándome: «Veamos»;
y sentóse a mirarme de hito en hito:
y el mundo y yo por mi primer delito
desde entonces mirándonos estamos.

Dejemos a los muertos en reposo
y que duerman en paz, si es su destino;
harto haremos en mar tan proceloso
como es la vida en encontrar camino.

Yo el mío me busqué por las turbadas
ondas de aqueste mar, y mi barquilla
por medio de otras muchas que extraviadas
bogar sin rumbo vi desesperadas,
procuré conducir hacia la orilla.

Velé, gemí, con angustiado lloro
volvime al cielo y acudí a la ciencia:

¿Del el mundo a mis pies, aló el frente
para cantar mi orgullo y mis odios,
del medio de una nube relámpago
el acanto de Dios omnipotente,
oieron de pavor estremecidos.

«Canta, dijo una voz tal es tu muerte,
pero canta en el polvo que naciste,
allí donde jamás hán de crearte;
canta la vida, mientras va la muerte
a al llamado tu existencia creste.»

Dijo, y me ceta
y el impulso de su hábito divino,
con cántiga ramera o dolorida
¿a la ribera tocaré? Lo ignoro;
sólo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,
y a impulso de recóndito misterio
dióle la soledad eco infinito,
y fué, tornado en cántico maldito,
a expirar en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la turba me aplaudía
y ansio de gloria al corazón hallando,
dije dentro de mí: «la tierra es mía».
Y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,
de arcángel mi poder; mi alma altanera
me arrebató hasta el alto firmamento,
y la región azul del vago viento
estremecí con mi canción primera.

Atrás dejé las águilas que miran
con ojo audaz al sol, atrás quedaron
las nubes que relámpagos respiran,
los soles mil que por espacios giran
donde mortales ojos no llegaron.

Cref el mundo a mis pies, alcé la frente
para cantar mi orgullo, y mis oídos,
del medio de una nube refulgente,
el acento de Dios omnipotente
oyeron de pavor estremecidos.

«Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,
pero canta en el polvo que naciste,
allí donde jamás han de creerte:
canta la vida, mientras va la muerte
a sí llamando tu existencia triste.»

Dijo, y me echó a la tierra y a la vida,
y al impulso de su hálito divino,
con cántiga risueña o dolorida
la soledad alivio del camino:
y cumpló así la ley de mi destino.

I

Inunda paz sabrosa,
mi corazón tranquilo,
y dichas y deleites
encuentro por doquier:
mi ser halló en mi alma
inalterable asilo,
mi espíritu respira
el ámbar del placer.

Ya nada me atormenta
ni envidio ni deseo:
mi espíritu al abrigo
de la tormenta está:
pasar a las edades
indiferente veo:
mecido en dulces sueños
mi pensamiento va.

Y a veces me arrebató
mi loca fantasía

en alas de su joven
fecunda inspiración;
y a un mundo me trasporta
de encanto y de armonía,
do gozan mis potencias
espléndida ilusión.

Mi espíritu se libra
del cuerpo que le encierra
y grande y poderoso
como su Dios se cree,
y alcanza desde el zenit
a la lejana tierra
cual punto en el espacio
que apenas no se ve.

El orbe ante mis ojos,
despliega los misterios
que impulsan la infinita
y excelsa creación;
y hollando los escombros
de tronos y de imperios,
revienta en armonía
mi libre corazón.

Cuanto es en los espacios
su ser me patentiza:
un templo ante mis ojos
el universo es,
y todo en su recinto
se ensalza y diviniza,
y la creación entera
tendida está a mis pies.

No hay canto, ni suspiro,
lamento ni murmullo,
cuyo eco misterioso
fingir no sepa yo,
que mi niñez mecieron

los bosques con su arrullo
y su creencia santa
la soledad me dió.

La música comprendo
que en las volubles hojas
resuena a la presencia
del céfiro fugaz:
y entiendo en el otoño
el ¡ay! de sus congojas
con que piedad imploran
del ábrego tenaz.

Yo sé cómo susurran
con diferentes voces,
marchitas en septiembre,
jugosas en abril:
ya rueden con el polvo
en círculos veloces,
ya con su toldo verde
coronen el pensil.

Yo entiendo de las aves
los cánticos distintos,
el saludar al alba
o huir la tempestad;
buscando de las selvas
los cóncavos recintos,
en donde alegres gozan
salvaje libertad.

Entiendo el agorero
graznar de la corneja,
la ronca voz del buitre
que huele su festín,
del solitario buho
la temerosa queja,
y el amoroso trino
del ágil colorín.

El ruido con que vuela
la errante mariposa,
los pasos de la oruga
sobre la fresca flor,
el desigual zumbido
con que anda codiciosa
la abeja, de su cáliz
volando en derredor.

El son con que su nido
columpia la oropéndola,
del álamo frondoso
suspense en la altitud,
y los murmullos que alzan
las ráfagas meciéndola
haciendo revoltosas
eterna su inquietud.

Los mágicos rumores
que elevan diferentes
las diferentes aguas
del bosque o del jardín,
cuando los montes sulcan
sus rápidos torrentes,
cuando en los valles buscan
sus arroyuelos fin.

Y el temeroso acento
de las voraces fieras,
de la tormenta ronca
el iracundo son,
en mis oídos posan
las notas lisonjeras
que ensalzan y armonizan
la inmensa creación.

Conozco de los astros
la incógnita carrera,
del ángel que los guía

la luminosa faz,
y la del ROSTRO SANTO
que en ellos reverbera
torrentes derramando
de vida y claridad.

Las nubes le saludan
con majestuoso trueno,
la atmósfera le enciende
relámpago veloz,
la tierra le abre humilde
su perfumado seno,
y el mar canta su gloria
con incesante voz.

Si airado pestaña,
los mundos se estremecen;
si torna el rostro, yacen
en muerta oscuridad;
si su hálito les niega,
caducan y envejecen;
Él solo es la existencia,
la luz y la verdad.

Para Él tiene tan sólo
la eternidad guarismo,
y número los astros,
y las edades fin,
y límite el espacio,
y término el abismo,
y nada se le esconde
por lóbrego ni ruin.

Su dedo es la balanza
que en equilibrio tiene
la máquina gigante
de su alta creación,
y cuanto en ella existe
su dedo lo mantiene,

y ese es el Dios que canta
mi lengua y mi razón

Y voz no hay ni suspiro,
lamento ni murmullo
cuyo eco misterioso
por Él no entienda yo;
que mi niñez mecieron
los bosques con su arrullo,
y su creencia santa
la soledad me dió.

LOS BORCEGUÍES

DE ENRIQUE SEGUNDO

ROMANCE

Rifieron los dos hermanos,
y de tal suerte rifieron
que fuera Cain el vivo
a no haberlo sido el muertc.
Valiente Haman a Enrique,
y a Pedro tirano y ciego,
porque amistad y justicia
siempre mueren con el muerto.

(Romancero general.)

Después de la cruel tragedia
en que murió el rey don Pedro
a manos de una traición
de serviles extranjeros,
su matador don Enrique
gozó en calma largo tiempo
la corona de su hermano,
por la fuerza o por derecho.
Aunque de sangre bastarda
cuentan de él famosos hechos,
liberalidades grandes,
de real corazón ejemplos.

Dicen que a Castilla dió
 gran prez y engrandecimiento,
 en paz viviendo con todos
 por la fuerza o el ingenio:
 y Aragón, Francia y Navarra
 y Portugal, le temieron,
 y le temblaron los moros
 aun teniéndole tan lejos.

¡De la voluntad de Dios
 incomprensibles secretos,
 mas dónde van siempre juntos
 los castigos y los premios!
 Vivió dichoso este rey
 tras el fatricidio horrendo,
 fama conquistando y nombre
 de liberal y de recto;
 lo cual celebran los malos
 y desespera a los buenos,
 que no hay más ley que la fuerza,
 ni más justicia, creyendo.
 Mas bien se ve en don Enrique
 por la muerte que le dieron,
 de Dios la recta justicia
 y la igualdad de los cielos.
 Con hierro mató a su hermano,
 y él acabó con veneno:
 por extranjeros matóle,
 y a él matáronle extranjeros.

Vea el rey de Granada,
 ayudador de don Pedro,
 del reino de don Enrique
 la prez y acrecentamiento.
 Véalolo, recelando
 que la memoria de aquello
 y el rencor que produjera
 de don Enrique en el pecho,
 aun en él se alimentaran,

fermentando en el silencio:
 y el moro pensó en sí mismo
 y pensó con mucho acierto.
 Veló, inquirió con astucia,
 de sus espías por medio,
 el grande apresto de guerra
 que el de Castilla iba haciendo:
 y al ver la paz asentada
 con los inmediatos pueblos,
 y a los monarcas cristianos
 en amistad y sosiego,
 penetró del rey Enrique
 el oculto pensamiento,
 y otro pensamiento oculto
 pensó oponerle resuelto.
 «Amigo fui de su hermano
 (dijo el moro): él es soberbio,
 y el ultraje no ha olvidado,
 y está a volvérmelo atento.
 Ganémosle por la mano;
 y astutos al defendernos,
 venguemos con sangre suya
 la sangre del rey don Pedro.»

Dijo esto el moro una tarde
 por los jardines amenos
 del alto Generalife,
 en solitario paseo.
 Y enderezando los pasos
 al alcázar opulento
 de la Alhambra, mandó al punto
 que llamaran en secreto
 a un moro de grande ciencia
 y en medicinas muy diestro,
 el mejor de sus amigos
 y el más leal de sus deudos.
 Vino el moro, y encerrándose
 con él en un aposento,

en larga plática oculta
 hasta el alba se estuvieron.
 Nadie lo que hablaron supo,
 nadie jamás cayó en ello;
 los hechos lo revelaron
 y lo aclaró solo el tiempo.
 Sólo se dijo en Granada
 con recatado misterio,
 que el sabio huía del rey,
 y el rey le echaba del reino.

II

En Santo Domingo estaba
 don Enrique, y muy ufano
 celebraba con festejos
 sus paces con el Navarro.
 Todo era gozo en la corte,
 todo en la ciudad saraos,
 y luminarias y músicas,
 cañas, toros y caballos.
 Andaban los caballeros
 con las bandas y penachos
 de los colores del gusto
 de ambos a dos soberanos:
 y andaban los trovadores
 con cantares regalados,
 las grandezas de ambos reyes
 en sus rimas encomiando.
 Y andaba el rey don Enrique
 con largueza real premiándolos,
 ya elogiándoles los versos,
 y ya con oro pagándoselos.
 Andaba Villasandino (1)

(1) Alfonso Alvarez de Villasandino y Pero Ferrás, poetas del tiempo del rey don Enrique II, cuyas cantigas recogió en cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey don Juan, primero de este nombre.—Fué este Villasandino el poeta más celebrado de su época, no sin razón, y alcanzó los retados

poeta el más afamado,
 entre la gente de corte,
 vestido a lo cortesano.
 Andaba Pero Ferrás
 sus dulces trovas cantando
 desde el alba hasta la noche,
 desde la choza al palacio.

de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II. Las gas son de citar las buenas canciones de este poeta véanse sin embargo dos, la primera suya y la segunda de Ferrás, que manifiestan además la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fruícida don Enrique, razón principal que me mueve a citar éstas y no otras.

*Decir que fiso Alfonso Alvarez de Villasandino se-
 ra la tumba del rey don Enrique el viejo.*

MI nombre fué don Enrique,
 Rey de la hermosa España.
 Todo ombre verdat publique
 sin lisonja por fasaña.
 Pobre andando en tierra estraña
 conquisté tierras e gentes.
 Agora parad bien mientes
 quel yago tan sin compañía
 so esta tumba tamaña.

Con esfuerzo e lozanta
 e orgullo de corazón
 fui Rey de grant nombradía
 de Castilla e de León.
 Puse freno en Aragón
 en Navarra e Portugal:
 Granada miedo mortal
 ovo de mi esa sazón,
 recelando mi opinión.

A los míos e a estraños
 fui muy franco e verdadero.
 Pooo más de dose años
 me duró este bien entero.
 Nunca creí de ligero.
 Bien guardé sus privilegios
 a fidalgos e concejos:
 conociendo a Dios primero
 de quien galardón espero.

Mi alma va muy gozosa
 por dejar tal capellana,
 tan complida, e tan onrosa
 la muy noble doña Juana,
 muy onesta, e sin ufana,
 Reina de lifa real,
 mi muger noble, leal,
 en todo firme e cristiana,
 quita de esperanza vana.

Dejo a los castellanos
 en riquezas, sin pavor;

Y en una tarde serena
del mes de abril, a caballo
con su corte el rey Enrique
quiso salir por el campo.
Ya comenzaban entonces
las florecillas del prado
a salpicar de los céspedes
el verde y tendido manto.

de todos sus comarcanos
hoy le llevan lo mejor.
Por su rey e su señor
les dejo muy noble infante
don Juan mi hijo, bastante,
bien digno e merescedor
para ser emperador.

Decreto de Pero Ferrás al rey don Enrique.

Don Enrique fué mi nombre,
Rey de España la muy gruesa,
que por fechos de grant nombre
meresco tan rica fuesa.
Grave cosa nin aviesa
nunca fué que yo temiese,
porque el mi loor perdiese,
ni jamás falté promesa.

Nunca yo cesé de guerras
treinta años continuados.
Conqueré gentes e tierras,
e gané nobles regnados.
Fis ducados e condados,
e muy altos señoríos:
e di a estraños e a míos
mas que todos mis pasados.

En peligros muy estraños
muchas veces yo me vi,
e de los míos sosaños
sabe Dios cuántos sofrí.
Contemprarme sope así
con esfuerzo e mansedumbre.
El mundo por tal costumbre
sofuzgar yo lo creí.

Sabed que con mis hermanos
siempre yo quisiera paz,
adoviéronme tiranos
buscándome mal asaz.
Quisolo Dios, en quien yaz
el esfuerzo e poderío,
ensalzar mi poderío
e a ellos di más solaz.

Con todos mis comarcanos
yo paré bien mi fazienda:
quien al quiso amas manos
ze lo puse a contienda.

Ya iba el tomillo oloroso
sobre los juncos brotando,
llenando el aura de aromas
cuanto más puros más gratos.
Ya empezaban a vestirse
de frescas hojas los álamos,
y las rojas amapolas
a crecer en los sembrados.

E bien así lo entienda
el que fué mi cronista,
que de paz, o de conquista,
onrosa quis la emienda.

En la fe de Jesucristo
verdadero fui creyente,
e a la iglesia bien quisto,
muy amado e obediente,
fis onra muy de talante,
cuanto pude a sus prelados,
seyendo de mi llamados
señores ante la gente.

Con devoción cuanta pude
yo servi a Santa María,
preciosa Virgen, salud,
nuestra dulzor, e alegría.
Por saña, nin por follía,
a santa jamás, nin santo
nunca yo dije mal, cuanto
los ojos me quebraría.

E teniendo yo mi imperio
en paz muy aseogado,
que cobré con grant laserío
por onrar el mi estado,
plogo a Dios que fui llamado
la su muy dulce gloria,
dó estó con grant vitoria,
el su nombre sea loado.

La mi vida fué por cuenta
poco más que el comedio;
cinco años mas de cincuenta
e cuatro meses e medio.
Púsome Dios buen remedio
a mi fin, que yo dejase
fijo noble que heredase
tal que non ha sin medio.

Deben ser los castellanos
por mi alma rogadores,
ca los fis nobles, ufanos,
guerreros, conquistadores:
e a Dios deben dar loores
por los dejar yo tan presto
mi amado filo onesto,
de liña de emperadores.

* Acaso deberá ser *cuarenta*, pues el cronista dice que murió de cuarenta y seis años y cinco meses.

Y todo la primavera
 por doquier iba anunciando,
 con su yerba la campiña
 y con sus trinos los pájaros,
 Cabalgaba don Enrique
 con sus nobles platicando
 por fuera de la ciudad
 en paseo sosegado,
 cuando jinete seguro
 sobre un potro jerezano,
 vió que hacia ellos llegaba
 solo un árabe gallardo.

Yo le dejo bien casado
 con la infanta de Aragón;
 porque partí consolado
 al tiempo de mi pasión.
 A este viene bendición,
 e los regnos por linages.
 Los que de estoria son sagas
 saben bien esta razón.

Dejo noble muger buena,
 que es la reina doña Juana,
 que por todo el mundo suena
 su grant bondad sin ufana.
 Non cesa noche e mañana
 facer por mí sacrificios,
 que son deleites e vicios
 a mi alma que los gana.

Ella sea heredada
 en paraíso conmigo,
 do le tien presta morada
 Jesucristo, su amigo.
 De hoy más a vosotros digo,
 vasallos, e mis parientes,
 e yo dejo a todas gentes
 este escripto por castigo.

Quien muy bien escudriñare
 las razones que en él dis,
 e cobdicia en sí tomare
 de los fechos que yo fis,
 non engruesa la cervis
 echándose a la vilesa,
 nin se paguen de escasesas,
 que a todo mal es rais.

Quien vivir quiere en ledicia
 e del mundo ser monarca,
 desampare la codicia
 que todos males abarca.
 Franqueza sea su arca,
 esfuerzo, e bien faser,
 que lo tal suele tener
 mucho bien a su comarca.

Sobre el almete de acero
 rollaba turbante blanco,
 y espesa malla vestía
 bajo el almaizal plegado.
 Corvo alfanje y lanza aguda
 llevaba en opuestos lados,
 y con cadenas de plata
 el negro potro arrendado.
 Y en fin, las prendas que abusa
 la opulencia iban mostrando
 y su bizarra apostura
 lo noble del africano.
 Detuvo el rey su trotón
 un punto para mirarlo,
 y su potro el sarraceno
 tuvo también, saludándolo.
 Quedáronse unos momentos
 mirando uno a otro entrambos
 hasta que así dijo el rey,
 y dijo así el africano.

EL REY

Vengas en paz, sarraceno.

EL MORO

Alá te guarde, cristiano.

EL REY

¿Adónde va el agareno?

EL MORO

A buscar al castellano.

EL REY

¿Pues qué, no da ya Granada
 a los creyentes asilo?

EL MORO

Mina una lengua dañada
el corazón más tranquilo.
No hay moro que más resuelto
servido haya a su señor,
mas el semblante me ha vuelto
Mohamad, como a un traidor.
Sin lealtad y sin fe
se olvidó de mi amistad,
y allí a Mohamad dejé,
¡Alá guarde a Mohamad!

EL REY

¿Y qué espera del cristiano?

EL MORO

Diz que es un rey caballero
el vuestro rey castellano
y a ofrecerle voy mi acero.

EL REY

¿Y si te recibe mal?

EL MORO

Continuaré mi camino.

EL REY

¿Y si osa a ti desleal?

EL MORO

Me avendré con mi destino.
Mas de ello estoy bien ajeno:

¿para mí malo ha de ser
quien para todos fué bueno?
¿Ante él me podéis poner?

EL REY

Moro, en su presencia estás;
y tu acendrada opinión
no desmentirá jamás
la fe de su corazón.

EL MORO

¿Tú eres don Enrique?

EL REY

SÍ.

EL MORO

Dame los pies a besar.

EL REY

No, cabalga junto a mí,
que quiero contigo hablar.
Picó espuelas don Enrique,
e imitóle el africano,
y atravesando la puente
en Santo Domingo entraron.

III

O el bueno de don Enrique
fué crédulo por demás,
o el moro fué por su parte
sutilísimo y sagaz:
porque en menos de dos días

entre los dos de tratar,
entre ambos a dos había
estrechísima amistad.
Ya fuera que el africano
descubriese desleal
a Enrique graves secretos
del rey moro Mohamad;
ya fuera que el rey Enrique
se los quisiera arrancar
con una sagaz política
a la del árabe igual;
ya fuera que ambos a dos
se intentaran engañar,
o ya que los dos obrasen
con hidalga lealtad,
ello es cierto que aquel moro
del rey empezó a gozar
muy repetidos favores,
y muy grande intimidad,
e hizo a todos los privados
ante su favor cejar,
por más que el vulgo y la corte
murmuró de este desmán.
Decían, y con justicia,
que le sentaba muy mal
a todo un rey castellano
con moros tanta amistad.
Que quien nació su enemigo
era al cabo de esperar
que tuviera allá en su pecho
poca o ninguna verdad.
Todo ello dicho en razón,
y sin respeto quizás,
pero dicho todo en balde,
pues no lo quiere escuchar
el rey, que por su capricho
o por recóndito plan,
hacia el gallardo africano
inclina la voluntad.

Y ya por secretas causas
o por afición real,
festejábanse uno a otro
con correspondido afán.
Dábale el rey privilegios,
y rentas que disfrutar,
dábale estancia en palacio
y aún en su mesa sitial.
Y el moro, a quien cada día
remitían sin cesar
desde Granada sus deudos,
sus amigos desde Orán,
tesoros inestimables
y presentes sin igual,
al rey se los ofrecía
con gran liberalidad.
Y apenas día pasaba
sin que la fuera a llevar
ya el damasquino mandoble,
ya el cordobés alazán,
y siempre entre sus regalos
solían ir a la par,
ya el velo para la reina,
ya para la dama el schal,
ya la armadura dorada
para el príncipe don Juan,
ya el perro de mejor rastro,
ya el azor más perspicaz.
Todo era el moro larguezas,
y el rey prodigalidad;
si el rey el más generoso,
el árabe el más galán.
Todo era fiesta el palacio,
tañer, danzar y trovar,
todo festejos el día,
toda la noche rondar.
Todo festines y amores
en la gente principal,

todo embriaguez y rondallas
 el vulgo hambriento y audaz.
 Si en una apuesta o torneo
 placíale al rey bajar
 a correr en el palenque
 con un noble a trance igual,
 bajaba el moro tras él
 a lucir su habilidad
 en los bohordos y cañas
 y juegos de uso oriental.
 Y nadie rompió una lanza
 con tanta seguridad,
 ni nadie montó un caballo
 con una destreza tal,
 ni nadie metió en el blanco
 tantos dardos a la par,
 ni nadie en cortesanía
 logró alcanzarle jamás.
 Si diez sortijas ganaba,
 si ocho lazos alcanzar
 lograba una misma tarde,
 cual diestro, siendo galán,
 al rey y a la reina al punto
 ofrecía la mitad,
 entre las damas más bellas
 repartiendo las demás.
 Y así se pasaba el tiempo,
 y así en escándalo asaz
 de don Enrique y el árabe
 se estrechaba la amistad.
 Y o el bueno de don Enrique
 crédulo era por demás,
 o era por su parte el moro
 sutilísimo y sagaz.

IV

Corrió todo el mes de abril
 para el conñado Enrique,

uno de los más gloriosos,
 y uno de los más felices.
 La tierra empezó con mayo
 con sus flores a cubrirse,
 y el cielo fué despejándose
 de nubes y nieblas tristes.
 El viento henchían de aromas
 los efrillos sutiles
 recogidos en las ramas
 de los huertos y jardines.
 Veía el rey favorable
 estación tan bonancible
 para realizar los planes
 que supo allá concebirse
 en su corazón y juicio,
 y que a poder él cumplirlos,
 fuera acaso el rey más grande
 y el mejor de los Enriques (1).
 Pero no hay causa que el hombre

(1) Fué su muerte (la de don Enrique) muy plañida de todos los suyos; e non sin razón, ca pues tenía sus paces, e ratos, e casamientos, e sosiegos fechos en Francia, e Portugal, e Aragón, e Navarra, de fecho tratada e lo mandaba ir goisando, que si viviera era su intención de armar grand flota, e tomar la mar del estrecho a Granada. E después que él toviese tomada la mar, que de allende no se pudiesen ayudar los moros, facer en su regno tres cuadrillas, una él, otra el infante don Juan su fijo, e otra el conde don Alonso su fijo; e en su cuadrilla irían tres mil lanzas con él e quinientos ginetes, e diez mil omes de a pie; e las otras cuadrillas cada dos mil lanzas, e cada mil ginetes, e cada diez mil omes de a pie; e entrar cada año tres entradas de cuatro meses e andar todo el regno, e non cercar logar, mas falcar quanto fallasen verde. E que irían las cuadrillas de guisa que en un día se pudiesen acorrer, si tal caso recreciese; e después salir a folgar a Sevilla e Córdoba, e otro logar dó tenían sus bastecimientos. Que desta guisa, fasta dos o tres años le darían el regno a pura fuerza de fambre, e faría de los moros quanto quisiese. E Dios non quiso que se cumpliese, ca tomóle la muerte, etc.

(Crónica de don Enrique II).

Tales eran los planes de este rey, y por los cuales digo de él

Y que a poder él cumplirlos
 fuera acaso el rey más grande,
 y el mejor de los Enriques.

para su bien imagine, que no le estorbe la suerte que por su bien la realice. Ya ha días que el sarraceno tan pródigo en los destines y en los regalos, ninguno a su nuevo rey dirige. Ya ha días que de su parte el rey ninguno recibe, ni el rey le manda sus pajes con prenda alguna que estime. Y unos dicen que ya en ellos no está la amistad tan firme, y otros que dió a sus tesoros fin el africano, dicen. Pero desmentidos vieron sus murmullos los malsines en la mañana de un martes, y día aciago entre gentiles. Gozaba el rey todavía blando reposo apacible, cuando al dintel de su cámara un negro, que al moro sirve, se presentó demandando si la entrada le permiten: y como saben los pajes que el rey donde quiera admite al esclavo y a su dueño, ninguno el paso le impide. Franqueáronle, pues, la puerta, y apartando los tapices, en la cámara del rey entró en silencio el etíope. Quedó tras él el ambiente lleno de oloroso almizcle, que un azafate que lleva entre las manos despidió. Mas no pudo nadie ver lo que en él se depositó,

porque cubierto lo trajó con la hermosa piel de un tigre. Sintióse con el esclavo hablar al rey don Enrique, sintiéronse las ventanas a la voz del rey abrirse, y tras de breves momentos con su semblante impasible, como una siniestra sombra volvió a salir el etíope. Quedó el rey con el regalo sobre su lecho, y posible no siéndole contenerse, levantó la piel de tigre que cubría el azafate, y no es fácil de escribirse su sorpresa al ver en él dos moriscos borecegués. Eran de una piel más blanca que la pluma de los cisnes, abotonados con perlas y un hebillón de rubies. Mil exquisitos bordados la piel finísima visten de mil caprichosos ramos, mil arabescos perfiles con cuyo primor y gusto en tejidos y en matices, los encajes y las flores inútilmente compiten. Obra del Oriente sólo y de moriscos artifices, que hacen palacios de piedra como el encaje sutiles. Trabajo de aquellas manos que, para que al mundo admire, nos dejaron una Alhambra del Darro en la orilla humilde; la Alhambra ante quien Europa

ya desengañada dice:
«No fué de bárbaros raza
la que alzó el Generalife.»

La primorosa labor,
la pedrería que ciñe,
orla, corona y enlaza
los moriscos borcegués;
el suave aroma que exhalan,
su piel dócil y flexible,
lo bien que al pie se le ajustan
sin dañarle ni oprimirle,
la novedad del regalo
y el traer del moro origen,
fueron razones de gozo
para el buen rey don Enrique.
Mandó entrar, pues, a sus pajes
a tocarle y a vestirle,
para ostentar dignamente
los preciados borcegués.
Bizarramente atavióse,
y al ver cuán brillante sigue
su curso sereno el sol,
y el día en púrpura tiñe,
pensó en celebrar del moro
el rico regalo insigne
con improvisada fiesta
que su placer le atestigüe.
Llamó, pues, al africano,
y mandando que le ensillen
los caballos, y que apresten
los azores y neblíes,
una partida de caza
y un campesino convite
para el árabe y sus nobles
rápidamente apercibe.
Y hora y sitio, y compañía
señala, busca y elige,

y alegremente cabalga,
parte, y la corte le sigue.

Está el sol resplandeciente,
y purísima la atmósfera,
y el azul del firmamento
sombrias nubes no entoldan.
Sólo a trozos le salpican
de ráfagas voladoras,
al impulso arrebatadas
nubecillas caprichosas:
vapores tornasolados
que así varían de forma,
como varían de sitios
hasta que al fin se evaporan.
Risueño está el día, amena
la campiña, encantadora
la caza de cetrería
en que los del rey se gozan.
A inmenso trecho en el aire
los neblíes se remontan,
sin que los pierdan de vista
los cazadores. ¡Qué airosa
se cierne libre en los aires
sobre sus alas, y esponja
su fina y rizada pluma
la garza provocadora!
¡Cómo se burla del vuelo
de las aves temerosas
que la huyen, y a quien persigue
revolando juguetera!
¡Cómo en torno de su presa
gira y revuelve, y la acosa,
y en su derredor circula
de su torpeza por mofa!
Ya al parecer libre y salva
dejándola, el vuelo acorta,

ya a perseguirla volviendo
 se precipita afanosa.
 Tiembla el avecilla débil,
 canta el ave triunfadora,
 y en espiral rapidísima
 caen en la tierra una y otra;
 y el lance a juzgar alegres
 los cazadores se agolpan,
 y con aplausos y risas
 a celebrar la victoria.
 Contentísimo está el rey,
 contenta la corte toda,
 y las damas que esto miran
 desde una empinada loma.
 El halcón negro de Enrique
 es quien lleva por ahora
 el honor de la partida.
 ¡Con qué humildad tan donosa
 hace la presa, la abate,
 a los pajes la abandona,
 y a don Enrique volviéndose
 en la mano se le posa!
 ¡Y cómo el rey le acaricia,
 y en su palma le coloca
 y esponja el ave sus plumas
 agradecida y gozosa!
 Lánzala y rauda se eleva,
 la llama, y se abate pronta:
 dijera que oye y comprende
 las palabras de su boca.
 El sarraceno, que el arte
 de la cetrería ignora
 porque no es arte seguido
 por la raza de Mahoma,
 su incomparable destreza
 prueba, con dardos que arroja,
 que desde el caballo lanza
 y desde el caballo toma.
 Hienden el aire silbando

con rapidez prodigiosa,
 y tan certeros los tira
 que a los más diestros asombra.
 Su esclavo negro le sigue
 sobre yegüecilla torda
 de ruin estampa, mas fuerte,
 incansable y corredora.
 Y éste recoge los dardos
 de su amo, que al suelo tocan,
 al estilo de los árabes,
 con mano segura y pronta,
 sin abandonar el lomo
 del animal en que monta,
 el cual lleva en su carrera
 la tierra al vientre tan próxima,
 que inclinándose el jinete
 sin que apenas se conozca,
 ase el dardo que está en tierra,
 aun sin mirar si lo cobra.
 Tanto puede la costumbre,
 tanto la práctica logra,
 y tanto a los castellanos
 por eso entrambos asombran.

En esto, y cuando en los aires
 mirada firme y ansiosa
 todos clavada tenían
 en una torcaz paloma
 que, de un halcón perseguida,
 iba a la herida traidora
 del dardo del sarraceno
 a caer, si le era próspera
 como siempre su certeza,
 cubrióse la tierra toda
 de oscuridad tan espesa
 que el día fué noche lóbrega.
 Sintiéronse al punto todos
 presa de mortal congoja,

sin que pudieran sus ojos
penetrar aquellas sombras.
Barrió el suelo un viento rápido
y helado, y cuando a la atmósfera
oscura se hizo la vista
con hondísima zozobra,
vieron lucir las estrellas
que el firmamento tachonan,
creyendo que de repente
menguaba el día seis horas.
Faltó el aliento en los pechos,
faltó la voz en las bocas,
y todos ante el prodigio
callando tiemblan u oran.
Sólo el árabe y su esclavo
que están platicando notan,
y aquel fenómeno aplauden
con una alegría loca,
y escuchando los cristianos
su algazara escandalosa,
por sortilegio lo juzgan,
por brujería lo toman.
Hasta que a pocos minutos,
asomando luminosas
del encapotado sol
las resplandecientes orlas,
volvió poco a poco el día,
volvió a ausentarse la sombra,
y el moro explicó el eclipse (1)
a la comitiva absorta.
Mas aunque entendieron todos

que esas señas espantosas
de este vistoso fenómeno
son las circunstancias propias,
a nadie arrojar fué dado
del corazón la congoja,
ni nadie siguió tranquilo
en caza tan azarosa.
Tornaron, pues, en silencio
con faz decaída y torva,
a la ciudad que dejaron
con risa tumultuosa.
Quejóse el rey de cansancio,
y tras noche asaz incómoda,
no pudo al día siguiente
salir por sí de su alcoba.
Vinieron con tal noticia
los sabios de la redonda;
y declararon unánimes
que el mal del rey *era gota*.

VI

Pasáronse así dos días,
y así se pasaron seis,
y así se contaron nueve,
y rayaron en los diez:
y en ellos más medicinas
sólo sirvieron al rey
para entender que la muerte
le asaltaba por los pies.
Llorábale su hijo el príncipe,
y la reina su mujer,
y más que todos el moro
se hacía al llanto por él.
Iba y venía afanado
los calmantes a traer,
y a preparar los remedios
con cuidadoso interés;
y como era hombre entendido

(1) ... A diez y seis del mes de mayo un lunes después de vísperas, fizo el sol eclipse, e se oscureció todo él, que non se veían los omes unos a otros, e aparecieron las estrellas en el cielo, así como si fuera media noche: e duró aquella oscuridad una hora . . . e falleció el rey el lunes a treinta del mismo mes.

Esto dice la crónica de este eclipse: la sola variación que hay en el romance es el atraso de un día, porque yo lo he fijado en martes y no en lunes como acontedió.

y el rey le quería bien, murmuraban de ello muchos, mas le dejaban hacer. Mirábanle los doctores con ojeriza también, mas a raya se tenían respetando su saber.

Que era el árabe en su ciencia hombre de tan alta prez, que no hubo quien en Castilla se le supiera oponer.

Y en las juntas que les plugo reunir alguna vez, siempre que él tomó la plática fuerza a los demás les fué convenir exactamente

en lo propuesto por él, y a sus opiniones siempre y a sus razones ceder.

Y con tanta confianza, con tan recta sencillez la enfermedad explicaba, y daba su parecer

con tanta y tan sana lógica, con tan candorosa fe, que nadie que le escuchaba le dejaba de entender.

Y los remedios servía al real enfermo después con tan sincero cariño, con exactitud tan fiel, que nadie le pudo tacha en su servicio poner.

Y en el tiempo que duró aquella dolencia cruel, todas las noches velando estuvo el árabe al rey.

Sus largas noches de insomnio le sabía entretener

con orientales historias más sabrosas que la miel.

Los monteros le escuchaban embebidos a su vez, y el más suspicaz no supo desconfiar ni temer.

Si alguna vez don Enrique le miró con esquivéz a impulso de los dolores que le hacían padecer, mesaba el moro su barba y se trataba de infiel, de triste y desventurado, y sin tenerse mereed decía que de aquel mal

él sólo la causa fué con la maldecida caza dispuesta en obsequio de él.

En fin, de aquella dolencia al rayar el día diez el rey se sintió mortal, y a Manrique el canciller

demandando a toda prisa, y a su confesor después, a concluir se dispuso como católico y rey.

Entonces cruzando el moro de las puertas el dintel, de la turba cortesana cruzó sombrío a través.

«Doctor (le dijeron muchos), ¿ereéis que viva? — Tal vez, les dijo, dure cuatro horas.

Pero no llegó ni a tres.

VII

Murió don Enrique en lunes treinta de mayo a las dos,

como a un caballero cumple,
 como a un monarca español.
 Fama de bueno y de justo
 y de liberal dejó,
 mas juzgó mal de su muerte
 el vulgo murmurador.
 De aquella dolencia incógnita
 el fatal estrago atroz
 en breves días, sin tregua,
 al sepulcro le arrastró.
 Y aquel agüero funesto
 de haberse apagado el sol;
 y hacer noche al medio día
 en el que él adoleció;
 la amistad con aquel moro,
 tal vez secreta ocasión
 de la enfermedad traidora,
 a muchos les recordó
 lo bastardo de su sangre
 y la sangrienta traición
 con que en Montiel a su hermano
 el rey don Pedro mató.
 Unos lo dan por prodigio
 otros por falsa invención.
 ¿Quién, pues, lo cierto averigua
 a través de tanto error?
 Las conjeturas son rectas;
 el moro desapareció,
 y el rey empezó a sentir
 en las plantas el dolor
 desde el día en que sus ricos
 boreguíes se calzó.
 La causa, pues, de su muerte
 la sabe quien la hizo y Dios.

ORIENTAL

No pude sellé mudable
 a aquella cuyo nasci.

(Rom. general.)

I

«Escucha, hermosa cristiana,
 mis amores,
 no se estrellen mis dolores
 en los vidrios de colores
 de tu gótica ventana.

Años ha, bella señora
 que tu vista encantadora,
 apetecida,
 de Córdoba en los jardines
 matóme por darme vida.
 Y en tanto que te acataban
 y tus favores gozaban
 mil paladines,
 Azarque, en inútil queja,
 tus esquiveces plañía
 llorando al pie de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,
 mis amores,
 no se estrellen mis dolores
 en los vidrios de colores
 de tu gótica ventana.

¡Ah!, ¡qué importa que al Profeta
 en adoración secreta
 yo bendiga,
 y adores tú al Nazareno;
 si en blanda coyunda amiga
 un solo amor nos uniera!
 Cristiana más hechicera
 que el améno

paraíso, no te cura
de las palabras del conde,
que has de ser mi desventura.

Escucha, hermosa cristiana,
mis amores,
no se estrellen mis dolores
en los vidrios de colores
de tu gótica ventana.»

II

Así de la luna al brillo
en tono blando y sencillo
cantaba voz varonil,
y del moro las querellas
vertiendo lágrimas bellas
oía dama gentil.

Abrió a medias su ventana
que con flores engalana
la dama, y así cantó:
triste su cántico apenas
perdido entre las almenas
un sólo instante vagó.

«Cristiana, ¡oh morol, nací,
y me matan con rigor,
¡ay de mí!,
mi religión y mi amor,
y huyo a mi pesar de tí.

Huye de aquí.»

La voz se heló en su garganta,
cayó y rompióse la lira;
al moro estática mira,
mas ya ni le ve ni canta.

No canta, que en llanto amargo
sobre el pecho, la cabeza

ahoga tanta terneza
un amoroso letargo.

«¿Por qué (dice desde el foso
el moro), bella cristiana,
por qué me velas, tirana,
ese rostro candoroso?»

La cristiana amada en tanto,
miraba y no le veía;
sólo en el muro se oía
triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,
el moro desesperado
a llamar iba ya osado
en el castillo del conde.

III

Sobre alazán de Córdoba brioso,
ceñido el cuerpo de la doble malla,
el señor del castillo llega en tanto
a su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente
se oye cuál crujen a compás sus armas,
a par que estrepitosas se derrumban
entre espumas las aguas.

Llegó al castillo, y al tocar al puente
miró en el muro pálida a su hermana,
y volviéndose al moro amenazóle
con la robusta lanza.

«¡Infiel, al fin!, ya yo me lo sabía»,
dijo el conde entre sí lleno de rabia,
y alzó la voz después: «Mahometano,
¿son éstas tus palabras?»

Si ya no eres cristiano, tu rodela
y ese corcel apresta que descansa,

Tú lo juraste, moro, que conmigo
serías en batalla.

—¿Por qué el conde cristiano me acó-
[mete
si amor quitó la libertad al alma?

—Tú lo juraste, moro, que conmigo
serías en batalla.

—Yo cristiano no soy, repuso el moro;
yo no soy sino amor para tu hermana;
¿mas qué importa mi fe ni la fe suya
si como yo me ama?

—No blasfemes, infiel, si en tu creencia
tornaras a mirar estas murallas,
tú lo juraste, moro, que conmigo
serías en batalla.»

IV

Dijo el noble de Castilla,
y del torrente en la orilla
aguardó.

¿Qué hace el moro que, injuriado,
en la muralla apoyado
se quedó?

¿Por qué el conde le provoca
con voz que al honor le toca,
y con furor,

el moro sombrío en tanto
mostrando está con su llanto
su dolor?

Errante su mirar vaga,
y almete, rodela y daga
lejos de él

con ira arrojó demente,
y así habló con voz doliente
el infiel:

«Adiós, hourí idolatrada
del corazón africano;

pues que por suerte traidora
te pierdo ahora,
muere con tu Dios cristiano,
yo moriré en mi fe mora.»
Y hacia el conde que le espera
rápida y firme carrera
dirigió,
y allá en el agua espumosa
la caída estrepitosa
resonó.

V

Mientras la bella cristiana
en su gótica ventana
exhala un ¡ay! de pavor,
del agua allá en lo profundo
lanza el moro en este mundo
el postrer ¡ay! de su amor.

UNA AVENTURA DE 1360

ROMANCE

En las frondosas campiñas
que con sus ondas serenas
fecunda el Guadalquivir
antes que en el mar se pierda,
sentada está una ciudad
que majestuosa ostenta
lo atrevido de sus torres,
lo antiguo de sus almenas.
El río su bella imagen
en su corriente refleja,
pasando enorgullecido
por pasar tan junto a ella.
Y ella se mira en sus aguas,
contemplando allí altanera
su antigüedad y poder
y su proverbial belleza.

Espesos muros la ciñen,
 y frondosísimas huertas,
 y apiñados olivares,
 y fertilísimas vegas,
 Radiante sol la ilumina,
 y la bordan sus laderas
 altos y copados árboles
 y olorosas flores bellas.
 Alegre gente la vive,
 que las calurosas siestas
 y las perfumadas noches
 pasa al son de la vihuela,
 ya en sus entoldados patios
 entre fuentes y macetas,
 ya en sus floridos jardines
 gozando sus auras frescas.
 Ciudad de hermoso recuerdo,
 ciudad bella entre las bellas,
 de los moros es envidia,
 de los cristianos soberbia.
 Sevilla, en fin, y esto basta,
 que todo el nombre lo encierra,
 y hablando de la hermosura
 todo es una cosa misma.
 En Sevilla, pues, y en una
 noche azulada de aquellas
 en que la luna derrama
 tranquila claridad trémula,
 y en lo cóncavo del aire
 resplandecen las estrellas,
 y más allá con más brillo
 dos luceros reverberan;
 en una de aquellas noches
 en que todo se presenta
 blanco, pacífico, hermoso,
 y que la mente embelesa,
 y los sentidos embriaga
 y el corazón enajena;
 noche de aventuras propia

en mil trescientos cincuenta
 (edad en que esto pasaba
 si mi memoria no yerra),
 por la calle de la Sierpe,
 media noche siendo apenas,
 dos hombres en la ancha plaza
 con prisa y silencio se entran.

Largas capas les envuelven,
 no porque precisas sean,
 sino porque bien les cubran
 de las personas las señas:
 por el lado de la sombra
 punta a punta la atraviesan
 de la calle de la Sierpe
 hasta la calle de Génova,
 y el bulto de sus espadas
 que bajo la capa llevan,
 las plumas de sus birretes
 y el rumor de sus espuelas
 por hidalgos les acusan,
 por más que entrambos se empeñan
 en pasar como personas
 de común raza plebeya.

Al fin, cuando ya contaban
 tomar una callejuela
 que al alcázar los llevase
 sin pasar frente a la iglesia,
 paróse el más alto de ellos
 diciendo: «¿Qué sombra es esa
 que tras el pilar se oculta,
 Benavides? Yo dijera
 que es un hombre.»

Y Benavides

al que pregunta contesta:
 «Llegad, señor, sin cuidado,
 que ya imagino quién sea
 y hará paso al conocerme,
 que es hombre que me respeta,

porque me debe favores
e hicimos juntos la guerra.
Siguió andando Benavides,
siguió el otro, por respuesta
dándole solo el silencio
que satisfacerle muestra;
y enfrente al hombre llegando
que junto al pilar espera,
mostrándose Benavides
dejó franca la carrera.

«Dios te guarde, Andrés», le dijo
el que va pasando cerca.
«Buenas noches», dijo el hombre,
saludando con llaneza:
y pasaron los hidalgos
y siguió el otro en su espera.

Y entre los dos que se van
por la oscura callejuela,
conversación en voz baja
se entabló de esta manera:
*—¿Quién es ese hombre?

—Un soldado
que entró poco hace en la Regla
de San Francisco, cansado
del servicio y de la guerra.

—¿Y por qué precisamente
en tal ocasión lo deja,
pudiendo darle fortunas
estos tiempos de revueltas?

—Dice que al rey don Alonso
sirvió de grado, y por fuerza
no quiere servir a nadie.

—Ya entiendo.
—Señor...

—Le lleva
la opinión del vulgo necio,
que mal de don Pedro piensa.

—Ya veis, señor, pues al claustro

se acoge, con su conciencia,
se lo habrá mirado bien;
—Y a tales horas, ¿qué espera
solo en mitad de la plaza
sin el traje de su regla?
—Señor, es historia larga.
—Tal cual es quiero saberla.
—Son cosas que importan poco.
—A mí todo me interesa;
decid, pues.

—Pues escuchad.

Ya sabéis que representan
al rey los monjes Franciscos,
que habiendo en su casa mesma
un manantial necesario
para el buen servicio de ella,
el derecho a los vecinos
se les quite de que puedan
servirse de él en su daño,
porque sin agua les dejan.
Los vecinos, como tienen
aquella fuente más cerca,
para tomarla a su gusto
su viejo derecho alegan.
—Y tienen razón, y el rey
se la da.

—Por esa muestra
de su real benignidad,
de los vecinos se aumenta
la osadía, y de los monjes
el trabajo y la impaciencia.
De aquí nacen las habilllas,
las voces y las quimeras:
los vecinos a los monjes
tal vez obligar intentan
a que de noche y de día
les tengan franca la puerta.
Los monjes quieren cerrarla
como lo manda su Regla,

y esto ocasiona denuestos y escandalosas pendencias. Los vecinos traen soldados, gente de su parentela; los frailes sacan domésticos y deudos que los defiendan. Y como ven que su rey lo que le piden les niega, los del pueblo cobran bríos y los frailes se exasperan.

Esto duró hasta que Andrés, hombre a quien nada amedrenta, hombre que usa de las armas con asombrosa destreza, con sus escrúpulos dando de una sola vez en tierra, asíó su espada saliendo de los suyos en defensa.

Burlábansele al principio, mas él se ha dado tal priesa en asestar cintarazos con tal fortuna y destreza, que del manantial los monjes son dueños a la hora de esta.

—¿Tan bizarro es ese Andrés?

—Tan bizarro y tan a prueba, que él solo guarda la plaza, y ninguno se le acerca.

—El miedo de los villanos es quien su valor pondera.

—De quien queráis informaros; veréis que nadie lo niega.

Es hombre que, si le dicen que una calle por apuesta guarde una noche, es seguro que nadie pasa por ella.

—¿Y no hay justicia en Sevilla, un hombre que le contenga?

—Ya veis, se acoge a sagrado, y los bravos le respetan.

Murmuró el que preguntaba unas palabras inciertas que expiraron en murmullo cual pronunciadas apenas.

Y como a un postigo oculto que da al alcázar se llegan, callaron ambos a dos llamando a espacio a la puerta. Abrióse un pajecillo, y entrando los dos por ella quedó el silencio en el aire y en soledad la plazuela.

Está la siguiente noche tocando en la misma hora, y desde el zenit vertiendo la luna luz melancólica.

Ni una ráfaga de viento la soledad silenciosa interrumpe, ni una nube del cielo el azul entolda.

Toda Sevilla es silencio, reposa Sevilla toda, que duerme al son que la arrullan del Guadalquivir las ondas.

Apenas de tarde en tarde atraviesa una persona las calles a largos pasos, o en una reja se aposta.

Y los grandes edificios que la extensa plaza forman, sobre el suelo de la plaza tienden su gigante sombra.

En un pilar apoyado de una callejuela angosta,

por do un largo pasadizo
 en la plaza desemboca,
 hay un hombre que está en vela,
 y a quien la noche medrosa
 presta contornos fantásticos
 y faz amenazadora.

Inmóvil en la oscuridad,
 no parece que le importan
 ni el relente de las noches
 ni el ver que pasan las horas.
 Si espera a alguien, nadie acude
 a la cita misteriosa;
 si aguarda alguna hora fija,
 su venida fué bien pronta.
 Frente por frente al convento
 de San Francisco se apoya,
 cuya puerta se ve franca
 como abandonada y sola.

¿Es que aquel hombre la guarda?
 ¿O es que en acecho la ronda?
 Porque él la guarda o la acecha
 con una intención incógnita.

En esto, la plaza adentro,
 por la calle de la Sierpe
 un hombre desembocando
 a largos pasos se mete.
 Un solo punto los ojos
 en su derredor revuelve,
 y viendo al hombre que aguarda
 vase a él rápidamente,
 el sombrero hasta las cejas
 y el embozo hasta los dientes:
 llegó al que esperaba, y plática
 entablaron de esta suerte:

—¿Andrés?
 —¿Quién me llama?
 —Un hombre
 —¿Me conoce?

—Sí.
 —¿Qué quiere?

—Que tenga para tu algibe
 un privilegio mi gente.
 Me han dicho que tú tan solo
 a tu convento defiendes,
 y que cejan los villanos
 y la canalla te teme.

—Y te han dicho la verdad.
 —Por eso precisamente
 he venido aquí esta noche,
 por si al cabo empacho tienes
 en dejarme hacer de día
 lo que de noche no entiende
 ninguno en el barrio.

—Hidalgo,
 si eso trae, errado viene;
 todos han de tomar agua,
 o nadie absolutamente.

—¿Conque contra el rey te opones,
 que lo contrario te advierte?

—Yo contra el rey no me opongo,
 mas cuido mis intereses;
 y, pues por ellos no cuidan
 siendo inútiles sus leyes,
 hombre a hombre, y fuerza a fuerza,
 aquí has de encontrarme siempre.

Será injusticia y escándalo,
 será cuanto se quisiere,
 mas a quien osados cargan
 necio es, si no se defiende.
 —Hazlo, pues.

—En hora buena,
 hidalgo, y tened presente
 que habéis venido a buscarme.
 —Menos hablar y defiéndete.

Y esto diciendo uno y otro,
 a cuchilladas se meten

con tanto brío que chispas,
de las espadas encienden.

El caballero le carga

tan fiera y bizarramente,

que el hacerle cara el otro
hasta milagro parece.

Dan, vuelven, paran, reciben,
ni uno ceja, ni otro cede;

Andrés con calma y acierto,

el otro como una sierpe:

mas es inútil, el monje

es tan diestro y es tan fuerte,

que aunque es el hidalgo un hombre

que como un tigre revuelve,

y cuyo brazo muy pocos

a resistirle se atreven,

de poco o nada le sirven

lo que sabe y lo que puede.

Al fin, el monje, mirando

que el intento con que viene

es tal que mucho peligrá

si no se concluye en breve,

lanzóle tal multitud

de tajos y de reveses,

que el otro cejó seis pasos

diciendo: «¡Demonio, tentel!»

Túvose Andrés, y el incógnito,

la mano franca tendiéndole,

dijo: «Lo que quieres pídemé,

que todo te lo mereces.

—Yo nada de vos espero.

¿Qué podéis vos ofrecerme?

—A todo por tu valor

el rey don Pedro se ofrece.

—Señor, exclamó el buen monje

ante sus plantas rindiéndose,

perdonad si anduve osado...

—Andrés, obraste valiente;

concedote lo que quieras

para que de mí te acuerdes.

—Señor, de nuestra agua os pido

la propiedad solamente.

—Desde esta noche a los monjes

anuncia que la poseen.

Y tomando el rey don Pedro

por el callejón de enfrente,

volvióse al convento el fraile

agradecido y alegre.

LAS ESTOCADAS DE NOCHE

ROMANCE

Las lágrimas de los ojos

disimuladas apenas,

mal prendidos los cabellos,

mal tocada y mal compuesta,

está en un sillón Elvira,

la faz y las manos trémulas,

como criminal que incierto

visita del juez espera;

y los pasos de don Lope

escuchando en la escalera,

más se turba cuando cauta

en disimular se empeña.

Entró en la estancia don Lope,

y al apercebirse de ella,

la dijo con voz pausada

entre amorosa y severa:

«¿Tú lágrimas en los ojos?»

¡Por los cielos que me admira!

¿Quién pudo en ellos, Elvira,

herirte con tal rigor?

¡Oh!, ven Elvira, a mis brazos.

ven a contarme tus duelos,

que si no admiten consuelos
admitirán vengador.
La faz escondes turbada,
en la frente pálida inclinas,
en esas rosas purpurinas
¿quién aja, traidor, así?
¿No me respondes y lloras?
Pues te obstinas en callarlo,
ve que acaso averiguarlo
me toque después a mí.
¿Podiera serme un secreto
lo que tu labio confiese;
mas puede ser que nos pese
lo que yo sepa a los dos.
Pero a través de esa reja
han pronunciado tu nombre.
¡Oh!, dime, Elvira, el de ese hombre,
dilo, o mueres, ¡vive Dios!

Así don Lope diciendo
asióla de las muñecas,
y entornando la ventana
mató de un revés la vela.
Resistió, mas sujetóla;
quiso gritar, mas apenas
lanzó una voz, la garganta
contra el almohadón la aferra.
Sonó por segunda vez
desde la calle la seña,
y con acento fingido
dentro don Lope contesta.
A poco oyéronse pasos
de alguno que sube a tientas,
con los rotos escalones
tropezando en las tinieblas.
Y en el silencio solemne
de aquella medrosa escena,
del corazón de don Lope

todos los golpes se cuentan.
Elvira, dijo el que entraba;
mas viéndose sin respuesta,
volvió a repetir el nombre
dentro de la sala mesma.
Todo allí es sombra y silencio,
todo es soledad en ella;
sólo una chispa encendida
dentro del pábilo humea,
que no ardiendo sino un punto,
la lobreguez más aumenta;
y el humo con que se ahoga
fétido el pábilo deja.
Las manos tendió adelante,
y avanzando así el que llega,
con el rostro de don Lope
en la oscuridad tropieza.
«¿Quién va?», preguntó; y su acento
siguiendo mano certera,
de una robusta puñada
tendióle de espalda en tierra.
Asidos ambos a dos
en la sombra forcejean,
y el duro son de la lucha
confuso en la sombra suena.
Y sin duda a ambos importa
el secreto y la cautela,
porque trabajan las manos
y se recata la lengua.
A cóncavos resoplidos
ambos los pechos alientan,
pero no lanzan los labios
una exclamación siquiera.
Así, en contados instantes,
los dos combatientes ruedan,
hasta que a verse alcanzaron
gente y luces que se acercan.
Abriéronse las mamparas,
y casi en el lindé de ellas

hallóse un hombre en silencio
y embozado hasta las cejas.
Miróle un punto don Lope,
y vuelto con voz resuelta
a los que acudieron dijo:
«Paso», y ganando las puertas,
levósele por delante

medio a bien y medio a fuerza.
Andrés con un punto

II

Negra es la noche, y el cierzo,
que en son revoltoso gime,
rasgándose en las esquinas
de miedo la sombra viste.

Por un callejón estrecho
que de pasadizo sirve
a una iglesia, va don Lope
con el otro que le sigue.

Al llegar ante un farol
que medio agoniza y vive;
colgado en un esquinazo
ante un cuadro de la Virgen,
túvose bajo él don Lope;

y en voz imperiosa y firme,
desenvainando la espada,
esto al incógnito dice:

«—O quién sois o qué valéis
he de saber; elegid.

—Enhorabuena, reñid,
que quién soy ya lo veréis.

—¿No tenéis otra disculpa?

—Vuestro empeño será en vano;
las espadas en la mano,
entrambos tenemos culpa.»

Y así diciendo, uno a otro
con tal denuedo se embisten
que brotan chispas las hojas
con los tajos y los quites.

Ambos en el mismo sitio,
ninguno vence o se rinde,
ni en uno temor se alcanza
ni a otro más valor asisten,

según a la luz incierta
desde luego se distinguen
de entrambos a dos las sombras
que en tierra clavadas riñen.

Maş el rumor temeroso
de la lucha se percibe,
sin que un ¡ay! ni una palabra
se oiga en trance tan difícil.

Dijérase al ver lo inmóviles:
que ambos en ello persisten,
que son dos sombras de un sueño
que a alguno en la noche afflige.

Tal vez de dos enemigos
que un mismo ataúd dividen,
creyéranse las fantasmas
que, concibiendo imposible

un mismo sudario entrambos
ni un mismo lecho partirse,
alzáronse despechadas
en aparición visible.

Abrióse en esto una reja,
otra a poco se oyó abrirse,
luego otras muchas, y luego
cerca pasos se perciben.

Alumbróse de repente
la calle, y al lejos dicen:
«Téngase al rey.» Y en un punto
la justicia les divide.

Cercáronlos desatentos;
soldados y ministriles,
que al tomarlos los estoques
por ellos derechos piden.

Y tanto crece la zambra
y los confusos leñes
de unos que dicen: «soltarles»,

y otros que, «a la cárcel», dicen; la que echando mano al embozo el que con don Lope riñe, partió el tropel de por medio, y en alientos varoniles gritando «lugar al rey», hace que a su vez se inclinen cayendo en tierra de hinojos cuantos alcanzan a oírle. «Señor...», murmuró don Lope, la faz con rubor humilde, y el rey con blanda sonrisa levantándole le dice: «Valiente sois, caballero, y en despecho de la ley, supisteis que siendo rey, he sido hidalgo primero. Libre estáis, y afecto os soy: venid mañana a palacio y hablaremos más a espacio de las cuchilladas de hoy. Pero no volváis a vella, o por infame os tendré, que os juro, don Lope, a fe que no sabéis quién es ella.» Esto dicho, el rey volvióse, a la ronda se dirige, y ante las rejas de Elvira así en voz alta prosigue: «Aquí hay presa de la ley; entrad la casa en mi nombre, y cubrid mi error de hombre con mi justicia de rey.»

EL CABALLERO

DE LA BUENA MEMORIA

29

LEYENDA TRADICIONAL

INTRODUCCIÓN

Perdidas de Villalar

en la sangrienta jornada
de los bravos comuneros
las últimas esperanzas,
sus gavillas por doquiera
rendidas o derrotadas,
el arzobispo Merino
a Toledo gobernaba.

Doña María Padilla,
aun con briosa arrogancia,
digna de mejor fortuna
y de más dichosa causa,
a pesar del arzobispo
y las tropas castellanas,
teníase con sus gentes
defendida en el alcázar.

Pues en someterse al rey
Toledo la más reacia
ciudad siendo, a ella acudieron
de todas partes de España
cuantos comuneros fieles
a su partido quedaban.
Avivaban en secreto
con astucia y con audacia
la fe de doña María
y gentes la reclutaban,
noticias proporcionándola
con dineros y con armas
los que en la ciudad vivían
y en su fortuna esperaban.
Distinguíase entre todos

doña Elvira de Montadas,
 fanatizada al extremo
 por políticas patrañas.
 De la mujer de Padilla
 del valor enamorada
 otra heroína como ella
 llegar a ser anhelaba.
 Hermosa y rica, de amantes
 o galanes rodeada,
 mucho la Elvira podía,
 mucho la Elvira lograba.
 Después que muchos prosélitos
 logró inducir por sus gracias,
 a un mozo rico y gallardo
 con doble intento escuchaba.
 Era don Juan de Zamora,
 mancebo de noble casa,
 hijo de una noble viuda
 que en el mancebo adoraba.
 Seguido había éste siempre
 del emperador la causa,
 y contra los comuneros
 combatido en cien batallas.
 Mas ciego de amor por ella,
 y poco ducho en las cábalas
 de cortesanos amaños,
 en ganarle no dudaba.
 Tan sencilla en otro tiempo
 como hermosa y como ingrata,
 esta engañosa sirena,
 esta fanática dama,
 a don Pedro de Guzmán
 tenía muy empeñada
 con mil promesas de amor
 de casamiento palabra.
 Mas de ilustrísimo tronco
 el de Guzmán siendo rama,
 al rey don Carlos primero
 asistía en Alemania

al servicio de un magnate
 que iba en boga en la privanza
 del bizarro emperador,
 que con su amistad le honraba.
 Así las cosas del mundo
 se trastornan y se cambian,
 y así mudan a las gentes
 el tiempo y las circunstancias.
 Don Pedro en la imperial corte
 del bullicio se cansaba,
 y se doblaba su amor
 con el tiempo y la distancia,
 y la distancia y el tiempo
 el de su Elvira menguaban,
 y el diablo de la política
 se apoderaba de su alma.
 A su patria y a su amor
 Guzmán con volver soñaba,
 y ella soñaba quimeras
 de libertad y de patria.
 Él por volver a Toledo
 y a los pies de su adorada,
 honor, ambición y dicha
 desatinado olvidaba.
 Ella por dar con sus hechos
 a su nombre eterna fama,
 pensaba con necio orgullo
 en quiméricas hazañas.
 Recordaba su hermosura
 él en ausencia adorándola,
 y ella olvidaba su amor
 por quien no se lo estimaba.
 Servíase la Padilla
 y la gente a ella allegada
 de su influencia en el pueblo,
 de sus amaños y cábalas:
 y creía ser Elvira
 el faro de su esperanza,

la fe de sus corazones,
la alcadesa de su alcázar.
Creía que a una voz suya
en la ocasión arriesgada,
como por doña María,
por ella se levantarán.
Que todos los comuneros
en el peligro mirándola
la regia soberanía
dividirían entrambas.
Y en estos sueños de gloria
la doña Elvira embriagada
perdía cuanto tenía,
y las leyes provocaba.
Así son todos los necios,
a cuanto ignoran se lanzan;
lo que les importa olvidan,
y sólo el desprecio ganan.

Y mientras en la rebelión
ella a don Juan empeñaba,
enamorado don Pedro
se volvía para España.

En oculto gabinete
de la habitación de Elvira,
a deshora de la noche
con ella don Juan platicaba.
Y aunque él no entiende palabra
de su enredada política,
porque la adora fanático,
a cuanto exige se obliga.

DOÑA ELVIRA

¿Lo entendéis, don Juan?

DOÑ JUAN

DOÑA ELVIRA

Lo entendiera un escolar.
De todo se os ha de dar
el cuándo, el cómo y por qué.

DOÑ JUAN

Yo, Elvira, soy un soldado,
que entre soldados metido,
nunca otra cosa he sabido
que combatir como honrado.
Desde muy niño os amé,
y como os juzgué perdida,
en poner fin a mi vida
como soldado pensé.

Hoy otra vez me llamáis
en secreto a vuestro lado,
y siento no haber cambiado
de ser como vos cambiáis.
¿Qué queréis? Si no sé más
que amaros y combatir,
así me habéis de admitir,
o habéis de volver atrás.

DOÑA ELVIRA

Así os quiero: que a fe mía
que cortesanos amores,
son sólo amaños traidores
para vencer algún día.
Yo os quiero, don Juan, así,
porque me basta un galán
a quien servir con afán
y de algo me sirva a mí.

DOÑ JUAN

Cuanto lo hayáis meditado,
cuanto la suerte os ayude

está bien claro sin duda:
¿pero a qué me habéis llamado?

DOÑA ELVIRA

Bien se conoce por Dios,
que sois un soldado bueno:
el plan es, don Juan, ajeno;
lo que os manden haréis vos.

DON JUAN

¿Y queréis que yo consienta
que a la primera demanda...

DOÑA ELVIRA

Cuando Elvira es quien os manda,
obedecerla os va en cuenta.
Pues ella arriesga en un día
cuanto vale y cuanto tiene,
a vos, don Juan, os conviene
fiar causa que ella fia.
¿O no la amáis?

DON JUAN

¡Por los cielos!

¿Dudarais de mi cariño
cuando por vos desde niño
estoy muriendo de celos?
¿Pensáis que la injusta ley
de una opinión me amedrente,
cuando por vos solamente
soy desleal a mi rey?

DOÑA ELVIRA

Así os quiero: así va bien.
¿Pensáis que sobran ahora

vuestros castillos de Illora,
de Mentilla y de Jaén?

Vos, don Juan, sois un valiente
y un honrado castellano,
mas no habéis de cortesano
ni un cabello solamente.
Conque dejáos guiar
por quien sabe más que vos,
y así podremos los dos
hasta la orilla llegar.
Vuestra madre, ya lo sé,
con vuestro amor se disgusta.

DON JUAN

Sin duda, Elvira, la asusta
que comprometáis mi fe.
Siempre de los comuneros
fué enemiga.

DOÑA ELVIRA

Sí, lo ha sido;

mas ya habéis, don Juan, salido
de la niñez; y os da fueros
para obrar a vuestro antojo
la ley.

DON JUAN

Sí que me los da:
mas mi madre...

DOÑA ELVIRA

Callará

si logramos nuestro arrojo.
¿Disponéis de mucha gente?

DON JUAN

De hasta unas cincuenta lanzas.

DOÑA ELVIRA

¿Y son gente de esperanzas?

DON JUAN

Aguerrida y obediente.

DOÑA ELVIRA

¿Y las tenéis muy distantes?

DON JUAN

Traerlas mañana puedo.

DOÑA ELVIRA

Pues cuidado de que en Toledo

no os vean curiosos antes.

No salgáis, don Juan, de día

y esperad a mi mandato;

si pudiera un mentecato

sospecharlo, nos perdía.

Mas siento gente: aquí entrad.

Espero a un hombre que puede

cuando todo en sombra quede

sacaros de la ciudad.

Por esa escala moruna

a una torre vais a dar,

y allí podéis esperar

oportunidad.

Y así diciendo, mostróle
una entrada, doña Elvira,

por do guiaba a la torre
de la excusada escalerilla.

Y oyendo seña secreta
que por la opuesta la hacían,
abrió, y dió paso a un tercero,
siguiendo la escena misma.

Era el tal un hombre viejo,
cuyo exterior parecía
de soldado y mercader

composición peregrina.

Negra y cumplida una capá
todo su cuerpo envolvía,
mostrándose bajo de ella
el espadón de su cinta.

Y nadie acaso mirándole
asegurar osaría
si era sangriento bandido
o usurero prestamista:

pues en su torvo semblante
a un mismo lado se pintan
la audacia de bandolero

y el temor de quien conspira.
Saludó brusco a la dama
que a adelantarse le invita,
y plática tal trabóse
entre aquel hombre y Elvira.

DOÑA ELVIRA

DOÑA ELVIRA

Entrad.

EL HOMBRE

Dios os guarde.

DOÑA ELVIRA

Gabriel, bien venido.

Venis azorado.

GABRIEL

Sí, a fe.

DOÑA ELVIRA

¿Qué tenéis?

GABRIEL

Tal vez no nos pierde por poco un descuido.
Mas no ha sido nada.

DOÑA ELVIRA

¡Por Dios que acabéis!

GABRIEL

Apenas volvía la calle tortuosa,
que entrada secreta nos da al callejón,
la huella de un hombre sentí recelosa:
la faz con la capa cubrí a precaución.
Seguí decidido, mas frente por frente
con un embozado maldito me di.
Miró, recatéme, seguí indiferente,
paróse, y a poco volvió tras de mí.

DOÑA ELVIRA

¡Dios mío!

GABRIEL

Yo astuto, temiendo que un corte
me diera al camino, la esquina gané;
hallé apresurado el oculto resorte,
deshice en la sombra mi sombra y entré.

DOÑA ELVIRA

¿Mas no conocisteis?...
Venis acordado

GABRIEL

Algún hidalguillo
que habrá a mis hermanos pedido, a pagar
con un vinculejo o mohoso castillo
y al paso me pudo por otro tomar.

DOÑA ELVIRA

¿Mas dar con la puerta pudiera?

GABRIEL

Imposible...

Vi que sin sospecha adelante pasó.

¿Mas que hay de aquel hombre?

DOÑA ELVIRA

Ya está.

GABRIEL

¿Y es posible
que fiel...?

DOÑA ELVIRA

Como un muerto.

GABRIEL

¿Y es hombre...?
Tal le quiero yo.

DOÑA ELVIRA

Bizarro,

GABRIEL

¿Su gente?

DOÑA ELVIRA

Segura.

GABRIEL

¿Y cuándo...?

DOÑA ELVIRA

Mañana podrá estar aquí, con tal que la noche con nieblas oscura le ayude al secreto.

GABRIEL

Sin duda, que sí.

¿Mas quién me responde...?

DOÑA ELVIRA

Yo misma.

GABRIEL

Adelante.

DOÑA ELVIRA

Amores me tuvo... niñeces.

GABRIEL

¿Será...?

DOÑA ELVIRA

Un buen castellano; soldado ignorante, y que cuanto amorosa le mande lo hará.

GABRIEL

Mirad que los necios...

DOÑA ELVIRA

Son medios muy buenos que pueden a planes ajenos servir, y luego se apartan cual muebles ajenos.

GABRIEL

Pensáis cuerdatamente, verdad a decir. Mas pronto veamos a ese hombre, que en serános la astucia sin fuerza mayor.

DOÑA ELVIRA

Veréisle, y con maña traedle a la mano, y no olvidéis nunca que el cebo es mi amor,

Abrió la dama a don Juan

la puerta do se escondía,
y anudóse terciando él
la plática interrumpida.

DOÑA ELVIRA

Don Juan, llegó ya el momento de probar vuestra afición, que abriros mi corazón esta misma noche intento.

Delante de vos tenéis
 quien órdenes os dará
 y las puertas abrirá
 a las lanzas que traéis.
 Con él lo trataréis todo,
 y pues que sois tan mi amigo,
 tratar con él o conmigo
 del caso es lo mismo todo.

DON JUAN

No hay cosa, señora mía,
 que yo no arriesgue por vos;
 mas pluguérame, por Dios,
 otra mejor compañía.

DOÑA ELVIRA

Mas si firme en vuestro amor
 como me decís me amáis,
 que en sus manos os pongáis
 paréceme lo mejor.

DON JUAN

Si el fin habéis de ser vos,
 me pongo sin vacilar,
 y si en ello he de pecar
 que me lo perdone Dios.

GABRIEL

(¡Sandio de él! Razón tenía
 la Elvira.) ¿Sabréis decir
 en cuánto tiempo venir
 vuestra gente aquí podría?

DON JUAN

Dentro de veinte y cuatro horas,
 aunque hubieran de asaltar
 las murallas para entrar.

GABRIEL

Como salgan vencedoras
 vuestras lanzas, aseguro
 que podrá cada soldado
 llevar el sable colgado
 en cadena de oro puro.

DON JUAN

Y no les vendrá muy mal,
 porque las contribuciones
 hacen que de sus raciones
 deba un mes a cada cual.

GABRIEL

Dos les daré adelantados,
 y pagaré el que debéis.

DON JUAN

Y os juro que bien haréis;
 que dineros dan soldados.

Hablaron unos momentos
 la dama y el prestamista,
 y volviéronse a don Juan
 con irónica sonrisa.

ELVIRA (a Gabriel)

¿Me entendéis?

GABRIEL (a Elvira)

Está muy bien.
 ¿No os parece a vos, don Juan,
 que si presa al león le dan
 tomará la que le den?

De esas razones no entiendo,
 buen viejo, y a todo andar
 yo me ofrezco a pelear,
 lo demás os lo encomiendo.
 Y sólo una condición
 pongo.

GABRIEL

Podéisla decir.

DON JUAN

Es que tengo de reñir
 cara a cara, y no a traición.

GABRIEL

¡Oh!, sólo tendréis que hacer
 centinela un poco larga,
 y a lo más dar una carga
 si es que se osan defender.

DON JUAN

Eso sí.

DOÑA ELVIRA

Y por premio de ello,
 si es que me dejáis contenta...

DON JUAN

Esa esperanza me alienta,
 con que por todo atropello.
 Rubor me guesta decillo,
 mas por vos con mi pesar

la vida pensé pasar
 encerrado en mi castillo.
 Vuestra afición cortesana
 maldiciendo, solamente
 salí a lidiar con mi gente
 por no hacer vida holgazana.
 No quise ya ver ni oír
 más que lanzas y caballos,
 y al cabo con mis vasallos
 como soldado morir.

Diréis que este amor silvestre
 mejor estorba que obliga,
 mas necesito, o mi amiga,
 o mi compañía ecuestre.

Pues en el campo aun muy niño
 os adoré, no os asombre
 que aunque sin ventajas hombre
 aún os conserve cariño.

DOÑA ELVIRA

Así os amo yo, don Juan;
 que a la fin me he convencido
 que vos habéis merecido
 sólo mi amoroso afán.

Porque el amor cortesano
 es humo si bien presumo,
 y el vuestro es fuego sin humo
 que quema si está cercano.

GABRIEL

Vamos, que el tiempo es preciso.

DOÑA ELVIRA

El cielo, don Juan, os guarde.

DON JUAN

¿Volveré a veros?

DOÑA ELVIRA

Más tarde.

Para ello os enviaré aviso.

(¿Elegí bien?)

(A Gabriel)

GABRIEL

Lo confieso;

de ese tronco se hace el puente,

y vadeada la corriente

le arruina su propio peso.

DOÑA ELVIRA

Cuidado con que se arruine.

GABRIEL

Pues yo le he de fabricar,

ya veis que le he de dejar

de modo que a caer se incline.

Y dando en estas palabras

fin a tal conversación,

salió Gabriel, y tras él,

don Juan Zamora salió.

Aquél soñando quimeras

de política ambición,

y estotro soñando hazañas

para conseguir su amor.

¡Mas cuánto los pensamientos

del hombre efímeros son!

Un soplo del viento puede

desbaratar el mejor.

Por un estrecho postigo

que da a oscuro callejón,

de casa de doña Elvira

salian ambos a dos,

Gabriel y don Juan Zamora,

con extrema precaución,

para no hacer al salir

innecesario rumor,

cuando, volviendo la esquina,

ante ellos se presentó

un caballero embozado

que les dijo en ronca voz:

«Sin pasar más adelante,

«muestran, hidalgos, quiénes son,

«o cuerpo a cuerpo conmigo

«en campo aquí mismo sois.»

Y echando mano al acero,

en medio se colocó

del espacio que dejaba

entre ellos el callejón.

Entre los tres un momento

grave silencio reinó,

que al cabo rompió Gabriel

dando tal contestación:

«Seáis quien fuereis, buen hombre,

necio es tal arrojo en vos,

pues está de parte nuestra

con la fuerza la razón.

—Caballeros, está dicho,

repuso el otro: yo estoy

en guardar este postigo

pues interesa a mi honor.

—Ved que os podéis engañar.

—Mirad que conozco yo

toda la gente que habita

esta casa; y si no sois

o amigos, o deudos de ella,

contrarios en conclusión

sois míos: con que mostraos,

u os doy por tales si no.

—Como queráis, don Juan dijo;

y asiendo de su espadón para el embozado fuese, que a tajos le recibió. Siguióle Gabriel a poco con la pérdida intención de embestirle de repente fingiéndose mediador. Mas el caballero incógnito, conociendo la traición, y siendo sin duda ducho en tales lances, se echó contra la tapia, quedando cara a cara con los dos. Don Juan se bate harto bien, que es muy diestro reñidor, y lo que en seso le falta, le sobra en el corazón. El tiempo de acometerle Gabriel aguarda traidor, cuando le tenga en apuro de don Juan la decisión. Mas vano, pese a su astucia, el intento le salió, porque es mucha la destreza del osado retador. Y en el momento en que acabó, toca cerca la ocasión, un buen tajo de revés la muñeca le alcanzó. Soltó Gabriel un ¡ay! ronco al repentino dolor, volvió don Juan la cabeza, pero tiempo no le dió el bravo desconocido para entender la razón de su grito, porque el pecho atravesado sintió De una distracción el punto aprovechando veloz

metióse a fondo el incógnito y en tierra a don Juan tendió. Reinó el silencio un momento, pero al alarmante son de los gritos de Gabriel, el barrio se alborotó. Asomaron por las rejillas ya una antorcha, ya un farol, diciendo diversas voces: «Al asesino. Al ladrón.» Y una rápida mirada al caballero bastó para ver que era don Juan la víctima de su valor. Echóse, pues, al postigo por donde salir los vió, mas encontrando cerrado por dentro el grueso portón, y ya de cerca sintiendo de armas y gentes rumor, con rapidez silenciosa la opuesta esquina ganó. De política aquí, lector querido, la narración cansada interrumpamos, y del cuento en mis libros prometido a la historia más plácida volvamos. Tan larga introducción precisa ha sido para que desde aquí nos entendamos, pues anudado a ello lo restante, sigue mi tradición de aquí adelante. En una granja que las ondas riegan del espumoso Tajo, y do los daños de la revuelta popular no llegan, doña Inés de Zamora hace dos años que vive retirada, de mundanos placeres olvidada.

Viuda de un caballero de ilustrísima cuna, madre no más de un joven heredero, y dueña de una pródiga fortuna, sus bienes administra rectamente, y cuida el porvenir del hijo ausente. Noble matrona de costumbres puras y pensamientos graves, da gracias al Señor por sus venturas, y Él de su corazón tiene las llaves, y de su hijo el amor tan solamente entra en su corazón, vive en su mente. El hijo, como hidalgo, y en la opulencia y el poder nacido, pues es forzoso que se ocupe en algo, sus vasallos valiente ha reunido, y en el distrito de su misma tierra a favor de su rey hace la guerra. Pérfidas compañías, y torpe inexperiencia, malearon tal vez, hace ya días, la política fe de su conciencia; y acaso indignos de él, necios amores le aprestan venideros sinsabores. Doña Inés no lo ignora, y aunque mil veces le advirtió severa el precipicio adonde va, le adora; y de los años y experiencia espera que visto de su amor el desatino, entre de su deber en el camino. En la fe de sus padres educada y ciega lealtad de sus mayores, teme que su alma joven conquistada por los principios sea innovadores, y engañado su hijo acaso olvide lo que debe a su Dios y el rey le pide. Y en este pensamiento embobada estaba como siempre, en aposento de su alquería oculto, y combatida

tal vez por interior presentimiento, cuando dentro escuchó de su alquería confuso estruendo, y sorda gritería. De su fiel mayordomo en tono recio oyó la voz que a alguno amenazaba; y otra que desconoce, y con desprecio, a sus justas preguntas contestaba, y abriendo de su cámara la puerta, salió a ver del rumor la causa cierta. En los hombros sin capa, sin sombrero en la cabeza, y agua destilando de sus ropas, hallóse a un caballero con sus fieles sirvientes disputando; mas el supuesto de éstos desmentía su traje militar y gallardía.

«—¿Qué es esto?, preguntó la noble viuda.

—Desventuras, señora, de un amante infeliz a quien no ayuda ni el cielo, ni la ingrata a quien adora, respondió el caballero en tono de dolor, triste y severo.

—Veo que sois hidalgo en vuestro porte y arreo militar; mi esposo en vida lo fué también y frecuentó la corte. Vuestro afán decid, pues, y si salida puede dar una dama a vuestro apuro, de mi escaso favor estad seguro.

—A solas ha de ser, porque aventuras de nobles caballeros no fio mucho yo que estén seguras en lenguas de pecheros; y acaso serán tales que a quien me ayude ser podrán fatales.

—Despejad.» Y saliendo de la estancia, dentro de ella con él a su señora dejaron los criados, y a su instancia ella volvió diciendo: —Hablad ahora, señor soldado; vuestro duelo sepa, y fiad en que haré cuanto en mí quepa.

—Señora, oídmeme, pues: ha un año largo que con mi rey partí para Alemania al lado suyo con honroso cargo; y una ingrata mujer dejé en España por quien ciego de amor lloré al partirme, jurándola volver al despedirme. Mas mudóla mi ausencia; y un amigo que desde la niñez me fué constante, del hecho me escribió como testigo que ocupó mi lugar pronto otro amante; y que en tramas políticas metida, su suerte a la política va unida; y otras razones mil, señora, excuso, pues de vuestra atención veo que abuso. Volvíme a España enamorado y ciego de celos y furor, mas esperando en volver a encender su amante fuego, y aun a mi amigo crédito negando: llegué a Toledo y por los propios ojos la razón quise ver de mis enojos: de las nocturnas sombras al abrigo, entré en su calle y espíe su casa. Señora, perdonad si esto que os digo aun los ojos en lágrimas me arrasa.

—Seguid.

—Vi las ventanas de su cuarto: mas verlas ¡ay de mí!, pesóme harto. Las sombras vi cruzar tras los cristales de un hombre que con ella platicaba. Y noté, para colmo de mis males, que un embozado la mansión rondaba, y en ella por postigo entró secreto que en mi ausencia se abrió: y, ¡ay!, ¿con [qué objeto? En un oscuro callejón desierto les esperé gran trecho, y aguardara años cabales hasta verle abierto, y hasta qué tal infamia ver lograra:

parecieron por fin dos juntamente, y atajélos el paso airadamente. Yo no sé qué les dije, mas fui breve, y mi enojo no bien satisfaciendo (como a todo un celoso audaz se atreve), a estocadas con ambos emprendiendo, ya fuera mi razón, ya fuera el arte, a uno de ellos pasé de parte a parte.

—¡Desdichado de vos!

—Estoy muy cierto de que yace sin vida: mas las voces del vivo junto al muerto trajeron gente, y apeló a la huida. Y sin duda mi pérfido destino les marcó en las tinieblas mi camino.

—¿Os siguen?

—Sí; corrí sin guía alguna; pero vi que era inútil mi trabajo, y que me abandonaba la fortuna, cuando a la orilla me encontré del Tajo. La justicia detrás y éste delante; muerte por muerte la elegí al instante. Al agua me arrojé desesperado, y sacóme mi esfuerzo a la otra orilla, mas al tocarla, en el opuesto lado vi llegar de corchetes la cuadrilla. Por las peñas trepé, y a esta alquería llegué por fin. Tal es la historia mía. Ahora, si noble sois, si habéis amado algún día, señora, por cuanto hayáis en vida idolatrado no me desamparéis en esta hora; ved que es ciega la furia de los celos, y vuestra compasión premien los cielos.

—¿Al muerto conocéis?

—No.

—Fué un arrojó; mas no temáis, que si el Señor me auxilia

salvo seréis, y lograré el enojo
 callar y la razón de su familia.
 Venid, voy a ocultaros diligente,
 que tal vez oigo ya rumor de gente.
 Dineros os daré con un caballo;
 partid en cuanto partan por opuesto
 camino, y medio tomaré si le hallo
 para apartad de vos fin tan funesto.
 Venid; pues que fiáis en mi nobleza,
 no burlaré, por Dios, vuestra franqueza.

Y hablando así la viuda generosa,
 en camarín secreto le escondía,
 mientras entraba en turba tumultuosa
 la justicia del rey, por su alquería.

Con grandes voces se meten
 por los cuartos adelante
 los corchetes y ronderos
 con antorchas y con sables.

«Hacia aquí tomó camino!
 ¡Aquí debió de ampararse!
 ¡No quede un rincón por verse!

Muchachos, ¡que no se escape!
 Esto en varias direcciones
 se oía por todas partes,
 y a pretexto de justicia
 se aprestaban al pillaje.

Hormigueaban los curiosos
 y los valientes que salen
 a ayudar a los que vencen
 sin que los avise nadie.

Ya por la atrevida turba
 empezaba a susurrarse
 si son o no comuneros
 los dueños de aquel paraje.
 Y ya entre ellos empezaba
 el caso a comentarse,

diciendo que el muerto es noble
 y de las tropas reales,
 y pues que aquí dan amparo
 al que logró asesinarle,
 traidores son y rebeldes
 los que allí capa le hacen.
 Y comenzaban con esto
 los villanos a arrimarse
 a los objetos que vian
 de peso y transporte fácil.

Ya con voces imperiosas
 alborotaba el alcaide
 con lo de «entregarle al rey»;
 cuando de él mismo delante,
 por dentro abriendo una puerta
 doña Inés salió a atajarle
 vistiendo luto y cercada
 de domésticos y pajes.

Al ver su bizarro porte
 y su severo semblante,
 tuvieronse respetuosos
 y ella rompió en voces tales:

«¿Qué busca el rey en mi casa?
 ¿Por qué tanta gente trae
 cual si fuera mi alquería
 castillo que va a asaltarse?

¿Desde cuándo se acostumbra
 que así a los nobles se trate,
 y en el nombre de las leyes
 sus aposentos se allänen?

La justicia en hora buena,
 en nombre del rey, que pase;
 mas los villanos del vulgo
 que se espereñ en la calle.

Señor golilla, al momento
 esa gente despejadme,
 porque desde vos abajo
 no he de responder a nadie.
 Quedó el alcalde aturdido

de repente al encontrarse
 con una noble matrona
 donde supuso jayanes.
 Y haciendo salir la gente,
 con ella a solas quedándose,
 en tono de desagravio
 empezó por «perdonadme...»
 Mas la generosa dama
 interrumpióle la frase
 diciendo: «Oigo a la justicia:
 ¿qué tiene el rey que mandarme?»
 —Un asesino, señora,
 que ha conseguido fugarse
 vadeando el río, esconderse
 debe por estos parajes.
 —Supongo que la justicia
 tan poco honor no me hace
 que crea que yo le oculto
 contra el rey por auxiliarle.
 —Señora...
 —Podéis entrar
 mis cámaras adelante,
 y prender a ese asesino
 donde quiera que le hallareis.
 —Me basta vuestra palabra:
 vuestro nombre y vuestra sangre
 conozco, y en quien sois vos
 tamaño crimen no cabe;
 mas tenéis muchos criados;
 sus aposentos dejadme
 mirar por si alguno de ellos
 es conocedor del lance.
 —Todos son criados viejos;
 de quien salgo responsable,
 mas cumplid vuestro deber
 como quiera que gustareis.
 La casa tiene bodegas,
 y horno, y pajar, y corrales;

registrad una por una
 sus divisiones, alcalde.
 Partió el golilla por obra
 a ponerlo, y saludándole
 gravemente doña Inés,
 volvió a su cuarto a encerrarse.

Mientras abajo el alcalde
 la casa revuelve toda
 y registrando las cuadras,
 va pasando de una en otra,
 doña Inés, en su aposento
 con el caballero a solas,
 de esta manera le dice
 con baja voz cautelosa:
 «Tomad, caballero, ese oro
 que os bastará por ahora
 para poner con la fuga
 en cobro vuestra persona.
 Un potro abajo os aguarda
 que os sacará en pocas horas
 del alcance de las leyes:
 buscad tierra que os esconda,
 que yo quedo tras de vos.
 Mas decidme, por la honra
 de vuestra fama, ¿le heristeis
 en liza leal?»

—Señora,
 Pedro de Guzmán me llamo,
 y nunca en lid alevosa
 tomaron parte Guzmanes.
 —Con vuestro nombre me sobra,
 Guzmán; por un asesino
 preguntaron, y mi boca
 no mintió cuando os negaba,
 ni obré de la ley en contra.
 —Señora, podéis jurarlo
 sobre las sagradas hojas

del Evangelio; le he muerto cara a cara, y sin dolosa estratagema o ventaja que me fuera valedora; dos eran en contra mía: ved si la razón me abona.

—Está bien; y pues la casa ya esas gentes abandonan, partid por el lado opuesto, Guzmán, y el cielo os acorra.

—Y si algún día...

—Ya basta.

Partid.

—Adiós, pues, señora.

Con una mano en la llave y una lámpara en la otra, delante del caballero, la dama a guiarle pronta, envuelta en cumplida capa, la descompuesta persona, pronto a seguir el hidalgo a su noble bienhechora, sin movimiento quedaron ambos a dos, tumultuosas voces oyendo en el patio sin que la razón conozcan.

Ayes y gritos de espanto y maldiciones rabiosas al mismo tiempo escuchaban, y conocen que se agolpa la gente otra vez, pues oyen de las pisadas monótonas el rumor que va creciendo y del murmullo la ronca armonía; y por los vidrios ven crecer de las antorchas

la luz que ilumina el patio do pasa la escena incógnita.

«—¿Qué es esto?, dijo la dama.

—Sábelo Dios, en voz sorda, le contestó el caballero, presa de angustia recóndita.

—Esperad, añadió ella; y acudiendo temerosa

a un corredor que da al patio, por la ventana se asoma.

Dió un grito que heló en las venas de Guzmán su sangre toda, diciendo: «Es él... ¡hijo mío! la desdichada matrona.

Corrió el caballero ansioso a la vidriera, y la atónita mirada al patio tendiendo, vió su desventura toda.

En hombros de los criados, de la ancha herida en la boca brotando aún la roja sangre, yace don Juan de Zamora; y de su traje y su rostro, por las señas que le toma con ojos desencajados

de las inmóviles órbitas, reconoce el de Guzmán en el mancebo a quien lloran el mismo a quien en la calle mató por su mano propia.

Cayó en un sillón la viuda bajo el dolor que la agobia, de amargo llanto en los ojos con dos abrazadas gotas, y de rodillas ante ella, cayó en silencio en la alfombra el matador caballero, víctima a inmolarse pronta.

—¿Qué hacéis?, le dijo la dama así mirándole absorta.

—Matadme, dijo Guzmán; y en esta palabra sola comprendiendo por entero aquella trágica historia, «maldito seas!», le dijo la horrorizada matrona.

Duró un instante el silencio de aquesta escena angustiosa, que al fin rompió el caballero con voz apenada y cóncava diciéndola: «Dios lo quiere: cumplid con su ley, señora, y entregadme a la justicia, pues en sus manos me arroja.

—Sí, sí, repuso la dama, desatinada y furiosa levantándose: es muy justo, y cualquier pena es muy corta para tamaño delito: caiga en ti su sangre toda.» Y al corredor dirigióse para ponerlo por obra. Mas túvose de repente, y con calma, aunque en faz torva, díjole: «Jamás un noble recuerda lo que perdona.

Caballero, levantaos; la vista consoladora de ese santo crucifijo en el corazón me toca; pues os amparé ignorando vuestra culpa y mi congoja, no es justo que conociéndolas os abandone traidora. En nombre de Jesucristo, que dió su vida en el Gólgota

por salvarnos a los dos, id libre, Guzmán.

—Señora... —Id, y que en cuenta me tome resolución tan heroica, al llamarme ante su juicio en mi postrimera hora.

Atónito el caballero quiso hablar, mas imperiosa abrió la dama la puerta que fuga le brinda cómoda, y mostrando con un gesto una escalerilla lóbrega, tomóla, asiendo la lámpara, y el caballero siguióla.

Volvio a los pocos momentos pálida y acongojada, y cayendo arrodillada ante la imagen de Dios, exclamó, oyendo a don Pedro que escapaba a toda brida: «Señor, si ese hombre lo olvida, tenédmelo en cuenta vos.»

— Todo lo devora el tiempo: todo; y el bien como el mal, como el vicio la virtud, se hunden en su oscuridad. Todo se borra y se olvida, todo al cabo viene a dar en la sima del silencio, en el caos de la edad. No porque la noble viuda pudiera olvidar jamás al hijo de sus entrañas, al desdichado don Juan.

No, ¡por Dios!, en su hora última
 luchando el alma tenaz
 por desasirse del cuerpo,
 fué éste su postrer afán.
 Mas del hijo y de la madre
 ninguno respira ya,
 que a aquél le mató don Pedro
 y a ésta la mató el pesar.
 Mas queda el autor del duelo,
 y años transcurridos van
 desde aquella horrible noche;
 y aquel suceso fatal,
 y aquel perdón que debió
 del cielo a la gran piedad,
 ¿quién sabe si en su memoria
 borrados al cabo están?
 ¿Quién sabe si los recuerda
 como una aventura más
 de su existencia azarosa,
 de su vida militar?
 Tal vez: a la corte vuelto
 tras largos años Guzmán,
 ni de Toledo se acuerda,
 ni pensó en volver allá.
 De todo el mundo ignorada
 la mano que oculta audaz
 causó la muerte de un hombre
 provocándole a lid tal,
 preséntase por do quiera
 don Pedro, y doquier que va
 recibido es cual merece
 caballero tan cabal.
 Bien mirado por su rey,
 de grandes en amistad,
 sin más familia allegada,
 ni deudos que apadrinar
 que un mozo de quince abriles,
 hermano suyo carnal,
 con buen humor, libre tiempo

y oro largo que gastar,
 se encuentra en el apogeo
 de la dicha mundanal;
 y dicen los que le tratan:
 ¡dichoso es el tal Guzmán!

Y si no lo es, ¡vive Dios!,
 que lo sabe aparentar,
 porque es la vida que lleva
 uu continuo carnaval.
 Siempre de un festín en otro
 va pasando sin cesar:
 o amigos se los aprestan,
 o él a amigos se los da.
 Las damas de más belleza
 le quieren por lo galán,
 los hombres más envidiosos
 por lo franco y liberal.
 Nadie tiene más apuros
 ni aventuras que contar,
 nadie más oro prestado
 que nunca recobrará;
 mas nadie tiene un amigo
 más sincero y más leal,
 ni a nadie se halla más pronto
 en cualquier necesidad.
 Salúdandle los mendigos
 con silencioso ademán,
 porque saben ya que en él
 es no tener el no dar.
 Y como en gastar dineros
 no va nunca más allá
 de lo que pueden sus rentas,
 vive sin necesitar
 pedir lo que dió prestado
 a sus amigos, lo cual
 hace que eterna le guarden
 incólume su amistad.

Envidianle los soldados
su brío y porte marcial,
y los cortesanos todos
su noble afabilidad.

Recibe su hermano de él
educación bien cabal,
mas como la suya propia,
educación militar.

Las armas y los caballos
predilección especial
gozan en ánimo de ambos,
y las fiestas de lidiar.

Los toros son y las cañas
su diversión familiar.

La caza y el ejercicio
su remedio universal
para matar el fastidio,
y el dolor para calmar.

Y como en tales recreos
aliciente es principal
la compañía de gentes
de altiva jovialidad,
todos sus amigos se hacen
alegres hasta cansar,
y a prestarles compañía
todos dispuestos están.

Don Pedro, que hombre es de mundo
y de mente perspicaz,
lo ve, lo calla y lo aprecia
en lo que vale no más:
mas no don Félix su hermano,
que el mundo conoce mal,
y aun en la amistad se fía
y fía en la lealtad
de cuantos quieren venderle
un cariño fraternal.

Y aunque sus potros le montan
y usan sus armas, y van
a todas partes con él,

de él dejándose obsequiar,
ni interés sospecha en ellos,
porque de él es incapaz,
ni sus frases con sus obras
pondera en balanza igual.

Y éste fué su paso en vago,
éste el impulso no más
que a triste fin le condujo
con violencia fatal.

Alto, róbusto y de gentil talante,
aunque apenas aún le apunta el bozo,
es, franco de alma, y de jovial semblante,
don Félix de Guzmán un bravo mozo.
Sencillo en el vestir, mas ataviado
de la corte a la usanza,
de las damas alcanza
tal vez favores, y en secreto amado
es de alguna beldad, sin esperanza.
Tal vez pagado él mismo
de su belleza juvenil, aspira
a un imposible amor que loco admirador
a través de dorado idealismo,
Doña Ana de Alarcón, noble doncella,
es en su corazón la preferida;
mas ésta, desdichada cuanto bella,
a un milanés muy noble prometida
por su familia está, por lozo que ate
y políticas discordias elegida,
aunque la fuerza del dolor la mate.
Hombre es el milanés en tramas dúcho,
y hay quien le juzga de su patria huido,
y que ocultos amaños ha traído
y en favor de Milán maquina mucho.
Bien recibido de la corte se halla,
gasta con profusión, y que no tiene
con el gobierno en sus antojos valla,
dicen, y se susurra por lo bajo

que mucho a España su amistad conviene, aunque cuesta crearlo harto trabajo. Don Félix, a quien nadie da pavora, y que en el milanés ve solamente una cualquier humana criatura, va adelante en su amor, harto imprudente, Y prudente anduviera si a sí mismo no más se lo fiara y a su lengua pusiera un candado, que a fe que lo acertara. Mas tenía un amigo de quien fiaba sus secretos todos, que era de él como eterno compañero sabedor de sus hechos o testigo. Joven como él, como él sin experiencia, de otros varios fiaba sus secretos y los del buen don Félix. ¡Imprudencia a que están muchos jóvenes sujetos! Contaba, pues, sus necios amoríos e inventaba amorosas aventuras, y entre sus mal fraguados desvaríos contaba de don Félix las venturas; contaba de una dama misteriosa las encubiertas citas, y contaba en la noche silenciosa del dichoso don Félix las visitas. Contaba, cómo él solo el compañero de esas citas era, y en la inmediata calle por si el lance fatal aconteciera, por acaso o por dolo, quedaba las espaldas a guardalle. Y aunque jamás nombraba la persona a quien don Félix por la reja hablaba, en tan nimias señales se paraba que a poco que el discreto discurría por el sitio y las señas que citaba, la casa de doña Ana conocía. Y sabedor en tanto del suceso

a él nada más, don Félix suponía, y de franqueza le perdió el exceso.

Que en una lóbrega noche en que las nieblas ofuscan la opaca luz que la prestan las estrellas y la luna; que de esas noches en que el aire con sordas ráfagas zumba por las esquinas rasgándose y por las torres agudas; de esas noches que parecen que en hondo caos sepultan al universo dormido, y el cielo y la tierra enlutan de esas noches que recuerdan las espantosas y absurdas consejas de las nodrizas con que a los niños asustan: noches que traen a la mente los concilios de las brujas, los conjuros de los magos y las sombras insepultas: como tales en silencio, a pasos rápidos cruzan don Félix y el necio amigo una callejuela oscura, de la calle de doña Ana y del real palacio junta. En silencio van los dos: porque a los dos les ocupan melancólicas ideas, cual no las tuvieron nunca. «—¿Sabes lo que pienso, Félix? dijo al pararse en la última esquina el otro. —¿Qué piensas? replicó Félix.

—Que es mucha necesidad ir esta noche de nuestra doña Ana en busca.

—¿Por qué?

—Porque es imposible que ella a la ventana acuda.

—¿Por qué?

—Porque supondrá que con legítima excusa no vendrás en una noche en que formidables luchan airados los elementos.

—Y no lo yerras sin duda, mas ya que estamos aquí, volvernó también en suma sin ver si sale o no sale, también fuera en mí locura.

—Como quieras.

—En tu sitio queda pues.

—Félix, escucha: ¿ves allí un bulto parado?

—Qué, ¿tienes miedo?

—¿Te burlas, Félix?

—No; mas como veo que ese embozado te turba...

—Dejémosle que se aparte.

—Juzgo cosa más segura que le hagamos apartar.

—¿A la fuerza?

—¡Qué pregunta! Si no se aparta de grado a ella es fuerza que recurra.

—Vamos, pues.

—Tú queda inmóvil, que no necesito ayuda.

—Entiendo.

Y así diciendo, fuése con planta segura don Félix al embozado, que de situación no muda. Paróse a tres pasos de él, y con gentil apostura dirigióle estas palabras con voz ajena de injuria: «Hidalgo, si grave empeño tal vez no os lo dificulta, dejadme libre un momento la calle.

—¿Y qué es lo que busca en ella vuestra merced? —Busco una casa.

—¿La suya tal vez?

—Estime el hidalgo la cortesía que se usa con él, y responda atento, que mi paciencia se apura.

—Perdone el buen caballero, y eche adelante si gusta.

—Es que os habéis de apartar.

—Sí haré.

—Gracias.

Hizo punta el embozado hacia arriba, tomando en la calle ruta; y echó hacia abajo don Félix hasta ver por las junturas de la reja de doña Ana la luz que en el cuarto alumbraba. Pasó por frente a la reja, volvió a pasar, hizo en suma para llamar su atención cuanto no fuera hacer pública con la presencia de un hombre de doña Ana la conducta;

mas ni se abrió la ventana,
ni se oyó señal alguna.
Ya el corazón se le prensa
de los celos con la furia,
ya negros y pavorosos
presentimientos le turban,
y ya dudaba afanoso
entre si era o no cordura
el volverse o el quedarse
hasta que verdad descubra;
cuando hacia él, calle adelante,
vió correr con gran premura
a su amigo, que le dice:
«¡Huye, don Félix!
—¡Que huya!
¿De qué?
—El milanés maldito
tenía su gente oculta
para dejarte pasar,
y con mano más segura
encerrado en esta calle
abrirte en su centro tumba.
—¿Estás seguro que es él?
—Sí, Félix, sin duda alguna.
—Ganemos, pues, la otra esquina,
que fuera cosa hartó dura
morir aquí como perros
a las manos de tal chusma.
Pero mañana la mía
será la primer figura
que a sus ojos se presente,
y veremos si su astucia
de su corazón desvía
de mi tizona la punta.
Vamos.»
Y así pronunciando,
a alejarse se apresuran.
Mas no bien a la otra esquina
tocaban, cuando a ellos juntas

dos espadas se vinieron,
que toparon con las suyas;
duró la lid un instante,
y ya vencer se figuran,
pues a estocadas los llevan
los dos mancebos con furia,
cuando corriendo llegaron
con las espadas desnudas
otros tres por sus espaldas.
Siguió momentos la lucha
como valientes lidiando;
mas ¿qué el valor les ayuda
donde a traición contra ellos
cinco cobardes se juntan?
Cayó primero don Félix,
y aunque en la tapia se escuda
para lidiar cara a cara,
los ojos ¡ay! se le anublan,
con la sangre que derrama
y a cuchilladas le abruman.
Riñó como brayo el otro,
mas fué inútil su bravura,
pues todos en torno suyo
villanamente se agrupan.

Y al cabo de unos momentos
cayó, con heridas muchas,
de boca, a impulso de un tajo
traidor, sentado en la nuca.
Tomaron la calle arriba
los viles, y en voz confusa
unos a otros marchando
que muertos son se aseguran.

Amanecía apenas
el inmediato día,
cuando sus horas de quietud serenas
a don Pedro Guzmán interrumpían
siniestra y tumultuosa vocería.

De su casa en la puerta,
 con aldabadas dobles,
 a cuyo impulso sus macizos robles
 resistencia oponían, pero incierta,
 llamaban tenazmente;
 y ya tropel juntábase de gente,
 y ya don Pedro presto
 con prisa airada y soñoliento gesto
 las ropas se vestía,
 porque ningún doméstico lo hacía.
 Ya de su larga bata
 las puntas coge y las presillas ata;
 y al balcón se dirige,
 cuando un viejo criado
 que ha muchos años que su casa rige,
 llegó a él con semblante desolado,
 «Fermín, ¿qué es lo que pasa
 (dijo don Pedro) para ruido tanto,
 que parece que a hundir se va la casa?»
 Y amargo llanto derramando el viejo,
 «no salgáis (dijo), por el cielo santo.
 —Mas ¿qué pasa? ¿quién es?

—Es la justicia.

—¿Y en mi casa qué quiere?

—¡Oh! con vos nada,
 señor, nada con vos.

—¿Pues a quién busca?
 Fermín, sea cualquiera la noticia
 que al fin me has de decir, por desastrada
 que sea, dila pronto.

—¡Sosegaos, señor!
 —Voto a los cielos

que valen más que el susto tus recelos.
 Y tal diciendo con airado tono,
 dirigióse a la puerta;
 mas el viejo Fermín interponiéndose
 con sollozos le dijo interrumpiéndose:

«Vuestro hermano, señor, hoy no ha dor-

dentro de casa. Y comprendiendo al
 don Pedro lo demás, lanzó un gemido
 arrancado al dolor y la ira junto,
 y apartando al anciano suplicante,
 lanzóse por los cuartos adelante.
 Al pie de la escalera
 en hombros de unos hombres compasivos
 yacía, desgarrando de los vivos
 el corazón, y de su muerte fiera,
 con horrendas señales mutilado,
 don Félix desdichado.
 De siete anchas heridas
 por las sangrientas bocas,
 la vida se le huyó, y compadecidas
 de tan triste espectáculo, pudieran
 en lágrimas romper las duras rocas.
 La horrible escena de dolor y saña
 a que don Pedro se entregó, sin duda
 que es a mi pluma extraña:
 que a períodos poéticos acuda
 para pintarte con verdad, en vano
 será ¡oh caro lector! Llama en tu ayuda
 tu propio corazón, y pesa el duelo
 que fuera en él, si un padre o un hermano
 de modo tal te arrebatará el cielo.
 Con tan grande dolor, con pena tanta
 don Pedro de Guzmán enloquecido,
 largo rato anudada en su garganta
 sintió la voz, y se esquivó el sonido.
 Y sobre los despojos
 del infeliz hermano,
 llanto vertieron sus nublados ojos;
 trémula y fría se posó su mano,
 a su dolor cediendo sus enojos;
 mas luego que en su mente
 volvieron a ordenarse las ideas,
 y al corazón ardiente
 volvió el valor un punto adormecido,

la centelleante vista de repente tendió por el concurso enmudecido, diciendo con acento enronquecido: «¿Quién fué el traidor cobarde que en un mancebo imberbe todavía de tan salvajes iras hizo alarde?»

Y en derredor tendió fiera mirada Guzmán, mas nadie le repuso nada.

«¿Todos, dijo don Pedro, aquí lo ignoran? ¡Todos callan! ¡Pardiez! ¿Dónde fué muerto? ¿No hallaron la verdad los que le lloran, los que le traen a domicilio cierto?»

¿Quien le reconoció? ¿Quién pudo acaso de quien le recogió guiar el paso?»

Volvió a tender en torno su mirada Guzmán, y nadie le repuso nada.

Entonces ya con tono descompuesto, y semblante iracundo, hijo de su pesar justo y profundo,

a un alcalde de corte que con gesto impasible y severo le había oído, cuya ronda a su hermano ha recogido, dirigióse Guzmán, así diciendo:

«Amigo soy del rey, y pues tan necia en los crímenes anda la justicia, sabrá el rey que su ley se le desprecia, y que el miedo la tuerce o la malicia.»

Y volviendo la espalda Guzmán, fiero pidió a Fermín su capa con su acero; viendo lo cual el juez, tras él echando y a Guzmán de los otros apartando, díjole: «Oídme pues, buen caballero.»

Y de la estancia fuera platicaron los dos de esta manera.

DON PEDRO

Decid.

ALCALDE

Con vuestro hermano otro joven hallé, que al par herido fué con don Félix por la misma mano.

DON PEDRO

¿Y quién es?

ALCALDE

Fué don Carlos de Aguilera.

DON PEDRO

¿Murió también?

ALCALDE

También.

DON PEDRO

¡Oh, suerte fiera!

ALCALDE

Mas vivió lo bastante para decir con hábito expirante y jurar por la fe de caballero, y de la eternidad por el gran paso, de tan traidor y lastimoso caso el autor verdadero.

DON PEDRO

¿Y quién es ¡vive Dios! señor Alcalde!

Antes, don Pedro, de saber su nombre, juradme que escondido en vuestro pecho le guardaréis; que es hombre que por bueno pasar puede lo hecho; y que al rey solamente le habéis de revelar secretamente.

Sí, juro; mas si fuese el mismo rey, señor Alcalde, habría de hacer justicia en sí, yo por vida mía! que puede que me oyese. lo que de nadie oír esperaba.

A la venganza yo no os pongo coto, mas si no sois del rey muy grande amigo, no mováis con quien fué mucho alboroto; y esto, Guzmán, que os digo, lo que os puedo decir es, y es mi voto.

—Aquí al oído de don Pedro acercándose el Alcalde, dijo, y de nadie pudo ser oído.

El milanés que habita en la embajada de Inglaterra.—Y don Pedro, tal nombre oyendo, al lado de la espada llevó la mano, y con feroz mirada bien está, dijo al juez: lo entiendo todo.

¿Sólo el rey lo sabrá? Sólo, y de modo que a la historia añadir no podrá nada.

Y los dos apartándose para dejar la historia bien redonda, desde allí cada cual siguió entregándose, don Pedro a su dolor, y él a su ronda. Pero puede el discreto imaginar, que en calma no podría encerrar dentro del alma don Pedro de Guzmán este secreto, y que a vueltas y a solas andaría más seguro buscando del autor de delito tan infando, fiera venganza, en oportuno día; y que el día fatal quedó aguardando.

Y a la mano en pocos días la ocasión le vino pronta, que quien para el mal la busca siempre se la encuentra próxima. Seguido de un escudero por honor de su persona, y por ayuda en un caso de una asechanza traidora, por fuera de Recoletos una tarde nebulosa el de Guzmán se pasea rumiando tristes memorias. Véasele entre los árboles como una siniestra sombra, el monasterio cruzando

desde una esquina a la otra,
la larga espada en la cinta,
embozada la persona,
descolorido el semblante
y con la mirada torva.

Todo su exterior, en fin,
revela que su alma a solas
en los cálculos se abisma
de meditaciones hondas,
y que una idea inmutable,
íntima y desoladora,
lastima su inquieta mente
y el corazón le acongoja.
Piensa en su hermano don Félix,
y en la más fácil y próspera
ocasión de la venganza
de muerte tan alevosa.

En esto, el Prado adelante, a un
por dos yeguas voladoras
que le pacieron la grama
al Guadalquivir en Córdoba,
arrebataada venía
sin camino una carroza,
pues torpe mano a las yeguas
acosando desbocólas.

Al punto vió la impericia
Guzmán, cuya generosa
sangre a ayudar le impelía
al que así necio se arroja;
y conociendo que pronto,
dejando la arena cómoda,
se entrarán por los vallados
de las dos bestias poderosas,
con su escudero lanzóse
por sí contenerlas logra,
y aquel peligro desvía
de quien la muerte provoca.
Los que en el carruaje vienen,
gritaron en voces roncadas:

«¡Fuera! ¡Fuera!» por si acaso
con el espanto empeoran
los animales y alcanzan
caída más desastrosa.
Mas a sus voces haciendo
Guzmán las orejas sordas
como hombre sereno y dicho
en semejantes maniobras,
colocándose a ambos lados,
la vista y la mano pronta,
caballero y escudero,
al enfilar la carroza
con un instantáneo arrojó
haciendo las bridas rotas,
a una yegua el caballero
y el escudero a la otra,
consiguieron, lastimándolas,
pararlas, y a mucha costa.
Saltó en tierra un caballero
a la más estricta moda
equipado, y de presencia
muy bizarra y muy airosa.
Mas al llegarse a don Pedro
a darle gracias, la gola
le aferró con ambas manos
el de Guzmán, con furiosa
voz diciéndole: «Asesino,
¡caiga en ti su sangre toda!»
El milanés (que no era otro),
que aquella sangrienta historia
recordó viendo a don Pedro,
dióse por puesto en la horca.
Mas soltóle el de Guzmán,
y treguas dando a su cólera,
le dijo: «Hacia aquí apartaos,
veamos si vuestra hoja
corta igualmente de cara
como por la espalda corta.»
Echaron a Recoletos,

y de tapia protectora
 amparándose, sacaron
 al aire sus dos tizonas.
 Perdió el milanés la suya
 con muchísima deshonra,
 y yendo a herirle don Pedro,
 como una espantada zorra
 a quien los perros persiguen,
 tomó fuga vergonzosa.
 Indignado el de Guzmán
 viendo con alma tan poca
 a quien tan traidoramente
 asesina entre las sombras,
 echó tras él ya resuelto
 a darle muerte aleposa.
 El milanés, conociéndolo,
 con intención previsorá
 ganó a la iglesia la puerta
 y la capilla más próxima.
 Entró tras él Guzmán, ciego,
 mas a una imagen devota
 de Cristo viéndole asido,
 de la mujer generosa
 se acordó que dió la vida
 al matador de Zamora.
 Soltó su mano la espada,
 con voz descompuesta y cóncava
 diciendo, al otro que le oye
 con alma y con faz atónitas:
 «Idos, que yo os dejo libre:
 válgao la buena memoria
 de una mujer que por mí
 osó hasta acción tan heroica.»

Y saludando a la imagen
 con reverencia piadosa,
 dijo: «Hasta aquí mi venganza:
 ¡Dios me la tenga en memoria!»
 Dudándolo todavía,

ve el milanés que abandona
 la iglesia, mas de ello al cabo
 sus sentidos se cercioran.
 Y a su carroza volviendo,
 por hazaña milagrosa
 contó en la corte el suceso,
 que admiró la corte toda.
 Y por verdadera hazaña
 contada de boca en boca,
 a don Pedro apellidaron
 el de la buena memoria.

A MARÍA

PLEGARIA

Aparta de tus ojos la nube perfumada
 que el resplandor nos vela que tu sem-
 blante da,
 y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
 donde la paz, la vida y el paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;
 tú, flor del paraíso y de los astros luz,
 escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
 por la divina sangre del que murió en la
 cruz.

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza
 que brilla de la vida junto al revuelto mar,
 y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
 el náufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela ¡oh Madre augusta! tu soplo so-
 berano
 la destrozada vela de mi infeliz batel;
 enséñale su rumbo con compasiva mano,
 no dejes que se pierda mi corazón en él.

POCO ME IMPORTA

CANCIÓN

Me dicen que medio mundo
 riñe con el otro medio,
 y aunque en verdad me confundo
 viéndolo así, ¿qué remedio?
 de Caprichos con que se nace:
 cada cual como más quiere
 y en la vida vive y muere,
 y aunque algo extraño se me hace
 y viendo la vida tan corta,
 Pienso *poco me importa.*

Yo sé un elixir magnífico
 de contra duelos tan extraños,
 abundan son con tal específico
 horas de placer mis años,
 Para mí no hay amarguras;
 ni pesares ni disgustos
 me dan sustos,
 y aunque diz que sulco a oscuras
 el mar de esta vida corta,
poco me importa.

Sin opulencias me paso,
 ni ambiciono honras ni oro,
 ni del poder hago caso;
 casi no soy feliz, no lloro,
 Conmigo mismo me bastó,
 y con lo poco que tengo
 bien me avengo;
 y aunque cuanto tengo gasto,
 siendo la vida tan corta,
poco me importa.

Si leyes a nadie doy,
 a nadie a mi leyes me da;

donde no gozo no voy,
 donde estoy mi patria está,
 No me acosa odio ni envidia,
 y aunque en todos los lugares
 hay pesares,
 si algún pesar me fastidia
 y amarga esta vida corta,
poco me importa.

Un puro y una botella
 durante mi esplín consumo,
 y cuando acabo con ella
 cigarro y pesar son humo;
 los vapores de los dos
 el cerebro me révuelven,
 y me vuelven
 tan feliz que vive Dios!
 esta vida larga o corta,
poco me importa.

Celestes apariciones
 gozan entonces mis ojos,
 y dichas ilusiones
 satisfacen mis antojos.
 En las vagas espirales
 fermentan del humo vano
 de mi habano
 visiones tan celestiales
 que una vida larga o corta,
poco me importa.

¿Y en qué entonces me aventaja
 ningún sultán con su opio?
 Si a su alma el Edén se baja
 a mí me pasa lo propio.
 A él le exalta la cabeza
 su ámbar, su pipa, y su vaso:
 no hace caso
 de sí mismo en su pereza,

y una vida larga o corta,
poco le importa.

Y a mí el licor jerezano
del puro entre el humo azul,
me hace igual al soberano
de la soberbia Stambul.

Y en el insomnio dichoso
de la embriaguez le tuteo,
y me creo

otro sultán poderoso,
y como a él la vida corta,
poco me importa.

¿Qué diablos va de él a mí?
Llévanle a el harén eunuco
a que la desuelle allí
velado por mamelecucos,
y a mí me arrastrá a mi lecho
una mujer cariñosa,
que afanosa

se desvela en mi provecho,
con quien la vida por corta,
poco me importa.

Él enamora a una esclava
que hacia él sólo miedo abriga,
y a mí de aplomarme acaba
dulce beso de mi amiga:
a él las caricias le roba
su esclava durante el sueño,
y mi dueño
me vela en mi misma alcoba,
porque mi vida aunque corta,
mucho le importa.

A él le hace el opio tal vez
soñar con alguna hourí,
y ver me hace una el Jerez
en cada mujer a mí.

Él reina en Constantinopla,
y yo, misero coplero,
cuando quiero
de él me río en una copla,
y de su rabia si aborta,
poco me importa.

Y a él opio excesivo acaso
le hace ponzoña mortal
de su café, y le abre paso
a su sepulcro imperial.

Mientras yo, libre de afán,
despierto al placer mañana
con más gana,
y aunque reviente el sultán
y deje a la Europa absorta,
poco me importa.

A DON

WENCESLAO AYGUALS DE
IZCO

EPÍSTOLA

(EN VERSO PROSAICO)

Tienes, oh Wenceslao, cosas diabólicas,
ocurrencias fatales, como tuyas,
y desdichas ¡ay Dios! tan hiperbólicas
traen para mí, que aunque de otras huyas
te las voy a encajar, porque a mi antigua
y cerril libertad me restituyas.

¿Dónde habrá ¡oh caro Izcó! más am-
[bigua] situación que esta ruin en que me pones,
a los trabajos de Hércules contigua?

¿Escribir en la *Risa* me propones
y hacer reír? ¡A mí, que siempre he sido
el cantor de la sangre y las visiones!

¡A mí, que en todas partes me han tenido por el buho más negro y melancólico que del furor romántico ha nacido!

¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico espanta al sano público en la escena con obras que espeluznan a un católico!

¿Yo hacer reír? ¡Pues la aprensión es [buenal

Con que te firme yo tu semanario no queda al punto un suscriptor, y truená.

Mira lo que haces, Izeo temerario, mira que te lo ruego por los cielos; ve tu empresa con ojos de empresario.

Porque si yo, cumpliendo tus anhelos, tiendo por tu papel mi negra pluma, te has de tirar muy pronto de los pelos.

Alíviamé este peso que me abruma renunciando a mis versos montaraces, que es lo que a entrambos nos conviene [en suma.

Mas... áspero mohín veo que me haces esto leyendo... ¿en tu opinión te cierras? No me resisto más, tengamos paces.

Escribiré en la *Risa*, pues te aferras en ello, Ayguals; mas sobre ti los daños que mis jovialidades desentieras.

Horrendas cosas escribí en cinco años; mas nueva luz en mí desde hoy sintiendo, de mano voy a dar a mis engaños.

Voy a reírme yo, reír haciendo al que no haga llorar, ridiculeces del mundo en que vivimos descubriendo.

Voy a hacerte reír, pero tus preces dirige al cielo, Ayguals, porque te juro que te voy a mostrar las desnudeces

de la verdad, en castellano puro; no correcto tal vez, pero tan claro que ha de entenderlo el montañés más duro.

Y aqueste empeño para hacer más raro,

por mí voy a empezar, ante tus ojos mostrándome cual soy bien sin reparo.

Perdona si tal vez te causa enojos mi ruin y flaca aparición barbuda; resultado es no más de tus anteojos.

Contempla, pues, mi humanidad desnuda, y piensa que cual yo te me presento voy a poner a los demás sin duda.

Yo soy un hombrecillo macilento, de talla escasa, y tan estrecho y magro que corto andando como naípe el viento;

y protegido suyo me consagro, pues son de delgadez y sutileza ambas a dos mis piernas un milagro.

Sobre ellas van mi cuerpo y mi cabeza como el diamante, al aire; y abundosa pelos me prodigó naturaleza,

de tal modo, que en siesta calurosa mis melenas y barbas extendidas a mi persona dan sombra anchurosa.

Mi cara es como muchas que perdidas entre la turba de las otras caras se pasean sin ser apercebidas.

Mofadora expresión, si la reparas muestra a veces, las más indiferencia, y otras melancolía, aunque muy raras.

Cual soy me tienes, pues, en tu presencia visto por fuera, Wenceslao amigo, pero visto por dentro hay diferencia.

Que aunque soy en verdad, como te digo, de hombre en el exterior menudo cacho, alma más rara bajo de él abrigo.

Serio a veces, a veces vivaracho, tengo a veces arranques tan exóticos que rayan en tontunas de muchacho.

Y otras veces los tengo tan despóticos que atrapello razones y exigencias por cumplir mis caprichos estrambóticos.

Poco alcanzo en las artes y las ciencias,

y eso que *allá* los padres jesuítas me avivaron un tanto las potencias; mas yo, dificultades infinitas en las ciencias hallando, echéme en brazos de las Musas. Mujeres y bonitas ellas, muchacho yo, caí en sus lazos; y a fe que sus cariños me valieron inútiles, mas sendos sermonazos.

Tantos fueron, que al fin me condujeron a oírlos con glacial indiferencia, y en mí esta indiferencia produjeron con que miro las cosas (y en conciencia, aunque cual gran calamidad la lloro, no la puedo oponer gran resistencia).

Alabo el bien y a la verdad imploro, mas despierto con otra ventolera y el mal ensalzo y la mentira adoro.

De esto viene el llamarme calavera; mas si un día en razón meterme debo, ¿quién duda que lo haré como cualquiera?

Oscura vida por mi gusto llevo; mas si llevarla del revés importa lo hallo tan fácil cual comerme un huevo.

La existencia no me es larga ni corta; en paz la paso sin placer ni pena; como no tengo plan nunca me aborta.

Si una buena alma investigar serena quiere lo que yo soy, por mil caminos irá, y tal vez de la verdad ajena.

Que (abreviando discursos peregrinos) no sirve cuanto digo y cuanto hago para atar dos ochavos de cominos.

Porque soy todo yo tan raro y vago, que ni nadie me entiende ni me entiendo. Lo que hice ayer, mañana lo deshagó;

dejo hoy tal vez lo que mañana em-
[prendo,

y así salen mis obras a mi antojo, aunque digas ¡oh Ayguals! «no lo comprendo.»

Tal soy, como te he dicho, y algo flojo tal vez anduve: mi retrato es este.

Si a firmar tu periódico me arrojo voy a ser más dañino que la peste; y he de sacar la pluma de mal año aunque tu misma enemistad me cueste.

Y pues donde cortar no falta paño en esta injerta sociedad de ahora, do el ridículo solo no es extraño, si me quieres así, sea en buen hora: reír me place, mas a costa ajena, que es más dulce reír, cuando otro llora.

Tú dirás que esta epístola no es buena, y que si ha de ser tal cuanto te escriba, renuncias mis artículos sin pena.

Mas aunque bien dirás, en esto estriba la excelencia mayor de estos renglones, pues de justicia es ley distributiva que si critico de otros las acciones, me exponga yo a su crítica primero, y les dé la razón de mis razones.

Con esto, Ayguals, contestación espero recibir de tu puño, en versos fríos y ásperos como clavos; lo que infiero no de uno de mis muchos desvaríos, sino porque contestes dignamente a versos tales como son los míos.

Contesta, pues, y riase la gente: que nos llame la *Risa* sus apóstoles, y aunque nos diga el vulgo irreverente que *esto es tocar el órgano de Móstoles*,

A MI AMIGO

WENCESLAO AYGUALS

DIRECTOR DE LA RISA

¿Conque ni puertas ni rejas
de ti me pueden librar?

¡Maldito Ayguals, no me dejas
un momento reposar!
Ya encanece mis guedejas
lo que me haces cavilar,
zumbándome las orejas
con los ayes y las quejas
que me envías sin cesar.

Irrita, pues, escorpión,
mi lengua de basilisco
con uno y otro arañón,
con uno y otro mordisco.
Duréceme el corazón
hasta dejarle hecho un risco
para el duelo y compasión;
mas ¡ay si te rompe el turbión!
¡Ay si te coge el pedrisco!

¿Y quién habrá que lo impida?
¿Quién ¡vive el cielo! me estorba
darte una buena batida
con esta péñola corva,
en tu propia hiel teñida?
Nadie... El coraje me encorva
y... óyeme, Ayguals, por tu vida,
que con tu misma medida
voy a templar mi tiorba.

Y pues luchador atlántico,
en composición esdrújula
retas a mi estro romántico,
Ayguals, yo rompo mi brújula,
y así te vuelvo tu cántico.

Ya que persigues frenético,
Wenceslao, mi numen lírico,
que rabia por lo patético,
y para hacerme satírico
me amenazas con lo de ético (1),

(1) Y aquí si yo fuera emperico
te regalaba un cósmético,

por seguiré tu plan diabólico;
desde hoy agrio, amargo y ácido,
mi zumbido melancólico
será son alegre y plácido
aunque me cueste un buen cólico.

¿Temes que mis fuerzas bélicas
cedan, y me quede exánime?
Dudas tienes bien angélicas;
verdades oye evangélicas,
que contigo voy unánime.

Quien no sea hoy un estólido,
gran dosis de metafísico
ha de llevar en su físico;
que no es de moda lo sótido
ya; lo elegante es lo tísico.

Veme a mí. Influencia mágica
ejerczo en todo espectáculo;
y el vulgo al verme con báculo
caminar, y con faz trágica,
me tiene por un oráculo.

¿Mas a Bretón? ¡Santa Brigida!
Al ver su panza de ecónomo
le darán horchata frígida,
le pondrán a dieta rígida
como al más fiero gastrónomo.

La magrura es un vehículo
para hacer doctor en farragos
el ético más ridículo;
para sabios es de artículo
ser tan secos como espárragos.

Tal es nuestro siglo: encárate
con cualquier autor dramático;
no hablemos de Gil y Zárate,
con Príncipe y yo compárate...
¡Bah, tú eres un buey asiático!
¿Qué hermosa mira con ánimo
vuestros contornos exóticos,

por coquitosista siendo emperico
y si encontrara otro en irico
te daba tártaro emético.

si los destinos *despóticos* dan siempre a viente *magnánimo* los gustos más *estrabóticos*?

Y si a cuestión *pantomímica* lo reduces, ¿cuál más *árida* de la de un gordo? La *química* a veces una *cantárida* recetará a vuestra *mímica*.

Si a una mujer (¡Santa *Mónica!*) en sitio público (*¡cáscaras!*) diriges seña *lacónica*, se quedará como en *máscaras*, tendrá por risa *sardónica*,

por amenaza *sutánica*, la seña amante y *volcánica*, y te tendrá por un *tábano* que con torpeza *mecánica* no quiere soltar el *rábano*.

¡Bahl sé en lo gordo *melódico*, y te jurá tú *vulpécula* que aun a precio menos *módico* más de moda tú *periódico* ha de ser, per omnia *secula*.

El *amén* tú lo dirás, que de derecho te toca, pues fuera me le coloca tu metro de Barrabás.

Y pues te devuelvo exactos tus esdrújulos malditos, ya ves, me cuesta tres pitos el cumplir con nuestros pactos.

Mas si en encomiar los gordos tú te me cierras fanático, pese a mi interés apático, nos habrán de oír los sordos.

Porque, Ayguals, ni aquí ni en Flandes ha habido un gordo grande hombre,

que a los gordos, no te asombre, les llama el vulgo hombres grandes.

Tal es el siglo en que estamos, siglo montado al vapor: cuanto más peso, peor; conque los flacos ganamos!

Y da gracias a que hoy no me siento para el paso, que si no, os diera un repaso que hiciera ¡por San Eloy!

vuestra derrota patente; mas porque no echas a broma lo que voy diciendo, toma, con lo que sigue entretente.

Sois un puro inconveniente vosotros los moffetados, y haceros en la piel nudos fuera a mí, ver muy prudente,

Prescindamos del apodo preciso de un barrigón, aquello de San Antón, pero con el cerdo y todo:

prescindamos de que Utrilla no sabe cómo ajustaros, un chaleco sin ahogaros, o un pantalón con trabilla;

de que él se desacredita, y con fatal desengaño ve que no le queda paño de vuestro frac o levita;

prescindamos de lo caros que sois y poco económicos; vamos a los lances cómicos en que tenéis que encontraros.

Pues, señor, que eres feliz, y que tu cara hermosura te recibe en noche oscura, y os veis nariz con nariz:

¿dónde os esconde una trampa
del tutor atrabiliario?

En baúl, balcón o almarío
ni a pechugones se os zampa.

No hay asilo que se os dé,
no hay hueco en que estéis holgados;
si os cierran moris ahogados,
y si no os cierran se os ve.

¿Y si vais de formación?
El fusil y fornituras
os presnan las asaduras,
y sudáis el corazón.

¿Si vais a un duelo? ¡Qué azar!
Aunque el contrario sea manco,
como oponéis tanto blanco
por fuerza os ha de tocar.

Pues digo, ¿si es a pistola
y os toca el tiro segundo?
¡Bah! despedíos del mundo,
y que carguen su arma sola.

¿De qué os valdrá la fatiga
que empleéis en perfilaros?
La bala al fin ha de entraros
por mitad de la barriga.

¿Pues si viajáis en carruaje?
Basta solamente veros

para que los compañeros
pronostiquen un mal viaje.

Cualquier asiento es escaso
a vuestras asentaderas,
y los puentes y escaleras
rechinan a vuestro paso.

Si os caéis, ¿quién os levanta?
Pues casados y dormidos
os supongo; ¡qué ronquidos!
La pobre mujer se espanta.

Y si coge al fin el sueño,
sueña con un terremoto,
y es que mugen como un choto
las narices de su dueño.

Pues ¿si hacéis el alma tierna?
¡Qué cariños tan brutales!
¡Como que son diez quintales
cada brazo o cada pierna!

Y paro aquí por lo grave
del asunto, que si no
hasta dónde fuera yo
Dios solamente lo sabe.

Por cuyas dos mil razones
os llevamos gran ventaja,
los hombres como una paja
a los hombres barrigones.

CANTOS DEL TROVADOR 29

INTRODUCCIÓN

CANTOS DEL TROVADOR

¿Qué se hicieron las flores
 que llenchidas de perfume se perdían
 entre los lirios y las frescas rosas
 que el huerto ameno en derredor ceñían?
 Las brisas del otoño revoltosas
 en rápido troyel las impelían,
 y ahogaron la estación de los amores
 entre las hojas de sus yertas flores.

Hay al fuego de un tiempo nos sentamos
 en torno de la antigua chitaanca,
 y acaso la ancha sombra recordamos
 de aquel tizón que a nuestros plis humeaba.
 Y hora tras hora tristes esperemos
 que pase la estación adusta y fría,
 en penosa febil afortunados,
 y en las propias memorias embobados.

En vano a los placeros avientamos
 con las ansias de quietud, y urgias ansomas
 estremecan los rices aposentos
 y facidéticas danzas tentadoras;
 porque antes y después caminan lentos
 los turbios días y las lentas horas.

sin que alguna ilusión de breve instante
 nos haga olvidar la vida que se va zucante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
 sueños de oro y de lax mi dulce vida,
 no os dejaré dormir en los solones
 donde al parecer la soledad convida;
 ni esperar revolviendo los tizones
 el yerto amigo o la falax querida,
 sin que más esperanza os alimente
 que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alázares señores,
 venid, yo halagaré vuestra pereza;
 niñas hermosas que mojis de amores,
 venid, yo encantaré vuestra belleza;
 viejos, que adoltráis vuestras mayores,
 venid, yo os contaré vuestra grandezza;
 venid a oír en dulces armonías
 las sabrosas historias de otros días.

Yo soy el Trovador que vasa cantando
 al sol de vuestro pazque entre linderos,
 no me dejéis pasar, mandad que cante,
 que ya so de los brayos estabileros,
 la dama que me amó y la cantora amada,
 que me enseñó a cantar y a cantar a cantar.

¿Qué es eso de irse a las montañas
y no volver nunca más?
No, hijo, ¡vamos a divertirnos!
Y si a porfiar quisiera ir a las montañas,
no hay asilo que se me dé,

no hay huero en que estos halagados
si os cierran moris abegados,
y si no os cierran se os va.

¿Y si vais de ferrocarril?
El fusil y la dinamita
os presman las ruedas,
y aulláis el grito.

Si vais a un diablo? ¿Qué? —
Aunque el conserje os llame,
como España tanto llaman,
por fuerza os ha de tocar.

Pues digo, ¿qué es a pistolas
y os toca el tiro segundo?
¡Basta! despedíos del mundo,
y que carguen su arma sola.

¿De qué os valdrá la fatiga
que empleáis en profesar?
La hata al fin ha de caerse
por mitad de la barriga.

¿Pues si viajáis en carruaje?
Hasta solamente veros

para que los compañeros
pronostiquen un mal viaje.

Cualquier asiento os escamen
a vuestras asentaderas,
y los puntiles y escaleras
reñían a vuestro paso.

Si os caéis, ¿quién os levanta?
Pued cascados y dormidos
os suponen; ¿quién ronquidat
la pobre mujer se espanta.

Y si cogo al fin al socio,
socio con un ferrocarril,
y es que megen como un oho
de un carril de un diablo.

¿Y si voy a un alma buena?
Que sacrificas tan brutales
como que son diez quintales
deja latas a cada piegal.

Y pero aquí por lo grave
del asunto, que si no
hasta donde fuera yo
fines solamente lo sabe.

Por curas diez mil razones
os llevamos gran ventaja,
los hombres como una paja
a los hombres barrigones.